

FFL-FL
502

30cm

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID



5407808411

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA CLÁSICA

LATINE PETERE
ASPECTOS LÉXICOS, SEMÁNTICOS Y
PRAGMÁTICOS DE LA PETICIÓN Y LA PLEGARIA
EN LATÍN ARCAICO Y CLÁSICO

TESIS DOCTORAL
LUIS UNCETA GÓMEZ
DIRECTOR: PROF. BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ



Y
LETRAS

La realización de este trabajo no hubiera sido posible sin el apoyo de mi familia y la ayuda del Prof. García-Hernández y la Profa. López Gregoris. Vaya por delante mi profundo y sincero agradecimiento a todos ellos y a cuantos han estado a mi lado, dándome aliento, durante el dilatado periodo de su elaboración.

I.- INTRODUCCIÓN GENERAL.....	5
II.- LA PETICIÓN, PROCESO LEXEMÁTICO.....	12
II.1.- Introducción.....	12
II.2.- Análisis del campo.....	14
II.2.1.- Estructura actancial.....	20
II.2.2.- Análisis de los actantes.....	21
II.2.3.- Relaciones intersubjetivas e intrasubjetivas.....	35
II.2.3.1.- Yuxtaposición de procesos.....	36
II.2.3.2.- Relaciones complementarias.....	37
II.2.3.3.- Relaciones secuenciales.....	45
II.2.4.- Peticiones específicas.....	51
III.- LA PETICIÓN, ACTO DE HABLA.....	62
III.1.- Introducción.....	62
III.2.- Austin, Benveniste y Searle, pioneros.....	63
III.2.1.- John L. Austin: «Cómo hacer cosas con palabras».....	63
III.2.2.- Émile Benveniste: Los verbos delocutivos.....	66
III.2.3.- John Searle: La teoría de los actos de habla.....	69
III.3.- Posteriores aplicaciones de la teoría.....	72
III.3.1.- La «hipótesis performativa».....	73
III.3.2.- G. N. Leech: la falacia de los verbos ilocutivos.....	74
III.3.3.- El análisis conversacional.....	77
III.4.- El problema de las expresiones indirectas, la convencionalización y la cortesía lingüística.....	79
III.4.1.- Los actos de habla indirectos.....	79
III.4.2.- Los estudios sobre cortesía verbal.....	83
III.5.- El acto de habla directivo.....	92

IV.- LA EXPRESIÓN DE LA DIRECTIVIDAD EN LA LENGUA LATINA.....	109
IV.1.-Introducción.....	109
IV.2.- La directividad en el plano gramatical.....	114
IV.2.1.- Enunciados imperativos.....	114
IV.2.1.1.- Imperativo presente.....	114
IV.2.1.2.- Imperativo futuro.....	119
IV.2.1.3.- Subjuntivo.....	122
IV.2.2.- Enunciados interrogativos.....	129
IV.2.3.- Enunciados declarativos.....	135
IV.2.3.1.- Presente de indicativo.....	135
IV.2.3.2.- Futuro.....	136
IV.2.3.3.- Otras formas verbales.....	138
IV.3.- La directividad en el plano léxico.....	139
IV.3.1.- Verbos facultativos.....	139
IV.3.2.- Verbos volitivos y desiderativos.....	142
IV.3.3.- Verbos deónticos.....	151
IV.3.3.1.- <i>Debere</i>	155
IV.3.3.2.- <i>Oportet</i>	156
IV.3.3.3.- <i>Necesse est, opus est</i>	158
IV.3.3.4.- <i>Licet</i>	159
IV.3.4.- Otras formulaciones léxicas.....	163
IV.3.4.1.- Expresiones metadirectivas.....	164
IV.3.4.2.- Partículas interjectivas.....	165
IV.3.4.3.- Partículas de cortesía.....	169
IV.3.4.4.- Partículas modales.....	172
IV.4.- Conclusiones.....	175
V.- MARCADORES PARENTÉTICOS DE PETICIÓN.....	179
V.1.- Introducción.....	179
V.2.- Análisis de las principales partículas parentéticas.....	183
V.2.1.- <i>Obsecro</i>	183
V.2.2.- <i>Quaeso</i>	192
V.2.3.- <i>Amabo</i>	195

V.3.- Conclusiones.....	198
VI.- LA PETICIÓN, INSTITUCIÓN SOCIAL (BALANCE PROVISIONAL).....	202
VII.- ANÁLISIS DE LOS LEXEMAS VERBALES DE PETICIÓN.....	221
VII.1.- La expresión léxica de la petición.	221
VII.2.- La teoría del campo léxico. (Método de trabajo.).....	228
VII.3.- Configuración estructural del campo. Consideraciones previas.....	233
VII.4.- El archilexema del campo. <i>Petere</i> y su grupo lexemático.....	248
VII.4.1.- <i>Petere</i>	251
VII.4.2.- El grado no-resultativo (<i>appetere, expetere y expetesso</i>). 257	
VII.4.3.- <i>Competere</i>	265
VII.4.4.- <i>Repetere</i>	264
VII.4.5.- Otros modificados (<i>impetere, oppetere y suppetere</i>).....	267
VII.5.- La dimensión coactiva.....	270
VII.5.1.- <i>Exigere</i>	272
VII.5.2.- <i>Poscere</i> y su grupo lexemático.....	277
VII.5.2.1.- <i>Poscere</i>	278
VII.5.2.2.- <i>Apposcere</i>	285
VII.5.2.3.- <i>Deposcere</i>	286
VII.5.2.4.- <i>Exposcere</i>	287
VII.5.2.5.- <i>Reposcere</i>	289
VII.5.3.- <i>Postulare</i> y su modificado.....	290
VII.5.3.1.- <i>Postulare</i>	291
VII.5.3.2.- <i>Expostulare</i>	305
VII.5.4.- <i>Flagitare</i> y su grupo lexemático.....	306
VII.5.4.1.- <i>Flagitare</i>	307
VII.5.4.2.- <i>Efflagitare</i>	313
VII.5.4.3.- <i>Reflagitare</i>	314
VII.6.- La dimensión no-coactiva.....	315
VII.6.1.- <i>Rogare</i> y su grupo lexemático.....	319
VII.6.1.1.- <i>Rogare</i>	322
VII.6.1.2.- <i>Abrogare</i>	331
VII.6.1.3.- <i>Arrogare</i>	332

VII.6.1.4.- <i>Corrogare</i>	334
VII.6.1.5.- <i>Interrogare</i>	335
VII.6.1.6.- <i>Obrogare</i>	336
VII.6.1.7.- <i>Perrogare</i>	336
VII.6.1.8.- <i>Subrogare</i>	337
VII.6.1.9.- <i>Rogitare</i>	338
VII.6.2.- <i>Orare</i> y su grupo lexemático.....	339
VII.6.2.1.- <i>Orare</i>	343
VII.6.2.2.- <i>Adorare</i>	347
VII.6.2.3.- <i>Exorare</i>	350
VII.6.3.- El aspecto intensivo.....	352
VII.6.3.1.- <i>Implorare</i>	352
VII.6.3.2.- <i>Supplicare</i>	358
VII.6.4.- Lexemas caracterizados por la carencia del agente.....	371
VII.6.5.- <i>Precari</i> y su grupo lexemático.....	374
VII.6.5.1.- <i>Precari</i>	377
VII.6.5.2.- <i>Adprecari</i>	388
VII.6.5.3.- <i>Comprecari</i>	389
VII.6.5.4.- <i>Deprecari</i>	392
VII.6.5.5.- <i>Imprecari</i>	399
VII.7.- Recapitulación.....	401
VIII.- LA PLEGARIA, ORACIÓN DE PETICIÓN.....	409
VIII.1.- Introducción.....	409
VIII.2.- Características básicas de la plegaria romana.....	425
VIII.3.- Análisis del lenguaje litúrgico. Los verbos de la plegaria.....	433
VIII.4.- Conclusiones.....	461
IX.- CONCLUSIONES GENERALES.....	466
X.- ÍNDICE ANALÍTICO DE LOS LEXEMAS VERBALES DE PETICIÓN.....	471
XI.- BIBLIOGRAFÍA.....	480
XII.- <i>INDEX LOCORUM LATINORUM</i>	507

I. introducción general

Si convenimos –de acuerdo con postulados platónicos– en que las tres facultades del alma por antonomasia son el entendimiento, la memoria y la voluntad, estaremos también de acuerdo con la afirmación de que es precisamente esta última el motor de la mayoría de nuestras acciones. En efecto, desde nuestro nacimiento sentimos necesidades y deseos, pero pronto cobramos conciencia de que, en no pocas ocasiones, necesitamos de la intervención de los integrantes de nuestro entorno para su consecución. Y, del mismo modo en que nuestro carácter social nos es de gran ayuda en estas ocasiones, las restricciones que este impone coartan también nuestra libertad individual. Paralelamente a estos descubrimientos, adquirimos la facultad lingüística que nos permite la expresión de la voluntad y, lo que es aún mejor, nos proporciona un mecanismo idóneo para alcanzar su cumplimiento, sin subvertir las necesarias relaciones con los demás. Ambas funciones del lenguaje, la desiderativa y la instrumental, son «ontogenéticamente básicas», tal y como afirma Lyons (1980: 756), pues las dos se relacionan estrechamente desde las primeras etapas de nuestro aprendizaje¹. Es así como surgen las expresiones directivas, necesidad comunicativa elemental, generadas desde los primeros momentos de nuestra vida. El contenido significativo básico de este tipo de expresiones podría definirse, por tanto, como el intento del hablante de influir en el comportamiento del oyente.

¹ Cf. Lyons (1980: 756s): «Sólo un pequeño paso separa un enunciado desiderativo con el significado de “Quiero el libro”, de un enunciado instrumental con el significado de “Dame el libro”, hasta el punto de que los padres suelen interpretar los primeros enunciados desiderativos del niño como si fuesen mandos, con lo que les refuerzan, si es que no crean en realidad, una creciente conciencia en el niño de que puede utilizar la lengua para hacer que otros satisfagan sus apetencias y deseos. (...) La lengua, como el niño pronto descubre, no es solo un instrumento a su disposición para imponer la propia voluntad sobre otros y hacer que hagan lo que él quiere. Es también un instrumento que otros tienen a su alcance para imponer su voluntad sobre él, regulando su comportamiento por medio de órdenes y prohibiciones».

Pues bien, esa facultad lingüística a la que acabamos de hacer mención –sistema de comunicación, pero también técnica socializada en sí misma– se convertirá en fiel reflejo del desarrollo de los sistemas sociales, esto es, funcionará como índice de la progresiva evolución y refinamiento de los parámetros de interacción social. Si, como decimos, existe una necesidad, inherente al ser humano, de granjearse la colaboración ajena para la consecución de los objetivos personales, será necesario, al mismo tiempo, crear mecanismos de expresión que no supongan una amenaza para esas estructuras basadas en el beneficio mutuo, sino que, antes bien, aseguren su mantenimiento. El fenómeno de la petición se desgaja así de la orden en función de nuestro carácter social y, de este modo, llegará a afectar a todos los niveles de análisis lingüístico.

En latín, como en otras muchas lenguas, se pide, se exige o se reclama, se suplica, se implora o se ruega –a veces incluso encarecidamente–; se realizan peticiones a los dioses bajo forma de plegaria; se pide al comprar o al invitar; se pide auxilio, permiso, perdón o explicaciones; se pide a una mujer en matrimonio; la petición por antonomasia es la de dinero y el mendigo pide limosna. Se puede pedir con derecho para hacerlo, como un favor o apelando a la gracia y magnanimidad ajenas; se pide en préstamo e invirtiéndose las tornas se reclama lo que es de uno. Incluso las cosas reclaman atención: las plantas exigen agua y las leyes su cumplimiento. Se pide entre iguales, pide el inferior al superior y, a veces, pocas, incluso a la inversa, para evitarse el trago de expresar una orden en determinadas circunstancias. Hay quien se hace de rogar y quien considera como órdenes los deseos ajenos, siempre y cuando no escapen a su propio control. Se puede pedir afirmando, preguntando o deseando; los genios, los dioses o, en su defecto, cualquier ser sobrenatural, nos invitan a que les pidamos un deseo. Así tienta Apolo a la Sibila de Cumas, con una irrenunciable oferta, según relata ella misma:

dum tamen hanc sperat, dum praecorrumpere donis / me cupit, ‘elige’ ait, ‘uirgo Cumaea, quid optes: / optatis potiere tuis’. ego pulueris hausti / ostendi cumulum: quot haberet corpora pulvis, / tot mihi natales contingere uana rogavi; / excidit, ut peterem iuvenes quoque protinus annos (Ou. *met.* 14, 134-139).

[Pero él, con esa esperanza y deseando seducirme con regalos, me dice: ‘Escoge, doncella de Cumas, algo que anheles; tendrás lo que desees.’ Yo cogí un puñado de polvo y se lo

mostré: le pedí, insensata, cumplir tantos años como motas de polvo había. Se me escapó pedirle además que esos años fueran siempre juveniles.]

En efecto, según expresa con gran acierto y concisión López Gregoris (2002: 219), «pedir es una acción verbal muy genérica que abarca, precisamente por su falta de concreción, muchas actividades y talantes por parte del peticionario». Basta con echar un vistazo a un diccionario de sinónimos para hacernos idea de la magnitud de la idea de petición: *solicitud, demanda, ruego, reclamación, súplica, instancia, imploración, exigencia, requerimiento, pedido, postulación, cuesta, cuestación, moción, petitoria, recaudación, colecta, mendicación, pretensión, interpelación, plegaria, oración*, etc. Cada uno de estos actos se realizará de acuerdo a unos parámetros sociales precisos y en unos contextos de enunciación también definidos. Pero es posible determinar otros factores decisivos, como la naturaleza de lo solicitado o la posición social del solicitante con respecto a aquel al que se dirige. Aquí la variedad es igualmente notable; piénsese en vocablos como *postulante, solicitante, demandante, reclamador, candidato, aspirante, pretendiente, solicitador, peticionario* o *mendigo*.

Con mucha frecuencia, el beneficio al que se aspira con tal operación representa una posesión material, es decir, que la acción que se intenta desencadenar en el receptor consiste en un ‘dar’; pero también puede adoptar una concreción más general en un ‘hacer’ específico, en observar un determinado comportamiento, o incluso en un ‘no hacer’ en un ‘abstenerse’.

En esta incesante búsqueda de la colaboración ajena, el mejor medio para alcanzarla es la palabra. De hecho, esta es uno de los rasgos constitutivos del hecho petitorio, si bien no resulta un mecanismo único. En circunstancias que impiden el empleo del lenguaje y en las que el fin es perfectamente conocido e inequívoco, bastará cualquier otro mecanismo semiótico. En nuestro sistema gestual, un pañuelo agitado en una situación de peligro o un pulgar levantado a un coche que pasa, por ejemplo, serán suficientes para hacer llegar a nuestro interlocutor el mensaje apetecido. En el mundo romano, existen, por supuesto, equivalentes claros. Así, por ejemplo, la expresión *ad pedes se iacere*, “postrarse a los pies de alguien”, constituye una muestra, traducida en términos gestuales, de la humildad con la que se realiza una súplica ferviente. En contextos en los que el contenido de la petición sea conocido, su enunciación puede ser

sustituída por la puesta en escena de un signo externo convencionalmente asociado a un acto de petición. Sin embargo, cuando no concurren tales presupuestos, será precisamente su enunciación lingüística la que permita diferenciar esta de otras formas de inducción de comportamientos. Así, lexemas como *hortor* y sus compuestos, *cogo*, *impello*, *compello*, *instigo*, *prouoco*, *constringo*, *impingo*, *urgeo* o *traho*, o causativos más genéricos como *facio*, *praecipio*, *mando*, que no pueden ser considerados como verbos de comunicación –pues se concitan en ellos otros rasgos caracterizadores (coacciones o amenazas, manipulaciones o cualquier medio menos apreciable que la mera enunciación de un mensaje)–, quedan fuera de los amplios márgenes del concepto de petición.

Por tanto, podemos redefinir esta noción como la pretensión, basada en un movimiento de la voluntad, de influir sobre el comportamiento ajeno en beneficio propio, y ello valiéndose de una emisión lingüística; pero no de una argumentación o un razonamiento, lo que nos llevaría derechos al ámbito de la persuasión y la retórica, sino a través de un enunciado, cuya mera realización, puede bastar, de acuerdo con ciertos patrones preestablecidos, para desencadenar la actuación de nuestro interlocutor. Este último rasgo caracterizador de la sustancia semántica de la petición determinará su carácter proteico y multiforme, su diversidad de manifestaciones, no reñidas, sin embargo, con una cierta constancia asegurada por el carácter rector que adoptan las relaciones sociales en este fenómeno. Creatividad y repetición de patrones prefijados: líneas complementarias del hecho lingüístico.

Como intención general que el hablante imprime a su mensaje, la petitoria se dejará sentir en muchos niveles de la lengua, pues orbita a un nivel superior. Este hecho condicionará el sentido² integrado del mensaje, generará un variado paradigma de expresión, e incluso se servirá en ocasiones de otros códigos semiológicos. Es, por tanto, nuestro objetivo en este trabajo ofrecer una visión conjunta del amplio panorama que ofrece la expresión de la petición en la lengua latina: mecanismos morfológicos, gramaticales, sintácticos o léxicos, cuestiones de enunciación, modo y modalidad o fuerza ilocutiva se combinarán entre sí y generarán realidades de habla analizables, que

² De acuerdo con Gutiérrez Ordóñez (1992: 57), «el sentido engloba todos los aspectos y dimensiones significativas que intervienen en un acto de discurso, ya estén ligados al significante lingüístico, ya sean aportaciones contextuales, ya sean aspectos de referencia, ya valores intencionales o modalizaciones imprimidas por el emisor».

podrán ser congruentes en cuanto a su semántica proposicional, o quizá no, pues en muchas ocasiones la directividad experimentará variadas interferencias con otras intenciones comunicativas. Además, y para mayor complicación, no podremos pasar por alto que la función socializadora de la petición la ligará indisolublemente a ciertos elementos extralingüísticos (cuestiones de interacción social, tales como las jerarquías o la cortesía). Estos, no obstante, adquirirán muchas veces una clara plasmación lingüística, tal y como intentaremos mostrar. En las páginas que siguen, todos estos factores recibirán un tratamiento que pretende ser integrador. Para ello, el presente trabajo se estructura según las líneas generales que exponemos a continuación.

El **capítulo II** presenta, en primer lugar, un análisis del fenómeno de la petición como parte integrante de un proceso verbal. Para ello nos basaremos en el estudio sobre Lexemática latina del Prof. Benjamín García-Hernández, quien nos proporciona un instrumento muy útil para la delimitación de un campo verbal: el sistema de análisis de las relaciones clasemáticas. Nos ocuparemos del análisis conjunto del comportamiento de los lexemas verbales de petición: su estructura actancial, el análisis individual de esos actantes, y las relaciones intersubjetivas e intrasubjetivas que establecen con otras nociones y que nos permiten establecer los límites del campo léxico que estos conforman.

Pero, como ya hemos adelantado, un análisis exclusivamente léxico dejaría en suspenso muchos de los aspectos constitutivos de un pedimento cualquiera. Por ello, dedicaremos el **capítulo III** a la exposición de los principales hitos de la teoría de los actos de habla —basada en la concepción dinámica del lenguaje—, desde sus formulaciones originales a cargo de Austin y Searle, y a la determinación del lugar que le corresponde a la petición dentro de la taxonomía de la función ilocutiva directiva, para, a continuación (**capítulo IV**), pasar revista a los variados mecanismos de expresión con que cuenta la lengua latina. Estos, si bien idénticos en ocasiones a los de otras intenciones comunicativas, se muestran muy productivos en competencia con las expresiones estrictamente basadas en procedimientos léxicos. En este sentido, incluiremos a continuación el análisis de ciertas expresiones parentéticas (**capítulo V**).

Por otra parte, para llegar a un conocimiento profundo de este mecanismo eminentemente verbal, será necesario acercarnos además a su justificación última, que pasa necesariamente por el análisis de ciertos elementos clave del pensamiento romano.

A este punto se dedicará el **capítulo VI**, en el que, desde unos criterios más antropológicos, intentaremos determinar los fundamentos de los esquemas sociales y la relación de tipo retributivo que subyace en el fenómeno de la petición en la sociedad romana y que, al mismo tiempo, la justifica.

Llegados a este punto, nos encontraremos plenamente capacitados para abordar el estudio de esta noción en un plano más puramente semántico, pues habremos reconocido ya tanto su funcionamiento clasemático general como sus límites, y contaremos asimismo con el apoyo tanto de su justificación social, como de los mecanismos y criterios que rigen las manifestaciones de la acción petitoria en el nivel enunciativo. Este último aspecto no es en absoluto baladí, pues, según se verá, nos presta unos parámetros previos muy provechosos para determinar la configuración estructural que sustenta el campo léxico de la petición. A ello se consagrará el **capítulo VII**, y se realizará a través del análisis individual de cada uno de los verbos que componen el campo y de sus correspondientes grupos lexemáticos, es decir, los lexemas modificados, conseguidos fundamentalmente mediante procesos de prefijación.

Por lo que respecta al método de trabajo, el estudio utiliza las bases sentadas por E. Coseriu para la Semántica estructural. Por ello, se intentará establecer las distinciones significativas de estos términos según el criterio de oposición. Se trata, pues, de un estudio de las relaciones entre los significados léxicos y de ahí el nombre de Lexicología del contenido o Lexemática que recibe esta disciplina. Asimismo, serán de gran utilidad los trabajos de García-Hernández sobre modificación preverbal. Algunos estudios precedentes, como el de Delgado Santos (1996) sobre la ‘aprehensión’, el de Domínguez Domínguez (1995) sobre el ‘encuentro’, o el de Martín Rodríguez (1999) sobre la ‘acción dativa’, nos proporcionan cierta seguridad y nos ofrecen un terreno ya explorado y firme sobre el que asentar los cimientos de nuestra investigación. Con el que aquí presentamos quedaría, pues, analizada una amplia macroestructura, rica y con gran incidencia en esta lengua.

El presente trabajo, según conviene a un análisis estructural, se limitará en buena medida a las etapas arcaica y clásica del latín. Sin embargo, juzgamos indispensable no imponernos rígidas restricciones a este respecto, por lo que no descartaremos testimonios de autores posteriores, que nos llevarán de la época posclásica a la cristiana e incluso a momentos más tardíos o a derivaciones romances, y que nos permitirán

proporcionar explicaciones puntuales a evoluciones concretas. Y es que, el sistema que intentaremos desentrañar en las páginas que siguen, mantendrá bien, en su tendencia al inmovilismo, las líneas maestras que se observan para el corte sincrónico mencionado, si bien experimentará algunos deslizamientos y extravíos en su sustancia léxica durante su andadura por el devenir histórico.

De todo lo anterior, se deducirá fácilmente que la noción de petición supone una parcela de significación de una importancia decisiva en la configuración de cualquier lengua y se halla imbricado en todos los contextos sociales (política, derecho, comercio, vida cotidiana...), por lo que podremos encontrar diversos empleos de las unidades léxicas que la significan en virtud de los ámbitos en que aparezcan. La polarización de determinados lexemas para la expresión de funciones específicas dentro de los distintos lenguajes especiales será igualmente tomada en cuenta, por cuanto su análisis permite completar la panorámica del empleo de cada uno de los lexemas que trataremos. De entre todos aquellos ámbitos en los que se acierta a reconocer un proceso de petición, destaca con fuerza el fenómeno que se desarrolla en el plano religioso de la experiencia humana y, de resultas, también en la lengua empleada: la plegaria. Por ello dedicaremos, en último lugar (**capítulo VIII**), un análisis individual sobre esta peculiar forma de petición que transcurre, inevitablemente, por los cauces institucionales sobre los que los hombres (en el caso de la religión romana, con fuerte control estatal) basan su relación con las deidades que velan por su prosperidad y su seguridad.

Unas breves conclusiones se encargarán de cerrar, finalmente, el estudio que se abre ahora.

II. la petición, proceso lexemático

II.1.- INTRODUCCIÓN.

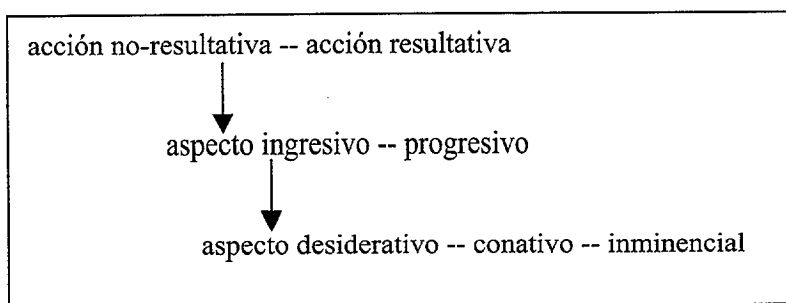
Desde que, en 1980, B. García-Hernández presentara su estudio sobre *Semántica estructural y Lexemática del verbo* –fruto de su análisis estructural de *El campo semántico de “ver” en la lengua latina* (1976) e inspirado en la Semántica estructural de la escuela de Eugenio Coseriu–, son numerosos los grupos verbales de esta lengua que tanto él como sus discípulos han ido estudiando en los últimos años³. El sistema de relaciones clasemáticas presentado en la mencionada obra ha proporcionado, en efecto, un instrumento de análisis que, dada su honda capacidad de penetración en las relaciones que se establecen en el léxico de cualquier lengua, se ha revelado enormemente útil, al permitir la delimitación de cada campo verbal.

A grandes rasgos, podemos decir que este sistema tiene en cuenta dos clases de relaciones fundamentales: la *relación intersubjetiva* o complementariedad léxica y la *relación intrasubjetiva*. Aquella (.-) engloba acciones que, formando parte de un mismo proceso, suponen sujetos distintos y que pueden ser simultáneas o sucesivas, mientras que en esta se incluyen acciones de un mismo proceso verbal que comparten sujeto. Las relaciones intrasubjetivas se subdividen, a su vez, en tres tipos: la relación de *alternación*, si los términos se excluyen, es decir, son contrarios; la relación *secuencial*: ordenación progresiva del desarrollo de una acción en el plano gramatical, y de varias

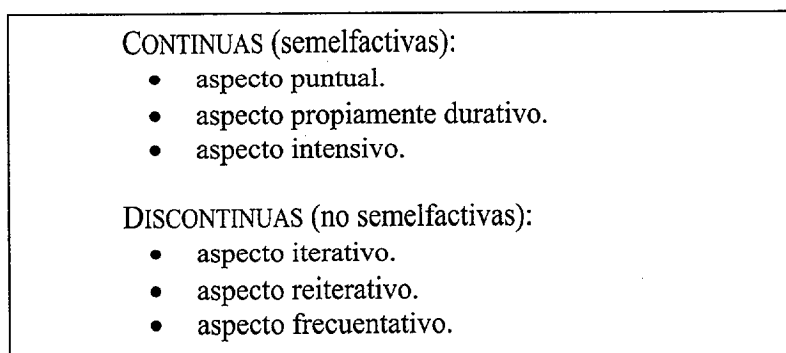
³ Muestra de la buena salud que, en nuestro país, disfrutan los estudios afines a esta tendencia en el ámbito de la Filología latina es la proliferación de referencias bibliográficas; pueden encontrarse completos repertorios en Casas Gómez (1991), Martín Rodríguez (1999: 25ss) o, más recientemente, García-Hernández (2002^a).

acciones en el plano léxico; y la relación *extensional*: duración relativa de una acción en el plano gramatical o de varias acciones en el léxico.

Estas dos últimas relaciones conforman el aspecto verbal y comprenden, a su vez, distintas subclases. La relación secuencial se estructura en el plano gramatical en función de la oposición entre una acción no acabada (*no-perfectiva*) y una acción acabada (*perfectiva*). En el plano léxico encontramos la oposición funcional entre una acción *no-resultativa* enfrentada a otra *resultativa*. A su vez, el término no-resultativo puede eventualmente subdividirse en el aspecto *ingresivo* y *progresivo* de una misma acción. Del mismo modo, la subclase ingresiva es susceptible de desdoblarse en distintos grados (*desiderativo*, *conativo* e *inminencial*):



Por su parte, el aspecto extensional tiene en cuenta, en el nivel gramatical, la *duración indelimitada* o *delimitada* de una acción, mientras que en el plano léxico contempla el aspecto *durativo* o *puntual* de una misma acción. Dentro de la clase durativa se reconocen además distintas subclases aspectuales:



II.2.- ANÁLISIS DEL CAMPO.

Si bien la intención petitoria puede ser expresada mediante mecanismos no verbales convencionalizados, en la mayoría de las ocasiones esta adopta una entidad oral, en virtud de la cual podemos incluir los verbos de ‘petición’ como integrantes del grupo más amplio conformado por los verbos de ‘habla’. Dicho de otro modo, dado que estos verbos remiten, por definición, a un acto de comunicación verbal, el conjunto compuesto por los *uerba petendi* se incluye como subcampo del más genérico que conforman los *uerba dicendi*. Así, por ejemplo, Escobedo (1980; 1992: 271ss), incluye el campo de la ‘petición’ como subcampo del subsistema ‘decir’ (que, junto con los de ‘pronunciar’ y ‘hablar’, conforman el campo genérico ‘hablar’), puesto que su contenido implica la comunicación de un mensaje concreto. Esta consideración semántica obtendrá igualmente codificación léxica a través de la doble significación de *orare*: “hablar” y “pedir”. Y quedará de manifiesto en otras consecuencias lingüísticas, de entre las que resultan muy elocuentes la selección de instrumentales como los que encontramos a continuación:

quodque soles animo semper, quod *uoce* precari (Ou. *Pont.* 2, 6, 17).

[Lo que sueles pedir con el corazón y con la voz.]

suspiciens altam Lunam et sic *uoce* precatur (Verg. *Aen.* 9, 403).

[Y dirigiendo la mirada a la alta luna, así le pidió en voz alta.]

o la capacidad del archilexema *dico* de funcionar para la expresión de una petición, con el régimen característico de esta:

(...) *dico*, ne dictum neges: / tuam mihi maiorem filiam despondeas (Plaut. *Poen.* 1155-1156).

[Te digo, no niegues que te lo he dicho, que me prometas la mano de tu hija mayor.]

De hecho, es posible hablar de una verdadera polisemia en los verbos que, como *dicere*, muestran empleos tanto directivos como representativos, asociados a configuraciones sintácticas distintas: cláusula de *ut* + subjuntivo en el primer caso, oración de acusativo

e infinitivo en el segundo⁴. Esta variación en el tipo de complementación, sin consecuencias significativas en el campo que nos ocupa, supone un sistema de oposición que condiciona en gran medida el sentido del verbo regente. Sin embargo, la cláusula subordinada no es la única responsable de la «coloración modal» que este puede adoptar. En realidad, según defiende Sznajder (1995: 289ss), el valor particular únicamente queda aclarado con el análisis global de la frase dentro del contexto discursivo, en el que tanto el componente pragmático como el contenido léxico del regido poseen un papel preeminente. De modo que, en verbos como *dico* (pero también *scribo*, *addo*, *indico*, *doceo*...), el paso de un valor descriptivo a otro exhortativo se ha de describir en términos de una restricción de su sentido básico, realizada mediante la adición de un sema específico contextual de tipo /+directivo/.

Así pues, en tanto que archilexema de los verbos de comunicación, *dicere* podrá ser encontrado en la base de expresiones realizativas con fuerza ilocutiva directiva⁵. Y, dado que petición y orden suponen dos manifestaciones de esa misma sustancia ilocutiva, el lexema que nos ocupa podrá desempeñar cualquiera de esas funciones⁶.

moneo dominoque dicto audiens sit (Cato agr. 142, 1).

[Y aconsejo que obedezca al dictado de su señor.]

⁴ Otros verbos que muestran ese doble valor semántico con repercusiones sintácticas son: (i) verbos de ‘comunicación explícita’ o ‘implícita’ (*scribo*, *adclamo*) y algunos que pueden adoptar este valor (*addo*, *adfero*, *adnecto*, *concedo*, *doceo*, *significo*, *admoneo*, *indico*, etc.); (ii) otros más heterogéneos: de ‘pensamiento’, ‘evaluación’, ‘juicio’ (*cogitare*, *consentire*, *facere*), ‘visión’ (*uidere*), ‘atención’ (*attendere*, *perseuerare*, *contendere*...) (Sznajder, 1995: 284). Este sistema, con todo, nunca alcanzó una regularidad perfecta, por lo que Sánchez Manzano (1996: 38) prefiere ver simplemente una tendencia de distribución. Por otro lado, evidentemente, no todos los verbos con un significado asertivo están facultados para estos usos «prescriptivos», sino que existe una restricción semántica al respecto: únicamente aquellos lexemas que no presupongan el contenido de verdad de su oración subordinada podrán ofrecer una lectura de este tipo. Por tal motivo, una oración como **fateor ut uenias* resulta agramatical (Sznajder, 1989: 418s). Por su parte, los verbos que, como *promittere* o *negare*, solo admiten una lectura declarativa, únicamente presentarán oración de infinitivo en su configuración sintáctica (cf. Bolkestein, 1976^a: 162), lo cual lleva a pensar que el tipo de complementación marcada para la directividad es la de *ut* + subjuntivo. Además, la oración de infinitivo (acI) completiva del uso descriptivo de los verbos como *dicere* (*dicunt me uenire*: “dicen que yo vengo”), ha de ser analizada (id., 1976^b) como un único constituyente, mientras que en formulaciones como *admonent me uenire* es necesario suponer la existencia de tres constituyentes al mismo nivel sintáctico, en función de las pruebas de naturaleza sintáctica que esta última autora propone.

⁵ A lo largo del presente trabajo (fundamentalmente en el capítulo III) iremos desgranando y analizando todos estos conceptos de tipo pragmático a los que nos estamos refiriendo desde el comienzo.

⁶ Así como también las propias de los *uerba promittendi* (*promitto*, *spondeo*, *iuro*, *uoueo*, *polliceor*). Cf. el siguiente ejemplo terenciano que, con todo, no supone un uso realizativo de este verbo: (...) *cras mane argentum mihi / miles dare se dixit* (...) (Ter. Phorm. 531-532).

Y, en consonancia con la relación complementaria que establece con *audire* (*dico* .- *audis*), este último ha pasado, por derecho propio, a formar parte del campo de ‘obedecer’ (García-Hernández, 1997-1998: 307); así también ocurrió con *auscultare*, si bien con cambio de régimen sintáctico en este caso; en su acepción secundaria, el acusativo de persona a la que se escucha se ha visto trocado por el dativo, característico de este campo⁷ (cf. *ibíd.*), con lo que su empleo como término complementario de los verbos que expresan propiamente ‘mandato’ queda así plenamente justificado (*iubeo*⁸ .- *auscultas*):

amicos domini, eos habeat sibi amicos. *cui iussus sit, auscultet* (Cato *agr.* 5, 3).

[Que considere a los amigos de su señor como amigos propios. Que obedezca a aquel a quien se le haya ordenado.]

Según se observa, el valor neutro que posee el archilexema *dicere*, evidente en la acumulación sinonímica del siguiente ejemplo:

nunc tu illum si illo es missurus, *dice, demonstra, praecipe*⁹ / quae ad patrem uis nuntiare (...) (Plaut. *Capt.* 359-360).

[Ahora tú, si es que vas a enviarlo allí, dile, hazle saber, ordénale lo que quieres que le comunique a tu padre.],

permitirá la inferencia de distintas significaciones funcionales, dependientes de los contextos en que este se halle inserto. De hecho, es muy probable que el ámbito jurídico haya sido la plataforma desde la que, a partir del carácter solemne que allí siempre

⁷ Las unidades léxicas que componen el campo de la ‘obediencia’ se dividen en dos dimensiones: mientras que *oboedire*, *auscultare* / *audire* y *dicto audiens esse* expresan la mera «obediencia del interlocutor», *obtemperare*, *obsequi* y *obsecundare* hacen referencia a «las modalidades particulares de la moderación, el agrado y el favor en la obediencia». Por su parte, *parere* recoge el valor unitario del grupo (García-Hernández, 2001^b: 740ss).

⁸ Junto a *iubere*, *imperare* establece la misma relación complementaria, mas, a diferencia de él, admite usos absolutos en los que expresa un estado, la capacidad real de impartir órdenes, y no tanto su realización efectiva; su aplicación es, por tanto, privativa de actantes que, por propia naturaleza, detentan tal capacidad, el *imperium* (cf. Évrard, 1995: 117) y conviene, pues, tanto a magistrados como a leyes o, incluso, a la propia razón. Su término alterno es, en estos casos, *seruire*, que también expresa un estado. Pero así mismo, posee construcciones plenas; en los contextos en que concurren ambos lexemas, existe una cierta tendencia a que sea *imperare* el verbo empleado en la introducción de una orden general, mientras que *iubere* precisa simplemente una modalidad de ejecución (cf. *id.*, 2001).

⁹ Sobre el empleo de este lexema para la expresión de una orden, véase Delgado Santos (1996: 48s).

mantuvo, este lexema haya adoptado el valor coercitivo que, según hemos visto, puede mostrar en el lenguaje común, tal y como coercitivos resultan cualquier *dicio* o los dictados del *iudex* o el *dictator*¹⁰.

De todo ello se inferirá claramente además que ‘ordenar’ y ‘pedir’ suponen campos semánticos limítrofes –Cano Aguilar (1981: 146), por ejemplo, los agrupa juntos– entre los que median ciertas consideraciones pragmáticas que, tal y como tendremos ocasión de mostrar a lo largo de este trabajo, recibirán ciertas plasmaciones de orden lingüístico. Y, sin embargo, esta no es la única diferencia entre ambos conceptos: su distancia se acentúa aún más en función de las relaciones lexemáticas que tiende a seleccionar cada uno. Los esquemas diatéticos en los que podrán ser encontradas estas nociones difieren de manera considerable. Mientras que la petición seleccionará una relación directa con verbos que expresen la ‘donación’ o la ‘concesión’ (verbal o actuativa) de lo solicitado, la esfera específicamente complementaria de los *uerba imperandi* es, según ya hemos dicho, la de la obediencia y, con ella, la realización simultánea de lo ordenado. Ello supone una importante diferencia con respecto a la primera, pues, inherente a ella, existe siempre la posibilidad de ser rechazada¹¹.

Tal consideración nos lleva a plantear la posibilidad de establecer una relación de solidaridad léxica¹² entre estos verbos y un alto grado en la escala jerárquica. Es decir, nos hallaríamos ante una relación de afinidad¹³ sustentada en el clasema /+autoridad/ del agente-enunciante de la orden. De hecho, las implicaciones de esta solidaridad no

¹⁰ El carácter jurídico de *dicere* y su recurrencia en este ámbito serán también razones para su traslado semasiológico desde la noción originaria de *“mostrar” a la derivada “decir”, puesto que «en una sociedad como la romana, en la que en principio predominaba el analfabetismo, el ejercicio del derecho debía de ser una manifestación o, si se prefiere, una mostración oral» (García-Hernández, 1997-1998: 308). Tal desplazamiento, que ha colocado este lexema en la dimensión causativa con respecto a ‘oír’, es igualmente responsable, según el principio de proporcionalidad, del paso de *parere* –en origen complementario de ‘mostrar’– al campo de ‘obedecer’. Sobre las relaciones proporcionales, cf. García-Hernández (1981).

¹¹ Así, por ejemplo, en castellano, el marcador discursivo *bueno* (evolución del adverbio asertivo) se emplea únicamente para aceptar una sugerencia, petición u ofrecimiento, puesto que estos actos permiten una contrapartida alterna, es decir, el ‘rechazo’. De este modo, «si se responde con bueno a una orden, se la convierte en petición» (Portolés, 2001²: 108). Funcionamiento semejante puede reconocerse en la partícula discursiva latina *uero*, usada en «movimientos reactivos» como expresión de consentimiento (cf. Kroon, 1995: 294).

¹² Seguimos en lo esencial el concepto de solidaridades léxicas propuesto por Coseriu (véase fundamentalmente 1981²: 143ss), pese a las matizaciones que pueden leerse, por ejemplo, en Gutiérrez Ordóñez (1992: 115s).

¹³ Definida por el propio Coseriu (1981²: 182) como aquella relación en la que «es la clase del término determinante la que funciona como rasgo distintivo complementario del término determinado (este implica, por consiguiente, un rasgo distintivo del tipo “únicamente para la clase de...”»).

acabarían aquí. Oraciones como *Felipe II construyó el Escorial*, en las que el sujeto no expresa ‘agentividad’, sino una cierta noción cercana a la ‘causatividad’, solo permiten tal lectura a través del rasgo de autoridad real que se atribuye a su sujeto y que le permite tener gente a su cargo, los auténticos agentes de la acción¹⁴.

Hechos de índole clasemática como los recién aducidos nos ayudan, pues, a columbrar la diferencia entre estas nociones semánticas tan estrechamente emparentadas y permiten, además, explicar aparentes atentados contra sus respectivos estatutos. En efecto, no es difícil encontrar casos en los que un complemento en acusativo (del tipo *arma*, *obsides*, *frumentum*, *pecuniam*, *tributum*, *milites*, etc.; cf. *ThLL*, s.u. *imperare*, col. 583) ocupa en la estructura argumental de un verbo como *imperare*¹⁵ el lugar que le corresponde al contenido de la orden:

his (scil. Trinobantibus) Caesar imperat obsides quadraginta frumentumque exercitui
(Caes. Gall. 5, 20, 4).

[A estos César les impone la entrega de cuarenta rehenes y aprovisionamiento de trigo para el ejército.]

Ante evidencias de este tipo, se podría pensar en una neutralización de la distinción entre estos campos semánticos, puesto que, según parece lógico, el término complementario seleccionado en ambos casos constituiría una donación. Así parece deducirse de las traducciones que suelen darse de ejemplos como el recién reproducido (“César exige...”). Sin embargo, existen indicios que impiden sostener esa idea. En primer lugar, se verifica el mantenimiento del esquema argumental y de la configuración sintáctica típica de estos verbos, que codifican el segundo actante humano (y agente subsidiario) en el caso dativo. Conviene atender igualmente a la mentalidad romana, donde podremos encontrar otras claves. E&M (s.u.) definen la base léxica de la que deriva este término, *imperium*, como «commandement, pouvoir souverain de prendre toutes les mesures d'utilité publique, même en dehors des lois». Tal caracterización deja fuera del concepto de ‘orden’ nociones definitivas de la ‘petición’

¹⁴ Véase al respecto Ramos Pasalodos (2001), quien utiliza el concepto de «nominativo de autoridad». Esta interpretación conviene igualmente a los empleos del lexema *aio* con el sentido de “declarar” y como expresión emanada de un poder divino o jurídico. Más adelante abordaremos con más detenimiento el concepto de poder y su incidencia en la selección de ciertos lexemas.

¹⁵ En el caso de *iubere* habría que pensar probablemente en una influencia analógica de este.

(fundamentalmente la pretensión que supone, esto es, su carácter no-resultativo, conativo), ya que el movimiento de la voluntad de un agente marcado con el sema /+autoridad/ imprime una cierta noción de factitividad a su actuación, basada en un poder incontestable que queda más allá de cualquier circunstancia concreta.

Además, las relaciones intersubjetivas que estos verbos establecen nos proporcionan nuevas evidencias que abogan en favor de otra hipótesis. El significado específico de expresiones como *imperare tributum* –que parecen un giro propio del lenguaje militar– no puede ser interpretado en el sentido de “exigir”, sino más bien en el de “imponer un tributo”¹⁶, pues, según reza el proverbio «no manda quien quiere, sino quien puede», mientras que cualquiera, en circunstancias determinadas puede exponer una exigencia o una reclamación. Y todo ello se reflejará en unas relaciones complementarias específicas, con verbos que expresan nociones cercanas a las de ‘pagar’: *soluo*, *pendo*, *numero* o, mejor aún, *tribuo*, lexemas estos englobados por Martín Rodríguez (1999: 305ss) bajo la rúbrica «acción dativa determinada por la idea del cumplimiento objetivo con el destinatario», es decir, constitutivos del «grado resultativo de la noción de ‘dar’, motivada por una obligación objetiva (“dar lo que se debe pagar”))» e impuesta la obligación en este caso no por una donación anterior, sino por una autoridad socialmente ratificada. Evidentemente, en sustitución de estos podrá aparecer siempre su archilexema parcial, *reddo*, o incluso el genérico del campo. Pero es indispensable no perder de vista estas consideraciones.

Todo ello aconseja mantener la independencia semántica de las dos nociones con las que venimos trabajando, puesto que ejemplos como el que recogíamos más arriba constituyen en realidad expresiones elípticas que no implican una ‘concesión’, una ‘donación’ o una ‘devolución’ como término complementario, sino más bien un ‘cumplimiento’, una ‘obediencia’.

Retomando nuevamente la inclusión del campo de ‘pedir’ dentro del macrocampo de ‘hablar’ a la que antes nos referíamos, pero, recorriendo ahora el camino inverso, debemos añadir igualmente que estos lexemas estarán, en determinadas ocasiones, capacitados para adoptar como término complementario el genérico de los primeros. Tras la súplica que Rómulo eleva a Júpiter para granjearse su apoyo en el campo de

¹⁶ E&M (*s.u. imperium*) prefieren para estos casos una perífrasis como «se faire délivrer».

batalla, se dirige a sus tropas invadido por la sensación de que sus palabras han obtenido el efecto deseado. La expresión que emplea Livio es:

haec precatus, ueluti si sensisset *auditas preces* (...) inquit (Liu. 1, 12, 7).

[Tras elevar esta plegaria, como si hubiera notado que sus plegarias habían sido atendidas, habló así...]

Huelga decir, no obstante, que, dada la ausencia de elemento coactivo inherente a los *uerba precandi* –los dioses desconocen la obediencia, al menos si esta entra en relación intersubjetiva con respecto a un actante humano–, el sentido que se actualiza en este caso no es el de “obedecer”, sino el de “atender” una plegaria (*cf. it. esaudire*). De ahí la importancia de la invocación, la preocupación por asegurar la atención del dios. Para el que confía en la magnanimidad divina, escuchar es conceder (Hickson, 1986: 19).

Por razones análogas, y al no existir término alterno específico de los verbos de ‘petición’, pueden ser usados con este valor concreto los genéricos de los *uerba dicendi*: *taceo* (“callar”, usado en estos casos con el sentido específico de “no pedir”) o *celo* (García-Hernández, 1976: 38). A pesar de no estar concebidas originariamente como explicación de la relación de alternación que describimos, las siguientes palabras de Escandell Vidal (1988: 317), la ilustran a la perfección:

El acto de romper el silencio y hacer uso de la palabra es el resultado de una decisión, de una elección entre hablar y no hablar. La comunicación humana tiene como finalidad fundamental el alcanzar ciertos objetivos en relación con otras personas: hablamos con una determinada intención. Por tanto, si en un momento dado utilizamos el lenguaje, es porque hemos considerado que hacerlo puede adaptarse mejor a nuestros objetivos que no hacerlo.

II.2.1.- ESTRUCTURA ACTANCIAL.

De manera genérica, podemos decir que la ejecución de una ‘petición’ supone la existencia de tres actantes que quedan incluidos en la valencia argumental de estos verbos: quien realiza la acción, aquel al que va dirigida y, finalmente, el objeto mismo de la petición.

No es excesivo el número de verbos que llevan prefigurado en su esquema argumental una tercera casilla, que, en el caso del castellano, viene a ser rellenada por un complemento indirecto¹⁷, aunque la lengua latina, como vamos a comprobar, habilite a estos verbos para recibir otros tipos de complementaciones. Estos suelen ser verbos de ‘transferencia’. Los verbos de ‘petición’, en concreto, se incluyen dentro del subtipo de los verbos de ‘transferencia comunicativa’ (junto a otros como *transmitir*, *decir*, *anunciar*, *comunicar*, *avisar*, *escribir*, *revelar*, *declarar*, etc.), y esta última clase comparte posición con las subclases de ‘transferencia material’, ‘moción física’ y ‘moción abstracta’ (Gutiérrez Ordóñez, 1999: §30.4.4)¹⁸.

II.2.2.- ANÁLISIS DE LOS ACTANTES.

Supeditado al carácter de regulador social que ya hemos atribuido al fenómeno de la petición, se deduce que, por regla general, el primer actante de los verbos encargados de tal designación habrá de ser de clase /humano/. Y dentro de ella, nuevamente serán condicionantes de tipo social los que impongan restricciones combinatorias a la hora de la selección de los distintos lexemas que componen este campo. Más adelante, una vez pertrechados de un aparato teórico más completo, abordaremos convenientemente estas cuestiones. Pero, por el momento, debemos referirnos aquí a una aparente contravención del principio que acabamos de mencionar, pues es posible encontrar con estos verbos sujetos de clase /no-humano/ e incluso /inanimado/.

Resulta extraño, evidentemente, comprobar cómo actantes de esta condición pueden ocupar la primera casilla argumental de un verbo que describe una enunciación verbal y está tan supeditado a un componente volitivo. Para entenderlo, sin embargo, es necesario atender al empleo metafórico que de esta noción se está haciendo en tales casos, en los que se producen, además, algunas alteraciones. En primer lugar, se verifica una reducción en el esquema argumental de estos verbos, que pasan a formar construcciones absolutas del tipo «algo-exige-algo», esto es, se produce un cambio en su valencia. Para algunos acercamientos sintácticos (así, por ejemplo, para la gramática

¹⁷ Puede verse al respecto Gutiérrez Ordóñez (1999: §30.4.4), donde se afirma, que «un verbo de “transferencia” o “moción” prefigura esquemas en los que ha de aparecer un sintagma complemento indirecto caracterizado normalmente por la función semántica “origen” o “meta”».

¹⁸ Pruebas de la naturaleza argumental de este tercer actante pueden verse ibíd. (§30.4.3).

funcional) tal circunstancia entraña necesariamente un cambio de significación. Nosotros, sin embargo, somos de la opinión de que tal afirmación no debe ser considerada infalible, ya que no ha de ser el criterio de la complementación sintáctica unívoca el que permita agrupar lexemas en un mismo campo semántico, sino que, antes bien, se han de privilegiar criterios sémicos y clasemáticos. Sin embargo, parece que algo de ello sí ocurre aquí. Para quienes hemos heredado esa expresión metafórica, pese a la merma actancial, no existe impedimento para traducir estos giros latinos en el mismo sentido que el original. Y, con todo, resulta evidente que las cosas no “piden”, por lo que está operando aquí una restricción de sentido, pues con ese actante, desaparece también parte del contenido sémico (/expresión oral/, /intencionalidad/, /directividad/, etc.). Por ello, su significado es, en estos casos, más cercano al de ‘necesitar’; y resulta así neutralizada la cadena secuencial que esta noción establece con los lexemas que recogen la acción verbal de ‘pedir’. Parece claro, por tanto, que, al menos en este caso, un cambio de valencia implica una modificación del contenido semántico. Y ello a pesar de que nuestros esquemas mentales y el mantenimiento de esa misma metáfora, evidentemente basada en el recurso de la personificación, nos permitan seguir agrupando esos usos en una misma categoría con los otros que consideraremos canónicos. Ello será posible, siempre y cuando tengamos en cuenta que, si bien es posible una hipotética relación complementaria como *planta aquam exigit* .- *homo aquam plantae dat*, tal diátesis habrá de ser considerada inmotivada o, al menos, solo motivada de manera retrógrada, pues únicamente el concepto amplio de donación que subyace en la mentalidad romana sustenta este tipo de empleos metafóricos.

Además, combinaciones de este tipo solo podrán ser encontradas con ciertos verbos y nunca con otros. Precisamente por ello, se convertirá en una útil herramienta para la determinación de la exacta configuración del campo léxico de la petición. A la hora de abordar su análisis (capítulo VII), tendremos ocasión de comprobar cómo los sujetos inanimados, ajenos por completo a condicionamientos sociales, suponen un índice claro del carácter coactivo de algunos de estos lexemas. Y la justificación habrá que buscarla en la modalidad deóntica, que impregna nuestras reglas lógicas básicas. Pese a las reticencias de algunos autores para incluir allí este tipo de construcciones¹⁹,

¹⁹ Así, por ejemplo, Sánchez Manzano (1996: 38), autora que emplea la denominación de modalidad impresiva.

parece que es precisamente esta la que la justifica. En el desarrollo lógico de los acontecimientos, existen determinadas premisas inherentes e indispensables para el cumplimiento de otros tantos hechos. Es decir, existen ciertas condiciones necesarias, ciertos requisitos; y conviene no perder de vista el lejano origen etimológico de estos últimos. No deberá extrañar, por tanto, que los sujetos inanimados puedan, en muchas ocasiones, ser además de clase /abstracto/: *res*, *usus*, *tempus*, *ratio*, etc.

pergam turbare porro: ita *haec res* postulat (Plaut. *Most.* 546).

[Seguiré molestando más; así lo requieren las circunstancias.]

PA. ego enim dicam tum, quando *usus* poscet (...) (Plaut. *Mil.* 810).

[PA. Ya te lo contaré yo cuando lo requiera el momento.]

Resulta evidente, pues, que la metáfora ontológica que supone la personificación de las «cosas exigentes» basta para poner de manifiesto la interrelación que se establece, en el ámbito conceptual, entre el fenómeno de la petición y la modalidad deóntica. Y no es la única, puesto que esta podrá determinar, en cierto modo, la concesión de aquella. A ello apunta el adjetivo *inexorable*, lo que no se puede evitar, pues así lo imponen las circunstancias, ni aún a fuerza de ruegos.

Por lo que respecta al destinatario de la petición, debemos comenzar señalando la posibilidad de su solapamiento con el interlocutor, desde el punto de vista comunicativo, puesto que los empleos realizativos de estos verbos permiten, a través de su sintaxis, la codificación simultánea de los participantes en el proceso comunicativo, frente a las expresiones no léxicas de la fuerza ilocutiva directiva (*cf.* Sánchez Manzano, 1996: 35). Sin embargo, según tendremos ocasión de ver, este tipo de empleos no es, ni mucho menos, el mayoritario. Pues bien, este complemento habrá de ser, salvo excepciones, necesariamente de clase /animado/, pues su función de sujeto del término con el que el *uerbum petendi* entre en relación complementaria exige un componente volitivo y agentivo. Desde el punto de vista conceptual, la petición entraña siempre una actancia desdoblada: la de quien realiza la solicitud y la del que, tras recibir tal mensaje, tal indicación, decide ponerse manos a la obra y conceder el contenido pretendido por su interlocutor. Por tanto, la caracterización de este actante habrá de recaer más

concretamente dentro de la clase /humana/ (o /divina/ en su defecto), pues solo ellos poseen la capacidad lingüística inherente al contenido de estos verbos.

Es esta, además, la categoría que más posibilidades de expresión sintáctica posee, con independencia de lo cual se encarga siempre de la expresión de la entidad destinataria de la acción del verbo.

Dada la ya mencionada inclusión de estos verbos dentro del grupo de ‘transferencia comunicativa’, sería esperable que, a imagen de *dicere*, con el que entran en relación de hiponimia, mostraran también una configuración de su estructura trivalente con un segundo actante humano en dativo²⁰. Sin embargo, frente a esta primera intuición, comprobamos que la estructura de estos verbos es diferente, pues su manifestación mayoritaria es el complemento en acusativo. De este modo, podremos encontrarnos en muchas ocasiones ante construcciones de doble acusativo, pues esta es la marca característica del último actante:

inlecebram stupri principio *eam sauium* posco (Plaut. *Cas.* 887).

[Para empezar a seducirla, primero le intento sacar un beso.]

Según datos que proporciona Pinkster (1985: 167s), un porcentaje ínfimo (1’4%) de verbos rigen doble acusativo, pues existe una notoria tendencia al empleo de marcas gramaticales distintas para diferenciar otras tantas funciones²¹. Con todo, en casos como estos, el contenido léxico de los elementos en juego es suficiente para desambiguar el

²⁰ Esto es lo que ocurre en nuestra lengua, donde esta casilla argumental tiende a estar ocupada por un complemento indirecto, al no admitirse construcciones de doble complemento de objeto, salvo yuxtaposiciones y coordinaciones, aunque en época primitiva sí las poseyera, como un resto del anterior estadio latino (cf. Cano Aguilar, 1981: 324).

²¹ Algunas de estas construcciones de doble acusativo están estrechamente ligadas a los enunciados causativos (del tipo *doceo grammaticam pueros*: “enseño gramática a los niños” → “hago que los niños aprendan gramática”). Sin embargo, los verbos que significan “pedir” se encuentran desprovistos de este componente causativo, lo que se observa todavía mejor en los lexemas carentes de fuerza coactiva. Es decir, que el componente télico inherente a estos verbos no puede confundirse con el concepto de causatividad, al estar en juego la volición de la persona a la que se pide, ruega e incluso exige. Con todo, quizá existan ciertos condicionantes psicológicos capaces de dar cuenta de tal complementación; lo veremos en el capítulo VI. Cano Aguilar (1981: 330) explica este fenómeno asumiendo que la existencia de verbos subordinados en función de complemento directo, permite la ascensión de su sujeto junto al verbo principal manifestándose como objetos indirectos en nuestra lengua: «ordenó que yo viniera → me ordenó que viniera». Además, puede existir un tercer actante propio del verbo principal y diferente al sujeto del verbo subordinado: «le ordenó que nos dieran de comer». Sin embargo, los datos sintácticos que hemos visto en *imperare* y los que acabamos de comentar con respecto a *dicere*, invalidan tal explicación para la lengua latina.

tipo de relaciones que plantea el enunciado. Puesto que estas predicaciones establecen prototípicamente una relación entre dos actantes humanos con otro no humano y ya que los dos primeros reciben marcas morfológicas distintas, no existe ambigüedad posible. El problema –que retomaremos enseguida– surge cuando ese tercer actante pertenece también a la clase /humano/; sin embargo, adelantemos que la inferioridad de rango en la escala de animacidad de las categorías léxicas que ocuparán esta posición eliminará nuevamente cualquier posible confusión.

Frente al complemento en acusativo²², el caso dativo se encontrará reservado para la expresión de otro tipo de complementación, no argumental en este caso: el beneficiario, con un marcado componente de ‘interés’, de la posible acción –facultativa en todo caso– desencadenada por el acto verbal de la petición. Junto a la función meramente sintáctica del dativo, se advierten en este caso valores semánticos añadidos, fundamentalmente en lo que se refiere a la expresión del beneficiario. En nuestros verbos, se instituye una indisoluble relación entre su contenido matriz y la identificación que establecen entre el sujeto locutor y el beneficiario del contenido que se pretende hacer efectivo. Tal correferencialidad vuelve redundante y, por tanto, omisible la expresión del beneficiario²³. Solo en el caso en que el beneficiario posea otro referente, resultará pertinente su expresión en dativo, desencadenándose así la creación de una nueva posición argumental en estos verbos. Como caso propio de la noción de ‘dar’, respuesta mayoritaria a una petición, el dativo se encargará pues, en estas construcciones, precisamente de la expresión del destinatario²⁴ de tal acción. Ello permitirá, además, el desdoblamiento del propio acto de la petición, siendo posible de este modo solicitar algo en lugar o en beneficio de otro:

nunc tuam sororem *filio* posco *meo* (Plaut. *Trin.* 571).

[Ahora te solicita la mano de tu hermana para mi hijo.]

Así pues, la dicotomía sintáctica polarizada en los casos acusativo y dativo marca la diferencia semántica que existe entre el receptor del acto verbal de la petición y el

²² Y con la salvedad de *supplicare* (del que el dativo parece ser su régimen característico) y algunos empleos de *precari* (cf., por ejemplo, Plaut. *Asin.* 477).

²³ Y, sin embargo, no falta algún ejemplo en que sí se verifica su explicitación: ‘*meus hic certe est: an et hunc sibi poscit Ulixes*’ (Ou. *met.* 13, 387).

²⁴ Sobre la idoneidad de esta denominación, véase García-Hernández (2002^b).

destinatario que eventualmente podrá beneficiarse de la acción desencadenada por aquel. Y ello provoca, por tanto, que la configuración canónica de estos verbos sea la de doble acusativo²⁵. Y es posible encontrar una explicación semántico-pragmática a este hecho: puesto que la noción de interés que el dativo se encarga de poner de manifiesto en muchas ocasiones es del todo incompatible con el destinatario de la petición (quien, caso de aceptarla, operaría como agente de una actividad en beneficio ajeno), la correferencialidad de estas nociones resultaría absolutamente incongruente.

Sin embargo, la lengua, en su tendencia a la regulación del sistema –y en consonancia con esos otros verbos que poseen significados afines pero complementaciones diferentes– gusta de eliminar restos arqueológicos que no encajan bien en su plan global. De tal modo, al igual que terminó por eliminar los dativos regidos de verbos como *curo* o *noceo*, innecesarios por cuanto no contrastaban con acusativo alguno (Moralejo, 1995: 101), se encargó también de liquidar la construcción de doble acusativo de estos verbos, por ser incapaz de establecer un contraste gramatical entre dos complementos claramente distintos. Comenzará así a constatar, andando el tiempo, la construcción que ha pervivido en las lenguas romances²⁶.

Pero, al margen del caso acusativo, el actante al que nos referimos puede estar representado por otro tipo de complementaciones. Ya hemos introducido su función referencial a la entidad a la que se dirige la petición, que es, a la vez, responsable y agente inductor de la acción que esta puede desencadenar. A partir del valor de origen que de ello se desprende, resulta sencillo explicar otra de las configuraciones sintácticas más frecuentes: la del sintagma preposicional *ab* + ablativo. Este fenómeno es también frecuente en español, donde nos encontramos con una dualidad de construcciones como *reclamar (pedir, exigir...) algo a / de alguien*. Para algunos autores, como el ya citado Cano Aguilar (1981: 346), este sintagma ha de considerarse como complemento

²⁵ Bassols de Climent (1973, I: 59) señala la preferencia de la prosa clásica por la naturaleza pronominal del «acusativo de cosa», limitación que desaparece de los textos no clásicos.

²⁶ Sobre la construcción del tipo *ueniam legentibus precor*, véase Löfstedt (1942²: 200ss), donde se recogen ejemplos, en su mayoría de autores cristianos, tanto de este lexema como de *exigere*, *exorare*, *flagitare*, *obsecrare*, *petere*, *postulare*, *rogare*, etc. La alternancia se mantuvo hasta época muy tardía, llegando incluso a dejarse notar en las lenguas romances; para el francés puede verse Ludi (1978).

circunstancial de origen, alternante con los casos de doble transitividad, donde el objeto indirecto del español (o el acusativo latino) aúna los valores de origen e interés²⁷:

(...) LY. *quid nunc a me igitur petis?* (Plaut. *Curc.* 542).

[Li. Y ahora, ¿por qué pides eso de mí?]

quae precatus a dis immortalibus sum (Cic. *Mur.* 1).

[Lo que he solicitado de los dioses inmortales.]

*plus pollicere quam ego aps te postulo*²⁸ (Plaut. *Truc.* 374).

[Me prometes más de lo que yo pido de ti.]

Pudiéndose llegar a otras expresiones locativas como *ex* + ablativo o incluso de naturaleza adverbial:

ego hinc artoptam ex proximo utendam peto (Plaut. *Aul.* 400).

[Yo pido de la casa de al lado el molde para cocer el pan.]

Este tipo de giros delata una de las frecuentes confluencias expresivas entre el lenguaje jurídico y la lengua popular, posiblemente con origen en un arcaico fondo común (De Meo, 1986²: 93-95). El empleo de adverbios pronominales como sustitutos de una frase preposicional en aras de la economía lingüística aportaría además ciertas reminiscencias del lenguaje administrativo al vetusto lenguaje legal, tan del gusto de los comediógrafos arcaicos y evidente en el siguiente verso terenciano, donde el adverbio, según nos explica Donato (*ad loc.*) posee el valor de *a quo*²⁹:

atque in Thesauro scripsit causam dicere / prius unde petitur, aurum qua re sit suum / quam illic qui petit, unde is sit thesaurus sibi (Ter. *Eun.* 10-12).

²⁷ Dijimos ya que una diferencia en el plano sintáctico no invalida la inclusión de estos usos en un mismo campo semántico. Así, compartimos plenamente la opinión de Martín Rodríguez (1995: 85), con respecto a este caso, que resulta un buen ejemplo. Ambos tipos de complementación podrían así ser considerados como alomorfos de una misma función, dado que son responsables del establecimiento de relaciones léxicas idénticas. La complementación ablativa, por otra parte, es también posible con verbos de 'preguntar', con lo que encontramos ya un primer punto de contacto entre ambas nociones: *sed quaero de te: putesne* (...) (Cic. *Caecin.* 96).

²⁸ Leemos en el aparato crítico de la edición de Lindsay: «q. abs te posco au (aut *A² ut uid.*) postulo *A*, *sed* abs te posco *uix Plautinum fort.* plus polliceri (-rei) quam ego posco hau te postulo (*uel* quam te posco hau postulo)».

²⁹ Sobre el valor de esta forma como tecnicismo legal véase el clásico artículo de Pascucci (1968: 17-22).

[Y en la composición de *El Tesoro* hizo al demandado defender primero las razones por las que el oro era suyo, antes de que el demandante expusiera por qué le pertenecía el tesoro.]

En última instancia, se puede decir que esta imagen concibe la acción de la petición, en su dimensión directiva, como un “sacar”, un “hacer salir”, un intento de causación de una acción dirigida a un individuo que se entiende, en suma, como un recipiente. Nos encontraremos nuevamente con esta idea cuando nos centremos en el análisis de *exigere* (VII.5.1), cuya base léxica, claramente causativa, queda modificada por un preverbio ablativo, produciéndose efectos similares. Resulta clara, por tanto, su pertenencia a los esquemas mentales más básicos.

El verbo *orare*, por su parte, viene a enriquecer esta panorámica con una nueva complementación: el sintagma preposicional *cum* + ablativo. Su explicación habrá de ser buscada, sin duda, en su significado originario (cf. Szantyr, 1971: 5). Desde un contenido netamente enunciativo (“hablar”), se habría llegado al de “rogar”³⁰. Evidentemente, y pese a excepciones, el intercambio lingüístico es precisamente eso, un intercambio, y para que como tal se desarrolle es necesaria la concurrencia de dos individuos. Así, el contenido sociativo que vehicula la preposición *cum* resulta perfectamente pertinente. Por otro lado, no es extraño que estas interacciones tengan –según el carácter instrumental que ya hemos atribuido a la lengua– una finalidad concreta, la cual podría quedar recogida por medio de una oración final introducida por *ut*. Encontramos aquí un solapamiento perfecto, tanto desde el punto de vista lógico, como argumental y teleológico, con la definición de la estructura básica del fenómeno de la petición con la que hasta el momento trabajamos. Y, por ello, estas construcciones constituyen el paso intermedio entre el semantismo originario (meramente enunciativo) de *orare* y su significado operante en el ámbito de influencia de ‘pedir’. Tal contexto, ampliamente documentado en la obra de Plauto, resulta pues un caso límite entre ambos significados:

³⁰ Según señala Coseriu (2000: 27), Kronasser habría sido el primero en advertir la implicación de este verbo en un cambio semántico en cadena, pues sólo tras el paso que hemos señalado pudo *dicere* trasladarse desde la esfera de la ‘mostración’ al significado de “decir”.

PH. Mnesiloche, hoc *tecum* oro ut illius animum atque ingenium regas (Plaut. *Bacch.* 494).

[FE. Mnesíloco, te ruego que controles sus pasiones e impulsos.]

Es posible que, en un primer momento, el contenido derivado no estuviese del todo afianzado en el sistema, pero, con el paso del tiempo, su inclusión en los procesos lexemáticos que enseguida abordaremos será completa³¹.

Por último, y retomando la catalogación de las clases de este actante que comenzábamos más arriba, no podemos obviar que la petición resulta uno de los fenómenos más característicos del hecho religioso, por lo que muy frecuentemente encontraremos complementos de clase /deidad/ en esta posición. De hecho, adelantemos ya que precisamente será este el rasgo distintivo de uno de los lexemas del campo, *precor*, que se especializará en la esfera religiosa. Como es evidente por los sentimientos de respeto e incluso temor que despiertan las deidades en los creyentes, únicamente aparecerán en este ámbito aquellos verbos desvinculados del componente coactivo³²:

(...) CH. *deos* orato ut eius faciant copiam (Plaut. *Merc.* 908).

[CA. Ruega a los dioses que te lo concedan.]

Es en estos casos donde la solemnidad característica de la religión romana permite construcciones más complejas, como la siguiente, en la que el destinatario de la oración de petición aparece en vocativo, antecediendo al *te* con el que se dirige el suplicante al dios y asegurando su atención. La invocación, según veremos, (VIII.2), constituye un elemento ineludible en la constitución de cualquier plegaria:

DO. *Apollo*, quæso *te* ut des pacem propitius (Plaut. *Merc.* 678).

[DO. Apolo, te solicito que seas propicio y nos concedas tranquilidad.]

³¹ Un caso similar, aunque basado en otros puntos de conexión, será el que encontremos con *rogare* (VII.6.1.1), puesto que sus empleos con el sentido que nos ocupa son, en ese momento, todavía marginales.

³² En este lenguaje específico, además, serán frecuentes ciertas anomalías, basadas en restricciones psicológicas que provocan la neutralización entre los conceptos de ‘deseo’ y ‘ruego’; cf. *infra* (IV.3.2).

Con respecto a la tercera casilla argumental, hemos de comenzar diciendo que, dado el contenido tan genérico de estos verbos, esta podrá concretarse en multitud de objetos distintos. Por ser la petición base del intercambio personal en la sociedad romana, la amplitud y riqueza que muestran sus objetos vuelve imposible un inventario completo de su potencialidad. Sin embargo, podemos definir algunas líneas generales. El objeto más usual de estos verbos, dada su clara predilección por la relación complementaria con ‘dar’, será de clase /inanimado/:

(...) *semper petunt / aquam hinc aut ignem aut uascula aut cultrum aut ueru / aut aulam extarem aut aliquid (...)* (Plaut. *Rud.* 133-135).

[Siempre vienen a pedir a mi casa agua, fuego, cacharros, un cuchillo, un asador, una olla para las entrañas, o alguna otra cosa.];

o de tipo /abstracto/ en ocasiones:

(...) *PA. hanc fidem / sibi me opsecrauit (...)* *ut darem* (Ter. *Andr.* 401-402).

[PA. Ella me suplicó que le asegurara este compromiso.];

aunque sin exclusión de complementos de tipo /animado/, e incluso /humano/, sobre todo en contextos matrimoniales:

eam si iubes frater, tibi me poscere, poscam (Plaut. *Aul.* 160).

[Si me ordenas, hermano, que solicite su mano para ti, se la solicitaré.]

Según hemos tenido ocasión de avanzar antes, este tipo de contextos no han de ser tomados como los canónicos de estos verbos, por cuanto, sobre el papel, podría existir una acusada ambigüedad provocada por la concurrencia de tres actantes humanos, dos de los cuales llevarían marca de acusativo. Pero tal apreciación es producto de una aplicación poco flexible del concepto de clase semántica. El hecho de que aparezca este tercer actante prototípicamente /no-humano/ ocupado por un complemento de signo contrario, se halla en íntima relación con una evidente “cosificación” de algunos individuos en la sociedad romana. A mujeres o esclavos, por ejemplo, les es asignado

un escaso rango en la escala de animacidad; esto es, son considerados menos humanos, ciudadanos de segunda, o ni siquiera eso; el concepto moderno de igualdad es allí completamente extraño. Tal hecho se observa bien en el léxico amoroso y, al respecto, resulta muy esclarecedor el análisis que de él ha realizado López Gregoris, para quien todo en los datos del léxico estudiado

apunta invariablemente al mismo hecho: la cosificación de la mujer; los datos sintácticos que encauzan esta interpretación son diversos y, en ocasiones, inesperados; se trata, por ejemplo, del carácter transitivo de todas las acciones cuyo agente es de género masculino por un lado y la construcción con *cum* + ablativo o con dativo por otro, cuando el agente de la acción verbal es de género femenino (*sermo meretricius*); de hecho, el clasema /distribución de funciones y géneros/ es una constante en todo el análisis. Hay más datos, entre los que destaca la transitivización de acciones prototípicamente intransitivas, cuando el agente de la acción verbal es de género masculino y se busca la expresión del acceso sexual. Si a ello unimos la escasa presencia de acciones cuyo sujeto es de género femenino en el lenguaje de la compraventa, hasta el punto de verse casi sustituidas por construcciones pasivas, se podrá verificar de nuevo el constante proceso de cosificación de la mujer en todo el lenguaje amoroso (López Gregoris, 2002: 235).

Si tenemos en cuenta este tipo de datos, no cabe ambigüedad alguna.

Por otra parte, esta tercera posición argumental puede estar ocupada igualmente (y de hecho este es un contexto frecuente) por sustantivos que indican actividades o procesos, que pueden desarrollarse en una oración subordinada. Tal configuración aparece fundamental, aunque no exclusivamente, cuando el término complementario seleccionado es distinto de 'dar'. Es más, en virtud de su inclusión dentro del grupo de los *uerba dicendi*, estos verbos están habilitados incluso para funcionar como expresión introductora tanto de discurso indirecto, como de una cita directa, dado que todos ellos indican acciones que pueden realizarse con la palabra (cf. Maldonado González, 1999: §55.1.2.1). El empleo de construcciones completivas está predominantemente representado por oraciones de *ut* con subjuntivo:

qui nunc, quom malum audiendumst, flagitas me *ut* eloquar (Plaut. *Merc.* 178).

[Tú que ahora me reclamas a gritos que te lo cuente, aun sabiendo que vas a escuchar una mala noticia.]

Pero no es infrecuente la complementación de oración de subjuntivo sin especificación de la conjunción:

(...) opseco ego uos, mi auxilio, / oro, optestor, sitis et hominem demonstratis, quis eam apstulerit (Plaut. *Aul.* 715-716).

[Os suplico, os ruego, os insto a que me ayudéis y me indiquéis quién fue el que me la robó.]

Esta complementación, aunque limitada y marginal en cierto modo³³, está restringida a un grupo de verbos con unas características semánticas comunes y bien definidas, en virtud de las cuales Sznajder (1989) reconoce la existencia de un campo semántico-sintáctico. En efecto, únicamente se verifica esta construcción en combinación con verbos-matriz cuyo contenido semántico remite a un acto de habla realizativo³⁴ o, en todo caso, con verbos impersonales de sentido deóntico o epistémico, que, según veremos (IV.3.3), son también susceptibles de ser empleados con un sentido directivo. De entre los verbos que admiten esta construcción, una parte importante se encuentra representada por aquellos lexemas en cuya caracterización semántica, junto a un rasgo volitivo, cuentan con el clasema /comunicación oral (o escrita) explícita/; evidentemente, entre ellos se encuentran los *uerba petendi*. La explicación de esta construcción ha de pasar necesariamente por la consideración de la doble función, subordinante y modal, del subjuntivo (*cf.* *ibíd.*: 417). Con respecto a la segunda, su sentido se superpone al del verbo-matriz –razón por la cual, además, pese a su valor de marcador de la subordinación, no se puede añadir a verbos con sentido «constatativo»–;

³³ Sznajder (1989: 419-420) determina en un 25% aproximadamente el porcentaje de aparición de cláusulas subordinadas con verbo en subjuntivo sin conjunción, aunque este se dispara con Apuleyo, donde alcanza el 70%. Por su parte, Sánchez Manzano (1996: 38) señala al respecto que «el empleo del subjuntivo sin *ut* es probablemente el rasgo que asimila más a los verbos impresivos con el desiderativo *uolo*, en cuya sintaxis se observa efectivamente esta doble posibilidad expresiva»; sin embargo, sobre la diferencia entre expresiones directivas y volitivas, *cf.* *ibíd.* (p. 36), Orlandini (1986, fundamentalmente pp. 138s) y, en general, *infra* (IV.3.2).

³⁴ Según la distinción propuesta por Recanatì (*Les énoncés performatifs, contribution à la pragmatique*, París, Minuit, 1981), esta autora emplea la denominación de «performatif», en un sentido amplio de «non-constatif».

por su parte, como marcador subordinante (es decir, por su capacidad de cohesión frástica), el modo subjuntivo resulta redundante con relación a la propia conjunción y, por ello, esta tiende a eliminarse en aquellos contextos en los que se quiere añadir cierto valor expresivo. Quizá por tal motivo, este tipo de construcción sintética sea frecuente –según señala Touratier (1994: 581)– tanto en la lengua hablada como en el registro administrativo.

Igualmente posibles, aunque menos extendidas, son las completivas introducidas por *ne*, que intentan inducir un ‘no hacer’, un ‘abstenerse’:

(...) OL. orat, opsecrat / *ne* Casinam uxorem ducam (...) (Plaut. *Cas.* 321-322).

[OL. Me ruega y me suplica que no me case con Cásina.]

Y tampoco resulta ajena a este grupo de lexemas la complementación por medio de oraciones de relativo sustantivadas:

(...) BA. non peto *quod* dedisti (Plaut. *Pseud.* 257).

[BA. No te pido lo que ya me has dado.]

Pero además, a diferencia de lo que ocurre en nuestra lengua³⁵, en concurrencia con estas subordinadas de subjuntivo, los verbos de petición admiten con facilidad construcciones completivas de infinitivo (*cf.* Ou. *met.* 14, 138, *cit. supra*):

nunc *precor* ad laudes *flectere* uerba meas (Tib. 2, 5, 4).

[Ahora te pido poder modelar las palabras para componer mis alabanzas.]

³⁵ «La posibilidad de alternar la subordinada sustantiva y el complemento de infinitivo no es predecible, es decir, no es una propiedad regular. Así, verbos como *implorar*, *pedir*, *rogar* o *suplicar*, que seleccionan una subordinada de subjuntivo no admiten un complemento de infinitivo:

a. Jorge me pidió / suplicó que me fuera.

b. ??Jorge me pidió / suplicóirme.

(...) No parece del todo excluido el infinitivo en casos como: *Me pidió / suplicó ser admitido como candidato*, pero el sujeto aquí es correferente con el del verbo conjugado. Este tipo de correferencia es excepcional en verbos que seleccionan una subordinada de subjuntivo. Por otra parte existen casos atestiguados donde “pedir” va seguido del infinitivo introducido por *de*, pero parece que se trate de locuciones fijas, siendo siempre el infinitivo del tipo *de beber*, *de comer*, *de merendar*, etc. (...). La interdicción del infinitivo, que afecta a la gran mayoría de verbos de esta clase, podría depender, pues, de una serie de factores, tanto de índole léxica como sintáctica» (Delbecque & Lamiroy, 1999: §32.3.2.2).

Sin embargo, tanto en los verbos de la esfera coactiva, como en los pertenecientes a la no-coactiva, esta complementación supone una innovación poética, solo introducida tardíamente en la literatura en prosa, que ve multiplicado su empleo con los autores cristianos³⁶. Tal desarrollo, además, es parangonable con el que experimentan los verbos que expresan mandato³⁷ o volición, a expensas de la complementación con *ut*, coincidente con el momento en que la proposición de infinitivo pierde su importancia con verbos de ‘decir’, ‘pensar’, ‘creer’... Se establece por tanto una distribución en las complementaciones de estos verbos imperativos o volitivos frente a los declarativos (Perrochat, 1923: 217ss). Y esta distribución tardía no sería más que la fijación de unas tendencias (presentes desde el latín arcaico y mantenidas en el latín popular, hasta que, finalmente, la lengua de la iglesia contribuyera a su fijación definitiva) que ponen de manifiesto, según el citado autor (ibíd.: 223), el carácter artificial de la construcción de verbos como ‘decir’, ‘creer’ o ‘saber’ con proposición infinitiva en latín clásico. Así pues, es evidente la tendencia que muestra la lengua familiar al empleo del infinitivo como un nombre verbal, mientras que el sistema que encontramos en los textos literarios pretende establecer diferencias, de manera artificial, mediante procedimientos sintácticos. Solo en este sentido se pueden interpretar las complementaciones en infinitivo como las que encontramos en los siguientes ejemplos, pues, en ellos, el significado que actualizan sus respectivos *uerba petendi* posee un valor más cercano al volitivo-desiderativo que al de un verdadero acto de habla directivo:

GE. hau postulo³⁸ equidem med in lecto *accumbere* (Plaut. *Stich.* 488).

[GE. No pretendo, desde luego, recostarme sobre un lecho.]

stulti hau scimus frustra ut simus, quom quod cupienter dari / petimus nobis (...) (Plaut. *Pseud.* 683-684).

³⁶ Cf. Perrochat (1932: 214-216), donde se explica el fenómeno y se ejemplifica convenientemente. Según se argumenta allí mismo (p. 233), la oración de infinitivo tiene en estos casos un valor esquemático y expresa una idea general de la acción considerada como un fin.

³⁷ Sobre las diferencias semántico-pragmáticas entre estos dos tipos de complementaciones en los *uerba imperandi*, puede verse Bolkestein (1976^a: 290).

³⁸ Nótese en este ejemplo, además, que hay correferencialidad entre el sujeto de la principal y la subordinada, lo cual es obviamente incompatible con la noción de petición, incluso en el caso de que no apareciese negado. Según señala Bassols de Climent (1973, I: 221), este verbo, además, muestra una clara tendencia a la selección de infinitivo, mientras que el resto de los integrantes del campo semántico suelen preferir la oración de *ut*, que es frecuente en todas las épocas (cf. ibíd., II: 184).

[Los tontos somos nosotros, que no sabemos cuán equivocados estamos cuando deseamos con todas nuestras fuerzas que se nos dé eso.]

En efecto, como tendremos ocasión de ver, muchos de los lexemas incluidos en este campo semántico son permeables a ambas nociones, tanto en perspectiva sincrónica –en actualizaciones contextuales concretas–, como desde el punto de vista diacrónico –en función de un desarrollo semasiológico recurrente que los transporta de la esfera no-resultativa (“desear”) a la resultativa (“pedir”). Tal es el caso, respectivamente, de los verbos que presentan estos ejemplos. Y, sin embargo, esta diferencia entre los dos tipos de complementaciones no resulta siempre tan perceptible. Con todo, según hemos introducido al comienzo de la sección II.2, a diferencia de lo que ocurre con los verbos que permiten una doble lectura, los casos de alternancia efectiva (oración de infinitivo o *ut* completivo) en la complementación de los *uerba petendi* no impondrán interpretaciones distintas en el nivel enunciativo.

Antes de concluir este repaso por el comportamiento sintáctico de nuestros verbos, no podemos dejar de mencionar, por último, la capacidad de algunos de ellos, similar a la existente en inglés, de elevar a la posición de sujeto de su pasiva al segundo actante humano, capacidad que comparte con el tercer complemento, generalmente inanimado, que sería el único esperable si empleamos criterios de nuestra lengua como término de comparación. Sin embargo, la primera posibilidad es de hecho la única que muestra *rogare*, mientras que otros, como *flagitare*, permiten ambas construcciones³⁹.

II.2.3.- RELACIONES INTERSUBJETIVAS E INTRASUBJETIVAS.

Una vez analizado el entorno sintagmático de los lexemas de petición, pasamos a explicar seguidamente las relaciones intersubjetivas e intrasubjetivas que se articulan entre estos tres participantes en la acción.

³⁹ Cf. Touratier (1994: 391). Véase también Sánchez Salor (1982), quien amplía esta posibilidad a verbos como *posco* o *reposco*, aunque explica la alternancia de estas construcciones desde una perspectiva transformacional que no compartimos. Remitimos de nuevo a Touratier (1994: 142) para el tratamiento de otro fenómeno también típicamente latino: las relativas yusivas, con verbo en subjuntivo o en imperativo.

II.2.3.1.- Yuxtaposición de procesos.

El concepto de «secuencia intrasubjetiva no aspectual» propuesto por García-Hernández (1980: 75), ha sido posteriormente retomado por Martín Rodríguez con la denominación de «yuxtaposición de procesos»⁴⁰, para sacarle buen partido en su análisis de los verbos de ‘dar’. En él se propone la posibilidad de la existencia, previa a la donación, de un proceso de ‘adquisición’ -- ‘posesión’ por parte del donante. En el caso de los verbos de ‘petición’, podría proponerse igualmente una ‘carencia’ --no necesariamente material--, que lleva al postulante a la ejecución de la petición. Esta ‘carencia’ puede estar provocada por una ‘pérdida’ anterior, pero la relación secuencial ‘pérdida’ -- ‘carencia’ es facultativa, dado que una ‘pérdida’, o, de manera más general, el grado desinente de la ‘posesión’, implica necesariamente una ‘carencia’ posterior, mientras que no siempre una ‘carencia’ presupone una ‘pérdida’ anterior. Del mismo modo, la consecución normal de verbos como *deest mihi, egeo, indigeo*⁴¹ no tiene por qué desembocar necesariamente en una petición, aunque esta sí posee una premisa previa de ‘carencia’ en numerosas ocasiones.

da mihi istas uiginti minas. uides me amantem egere (Plaut. *Asin.* 684).

[Dame las veinte minas; ya ves que estoy enamorado y no tengo ni un céntimo.]

Como decimos, entre estos términos y los de petición se establece una yuxtaposición de procesos, facultativa en la mayoría de las ocasiones. Pero esto es cierto en parte, ya que existe un verbo, *mendicare*, que implica necesariamente no solo una carencia anterior, sino “encontrarse en un estado de gran necesidad”, la *egestas*, que es precisamente el significado de *egere*, condición indispensable para que alguien sea considerado *mendicus*. En este sentido, resulta muy interesante el siguiente fragmento apuleyano:

⁴⁰ Definido por este autor (1999: 107) como: «ordenación temporal y lógica de dos acciones que no forman parte del mismo proceso».

⁴¹ Para un análisis conjunto de estos lexemas en la obra de Plauto, puede consultarse Crampon (1985). García Jurado (2003: 62, n. 24) alude a la oposición existente entre *egeo* (“necesitar algo que hace falta”) y *careo* (“carecer de algo al margen de que se necesite o no”); de acuerdo con esta distinción, sería extraño encontrar al segundo como justificación de una petición.

et iccirco diuitiae non melius in fundis et in fenore quam in ipso hominis animo aestimantur, qui si est auaritia egenus et ad omne lucrum inexplebilis, nec montibus auri satiabitur, sed semper aliquid, ante parta ut augeat, mendicabit (Apul. *apol.* 20, 3).

[Por esta razón, las riquezas no se miden mejor en función de las tierras o el capital disponible que en el propio espíritu del hombre. A este, si su avaricia lo convierte en un necesitado, ninguna riqueza le parecerá suficiente, y ni una montaña de oro podrá dejarlo satisfecho, pues, para aumentar sus ganancias anteriores, siempre estará mendigando.]

Inserto en un pasaje de clara filiación estoica («no es más rico quien más tiene, sino quien menos necesita»⁴²), el texto aprovecha para sus propios objetivos argumentativos la relación secuencial *egenus* (*egens esse*) -- *mendicare*, al tiempo que la ilustra.

Así pues, dado el carácter especial de este lexema, y su equivalencia con expresiones como *stipem rogare* (*colligere, cogere*), no es de extrañar su relación complementaria específica con la lexía *stipem largiri* (“mendigo” .- “das limosna”).

II.2.3.2.- Relaciones complementarias.

Cuando el receptor del contenido de la petición ocupa la posición de sujeto, nos encontramos ante su término complementario; en muchas ocasiones ‘dar’:

donauit tibi multa quae rogasti (Mart. 12, 79, 1).

[Te he dado las muchas cosas que me has pedido.]

date quae precamur (Hor. *carm. saec.* 3).

[Concedednos lo que pedimos.]

Junto a los lexemas recién ejemplificados, el citado Martín Rodríguez, en su exhaustivo estudio sobre estos verbos, nos proporciona un inventario completo de todos los integrantes de este campo semántico capacitados, por su caracterización sémica, para

⁴² La idea queda claramente expuesta poco más adelante: *pauper enim eris appetendi egestate, diues non egendi satietate, quippe qui inopia desiderio, opulentia fastidio cernuntur* (20, 8). Es necesario resaltar, por otro lado, que el apelativo *pauper* no encuentra una equivalencia perfecta con su heredero castellano; como señala Veyne (2001: III) el concepto de riqueza era, en esa sociedad, mucho más restringido y simplemente se aplicaba a todo aquel que no era positivamente rico. Para nuestro “pobre de solemnidad” tendríamos pues los lexemas a los que ya hemos hecho referencia. Ambas categorías sociales quedarían englobadas bajo la denominación de *humiliores*, que establece propiamente una oposición privativa con el término marcado *diues*.

formar parte de la relación a la que nos estamos refiriendo. Y no son pocos; incluidos por el autor en la categoría de «acción dativa no determinada por una relación de especial interés entre sus actantes» encontramos *dedis* y *tradis*; entre los lexemas sí determinados por esa relación, aparecen como términos consiguientes de una petición *mandas*, *credis* y *prodis*; por último, bajo la rúbrica «acción dativa determinada por una relación de especial interés del segundo actante para el tercero» se agrupan *remittis*, *praebeis*, *reddis*, *soluis*, *tribuis* y *restituís*⁴³. Así mismo, podrán ocupar esta posición algunos lexemas que designan la ‘donación’ solo secundariamente, como en el siguiente ejemplo:

(dicebat) esse enim stultitiam a quibus bona *precaremur* ab is *porrigentibus* et *dantibus* nolle sumere (Cic. *nat. deor.* 3, 84).

[Decía que, en efecto, era una necedad no querer aceptar bienes de aquellos a los que se los pedimos, cuando estos nos los tienden y nos los dan.]

Con todo, esta relación genérica —a diferencia de la que veremos protagonizada por la ‘recepción’— resulta facultativa, al menos desde el punto de vista del consiguiente, pues es perfectamente imaginable una ‘donación’ sin ‘petición’ previa, un *ultra dare*.

Funcionando como término complementario específico de estos verbos, si bien con un sentido más amplio, es igualmente posible encontrar el verbo *concedere*, que, desde el significado traslativo de su base, ha llegado a expresar el consentimiento o la concesión de lo solicitado⁴⁴:

grauate et in magnam gratiam petenti concessit (scil. inducias) (Liu. 42, 43, 2).

[Le concedió la tregua de mala gana y en agradecimiento al que se lo pedía.]

rogare ut (...) id sibi facere liceat. Caesar (...) concedendum non putabat (Caes. *Gall.* 1, 7, 4).

[Pidieron permiso para hacerlo. César no pensaba concedérselo.]

⁴³ Para los ejemplos concretos en los que se hace explícita esta relación complementaria, remitimos a Martín Rodríguez (1999: 148, 154, 179, 199, 203, 232, 250, 300, 308, 329 y 337, respectivamente).

⁴⁴ Es decir, la acción verbal equivalente a la *concessio*; Martín Rodríguez (1999: 359) señala el momento de inclusión de este lexema dentro del campo de ‘dar’ en la época clásica. Además, en él resulta pertinente la «enérgica actividad del destinatario» por lo que funciona de manera muy apropiada como consiguiente en relación complementaria con nuestros verbos.

La ejecución del contenido de lo pedido supone de manera implícita su consentimiento, que, por otro lado puede hacerse también explícito. Resulta, por tanto, que *adnuo* ocupa una posición estructural paralela a la de *dare* como complementario de ‘pedir’; aunque designa sencillamente la “anuencia a lo pedido” (Martín Rodríguez, 1999: 138), implica de igual modo su realización⁴⁵:

sterneret ut subita turbatam morte Camillam / *adnuī oranti*; reducem ut patria alta uideret / non *dedit* (...) (Verg. *Aen.* 11, 796-798).

[Al que le rogaba le permitió postrar desprevenida a Camila por una muerte repentina, pero no le concedió que su lejana patria lo viera regresar.]

Por otra parte, ampliando algo más este horizonte, debemos decir que los verbos que expresan la ‘donación’ forman parte del grupo más amplio que conforman los *uerba faciendi*⁴⁶, y la ‘petición’ puede igualmente ser empleada para intentar provocar en el interlocutor una determinada actuación de carácter mucho más genérico que la mera ‘acción dativa’. De este modo, podemos definir el término complementario de ‘pedir’, propia y más genéricamente, como cualquier tipo de actuación con una orientación determinada por la búsqueda del beneficio ajeno y que puede encontrar una realización más concreta en una ‘donación’, la acción beneficiaria del receptor de la misma por antonomasia:

Si. immo ita uolo itaque postulo ut *fiat*, Chreme (Ter. *Andr.* 550).

[Si. En efecto, así lo quiero y así solicito que se realice, Cremes.]

cui aeque ac meo testi ut *credatis* postulo (Cic. *Caecin.* 26).

[Os solicito que creáis a este lo mismo que a mi testigo.]

Por tanto, coincidimos plenamente con la definición que del acto de ‘pedir’ propone P. J. Marcos Pérez (1973: 15): «expresiones susceptibles de provocar una reacción no

⁴⁵ Para la incidencia de este verbo en el ámbito religioso, cf. Appel (1909: 138).

⁴⁶ López Moreda (1987) ofrece una detallada investigación sobre estos lexemas y sus modificados. Siguiendo su notación, *facio*₂, *facio*₃ y *ago*₂ constituyen en latín los archilexemas del macrocampo constituido por los *uerba faciendi*, que cuenta con numerosos subcampos en él incluidos. Acerca del funcionamiento de *facio* sustituyendo anafóricamente otro verbo que le precede o le sigue (*facio* ‘proverbo’), cf. *ibid.* (pp. 76s).

necesariamente no oral en el destinatario» puesto que contempla todo el abanico de potenciales acciones complementarias –o, según la terminología que emplearemos más adelante, de potenciales actos perlocutivos– y engloba tanto expresiones prohibitivas (*No fumes*), como aquellas que no van seguidas de ninguna acción (*Cállate*) y, del mismo modo, esas otras que desencadenan una acción verbal (*Dígame su nombre*).

Pero, frente al carácter indefinido que puede adoptar una petición en su contenido proposicional, el léxico tiende a crear una cierta sensación de regularidad; y si, según hemos visto, la secuencia en la que aparece la petición de manera natural es la complementada por la noción de ‘donación’, la lengua dotará a esta noción de un carácter archilexemático para la designación de toda aquella acción ajena a ella, pero desencadenada por un acto verbal del emisor en beneficio de sí mismo. De tal modo, *dare* estará facultado para actuar como término complementario de cualquier *uerbum petendi* regente de un complemento que designe una acción. El fenómeno acaba de ser ejemplificado (Verg. *Aen.* 796-798); allí es posible comprobar cómo la ‘anuencia’ a lo solicitado se encuentra al mismo nivel estructural que su ‘concesión’, su ‘dación’ en definitiva. Tal interpretación se ve favorecida además por la capacidad que muestra *dare* para admitir construcciones completivas en su esquema argumental (cf. Martín Rodríguez, 1999: 87). Este fenómeno basado en la inconcreción clasemática del tercer actante de los verbos de ‘pedir’, nos pone en contacto con ideas capitales de la mentalidad romana –que serán tratadas con más detenimiento en el capítulo VI–, como son la radicación del fenómeno de la petición en la base de todo el sistema de relaciones sociales cooperativas recíprocas y –lo que nos interesa aún más por el momento– la concepción de cualquier acto orientado al prójimo en términos de la donación de algo material. La cooperación socializadora se concibe en Roma según el esquema de un intercambio material y, por ello, todo allí resulta susceptible de tal intercambio. Así por ejemplo, un acto netamente orientado al beneficio ajeno como el consejo, puede ser entregado:

TH. (...) consulere quiddam est quod tecum uolo. / TR. sic tamen hinc consilium dederō
(...) (Plaut. *Most.* 1102-1103).

[TE. Lo único que quiero es consultarte una cosa. TR. Te daré el consejo así, desde aquí.]

Transportados al plano léxico, vemos cómo la expresión *consulere tecum uolo* (sin duda parafraseable como (a) *te consilium peto*; cf. *infra* IV.3.2) establece una relación complementaria con *consilium dedero*; las ideas que sustentan este funcionamiento irán reduciendo el contenido sémico del verbo *dare* hasta, vaciado casi por completo, convertirlo en un mero auxiliar léxico⁴⁷.

Pero, a pesar de las amplias posibilidades que posee el término complementario, conviene notar que no cualquier tipo de actuación puede adoptar esta función complementaria; es decir, no todo es susceptible de ser pedido. Como veremos al tratar los enunciados imperativos (*infra*, IV.2.1), existen ciertas limitaciones de orden lógico-semántico que restringen los potenciales complementos de los verbos directivos.

En lo referente al contenido proposicional de los verbos de petición, de los verbos directivos en general, Haverkate (1979: 43) distingue entre dos tipos afirmativos y otros dos negativos. Dentro de los primeros reconoce acciones transformativas ('hacer') o continuativas ('seguir'), mientras que los últimos incluyen enunciados cesativos ('parar, dejar de...') y preventivos ('no hacer'). Todos ellos, caracterizados claramente como comportamientos humanos, han de hacer necesariamente referencia a un acontecimiento controlable, y nunca a un proceso, pues, como afirma Mulder (1998: 239) «el parámetro de control está incorporado en la condición preparatoria, que prescribe que el oyente sea capaz de realizar la acción y que el hablante lo suponga así», es decir, que para que un enunciado directivo pueda ser interpretado como tal, el oyente, potencial agente del contenido proposicional de dicho enunciado, ha de poseer control sobre la exhortación particular⁴⁸. El incumplimiento de tal restricción, si bien no incurre en agramaticalidad, sí pueden generar oraciones semánticamente incoherentes en según qué circunstancias, mientras admisibles en otras. Nos referimos, por ejemplo, a contextos de taumaturgia, en los que dirigir una orden como *Levántate y anda* a un cadáver puede resultar admisible.

⁴⁷ De hecho, como apunta Martín Rodríguez (1999: 70s), para que *dare* pueda ser considerado como verbo soporte integrante en una lexía compleja, han de romperse necesariamente las relaciones complementaria y secuencial que este establece: 'dar' - 'recibir' -- 'tener'. Sobre el empleo de *dare* como lexema auxiliar, véase *id.* (1996^b).

⁴⁸ Sobre el rasgo de /control/, inherente a todos los predicados y su influencia en las expresiones directivas, cf. Dik (1989: 96). De los cuatro tipos de «states of affairs» que distingue este autor, solo dos pueden ser contenidos en enunciaciones directivas, en función de este rasgo (actividades y posiciones), pero no aquellos que carecen de él (procesos y estados). Véase también Bolkestein (1976^a: 268ss), quien señala además la incompatibilidad de los enunciados directivos con las expresiones especificativas del grado de verdad que encierra ese enunciado (*fortasse*, *non credo*, *haud dubie*, etc.).

Por motivos similares, existe una incompatibilidad entre el acto directivo y el tiempo pasado, pues para que el agente pueda ejercer sobre la realidad una determinada influencia, para que tenga control sobre ella, su acción necesariamente habrá de tener lugar en un momento posterior al del acto directivo. Varrón lo expresa en términos aforísticos:

perfectum enim imperat nemo (Varro *ling.* 9, 101).

[Pues nadie ordena que se haga lo que ya está hecho (ed. y trad. de M.-A. Marcos Casquero).]

Sin embargo, pese a la extensión que hemos dedicado a la explicación del concepto de ‘concesión’, es evidente que cabe también la posibilidad de que el receptor de la petición no acceda a esta, se niegue a entregar lo solicitado. Según hemos advertido ya, esta dependencia de la anuencia del receptor del mensaje es una de los rasgos que alejan las esferas significativas de ‘petición’ y ‘orden’. En los casos en los que la solicitud resulta desairada, la noción ‘negar’ (*negare, denegare*) puede funcionar igualmente como complementaria de ‘pedir’, en calidad de alterno de ‘dar’ o ‘hacer’⁴⁹:

nihil Pompeio *postulanti negarunt* (Cic. *Att.* 4, 1, 7).

[No negaron a Pompeyo nada de lo que pedía.]

cum (...) *facili saevitia negat*, / *quae poscente magis gaudeat eripi* (Hor. *carm.* 2, 12, 26-27).

[Cuando con complaciente maldad niega lo que le gusta más que al que lo reclama.]

(...) *petet*. / *tu rem perire et ipsum non poteris pati*: / *dare denegaris* (...) (Ter. *Haut.* 485-487).

[Te lo pedirá; tú no podrás soportar la pérdida de la hacienda y de este. Te negarás a dárselo.]

⁴⁹ Sin embargo, *nego* es propiamente el alterno de *dico*. Sobre el paralelismo estructural entre los campos léxicos de ‘dar’ y ‘decir’, cf. García-Hernández (1981: 33, 1987: 246-248, 1991^a: 144 y prólogo a Martín Rodríguez, 1999: 15), donde se explica este desplazamiento en virtud de las ricas relaciones clasemáticas de las acciones de ‘dar’ que «son paralelas a otras acciones con estructuras semejantes; ante todo llama la atención su estrecha afinidad con la acción de ‘decir’: así los términos complementarios *do* .- *accipio* son análogos de *dico* .- *audio* y esa proporcionalidad facilita desplazamientos expresivos; es la expresión de ‘dar’ la que, quizá por una referencia más elemental y concreta se habilita con mayor frecuencia para indicar los contenidos de decir».

Función esta en la que también posee plena funcionalidad el verbo *recusare*:

nihil tibi a me postulanti recusabo (Cic. *de orat.* 2, 128).

[No te negaré nada de lo que me pidas.]

Esta negación puede también expresarse mediante mecanismos gramaticales, y así podemos encontrarnos con ejemplos como:

CLIT. sine. SY. *non* sinam, inquam (Ter. *Haut.* 378).

[CLIT. Permíteme hacerlo. SI. Te digo que no te lo voy a permitir.];

o con el refrán castellano «contra el vicio de *pedir*, la virtud de *no dar*».

Lo honesto, según nos enseña Quinto Cicerón, es negarse a proporcionar algo que no está en nuestra mano (pues lo contrario constituye flagrante embuste, según las limitaciones impuestas por el criterio de /control/) o que atenta contra nuestros principios más básicos:

nam cum id *petitur* quod honeste aut sine detrimento nostro *promittere non possumus*, quo modo si qui *roget* ut contra amicum aliquem causam recipiamus, belle *negandum est* (Q. Cic. *pet.* 45).

[Pues, cuando nos piden lo que, en conciencia o sin nuestro perjuicio, no podemos prometer (como cuando se nos pide que defendamos un proceso en contra de un amigo), hay que negarse amablemente.]

Siempre y cuando, para mantener las buenas relaciones sociales, ese rechazo se realice con tacto:

ut ostendas necessitudinem, demonstres quam moleste feras, aliis te id rebus exsarturum esse persuadeas (Ibíd.).

[Para que le muestres el vínculo que os une, le hagas ver tu malestar y le persuadas de que le repararás con otros favores.]

Además, lo dilatado que puede llegar a ser el carácter secuencial que media entre la petición y la concesión, recomienda no negarse directamente (*cf. ibíd.* 48). Es decir, que la ‘petición’ puede no ser cumplida en el momento dado el carácter sucesivo de la relación que acabamos de exponer. Así se explica la posible inserción de un término intermedio: ‘prometer’, que puede ser considerado como no-resultativo en la relación secuencial con los verbos del campo de la ‘donación’ o, en general, con los *uerba faciendi*⁵⁰:

interea amici quod *polliciti* sunt dabunt (Ter. *Phorm.* 703).

[Entretanto los amigos le darán lo que le habían prometido.]

Este carácter complementario puede, con todo, verse alterado en ocasiones. Desde el punto de vista del contenido intencional, así como del beneficiario de la acción que desencadenan, ‘pedir’ y ‘prometer’ pueden, además, constituir una relación de alternación, según observamos en el siguiente ejemplo:

dabitur, adiuvabere a me. dic, si quid opust, impera. / EVC. nunc petit, quom pollicetur; (...) (Plaut. *Aul.* 193-194).

[Se le dará; yo te ayudare. Si necesitas algo, mándalo. EUC. Ahora me está pidiendo aunque parezca que me ofrece.]

⁵⁰ Una clasificación estructural de los *uerba promittendi* latinos (*polliceor, promitto, spondeo, uoueo*) y la explicación sobre su integración en el campo semántico de ‘dar’ puede consultarse en Martín Rodríguez (1996^a), de donde hemos tomado los ejemplos. Este mismo autor (1999: 210) llama la atención, además, sobre un hecho que aparta a estos verbos de sus equivalencias castellanas: la oposición entre “ofrecer” y “prometer” no es, en latín, de tipo equipolente, sino privativo, por lo que *polliceor* puede expresar, con su valor neutro, la promesa o el ofrecimiento si se actualiza su valor polarizado negativo. En esa misma obra (pp. 266s) se advierte igualmente de la querencia que muestran los verbos de ‘petición’ a seleccionar *promittis* como término complementario en detrimento de *polliceris*, sentido desde época temprana como una promesa u ofrecimiento realizado por iniciativa propia. Esta potencial dilación explica también la inclusión entre ambos términos de lexemas como *differre*: *P. Scipioni, ut dilatatum uiro tali, non negatum honorem appareret, consulatus datus est* (Liu. 35, 24, 5) (*cf. ibíd.*: 135, n. 122).

II.2.3.3.- Relaciones secuenciales.

El proceso se completa con el término resultativo: la noción de ‘obtención mediante petición’, representada en latín por verbos como *exoro* o *impetro*⁵¹ (Domínguez Domínguez, 1995: 83ss).

et id et aliud quod me *orabis impetrabis* (...) (Plaut. *Capt.* 942).

[Esto y cualquier otra cosa que ruegues, lo conseguirás.]

(...) *impetrare* oportet qui aequom *postulat* (Plaut. *Stich.* 726).

[Conviene que, quien pide una cosa justa, la consiga.]

En aquellos casos en que tengamos una ‘donación’ como respuesta a la ‘petición’, esta obtención se concretará en la noción de ‘recibir’⁵². Evidentemente, la finalidad última de este tipo específico de petición es la ‘posesión’ (o al menos el ‘usufructo’), término resultativo en la relación secuencial con ‘recibir’ y con respecto al que ‘dar’ se erige como causativo (‘doy’.- ‘tienes’⁵³), al tiempo que esa misma donación se convierte en causante de la cesación de la ‘posesión’ en el protagonista de la acción dativa (Martín Rodríguez, 1999: 116s).

DE. nequiquam poscit. ego *habebo* (...) (Plaut. *Merc.* 439).

[DE. Lo pide en vano. Me la voy a quedar yo.]

Aquí el sujeto de ‘pedir’ ocupa nuevamente esta misma posición sintáctica y la acción resulta motivada por ‘dar’, que es su término causativo. Pese a que podamos encontrar casos de complementariedad entre *do* y otros modificados de *capio*, (*recipio*, *excipio*) e incluso, en algún caso con *sumo*⁵⁴, el término de ‘recepción’ más empleado será, con

⁵¹ Derivado de *patro* (“llevar a buen fin, terminar, ejecutar”, contenido que se conserva en el modificado ancestro de nuestro *perpetrar*), E&M (*s.u.*) reconocen en él —creemos que atinadamente— un carácter ritual originario (que se dejaría sentir en ejemplos como Plaut. *Poen.* 974), dada su íntima relación con fórmulas fijas empleadas en procedimientos sociales de los que la petición constituye un excelente ejemplo. Sin embargo, su especialización en el sentido genérico de “obtener” se habría producido en época muy temprana. Nos detendremos en el análisis de *exorare* más adelante (VII.6.2.3).

⁵² Acerca de las distintas relaciones de complementariedad («obligatoria» o «facultativa») en las que pueden entrar a formar parte los verbos de ‘recepción’, véase García Jurado (1995).

⁵³ Sobre la expresión de la posesión en latín y la relación complementaria que se establece entre *mihi est* y *habeo*, cf. García-Hernández (1992^{a-b}; 1993; 1995) y Martín Rodríguez (1999: 111-114).

⁵⁴ Cf. Cic. *nat. deor.* 3, 84, *cit. supra*. A diferencia de *accipere*, que resulta término complementario obligatorio, *sumere* funciona de manera facultativa (García Jurado, 1995: 145). Y ello a pesar de que el

diferencia, *accipio*. La razón, según apunta Delgado Santos (1996: 87), ha de ser buscada en el preverbio adlativo con sentido centrípeto (*ad-*) que lo habilita especialmente para la expresión de esta noción:

nunc, quod mihi abs te datur, id *accipio* (Cic. *Verr.* II 2, 150).

[Ahora, lo que me proporcionas, lo acepto.]

Así pues, en tanto que *peto* y *accipio* comparten sujeto, ambos constituyen una relación intrasubjetiva secuencial ('pido' -- 'recibo'). De hecho, puede considerarse la acción de 'pedir' como el grado desiderativo de la de 'recibir', lo mismo que 'prometer' respecto de 'dar' (García-Hernández, 1987: 253). En efecto, la definición sémica general del campo como /el intento de desencadenar una acción del interlocutor/ lo sitúa inmediatamente en el ámbito conativo del aspecto léxico. De ahí su posición no-resultativa cuando funciona como antecedente de las relaciones complementarias en las que se incorpora. Y es que, como dice este último autor⁵⁵ «cada campo semántico suele presentar una fisionomía clasemática propia, determinada por el predominio de alguna clase semántica particular».

Ahora bien, una petición no es propiamente un deseo, sino más bien «la manifestación del mismo con la intención de que alguien lo cumpla» (Martín Rodríguez, 1999: 120). De hecho, la expresión del grado desiderativo de la petición pertenece propiamente a algunos derivados de este campo como *appeto* (García-Hernández, 1980: 135) o *expeto*, además de los verbos propiamente volitivos (*uolo*, *nolo*, *malo*) o desiderativos (*opto*, *desidero*). Todos ellos recibirán un tratamiento pormenorizado más adelante (IV.3.2), con relación a su capacidad para ocupar el lugar de su consiguiente en la relación secuencial. De momento, el fenómeno queda convenientemente ejemplificado con los siguientes versos:

(...) *donavi, dedi / quae uoluit, quae postulavit* (...) (Plaut. *Mil.* 1204-1205).

empleo normal de este último no implica una "aprehensión en colaboración" (cf. Delgado Santos, 1996: 89), como ocurre así mismo con *rapio* y sus modificados, en los que es posible reconocer el sema /con violencia/, incompatible con un proceso encabezado por una petición. Sí podremos encontrar, en cambio, ocupando esta posición, la base léxica (*cipio*) en virtud de su posición neutra, así como el modificado desiderativo (*capesso*) en los casos en que, neutralizado, se iguala con la base.

⁵⁵ En el prólogo a Delgado Santos (1996: 4).

[Le concedí, le di lo que quiso, lo que pidió.]

Las relaciones que se establecen en el proceso que hemos estado explicando se pueden ilustrar como sigue:

<p>‘pido’.- ‘prometes’ -- ‘haces’ (‘das’) <i>peto</i> .- <i>promittis</i> -- <i>facis</i>₂ (<i>das</i>) <i>agis</i>₂</p>	<p>‘niegas’.- ‘consigo (que...)’, (‘recibo’) <i>negas</i> .- <i>exoro</i> (<i>ut...</i>), (<i>accipio</i>) <i>impetro</i></p>
--	---

Este esquema, sin embargo, representa un proceso muy genérico, que se repite una y otra vez en distintos ámbitos, en cada uno de los cuales las posiciones recién representadas adquieren distintas actualizaciones y matices, merced al fenómeno de la contextualización. Un ejemplo muy claro de ello podemos encontrarlo en la diátesis léxica matrimonial, en la que los actantes específicos son el joven, el padre y la novia⁵⁶.

adulescens uxorem poscit .-

pater filiam (de)spondet -- dat (| collocat⁵⁷).-

(uxor datur .-) adulescens uxorem ducit .- uxor nubit.

Igualmente ocurre en el ámbito de los negocios; sin abandonar el lenguaje propio del sentimiento amoroso, podemos referirnos también al léxico propio de la prostitución⁵⁸. Montada como un negocio sobre la figura del lenón, todo en el contexto amoroso del *sermo lenonius* ha de ser entendido en clave comercial. Y, en consonancia, cualquier petición puesta en boca de este personaje habrá de ser interpretada como una exigencia económica⁵⁹. Y también es posible reconocer esta estructura en la relación que se establece entre el usurero y sus clientes, donde las peticiones se repiten una y otra vez en ambos sentidos (del cliente al usurero y viceversa), puesto que el primero intenta

⁵⁶ Cf. Martín Rodríguez (1987) y López Gregoris (1998; 2002: 251ss).

⁵⁷ Según López Gregoris (2002: 258), el de *colloco* es un caso de lexema «no motivado» pues no presupone la secuencia que le antecede en el diagrama. «Esto quiere decir que la iniciativa parte, desde un punto de vista semántico, del padre, sin motivación o estímulo semántico alguno».

⁵⁸ Broccia (1982) ha advertido el repetido uso de los términos que componen el proceso que tratamos, precisamente en boca de la meretriz Phronesium del *Truculentus* plautino. Estos son allí calificados como «vocablos temáticos», puesto que el sarsinate se sirve de ellos para la caracterización de los personajes.

⁵⁹ Cf. López Gregoris (2002: 221): «Esta exigencia económica es más relevante en el *sermo lenonius*, pues desencadena la firma del contrato y pone en marcha la relación entre cortesana y amante».

obtener un préstamo y el segundo presta un dinero a un determinado interés, que el cliente acepta; después es el usurero quien pide, o mejor, reclama el pago del dinero previamente prestado más sus correspondientes intereses⁶⁰. Y ello porque está capacitado para hacerlo, en virtud del vínculo de carácter obligatorio, de la «atadura»⁶¹ que se establece entre el acreedor (*creditor*) y el deudor (*debitor*; cf. *de-habere*; *infra* IV.3.3.1). El proceso puede representarse como sigue⁶²:

peto (exigo / exquiro / exoro) .- feneraris (collocas) .-

sumo (accipio / quaero / quaerito) .-

exigis (poscis / flagitas / petis) fenore.

Este doble movimiento nos pone además sobre la pista del especial comportamiento que posee una noción como ‘reclamar’, ya que esta supone una donación anterior –condicionada por su devolución y que puede ser eventualmente precedida por una petición–, pues solo es posible ‘reclamar’ lo que es de uno. Con todo, puede ocurrir también que alguien ‘reclame’ algo que considera propio, sin que haya mediado una donación previa. Y es igualmente factible el presentar una reclamación en lugar de otro:

quod dominus crediderit, exigat (Cato *agr.* 5, 3).

[Que reclame lo que el patrón ha prestado.],

según la posibilidad de desdoblamiento actancial del beneficiario que, como ya dijimos, muestra la petición. El proceso intersubjetivo se escinde de este modo en un doble

⁶⁰ Dado que en la sociedad romana el monopolio de los recursos se encontraba en manos de unos pocos, era también posible el establecimiento de relaciones crediticias entre particulares, sin especialización profesional. En Roma, cualquiera que dispusiera de liquidez buscaba sacarle un interés (*fenerare*). En tales casos, se otorgaba una importancia capital a la “confianza” mutua (*fides*; cf. *infra*, capítulo VI) y existía la posibilidad de ofrecer un servicio como contraprestación (*praestare*); en contextos afectivos como la amistad este lexema funcionaría como sustituto eufemístico de los términos técnicos *credere* o *dare mutuum*, por lo que ha quedado como término panrománico para la noción de préstamo (cf. Veyne, 2001: XXVIss).

⁶¹ El sentido primitivo de la *obligatio* provendría, según D’Ors (1986: 401), del acto de sujetar una cosa en garantía (cf. Plaut. *Truc.* 214), pero ya desde el s. I a. C. estaría siempre referido al *debitum* personal convencional.

⁶² Cf. Nadjo (1989: 299-307). Martín Rodríguez (1999: 199), por su parte, advierte de la existencia de un término técnico específico para “solicitar un préstamo”, *mutuor*; sin embargo, parece que no existen ejemplos claros en los que se observe de manera explícita el rasgo /expresión oral/, lo que lo aleja de los verbos netamente petitorios.

sentido de la acción (García-Hernández, 1987: 247). Es decir, que el movimiento de ida y vuelta que establecen las nociones de ‘pedir’ .- ‘dar’, sustentado por su común carácter centrífugo, puede llegar a un mayor grado de plenitud si sus respectivos actantes humanos intercambian sus puestos para crear nuevas relaciones de este tipo:

‘pido’ .- ‘das’ -- ‘reclamas’ .- ‘devuelvo’
peto (cre)do repeto reddo

El préstamo fiduciario (‘entregar en préstamo, fiado’, *credere*⁶³) bien puede, por tanto, establecer relación, tanto complementaria como secuencial, con cualquiera de los términos de ‘petición’. Pero la acción expresada por *reddere*, resulta especial, en tanto que restitutiva y marcada por el preverbo *re-* (cf. Martín Rodríguez, 1999: 288ss). Evidentemente, si el préstamo no era devuelto, siempre cabía la posibilidad de recurrir a los tribunales y apelar a una *actio certi* (o *condictio*) basada en la injusta retención de una *datio* por el demandado (D’Ors, 1986: 439). Pero no siempre era necesario recurrir a soluciones tan drásticas, ya que el *creditor* podía intentar recabar por sí mismo la devolución, la *solutio* del préstamo. Las acciones verbales de *credere* y *soluere* resultan, pues, igualmente complementarias y proporcionales a las de *peto* .- *das*. Y eso aunque a veces no fuera del todo recomendable según argumenta Plauto:

si quoi mutuom quid *dederis*, fit pro proprio perditum: / quom *repetas*, inimicum amicum beneficio inuenias tuo. / si mage *exigere* occupias, duarum rerum exoritur optio: / uel illud quod *credideris* perdas, uel illum amicum amiseris (Plaut. *Trin.* 1051-1054).

[Si le prestas algo, lo que era tuyo dalo por perdido: cuando lo reclames en recompensa por el favor, encontrarás a tu amigo trocado en enemigo. Si insistes en reclamarlo, te puede ocurrir una de estas dos opciones: o pierdes lo que habías prestado, o pierdes un amigo.]

⁶³ Con respecto a este lexema, cf. Martín Rodríguez (1999: 199), donde se explica cómo a partir de “confiar”, es decir, de otorgar *fides* a alguien, llegamos al significado derivado de “prestar”, «pues el préstamo en principio se haría seguramente a personas de las que podía esperarse una fácil devolución. Así, propiamente, *creditum* se referiría, por oposición a *fenus*, al préstamo sin intereses, a conocidos. Luego se iría polarizando hasta integrarse en el lenguaje jurídico con el sentido de “prestar”».

Así pues, vemos ya cómo existen determinadas circunstancias (la exigencia económica, la reclamación de un préstamo, etc.) que justifican y facultan al emisor para pedir de una determinada manera y, de resultas, para emplear ciertos lexemas y no otros. Ello nos lleva –de modo un tanto intuitivo por ahora– a una primera caracterización del contenido semántico de la petición dividido en dos dimensiones que englobaremos bajo las denominaciones de /+coactiva/ y /-coactiva/ y que coinciden, a grandes rasgos, con los conceptos de ‘exigencia’ y ‘ruego’. Tendremos ocasión de matizar y completar esta afirmación (cap. VII), una vez que hayamos analizado detenidamente el funcionamiento de este fenómeno en el plano enunciativo. Pero, por el momento, nos hemos encontrado ya con circunstancias y lexemas que parecen incidir más que otros en las ideas de ‘insistencia’ e ‘imposición de una obligación’ (moral al menos) del agente de esta acción con respecto a la que quiere que su oyente lleve a cabo como agente subsidiario. Esos rasgos podrían llevarnos, en una reflexión apresurada, a proponer que lexemas como *exigo* o *posco* habrían de ser colocados más cerca del grupo de los *uerba imperandi*, antes que junto a los *uerba petendi*, tal como les corresponde. Sin embargo, la pertinencia de *negare* como término complementario (es decir la capacidad del receptor de sustraerse a la ejecución del contenido recibido) sigue siendo plena. Y, por tanto, a pesar de su modo de realización, no supone, en la caracterización clasemática de su agente, una relación de solidaridad con el concepto de /autoridad/. Además, su integración en la esfera de la petición queda asegurada por su proverbial capacidad de establecer relaciones complementarias con el concepto de ‘dar’:

pronuntias Netinos frumentum *dare* non debere et ab his tamen *exigis* (Cic. *Verr.* II 5, 56).

[Declaras que los netinos no tienen obligación de entregar trigo y, sin embargo, se lo exiges.],

y, según hemos visto, tal relación es por completo ajena a las órdenes; de tal modo, cabe afirmar que, para que un verbo de ‘orden’ adopte como término complementario un *uerbum dandi* –al margen de las aparentes excepciones ya analizadas, en las que, pese a la expresión elíptica con un antecedente como *imperare*, no debemos suponer una

donación como consiguiente—, este ha de estar explicitado en el contenido proposicional de su subordinada, restricción que no se verifica en los *uerba petendi*.

Queda perfectamente clara, en suma, la inclusión de la órbita de las ‘exigencias’ —aun con su marcado componente coactivo— en el sistema que conforma el campo léxico de la ‘petición’ y, con ello, la eficacia con la que el criterio lexemático permite asegurar la pertenencia de distintas unidades a un mismo sistema con unas características clasemáticas y funcionales comunes.

Estas conclusiones se verán refrendadas cuando, en los capítulos siguientes, abordemos el acto de habla de la petición desde otras perspectivas de análisis. Pero antes, y habiendo abordado ya el fenómeno —entendido de manera genérica— desde el punto de vista lexemático, nos detendremos un momento en algunos aspectos particulares de esa misma sustancia léxica.

II.2.4.- PETICIONES ESPECÍFICAS.

En función de la variedad de actualizaciones, supeditadas al amplio espectro de complementaciones que la petición puede encontrar, de su carácter inespecífico en suma, podremos individualizar distintas solicitudes concretas que remiten a un objetivo exacto. A lo largo de este trabajo tendremos ocasión de ir encontrando, aquí y allá, diversas peticiones de este género. Así, por ejemplo, el problema que plantea la pregunta como tipo especial de petición, cuyo objeto concreto es la información (III.5); de ahí el potencial inquisitivo del imperativo del verbo *dicere*, y de ahí también la polisemia que verificaremos en *rogare* (VII.6.1.1). En los apartados correspondientes iremos comprobando igualmente la manera en que algunos lexemas, al ser incluidos en ciertos lenguajes específicos, adoptan actualizaciones concretas; casos como los de *postulare* para la solicitud legal, *expostulare* para la reclamación de explicaciones o *rogare* para la enunciación de un proyecto de ley serán abordados a su debido tiempo.

Sin afán enciclopedista reuniremos en este apartado un somero inventario de otras que nos resultan relevantes. Estas podrán ser expresadas por medio de lexemas con sentido completo e incluirán, por lo tanto, el complemento específico en su propio contenido semántico, pero también a través de lexías complejas, con un carácter más o menos lexicalizado en el eje paradigmático. Es precisamente este hecho el que, a

nuestro parecer, justifica la denominación de «peticiones específicas» para aquellas que lo incluyen de manera implícita o que, al menos, fuerzan la elección de un determinado complemento explícito. En este sentido, muchos de los elementos que trataremos recibirán una caracterización que les es propia y, por tanto, específica.

De tal modo, frente a un arcaico *procare*, valga por caso, especializado en el sentido de “pedir en matrimonio” (cf. *infra*, capítulo VI), aunque tempranamente sustituido por su pariente etimológico *poscere (uxorem)*, podemos encontrarnos con la petición de perdón o disculpas en la fórmula altamente convencionalizada ‘*quaeso (oro) ut ignoscas*’ (cf. García-Hernández, 2001^a: 153), o la perífrasis sinónima *gratiam (clementiam) petere*. Todos ellos, en virtud de su carácter específico, encontrarán términos complementarios igualmente exclusivos: *condono, ignosco, gratiam facio, remitto*, encargados de la expresión de la acción remisoria susceptible de ser solicitada (cf. Martín Rodríguez, 1999: 225ss).

Y, junto a la aplicación de *petere* para el acto de presentar una candidatura, encontramos la forma que los candidatos emplean para solicitar el voto al electorado, en la que se pone de manifiesto un pintoresco caso de transferencia de significado, desde la acción física que se realiza hasta el objetivo que se persigue con ella, ejemplificado en dos lexemas. A partir de la querencia que mostraban los candidatos a agarrar o abrazarse con sus potenciales votantes, el derivado de *prehendo, pre(he)nso*, llegó a constituirse en sinónimo de *petere* en la acepción concreta de “presentar una candidatura”. Este deslizamiento se intuye en

et prensare homines et concursare toto foro candidati coepere (Liu. 4, 6, 9).

[Los candidatos comenzaron a abordar a la gente y a dar vueltas por todo el foro.]

Y es del todo patente en la siguiente acumulación sinonímica:

itaque preno amicos, supplico, ambio, domos stationesque circueo, quantumque uel auctoritate uel gratia ualeam, precibus experior (Plin. *epist.* 2, 9, 5).

[Y así, abrazo a mis amigos, les suplico, voy de casa en casa, visito las residencias y experimento la fuerza de la autoridad o la influencia, con mis ruegos.]

De manera similar, *ambitus*, etimológicamente emparentado con un movimiento en círculo (*ambire*), adquirirá pronto el matiz asociado de “andar alrededor de uno para conseguir algo de él”, contenido cercano al de nuestro *cortear*⁶⁴, para llegar a convertirse en la forma que tenían los candidatos a una magistratura de “solicitar el voto”⁶⁵. En fecha temprana pasó a adquirir una connotación peyorativa y a denominar las prácticas ilegales, perseguidas y sancionadas, orientadas a conseguir votos, frente a *ambitio* que, en principio, quedaría reservado al conjunto de prácticas, consideradas aceptables, que el candidato llevaba a cabo durante su campaña⁶⁶. Entre ellas, papel destacado posee la *assiduitas*, acerca de la que Q. Cicerón nos dice:

Sobre la presencia constante no hay reglas, la palabra misma dice de qué se trata. Sin duda es muy útil no irse a ningún lado, pero, no obstante, la ventaja de una presencia constante no radica solo en estar en Roma y en el Foro, sino en hacer campaña con frecuencia, en abordar a menudo a la misma gente, en no dejar, en la medida en que puedas conseguirlo, que alguien pueda decir que no le has pedido el voto y que no lo has hecho encarecida y diligentemente⁶⁷. (*Manual de la campaña electoral*, 43; trad. de J. M. Baños Baños, Madrid, Alianza, 2003).

Y no serán estos los únicos ejemplos en los que un comportamiento asociado a una petición concreta termina por denominar, en una acepción derivada, a la propia petición. Por lo demás, estos casos –y algunos más que todavía veremos– se muestran ajenos o al menos indiferentes al rasgo /expresión oral/ que, como ya vimos, caracteriza de manera ineludible al acto de pedir. Es esta una segunda razón para incluirlas en este apartado, al margen de la estructura del campo.

⁶⁴ Así, por ejemplo, en Plaut. *Mil.* 69-71.

⁶⁵ Cf. Paul. Fest., p. 15: *ex quo etiam honoris ambitus dici coeptus est a 'circumeundo' supplicandoque. ambitio est ipsa actio ambientis.*

⁶⁶ Con todo, su tratamiento en las obras de Plauto es claramente negativo; puede verse al respecto Resina (1998). Y negativas serán igualmente las connotaciones que adoptarán con el tiempo las *largitiones*; en principio muestras de generosidad, serán después consideradas como indicio de corrupción al ser prodigadas durante las campañas políticas; cf. Yakobson (1992). Cicerón denotará este tipo de prácticas en el *De officiis*, puesto que sus entregas indiscriminadas por parte de los candidatos delatan un empleo de la generosidad con fines exclusivamente políticos, lo que acaba con su razón de ser, desemantizándola y llegando así a designar un contenido cercano al “soborno”.

⁶⁷ *Iam assiduitatis nullum est praeceptum, uerbum ipsum docet quae res sit; prodest quidem uehementer nusquam discedere, sed tamen hic fructus est assiduitatis, non solum esse Romae atque in foro, sed assidue petere, saepe eosdem appellare, non committere ut quisquam possit dicere, quod eius consequi possis, se abs te non [sit] rogatum et ualde ac diligenter rogatum.*

Al igual que veíamos en el caso del préstamo, la compraventa supone otra forma de contrato bien definida, en la que se asumen obligaciones recíprocas una vez alcanzado un acuerdo: el intercambio de un bien (*merx*) por una cantidad de dinero (*pretium*), previamente consensuada entre un vendedor (*uenditor*) y un comprador (*emptor*). Parece que, en origen, el verbo *emere* designaría una noción similar a la de ‘aprehensión’, pero, pasada por el filtro del acuerdo, se vería enriquecida con el sema /con la anuencia del poseedor/, con lo que llegaríamos al concepto de ‘compra’. Es así como explica su evolución semasiológica Martín Rodríguez (1999: 245), para quien, además,

en el momento en que se crea un marco sociológico en el que la aprehensión no se regula solo por la violencia, sino también por un acuerdo mutuo (...) se dan las circunstancias que propician que también este [*scil.* el antiguo poseedor] pueda desear la aprehensión del objeto que posee por parte de otros. (...) Aquí vendría la originalidad del latín: una vez que *emo*, verbo que significaba “tomar” se desliza a “comprar”, nada más lógico que utilizar para la noción complementaria “vender”, el concepto complementario de “tomar”, “dar”, por proporción (*uendo*).

Resulta perfectamente comprensible, por tanto, la relación complementaria que establecen los verbos de petición con *uendo*⁶⁸ y la posibilidad de concebir el acuerdo previo a la compra o la puja en el caso de que concurren varios posibles compradores en términos de la petición, de un precio en este caso. Un largo pasaje del *Mercator* plautino, ilustra bien la enconada puja por la compra de una muchacha. En él, desde una primera aproximación sensata:

DE. uiginti minis opinor posse me illam uendere. / CH. at ego si uelim, iam dantur septem et uiginti minae (Plaut. *Merc.* 429-430).

[DE. Creo que podría vendérsela por veinte minas. CA. Pues a mí, si quisiera, ya me dan veintisiete minas.],

⁶⁸ Así, por ejemplo, Plaut. *Stich.* 221s, con ablativo de precio en este caso. Aunque varios de nuestros lexemas son susceptibles de establecer esta relación, *posco* aparece preferentemente como término técnico específico. Esta función puede desempeñarla igualmente *liceor*; cf. Martín Rodríguez (1999: 351).

se llegará pronto a una postura extrema:

DE. numquam edepol me uincet hodie. CH. commodis *poscit*, pater. / DE. nequiquam poscit: ego habeo. CH. at illic pollicitust prior. / DE. nihili facio. CH. *quingenta poscit*. DE. non centum datur. / potine ut ne licitere aduersum <mei> animi sententiam? / maxumam hercle habebis praedam: ita ille est, quoi emitur senex; / sanus non est ex amore illius. quod *posces* feres (Ibíd. 438-443).

[DE. Por Pólux que hoy no me ganará. CA. Ofrece dinero en mano, padre. DE. Lo ofrece en vano; me la quedará yo. CA. Pero él ha hecho su oferta primero. DE. Me importa un bledo. CA. Ofrece cincuenta. DE. No se la daré ni por cien. ¿Puedes dejar de pujar contra mi voluntad? Por Hércules que conseguirás una buena presa: así es el viejo para el que la compro. Está loco de amor. Conseguirás todo lo que pidas.]

Así pues, encontramos nuevamente ilustrada la relación básica ‘pedir’.- ‘dar’, matizada en este caso por el contenido /a cambio de un precio/. Por esa razón, cabe igualmente la posibilidad de que el vendedor intente recuperar lo que previamente ha entregado, esto es, lo que ha vendido, con lo que volvemos a encontrar actualizado el movimiento de ida y vuelta previamente ilustrado.

Al igual que en casos ya tratados, precisamente el carácter específico de ciertos lexemas o expresiones es responsable de la selección de términos complementarios específicos, diferentes de los genéricos que estudiábamos en las secciones precedentes. Muy claramente se observa esto también en la petición de autorización o permiso (*ueniam, licentiam petere*) que, si bien puede ser contestada con una ‘donación’ en el mismo sentido (‘pido permiso’.- ‘das permiso’), tiene además capacidad de establecer relación de complementariedad con *permittere*⁶⁹, *licet* o *sinere*.

nobis autem nostra Academia magnam *licentiam dat*, ut quodcumque maxime probabile occurrat, id nostro iure *liceat* defendere (Cic. *off.* 3, 20).

⁶⁹ Sobre la evolución de este lexema, apunta Martín Rodríguez (1999: 193): «aunque se trata, en sincronía, de dos unidades distintas, su origen común puede explicarse en un análisis diacrónico a partir de la abstracción del contenido espacial prosecutivo de su preverbio en el clasema intensivo, pasando por el nivel medio de abstracción que supone la noción de duración (...). La modificación que el clasema intensivo provoca sobre el contenido de la base (“soltar, dejar escapar”) lleva a una idea de inhibición en el dominio del objeto. En *permitto*₂ se trata de confiarlo a la entera discreción del destinatario; en *permitto*₃, de inhibirse a las pretensiones de este y dejarle que se comporte a su albedrío».

[A nosotros nos concede nuestra Academia una gran libertad, para que podamos defender con todo nuestro derecho aquello que se presenta como más probable.]

Del mismo modo, la petición de auxilio (*auxilium, subsidium, adiumentum*), de una plasmación léxica muy rica, puede, en ocasiones, determinar secuencias exclusivas: formulaciones distintas en función de la manera de recoger un discurso (*aliquem in auxilio uocare, aliquem aduocare, opem implorare* o ‘*fer (ferte) mihi (nobis) auxilium!*’, incluso, de manera sintética, ‘*uostram fidem!*’) pueden muy bien ser complementados con expresiones como *auxilio aliquo uenire (subuenire)*.

Y ya que el hilo de la argumentación nos ha llevado a este punto, merece la pena introducir brevemente el concepto de *fides* que, más adelante (capítulo VI), recibirá el tratamiento que merece, pues es este un elemento de gran relevancia en la constitución de algunas lexías a las que nos estamos refiriendo. Giros como *fidem obsecrare (supplicare, implorare* –con un grado de fijación variable–) actualizan en el sustantivo el significado de “protección, auxilio”, que parece derivar de los más básicos de “crédito” y “lealtad” (Freyburger, 1986: 16). De modo que una fórmula altamente estereotipada como *implorare fidem* consiste en un llamamiento expresivo, enunciado en caso de extrema necesidad, a la obligación de protección mutua que existe en una sociedad cooperante. Entre los derechos que facilitaba la *fides*, se contaba el que poseían los soldados para apelar a la protección debida por los compañeros de armas, el beneficio de ese derecho emanaba desde las altas jerarquías al resto del ejército (ibíd.: 200). Volerón, antiguo centurión transformado en soldado raso, explicita en estos términos su llamamiento a las *fides* de los ciudadanos y compañeros:

‘prouoco et *fidem* plebis *imploro*. adeste, ciues; adeste, commilitones’ (Liu. 2, 55, 7).

[‘Apelo al pueblo e imploro su leal protección. Acudid, ciudadanos, acudid, compañeros de armas.’]

Este derecho y deber al sostenimiento recíproco no se encontraba restringido simplemente a un código militar. Sus implicaciones se dejan ver igualmente en el ámbito ciudadano.

En este sentido, nueva solicitud específica es la que actualiza la petición de ayuda todavía en modo más lexicalizado: *quiritare*⁷⁰. Según definición varroniana, *quiritare dicitur is qui Quiritum fidem clamans inplorat* (ling. 6, 68). Y la literatura ha conservado ejemplos de *quiritatio* bajo la forma ‘*Quirites! o porro Quirites!*’.

Pero no saquemos conclusiones precipitadas; todavía nos queda mucho camino por recorrer. No obstante el volumen de las plasmaciones específicas que con este repaso podemos intuir, debemos advertir de que la estructuración conceptual del campo léxico de la petición no se levanta sobre el criterio actancial de este tercer contenido, generalmente de clase /no-humano/ según ya vimos, sino más bien sobre criterios relativos a la manera de actuación precisa del primer actante. Expresado con una formulación sencilla, la estructura subyacente que justifica la elección de un determinado lexema, se basa en la forma en que se pide, en modo alguno en el contenido de lo pedido. Con todo, esta circunstancia –¡cómo no!– impondrá frecuentes restricciones en lo que se refiere al primer criterio. Y será responsable, además, de la caracterización de algunos nombres de agente. De tal modo, si el *mendicus* es el que ruega una limosna, *heredipeta*⁷¹ será la denominación que reciba aquel que reclama una herencia que le pertenece por ley. Y, como nuestro *pretendiente*, vocablo de claro matiz aspectual no-resultativo, *proculus* será el nombre exacto para caracterizar al joven –o quizá no tanto– que solicita a una mujer en matrimonio. Tratamiento pormenorizado requeriría además la figura teatral del *parásito*, el pedigüeño por antonomasia de las comedias. Sus continuos ruegos y artimañas para conseguir alimento suponen su principal rasgo definitorio y sus intervenciones estarán subordinadas en todo momento a este objetivo fundamental.

Esta enumeración podría prolongarse aún más. Pero, según nos disponemos a ver en los capítulos siguientes, no es en absoluto indispensable la aparición de un lexema de petición para que sea apreciable la concurrencia de la misma en un enunciado de un intercambio comunicativo cualquiera. Y hemos de entender enunciado, en un sentido

⁷⁰ Posteriormente (III.2.2) trataremos el concepto de delocutividad de manera más extensa. Por el momento, baste con decir que *quiritare* se incluye en dicha categoría. Sin salir de esta petición específica, que se está revelando generadora de una gran riqueza expresiva, no podemos dejar de mencionar el grito de auxilio a los dioses que constituye la *deorum imploratio*. El tratamiento específico de los actos sacrales que pueden ser considerados como una petición a los dioses se llevará a cabo también más adelante (capítulo VIII).

⁷¹ Téngase en cuenta también el neologismo introducido por Apuleyo: *poscinummius* (cf. *met.* 10, 21).

amplio, como segmento mínimo del discurso capaz de expresar, por sí mismo o conjugado con otros, una intención comunicativa. Solo así se explica que elementos léxicos o sintagmáticos que no constituyen oraciones, en su sentido tradicional, sean capaces de constituir actos de habla directivos, pues, en ocasiones, basta con articular el contenido de lo solicitado. Otros elementos, léxicos o no, pueden contribuir a su interpretación. Así, por ejemplo en *Su opinión, por favor*, el marcador discursivo y el adjetivo posesivo contribuyen a la correcta inferencia. Pero es posible también que tales indicativos no se hagan explícitos. En un contexto adecuado, es suficiente con indicar *Una barra de pan* para conseguir el objetivo apetecido. Asimismo, un caso paradigmático supone la recién tratada petición de auxilio, donde la necesidad extrema provoca la primacía de la transmisión de un contenido, sobre la interacción socializadora que puede conseguirse con el lenguaje. El siguiente supone un caso de máxima concreción dada la urgencia de la plegaria:

Iuno Lucina, *tuam fidem* (Plaut. *Aul.* 692).

[¡Juno Lucina, tu asistencia!]

Así pues, dejemos por el momento la expresión léxica de la petición para familiarizarnos primero con los conceptos de acto de habla e intencionalidad lingüística, y poder observar así en qué consiste el concepto de petición desde un marco lingüístico diferente. Su estudio para el latín entraña dificultades (carecemos de la competencia de un hablante nativo, así como de la posibilidad de análisis de contornos entonativos, por ejemplo); y, sin embargo, toda la información que de los textos se pueda inferir nos será de gran ayuda a la hora de conseguir nuestro objetivo último: penetrar en la organización del conjunto de lexemas encargados de su expresión, la estructura de este campo verbal. Y, por supuesto, se impone una justificación para la inclusión de los capítulos que siguen en un trabajo cuya concepción original fue de índole exclusivamente léxica.

En efecto, tras un primer acercamiento a la estructura y funcionamiento de estos verbos en el *corpus* restringido de las comedias plautinas, tomamos conciencia enseguida de que su funcionamiento estaba en estrecha relación con otros (y variados, por cierto) mecanismos lingüísticos. Era clara la necesidad de analizar el proceso

petitorio desde una perspectiva amplia, basada fundamentalmente en la teoría de los actos de habla, pues esta da cuenta de ciertos factores que influyen directamente sobre nuestros verbos. Y un buen conocimiento de aquellos, a nuestro entender, arroja mucha luz para la correcta intelección de estos. Así pues, nos hemos visto en cierta medida obligados a dar un rodeo en el que transitamos por el campo de la pragmática y otras cuestiones no estrictamente semánticas o, al menos, no unánimemente sentidas como tales. Este periplo será *grosso modo* el que se pueda leer en este trabajo, que, en buena medida, refleja el que siguió nuestra investigación.

Y los abordamos con el convencimiento de que cualquier elemento del discurso que vehicule, por cualquier procedimiento expresivo, una intencionalidad petitoria será susceptible de ocupar la posición lexemática propia de su expresión léxica, en la que nos hemos detenido en páginas precedentes. Se podría formular el reproche de que esos procesos quedarían incompletos, en suspenso, puesto que no existen expresiones equivalentes para el resto de acciones que se concitan en estas secuencias, a excepción de la de ‘prometer’, que remite, igualmente, a un acto de habla. Y, llevando a sus últimas consecuencias esta objeción, acusarnos de confundir hechos lingüísticos con realidad extralingüística, pues si bien una expresión como *¿Me das pan?* supone, a todas luces, una solicitud concreta en el nivel sintagmático, esta puede muy bien ser completada, en un intercambio comunicativo real, con una simple donación física al margen de la lengua. Sin embargo, en nuestro descargo hay que decir que esta siempre es susceptible de recibir una verbalización⁷². Pero, estas palabras quedarán perfectamente justificadas con lo que sigue.

En realidad, lo que encontramos (y esto será una de las ideas fundamentales sobre las que girará este trabajo) es que el contenido léxico de los verbos de petición, como cualquiera de los verbos que designan actos de habla, no es más que el tratamiento que la lengua recibe a manos de la propia lengua: la codificación léxica de ciertas acciones que llevamos a cabo mediante un intercambio comunicativo. La lengua o, mejor, el hablante que la emplea tiene la necesidad de denominar los actos que articula por medio de ella. Y, por tanto, el reflejo léxico que acabamos de observar no es más que la

⁷² De hecho, subordinada al funcionamiento realizativo que pueden adoptar estos verbos, la formulación canónica de la secuencia lexemática posee precisamente esta forma (*‘pido’* .- *‘doy’*, sin cambio de persona puesto que han de ser dos los interlocutores). Véase *infra* (IV.2.1.1), además, lo relativo al par complementario, desde el punto de vista enunciativo, *‘cedo’* .- *‘em’*.

plasmación concreta que recibe ese otro nivel. De tal modo, junto al significado de estos verbos (el genérico que los agrupa bajo la esfera de influencia de una expresión archilexemática, y el particular de cada uno, que lo distancia del resto y le otorga su posición particular en la estructura que conforman en conjunto), aparece un doble referente⁷³, un doble proceso de designación: en primer lugar, las enunciaciones concretas a las que nos referimos, que se dejan analizar desde criterios netamente lingüísticos (semánticos y pragmáticos) y por ello, huelga decirlo, son parte integrante de un lenguaje; en segundo lugar, y en un grado de abstracción superior, el acto específico que con ellas se lleva a cabo en un momento determinado, la ‘solicitud’ en este caso.

En cierto sentido, este tipo de verbos suponen una metalengua, no científica claro está, pero con la cual la lengua organiza el conjunto de sus enunciaciones, las pretensiones que con ellas se intenta alcanzar e incluso sus efectos. Pero, a pesar de ese carácter metalingüístico, por cuanto autorreferencial y encargado de designar funciones estrictamente lingüísticas, los rasgos caracterizadores que se reflejarán en esa parcela de léxico –sobre todo en verbos, pero también en algunos nombres de agente o acción– referida a hechos propios de la lengua, revelarán una organización subyacente, una innegable estructura en torno a una serie de semas y clasemas que recibirán más adelante la atención debida. El esfuerzo de abstracción que se ha de llevar a cabo al intentar capturar el contenido semántico de cualquier elemento léxico resulta en estos casos doble, pues la conceptualización de estos verbos se realiza en un movimiento de designación bipartito, una referencia en dos pasos, cada uno de los cuales nos aleja más del ámbito lingüístico para sumergirnos de lleno en la realidad extralingüística.

Así pues, del mismo modo que ciertas categorías gramaticales (la voz verbal, por ejemplo) pueden recibir una traslación al plano léxico a través de ciertas diátesis, al menos en un peldaño inferior de abstracción, una gran variedad de expresiones son susceptibles de ocupar, en la secuencia lexemática, el espacio que deja vacante un verbo de petición, en el marco de una interacción comunicativa real. Es más, existe una equivalencia perfecta entre las expresiones paraléxicas de la petición y sus traducciones

⁷³ Hablamos, obviamente, desde la perspectiva que, partiendo de las ideas fregeanas y con el apoyo de la completa teoría coseriana, defiende el carácter tripolar del signo lingüístico dividido en significante, significado y designado (*cf. infra*, VII.2).

léxicas en empleos realizativos. De hecho, adelantémoslo ya, es precisamente la capacidad de estos verbos para ser empleados en forma realizativa (es decir, describiendo una acción al tiempo que realizándola por medio de su enunciación) la que justifica, es más, recomienda la extrapolación de las secuencias que hemos estudiado a la semántica oracional. Quiere esto decir que debemos tener en cuenta la sinonimia oracional entre expresiones como *Dame pan* y *Te pido pan*, que, por otra parte, aparecen frecuentemente combinadas en intervenciones concretas. Pero es que, además, ‘pedir’ es también el acto que se realiza al decir *Dame pan* o *Te pido pan* (cf. Letoublon, 1980: 331), esto es, realizar la acción de ‘pedir’ por medio de esa enunciación lingüística⁷⁴.

Del análisis estadístico parece desprenderse que las expresiones léxicas no son las más empleadas. Además, ni siquiera las interacciones propias del registro teatral en general –y en particular la comedia, sobre todo la plautina, pues parece evidente que recoge formulaciones más coloquiales– suponen un dato seguro a partir del cual inferir su índice de empleo, puesto que, según esta naturaleza, puede suponerse que se empleasen, accesoria, e incluso fundamentalmente, con una función escénica indicativa, cercana a la de nuestras acotaciones. Y tampoco conviene perder de vista el carácter ritual que indudablemente acompaña al empleo realizativo de estos verbos.

La petición, como sustancia semántica en sentido amplio, trasciende los límites de lo léxico, de hecho lo precede en el tiempo. Es por todo ello indispensable que nos detengamos en el análisis de los tipos de enunciados que pueden ser considerados expresión de una petición, no sin antes introducir los criterios y métodos de estudio en los que nos basamos, tras lo cual todo este excursus quedará del todo aclarado.

⁷⁴ De hecho, según las tesis de Ducrot, los usos no realizativos de los verbos realizativos pueden hacer referencia a los usos realizativos, es decir, existe una identificación entre *Él me ha pedido que...* y *Él me ha dicho: “te pido que...”* (cf. al respecto Anscombe, 1981: 71).

III. la petición, acto de habla

III.1.- INTRODUCCIÓN.

Hasta aquí hemos estudiado la fenomenología de la petición en el plano lexemático. Sin embargo, un trabajo de estas características no puede pasar por alto evidencias como las que nos muestran los ejemplos siguientes:

more maiorum *date* plausum postrema in comoedia (Plaut. *Cist.* 787).

[De acuerdo con la costumbre de los antepasados, dad un aplauso a la comedia que acaba.]

ME. *eamus*, Amphitruo. *lucescit hoc iam* (...) (Plaut. *Amph.* 543).

[ME. Vayamos, Anfitrión. Ya está amaneciendo.]

LA. *quaeso* hercle abire ut liceat. LO. Abeas, si uelis (Plaut. *Rud.* 834).

[LA. Te pido, por Hércules, que se me permita irme. LO. Márchate si quieres.]

(...) uiginti minas / *dabin?* BA. *dabuntur* (...) (Plaut. *Pseud.* 1077-1078).

[¿Me vas a dar veinte minas? BA. Se te darán, sí.]

MI. *potin* ut taceas? SY. taceo atque abeo. MI. mihi commoditatem creas (Plaut. *Poen.* 916).

[MI. ¿Eres capaz de callarte? SI. Me callo y me marchó. MI. Me dejas muy tranquilo.]

de ea re et de ceteris rebus quam primum *uelim* nobis litteras mittas (Cic. *fam.* 14, 10, 1).

[Explicando ese asunto y todos los demás, quisiera que nos enviaras unas cartas con la mayor brevedad posible.]

Como vemos, la petición trasciende su mera expresión léxica y adquiere una plasmación lingüística por mecanismos gramaticales, morfosintácticos e incluso léxicos

que difieren de aquellos que hemos presentado y analizaremos detenidamente en el capítulo VII. En efecto, la petición no funciona exclusivamente dentro de un proceso verbal, sino que ha de ser contemplada igualmente como una intención comunicativa, que responde a unas circunstancias, unos intereses y unas finalidades concretas, y cuyas vías de expresión pueden transitar cauces muy variados y distintos entre sí. En lo que sigue, nos centraremos en la explicación lingüística de este fenómeno adoptando una posición eminentemente pragmática y basada en la teoría de los Actos de Habla: sus formulaciones más relevantes e influyentes y la revisión de sus aspectos problemáticos, nos permitirán alcanzar una visión global e integrada del fenómeno de la petición en la lengua latina.

III.2.- AUSTIN, BENVENISTE Y SEARLE, PIONEROS.

III.2.1.- JOHN L. AUSTIN: «CÓMO HACER COSAS CON PALABRAS».

Punto de partida ineludible, la influyente aportación de John L. Austin inaugura una de las líneas de investigación más fecundas de la moderna Pragmática. Gran conocedor de la filosofía griega, en especial de la obra aristotélica, mostró una profunda preocupación por los problemas del «lenguaje ordinario». Apartándose de las corrientes filosóficas dominantes en su época, cuyos intereses se centraban en los juicios de verdad o falsedad de los enunciados, advierte que existen determinados enunciados que escapan a tal distinción. Para Austin es evidente que la descripción de un «estado de cosas» o la enunciación de un hecho con veracidad o falsedad no son los únicos cometidos de las lenguas y por ello denuncia «una vetusta suposición filosófica», «la suposición de que “decir algo”, al menos en todos los casos dignos de ser considerados, esto es, en todos los casos considerados, es siempre enunciar algo, y nada más que eso» (Austin, 1971: 53). La transacción de información no es, pues, la única finalidad del lenguaje; los intercambios comunicativos pueden tener otras muchas funciones.

A partir de esta aproximación —de carácter más intuitivo que empírico—, Austin emprende la labor de levantar toda una teoría sobre los «enunciados realizativos»⁷⁵, cuyas características propias define desde las primeras páginas de su obra *Cómo hacer cosas con palabras* (1971), compilada póstumamente por J. O. Urmson:

- A) no “describen” o “registran” nada, y no son “verdaderas o falsas”; y
- B) el acto de expresar la oración es realizar una acción, o parte de ella, acción que a su vez no sería normalmente descrita como consistente en decir algo (ibíd.: 45s),

dejando así claras las diferencias que los separan de los enunciados constatativos. Además, aquellos poseen ciertas restricciones en el nivel gramatical (el verbo debe estar en primera persona del singular del presente de indicativo, voz activa), que, de no cumplirse, impedirían en gran medida su lectura realizativa. Y dado que, como hemos dicho, estos enunciados no pueden ser verdaderos ni falsos, existen otros condicionantes que determinan la adecuación, o el pleno rendimiento, de los mismos. Estas condiciones de emisión para el funcionamiento (en terminología austiniana) «afortunado» o sin obstáculos de una expresión realizativa, formuladas a modo de reglas, son las siguientes:

- A.1) Tiene que haber un procedimiento convencional aceptado, que posea cierto efecto convencional; dicho procedimiento debe incluir la emisión de ciertas palabras por parte de ciertas personas en determinadas circunstancias. Además,
- A.2) en un caso dado, las personas y circunstancias particulares deben ser las apropiadas para recurrir al procedimiento particular que se emplea.
- B.1) El procedimiento debe llevarse a cabo por todos los participantes en forma correcta,
y
- B.2) en todos sus pasos.
- Γ.1) En aquellos casos en que, como sucede a menudo, el procedimiento requiere que quienes lo usan tengan ciertos pensamientos o sentimientos, o está dirigido a que sobrevenga cierta conducta correspondiente de algún participante, entonces quien participa en él y recurre así al procedimiento debe tener en los hechos tales

⁷⁵ Pese a haberse generalizado ya el préstamo «performativos», preferimos, por lo general, esta otra denominación por ser la traducción más adecuada.

pensamientos o sentimientos, o los participantes deben estar animados por el propósito de conducirse de manera adecuada, y, además,

Γ.2) los participantes tienen que comportarse efectivamente así en su oportunidad (ibíd.: 56).

Si se vulnera una o más de estas reglas, es decir, si se hace un uso inapropiado y, por tanto, estéril de un realizativo, se produce un «infortunio», cuya naturaleza dependerá de la condición o condiciones que se incumplan⁷⁶.

Sin embargo, parece que junto a ellos existen determinadas expresiones con la forma verbal propia de los realizativos que, no obstante, carecen de tal lectura (enunciados que describen acciones habituales, usos históricos del presente, etc.); e incluso hay también ciertos verbos (v. gr. *me río de ti*, *cito*), que funcionan como «indicadores» de los actos que describen, es decir, se encargan de anunciarlos, pero no los realizan en modo alguno. A todo ello hay que añadir, además, el hecho de que ciertos actos se puedan realizar por medio de otros mecanismos lingüísticos sin que se constate la aparición de enunciados realizativos (modo, tono de voz, cadencia, énfasis, adverbios y frases adverbiales, partículas conectivas, elementos que acompañan a la expresión, o incluso las propias circunstancias de la expresión⁷⁷; lo veremos en el capítulo siguiente).

En este punto de su exposición, parece que Austin ha llegado a un callejón sin salida; los criterios hasta ahora empleados para establecer la distinción entre constatativos y realizativos han perdido toda su validez. La semejanza de la caracterización de ambos tipos de enunciados no afecta únicamente al plano gramatical, sino que en los dos casos es aplicable la famosa máxima de que «decir algo es hacer algo». Precisamente por ello se ve obligado a presentar, aunque sea de manera esquemática, un aparato teórico que fundamente tal afirmación. Y este va a ser su conocida distinción tripartita entre acto locutivo - ilocutivo - perlocutivo. El primero de ellos, la dimensión locucionaria, responde al acto de «decir algo», y consta siempre de tres planos: fonético, fático y rético. El acto ilocutivo, por su parte, se define como «el

⁷⁶ Cf. Austin (1971: 57-65). Sin embargo, y pese a todas estas diferencias, las fronteras entre ambos tipos de enunciados no son todo lo claras que se desearía y Austin es consciente de que no en todas las ocasiones se cumplen las mencionadas restricciones gramaticales (cf. 1975: 224).

⁷⁷ Cf. Austin (1971: 118-122). Al abordar esta problemática aborda el autor el tema de los actos de habla indirectos, punto que retomará Searle y que trataremos más adelante (III.4.1).

acto» que llevamos a cabo al decir algo; y, por último, la dimensión perlocucionaria hace referencia al acto que se realiza porque decimos algo, es decir, trata de captar los efectos que provoca la acción lingüística y que, obviamente, la sobrepasan⁷⁸. De este modo, propone una clasificación de las expresiones realizativas supeditada al tipo de acto ilocucionario que se pone en práctica al emitirlas: verbos (i) de judicación o judicativos, (ii) de ejercicio o ejercitativos, (iii) de compromiso o compromisorios, (iv) de comportamiento o comportativos, (v) de exposición o expositivos (*cf.* 1971: 198).

Una vez presentada esta tricotomía, el filósofo se siente capacitado para retomar el problema de la relación entre palabras y acciones, puesto que el recién inaugurado estudio de la fuerza ilocutiva de los enunciados pone de manifiesto, a la vez que clarifica, la estrecha relación entre los enunciados menos caracterizados como realizativos y su neto funcionamiento como «acciones». Es decir, queda con ello de manifiesto que los enunciados constatativos poseen también una determinada fuerza ilocutiva ('enunciar', 'informar', etc.) y, en este sentido, están sujetos a restricciones similares a las que afectan a los realizativos.

Todas estas distinciones constituirán el punto de partida de los posteriores estudios de pragmática y llegarán a convertirse en uno de los puntos neurálgicos de esta disciplina. Y ello porque Austin ostenta el mérito de haber sabido reconocer el carácter dinámico del lenguaje, su dimensión de acción, rompiendo así con la preeminencia de su estudio como mera representación. Sus conclusiones ejercerán una profunda influencia posterior, fundamentalmente a través de la obra de uno de sus discípulos más directos, John Searle. Pero, por las mismas fechas en que la filosofía anglosajona producía obras como esta, otro insigne lingüista planteaba en Francia preocupaciones muy similares.

III.2.2.- ÉMILE BENVENISTE. LOS VERBOS DELOCUTIVOS.

En un trabajo de 1958 («De la subjetividad en el lenguaje»), se expresaba así este autor:

⁷⁸ Sin embargo, la distinción entre la intencionalidad y los efectos de un mensaje no es siempre tan nítida como parece en su formulación teórica. Para salvar este escollo Austin propone que el «acto ilocucionario es un acto convencional» (1971: 149), mientras que el perlocucionario no lo es. Un análisis crítico de esta distinción puede verse en Strawson (1964).

Podría también pensarse que el lenguaje presenta disposiciones tales que lo tornan apto para servir de instrumento; se presta a transmitir lo que le confío, una orden, una pregunta, un aviso, y provoca en el interlocutor un comportamiento adecuado a cada ocasión. Desarrollando esta idea desde un punto de vista más técnico, añadiríamos que el comportamiento del lenguaje admite una descripción conductista, en términos de estímulo y respuesta, de donde se concluye el carácter mediato e instrumental del lenguaje (Benveniste, 1971: 179).

Trabajo que concluye con estas sugestivas palabras, en las que propone la inclusión en el estudio lingüístico de elementos hasta entonces conscientemente ignorados:

Bastantes nociones en lingüística, quizá hasta en psicología, aparecerán bajo una nueva luz si se las restablece en el marco del discurso, que es la lengua en tanto que asumida por el hombre que habla, y en la condición de intersubjetividad, única que hace posible la comunicación lingüística (ibíd.: 187).

En el marco de estas consideraciones, plantea su teoría de los verbos delocutivos. La noción, que remonta probablemente a esa misma fecha, hace referencia a una clase de verbos que derivan de locuciones y remiten por tanto a actividades propias del discurso, lo que les proporciona una posición especial entre los derivados verbales. Así, por ejemplo, «*salutare* no deriva de un nombre dotado del valor virtual del signo lingüístico, sino de un sintagma en que la forma nominal está actualizada como “término por pronunciar”. Un verbo así se define pues en relación con la locución formularia de que deriva y será llamado *delocutivo*» (ibíd.: 199). Su formación a partir de un deseo formulario (*salus!*) determina que el significado de este verbo no sea *salutem alicui efficere*, sino *salutem alicui dicere*⁷⁹. Esta es, en efecto, la diferencia entre la categoría de los delocutivos y la de los realizativos, pues mientras en los primeros se produce la identificación *agradezco* = *digo* ‘gracias’, no ocurre así en los

⁷⁹ Sin embargo, Fruyt (1996: 487s) critica con Mignot (1981, 1985) la consideración de *salutare* como delocutivo, pues la fórmula de saludo a la que se refiere Benveniste en realidad no habría existido. Se trataría más bien de un verbo denominativo o, en todo caso, de un «denominativo sincrónico», asociado a la fórmula *salue!*, como parte de un caso particular de fenómenos asociativos generalizados entre elementos de forma y sentido paralelos. De hecho, según la mencionada autora (1997: 61), la ejemplificación a través del latín no es oportuna, pues esta categoría no se muestra productiva en dicha lengua.

segundos (*juro*, por ejemplo, no significa **digo 'juro'*). Sin embargo, la analogía que se establece entre ambas clases, radica en el hecho de que el verbo que sirve de soporte a la locución en los verbos delocutivos, *decir*, es, al mismo tiempo, un verbo con empleos realizativos (Torricelli, 1978: 252).

Del mismo modo han de ser considerados delocutivos *negare* y *autumare*, pues derivarían de *decir 'nec'* y *decir 'autem'* respectivamente. Y según este modelo derivativo, cuya base nominal es «decir X», reconoce como delocutivos otros verbos: *quiritare* (cf. *supra*, II.2.4), *parentare* (que derivaría de una hipotética fórmula *salve parens!*) e incluso *benedicere*, así como también muchos otros de lenguas modernas. El concepto ha tenido gran fortuna posterior, gracias sobre todo a los trabajos de Anscombe y Ducrot, quienes lo han retomado en paralelo al de los enunciados realizativos⁸⁰. Recientemente, además, M. Fruyt ha llevado a cabo una profunda revisión del mismo en dos trabajos (1996, 1997) en los que plantea la posibilidad de que la delocutividad sea más bien una noción prototípica, cuyos rasgos característicos parafraseamos a continuación (cf. 1996: 495s):

- a) es un verbo⁸¹;
- b) puede ser glosado por «decir X» (y no «ser X», «hacer X»...);
- c) hay que plantear la relación con la forma de la palabra X en diacronía, como el origen morfológico y base de derivación de dicha palabra;
- d) la base de la derivación es la que la palabra muestra en el discurso (y no el tema del lexema como aparece normalmente en los procesos de derivación);
- e) el elemento delocutivo es un enunciado completo y
- f) formulario;
- g) la forma de la palabra X es un verdadero lexema (y no una interjección y menos una onomatopeya)⁸²;

⁸⁰ Cf. Fruyt (1997) con las oportunas referencias bibliográficas. Anscombe (1981), por su parte, distingue tres tipos de delocutividad (formularia, generalizada y sobredelocutividad); el primero de esos conceptos será retomado cuando llegue el momento de abordar el origen delocutivo de lexemas como *implorare* o *supplicare* (VII.6.3), encargados de la expresión del aspecto intensivo.

⁸¹ Sin embargo, plantea también la existencia de nombres que pueden ser incluidos en esta denominación (cf. *ibid.*: 495s). Un ejemplo claro supone el esp. *pardiosero*, derivado de la expresión, típicamente en boca de mendigos, ¡*por Dios!*

⁸² Pueden encontrarse los detalles en Fruyt (1997: 65-67).

- h) el verbo delocutivo está compuesto morfológicamente por simple adición de desinencias flexionales verbales, pero no contiene morfema alguno que signifique explícitamente «decir»;
- i) (con reservas) el verbo significa solamente «decir X», sin denotaciones complementarias.

Existen ciertos lexemas que se corresponden con este prototipo ideal, pero otros no presentan más que algunos de los rasgos mencionados. De tal modo, «au-delà de toutes ses variétés de réalisation, la délocutivité, dans sa réalisation minimale, pourrait apparaître alors comme une simple particularité au sein des phénomènes de dérivation lexicale», concluye esta autora (ibíd.: 498).

III.2.3.- JOHN SEARLE. LA TEORÍA DE LOS ACTOS DE HABLA.

John Searle recoge el testigo de la labor emprendida por J.L. Austin y hace avanzar sus ideas básicas, construyendo con ellas un andamiaje teórico mucho más completo. Partiendo de la hipótesis de que el uso de los elementos lingüísticos está controlado por ciertas reglas y poniendo gran confianza en las intuiciones del hablante nativo, intenta probar que hablar un lenguaje es tomar parte de una determinada conducta dominada por reglas, afirmación con la que deja ya clara su deuda con la filosofía austiniana. Y el hecho de que la actividad lingüística consista precisamente en la realización de actos de habla, determinará que estos sean considerados como «las unidades básicas o mínimas de la comunicación lingüística» (1980: 26). La segunda idea de la que parte Searle en su trabajo seminal sobre los actos de habla es el «principio de expresabilidad», según el cual siempre existe una formulación lingüística para la idea concreta que el hablante quiere expresar. De aquí se deriva, además, su defensa del carácter convencional de todos los actos lingüísticos –y no solo el de algunos actos ritualizados, como defendía Austin–; por tanto, se puede postular la existencia de una relación regular entre determinadas formas lingüísticas y ciertos actos de habla⁸³.

⁸³ Esta radical afirmación, tendrá que ser mitigada y matizada posteriormente. De hecho, pocas páginas más adelante, ha de reconocer que «a menudo, en las situaciones de habla efectivas, el contexto clarificará cuál es la fuerza ilocutiva de la emisión (...)» (Searle, 1980: 39). Y un poco más allá afirma que «algunas clases muy simples de actos ilocucionarios pueden, en efecto, realizarse independientemente de algún uso

La hipótesis de que el acto de habla es la unidad básica de la comunicación, tomada conjuntamente con el principio de expresabilidad, sugiere que existe una serie de conexiones analíticas entre la noción de acto de habla, lo que el hablante quiere decir, lo que la oración (u otro elemento lingüístico) emitida significa, lo que el hablante intenta, lo que el oyente comprende y lo que son las reglas que gobiernan los elementos lingüísticos (ibíd.: 30). Es decir, que el acto de habla que se realiza al emitir una oración es, en realidad, parte del significado de la propia oración. Pero ello no significa que Searle no se cuide de distinguir entre el contenido proposicional y la propia fuerza ilocucionaria de un mensaje⁸⁴, su propósito u objeto fundamental. Y así, en paralelo a la clasificación de los actos que componen un mensaje propuesta por Austin, Searle los divide en:

- (i) emitir palabras (morfemas, oraciones) = realizar *actos de emisión*,
- (ii) referir y predicar = realizar *actos proposicionales*,
- (iii) enunciar, preguntar, mandar, prometer, etc. = realizar *actos ilocucionarios* (ibíd.: 33).

Además, adopta también el concepto austiniano de acto perlocucionario, con sus características propias⁸⁵. Con esta nueva distinción entre contenido proposicional (que Austin incluía indiferenciado dentro del acto locutivo) y acto ilocutivo, Searle propone una representación F(p), donde «la variable “F” toma como valores los dispositivos indicadores de fuerza ilocucionaria y “p” expresiones que representan proposiciones» (ibíd.: 40). Las fuerzas ilocucionarias que distingue son:

de cualesquiera dispositivos convencionales en absoluto, logrando, simplemente, que el auditorio reconozca algunas de nuestras intenciones a través de ciertas formas de comportamiento» (ibíd.: 47).

⁸⁴ El concepto de fuerza ilocucionaria será revisado por este autor en un trabajo posterior: «la metáfora de la fuerza en la expresión ‘fuerza ilocucionaria’ es desorientadora ya que sugiere que las diferentes fuerzas ilocucionarias ocupan posiciones diferentes en un único continuo de fuerza. Lo que efectivamente sucede es que existen varios continuos distintos entrecruzados. Una fuente de confusión habitual es que estamos inclinados a confundir verbos ilocucionarios con tipos de actos ilocucionarios. (...) Las ilocuciones son una parte del lenguaje como opuesto a los lenguajes particulares. Los verbos ilocucionarios son siempre parte de un lenguaje particular (...). Las diferencias en los verbos ilocucionarios son una guía, pero en absoluto una guía segura para establecer diferencias en los actos ilocucionarios» (Searle, 1975^a: 44). En esta última afirmación subyace, además, una crítica a la clasificación austiniana de los actos ilocutivos. Sin embargo, Leech (1997: 268ss) hará a la clasificación de Searle precisamente este mismo reproche.

⁸⁵ Sin embargo, este concepto será sometido posteriormente a un análisis más profundo y será incluso negado en actos como “enunciar” o “prometer” (cf. Searle, 1975^a: 45).

⊢ (p) para aserciones	! (p) para peticiones
Pr (p) para promesas	A (p) para advertencias
¿ (p) para preguntas de tipo sí / no	

A continuación (ibíd.: 70-72), y a partir de su conocido análisis del acto de “prometer”, deriva Searle una serie de reglas o condiciones necesarias para el funcionamiento correcto y exitoso de los actos de habla:

- A) Condiciones del contenido proposicional.
- B) Condiciones de introducción.
- C) Condiciones de sinceridad o rectitud.
- D) Condiciones esenciales, que hacen referencia al elemento sustancial que caracteriza al acto de habla en cuestión.

Con ellas y el aparato teórico del que hasta aquí hemos dado cuenta con estas rápidas pinceladas, propone Searle una clasificación integral de los tipos de actos de habla básicos. Sin embargo, en «Una taxonomía de los actos ilocucionarios», se realiza una ampliación de las dimensiones en las que los actos ilocucionarios difieren unos de otros, hasta un total de doce (*cf.* Searle, 1975^a: 44-51). Y, tras una crítica exhaustiva de la clasificación austiniana de la fuerzas ilocucionarias, en la que censura fundamentalmente el hecho de responder en realidad a verbos ilocucionarios más que a actos ilocucionarios propiamente, propone una nueva:

- A) Representativos: Su objeto es el objetivo del hablante (en grados diversos) con la verdad de la proposición expresada. Todos sus miembros son evaluables según la valoración verdadero / falso. Su dirección de ajuste es palabras-a-mundo y el estado psicológico subyacente es “creencia (que p)”.
- B) Directivos: Son intentos (en diferentes grados) del hablante, orientados a la consecución de una reacción en el oyente. Su dirección de ajuste es mundo-a-palabras y la condición de sinceridad es “querer” (o “desear” o “aspirar”).
- C) Comisivos: Su objeto es comprometer al hablante (también en varios grados) en alguna acción futura. La dirección de ajuste es nuevamente mundo-a-palabras y su condición de sinceridad es “intención”.

- D) Expresivos: Su objeto ilocucionario es la expresión del estado psicológico especificado en la condición de sinceridad sobre el estado de cosas expresado por el contenido proposicional. Carecen de dirección de ajuste.
- E) Declaraciones: Su característica definitoria es que la realización con éxito de uno de sus miembros da lugar a la correspondencia entre el contenido proposicional y la realidad. Su dirección de ajuste es, por tanto, doble: palabras-a-mundo y mundo-a-palabras, y, a causa de su carácter peculiar, no poseen condición de sinceridad (Adaptado de Searle, 1975^a: 57-66).

A partir de este momento, la teoría sobre los actos de habla será abordada por multitud de estudiosos, que verterán críticas⁸⁶ y realizarán distintas reelaboraciones e interpretaciones, para ser aplicada desde la óptica de variados marcos teóricos. Tras la enorme trascendencia de estos estudios, la lingüística comienza a dar su personal interpretación de temas que hasta ese momento habían estado reservados a la especulación filosófica.

III.3.- POSTERIORES APLICACIONES DE LA TEORÍA.

No es de extrañar, pues, que estas teorías hayan calado hondo y se hayan convertido en la piedra de toque para intentar hallar la resolución de sempiternos problemas lingüísticos. De su utilidad para el tratamiento de determinados aspectos semánticos da buena muestra Vanderveken (1990); y en el terreno de la sintaxis, se lanzaron duras críticas desde la llamada «hipótesis performativa». Además, algunos campos de estudio más novedosos han dado su particular visión de estos fenómenos: la

⁸⁶ Un resumen de los principales reproches que se han hecho de la teoría puede verse en Escandell Vidal (1993: 88-90). En este sentido puede consultarse también las obras colectivas editadas por Burkhardt (1990), Lepore & Van Gulick (1991) (fundamentalmente Alston, «Searle on Illocutionary Acts», 57-80) o Tsohatzidis (1994).

adquisición del lenguaje⁸⁷, el proceso de aprendizaje de una segunda lengua⁸⁸, la etnografía lingüística y los estudios transculturales⁸⁹, o, ya dentro de la pragmática, la versión griceana de los actos de habla –que ha alcanzado una de sus formulaciones más completas y coherentes en la propuesta de Leech–, o su aplicación a las teorías del análisis conversacional. Pero su enorme importancia ha provocado que su interés trascienda a campos alejados de la mera especulación lingüística, como son la crítica literaria e incluso la antropología (*cf.* VIII.1). A continuación ofrecemos un breve panorama de las principales aplicaciones y refacciones que esta teoría ha tenido dentro de los confines de la investigación de las lenguas.

III.3.1.- LA «HIPÓTESIS PERFORMATIVA».

En los años setenta, surge una reacción contra las ideas de Austin y Searle por parte de la escuela semántica generativista, que achaca una falta total de sentido a estas teorías, pues los fenómenos que estudian son susceptibles de ser incluidos dentro de las hipótesis sintácticas y semánticas basadas en transformaciones y movimientos. Según el «análisis performativo», todas las oraciones de cualquier lengua poseen, en su estructura profunda, una «construcción performativa» que consta de un verbo realizativo en primera persona (cabeza de la construcción que, en estructura superficial, pasará a ser la cláusula principal), un complemento directo (que se corresponde con la oración analizada) y un objeto indirecto (el destinatario de esa oración). Tal construcción desaparece de la estructura superficial en la mayoría de las ocasiones, según la regla de «elisión de un performativo», aunque también puede mantenerse inalterada (Ross, 1970: 252). De este modo, la fuerza ilocutiva queda incluida dentro de la representación profunda de la propia oración y se supedita a su estructura sintáctica⁹⁰.

⁸⁷ Se ha llegado a sugerir incluso que la adquisición de los conceptos relativos a los actos de habla podría ser un requisito para la adquisición de las habilidades lingüísticas en general. Puede verse Bruner (1975) o Bates (1976).

⁸⁸ *Cf.* por ejemplo Jakobovitz & Gordon (1974).

⁸⁹ *Vid.* Bauman & Sherezer (1974) o Blum-Kulka *et al.* (1989).

⁹⁰ Todo ello se acompaña de supuestas evidencias gramaticales; Ross (1970), por ejemplo, propone hasta un total de catorce argumentos sintácticos.

Desde su formulación a finales del decenio de los años sesenta, la hipótesis tuvo tanto predicamento como críticas recibió⁹¹, pese a que, en esa época, era difícil considerar como lingüísticos aquellos fenómenos que no tuviesen una base gramatical. Y este es, en efecto, el talón de Aquiles de una teoría que despacha sin ambages todos los elementos contextuales y pragmáticos que determinan el intercambio comunicativo y tratan de encerrarlos en consideraciones sintácticas⁹². Sin embargo, como vamos a comprobar, es cuando menos arriesgado prescindir por completo del elemento extralingüístico pues, pese a su naturaleza, condiciona resuelta y notoriamente este tipo de fenómenos lingüísticos.

III.3.2.- G. N. LEECH: LA FALACIA DE LOS VERBOS ILOCUTIVOS.

La publicación, en 1983, de *Principios de pragmática* constituye uno de los principales hitos recientes de esta joven disciplina que se encuentra en plena ebullición de ideas y paradigmas de investigación. Partiendo de los postulados de Grice⁹³, el objetivo principal de la pragmática, tal y como Leech la concibe, será el estudio del lenguaje dentro del proceso comunicativo. De tal modo, su descripción de los fenómenos pragmáticos se integrará en un modelo medios-fines, bajo una óptica

⁹¹ La aplicación más radical de la hipótesis la constituye la versión propuesta por Sadock (1974); de las expresiones indirectas se ocupan también Gordon & Lakoff (1971). Pero ya el propio Searle (1979:162-179) expone una elaborada crítica de esta teoría, que han seguido otros muchos; véanse el mordaz ataque de Leech (1997: 66-68 y 293s) y, en la misma línea, los reproches de Levinson (1983: 251-263).

⁹² Con todo, Ross (1970: 254ss) propone ya una posible explicación pragmática de estos hechos, aunque la rechaza a favor de su hipótesis más «fuerte».

⁹³ Los principales estudios de Grice (reunidos en 1989), tratan de dar cuenta de los mecanismos inferenciales que permiten la correcta interpretación de los enunciados. Para ello propone una serie de principios, máximas y submáximas, que han de ser respetados si se quiere asegurar el correcto funcionamiento de una conversación:

EL PRINCIPIO DE COOPERACIÓN:

CANTIDAD. Dé la cantidad correcta de información (i.e.):

1 Contribuya con tanta información como sea necesaria.

2 No haga que su contribución sea más informativa de lo que se requiera.

CUALIDAD. Que su contribución sea verdadera (i.e.):

1 No diga lo que crea que es falso.

2 No diga aquello sobre lo que faltan las pruebas necesarias.

RELACIÓN. Sea pertinente.

MANERA. Sea perspicuo (i.e.):

1 Evite la oscuridad en su expresión.

2 Evite la ambigüedad.

3 Sea breve (evite ser innecesariamente prolijo).

4 Sea ordenado (*apud* Leech, 1997: 51).

Teniendo estos bien presentes, y a través de una serie de implicaturas conversacionales, es posible comprender los mecanismos con los que se alcanza a inferir el contenido intencional de los enunciados.

complementarista, si bien netamente diferenciada por medio de criterios unificados, de los fenómenos semánticos y los propiamente pragmáticos. A partir de estos principios básicos, llega Leech (1997: 263) a la conclusión de que es completamente innecesario mantener un análisis de los actos de habla que incluya una serie de reglas especiales que determinen su naturaleza, como las propuestas por Searle (*cf.* II.2.2). Su principal crítica va dirigida a la escasa productividad de las mismas puesto que, según afirma, es posible llegar a conclusiones similares mediante un análisis del enunciado en consonancia con las máximas del «principio de cooperación», que, por ser más generales, afectan de manera unitaria a todos los fenómenos pragmáticos, esto es, comunicativos.

Este autor se adentra así en la tarea de realizar una refacción de la teoría serleana de los actos de habla y una nueva clasificación y, para ello, acomete en primer lugar una crítica contra lo que él denomina «la falacia de los verbos performativos e ilocutivos», en las teorías de Austin y Searle. Esta consiste fundamentalmente en la asociación indiscriminada entre el sentido de un verbo ilocutivo –cuya enunciación realizativa se considera su formulación canónica– y su fuerza, con lo que se incurre en el grave error de la gramaticalización de la fuerza ilocutiva, pues «mientras que el sentido de los verbos ilocutivos es parte de la gramática y es susceptible de ser analizado en términos categóricos, la fuerza ilocutiva ha de ser analizada en términos retóricos y no categóricos» (*ibíd.*: 266). Por lo tanto, la fuerza deberá estudiarse en términos escalares y no de forma discreta, aun admitiendo, no obstante, que el sistema de la lengua sí posee tales distinciones categóricas.

Por todo ello, este autor considera los usos realizativos como un hecho excepcional, que se usa en las circunstancias excepcionales en las que el hablante siente la necesidad de definir la fuerza ilocutiva de su mensaje, y no como algo que subyace a todo enunciado (según pretendía la «hipótesis performativa») o como la forma canónica de expresión gramatical de una determinada fuerza ilocutiva. Se trata, pues, de una visión metalingüística y autorreferencial de los enunciados realizativos y, precisamente en función de ello, recibirán un análisis paralelo al del estilo indirecto u *oratio obliqua* (*cf.* *ibíd.*: 275-285). Por tanto, y dado que la expresión no realizativa es la más frecuente y sencilla, la interpretación de los enunciados realizativos se ha de llevar a cabo a partir

de esta y no a la inversa, como proponían Austin y Searle⁹⁴. Consciente, pues, de las limitaciones que conlleva, abordará a continuación su análisis de los verbos realizativos no ya como un medio de acercamiento al estudio de los actos ilocutivos, sino como una clave de acceso a la forma en que el lenguaje los gestiona.

Tras admitir el carácter gestáltico de los verbos de actos de habla y considerar los problemas que estos comportan (polisemia, límites de significado poco claros, problemas sintácticos etc.), propone Leech una clasificación que en poco difiere de aquella de Searle, aunque comporte apreciaciones de importancia, fundamentalmente la disociación de los actos directivos en directivos puros y aquellos otros que denomina rogativos (la función meramente inquisitiva), y la asociación de estos predicados ilocutivos con sus correspondientes predicados psicológicos. Así mismo, destaca su diferenciación entre este tipo de verbos, que denomina «semadescriptivos» y los verbos «fonodescriptivos» que, como *murmurar* o *gritar*, hacen referencia más a la forma de realización que al contenido del enunciado. Retomaremos este aspecto de los verbos de actos de habla en el análisis de los lexemas de petición (VII).

Sin embargo, la principal aportación de Leech en este punto radica en el hecho de haber tomado conciencia del carácter escalar de la actividad verbal y de su reticencia al confinamiento de sus diferentes aspectos en compartimentos estancos. Por esta razón,

la selección de un verbo de acto de habla para informar sobre un acto de habla está condenada a la opción y a la simplificación –incluyendo la imposición de estructura ‘categorial’ a la información de la conversación–. El único caso en el que la actividad verbal refleja la estructura categorial de los verbos ilocutivos es el de los enunciados autodenominados, especialmente los performativos, en los que el hablante emplea el metalenguaje de los verbos de actos de habla para describir su propio discurso. El análisis de los verbos de acto de habla puede, por lo tanto, ser especialmente necesario para el análisis de los actos de habla performativos; pero al mismo tiempo, parece obvio que los performativos forman un caso muy especial, que no debe, de ningún modo, considerarse como el canon de la actividad verbal (ibíd.: 333s).

⁹⁴ Es por razones como estas por las que consideramos indispensable el análisis de la fuerza ilocutiva directiva y sus reflejos gramaticales en latín, previo paso al estudio de los lexemas de petición.

III.3.3.- EL ANÁLISIS CONVERSACIONAL.

Posteriormente, los estudios de análisis conversacional (AC), han comenzado a tratar, desde una metodología estrictamente empírica y esencialmente inductiva, la problemática de la comunicación humana, cuya unidad fundamental y con la que estamos más familiarizados, es la conversación, en la que dos o más interlocutores alternan libremente los turnos de palabra⁹⁵. Según este particular objeto de estudio, el AC deberá descubrir y dar cuenta de «las propiedades sistemáticas de la organización secuencial del habla y los modos en los que los enunciados son diseñados para manejar tales secuencias» (Levinson, 1983: 287). Por tanto, uno de los elementos básicos sometidos a estudio en esta disciplina –y que se deriva directamente de la propia idiosincrasia del hecho conversacional– será el carácter sucesivo de los turnos de palabra de los interlocutores, que constituyen la unidad estructural básica de la conversación y que adquieren forma de secuencia. Sin embargo, esta unidad no debe ser confundida con la posición que las intervenciones de los interlocutores adoptan en la conversación, dado que en determinados esquemas comunicativos idealizados no siempre hay una correspondencia exacta entre ambos conceptos.

El segundo elemento básico del análisis conversacional –y en íntima relación con el anterior– es el que proporcionan los llamados «pares de adyacencia» (*adjacency pairs*), parejas de enunciados prototípica y nocionalmente unidas, tales como pregunta-respuesta, ofrecimiento-aceptación, disculpa-minimización, etc., que resultan una unidad fundamental de la organización conversacional, aunque en ella operen otras muchas organizaciones secuenciales de mayor complejidad⁹⁶. Con todo, hay que notar también que el segundo elemento de estos pares de adyacencia, puede no corresponderse siempre con el objetivo deseado, por lo que habrá que distinguir entre preferentes y no preferentes, en función de la naturaleza del segundo turno de estas secuencias. Esta diferencia, según defiende Levinson (1983: 332s), no ha de ser entendida como un postulado de corte psicológico sobre los deseos de los interlocutores,

⁹⁵ Dado que nuestra explicación en este punto puede reducirse a una visión demasiado sesgada y simplificada, recomendamos consultar la exhaustiva introducción al estudio sobre la estructura conversacional de Levinson (1983: 284-379).

⁹⁶ Puede verse en Hoffmann (1983) una aplicación de los esquemas del AC a la comedia plautina y en Risselada (1993: 49ss) el análisis de las expresiones directivas latinas dentro de las estructuras interaccionales. Asimismo, Kroon (1995: 90ss) aplica el concepto de «adjacency pairs» al análisis del nivel del discurso interaccional.

sino más bien como una etiqueta para un fenómeno estructural que posee una naturaleza muy en consonancia con el concepto lingüístico de elemento marcado⁹⁷.

Dentro de esta orientación teórica, uno de los modelos más completos y conciliadores lo ofrece la *Dynamic Speech Act Theory* (DSAT), que propone y defiende una nueva teoría de los actos de habla integrada en una teoría general de la conversación. La principal diferencia entre el modelo tradicional de los actos de habla y la DSAT radica en que esta última defiende que los enunciados individuales no tienen fuerza ilocucionaria tal y como la conciben Austin y Searle, sino que únicamente muestran significado ilocucionario. Se advierte la fuerza ilocucionaria únicamente en la interacción conversacional en su conjunto.

En esta línea se inserta la propuesta de Michael L. Geis, cuyo principal acierto—que lo distancia de sus precedentes, poco avisados de los elementos contextuales de los fenómenos conversacionales— es su análisis de los enunciados y los procesos comunicativos con un carácter pragmáticamente composicional, es decir, atento a la génesis de los enunciados particulares por medio de la combinación de diferentes categorías pragmáticas, con resultados diferentes en función de las distintas combinaciones de estas categorías. En este sentido, la situación contextual en la que se encuentra inmersa la conversación actúa como un condicionante estructural de radical importancia. El contexto de la situación concreta está definido según Geis (1995: 220s) por circunstancias tales como el tipo de evento que provoca una agrupación de gente, quiénes son sus participantes (poder social y distancia en las relaciones), y por la forma de la interacción (llamada telefónica, relación interpersonal...). La naturaleza de la actividad en la que se hayan incluidos los participantes de ese evento determinará el registro de la interacción. Además, las presuposiciones contextuales más relevantes permitirán la consecución del estado-meta que se encuentra asociado a la estructura de la conversación y que se corresponde estrechamente con el efecto transaccional de las estructuras de esa interacción (*cf. ibíd.*: 198).

Este hecho explica la gran variación sociopragmática que domina y modifica los sentidos literales y las fuerzas ilocutivas de determinados enunciados. Así pues, es necesario contemplar varios criterios: la variación dialectal, estilística, de registro y de

⁹⁷ Recuérdese al respecto las secuencias de complementariedad que establecen los verbos de ‘petición’ en el nivel léxico (*supra*, II.2.3.2).

cortesía. Además, todas estas variaciones están contrastadas por la orientación del propio mensaje, según esté dirigido al hablante o al oyente (*cf. ibíd.: 42s*). De tal modo llega este autor a una defensa de la relación sistemática entre la forma de enunciación y los fenómenos relativos a la cortesía.

Por tanto, las inferencias contextuales o, según su propia denominación, el *stratum* pragmático, condicionan de manera sustancial el significado y la fuerza ilocucionaria de los enunciados. Los principales elementos determinantes de los enunciados con fuerza ilocucionaria son, pues, las categorías de la estructura del significado de la interacción lingüística y las categorías del estilo, de la cortesía y del registro. Por lo tanto, mientras que la forma de una frase está determinada por reglas lingüísticas, la forma de un enunciado está determinada por el significado semántico, el significado pragmático y algunas categorías sociopragmáticas. De hecho, la existencia de tal variedad de formas para una misma intencionalidad ilocutiva demuestra que el enunciado particular es menos importante que los elementos contextuales (*cf. ibíd.: 51*).

III.4.- EL PROBLEMA DE LAS EXPRESIONES INDIRECTAS, LA CONVENCIONALIZACIÓN Y LA CORTESÍA LINGÜÍSTICA.

III.4.1.- LOS ACTOS DE HABLA INDIRECTOS.

Uno de los principales problemas con los que se enfrentan los teóricos de los actos de habla se refiere a la adecuación entre forma y contenido, en aquellos enunciados lingüísticos con una intención ilocutiva clara. O, lo que es lo mismo, el problema de su carácter indirecto y, al mismo tiempo, convencional. Austin se encuentra ya con esta dificultad, pero es Searle el primero en abordarla en toda su dimensión. Como ya hemos advertido más arriba, en el curso de la exposición de sus ideas, este autor ha de admitir que no siempre se expresa literalmente lo que se quiere decir, con lo que se derrumba una de las hipótesis de las que parte su teoría: la relación regular y biunívoca entre la intención comunicativa y su forma de expresión. Por ello, a pesar de referirse a este

problema en diferentes pasajes de *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, se ve obligado a abordarlo en un trabajo posterior, «Actos de habla indirectos»:

Los casos más simples de significado son aquellos en los que el hablante emite una oración y quiere decir exacta y literalmente lo que dice. En tales casos el hablante intenta producir un cierto efecto ilocucionario en el oyente, e intenta producir ese efecto llevando al oyente a reconocer su intención de producirlo, e intenta llevar al oyente a reconocer esta intención en virtud del conocimiento que tiene el oyente de las reglas que gobiernan la emisión de la oración. Pero notoriamente, no todas las clases de significado son así de simples: en indirectas, insinuaciones, lenguaje irónico y lenguaje metafórico –para mencionar un puñado de ejemplos– el significado de la emisión del hablante y el significado de la oración se separan de diferentes maneras (Searle, 1975^b: 23).

Previamente –según él mismo retoma ahora–, había sugerido que este tipo de expresiones tenían su razón de ser en el hecho de que todas ellas hacían referencia a alguna de las condiciones necesarias (preparatorias, de contenido proposicional o de sinceridad) y que, por tanto, su funcionamiento productivo para realizar actos de habla indirectos consistía en «indicar la satisfacción de una condición esencial por medio de aseverar o preguntar por una de las otras condiciones» (ibíd.: 24). Sin embargo, la justificación le parece incompleta y la hipótesis que ahora quiere defender es ligeramente distinta:

En los actos de habla indirectos el hablante comunica al oyente más de lo que efectivamente dice apoyándose en el sustrato mutuo de información compartida, tanto lingüística como no lingüística, junto con los poderes generales de raciocinio e inferencia que el oyente posee (ibíd.: 25).

Este tipo de expresiones, además, sufre un proceso de convencionalización, lo que, según el autor se demuestra fundamentalmente en dos hechos: por un lado, el mantenimiento que, en la mayoría de los casos, se verifica de su sentido literal y, por otro, el hecho de que una perífrasis de tales expresiones no obtiene los mismos efectos. Pero ello no es, como decíamos, la justificación última de este tipo de expresiones, sino que Searle propone toda una serie de mecanismos inferenciales que permiten descubrir

que el objeto ilocucionario de una determinada emisión difiere del literal y determinar cuál es la naturaleza de ese objetivo ilocucionario primario. Para ello, en una exposición de máxima complejidad, llegará a proponer un mecanismo de inferencia, compuesto por diez pasos, para explicar, por ejemplo, una petición indirecta expresada bajo la forma de una pregunta, como *¿Puedes pasarme la sal?* (cf. *ibíd.*: 41s).

Por su parte, tal y como veíamos más arriba, Leech considera el «principio de cooperación» como único garante de la interpretación de los actos de habla. Por lo tanto, para este autor todos los actos de habla, sin excepción, son indirectos en la medida en que requieren un esfuerzo heurístico por parte del interlocutor para la interpretación de la fuerza pragmática de un determinado enunciado «por medio de la construcción de hipótesis y la comprobación de las mismas con los datos disponibles» (Leech, 1997: 93). Por lo tanto, el concepto de acto de habla indirecto propuesto por Searle, derivado de la definición de los actos de habla por medio de reglas convencionales, resulta, a sus ojos, superficial y supone una complicación innecesaria, puesto que...

Searle define los actos de habla indirectos como «casos en los que un acto ilocutivo se lleva a cabo indirectamente mediante la ejecución de otro». Esto es, para Searle un acto de habla indirecto, puede entenderse como el medio para realizar un acto de habla directo. Sin embargo, en el marco de medios-fines en el que nos hemos situado, incluso un acto de habla ‘directo’, como puede ser un imperativo (*¡enciende la estufa!*), es un medio indirecto de alcanzar un objetivo, en el sentido de que está dirigido hacia un objetivo subsidiario. Consecuentemente, las ‘ilocuciones indirectas’ son sencillamente ilocuciones que son más indirectas que otras; lo directo o indirecto es una simple cuestión de grado. La escala de indirección (*sic*) se puede representar nocionalmente en un análisis de medios-fines por medio de la longitud de la cadena de pasos que conectan el acto de habla a su correspondiente objetivo (*ibíd.*: 90).

De tal modo, cada tipo semántico puede corresponder a una gran variedad de tipos pragmáticos, pues todas las ilocuciones son indirectas, en el sentido en que su fuerza se interpreta por implicaturas nocionales derivadas de las máximas que controlan el proceso comunicativo. Como vemos, la teoría de Leech supone ya una visión integrada de los actos de habla dentro de las teorías lingüísticas.

Diferente es la postura que tomará Henk Haverkate en su análisis de los enunciados impositivos en español. Según él, todo el problema de las expresiones indirectas radica en una mala interpretación del concepto de fuerza ilocucionaria. La relación entre esta y la estructura sintáctica de una determinada enunciación no obtiene una plasmación única, sino múltiple, de modo que el oyente ha de tener el suficiente conocimiento acerca de la situación comunicativa en cuestión como para poder interpretar la orientación concreta que posee el acto de habla realizado por su interlocutor. Para dar cuenta del carácter indirecto de ciertas enunciaciones, plantea Haverkate el concepto de «acto alocutivo», que hace referencia al proceso de selección, por parte del emisor, de aquellos mecanismos lingüísticos más eficaces y adecuados para la consecución de los objetivos previstos por el acto ilocutivo que pretende realizar. Por tanto, «each illocutionary act –nos dice este autor (1979: 11)– is characterized by a set of specific allocutionary devices». Y es en esta nueva categoría, considerada como una «condición necesaria» del acto lingüístico, donde se observa la mayor o menor mitigación de la brusquedad que puede llevar implícita un acto de habla como el directivo. En todos los casos posibles la fuerza ilocutiva será idéntica, sin embargo, nos encontraremos ante distintos actos alocutivos.

Y es que el carácter convencional que adquieren los enunciados directivos tradicionalmente denominados «indirectos», entra en franca contradicción con esta consideración, que arranca en realidad de la errónea atribución a cada tipo de oración, a cada modalidad frástica, de una única intencionalidad ilocutiva, al margen de la cual todos los demás usos habrán de ser considerados como desviaciones de la norma⁹⁸. Únicamente admitirá este autor como actos indirectos aquellas emisiones marcadas por la «ambigüedad ilocucionaria» (*cf. ibíd.*: 106s), es decir, aquellas en las que el oyente necesita un conocimiento del contexto y de la situación particular, a partir del cual poder realizar una serie de inferencias. Este tipo de emisiones permiten además generar un menor compromiso del interlocutor, al no mencionarse directamente la actuación que debe desarrollar. Es el caso, por ejemplo, de una afirmación como *Hace frío aquí* para provocar la reacción de cerrar una ventana. En la transición entre ambas clases, tal y como hace Mulder (1998: 246s), se puede reconocer un grado intermedio: entre los

⁹⁸ Risselada (1993: 86ss) adopta en su análisis de las expresiones directivas en latín unos presupuestos similares.

enunciados explícitos (aquellos que recogen el estado de cosas apetecido, independientemente de la forma que adopte su enunciación), y los implícitos (en los que se evita la expresión de tal contenido), podemos encontrar enunciados interplícitos, definidos como «enunciados con una proposición incompleta: el hablante no menciona ninguna acción, sino solo un aspecto» de la misma. Este tipo de enunciados puede ser ejemplificado en latín con la siguiente oración:

ARG. amabo, Libane, *iam sat est* (...) (Plaut. *Asin.* 707).

[ARG. Por favor, Libano, ¡ya es suficiente!],

en la que el hablante no hace referencia explícita al contenido cesativo que quiere dar a entender y únicamente alude al carácter inapropiado que está tomando la actuación del oyente.

III.4.2.- LOS ESTUDIOS SOBRE LA CORTESÍA VERBAL.

Íntimamente ligado a estas concepciones del lenguaje, que hacen especial hincapié en su dimensión de acción, y con el análisis de las expresiones indirectas, encontramos lo que se ha dado en llamar la «vertiente social de la comunicación». En ella, la comunicación lingüística es abordada como forma de relación interpersonal y se encuentra condicionada por toda una serie de factores –la edad, el sexo, la jerarquía o posición social, el grado de confianza o familiaridad entre los interlocutores y un largo etcétera–, que, si bien puedan parecer criterios más bien antropológicos o etnológicos, van a adoptar, desde la óptica de este tipo de estudios, una clara plasmación lingüística y recibirán en ellos un tratamiento privilegiado. A raíz de estos descubrimientos, los trabajos sobre cortesía, con una perspectiva eminente antropocéntrica, se han revelado como un novedoso campo de investigación que pone el acento sobre el elemento social de la comunicación. De tal modo, la cortesía, lejos de las concepciones clásicas sobre etiqueta y buenas maneras, ha pasado a concebirse como

fruto de la necesidad humana de mantener el equilibrio en las relaciones interpersonales y su manifestación externa sería el conjunto de «maniobras lingüísticas» de las que puede valerse un hablante para evitar o reducir al mínimo el conflicto con su interlocutor cuando los intereses de ambos no son coincidentes. (...) Frente a la concepción tradicional, que destacaba los aspectos sociales y formulaicos (*sic*), este nuevo enfoque prima el aspecto individual, creativo y estratégico de la cortesía. Ser cortés no es solo seguir unas reglas externas; consiste, sobre todo, en saber evitar conflictos: se ha pasado, por tanto, de una concepción formal de la cortesía a una concepción funcional (Escandell Vidal, 1995: 33)⁹⁹.

En los estudios de Searle sobre el carácter indirecto de ciertos enunciados, la cortesía –la razón primordial para este tipo de expresiones– interesaba solo de manera subsidiaria y supeditada al problema de las expresiones indirectas. Pero con Robin Lakoff (1973) surge un interés por el fenómeno social de la cortesía y sus consecuencias lingüísticas. Pionera de este tipo de estudios, defiende la necesidad de conferir la importancia que merece al contexto social en que se realiza una emisión lingüística, así como los presupuestos que comparten, de manera implícita, los participantes de dicha emisión. Siguiendo el modelo de las máximas griceanas, propone nuevas reglas pragmáticas en estrecha relación con ese tipo de condicionantes interaccionales. Su mayor mérito reside, con todo, en inaugurar este nuevo foco de interés, en el que entran en juego ciertos elementos hasta entonces desterrados de los intereses de la lingüística tradicional.

Sin embargo, el modelo propuesto por Penélope Brown y Stephen C. Levinson supone la teoría más completa y mejor elaborada sobre los fenómenos derivados del principio de cortesía que se haya realizado. El marco general que presentan estos autores sienta sus bases, nuevamente, en la teoría griceana de las implicaturas conversacionales y en el elenco de máximas que actúan como responsables. A partir de ahí, se embarcan en el estudio de determinadas propiedades que consideran sistemáticas y universales¹⁰⁰ del uso del lenguaje, basadas en la noción de «imagen» (*face*). Esta

⁹⁹ Buena muestra del amplio desarrollo que ha experimentado este tipo de estudios en los últimos años da la amplia bibliografía recopilada por DuFon, Kasper *et al.* (1994). Para una introducción de conjunto a este tipo de estudios puede consultarse Haverkate (1987, 1994) y Escandell Vidal (1993: cap. 6; 1995)

¹⁰⁰ Las propiedades que pueden considerarse universales y que, por tanto, permiten estudiar los fenómenos de cortesía como un mecanismo pancultural de salvaguarda de nuestra propia “imagen” y de

noción abstracta, verdadero eje de su modelo, se concibe como la imagen pública que cada miembro de una sociedad reivindica para sí y acoge en su esencia dos tipos de deseos que entran en conflicto continuamente: el deseo de poder desarrollar sin impedimentos las propias acciones (imagen negativa) y el de conseguir aprobación social (imagen positiva)¹⁰¹. A su lado, el componente racional recibe, de mano de estos autores, una alta valoración en su modelo, puesto que son precisamente esas capacidades racionales las que permiten a un individuo reconocer sus fines y adecuar sus actos a la consecución de esos fines.

De acuerdo con estos elementos básicos, es necesario admitir la existencia de determinados tipos de actos que amenazan de manera intrínseca el mantenimiento de la imagen en cualquiera de sus vertientes, sobre todo aquellos que ponen en peligro la del interlocutor. Las peticiones son un ejemplo paradigmático de este tipo de actos. En función de la forma de amenaza que supongan estos actos, los autores ofrecen la siguiente clasificación:

(a) Actos que amenazan la imagen negativa del oyente:

- (i) Actos que predicen actos futuros del oyente y que, al realizarlos, sitúan a este en una cierta obligación de cumplirlos: órdenes y peticiones, consejos y avisos o amenazas.
- (ii) Actos que predicen un acto futuro positivo del hablante hacia el oyente y que, de manera similar, con su realización, se pone al oyente en la tesitura de aceptarlos o rechazarlos e incluso es posible que contraiga una deuda: ofertas, promesas, etc.
- (iii) Actos que predicen un deseo del hablante hacia el oyente o hacia sus bienes, lo que lleva a este a pensar en que deberá actuar en consecuencia, bien protegiéndolos o entregándoselos: felicitaciones, expresiones de envidia o admiración, etc.

la de los demás son: «(i) The universality of face, describable as two kinds of wants. (ii) The potential universality of rational action devoted to satisfying other's wants. (iii) The universality of the mutual knowledge between interactants of (i) and (ii)» (Brown & Levinson, 1987: 244).

¹⁰¹ «Face is something that is emotionally invested, and that can be lost, maintained, or enhanced, and must be constantly attended to in interaction. In general, people cooperate (and assume other's cooperation) in maintaining face in interaction, such cooperation being based on the mutual vulnerability of face» (ibíd.: 61). Sin embargo, la imagen puede ser ignorada en casos de necesidad urgente de cooperación o en beneficio de la eficiencia del mensaje (cf. ibíd.: 62 y piénsese en una petición de auxilio; en estos casos suele decirse que el contenido transaccional del mensaje prima sobre el interaccional).

- (b) Actos que amenazan la imagen positiva y que denotan que el hablante no repara en los sentimientos o deseos de su interlocutor:
 - (i) Actos que implican que se tiene una valoración negativa de algún aspecto de la imagen positiva del oyente: expresiones de desaprobación, críticas, quejas, reprimendas, acusaciones, insultos, etc.
 - (ii) Actos que delatan que al hablante le es indiferente la imagen positiva del oyente: expresiones de emociones fuera de control, mención de tabúes, etc.
- (c) Actos que ofenden la imagen negativa del hablante: expresiones de gratitud, aceptación del agradecimiento o de disculpas, excusas, aceptación de ofertas, promesas u ofertas insinceras, etc.
- (d) Actos que dañan directamente la imagen positiva del hablante: disculpas, aceptación de cumplidos, contradicciones, admisión de culpa o responsabilidad, etc.

Por lo tanto, en este contexto de peligrosidad, todo agente racional desplegará distintos mecanismos que le permitan evitar la vulneración de las distintas manifestaciones del concepto de imagen, tanto la suya como la del eventual interlocutor o que, al menos, minimicen la amenaza (Brown & Levinson, 1987: 68). Tales estrategias son:

- (a) Abierta (*on record*): el agente actúa de esta manera al realizar una acción si es claro para los participantes el objetivo de la misma.
- (b) Encubierta (*off record*): si existe la posibilidad de atribuir de manera clara más de una intención a determinada acción, con lo que el agente no puede ser acusado de haber hecho un intento en particular.
- (c) Directa (*baldly, without redress*): si el acto se realiza de forma directa y clara, sin ambigüedades. Normalmente un acto que amenace la imagen se realizará de esta manera solo si el hablante no teme represalias y en circunstancias muy particulares:
 - (i) La relevancia de las exigencias de la imagen se suspende en interés de la urgencia del mensaje o su eficiencia.
 - (ii) Cuando la amenaza para la imagen del oyente es muy pequeña, o se trata de actos que le favorecen (ofrecimientos, consejos...).
 - (iii) Cuando el hablante se encuentra en una posición jerárquica muy superior.
- (d) Indirecta (*redressive action*): Se trata de una acción realizada mediante modificaciones o añadidos que permitan entender que se trata de contrarrestar el daño potencial de dicha acción. Este tipo de actuación puede adoptar dos formas:

- (i) Cortesía positiva: orientada hacia la imagen positiva del oyente, por medio de la indicación de que el hablante comparte sus mismos intereses. Es un mecanismo eficaz para contribuir a la propia socialización.
- (ii) Cortesía negativa: fundamentalmente dirigida a la satisfacción parcial de la imagen negativa del oyente. Este tipo de actuaciones consiste en asegurar que el hablante conoce y respeta esa imagen negativa y que no interferirá en su libertad de actuación. En nuestra cultura, este tipo de cortesía es la más elaborada y convencional (*cf. ibíd.: 129*).

Es dentro de esta última categoría en la que hay que incluir las denominadas «peticiones indirectas». Las características de todos estos mecanismos y las implicaciones sociales que poseen condicionan su elección en función de las diferentes necesidades que puedan surgir. Pero existen otros factores circunstanciales o variables sociológicas que influyen igualmente en la realización específica de un potencial acto de amenaza de la imagen. Estos son:

- (i) La distancia social entre el hablante y el oyente. Se trata de una relación simétrica.
- (ii) El poder relativo del hablante sobre el oyente. En este caso, es un tipo de relación asimétrica.
- (iii) El grado absoluto de imposiciones legales, morales, etc. de una cultura determinada (*cf. ibíd.: 74-83*).

En los capítulos posteriores se tomarán en cuenta todos estos factores por su implicación en la selección de cada una de las formas de petición que posee la lengua latina, tanto gramaticales como léxicas¹⁰².

Por su parte, Geoffrey N. Leech ofrecerá su propia interpretación del fenómeno de la cortesía lingüística. Como hemos visto, su obra encuentra en el «principio de cooperación» propuesto por Grice un fecundo punto de partida. A imagen de este, elabora su «principio de cortesía», que considera como un mecanismo adecuado para explicar la relación entre el recién mencionado «principio de cooperación» y los

¹⁰² Además, para una aplicación concreta de este modelo a un análisis contrastivo de la cortesía en el español de México y el peninsular, véase Curcó (1998).

problemas que se derivan de la asimetría entre el sentido y la fuerza, es decir, el carácter indirecto de determinadas expresiones. De hecho, Leech es muy consciente de que, en función de la situación comunicativa y de su objetivo, será diferente la clase y el grado de cortesía requerida, como queda de manifiesto en la clasificación de las funciones ilocutivas que propone a este respecto:

- A) Competitiva: El objetivo ilocutivo compite con el objetivo social; por ejemplo, ordenar, pedir, demandar, mendigar.
- B) Convivencial: El objetivo ilocutivo coincide con el objetivo social; ofrecer, invitar, saludar, agradecer, felicitar.
- C) Colaboradora: El objetivo ilocutivo es indiferente del objetivo social; por ejemplo, asertar, informar anunciar, instruir.
- D) Conflictiva: El objetivo ilocutivo entra en conflicto con el objetivo social; por ejemplo, amenazar, acusar, maldecir, reprender (Leech, 1997: 174).

Evidentemente, la cortesía resultará pertinente solamente en las dos primeras categorías. Sin embargo, la actuación de la cortesía es, en cada una de esas funciones ilocutivas, de distinto signo: en la función competitiva, será de carácter negativo, puesto que su objetivo es equilibrar el conflicto entre los intereses del hablante y el mantenimiento de las buenas relaciones; se encarga, pues, de mitigar la posible desconsideración para el receptor que conlleve el objetivo del mensaje. Por lo que respecta a la dimensión convivencial, la cortesía es intrínsecamente positiva en el sentido de que el objetivo del mensaje es, por definición, deferente con el oyente. De esta manera el «principio de cortesía» se concibe como un elemento regulador de las relaciones sociales. Sin embargo, en ocasiones la cortesía o, en su defecto, la ausencia de ella, pueden crear efectos que difieren de los esperables: son los denominados casos de «hipercortesía», que provoca una sensación de superioridad con la que se pretende subrayar aún más la distancia social en casos marcados de relaciones con desigualdad jerárquica, e «hipocortesía», cuyo efecto es el de mostrar un mayor grado de intimidad en una relación mediante la maniobra contraria.

A partir de su carácter regulador de las relaciones sociales, se deriva otra característica fundamental de la cortesía, como es su carácter asimétrico, puesto que lo

que es cortés para el hablante puede ser descortés para el oyente y viceversa. Por lo tanto, Leech propone una representación de esta asimetría en una escala de coste / beneficio que es inversamente proporcional en función del punto de vista que adoptemos, es decir, cuanto mayor sea el beneficio para el oyente, menor será la descortesía intrínseca de la acción y viceversa¹⁰³. Por ello, la mejor forma de mantener las buenas relaciones, sin renunciar a determinados objetivos que pueden, en determinadas circunstancias, ser tomados como descorteses por ser susceptibles de provocar un desacuerdo volitivo, es la expresión indirecta; cuanto menos directa sea la expresión que utilicemos, más cortés resultará (ibíd.: 178s). Y ello es debido fundamentalmente a dos factores: (a) permiten al oyente una mayor opcionalidad para sustraerse al mensaje indicado; y (b) muestran una fuerza ilocutiva mucho más reducida y mitigada; como hemos visto, las fuerzas son más una cuestión de grado que de clase.

De tal modo, en opinión de este autor, la cortesía se organiza en torno a tres escalas: coste / beneficio –análoga a la que se establece en las transacciones comerciales–, opcionalidad y carácter indirecto. Pero a su lado operan otros elementos que funcionan como ejes sobre los que se establecen estas escalas. Estos son la relación de poder o la autoridad relativa entre los interlocutores y la distancia social, determinada por factores de carácter más o menos fijo (edad, grado de familiaridad, etc.), pero también por el papel relativo que adopta cada interlocutor en un acto comunicativo determinado. Estas dos dimensiones determinarán en gran medida la cantidad de tacto requerida, supeditada al respeto que infunden estos factores. En función de la variedad de criterios que entran en juego en el fenómeno de la cortesía, Leech se ve obligado a diferenciar una serie de máximas que deberán, además, dar cuenta del carácter asimétrico de este fenómeno, reflejado en el carácter diádico de las mismas. Con ellas queda patente, una vez más, la función de regulación de las relaciones sociales que se atribuye a la cortesía en este modelo de máximas y principios.

Pese a las discrepancias entre las teorías recién expuestas, se puede inferir de todas ellas una serie de elementos constitutivos comunes que se derivan de unas concepciones similares sobre este fenómeno: por un lado, debemos señalar su adhesión al paradigma

¹⁰³ Estas escalas, como todas las que propone Leech en consonancia con su concepción de la pragmática, son orientativas y no marcan compartimentos estancos, sino puntos más o menos individualizados de un *continuum*. Un análisis de la cortesía igualmente vinculado a una escala coste-beneficios es la que presenta Kasher (1986).

griceano, lo que condicionará su caracterización de la cortesía como una relación icónica con respecto al carácter indirecto de los enunciados particulares; y por otro, la universalidad que atribuyen estos autores a sus afirmaciones. Posteriormente ambos presupuestos han sido cuestionados. En primer lugar, los estudios comparativos (*cf.* por ejemplo, Wierzbicka, 1991) han puesto de manifiesto cómo cada lengua codifica estas estrategias en modo muy diferente y, así mismo, las interpreta de modo divergente. De tal modo, puede darse el caso de que un individuo de una cultura extraña, al intentar integrarse en otra por medio de sus propias estrategias de cortesía, llegue a resultar descortés. Por lo tanto, debemos convenir con Escandell Vidal (1995: 49) en que

la existencia de diferencias culturales sugiere que los principios que determinan el uso y la interpretación de algunas expresiones indirectas (...) no son de naturaleza general, sino específicos de cada cultura. En cambio, los enunciados cuya interpretación depende de manera decisiva de la situación extralingüística están sujetos a las leyes generales de la inferencia, y no presentan variaciones significativas.

De tal modo, queda en entredicho la relación entre indirecto y cortés, y el carácter altamente convencional que se otorgaba en estas teorías a las expresiones de la cortesía lingüística. Es necesario, pues, establecer una diferencia entre los conceptos de «indirecto» e «inferido», puesto que gran parte de los actos indirectos son en realidad convenciones culturales, con lo que es necesario realizar una relectura de este fenómeno:

el funcionamiento de la cortesía depende de la capacidad cognoscitiva y, por consiguiente, utiliza mecanismos de inferencia universales; lo que varía de cultura a cultura es el conjunto particular de supuestos utilizados para derivar dichas inferencias, entre los cuales están, lógicamente, todas las convenciones sociales ligadas al uso de formas lingüísticas específicas (...) (ibíd.: 61).

La clasificación de mecanismos de expresión de la petición que ofrecen Blum-Kulka *et al.* (1989) es congruente con esta afirmación. Estas autoras distinguen entre estrategias directas (modo verbal, enunciados realizativos, modales deónticos, deseos), estrategias convencionalmente indirectas (referencias a la realización de la acción, o a la

condición preparatoria de capacidad o voluntad del oyente) y estrategias no convencionales (meras alusiones). En este sentido, además, la vertiente cognitiva, según la teoría de la Relevancia (o Pertinencia) propuesta por Dan Sperber y Deirdre Wilson, es capaz de dar cuenta del aspecto social del lenguaje, tal y como demuestra nuevamente Escandell Vidal (1998)¹⁰⁴. En este análisis, la noción de «contexto» es altamente valorada, pues recibe una interpretación cognitiva como el conjunto de supuestos sociales con que cuenta un individuo y que le permite inferir las diferencias de interpretación de un determinado mensaje, dentro de una misma cultura o en culturas diferentes. La cortesía se concibe así, según Escandell Vidal (1998: 15), como «un efecto que depende decisivamente de los supuestos previos que un individuo haya adquirido sobre cuál es el comportamiento socialmente adecuado; es, por tanto, un tipo particular de *efecto contextual*». No basta, pues, con la puesta en marcha de determinados principios universales, sino que es necesario estar en posesión de un conocimiento compartido, que abarca el aprendizaje de ciertas fórmulas convencionales; es decir, su «potencial alocucionario», según terminología de Haverkate.

La ventaja de este enfoque es la de permitir dar una explicación coherente y global tanto de la diversidad cultural como del supuesto carácter indirecto de determinados mensajes, cuya intelección se explica ahora según los mismos mecanismos inferenciales que los del resto¹⁰⁵.

¹⁰⁴ Cf. además Wilson & Sperber (1993).

¹⁰⁵ Esta teoría es, según Curcó (1998), perfectamente compatible con la propuesta de Brown & Levinson que veíamos más arriba.

III.5.- EL ACTO DE HABLA DIRECTIVO.

En su taxonomía de los actos ilocucionarios, Searle (1975^a: 45-51) establece que existen (al menos) doce dimensiones que pueden ayudar a diferenciar, unos de otros, los actos comunicativos. A partir de ellas, realiza la definición de los actos directivos –herederos de la categoría austiniana de los ejercitativos– como actos cuyo «objeto ilocucionario consiste en el hecho de que son intentos (de varios grados, y por eso más precisamente, son determinados del determinable que incluye intentar) del hablante de llevar al oyente a hacer algo» (ibíd.: 58). Este tipo de «intentos» podrá ser de «distinta intensidad» –aunque el autor no precise aquí en función de qué criterios– y su «condición de ajuste es mundo-a-palabras», puesto que pretenden la transformación de un determinado aspecto de la realidad, y poseen inherentemente, además, una condición de sinceridad volitiva (‘querer’ o ‘desear’)¹⁰⁶. Por lo que respecta a su contenido proposicional, Searle lo describe en los siguientes términos: «que el oyente (O) lleve a cabo alguna futura acción (A)».

Y, efectivamente, tal y como hemos definido la sustancia semántica básica de la petición en el capítulo II de este trabajo, el /intento de provocar en el interlocutor una respuesta concreta por medio de una enunciación lingüística/ supone en realidad el común denominador semántico de los enunciados directivos, bajo el que podemos encontrarnos realidades lingüísticas de distinta índole. Por tanto, para llegar a una definición completa y específica de la petición como acto lingüístico, debemos replantearnos el lugar que esta ocupa dentro de los actos de habla directivos, mediante un catálogo de los mismos en el que poder hallar los rasgos distintivos de cada uno.

Para ello, tal y como hace Mulder (1998: 244), es necesario tener en cuenta cuatro dimensiones que permiten la caracterización de los actos directivos: la dimensión predicativa, la deíctica personal, la modificadora y el tipo de oración, basadas en la distinción entre «constituyentes proposicionales y extraproposicionales del enunciado». Las dos primeras dimensiones se corresponden con lo que Searle (1980: 74) denomina contenido proposicional y condiciones preparatorias («(i) O es capaz de hacer A; y (ii)

¹⁰⁶ En la clasificación propuesta por Leech (1997: 314), a cada predicado ilocutivo le corresponde un predicado psicológico, de tal modo, cierto componente volitivo subyace a todo acto directivo o comisivo. Recuérdese además lo expuesto en n. 1.

no es obvio ni para H ni para O que H va a hacer A de manera espontánea en el curso normal de los acontecimientos»). Por su parte, la dimensión modificadora hace referencia al elemento léxico que influye en la proposición principal, tal y como inciden también los elementos gramaticales o prosódicos que condicionan el tipo de oración (estos dos últimos aspectos recibirán un tratamiento pormenorizado en el capítulo siguiente). Con respecto al contenido proposicional, ya hemos visto (*supra*, II.2.3.2) cómo Haverkate (1979: 43) distingue varios tipos de oraciones directivas, con estructuras aspectuales diversas y supeditadas a condicionantes de /control/ y /futuridad/; a su lado podemos reconocer todavía otros rasgos caracterizadores de los actos directivos en función de su contenido semántico-pragmático.

Pero antes, no podemos pasar por alto uno de los capítulos más polémicos de la especulación en torno a la teoría de los actos de habla: el problema de la inclusión de la pregunta en la categoría de las peticiones. Es nuevamente Searle el primero en considerar que «ciertos géneros de actos ilocucionarios son en realidad casos especiales de otros géneros; entonces, plantear preguntas es, en realidad, un caso especial de petición, a saber, pedir información (pregunta real) o pedir que el oyente exponga conocimientos (pregunta de examen)» (1980: 76s). Esta afirmación, de carácter intuitivo y probablemente sustentada en la polisemia del verbo inglés *ask (for)* y en la capacidad del enunciado interrogativo para enunciar peticiones, ha sido defendida y contestada con la misma intensidad en la extensa bibliografía que se ha vertido al respecto. Así, son muchas las tipologías de actos de habla que incluyen el objeto ilocutivo interrogativo como subtipo del directivo, puesto que este está igualmente orientado a provocar una reacción –verbal en este caso– en el interlocutor. Este es, por ejemplo, el proceder del trabajo de Vanderveken (1990-1991). Kerbrat-Orecchioni (1991), por su parte, defiende que la petición es modalidad de hacer (yusiva) o de decir (interrogativa) y, así mismo, Escobedo (1992) clasifica la pregunta, en su análisis estructural del campo semántico ‘hablar’, como unidad del subsistema ‘pedir’¹⁰⁷. En este mismo sentido se manifiesta Escandell Vidal (1999: §61.4.2):

¹⁰⁷ Sin embargo, propone la significación “preguntar” del cast. ant. *demandar* como una variante contextual. Cf. además fr. *demander*. En alemán, a pesar de existir una distribución léxica complementaria, representada por los verbos *bitten* y *fragen*, este último puede también ser utilizado para la expresión de la petición. En latín encontramos esta misma distribución expresada por medio de otros dos vocablos (*quaero* y *quaeso*).

La diferencia que existe entre una pregunta y una petición de acción no está fundada en distinciones de naturaleza gramatical, de modo que no es posible encontrar indicadores explícitos que permitan identificar inequívocamente el tipo de acto verbal realizado. En realidad, ambas clases no son radicalmente distintas, ya que una petición de información no es, en el fondo, más que una clase particular de petición de acción, restringida, en este caso, a una acción de tipo verbal. De este modo, además de poder explicar la similitud formal existente, se justifica también el hecho de que ambas admitan refuerzos típicos de las peticiones, como la adición de *por favor*, o de fórmulas corteses del tipo de *...si es tan amable*.

Pero no han faltado voces en contra de esta inclusión. G. Leech, basándose en ciertas propiedades semánticas y sintácticas de los enunciados interrogativos, se opone a su tratamiento conjunto, distinguiendo la fuerza ilocutiva directiva de la inquisitiva (*cf. supra*, III.3.2). También Risselada (1993: 38ss) distingue ambos tipos pues, a pesar de su común orientación hacia el oyente, el directivo hace referencia a acciones mientras que el interrogativo trata hechos¹⁰⁸.

Independientemente de la opción que deseemos adoptar en este problema de apariencia irresoluble —y que parece depender más de la importancia que atribuyamos a los efectos perlocucionarios de estas expresiones, que de consideraciones estrictamente lingüísticas—, lo que sí parece claro es que la capacidad de la modalidad interrogativa para la expresión de una petición tuvo una importante incidencia sobre la evolución semasiológica del verbo *rogare* (*cf. infra* VII.6.1). En virtud de la doble relación intersubjetiva que establece con *dico*¹⁰⁹ y *do* (García-Hernández, 1987: 246),

DA. *dictura* es quod *rogo*? (...) (Ter. Andr. 751).

[DA. ¿Me vas a decir lo que te pregunto?]

este lexema se muestra operativo en dos campos semánticos distintos, no siendo este hecho, sin embargo, óbice para la inclusión de uno como subsistema del otro.

¹⁰⁸ Véase igualmente Garrido Medina (1999: §60.1.1.3) y, sobre todo, el cuadro (10).

¹⁰⁹ O con su término complementario específico, *respondere*: DE. *priu'* respondes *quam rogo* (...) (Plaut. Merc. 456).

Hacia esta inclusión, apunta la afinidad nocional entre ambos procesos, pues parece claro que la ‘pregunta’ es, en cierto modo, un tipo especial y específico de ‘petición’, con la única diferencia de que aquí el objeto de la solicitud es una información; así ambas oposiciones se articulan de manera proporcional:

‘pido’.- ‘das’ :: ‘pregunto’.- ‘contestas’ = ‘pido una información’.- ‘das la información’

Por tanto, es posible reconocer como sinónimas expresiones paralelas del tipo *Me preguntó si...* y *Me pidió que le dijera...* Esta relación se afianza aún más por medio de la proporcionalidad estructural existente entre los campos léxicos de ‘dar’ y ‘decir’, por el que también resultan proporcionales las siguientes relaciones¹¹⁰:

das.- *accipio* :: *dicis*.- *audio*

Y del mismo modo que, como ya hemos dicho, la finalidad por antonomasia de una petición es la ‘posesión’, la intencionalidad con que se realiza una pregunta es la de ‘saber’, o lo que es lo mismo, ‘(ob)tener un conocimiento’¹¹¹:

peto -- *habeo* (.-*mihi est*) :: *rogo* -- *scio*,

por lo que parece que, al menos en la lengua latina, las preguntas se conciben a través del intercambio material que supone la petición; tal afirmación no debe, sin embargo, ser extrapolada a una generalización de carácter universal, puesto que cada lengua posee sus esquemas y cauces cognitivos propios.

Pero retomemos la cuestión de la caracterización de los actos directivos; una primera distinción que hemos de tener en cuenta radica en la determinación del beneficiario de la acción que se intenta desencadenar en el interlocutor. Esta consideración trae consigo la escisión entre actos no-impositivos (aquellos que benefician al oyente, como advertencias, consejos o recomendaciones) y los

¹¹⁰ Cf. García-Hernández (1987: 246-248; 1991^a: 44). Téngase en cuenta igualmente el doble valor que muestra *cedo* en combinación tanto con intencionalidad petitoria (equivalente por tanto al imperativo *da*), como con intención inquisitiva (idéntico a *dic*); cf. Martín Rodríguez (1999: 123).

¹¹¹ Cf. Domínguez Domínguez (1995: 99-100 y n. 75).

impositivos, en los que –tal y como ocurre con la orden o la petición– el hablante trata de imponer su voluntad sobre el oyente en beneficio propio. Entre ambas categorías es posible ubicar actos como ‘sugerir’ (y, en determinadas circunstancias, también ‘invitar’; cf. Mulder, 1998: 241), pues, en definitiva, es difícil determinar inequívocamente el beneficiario exacto de la acción pretendida, de lo que se concluye que los límites entre ambas no son tajantes¹¹². Así se observa, por ejemplo, en el siguiente fragmento del epistolario ciceroniano:

ac iam hoc loco non hortatione neque praeceptis sed *precibus* tecum *fraternis* ago, totum ut animum, curam cogitationemque tuam ponas in omnium laude undique colligenda (Cic. *ad. Q. fr.* 1, 1, 41).

[Llegados a este punto, no voy a exhortarte ni a aconsejarte, sino a rogarte como un hermano que empees toda tu voluntad, tu dedicación y tu pensamiento en recibir alabanzas de todas partes.]

Podría resultar en principio extraño pedir algo de lo que se beneficiará el interlocutor. Pero, en realidad¹¹³, Cicerón quiere transmitir a su hermano las repercusiones que para su *dignitas* tiene la imagen pública de este último. Y, sin embargo, es posible encontrar casos en los que no se puede dar una explicación válida de este tipo. Al final de esa misiva, leemos:

reliquum est ut te orem ut ualeat tui, si me et tuos omnes ualere uis, diligentissime seruias (Ibíd. 1, 1, 46).

[Solo me queda pedirte que te cuides mucho, si quieres que yo y todos los tuyos estemos bien.]

¹¹² Ciertos autores han considerado la necesidad de entender los actos de habla como un *continuum* significativo y, por tanto, de clasificar estos en términos prototípicos, más que como categorías cerradas; ya hemos hablado de la postura de Leech. Cf. además Blum-Kulka *et al.* (1989) y Risselada (1993: 33 y n. 21). La orientación que adoptará esta última autora consistirá en una combinación de ambas posturas y, de tal modo, su taxonomía de actos de habla (p. 37) estará basada fundamentalmente en dos criterios: por un lado, la orientación del acto concreto, es decir, que lo tratado tenga que ver con el emisor, con el receptor o con terceras personas, y por otro, el contenido del acto en sí: conocimientos, emociones o acciones, aunque teniendo en cuenta también su realización y sus efectos perlocucionarios y constará así de unos tipos básicos y unos subtipos que ocupan posiciones intermedias entre los primeros.

¹¹³ Tal y como nos aclara Baños Baños en su traducción (p. 111, n. 31).

La táctica bien podría ser considerada como una estrategia de cortesía. Pero, en este contexto epistolar entre hermanos, es preferible interpretarla como una solicitud sincera, pues la salud de un ser querido repercute, evidentemente, en quien formula una solicitud en este sentido.

Será necesario proponer, por tanto, distintas relaciones escalares derivadas de otros tantos criterios. En este caso, ‘órdenes’ y ‘peticiones’ se sitúan en el extremo más alto de una escala que contempla el beneficio que le reporta al emisor el cumplimiento de la acción solicitada. En el otro extremo se sitúan los ‘consejos’, orientados hacia la realización de una acción cuyos beneficios deberían repercutir en el agente de la misma (Haverkate, 1994: 127). Así, en la lengua latina, verbos como *(ad)hortari*, *(ad)monere*, *praecipere* y *suadere* no admiten ‘dar’ como término complementario a pesar de poseer una orientación clasemática y una intencionalidad del todo equivalente a la de los verbos impositivos¹¹⁴. De hecho, la identidad de algunas de sus formulaciones puede también servir en ocasiones para subvertir la distinción entre actos impositivos y no-impositivos. En el humor satírico de las comedias plautinas podemos observar continuos juegos escénicos en los que la interpretación ambigua de ciertos enunciados permite la inversión de las relaciones jerárquicas (cf. Hofmann, 1958: 100). Un acto de habla no-impositivo expresado por medio de un imperativo no pone en peligro la autoridad relativa del interlocutor, puesto que viene justificado por la orientación del beneficio de tal acto (cf. por ejemplo, Leech, 1997: 181). Pero cuando, en un guiño con el público, estos actos no constituyen verdaderos consejos sino órdenes encubiertas con la burla como único objetivo, las fronteras entre ambas categorías se diluyen. Así ocurre por ejemplo, en el siguiente pasaje de la *Mostellaria*, en que el esclavo Tranión da algunas indicaciones a su amo, Teoprópides, con las que difícilmente puede resultar favorecido:

sed tu, etiamne astas nec quae dico optemperas? / TH. quid faciam? TR. caue respexis, fuge, [atque] operi caput (Plaut. *Most.* 522-523).

¹¹⁴ Al igual que los actos impositivos (cf. capítulo IV), los no-impositivos pueden ser expresados mediante una gran cantidad de formulaciones gramaticales y léxicas. El estilo sentencioso y perentorio de Catón nos ofrece una buena muestra de la variedad de mecanismos expresivos con que cuenta la lengua latina para tal fin: imperativos de presente y futuro, verbos modales, presentes y futuros de indicativo, presentes o imperfectos de subjuntivo... Otro tipo de textos basados en esta intencionalidad ilocutiva son los tratados médicos (*uid.* Gaide, 2002).

[¿Pero todavía estás ahí quieto sin hacer caso a lo que digo? TE. ¿Qué tengo que hacer?
TR. No mires hacia atrás, huye y cúbrete la cabeza.]

E invirtiendo el sentido de las relaciones jerárquicas, vemos cómo una sugerencia puede adoptar la fuerza de una orden en algunos ambientes. Dado el acusado carácter coercitivo que embarga el léxico técnico de la esfera jurídica, el lexema *monere* obtiene allí una actualización directiva /impositiva/ e incluso /imperativa/, con el significado de “obligar” o “exigir”¹¹⁵.

Avisados de este tipo de transgresiones, es posible, con todo, representar como sigue esta primera categorización de los actos directivos según el criterio del beneficiario:

—	➔	+
ACTOS NO IMPOSITIVOS (beneficiario=oyente)		ACTOS IMPOSITIVOS (beneficiario=hablante)
advertencias, consejos, recomendaciones...	sugerencias, invitaciones...	mandatos, órdenes, prohibiciones, exigencias, peticiones, ruegos, súplicas...

Por otra parte, tal como acabamos de ver, los actos impositivos se caracterizan por proporcionar un beneficio al emisor del mensaje apetecido. En ellos, el criterio de la opcionalidad que se otorga al oyente en lo que respecta al cumplimiento del contenido del mensaje nos va a proporcionar una nueva distinción (Mulder, 1998: 241, n. 3). La coacción que conllevan ‘órdenes’ y ‘exigencias’¹¹⁶ no deja lugar a dudas sobre la obligatoriedad del cumplimiento de dicho mensaje, mientras que en ‘peticiones’ neutras y ‘súplicas’ ese contenido desaparece¹¹⁷.

¹¹⁵ Es claro también este valor en las consagraciones que siguen a una orden divina; junto a expresiones como *ex imperio*, *ex iussu*, *iussu dei*... podemos encontrar *ex monitu dea* (cf. Veyne, 2001: 291, con referencias en n. 45). Puede verse también Apul. *met.* 11, 19-29, donde aparece una sucesión de sueños (*uisu*), que constituyen órdenes divinas (*monitu*, *imperiis*).

¹¹⁶ Ya hemos visto (*supra*, II.2) cómo a pesar del elemento coactivo que caracteriza a las exigencias, estas se incluyen en la categoría de peticiones en virtud de un criterio lexemático: la relación complementaria que establecen con el concepto de ‘dar’, relación ajena a las órdenes, categoría esta última, además, en la que el agente establece una relación de solidaridad con el clasema /autoridad/ jerárquica.

¹¹⁷ Risselada, en consonancia con su concepción de los actos de habla como un *continuum*, define ‘mandato’ y ‘ruego’ de forma prototípica y escalar, en función del criterio de la opcionalidad que permiten al oyente; cf. 1993: 46-48, y especialmente p. 47, donde dice: «On the basis of this dimension

La justificación de esta diferencia, basada en el concepto de coacción, ha de buscarse, nuevamente, en el elemento social y psicológico del lenguaje. Searle en su clasificación originaria de actos ilocutivos ya citada completa con el siguiente comentario la definición del acto de “pedir”:

Ordenar y mandar tienen la regla preparatoria adicional de que H debe estar en una posición de autoridad sobre O. Mandar no tiene probablemente la condición ‘pragmática’ que exige no-obviedad. Además, la relación de autoridad infecta en ambos casos la condición esencial, puesto que la emisión cuenta como un intento de hacer que O haga A en virtud de la autoridad de H sobre O (Searle, 1980: 74).

Es decir, la distinción en el grado de coacción está indisolublemente unido al elemento jerárquico que condiciona la relación que se establece entre los interlocutores¹¹⁸. Este condicionamiento, pese a su carácter pragmático y sociológico, recibirá codificación lingüística.

Ya en 1960, Brown & Gilman presentaron, en su análisis de los pronombres de respeto y cortesía en distintas lenguas indoeuropeas, la novedad de incluir una serie de criterios sociológicos en el estudio del lenguaje.

Según estos autores, existe una conexión estrecha entre estructura social, jerarquías de poder y ciertas categorías gramaticales. Las relaciones sociales se pueden incluir en dos categorías: las basadas en la solidaridad –horizontales, de igualdad y simétricas– y las relaciones jerárquicas –verticales y de doble dirección–, asentadas en el concepto de «poder»¹¹⁹. Por su parte, la categoría de poder puede estar basada tanto en la fuerza física, como en el concepto de autoridad. Caso de otorgarse preeminencia al primer criterio, ambos interlocutores pueden competir por conseguir el control sobre el otro. La fuerza física puede ser igualmente empleada como medida disuasoria para reforzar el grado de coacción que concede la autoridad. Los esclavos de las comedias deben oír en numerosas ocasiones las amenazas de las medidas punitivas que les

we can distinguish for instance between orders, which are binding directives, and, at the other end of the scale, requests, which are optional directives, because the decision whether or not to realize the content is left to the addressee».

¹¹⁸ Cf. Haverkate (1979: 65ss) y Núñez (1991^a: 126)

¹¹⁹ «One person may be said to have power over another in the degree that he is able to control the behaviour of the other. Power is a relationship between at least two persons, and it is nonreciprocal in the sense that both cannot have power in the same area of behavior» (Brown & Gilman, 1960: 255).

impondrán sus amos —si son desobedecidos— y que habrán de sufrir en carnes propias, lo cual demuestra la gran funcionalidad, en este tipo de relaciones, de la violencia como medida coercitiva (*cf.* el *malo coactus* de Ter. *Ad.* 69).

Por su parte, el criterio de autoridad suele estar socialmente regulado y puede variar en lo que respecta a su grado de institucionalización. En la categoría de autoridad institucionalizada habrá que distinguir el grado de codificación de la propia institución. En caso de estar codificada, el poder de un individuo depende de la institución concreta y es, por tanto, menos autónomo. Las instituciones no codificadas poseen unas reglas más laxas y, en todo caso, permiten una mayor flexibilidad en función de las circunstancias concretas de su tipo de relación con el interlocutor. De tal modo, su actuación es completamente autónoma y las sanciones aplicadas por la violación de una regla son más variables.

Así pues, la institución que ampara la autoridad, concederá a la persona investida de ella la posibilidad de aplicar una sanción, para mantener así su condición invariable (Haverkate, 1979: 67s) y, al mismo tiempo, funcionará como garante del contenido modal (de necesidad / obligación o posibilidad), cuya presencia en el contenido proposicional de la norma determinará, a su vez, el sentido de la misma: positiva, negativa o permisiva (Núñez, 1991^b: 359). Esta distinción marca la diferencia entre ‘órdenes’, ‘prohibiciones’ o ‘permisos’¹²⁰. Con todo, tal y como hace este último autor (1991^a: 133), en las interacciones lingüísticas particulares, el componente jerárquico ha de ser entendido «en términos comportamentales, con independencia de la posición real del individuo en las diferentes escalas jerárquicas posibles; basta simplemente con que en una situación de comunicación concreta el hablante aparezca revestido de la “capacidad” (poder) de iniciar la acción y que esta capacidad le sea reconocida por el oyente para que la realización del acto ilocutivo de mandato sea efectiva». Evidentemente, la posición en la escala jerárquica no es absoluta; el lugar concreto que se asigna a cada interlocutor depende de la jerarquía relativa con respecto al otro que, además, no es inmutable y la elección se renueva a cada interacción comunicativa. Así se entiende la siguiente afirmación de Livio acerca de Aníbal:

¹²⁰ Estos últimos están incluidos en el contenido semántico de las órdenes, pero no a la inversa (Haverkate 1979: 38). Basta pensar en la diferencia entre las dos oraciones contrastadas allí mismo (p. 39): *Te permito que te vayas, pero no te lo mando* y **Te mando irte, pero no te lo permito*.

numquam ingenium idem ad res diuersissimas, parendum atque imperandum, habilius fuit. itaque haud facile discerneres utrum imperatori an exercitui carior esset (Liu. 21, 4, 3).

[Jamás un mismo talento natural tuvo mayor destreza para cosas tan dispares como obedecer y ordenar. Y así, habría sido muy difícil distinguir si le tenía más aprecio el general o el ejército.]

En la sociedad romana, en la que cada elemento distintivo entre los individuos –sexo, estatuto jurídico, capacidad adquisitiva, proveniencia, aptitudes, formación, etc.– supone un elemento de disgregación, la multiplicidad de relaciones de dependencia existentes delata la profunda estratificación y jerarquización en la que esta se estructura y, al mismo tiempo, un alto grado de institucionalización rectora. De tal modo, el *pater familias* ejercerá un total control sobre todo aquello –bienes y personas– que se encuentra a su cargo, en virtud de su *patria potestas*, que viene justificada por el tipo de sociedad (patriarcal, esclavista y conservadora) que la sustenta. Para entenderlo, es fundamental atender al concepto de *familia* –en el sentido amplio que poseía en latín– como posesión. De tal modo, el amo tiene completa autoridad sobre sus esclavos, pues estos le pertenecen. Y, por tanto, le deben respeto y obediencia:

AS. tuis seruio atque audiens sum imperiis (Plaut. *Truc.* 125).

[AS. Yo me dedico a servir y obedezco tus órdenes.]

Y ello sucede, en muchas ocasiones, porque ha mediado una compra previa:

(...) PA. emere oportet, quem tibi *oboedire uelis* (...) (Plaut. *Persa* 273).

[PA. Conviene comprar a aquel que quieres que te obedezca.]

sed ego inscitus qui domino me *postulem* moderarier: / dicto me *emit audientem*, haud imperatorem sibi. / sequimini, ut, *quod imperatum est*, ueniam aduersum temperi (Plaut. *Men.* 443-445).

[Pero, ¿seré tonto que pretendo controlar la conducta de mi amo! Él me compró para que le obedeciera, no para que le diera órdenes. Seguidme para que pueda llegar a tiempo, como me ha ordenado.]

Las relaciones entre siervos, por su parte, suelen inscribirse en la dimensión horizontal, pero también pueden describirse relaciones jerárquicas –estratificadas, por tanto– entre individuos que comparten esta condición. De tal modo, al enumerar Catón los *uilici officia*, advierte:

litibus familia supersedeat: si quis quid deliquerit, pro noxa bono modo uindicet (Cato agr. 5, 1).

[Que evite que los esclavos discutan: si alguno ha cometido una falta, que lo castigue con mesura, en función del perjuicio.]

El *uilicus*, en efecto, es el representante del *dominus* en ausencia de este y, por tanto, está capacitado para hacer uso de su *potestas*.

Otro tanto podemos decir de la relación padre .- hijo¹²¹. De hecho, la *patria potestas* otorgaba, en una etapa arcaica, una serie de derechos extremos sobre los hijos: el *ius uendendi*, el *ius exponendi* o el *ius noxae dandae*, e incluso la capacidad de decisión sobre su propia vida, la *potestas uitae necisque*, tal y como se observa en la *Ley de las doce Tablas*, derechos que, no obstante, fueron eliminándose con el tiempo. Y es que debemos tener muy en cuenta que, originariamente al menos, el valor primario de *pater* no es el de relación familiar de paternidad (para su designación existían *genitor* o *parens*), sino que representa un trato deferente, de origen indoeuropeo, aplicado a aquellos individuos investidos de poder, autoridad y majestad, por lo que podía ser también aplicado a los dioses (cf. E&M, s.u.). Los hijos resultan ser así una posesión más del *pater familias* sin autonomía propia al menos mientras se encontrara bajo su *tutela*. Sin embargo, según la ideología filohelénica de Terencio, basada en conceptos progresistas y liberales, la relación paternofilial ha de estar sustentada en otros valores:

¹²¹ Empleamos la notación (.-) al referirnos a estos lexemas, puesto que los pares que expresan este tipo de relaciones sociales desiguales, tales como *pater* .- *filius*, *dominus* .- *seruus*, *patronus* .- *cliens*, *magister* .- *discipulus*, *uir* .- *uxor*, representan una relación complementaria intersubjetiva, de clase diatética, dentro de la categoría nominal. Cf. García-Hernández (1998^b y 2001^a: 34 y 39s).

et errat longe mea quidem sentential / qui imperium credat grauius esse aut stabilius / ui
quod fit quam illud quod amicitia adiungitur. (...) / hoc patriumst, potiu' consuefacere
filium / sua sponte recte facere quam alieno metu: / hoc pater ac dominus interest. hoc qui
nequit / fateatur nescire imperare liberis (Ter. *Ad.* 65-77).

[Y se equivoca por completo, a mi modo de ver, quien crea que es más sólido y duradero
un poder impuesto por la fuerza que el que se consigue con la amistad. (...) Es deber del
padre acostumar al hijo a actuar con rectitud por iniciativa propia, y no por miedo a
otro. Esta es la diferencia entre un padre y un amo. Quien no pueda hacer esto, reconocerá
que no sabe dirigir a sus hijos.]

Y en términos paralelos es posible referirse al concepto de *auctoritas*¹²², el poder propio
del patriciado y posteriormente del *ordo senatorius* y de la *nobilitas*. Este presenta dos
aspectos: la superioridad y la autoridad del *patronus* sobre los que de él dependen, y la
influencia que ejerce el senador en el ejercicio de su autoridad política,
fundamentalmente en el senado (Hellegouarc'h, 1963: 307).

Pero, pese a los ocasionales despuntes que representan ejemplos como el de
Terencio, el siguiente fragmento de los *Menecmos* no deja lugar a dudas de que las
jerarquías se interpretan claramente en el nivel lingüístico:

MEN. dictum facessas, datum edis, caueas malo. / molestus ne sis, non tuo hoc fiet modo.

MES. em! / illoc enim uerbo esse me seruom scio. / non potuit paucis plura plane
proloquei (Plaut. *Men.* 249-252).

[MEN. Haz lo que te han dicho, cómete lo que te den, cuídate del castigo. No seas pesado;
no se hará a tu manera. MES. ¡Vaya!, con tales palabras me doy cuenta de que soy un
esclavo. No pudo con menos decir más con tanta claridad.]

El parlamento del siervo, en respuesta a las autoritarias palabras de su amo, deja claras
las inferencias que, de acuerdo con el principio de pertinencia, este obtiene acerca de la
posición relativa que cada uno de ellos ocupa en la escala jerárquica.

¹²² De su pertenencia al antiguo fondo de léxico jurídico-religioso da buena cuenta su filiación
etimológica con *augere*, *auctor*, *augur*, *augustus* (cf. E&M, s.u.). Su significado general y más primitivo
sería el de "garantía", con dos formas fundamentales: la *auctoritas uenditoris*, garantía dada por el
vendedor sobre la autenticidad de la venta, y la *auctoritas tutoris*, dada por el tutor a los actos de su
pupilo (Hellegouarc'h, 1963: 296). Sobre la diferencia de este concepto con el recién tratado de *potestas*,
cf. ibíd. (309s).

El criterio jerárquico se revela así como un índice seguro para la correcta intelección de este tipo de enunciados. Todas estas apreciaciones de índole pragmática vienen a refrendar, en suma, la solidaridad léxica existente entre el concepto de 'orden' y el clasema /autoridad/ que ya hemos enunciado (*supra*, II.2).

La dimensión de «poder» determinará, pues, la materialización concreta que adquirirá un acto de habla directivo. Si el hablante posee esta atribución con respecto al agente de la acción exhortada, su ilocución adoptará la forma de una orden. Ahora bien, si el hablante carece de ella o, simplemente, no existe relación de poder entre los interlocutores, el acto directivo se codificará e interpretará como una petición. Junto a estos dos patrones sociales, Haverkate (1979: 70) reconoce un contexto más para el empleo de la petición: el hablante tiene poder sobre el oyente, pero no desea mostrarlo. E incluso se podría pensar en una mostración de poder, impostada por parte del hablante y en connivencia con el oyente.

En función de los criterios de cortesía a los que nos hemos referido más arriba, se observan ciertas restricciones que disuaden al hablante del empleo de órdenes explícitas, para atenuar formalmente la fuerza impresiva de su emisión y —si seguimos la terminología de Brown & Levinson— salvaguardar así la propia imagen. Con todo, el elemento coactivo propio de las órdenes subyacerá de manera implícita, sea cual sea la forma que adopte ese mensaje. En expresiones como, por ejemplo, *Se ruega silencio* en un hospital, bajo la forma de una petición, de un ruego más concretamente, se esconde en realidad un mandato, de cumplimiento obligado para el que allí se encuentra. Por lo tanto, el fenómeno pragmático de la «cortesía», es el responsable de la metamorfosis de este tipo de expresiones, volviendo prácticamente imposible una neta distinción entre ambos tipos de mensajes, «una división real y efectiva de estas dos categorías de expresiones si queremos además que sobrepase el ámbito de lo meramente formal» (Marcos Pérez, 1973: 33)¹²³.

¹²³ Este autor sintetiza los problemas que plantea esta división en los siguientes puntos: «1.- No existen en la lengua inglesa moderna dos sistemas paralelos y recíprocamente excluyentes, utilizable el uno para la expresión de ruego y otro diferente para la expresión de mandato. 2.- Existe un solo sistema para la expresión lingüística de esos movimientos de la voluntad cuyas motivaciones se hallan fuera del ámbito lingüístico, por lo que el que sea ruego o mandato nunca dependerá, salvo excepción, de la fórmula elegida. 3.- Un mandato puede formularse de manera tan atenuada que parezca un ruego, pero seguirá reteniendo su categoría de mandato según sea el tipo de relación existente entre los interlocutores. 4.- La entonación puede contribuir decisivamente a la fijación del estatus de una expresión determinada, cualquiera que sea la formulación empleada. 5.- El contexto de situación tiene también capacidad

En sociedades como la nuestra, en las que el ambiguo criterio de «corrección política» ha sido elevado a la categoría de norma de expresión, se ha relegado el concepto de orden a la consideración de tabú; es decir, a pesar de la existencia efectiva de relaciones jerárquicas, estas no pueden adoptar una plasmación lingüística. Y, de tal modo, los eufemismos más adecuados para su sustitución, dado el carácter equivalente de su fuerza ilocutiva, serán la petición o incluso la invitación. Existen, no obstante, determinados ambientes en los que las órdenes mantienen siempre su pureza; así ocurre en el castrense, donde, debido al férreo mantenimiento de las jerarquías, los mandatos se pronuncian despojados por completo de cualquier atenuante psicológico basado en cuestiones de cortesía. Por tanto, entre los atributos de un buen soldado, habrá de contarse la pronta obediencia a las órdenes de sus superiores:

PI. quae imperauisti. imperatum bene bonis factum ilicost. / CH. quid parasti? PI. quae parari tu iussisti omnia (Plaut. *Bacch.* 726-727).

[PI. Lo que ordenaste. Al punto cumplen los buenos soldados las órdenes bien dadas. CH. ¿Qué has preparado? PI. Todo lo que ordenaste que se preparara.]

Pero, si una orden puede adoptar la forma de una petición, no ocurre así a la inversa. En función de los criterios de cortesía, esta conservará siempre su forma característica. Sin embargo, no debemos concluir de ello que una petición esté siempre desprovista de carácter coactivo, pues como veremos, no solo el criterio de jerarquía, sino varios otros –susceptibles incluso de combinación– contribuyen a crear esta sensación. Pese a las modificaciones formales, ciertos mecanismos de refuerzo permiten asegurar la correcta intelección del mensaje. Junto a los señalados por Haverkate (1979: 81ss) –oraciones realizativas, cláusulas con indicación de una sanción, adverbios, vocativos o interjecciones– se debe tener en cuenta el rasgo suprasegmental que constituyen la inflexión y el tono de voz. De tal modo, un modificado como *edico* (al que el preverbio

suficiente para convertir en ruego o mandato una oración enunciativa. 6.- Si en una expresión de mandato que pone en relación a dos interlocutores invertimos las posiciones respectivas de éstos, dicha expresión se convierte en ruego. 7.- Por lo tanto, ruegos y mandatos utilizan fórmulas comunes, incluido el imperativo, para su expresión. 8.- Existen algunos casos aislados, que solo sirven para la expresión de ruego, pero ello es debido únicamente al contenido semántico del verbo y no a la fórmula en sí. 9.- La carencia de sintagma verbal expreso no es obstáculo para que determinadas expresiones adquieran el valor de ruego o de mandato» (ibíd.: 33s). Algunas de estas observaciones, con todo, habrán de ser revisadas en lo que al latín respecta.

ex- confiere un valor ablativo-elativo de «separación y elevación»; cf. García-Hernández, 1980: 157), desde su significación de “enunciar en voz alta”, bien puede ser empleado para la expresión de una orden:

nunc adeo *tu, qui meus es*, iam edico tibi / ut nostra *properes* amoliri * omnia, / tum ut huius oculos in oculis *habeas* tuis: / quoquo hic spectabit, eo tu *spectato* simul; / si quo hic gradietur, pariter *progreddimino*; / manum si protollet, pariter *proferto* manum: / suum si quid sumet, id tu *sinito* sumere; / si nostrum sumet, tu *teneto* altrinsecus. / si iste ibit, ito, stabit, *astato* simul (Plaut. *Pseud.* 855-863).

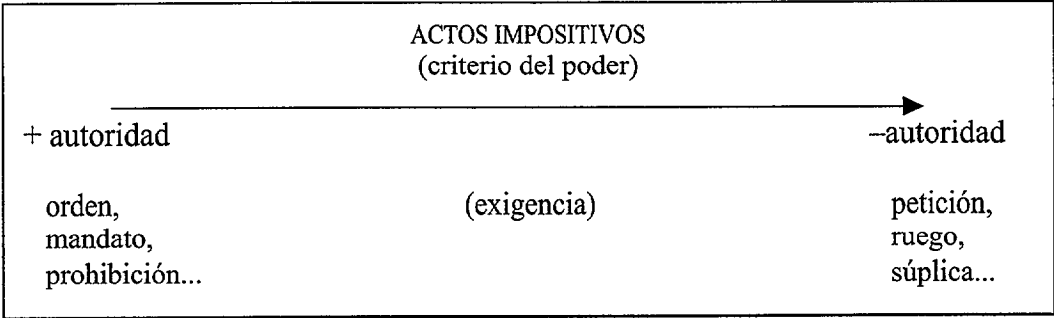
[Y ahora tú, ya que me perteneces, te ordeno que te apresures a retirar de su vista todas nuestras cosas y que no apartes tus ojos de los suyos entre tanto. Adonde él mire, mira tú también; si va a alguna parte, ve tú también; si alarga la mano, alárgala tú también; si coge algo nuestro, cógelo tú por el otro lado; si él camina, camina tú, si se para, párate también.]

Sin embargo, todas estas consideraciones requieren una matización en lo que se refiere a la lengua latina, puesto que el alto grado de codificación e institucionalización de las jerarquías, al que ya hemos hecho referencia, asegurará que cada tipo de acto directivo adquiera una plasmación adecuada y no falseada por criterios de corrección. El trato cortés, la *urbanitas*, se reservará de manera sistemática para las relaciones horizontales de solidaridad. Con todo, existen casos en los que podremos encontrar a un amo dirigiendo peticiones, e incluso súplicas, a algún esclavo de su confianza. Pero estos no deben llevarnos a engaño; el humor satírico que rezuman las comedias plautinas saca buen rendimiento de la inversión de las jerarquías como recurso cómico. El mundo ficticio en el que estas se desarrollan permite la atribución esporádica de cierto rango en la escala de autoridad al personaje del esclavo, hecho que, no obstante, resulta justificado en el marco ético general por el beneficio que, de estas concesiones, obtiene la clase dominante¹²⁴.

¹²⁴ En una obra de elocuente título firmada por McCarthy (2000), se analizan los distintos mecanismos de que disponen los amos para asegurar su autoridad (la amenaza de castigos, como hemos visto, funciona a veces, pero esta puede ser alentada también con la promesa de premios o contraprestaciones que aseguren la eficiencia y lealtad del esclavo), así como los efectos literarios de esta subversión de las fuerzas sociales y las distintas «rebeliones» que caracterizan estas comedias. La profunda estratificación de la sociedad romana es la que justifica esta trasgresión; según la autora (2000: 211), la presión que ejercen las instituciones y las voluntades de aquellos con los que se está en relación de dependencia (de las que no

Su justificación, pues, no ha de buscarse en el criterio de cortesía, pues los parámetros sociales eran entonces distintos. Un caso paradigmático es el del joven locamente enamorado, que ve sus facultades mermadas (el amor es una forma de locura), y se encomienda a su siervo, cuya ayuda en el asunto de faldas solicita como favor (García Jurado & López Gregoris, 1995: 241s). La escena del joven que suplica a su esclavo funciona allí como unidad estructural significativa. Pero, al margen de estos contextos cómicos, la orden –término marcado de los actos de habla impositivos en oposición a las peticiones y en la que, como hemos visto, la autoridad coincide con el rol primario del emisor y no con el rol secundario del agente de la acción exhortada–, se presentará en la mayoría de las ocasiones claramente caracterizada, y no adoptará formas petitorias que, al menos en su variante no-coactiva, hacen recaer en el oyente el rasgo de autoridad (Núñez, 1991^b: 366).

Así pues, teniendo en mente las recién mencionadas alteraciones, nos detendremos nuevamente para recapitular lo dicho hasta aquí; en función del criterio de poder o autoridad, es posible distinguir las siguientes categorías:



Sin embargo, dentro de la última –según quedará perfectamente justificado al abordar el estudio de los lexemas verbales de petición (capítulo VII)–, debemos distinguir al menos tres dimensiones. En la dimensión /no-coactiva/ (que incluye ‘ruegos’ y ‘súplicas’), los diferentes contextos de uso en los que podremos hallar estos lexemas determinarán claramente el carácter desprovisto de autoridad del agente de esa enunciación lingüística. (Veremos enseguida cómo la expresión de /-coactividad/ como

escapan ni siquiera los amos de las comedias) es la que justifica las «fantasías de rebelión» que pueblan estas obras y que vienen así a llenar en la ficción los deseos de rebelión frente a la autoridad de manera farsesca.

rasgo de cortesía es poco productivo en latín.) Por otro lado, la pertinencia de tal rasgo clasemático quedará anulada tanto en el archilexema del campo (*petere*), como en la dimensión de «solidaridad», en la que se incluyen peticiones empleadas en contextos sociales de igualdad, es decir, de tipo horizontal. Pero es que, además, tendremos ocasión de verificar igualmente una dimensión coactiva de este fenómeno, la esfera de las ‘exigencias’, en la que la causa deóntica, representada por el emisor, no ha de revestir necesariamente el rasgo /+autoridad/ –al menos si lo consideramos aupado en una institución plenamente codificada como tal–, aunque su presencia en la enunciación deberá ser recuperada de manera contextual.

Pero pese a la neta diferenciación en el plano lexemático de los distintos actos de habla con los que hemos venido trabajando, sus formulaciones paraléxicas podrán tener una apariencia coincidente en multitud de ocasiones y su interpretación dependerá por ello de ciertos condicionantes semánticos y pragmáticos, que han de ser considerados de manera conjunta. Veámoslo.

IV. la expresión de la directividad en la lengua latina

IV.1.- INTRODUCCIÓN.

Según hemos podido comprobar en el capítulo precedente, en el fenómeno de la petición se da cita un buen número de criterios de distinta índole. A poco que se reflexione sobre él, es fácil darse cuenta de que su trasgresión de los límites de la expresión léxica plantea una problemática añadida en los órdenes gramatical, sintáctico y pragmático¹²⁵. Por ello, para ofrecer una visión completa de este contenido semántico, será necesario dar cuenta, aunque sea de forma somera, de la gran cantidad de mecanismos que, en la lengua latina, son susceptibles de aplicación para su expresión. Modos verbales (imperativo, indicativo, subjuntivo), modalidades frásticas (imperativa, interrogativa, enunciativa) y un variado elenco de formulaciones léxicas (expresiones voluntativas o de deseo, verbos modales de necesidad o posibilidad, expresiones parentéticas o partículas modales¹²⁶), se combinarán entre sí y se unirán a cierto tipo de expresiones indirectas (sin referencia al interlocutor), a las meras alusiones (que omiten también el objeto exhortado) y a los lexemas encargados propiamente de la expresión de la petición, en sus usos realizativos, para crear un conglomerado compacto pero difuso de manifestaciones lingüísticas.

¹²⁵ El gran número de referencias bibliográficas existente es buen exponente del grado de complicación de este fenómeno lingüístico. Algunos estudios específicos sobre este tema son: Clark & Lucy (1975), Ervin-Tripp (1976), Haverkate (1979), Walters (1979), Blum-Kulka (1987), Blum-Kulka *et al.* (1989), Ervin-Tripp *et al.* (1987), Koike (1989), House & Kasper (1981), Bates (1976), Lorenzo (1966) o Marcos Pérez (1973). Löfstedt (1966) y, más recientemente, Risselada (1993), presentan excelentes análisis de las expresiones directivas en la lengua latina, restringido al modo verbal la primera, con una visión más general la segunda. Ambos trabajos han sido de gran utilidad en la elaboración de este capítulo y en lo que se refiere a la ejemplificación de los diferentes mecanismos expresivos.

¹²⁶ Risselada (1993: 82) distingue todos estos procedimientos expresivos en dos categorías: centrales o nucleares (transitan la órbita del verbo) y periféricas (con respecto a él).

Si exceptuamos los lexemas verbales que expresan inequívocamente el contenido petitorio, ninguno de estos mecanismos tendrá, como veremos, tal función en exclusiva; y ello responde en parte a su estatus de fuerza ilocutiva, que explica la cercanía de la petición con otras nociones afines, con las que en no pocas ocasiones entra en combinación y mutua interferencia. Ya hemos dicho que tal componente del significado de una enunciación responde en realidad a una cuestión de grado. Por ello, hemos tenido que pasar revista anteriormente a nociones como la pregunta, el consejo o la orden; y todavía tendremos que examinar otra muy cercana, el deseo, cuyas formulaciones son en muchas ocasiones idénticas a las que adopta la petición propiamente dicha.

En Lorenzo (1966: 93), donde se trata «la expresión de ruego y mandato en español», podemos leer: «El inventario de formas o modos de expresión que el español parece haber heredado del latín resulta escaso, aun incorporando a él formas verbales “impuras”». Sin embargo, como constataremos en las siguientes páginas, la «parvedad» o «penuria» expresiva que este autor pretende atribuir a la directividad en la lengua latina resultan ser en realidad ostentosa riqueza y variedad. De hecho, y solo en lo que al tipo de oración se refiere, es esta la única fuerza ilocutiva que admite cualquiera de ellos. Pinkster (1995: 268, cuadro 10.3) lo representa así:

Tipo de oración	Fuerza ilocutiva		
	Asertiva	Inquisitiva	Directiva
Declarativa	+	? <i>certe non...?</i>	+ ind. presente <i>pro</i> imperativo. ind. futuro <i>pro</i> imperativo.
Interrogativa	+	+	+
Imperativa	—	—	+

Tales interpretaciones restrictivas responden en realidad a la concepción tradicional sobre los tipos oracionales, según la cual existe una relación unívoca entre cada uno de ellos y un significado concreto; esto es, cada tipo de enunciado se corresponde con una

determinada intencionalidad comunicativa por parte del oyente. Sin embargo, no siempre se puede hablar de una correspondencia directa entre tipo de oración y tipo de fuerza ilocutiva. Una oración imperativa no siempre expresará un acto directivo y, viceversa, este contenido no siempre será expresado por tal categoría. Para los primeros teóricos de los actos de habla esta falta de correlación, este supuesto desacuerdo debía significar un desorden en el sistema y las aplicaciones distintas a las normativas constituían desviaciones que reclamaban una interpretación por parte del oyente y una explicación por la del lingüista.

Muy al contrario, hemos visto (III.4.1) que, en realidad, el carácter convencional de este tipo de expresiones, condicionadas por la cortesía, no interfería con la manifestación de una fuerza ilocutiva, con la intencionalidad última de un mensaje. La escisión propuesta por Haverkate (1979) entre acto ilocutivo y acto alocutivo permite entender el carácter muy directo que poseen ciertas enunciaciones –que Risselada (1993: 86ss) denomina implícitas– y no confundirlo con el carácter indirecto de otras (alusiones) en las que es preciso realizar inferencias contextuales para su correcta intelección. Y de ello tenemos gran cantidad de ejemplos en el campo que nos ocupa.

Pues bien, como decíamos, íntimamente ligado al problema de las expresiones indirectas, si bien históricamente previo, se encuentra el de la delimitación de la modalidad oracional con relación al modo verbal. En 1968, L. Rubio advirtió de la necesidad de distinguir dos elementos en el momento de abordar la delimitación del significado completo de un enunciado. Este, en efecto, es el resultado de la conjunción de dos factores: por un lado, el sentido inherente que posee el modo verbal y, por otro, el que aporta la modalidad lógica de la frase, es decir, los valores afirmativo, interrogativo o impreso, reflejo de las distintas actitudes que el hablante puede tomar ante el signo lingüístico. De este modo,

en el habla, toda forma verbal representa un vértice o cruce de dos conjuntos de nociones que nada tienen de común entre sí. En cada vértice, una forma dada recibe un rasgo de cada eje, sin que estos rasgos pierdan nunca su irreductible originalidad o se confundan. Y siempre que los gramáticos discrepan o se contradicen, lo que hacen es darnos la

verdad total por entregas: una explicación ofrece la perspectiva desde un eje y la etiqueta discrepante nos da la perspectiva desde el otro eje¹²⁷ (Rubio, 1968: 80).

El sentido particular de una emisión determinada se gesta, por tanto, en la intersección de ambas categorías y no es un elemento consustancial al modo verbal, que constituye el eje I de este estudio, sino que se ve supeditado al conjunto de actitudes mentales que aporta el hablante a su enunciación de unos determinados hechos: la certeza, la duda y el deseo o la voluntad, o, lo que es lo mismo, las funciones afirmativa, interrogativa y desiderativo-yusiva, que conforman el eje II.

A pesar de todas las objeciones que se puedan hacer a esta teoría, es justo reconocerle el mérito de incluir en la perspectiva lingüística, aun advirtiendo de su carácter extralingüístico, la actitud que el hablante toma ante los hechos expuestos, el *animus loquentis*. Sin embargo, presenta el inconveniente de restringir notablemente las intencionalidades que pueden recubrir cada tipo oracional. La teoría de los actos de habla, en cambio, independientemente de la postura que adopte ante el supuesto carácter indirecto de algunos enunciados, permite una visión más amplia y una mayor adecuación a los hechos, pues junto a la consideración del *animus loquentis*, dirige su atención igualmente hacia la relación que se establece entre este y su interlocutor (Sánchez Manzano, 1996: 31). Por tanto, para dar cuenta de los mecanismos que posee el latín para la expresión del acto directivo y ofrecer una visión completa de los mismos, deberemos atender a los criterios analizados en el capítulo precedente.

Además de las ya reconocidas deudas con los trabajos de Löfstedt y Risselada –la organización de este capítulo sigue, en lo esencial, la que presenta esta última–, debemos tener en cuenta ciertas limitaciones en lo que al *corpus* utilizado se refiere.

¹²⁷ Las discrepancias a las que se refiere Rubio radican, en gran medida, en la equívoca definición que se ha dado del concepto de modalidad a lo largo del tiempo, en su atribución a diferentes realidades lingüísticas. Las teorías tradicionales se refieren a ella para dar cuenta de las modalidades frásticas: frases asertivas, exclamativas, interrogativas e imperativas (cada una de ellas caracterizadas por unos rasgos suprasegmentales y unas marcas gramaticales características), mientras que las tendencias psicologistas en el estudio de los modos verbales la definen como la actitud mental del hablante con respecto a lo enunciado. Para evitar confusión, dividiremos el primer ámbito en dos elementos significativos, que denominaremos «tipo de oración» o «modalidad frástica» y «acto ilocutivo», y reservaremos para el segundo la etiqueta de «significado modal». Y así con el término «modalidad» nos referiremos al sentido que se le da dentro de la lingüística de la enunciación, en la que se tiene en cuenta la dimensión pragmático-lógica del lenguaje, dividiéndola en epistémica o deóntica. De este último aspecto tendremos que dar cuenta también en el presente capítulo.

A estas alturas resultará evidente que la directividad es una propiedad de la dimensión de acción de la lengua y no de su función predicativa. Es por tanto ineludible circunscribir su estudio al estilo directo, lo cual reduce drásticamente el material susceptible de análisis, en función de las características propias del género al que está adscrito. De modo que, a pesar de algunas incursiones esporádicas en las obras de Petronio, Apuleyo o la producción epistolar de Cicerón, que nos permitirán realizar ciertas inferencias, lo que sigue estará centrado en su mayoría en el lenguaje de los cómicos de época arcaica y, fundamentalmente, en la obra de Plauto. A través de los diálogos de estas obras, tendremos ocasión de comprobar la viveza e intensidad del lenguaje coloquial, «que se manifiesta en interjecciones, exclamaciones, energía, exageración, insistencia y constante interrupción», pues «la rapidez y espontaneidad de la conversación reduce el elemento de la reflexión» (Palmer, 1984: 82).

Solo así, a través del estudio de los rasgos del lenguaje oral o, admitámoslo, de su pálido reflejo en documentos escritos con innegable voluntad literaria y poética, tendremos acceso al análisis de los distintos mecanismos gramaticales y léxicos que, al margen de los lexemas propiamente petitorios, permiten la plasmación de la fuerza directiva. Su carácter particular dependerá de rasgos como la situación del hablante o el contexto pragmático y extralingüístico en que se halle inmerso; pero ello no supondrá un gran obstáculo, pues «en el teatro de Plauto datos reales –situación– o fácilmente imaginables –gesto, entonación– posibilitan la total comprensión de los textos como hechos de lengua» (López Kindler, 1967: 117). Ello, unido al gran conocimiento que se ha alcanzado acerca de la caracterización arquetípica de los personajes y los argumentos de las comedias del sarsinate, nos permitirá salvar este escollo. Sin embargo, la ventaja que nos proporciona este *corpus* determinará, por otro lado, una reducción en el alcance del análisis, pues lo restringirá a una perspectiva sincrónica. La visión funcional que nos permitirá ofrecer de estos mecanismos estará, pues, altamente restringida al ámbito del latín arcaico¹²⁸. Así pues, abordemos ya el potencial alocucionario de la directividad en la lengua latina.

¹²⁸ Hay que tener en cuenta, sin embargo, que, según precisa Coseriu (1981²: 111), «un estado de lengua histórico no es estrictamente ‘sincrónico’. (...) Sobre todo en el caso de las lenguas con gran tradición literaria, se conocen siempre formas, construcciones y oposiciones que ya no se emplean, pero que pueden eventualmente emplearse, por ejemplo como arcaísmos intencionales, o con otras intenciones». Y, en la misma línea, Domínguez Domínguez (1995: 3) afirma: «Todo corte sincrónico es, naturalmente,

IV.2.- LA DIRECTIVIDAD EN EL PLANO GRAMATICAL.

IV.2.1.- ENUNCIADOS IMPERATIVOS.

La directividad imperativa o, como se ha dado en llamar tradicionalmente, la modalidad yusiva, analizada como tipo de oración y no meramente como modo verbal, engloba un buen número de formas diferentes¹²⁹; según el criterio de la negación empleada, es posible integrar en un mismo tipo oracional la dimensión imperativa y ciertos usos del modo subjuntivo. La mayoría de las lenguas indoeuropeas antiguas distinguen, según la forma de la partícula negativa, la función volitivo-yusiva (scr. *mā*, gr. *μή*, lat. *ne*, hit. *lē*, toc. A *mar*) de la enunciativa (sk. *na*, gr. *οὐ*, lat. *non* [**nē-oinom*], hit. *UL*, toc. B *mā*); es decir, tal oposición se establece según el criterio «actuación» o «exposición» (Mariner Bigorra, 1965: 52). La explicación de esa dicotomía ha de buscarse en las formas en que únicamente la negación permitiera la diferenciación, lo que ocurre en los injuntivos de védico y avéstico (Calboli, 2002: 56).

Junto al criterio de la negación, se han señalado otros rasgos definitorios de la categoría de oración imperativa, como son su incompatibilidad con expresiones relacionadas con la validez de la predicación (v. gr. *fortasse*, *iure*), o su muy escasa combinabilidad con expletivos como *hercle*, *edepol*, etc. (Pinkster, 1995: 256). A continuación abordaremos el análisis de las distintas formas verbales facultadas para la expresión de enunciados imperativos.

IV.2.1.1.- Imperativo presente.

El imperativo, formalmente idéntico al radical puro del verbo sin ulterior caracterización morfológica, parece por este hecho remitir a la forma más antigua y elemental del verbo. Puede considerarse probada además su estrecha conexión con el

convencional y arbitrario. La lengua es actividad y no producto, es algo que se está reelaborando continuamente. Establecer cortes sincrónicos en el estudio histórico de una lengua constituye, antes que nada, un instrumento en la investigación, por lo demás con todas sus limitaciones». De estas afirmaciones se desprende además la posibilidad de aplicación de ciertos rasgos de este estadio a épocas posteriores.

¹²⁹ Según afirma Risselada (1993: 99), «verbal mood is a property of verbal predicates, whereas sentence type is a broader qualification of the utterance as a whole, which is at least partly independent of the mood of the verbal predicates, and is based on various other properties of the utterance as well».

vocativo, tanto en el plano morfológico (morfeма casual o personal Ø y timbre *e* de la vocal temática en formas con alternancia), como sintagmático, pues ambos pertenecen al plano actuativo del lenguaje (cf. Mariner Bigorra, 1957: 462). Sin intención de adentrarnos en oscuras disquisiciones acerca de la función primera del lenguaje, es posible derivar de este hecho que la interacción social y, con ella, la voluntad de influir en el comportamiento ajeno constituyen una motivación de primer orden para la creación y el empleo del lenguaje. La configuración semántico-sintáctica del imperativo es, en la mayoría de los casos, congruente con la de la intencionalidad directiva: la presentación de la acción susceptible de realización, en el plano incoativo-progresivo, y su consecuente incompatibilidad con el tiempo pretérito¹³⁰, o el rasgo de control y agentividad que se atribuye al oyente¹³¹ facultan a esta forma para la expresión genérica de la directividad, con lo que puede recubrir aspectos como la orden:

NI. constringe tu illic, Artamo, actutum manus (Plaut. *Bacch.* 799).

[NI. Artamón, tú átales inmediatamente las manos.];

el consejo, la recomendación o la advertencia:

(...) DE. caue [ne] cadas, asta (Plaut. *Most.* 324).

[DE. Ten cuidado, no te caigas; mantente derecho.];

el ofrecimiento¹³²:

PHIOL. di te ament. accuba, Callidamates (Plaut. *Most.* 341).

[FIOL. Los dioses te sean propicios. Acuéstate, Calidámates.];

¹³⁰ Sin embargo, como señala Sánchez Manzano (1996: 33, n. 14), este es obligatorio en *odi, memini, noui* y es, además, el aspecto preferido en la prohibición, «donde tal preferencia podría interpretarse como un deseo de evitar que el proceso llegue a su consumación, esto es, a su realización plena».

¹³¹ A pesar de su «concepción agentiva», no es obligatoria la aparición expresa de un agente determinado (piénsese en la preceptiva legal o las máximas catonianas) pues aunque su función se defina en relación a dos interlocutores, «es asumible la indeterminación gramatical de estos» (Sánchez Manzano, 1996: 34).

¹³² Según ya hemos visto, Leech relaciona la expresión de actos comisivos en imperativo con el carácter asimétrico del fenómeno de la cortesía; lo que el hablante «tiene que expresar categóricamente por medio de una determinada 'creencia cortés', tiene necesariamente que llevar al otro participante a quitarle importancia como una 'creencia descortés'. De manera que aumentar la cortesía positiva ~~de un~~ ofrecimiento significa anticipar y contrarrestar la cortesía negativa del receptor» (1997: 181).

el permiso:

quod te interrogo responde. AC. quin tu si quid uis roga (Plaut. *Merc.* 182).

[Responde a lo que te pregunto. AC. Venga, pregúntame ya lo que quieras.];

o, como no podía ser menos, el ruego o la petición:

more maiorum *date* plausum postrema in comoedia (Plaut. *Cist.* 787).

[De acuerdo con la costumbre de los antepasados, dad un aplauso a la comedia que acaba.]

Como ocurre en el resto de intenciones comunicativas hasta aquí recogidas, observamos con respecto al funcionamiento del campo semántico de la petición un curioso fenómeno de supletivismo aspectual en el plano gramatical. Cada uno de estos lexemas puede ser sustituido por su término complementario, enunciado en imperativo, en virtud de su carácter imperfectivo, pues el aspecto no-resultativo inherente a este modo hace retroceder el término resultativo de la secuencia a la posición del no-resultativo (García-Hernández, 1977: 99s). A pesar de que las expresiones léxicas proporcionan al oyente una mayor precisión de la categoría de función directiva que está recibiendo, podemos hablar de una forma sintética para la expresión de una misma idea, tal y como se observa en la siguiente equivalencia:

quam saepissime ad me *scribite* et uos quid agatis et quid istic agatur (Cic. *fam.* 14, 14, 2).

[Escribidme tan frecuentemente como podáis y contadme cómo estáis y lo que ocurre.]

ad me obsecro te ut omnia certa perscribas (Cic. *Att.* 3, 11, 2).

[Te ruego que me escribas detalladamente todo lo que tienes por cierto.]

En esta posición de neutralización, concretamente en los casos en que el término complementario es 'dar', se sitúa un término específico, *cedo*¹³³:

¹³³ Cf. Martín Rodríguez (1999: 121), quien, sobre su origen, afirma: «*Cedo* es, según algunos, una forma sintética del tema puro de *dare*, utilizado con función imperativa, y el elemento deíctico *-ce* (Wackernagel, 1926: I, 211)». Además, un proceso paralelo al expuesto aquí «ocurre en la relación *do* .-

PHILEM. tum tu igitur *cedo* purpurisum. SC. *non do* (...) (Plaut. *Most.* 261).

[FILEM. Entonces, venga, trae acá el colorete. ESC. No te lo doy.]

totam *sodes* epistulam *cedo* (Apul. *apol.* 82, 7).

[Déjame ver, por favor, toda la carta.]

A imagen de este se creará un plural (*cette*), solo documentado (y escasamente) en época arcaica (cf. Martín Rodríguez, 1999: 122). Pero, pese a su alto grado de gramaticalización, esta forma pone claramente de manifiesto la capacidad que posee el imperativo del término complementario de la secuencia intersubjetiva para funcionar en el lugar de su antecedente y, al mismo tiempo, la necesidad de analizar ciertos aspectos de la semántica oracional con vistas a la obtención de una caracterización completa del hecho petitorio en latín. De hecho, es posible reconocer igualmente una relación complementaria, propia del plano discursivo, pero no extensible a todo un paradigma léxico. Es la que establece la partícula que nos ocupa y el imperativo de *emo* (*cedo* .- *em*; cf. Delgado Santos, 1996: 89), en su sentido originario de “coger” (“daca” .- “toma”):

ER. *cedo* manum. HE. *em* manum (...) (Plaut. *Capt.* 859).

[ER. Daca la mano. HE. Toma la mano.]

Dado el carácter neutro que caracteriza al imperativo y le otorga al mismo tiempo la flexibilidad ilocutiva suficiente para recubrir una gran variedad de valores de esta clase, resulta adecuado reconocerlo como el modo directivo por antonomasia. De hecho, es el mecanismo gramatical más extendido para tal función (cf. Risselada, 1993: 98 y 109).

accipis, en la que el imperativo del consiguiente se siente en realidad como una explicitación de la acción designada por el antecedente (*accipe* = *do*)» (ibíd.: 122). Sin embargo, según otros (Hofmann, 1958: 44), esta partícula está formada a partir de ese elemento deictico recién mencionado, unido a la forma *dō* (“a”, “hacia”), presente en *endo* (y mejor representada en otras lenguas indoeuropeas: ing. *to*, al. *zu*, ruso *do*), por lo que su valor se acerca a nuestro “¡venga!” (o, mejor, “trae acá”, “daca”) y su uso está limitado a la lengua familiar y conversacional. De este modo, «con objetos lingüísticamente expresos o embebidos de la esfera sensitiva, se produjo la equivalencia con el imperativo *da*, con el cual está *cedo* en paralelismo, p. ej. en Plaut. *Men.* 546, lo cual llevó después a admitir asimismo las construcciones sintácticas de *dare*» (ibíd.).

En este sentido, además, el uso reiterado del imperativo frente a otras formas, igualmente convencionales –no está de más recordarlo–, pero que transmiten una impresión de mitigación, permite realizar ciertas inferencias de índole cultural, pues delata una férrea codificación de las estructuras y jerarquías sociales en la que las obligaciones y los derechos están profundamente estipulados y no dan lugar a marcadas restricciones expresivas.

A pesar de tal especialización, no es esta estrictamente la única función ilocutiva susceptible de expresión por la oración imperativa¹³⁴. Así ocurre, por ejemplo, con el llamado «empleo condicional»¹³⁵, al que acompaña la explicitación de las consecuencias de tal acto. Una de sus aplicaciones fundamentales es la proposición de un reto, acompañado de lo que, en realidad, funciona como una amenaza:

TR. uerbum etiam *adde* unum, iam in cerebro colaphos apstrudam tuo; (...) (Plaut. *Rud.* 1007).

[TR. Añade una sola palabra más y te hundo los puños en el cerebro.]

GR. *tange*: adfligam ad terram te itidem ut piscem soleo polypum (Ibíd. 1010).

[GR. Tócame y te golpeo contra el suelo como suelo hacer con el pulpo.]

Existen casos, además, en que el rasgo de control sobre el enunciado escapa a la caracterización del potencial agente de la misma. Así ocurre con los buenos deseos, muchos de ellos fosilizados como fórmulas de saludo o despedida (*aeue*, *uale*):

IV. bene uale, Alcmena, cura rem communem, quod facis (Plaut. *Amph.* 499).

[IV. Adiós, Alcmena, ocúpate de la hacienda como sueles.];

o con un valor más general:

¹³⁴ Cf., entre otros muchos, Bassols de Climent (1973, I: 333s), Risselada (1993: 117ss) o Blakemore (1992: 110ss), quien, al dar cuenta de los distintos usos del imperativo, concluye que tales valores se infieren contextual y pragmáticamente en términos psicológicos de estados de cosas potenciales o deseables, según el principio de pertinencia.

¹³⁵ Véase Löfstedt (1966: 100ss, donde se nos informa (p. 100) de que «l'imper. conditionnel était en ancien latin attaché à la principale par *ac* (...) ou par *asyndète* (...); l'apodose était parfois marquée par *iam*, *tum*»), Touratier (1977: 390s) o Risselada (1993: 121ss).

(...) ER. bene ambula et redambula (Plaut. *Capt.* 900).

[ER. Ve y regresa bien.]

Este tipo de expresiones atribuyen al interlocutor un control sobre el estado de cosas enunciado que, evidentemente, no posee y encuentra también paralelismos en el plano léxico bajo forma de orden:

DE. (...) saluere Hegionem plurimum / iubeo (...) (Ter. *Ad.* 460-461).

[DE. 'Ordeno' a Hegión que le vaya muy bien.];

y también de petición:

te oro etiam atque etiam, mi frater, ut ualeas (Cic. *ad Q. fr.* 3, 1, 25).

[Te ruego encarecidamente, hermano mío, que estés bien.]

En este último caso, la verbalización de un deseo a través de los mecanismos propios de la petición, supone una forma de cortesía que focaliza la expresión del beneficio propio basado en la bonanza ajena. La explicitación *mi* pone también de relieve el contenido marcadamente afectivo de esta expresión de despedida.

Del mismo modo aparecen caracterizadas maldiciones e imprecaciones, aunque en estas, además, se observa un evidente enfrentamiento entre la acción consignada y los intereses del interlocutor:

(...) ego abeo. male uiue et uale! (Plaut. *Trin.* 996).

[Yo me marchó; adiós y que te vaya fatal.]

IV.2.1.2.- Imperativo futuro.

Es esta la denominación que ha recibido la forma verbal caracterizada por la adición del sufijo *-to*; sin embargo, la etiqueta, si no inadecuada, resulta al menos insuficiente para una neta distinción del imperativo simple, pues, según acabamos de

ver, su cumplimiento está también necesariamente orientado hacia el futuro¹³⁶. Como su homólogo desnudo, esta forma puede recubrir un buen número de intencionalidades comunicativas; en los siguientes fragmentos, por ejemplo, podemos reconocer un ofrecimiento:

si quis quid uestrum Epidamnum curari sibi / uelit, audacter imperato et dicito (Plaut. *Men.* 51-52).

[Si alguno de vosotros quiere que me ocupe de algún asunto en Epidamno, mandad sin problema, decídmelo.];

un permiso:

immo me praesente amato, bibito, facito quod lubet (Plaut. *Most.* 1164).

[De hecho, incluso en mi presencia, ama, bebe, haz lo que te apetezca.];

y el consejo que le da un padre a su hijo:

meo modo et moribu' uiuito antiquis, quae ego tibi praecipio, ea facito (Plaut. *Trin.* 295-296).

[Vive, como yo, de acuerdo con las costumbres antiguas; lo que yo te aconsejo, ponlo en práctica.]

E, igualmente, es natural su empleo con valor directivo impositivo, como vemos en las siguientes citas, orden y petición respectivamente:

(...) si appellabit quempiam, / uos respondetote istinc istarum uicem; / sin ipse abitere hinc uolet, quantum potest / extemplo amplexitote crura fustibus (Plaut. *Rud.* 813-816).

[Si llamara a alguna de las dos, vosotros respondedle en lugar de ellas desde allí; si él quisiera marcharse de aquí, abrazadle las rodillas con las estacas cuanto antes.]

TR. (...) abi quaeso hinc domum. / DA. abeam? TR. redito huc circiter meridiē (Plaut. *Most.* 578-579).

[TR. Vete, por favor, a casa. DA. ¿Qué me vaya? TR. Regresa hacia mediodía.]

¹³⁶ Con respecto a la diferenciación de ambas formas puede verse Vairel-Carron (1975), con bibliografía.

Ahora bien, su valor propio parece radicar en determinados rasgos relativos al carácter de tal orientación directiva: su carácter perpetuo y la no inmediatez de su ejecución¹³⁷ (Löfstedt 1966: 22ss), con lo que resulta muy apto tanto para la preceptiva propuesta en los tratados técnicos —donde estas formas sobrevivieron hasta los primeros siglos de nuestra era—, o los consejos y máximas catonianas, como también en la enunciación de fórmulas legales e imperativos jurídicos¹³⁸, donde la forma se perpetuó largo tiempo en virtud del carácter conservador y proclive al arcaísmo de este lenguaje específico:

SI MEMBRVM RVP(S)IT, NI CVM EO PACIT, TALIO ESTO (*lex XII tab.* 8, 2).

[Si alguien rompe un miembro a otro, a no ser que pacte con él, aplíquesele el talión (ed. y trad. de C. Rascón García y J. M. García González).]

Así mismo, su acusada tendencia a la indeterminación gramatical del interlocutor e incluso su discutida capacidad de adoptar sujetos de tercera persona¹³⁹ han servido como argumentos para la caracterización de esta forma. Sin embargo, dado el evidente estado de regresión en que se encuentra ya desde los primeros documentos latinos que conservamos, su empleo resulta mucho más restringido que el de la anterior¹⁴⁰.

¹³⁷ Así lo observan ya Diomedes (*gramm.* I, 339, 13ss: *futurum uero tempus differt a ceteris futuris, quia non ut confestim fiat imperamus, sed in futurum fieri, ut perpetuum fiat, quasi 'facito', 'legito', id est 'semper fac', 'semper lege'. iure ergo diceretur quasi futuri. quem sermonem non nulli censuerunt mandatiuum potius quam imperatiuum dici, quoniam praesenti tempore imperare solemus ut fiat, in futurum uero magis mandare*) o Consentio (*gramm.* V, 374, 35: *nam qui dicit 'fac', ante imperat, quam id fiat; sed hic tamen qui dicit 'fac' properat, ut ait Celsus; ille etiam morari sinit, qui dicit 'facito'*) (*apud Löfstedt*, 1966: 22s).

¹³⁸ Cf. Melena (1984: 295): «Empleados en el lenguaje legal, la prescripción mediante estos imperativos “futuros” no se dirige a un individuo determinado, sino a una colectividad impersonal de individuos (lo que supone un proceso indefinidamente reiterado, ejecutable en un futuro difuso, que se extiende en derecho hasta la abrogación de la prescripción)». Sin embargo, en función de tal caracterización, algunos autores clasifican este tipo de enunciados que recogen preceptos legales o consejos técnicos, como empleos no realizativos del imperativo, al no tratarse de enunciados estrictamente directivos, sino más bien normativos, pues en ellos se proporciona una información que puede interesar al potencial interlocutor. Véase al respecto Núñez (1991^b: 362, n. 20).

¹³⁹ Véase Sánchez Manzano (1996: 34), frente a Risselada (1993: 130ss).

¹⁴⁰ Cf. Mariner Bigorra (1957: 471): «las distinciones temporales y aspectuales (...); máximas en el indicativo, llegan a ser casi inexistentes en el imperativo, donde, en la época clásica, la oposición entre un presente y un futuro, ya averiada en latín arcaico, es poco más que una diferencia estilística, sea de género literario, en cuanto las formas en *-to* persisten en textos legales, sea fonética, en cuanto desplazan sobre todo a las de presente monosilábicas (*scito, esto por sci, es*)».

IV.2.1.3.- Subjuntivo.

Independientemente del origen indoeuropeo que se pueda atribuir al subjuntivo latino¹⁴¹, se suelen reconocer en este modo dos funciones básicas; López Kindler (1967: 116), por ejemplo, señala: la expresión de «una realidad atenuada a la que –por medio de una predicación– se considera como eventual o prospectiva, potencial, irreal» y la posibilidad de «ejercer una influencia sobre la realidad, por medio de un mandato, una prohibición o un voto»¹⁴². Es decir, que, en alternancia con el imperativo, es igualmente común el empleo directivo de las formas de segunda persona (y en ocasiones también de la primera plural) del presente de subjuntivo, puesto que, como hemos visto, el componente directivo de un mensaje es semánticamente incompatible con el tiempo pretérito y el aspecto perfectivo¹⁴³. Su empleo se atestigua desde el lenguaje plautino y perdura a lo largo de toda la historia de la lengua latina; de hecho, su aparición en oración independiente cubre en la obra de nuestro comediógrafo «con preferencia a ninguna otra función la conativa» (ibíd.: 125). Este empleo, sin embargo, irá diluyéndose con el tiempo y perdiendo terreno a favor del imperativo (Thomas, 1932: 73s), que, con todo, había sido siempre la forma mayoritaria¹⁴⁴. Ello puede ser debido a

¹⁴¹ No es nuestra intención abordar aquí esta controversia; para ello puede consultarse la extensa reseña dedicada a este tema por Calboli (1966-1968).

¹⁴² Este autor, siguiendo la clasificación jackobsoniana de las funciones elementales del lenguaje, relaciona estos empleos con la función denotativa, cognitiva o referencial y con la función conativa respectivamente. En el citado trabajo, pasa revista a los distintos elementos, a través de los cuales se ha llegado a constituir el paradigma del subjuntivo latino y al empleo que puede recaer en cada uno de ellos. Por su parte, Touratier (1977), ante la imposibilidad de proponer una continuidad evolutiva entre estos dos valores, o de hacer derivar ambos de otro más genérico –pues lo impiden razones funcionales: los dos tipos de negación–, opta por reconocer en el subjuntivo una homonimia morfológica.

¹⁴³ Sin embargo, el recién mencionado López Kindler (1967: 134) advierte en la lengua clásica de Cicerón una mayor extensión de los usos independientes del pluscuamperfecto de subjuntivo, a causa de su inclusión en la *consecutio temporum*, lo que le permite la extensión de su función conativa, «en la que llega a ser yusivo». Esta mayor proyección es debida, igualmente, a su progresivo empleo como marca de subordinación (cf. por ejemplo, Thomas [1935] o Touratier [1982]). Por su parte, Herbert (1898: *passim*), dentro de su análisis sobre el subjuntivo en expresiones volitivas y optativas, cree reconocer un valor expresivo y emocional en las escasas apariciones del perfecto de subjuntivo en enunciados claramente directivos.

¹⁴⁴ Véanse los datos estadísticos que aporta Vairel-Carron (1975: 304ss). Risselada (1993: 142-151) ve una diferencia entre ambas formas, basada en el grado de dependencia de la enunciación directiva con respecto al contexto lingüístico: «compared to imperative directives, directives that are expressed by means of a subjunctive display a relatively strong tendency for environments of paratactic or pragmatic dependency. This tendency is even stronger in the case of subjunctive directives containing *ut*» (ibíd.: 149). Bolkestein (1980: 159, n. 1), sin embargo, considera que este modo es el más empleado para la expresión del acto de habla directivo, puesto que permite la expresión del «estado de cosas» apetejado sin

su especialización en las directivas prohibitivas, función en la que compitió con la expresión perifrástica *noli* + infinitivo y, fundamentalmente, con el perfecto de subjuntivo (Risselada, 1993: 141s). Con todo, esta última forma puede ser también empleada en directivas con un menor grado de obligatoriedad –peticiones, súplicas (ibíd.: 155-158)–, en las que el tiempo verbal contribuye a una cierta desrealización del mensaje y, por tanto, una menor implicación, tanto del emisor como del receptor, y una menor coacción implícita:

SEL. (...) sed tu, Gymnasium mea, / si me apsente Alcesimarchus ueniet, nolito acriter / eum inclamare: utut erga me est meritis, in cordi est tamen. / sed, amabo, tranquille: ne quid quod illi doleat dixeris (Plaut. *Cist.* 107-110).

[SEL. Pero tú, Gimnasia mía, si durante mi ausencia llega Alcesimarco, no la tomes con él a gritos: independientemente de cómo se haya portado conmigo, le tengo cariño. Pero, por favor, que sea tranquilamente, no le vayas a decir nada que pueda hacerle daño.]

Pese a la posibilidad de negación del imperativo¹⁴⁵, la lengua tendió a crear un paradigma combinado por medio de la negación de las formas de subjuntivo. De este modo fue posible, asimismo, el empleo de una forma de primera persona del plural, de la que el imperativo carecía. Si bien es evidente el carácter directivo que esta puede adquirir, al incluir al emisor, adopta igualmente un elemento comisivo (Risselada, 1993: 158); por ello, su empleo más característico está orientado a la expresión de propuestas. Sin embargo, no se descartan tampoco casos en los que existe un mayor grado de obligatoriedad¹⁴⁶. Compárense los siguientes:

ME. eamus, Amphitruo. lucescit hoc iam. IV. abi prae, Sosia; / iam ego sequar (...) (Plaut. *Amph.* 543-544).

referirse directamente al comportamiento que ha de adoptar el oyente; y ello es debido a su mayor flexibilidad expresiva (morfemas personales y capacidad de pasivización).

¹⁴⁵ Donato, por ejemplo, se ve obligado a explicar la expresión terenciana (*Andr.* 543), *ne me obsecra*, como si estuviera *pro ne me obsecres*; estos empleos debieron de mantenerse en la lengua hablada y han dejado ciertos vestigios en las lenguas romances (cf. Löfstedt, 1966: 63-66).

¹⁴⁶ En ellos, según señala esta autora (1993: 159s), el carácter directivo puede ser enfatizado por medio de elementos periféricos: expresiones metadirectivas (*age*, *agite*), uso del vocativo, etc., o suavizado, gracias a expresiones mitigadoras de carácter cortés (*sis*, *quando uis*). Puede verse Plaut. *Men.* 422 o *Poen.* 1422.

[ME. Vámonos, Anfitrión; ya está amaneciendo. JU. Ve tú delante, Sosia, ahora mismo voy yo.]

AG. leno, eamus in ius. LY. opsecro te, Agorastocles, / suspendere ut me liceat. HA. in ius te uoco (Plaut. *Poen.* 1342-1343).

[AG. Lenón, vamos al juzgado. LU. Te ruego, Agorastocles, que se me permita colgarme. HA. Nos veremos en los tribunales.]

Junto a ellos, las formas de segunda persona muestran, una vez más, la capacidad de cubrir diferentes valores ilocutivos. Morris (1897: 282) reconoce en un solo verso plautino (Plaut. *Amph.* 928: *ualeas, tibi habeas res tuas, reddas meas*) tres de ellos: deseo, permiso y orden, respectivamente. Y en el siguiente ejemplo podemos apreciar su funcionamiento como orden:

LA. quaesio hercle abire ut liceat. LO. Abeas, si uelis (Plaut. *Rud.* 834).

[LA. Te pido, por Hércules que se me permita marcharme. LO. Márchate si quieres.]

Para algunos autores (así Touratier, 1977: 376s), el subjuntivo expresa, en ausencia de negación, una orden más atenuada y más cortés que el imperativo; y hacia esta conclusión apunta la siguiente afirmación de Donato:

QUIESCAS pro 'quiesce' imperatiui modi, ne iniuriosum uideretur (Don. *Ter. Andr.* 598, 1).

[*Quiescas* en lugar del imperativo *quiesce*, para que no resulte ofensivo.]

Con todo, Touratier (ibíd.) se ve igualmente obligado a reconocer que ambos alternan en ocasiones sin razón aparente. Así ocurre, por ejemplo, en:

si est spes nostri reditus, eam *confirmes* et rem *adiuues*; sin, ut ego metuo, transactum est, quoquo modo potes, ad me *fac* inuenias (Cic. *fam.* 14, 4, 3).

[Si hay alguna esperanza para nuestro regreso, confirmamela y secúndala; pero si, como me temo, ya es definitivo, procura encontrarme del modo que te sea posible.]

Lo que le lleva a la afirmación de que el imperativo está más limitado en distribución y es, por tanto, una variante del subjuntivo voluntativo y no a la inversa. Con independencia de las objeciones que puedan hacerse a este respecto, en relación con la génesis histórica de los usos directivos del subjuntivo –retomaremos este punto enseguida–, Risselada (1993: 154ss) rebate estas afirmaciones, exponiendo el mayor grado de restricción que posee el subjuntivo para la expresión de enunciados directivos. Su flexibilidad ilocutiva es mucho menor que la mostrada por el imperativo y únicamente es capaz de recubrir los valores que hemos recogido junto a algún empleo dirigido a aconsejar. Es decir, de todos sus usos, el único valor directivo impositivo es el coactivo, no reconociéndose ningún empleo como petición y solo algún caso aislado de súplica. Como argumento, esgrime la autora la ausencia de combinación de este tipo de empleos con expresiones de opcionalidad, como *sis* o *sodes*.

Sin embargo, esta afirmación requiere ser puntualizada en algunos aspectos. Ya la propia Risselada, después de afirmar que «the view (...) that the subjunctive conveys a milder form of directive than the imperative is untenable»¹⁴⁷ (1993: 154s), reconoce a renglón seguido que existen ciertos casos en los que el subjuntivo directivo mantiene un cierto grado de opcionalidad; así ocurre, por ejemplo, en:

quo die [ad me] uenies, fac, si me amas, apud me cum tuis maneas (Cic. *Att.* 4, 19, 2).

[Cuando vengas a mi casa, por favor, procura quedarte allí con los tuyos.]

Además, es posible encontrar empleos de subjuntivos mitigados gracias a la unión, sin marca de subordinación, de ciertas partículas parentéticas, que, como tendremos ocasión de comprobar, remiten inequívocamente al mantenimiento de las relaciones sociales y, por tanto, no conllevan –intrínsecamente al menos– ningún rasgo de obligatoriedad, sino más bien todo lo contrario. Se trata de casos en los que el estilo directo del diálogo teatral permite una sintaxis más laxa, como vemos a continuación:

¹⁴⁷ Más moderada se muestra a este respecto Löfstedt (1966: 113), quien, al comentar el texto de Donato que acabamos de ver, afirma: «on a vu dans le subj. prés. une forme du commandement plus courtoise que ne l'était l'imper. À l'époque préclassique toutefois, où le subj. prés. jussif était très fréquent (...) il n'en est pas ainsi: le subj. prés. jussif *peut aussi* exprimer un ordre brusque» (la cursiva es nuestra).

(...) SC. Periplectomene, te opsecro / per deos atque homines perque stultitiam meam / perque tua genua— PE. quid opsecras me? SC. inscitiae / meae et stultitiae ignoscas (...) (Plaut. *Mil.* 540-543).

[ES. Periplectómeno, te suplico, por los dioses y los hombres, por mi estupidez y por tus rodillas... PE. ¿Qué me suplicas? ES. Perdones mi desconocimiento y mi estupidez.]

Por otra parte, dentro de los valores que podemos atribuir a los empleos del subjuntivo negados por medio de la partícula *ne*, encontramos, junto al yusivo, el llamado empleo desiderativo o cupitivo; bajo el mismo morfema modal reside, pues, una polisemia que nos traslada, según la terminología acuñada por Delbrück, de la expresión del «Wille» a la manifestación del «Wunsch»¹⁴⁸. De hecho, en este último debe de residir el empleo originario de la marca de subjuntivo latino, pues parece unánime la opinión de que el subjuntivo indoeuropeo fue reutilizado en latín para la expresión del futuro y lo que llamamos subjuntivo remite en realidad a un antiguo optativo (Calboli, 2002: 58).

Tal proceso de enriquecimiento significativo, desde un valor desiderativo¹⁴⁹ a la expresión de la directividad¹⁵⁰, supone una evolución semasiológica del todo afin a la que experimentarán ciertos lexemas que, volitivos en origen, llegarán a ser integrantes de pleno derecho en el campo léxico de la ‘petición’. Y ello será posible en virtud de la gran afinidad que guardan ambas nociones (*cf. supra*, n. 1) y a la configuración estructural de la secuencia que establecen, pues entre ellas solo media un paso que depende del grado de control del hablante sobre el oyente y del oyente sobre lo

¹⁴⁸ Esta polisemia, sin embargo, desaparece en griego, donde se mantiene la diferencia entre los modos subjuntivo y optativo. *Cf.* Crespo (1997) para una puesta al día de las teorías de Delbrück. Más crítica es, sin embargo, la revisión que de estas ideas hace Núñez (1991^a: 206ss), quien rechaza la tesis del morfema volitivo para el subjuntivo indoeuropeo, fundamentalmente porque «impide encontrar un significado común para sus distintos usos dado que los enunciados deliberativos y los usos denominados prospectivos son irreducibles a dicho morfema». En su lugar propone este autor un morfema de necesidad que explicaría los usos directivos y prospectivos como derivados contextuales y reestablecería la unidad significativa del subjuntivo indoeuropeo. De manera paralela, supone un morfema potencial para el optativo indoeuropeo. Tal panorama experimentaría, según el citado autor, los siguientes cambios en su paso al latín: «Los usos prospectivos del subjuntivo indoeuropeo pasaron a ser expresados junto con valores meramente temporales, por el futuro latino (futuro de probabilidad). En cuanto a los usos yusivos, estos quedaron incluidos junto con la expresión de la modalidad epistémica y los enunciados optativos en el conjunto de formas originariamente optativas que dieron origen al paradigma del subjuntivo latino».

¹⁴⁹ *Cf.* Smith (1999: 79-119), donde se analiza el uso del subjuntivo en oración independiente para la expresión de un deseo en latín arcaico.

¹⁵⁰ Crespo (1997: 33) expone igualmente la posibilidad de que tales empleos del subjuntivo sean en griego una innovación tardía, pues en indoeuropeo sólo el imperativo tendría uso yusivo.

enunciado. Así, Risselada (1993: 37) considera el acto de habla optativo en la intersección entre los directivos y los expresivos¹⁵¹.

Del mismo modo, según vamos a ver en este mismo capítulo, un buen número de verbos desiderativos puede ser empleado igualmente con fines directivos, de manera que la mera verbalización de un deseo podrá ser interpretado como una expresión con carácter atenuado de una petición. Y este trasvase se observa igualmente en el plano gramatical. El empleo de la estructura *utinam* + presente de subjuntivo será susceptible de aparecer en actos directivos, siempre y cuando el interlocutor posea la capacidad de proporcionar al hablante el estado apetecido¹⁵², esto es, el ya mencionado criterio de control por parte del potencial agente del contenido deseado. Ello, unido al carácter altamente convencional de estas expresiones, elimina cualquier ambigüedad con respecto a las intencionalidades del hablante. El propio Mesa Sanz cita, entre otros, el ejemplo siguiente:

MEN¹. mira memoras. utinam ecficere quod pollicitu's possies. / MES. possum (...) (Plaut. *Men.* 1104-1105).

[MEN¹. Es una maravilla lo que mencionas. Ojalá pudieras cumplir tu promesa. MES. Puedo.]

Por tanto, dos de los valores tradicionalmente atribuidos al subjuntivo –yusivo y optativo– confluyen así en un único uso con finalidad directiva. Esta neutralización de intenciones comunicativas es aún más notable en el ámbito del lenguaje religioso en el que la relación que el hombre establece con sus dioses está marcada por una serie de condicionantes psicológicos, determinantes en la selección de las enunciaciones concretas. Puesto que, según la concepción del creyente, todos los aspectos de la realidad están controlados por la divinidad y sometidos a su voluntad,

¹⁵¹ Cf. también Mesa Sanz (1998^b: 544s y 551).

¹⁵² El análisis de Mesa Sanz (1998^b) se limita a los enunciados dirigidos a la segunda persona; sin embargo, existe igualmente la posibilidad de empleo de esta estructura sin alusión directa al interlocutor, sino con referencia exclusiva a la acción determinada que se quiere desencadenar y a la que, en estos casos, suele preceder un ofrecimiento. Pese al carácter indirecto de este tipo de expresiones, en las que no se menciona al interlocutor, no cabe duda de su naturaleza convencional, pues constituyen un mecanismo estandarizado y supeditado a cuestiones de cortesía de expresión de un enunciado directivo sin resultar coactivo.

deos credo uoluisse; nam ni uellent, non fieret, scio (Plaut. *Aul.* 742).

[Creo que los dioses lo han querido, pues, si no lo quisieran, no habría sucedido; estoy seguro.],

pero aquel carece por completo de control sobre esta, ambas nociones se diluyen, llegando incluso a neutralizarse por completo en ocasiones:

PY. (...) di tibi dent quaequomque optes. / MI. tecum aetatem exigere ut liceat– PY. nimium optas (...) (Plaut. *Mil.* 1038-1039).

[PI. Que los dioses te concedan todo lo que desees. MI. Poder pasar toda la vida contigo.

PI. Mucho pides tú.]

Por tanto, no cabe la menor duda de la intención netamente petitoria de empleos del subjuntivo como el que encontramos en la siguiente intervención de Eneas:

Aeneas agnouit enim laetusque precatur: / ‘sic pater ille deum faciat, sic altus Apollo!’ (Verg. *Aen.* 10, 874-875).

[Eneas lo reconoció y, alegre, eleva esta plegaria: ‘Que así lo haga el gran padre de los dioses y el excelso Apolo’.]

Retomaremos más adelante el tema de las interferencias entre las nociones de ‘petición’ y ‘deseo’, pero, entretanto, debemos reformular las afirmaciones antes apuntadas y concluir que la directividad no-coactiva es susceptible de expresión por medio del modo subjuntivo, a pesar de que su empleo mayoritario, según afirma Risselada (1993: 151-155), sea el coactivo.

Por lo tanto, parece claro que ninguna de las formas hasta aquí expuestas comporta un carácter intrínsecamente coactivo, sino que el grado de obligatoriedad de los enunciados que articulan depende de ciertos factores contextuales y extralingüísticos. Ya hemos apuntado, por ejemplo, que el carácter perentorio de determinadas expresiones se consigue en ocasiones por medio de algunos rasgos suprasegmentales, como un tono de voz autoritario.

IV.2.2.- ENUNCIADOS INTERROGATIVOS.

En el capítulo precedente, hemos abordado ya la polémica suscitada por la inclusión del acto interrogativo como subtipo del directivo, en concreto como tipo específico de petición. Una de las razones para tal inclusión se encuentra en el uso de este tipo oracional para la expresión de la directividad. En efecto, al menos en lo que a la comedia se refiere¹⁵³, los hablantes aprovechan la configuración semántico-pragmática de esta modalidad frástica para la expresión de una petición.

La perspectiva pragmática concibe las oraciones interrogativas no ya como proposiciones, sino como «funciones proposicionales abiertas», dado que contienen una variable sin especificar; y ese carácter abierto, conjugado con el contexto en el que se realiza su enunciación, es el que va a permitir cierta variedad de interpretaciones en el nivel discursivo (Escandell Vidal, 1996: 171)¹⁵⁴. Así, junto a la mera búsqueda de información, podemos encontrarnos, según se aprecia en los siguientes versos, con gran variedad de intenciones comunicativas expresadas por medio de interrogaciones; respectivamente, una invitación, un reproche indignado¹⁵⁵, o una orden autoritaria sustentada en cierto tono amenazante:

(...) DI. salua sis, Phronesium. / PH. salue. hicine hodie cenas, saluos quom aduenis?
(Plaut. *Truc.* 358-359).

[DI. Hola Fronesia. FR. ¡Hola! ¿Cenas hoy en casa, ya que llegas sano y salvo?]
qur ausu's facere, quooi ego aequae heres eram? (Plaut. *Men.* 493).

[¿Por qué te has atrevido a hacer eso, si la herencia también era mía?]

(...) TH. reddin an non uirginem, / priu' quam te huic meae machaerae obicio, mastigia?
(Plaut. *Curc.* 566-567).

[TE. ¿Me devuelves a la muchacha, o no, antes de que saque mi espada, bribón?]

¹⁵³ Parece que su uso se restringe a la comunicación personal, dado que requiere una reacción inmediata, y, así, Risselada (1993: 196s) afirma que no es un recurso empleado en la producción epistolar de Cicerón o Plinio.

¹⁵⁴ Desde una perspectiva tradicional, Mariner Bigorra (1965: 59) señala también el especial estatuto de este tipo oracional: «La interrogación constituye un caso aparte de los tres campos, en cuanto puede decirse que participa de varios de ellos (síntoma porque exterioriza una ignorancia, actuación porque invita a una respuesta, exposición en cuanto se formula a base de contenidos comunicativos)».

¹⁵⁵ Con respecto a los reproches, cabe añadir que, a pesar de no contener alusión directa alguna a la no realización del estado de cosas referido, pueden recibir una lectura directiva implícita, orientada a la cesación del comportamiento en cuestión (cf. Risselada, 1993: 191-193). Este tipo es muy frecuente en la comedia plautina y, para su desambiguación, suele ir acompañado de referencias temporales o partículas de cortesía.

En todos estos casos —y no solo en ellos—, ha de existir una participación activa del receptor en el «estado de cosas» referido por la interrogación en cuestión, para que esta pueda ser reconocida como un acto de habla directivo (*cf.* Risselada, 1993: 188s). Y para que la pregunta pueda ser interpretada inequívocamente como una petición, ha de cumplir ciertos requisitos:

La fuerza ilocutiva de petición de acción no deriva de propiedades estructurales del enunciado, sino que depende decisivamente del propio contenido proposicional y de las condiciones que rodean la enunciación. Por ejemplo, solo conceptualizamos como peticiones las secuencias cuyo contenido proposicional hace referencia a una acción futura que se encuentra bajo el control del destinatario y beneficia de algún modo al emisor; en cambio, tendemos a interpretar como preguntas, y no como peticiones, los enunciados que no cumplen tales requisitos (Escandell Vidal, 1999: §61.4.2).

Así se observa, por ejemplo, en los dos últimos versos del fragmento que reproducimos a continuación:

(...) BA. *roga* me uiginti minas, / si ille hodie illa sit potitus muliere / siue eam tuo gnato hodie, ut promisit, dabit. / *roga*, opsecro hercle; gestio promittere, / omnibu' modis tibi esse rem ut saluam scias; / atque etiam habeto mulierem dono tibi. / SIMO. nullumst periculum, quod sciam, stipularier, / ut concepisti uerba: uiginti minas / *dabin?* BA. *dabuntur* (...) (Plaut. *Pseud.* 1070-1078).

[BA. Pídemme veinte minas, si se apodera él hoy de la mujer o si se la da hoy, tal como prometió, a tu hijo. Pídemelas, te lo ruego, por Hércules; ardo en deseos de prometértela, para que sepas que tu dinero está a salvo en todos los aspectos. Y, además, toma la mujer, te la regalo. SIMÓN. Según tengo entendido, realizar este acuerdo tal como lo has planteado no entraña ningún peligro. ¿Me darás las veinte minas? BA. Te las daré.]

En este sentido, igualmente nos hemos referido ya al carácter convencional de este tipo de expresiones, por lo que habrá que reconocer que, al menos en las lenguas románicas, tal propiedad es heredada de la lengua madre. Con todo, ese alto grado de convencionalización no es producto del azar, sino que podría considerarse como un

reflejo de la naturaleza profundamente formularia y solemne del antiguo lenguaje sacro-legal romano y que, en este tipo de fórmulas, adquiere clara plasmación. El fragmento recién reproducido es recuerdo (cómico quizá, pues en Plauto todo lo es) de un antiquísimo ceremonial en el que la pronunciación solemne de determinadas palabras¹⁵⁶ bastaba para establecer un vínculo contractual obligatorio entre dos partes. Así, el ritual de la *stipulatio* –forma más común de crear una *obligatio*– se articulaba a través de la pregunta solemne del futuro acreedor (*stipulator*) al futuro deudor (*promissor*), sobre si está dispuesto a realizar una promesa concreta –una entrega material, la realización de algún servicio, etc.–. No bien el deudor contestaba prometiendo con el mismo verbo con que se le había formulado la interrogación, quedaba obligado. El valor vinculante de esta promesa deriva del mero hecho de ser pronunciada, según un modelo de enunciación fijado de antemano (Torricelli, 1978: 238).

De acuerdo con Gayo (*inst.* 3, 92), aunque la fórmula originaria era ‘*dari spondes?*’ .- ‘*spondeo*’, muy pronto se admitieron otras variantes sinónimas como ‘*dabis*’ .- ‘*dabo*’; ‘*promittis?*’ .- ‘*promitto*’; ‘*fideipromittis?*’ .- ‘*fideipromitto*’; ‘*fideiubes*’ .- ‘*fideiubeo*’; ‘*facies?*’ .- ‘*faciam*’. Con el tiempo, esta sencilla fórmula, que debe de remontar a una fase antiquísima, se fue complicando con la adición de diversas partes, e incluso llegó a admitirse el empleo de la lengua griega.

Del mismo modo, el matrimonio, como forma de acuerdo contractual entre dos partes –no necesariamente representadas por los interesados–, puede estar precedido de un juramento promisorio específico: el acto sacral de la *sponsio*. Modalidad de juramento similar al *uotum* en origen, tuvo también otras aplicaciones, aunque solo sobrevive, sin sanción jurídica¹⁵⁷, en el acto de los *sponsalia*, identificado con el acto civil de la *stipulatio*, desde un momento anterior a las *XII Tablas* (D’Ors, 1986: 112). De tal modo, *sponsus* y *sponsa* –y junto a ellos sus representantes legales–, en virtud de

¹⁵⁶ Según Gayo (*inst.* 3, 89) las obligaciones contractuales se pueden contraer *re, aut uerbis, aut litteris, aut consensus*. En los contratos verbales, la mera pronunciación de una fórmula provoca como efecto un vínculo obligatorio. Dentro de este tipo de contrato se encuentran la *dotis dictio*, la *promissio iurata liberti* (muy restringidas) y la *stipulatio*. Esta última es un contrato verbal unilateral, pues únicamente obliga a una de las partes, en el que la verbalización de su finalidad no era requisito indispensable (cf. D’Ors, 1986: 477).

¹⁵⁷ El vínculo a que daban lugar los *sponsalia* era más bien social que jurídico; sin embargo, de su celebración podían derivar ciertas consecuencias jurídicas, fundamentalmente si en ella se entregaban arras, que, en origen, no son más que la prenda entregada en un contrato. En época arcaica podían también estar respaldadas por una sanción religiosa (cf. D’Ors, 1986: 286).

su derecho a contraer matrimonio legítimo (*connubium*) quedaban jurídicamente comprometidos con la mera representación de un ritual como el que sigue¹⁵⁸:

(...) PH. hoc priu' uolo, / meam rem agere. TH. quid id est? PH. ut mihi hanc despondeas. / CV. quid cessas, miles, hanc huic uxorem dare? / TH. si haec uolt. PL. mi frater, cupio. TH. fiat. CV. bene facis. / PH. *spondesne*¹⁵⁹, miles, mihi hanc uxorem? TH. *spondeo* (...) (Plaut. *Curc.* 670-674).

[FE. Antes quiero yo arreglar mi asunto. TE. ¿De qué se trata? FE. Que me entregues su mano. GO. ¿A qué esperas, soldado, para concedérsela? TE. Si ella está dispuesta... PL. Hermano mío, estoy deseando. TE. Sea. GO. Así está bien. FE. ¿Me prometes, soldado, entregármela por esposa? TE. Te lo prometo.]

La mera puesta en práctica de un enunciado realizativo permite ejercer una influencia directa sobre la realidad. En una sociedad eminentemente oral, ciertas fórmulas determinaban la realización formal de ciertos actos, la creación de nuevos estados, y la pronunciación de este tipo de expresiones orales que suponen la contracción de una obligación (contrato, promesa, juramento, etc.) o un cambio del tipo que sea (la adquisición de una posesión, por ejemplo) recibía la denominación de *nuncupatio*, cuya valoración adquiría el rango de norma legal¹⁶⁰.

CVM NEXVM FACIET MANCIPIVMQVE, VTI LINGVA NVNCVPASSIT, ITA IVS ESTO (*lex XII tab.* 6, 1).

[Cuando se celebre un *nexum* o un negocio mancipatorio, las palabras pronunciadas tengan valor de derecho (ed. y trad. de C. Rascón García y J. M. García González).]

¹⁵⁸ Véase López Gregoris (2002: 253ss) donde se citan más ejemplos de esta fórmula de juramento ritual y se analizan los lexemas propios del primer actante de la diátesis léxica matrimonial.

¹⁵⁹ Es bastante frecuente encontrar la partícula interrogativa *-ne* caracterizando oraciones interrogativas que expresan directivas implícitas (Risselada, 1993: 204) y opcionales (ibíd.: 214), mientras que su contrapartida negativa (*nonne*), raramente se encuentra en esta función (Pinkster, 1995: 268, n.63).

¹⁶⁰ Su valor, según nos informa Festo (p. 176), estaba mucho más allá que la mera referencia al acto en cuestión: *nuncupata pecunia est, ut ait Cincius in lib. II de officio iurisconsulti, nominata, certa, nominibus propriis pronuntiata (...) uota nuncupata dicuntur, quae consules, praetores, cum in prouinciam proficiscuntur, faciunt: ea in tabulas praesentibus multis referuntur. at Santra lib. II de uerborum antiquitate, satis multis nuncupata conligit, non directo nominata significare, sed promissa, et quasi testificata, circumscripta, recepta, quod etiam in uotis nuncupandis esse conuenientius*. Ténganse en cuenta también las siguientes palabras de Varrón (ling. 6, 60): '*nuncupare*' *nominare ualere apparet in legibus, ubi «nuncupatae pecuniae» sunt scriptae*. Es igualmente importante la incidencia de este lexema en el lenguaje religioso, donde nombrar a una divinidad puede equivaler a invocarla (cf. *infra*, VIII.2).

cum ex XII tabulis satis esse ea praestari, quae essent lingua nuncupata, quae qui infitatus esset, dupli poenam subiret, a iuris consultis etiam reticentiae poena est constituta (Ibíd. 6.2 = Cic. *off.* 3, 65).

[Habiéndose limitado las *XII Tablas* a ordenar que se cumpliera aquello que se hubiera prometido de palabra, sufriendo aquel que lo negase la pena del duplo, se estableció también por los jurisconsultos una pena para la reticencia (ed. y trad. de C. Rascón García y J. M. García González).]

En la mentalidad antigua, la palabra, más allá de su capacidad descriptiva, concede, a quien la emplea de manera concisamente determinada, poder sobre su entorno; un poder casi mágico o supraterráneo y, al menos en origen, respaldado sacramentalmente, pues, en las fases más arcaicas del desarrollo social, derecho y religión son, sustancialmente, la misma cosa. De hecho, es posible encontrar algunas reflexiones *avant la lettre* sobre los actos de habla en Varrón, el primero en darse cuenta de que hablar no consiste únicamente en representar (*cf.* Desbordes, 1984). Pero no desviemos nuestra atención y dejemos este tema para más adelante.

En función de su carácter formulario, parece claro que la expresión de la directividad por medio de la oración interrogativa, aplicada ya a la interacción comunicativa común, no puede ser caracterizada con un elemento de coacción intrínseca. Más bien al contrario, su carácter abierto la hace especialmente apta para la expresión de la cortesía verbal y, por lo tanto, para la formulación de peticiones. Su empleo en la comedia, más restringido que el del imperativo, no debe despistarnos, si tenemos en cuenta la relativamente escasa frecuencia de aparición de directivas opcionales (Risselada, 1993: 217).

Con todo, ya hemos advertido de la flexibilidad ilocutiva de estas formas de expresión, por lo que tampoco será extraño encontrarlas en directivas de tipo obligatorio, en las que el carácter coactivo viene condicionado por un elemento expresivo y marcado por procedimientos diversos: la negación del contenido proposicional, el empleo de la expresión temporal *quousque*, del adverbio interrogativo *quid* —con un contenido expresivo altamente convencionalizado—, o de la partícula

etiam, son algunos de los que señala Risselada (1993: 217ss)¹⁶¹. Del mismo modo, las interrogativas directivas expresadas en términos negativos poseen un fuerte contenido expresivo que contribuye a una impresión coercitiva:

(...) MEN. *non* tu abis quo dignus es? (Plaut. *Men.* 516).

[MEN. ¿No te marchas a donde te mereces?]

Solo así se explica que la partícula *quin*, que posee una negación incorporada, se haya especializado completamente en la expresión de directivas explícitas. Esta introducción permite crear un tipo de expresiones en las que subyace la presuposición, por parte del emisor, de que el oyente es incapaz de justificar su actual comportamiento o la no adecuación del mismo a los deseos de su interlocutor y, por tanto, lo modificará. Es lo que Haverkate (1979: 113ss) llama «regla de razonabilidad»:

(...) PV. *quin* tu is accubitus et conuiuas cedo? (Plaut. *Pseud.* 891).

[PU. ¿Por qué no te sientas a la mesa y llamas a los comensales?]

Pese a que Risselada (1993: 214) la señala como marca de opcionalidad, su valor expresivo es muy acusado, y es muy probable que en época de Plauto se sintiera ya como una expresión convencionalizada de directiva obligatoria y muy invasiva, pues este tipo de enunciados constituyen un buen ejemplo de acto de habla múltiple, en el que a los actos interrogativo y directivo, se une cierto contenido de reproche¹⁶²:

(...) MEN. *quin* tu *tace* modo (Plaut. *Men.* 416).

[MEN. ¿Por qué no te callas de una vez?]

Como vemos, el carácter abierto de las oraciones interrogativas y su inmediatez dentro del intercambio comunicativo las faculta para ser caracterizadas en distintos

¹⁶¹ Así mismo, el contexto extralingüístico y el desarrollo de la interacción verbal contribuyen a la interpretación en este sentido (cf. *ibid.*: 231).

¹⁶² «Las preguntas con *quin*, sobre todo, estaban ya muy mecanizadas en la lengua familiar del tiempo de Plauto al servicio de la intimación. Preguntas destinadas primitivamente a averiguar la causa del incumplimiento (...) fueron pronto tan equiparadas a mandatos que, primero se las combinó con oraciones imperativas como equivalentes y al fin recibieron incluso un imperativo en lugar del indicativo» (Hofmann, 1958: 98s). Al respecto, puede verse también Löfstedt (1966: 104ss).

sentidos. Así, no será extraño encontrarlas conjugadas con objetos ilocutivos adicionales; se puede expresar un ruego mediante la referencia a una «condición previa de habilidad» (que bien pueden ser introducidas por locuciones como *¿puedes...?*) o a una «condición previa de disponibilidad» (representada por expresiones del tipo *¿quieres...?*) que permiten, de nuevo, un mayor grado de cortesía (*cf.* Haverkate, 1994: 167s). Nos ocuparemos de este tipo de expresiones más adelante, al tratar los lexemas facultativos y volitivos.

IV.2.3.- ENUNCIADOS DECLARATIVOS.

IV.2.3.1.- Presente de indicativo.

La escasez de testimonios inequívocos de presentes con función directiva hace dudar de su verdadero empleo en este sentido. Únicamente encontramos dos ejemplos claros –si bien dudosos por su propia naturaleza–: un grafito pompeyano y un pequeño fragmento trágico, conservado por los testimonios de Donato y Pompeyo¹⁶³, como ejemplo de *indicatiuus pro imperatiuo*:

itis, paratis arma quam primum, uiri (*trag. inc.* 19R).

[Soldados, vais y preparáis las armas cuanto antes.]

ITIS, FORAS RIXSATIS (*CIL* IV 3494).

[Os vais, os peleáis fuera.]

Pese a encontrarse el segundo de ellos puesto en boca de un propietario de establecimiento que echa de su local a unos clientes en litigio, Löfstedt (1966: 176) afirma que este tipo de enunciados sirve para expresar órdenes estrictas y categóricas, lo que se adapta muy bien al ámbito militar en el que se inserta el primero.

Ese carácter tajante y cargado de seguridad y confianza en quien así la enuncia se ha conservado hasta hoy día en español (*cf.* Lorenzo, 1966: 88), lengua en la que, extrapolada de contextos en los que las jerarquías están férreamente estratificadas,

¹⁶³ *Cf.* además Soffritti (1963), donde se apunta un controvertido ejemplo de Petronio (33, 2): *permittis*, que este autor considera grosero.

parece que implica cierto grado de familiaridad entre los interlocutores, quizá como recurso de hipocortesía. Además, no es extraño encontrarlos en baterías de órdenes (Haverkate, 1979: 164). A crear esta sensación posiblemente haya contribuido el prolijo uso que recibe la expresión metadirectiva *vamos*, que, no obstante, procede etimológicamente de la forma de subjuntivo *uadamus* (García Macho & Penny, 2001: 60). Por tanto, y a pesar de su restringido uso en latín arcaico y clásico, parece que comenzó a ser frecuente en latín vulgar y tardío, siendo así heredado por las lenguas románicas y llegando a formar parte, en algunas de ellas, del paradigma de imperativo (fr. *chantez*, prov. *cantatz* y rum. *cîntați*)¹⁶⁴.

IV.2.3.2.- Futuro.

Mayor incidencia posee el empleo de formas de futuro con valor directivo, en los casos en los que se presenta una acción factible, controlable por el receptor, y este es explícitamente mencionado; el verbo, pues, se conjuga en segunda persona. Por lo demás, el sentido que otorga este tiempo al enunciado es, como en el caso anterior, de marcada obligatoriedad en su cumplimiento y rara vez se encuentra en combinación con partículas parentéticas o con marcadores de opcionalidad (Risselada, 1993: 169), por lo que resulta muy apropiada en casos en los que se requiere una clara plasmación gramatical del criterio jerárquico de autoridad¹⁶⁵. En el siguiente fragmento, el maestro refleja en el uso del futuro su capacidad de mandato sobre su pupilo; pero este se subleva ante la figura autoritaria, pues considera que la edad que ha alcanzado le exime ya de obediencia a su magisterio:

¹⁶⁴ Véase Väänänen (1988³: 234), quien señala algún ejemplo más, como Ven. Fort. *carm.* 5, 6, 33 (*rumpite lora iugis et sumitis arma diei*), en el que, sin embargo, la variación responde probablemente a necesidades métricas.

¹⁶⁵ Risselada (1993: 169 y 176-178) señala un caso en el que puede conservar cierto grado de opcionalidad: en su empleo como especificación o repetición de una directiva enunciada con anterioridad. De igual modo, es posible su uso para expresar la invitación, como en Plaut. *Curc.* 728 (*tu miles apud me cenabis*). Y, sin embargo, parece que existe algún ejemplo en el que ese carácter coactivo no está tan claro. En la recta final del *De natura deorum*, tras la amistosa charla, Lucilio dice a Cota (3, 94): *sed quoniam aduesperascit, dabis nobis diem aliquem ut contra istam dicamus*. Evidentemente, en este parlamento no existe indicio alguno que nos invite a pensar en la intención de transmitir un sentido de obligatoriedad.

LY. tu amicam habebis? PI. quom uidebis, tum scies. / LY. immo neque habebis neque sinam. ituru's domum? / PI. omite, Lyde, ac caue malo. LY. quid? 'caue malo'? / PI. iam excessit mi aetas ex magisterio tuo (Plaut. *Bacch.* 145-148).

[LI. ¿Tú vas a tener una amiga? PI. Cuando lo veas lo sabrás. LI. ¡Ni hablar!, ni la tendrás ni te voy a dejar. ¿Te vas a ir a casa? PI. Déjalo, Lido, y ándate con ojo. LI. ¿¡Cómo!?, ¿que me ande con ojo? PI. Ya no tengo edad para que me digas lo que tengo que hacer.]

Por lo demás, este será el giro preferido en los preceptos técnicos y eclesiásticos de baja época (Väänänen, 1988³: 234), según se observa en las reglas del decálogo (*non occides*: “no matarás”). Muy probablemente sea ello debido a la creciente influencia de algunas lenguas extranjeras –hebraísmos y helenismos– a través de las traducciones de la Biblia (Löfstedt, 1966: 152ss).

Desde el punto de vista lógico-semántico, además, se puede buscar la causa de esta creciente asimilación en la estrecha afinidad existente entre el futuro y la expresión de la obligación, la modalidad deóntica¹⁶⁶ (Lorenzo, 1966: 91), lo cual determina también la frecuente y coherente enunciación de los actos comisivos o compromisorios en este mismo tiempo; dentro del proceso léxico en el que se insertan los *uerba petendi*, el paradigma que conforman los *uerba promittendi* es igualmente un perfecto exponente de este tipo de supletivismos léxico-gramaticales, al combinarse su expresión léxica y el futuro –con evidente cambio de persona verbal– del término resultativo con el que mantenga relación secuencial (Martín Rodríguez, 1996^a: 654s), puesto que se trata esta de una acción sucesiva posterior:

AN. amabo, mi Menaechme, inauris da mihi (...). / MEN. fiat. cedo aurum; ego manupretium *dabo* (Plaut. *Men.* 541-544).

[AN. Por favor, Menecmo mío, regálame los pendientes. MEN. De acuerdo, dame el oro y yo me encargo del precio de la mano de obra.]

¹⁶⁶ El auxiliar inglés *shall* y el origen analítico de nuestro futuro (*amar he*) dan buena muestra de ello. Con todo, la interpretación modal del futuro es contextual (cf. Núñez, 1991^b: 363, n. 23).

IV.2.3.3.- Otras formas verbales.

Finalmente, no podemos pasar por alto otras formas verbales que, a pesar de su inferior grado de especialización en esta función y su menor frecuencia de aparición, están igualmente facultadas para la expresión de la directividad: las construcciones gerundivas y el empleo exhortativo del infinitivo. Sin embargo, dado su carácter perentorio, más en consonancia con la noción de orden que con el objetivo primordial de nuestro trabajo, nos limitaremos a ofrecer unas breves pinceladas de su empleo.

En su estudio sobre la modalidad en latín, señala Bolkestein (1980: 137) que el sentido de necesidad es inherente a las formas gerundivas y no se halla, pues, determinada por el elemento léxico, que trataremos más adelante con detenimiento en relación con el concepto de directividad. Su especialización en la modalidad deóntica lo iguala a lexemas como *oportet* (cf. *infra*, IV.3.3.2) en la expresión de la obligación moral o la impuesta por la situación (Thomas, 2002: 98). Tal y como ocurre con los lexemas propiamente encargados de la expresión de la modalidad deóntica, únicamente en los casos en que la causa deóntica recaiga sobre el emisor y el receptor posea un grado de control suficiente como para realizar la tarea encomendada, el mensaje del primero podrá ser interpretado como manifestación de una intencionalidad directiva. Esta es innegable en el siguiente ejemplo, en el que se yuxtapone a otras expresiones de directividad más claras y cuyo carácter impositivo no deja lugar a dudas:

EVC. *exi, inquam, age exi: exeundum hercle tibi hinc est foras* (Plaut. *Aul.* 40).

[EUC. Que salgas te digo; venga, sal. Tienes que salir fuera de aquí, por Hércules.]

Por último, cabe señalar igualmente ciertos empleos yusivos del infinitivo. En nuestra lengua, razones fonéticas (debilitamiento de la *-d* final) han llevado a la identificación, en la pronunciación descuidada, del imperativo plural y el infinitivo. A esta confluencia han podido contribuir, además, otros factores, como puede ser la indeterminación deliberada entre el tratamiento de *tú* o *usted* (Lorenzo, 1966: 94), lo cual ha desembocado en la igualación con la forma negativa, donde esta no está justificada por motivos fonéticos¹⁶⁷. Sin embargo, y aunque muy restringido, es posible

¹⁶⁷ Esta es, sin embargo, la forma normativa de expresión prohibitiva de segunda persona en muchas lenguas romances; cf. p. e. it. *non cantare*.

encontrar ya en latín empleos de infinitivo expresados con intenciones directivas. Este empleo estaría indudablemente apoyado en rasgos prosódicos y para su correcta interpretación sería necesario un tono autoritario. En consonancia con este rasgo, Löfstedt (1966: 202) propone un origen fundado en una fuerte expresión de la emoción, con lo que su empleo estaría restringido al lenguaje coloquial y popular. Con todo, esta autora (ibíd.: 198), aun advirtiendo de su escasez, reconoce usos del infinitivo con esta finalidad en tratados técnicos, en los que se suceden las instrucciones –con lo que su justificación tendría que ver con la preceptiva clásica sobre la *variatio*–, pero también en casos como el que reproducimos a continuación:

tu socios adhibere¹⁶⁸ sacris (...) (Val. Fl. 3, 412).
[Haz que los compañeros preparen un sacrificio.]

IV.3.- LA DIRECTIVIDAD EN EL PLANO LÉXICO.

IV.3.1.- VERBOS FACULTATIVOS.

La interrogación acerca de las aptitudes –físicas o intelectuales, adquiridas o inherentes– del oyente, o sobre circunstancias externas al acto comunicativo, que condicionan su capacidad de acción, suponen un buen mecanismo para la expresión de la fuerza directiva impositiva no-coactiva, esto es, para la formulación de peticiones. Tal interpretación se hará efectiva, evidentemente, solo si el oyente posee cierto grado de control sobre la acción propuesta, que recibe siempre plena especificación. En caso contrario, habrá de ser necesariamente entendida como una pregunta de información. Para evitar ambigüedad en lo que respecta a la intención ilocucionaria, en ciertas

¹⁶⁸ Esta lectura, huelga decirlo, es discutida; véanse, por ejemplo, las reticencias de Liberman en su edición de esta obra (París, Les Belles Lettres, 1997, pp. 237s).

ocasiones será necesaria la adición de expresiones metadirectivas (cf. *infra* IV.3.4.1) o realizativas que especifiquen claramente el contenido ilocutivo¹⁶⁹:

CA. aufer istaec, quaeso, atque hoc *responde quod rogo*. / *potin* coniecturam facere, si narrem tibi / hac nocte quod ego somniaui dormiens? (Plaut. *Curc.* 245-247).

[CA. Deja eso, por favor, y responde a mi pregunta: ¿podrías interpretar, si te lo cuento, el sueño que tuve anoche mientras dormía?]

La polisemia del verbo *posse* –que expresa “capacidad” o “habilidad”, “permiso”¹⁷⁰, y “posibilidad”, “eventualidad” (Núñez, 1991^a: 82ss)– lo capacita en principio para su plena funcionalidad dentro de esta categoría:

CALI. actum est de me hodie. sed *potes* tu mutuam / drachumam dare unam mihi quam cras reddam tibi? / PS. uix hercle, opinor, si me opponam pignori (Plaut. *Pseud.* 85-87).

[CALI. Hoy me la he cargado. Pero, ¿puedes prestarme tú una dracma y te la devuelvo mañana? PS. Pues me parece, por Hércules, que ni aunque me llevara a mí mismo a la casa de empeño.]

Sin embargo, pese a lo que pudiera hacer pensar la comparación con multitud de lenguas modernas –tanto del tronco románico, como ajenas a él– su empleo en la lengua latina es muy restringido, por lo que debemos concluir con Risselada (1993: 308) que, al menos en el estado de lengua que representa el *corpus* plautino, su grado de convencionalización es todavía escaso, si no nulo. Más frecuente, sin embargo, es el empleo directivo del adjetivo *potis* en oraciones interrogativas. La configuración semántico-pragmática de este tipo de expresiones resulta singular: por medio de ellas se pretende influir sobre el comportamiento ajeno en beneficio propio, pero sin hacer mención explícita a la voluntad del hablante de que el oyente realice tal acto. A este último concierne realizar tal interpretación de manera inferencial y acceder, si tal es su deseo, a la petición formulada, que resulta, de tal modo, menos amenazante para su imagen negativa y, por tanto, reflejo del criterio de cortesía desplegado por el hablante:

¹⁶⁹ Risselada (1993: 308s) señala además una diferencia de orden sintáctico en la complementación de la forma *potin...?*: la oración de *ut* que rige cuando posee un uso directivo se ve sustituida por una completiva de infinitivo en los casos en que su función es meramente interrogativa.

¹⁷⁰ Cf. *infra* (IV.3.3.4) lo relativo al empleo directivo del verbo modal *licet*.

potine ut ne licitere aduorsum <mei> animi sententiam? / maxumam hercle habebis praedam: ita ille est, quoi emitur, senex (Plaut. *Merc.* 441-442).

[¿Eres capaz de no pujar contra mi voluntad? Obtendrás, por Hércules, un importante botín. Así es él, el viejo para el que se la compro.]

A pesar de ello, si tenemos en cuenta el entorno conversacional en que suelen estar inmersas, puede deducirse su fuerte especialización en el ámbito de las peticiones irritadas o impacientes, en el que poseen un carácter convencional (Risselada, 1993: 312s). Ello puede muy bien ser debido, al menos en parte, al continuo juego de ironía y subversión al que somete el sarsinate cualquier elemento que cae en sus manos. Así, una forma de marcado carácter cortés, dada la necesidad de ser inferencialmente descodificada, aparece reiteradamente empleada con el efecto contrario. En estos casos –y según veíamos también con las interrogativas introducidas por *quin*–, la enunciación se enriquece con un contenido expresivo –que puede ser derivado tanto de la situación extralingüística como de rasgos suprasegmentales– que nos traslada inmediatamente a un marcado contenido de reproche, cuando, póngase por caso, la actitud del interlocutor resulta molesta u ofensiva, y es patente su capacidad de controlar tal comportamiento, a todas luces intencionado:

AM. non ego sum pollucta pago. potin ut me apstineas manum? / SC. non licet tē sic placide bellam† belle tangere? (Plaut. *Rud.* 424-425).

[AM. Yo no soy un bien público. ¿Eres capaz de quitarme la mano de encima? ES. ¿Es que no se te puede tocar, guapa, con suavidad y dulzura?]

En estos casos, el carácter expresivo, irritado y, cómo no, irónico, es claramente reconocible, como expresivo, irónico e irritado resultaría también un *¿Puedes sacarme el dedo del ojo?* Y a través de la manipulación de estos elementos pragmáticos (fácilmente recuperables en el género teatral) con intencionalidad estrictamente cómica, es posible llegar a convencionalizar este tipo de expresiones e incluso dotarlas de una impronta claramente descortés, lo que supone el efecto exactamente inverso al buscado por su configuración inferencial original.

Mi. potin ut taceas? SY. taceo atque abeo. Mi. mihi commoditatem creas (Plaut. *Poen.* 916).

[Mi. ¿Eres capaz de callarte? SI. Sí, me callo y me marchó. Mi. Me dejas muy tranquilo.]

Por tanto, la explicitación de un comportamiento inapropiado remite inequívocamente a una intención censuradora que es, precisamente, la responsable de la impresión coactiva del mensaje, con independencia del puesto en la escala jerárquica que ocupe el que lo emite. El principio de ironía o antífrasis permite, pues, enunciar como una petición formalmente no invasiva lo que, en realidad, supone a todas luces una queja planteada con pleno derecho.

IV.3.2.- VERBOS VOLITIVOS Y DESIDERATIVOS.

En páginas precedentes, hemos visto ya cómo la expresión gramatical del deseo puede tener su aplicación en actos de habla directivos. Otro tanto podemos decir ahora de su expresión léxica.

En la clasificación serleana de los tipos de acto ilocucionario (1980: 74s), se señala como regla de sinceridad del acto de petición que «H desea que O haga A»¹⁷¹. Es necesario, pues, que este componente subyazga a toda enunciación directiva, de manera implícita al menos. Así se observa en la respuesta que da Júpiter al ruego de su esposa postiza:

AL. noli, amabo, Amphitruo, irasci Sosiae caussa mea. / IV. faciam ita *ut uis*. (...) (Plaut. *Amph.* 540-541).

[AL. Por favor, Anfitrión, no te enfades con Sosia por mi culpa. JU. Vale, como quieras.]

¹⁷¹ Cf. también Haverkate (1979: 111). Sin embargo, para Núñez (1991^a: 123-127), el acto directivo no incluye necesariamente el deseo por parte del hablante del cumplimiento de la acción, pues la necesidad anula en ocasiones el componente volitivo (véase Plaut. *Cist.* 626), por lo que concluye (p. 125) que «si en el imperativo o en los enunciados normativos existe, por tanto, un elemento de volitividad (...), este no puede ser considerado como un elemento perteneciente a la estructura semántica de estas, sino como una inferencia pragmática de orden contextual», afirmación que le lleva a reformular así la primera norma serleana (p. 127): «El objetivo del hablante al emitir una orden es hacer que el oyente realice una actividad determinada», definición que implica una consideración de los objetivos del hablante y no de su volitividad.

Pero es posible también la expresión explícita de esta condición fundamental del acto de habla directivo por medio de mecanismos léxicos, que implican el empleo de verbos desiderativos o modales volitivos:

MEN. scin quid *uolo* ego te accurare? ER. scio, curabo quae uoles. / MEN. iube igitur tribu' nobis apud te prandium accurarier (Plaut. *Men.* 207-208).

[MEN. ¿Sabes de qué quiero que te ocupes? ER. Sí, me encargaré de lo que quieras. MEN. Pues manda entonces que preparen un banquete para nosotros tres en tu casa.]

Bastantes versos más adelante, cuando el encargo esté ya cumplido, la cortesana Ercia informará –si bien no al hermano adecuado– del puntual cumplimiento del encargo que le ha sido encomendado:

omne paratumst, ut *iussisti* / atque ut *uoluisti*, neque tibi / ulla morast intus. / prandium, ut *iussisti*, hic curatumst: ubi lubet, ire licet accubitus (Ibíd. 364-368).

[Todo está ya preparado, como has querido y has ordenado, ya no hay nada que esperar ahí dentro. Ya se han ocupado, según ordenaste, de la comida. Cuando te plazca, podemos sentarnos a la mesa.]

La referencia a una predicación controlable por el agente designado para la misma permite, nuevamente, la interpretación de este tipo de expresiones como directivas, mientras que la determinación del tipo de acto directivo al que haga referencia se realizará de acuerdo con los parámetros tratados más arriba –beneficiario, autoridad, etc.–; este último criterio es el que determinará su carácter coactivo, categoría a la que, en concreto los verbos modales, parecen indiferentes (Risselada, 1993: 284). Dicho carácter neutro se evidencia al contrastar el recién reproducido fragmento plautino con los siguientes:

DI. immo istoc ad uos <*uolo*> ire. AS. non potest, nimium *petis* (Plaut. *Truc.* 752).

[DI. En realidad a donde quiero ir es a vuestra casa. AS. Pues no puedes, pides demasiado.]

si apud med essurú's [es], mihi dari operam *uolo*. / SC. bonum aequomque *oras* (...) (Plaut. *Rud.* 183-184).

[Si vas a cenar en mi casa, quiero que me hagas caso. ES. Es justo y razonable lo que pides.]

Sin embargo, es conveniente acotar las implicaciones de esta afirmación. La recién mencionada neutralidad con respecto a su grado de obligatoriedad ha de ser puesta en tela de juicio, pues, si bien este tipo de enunciaciones resultan admisibles en contextos en los que existe cierta familiaridad entre los interlocutores (como en los recién reproducidos), o cuando la relación entre ellos es de tipo vertical y desigual, es decir, jerárquica, en el momento en que nos traslademos al plano horizontal y desaparezca dicha familiaridad, su grado de admisibilidad será ya más dudoso. En efecto, este tipo de expresiones otorgan cierto privilegio a las apetencias del hablante y, cuando estas afectan de algún modo a las de los demás, resultan disfuncionales socialmente hablando, pues chocan frontalmente con los criterios de cortesía. Por ello, salvo en el caso recién reproducido, la focalización de la actitud del hablante con respecto a aquello que pretende conseguir o bien implica un carácter autoritario o, en caso contrario, queda relegado a la categoría de tabú lingüístico. En consonancia con este dato, su uso mayoritario reflejará inequívocamente directivas coactivas supeditadas al criterio de primacía jerárquica¹⁷².

Para evitar este choque entre los intereses comunicativos y los relativos al mantenimiento de las relaciones sociales, la lengua desarrolla ciertos mecanismos expresivos que constituyen fórmulas de compromiso entre ambas tendencias igualmente preeminentes. En este caso, el grado de determinación del hablante con respecto a la directiva que enuncia puede ser mitigado mediante el empleo del presente de subjuntivo, que contribuye a la creación de una sensación de irrealidad y, por tanto, alejamiento, y un mayor grado de cortesía¹⁷³, función en la que la forma *uelim* se irá especializando cada vez más:

¹⁷² Así, no será extraña la combinación de la manifestación léxica de los dos conceptos que venimos tratando (cf. *uolo ut quod iubeo facias*; Plaut. *Bacch.* 988, *cit. supra*). Véase la tabla que compone Risselada (1993: 288) con los datos relativos a este hecho. La autora, sin embargo, no justifica los empleos de estos verbos en indicativo como «optional requests». El grado de familiaridad o la relación estrecha entre los interlocutores, a los que hemos aludido, justifican así mismo la firme voluntad de agradar que subyace en expresiones como *Tus deseos son órdenes para mí*.

¹⁷³ Cf. las palabras de Mariner Bigorra (1957: 478) al respecto: «se trata de atenuar la tajante expresión objetiva de la voluntad, casos en los que el uso del potencial o el irreal producen una impresión de cortesía (algo así como dar por fingido el acto de voluntad en el caso de que el interlocutor no se disponga

de ea re et de ceteris rebus quam primum *uelim* nobis litteras mittas (Cic. *fam.* 14, 10, 1).

[Acerca de ese asunto y de todos los demás quisiera que me enviaras cartas con la mayor brevedad posible.]

En este sentido, los compuestos *nolo*¹⁷⁴ y *malo* muestran un comportamiento idéntico, como se observa en los siguientes pares (Risselada, 1993: 281):

AG. maledicta hinc *aufer*, linguam compescas *face*. / maledicere huic temperabis, si sapis. / meis consanguineis *nolo* te iniuste loqui (Plaut. *Poen.* 1035-1037¹⁷⁵).

[AG. Déjate de maldiciones y controla tu lengua. Si sabes lo que te conviene, controlarás los insultos que le estás dirigiendo a este. No quiero que hables mal a mis parientes.]

(...) atque te / *nolim* suscensere quod ego iratus ei feci male (Plaut. *Capt.* 942-943).

[Y no quisiera que te enfadaras por haberlo tratado mal cuando estaba encolerizado.]

(...) TO. quid stas? *adi sis* tute atque ipse itidem *roga* / ut tibi percontari liceat quae uelis; etsi mihi / dixit dare potestatem eiuis; sed ego te *malo* tamen / eumpse adire, ut ne contemnat te ille. DO. sati' recte admones (Plaut. *Persa* 600-603).

[TO. ¿Por qué te quedas ahí? Acércate, por favor, y pídele tú mismo que te deje preguntarle lo que quieres. Aunque a mí ya me ha dado permiso, yo prefiero que seas tú quien te dirijas a él para que no te desprecie. DO. Es bastante buen consejo.]

MI. abeo igitur. AG. facias modo quam memores *mauelim*. / patruo aduenienti cena curetur *uolo* (Plaut. *Poen.* 1150-1151).

[MI. Entonces me marchó. AG. Preferiría que lo hicieras ya en lugar de decirlo. Y quiero que se prepare una cena por la llegada de mi tío.]

La sensación de desrealización con respecto al mensaje enunciado que proporciona el modo subjuntivo deriva directamente del uso originario de estas

a acceder, cf. cast. *querría que Vd. lo viera* y, con intención psicológica similar y análogo efecto de cortesía, el uso de tiempos del pasado por actos de voluntad presente: *quería que Vd. lo viera*, algo así como "yo lo quería, pero si Vd. no lo quiere, yo tampoco lo quiero")». Sin embargo, para Mesa Sanz (1998^o: 42ss), la distinción *uolo* / *uelim* responde a motivos más complejos que la simple atenuación.

¹⁷⁴ El empleo del imperativo de este verbo con cláusula de infinitivo está convencionalizado, según Risselada (1993: 291), como expresión de directivas prohibitivas no autoritarias. Véanse, con todo, las consideraciones de Mesa Sanz (1998^o: 76ss) a este respecto.

¹⁷⁵ En este caso, salta a la vista el talante enojado y ofendido que muestra Agorastocles.

expresiones como formulaciones de meros deseos, en los que resulta menor el grado de «factualidad»¹⁷⁶ y la implicación del hablante, al mismo tiempo que se duda implícitamente del grado de control del interlocutor con respecto al resultado apetecido. Pero su grado de convencionalización irá haciéndose cada vez más acusado, hasta el punto de que esta será la fórmula petitoria por antonomasia del estilo ciceroniano (Risselada, 1993: 241)¹⁷⁷; con lo que la diferencia *uolo* / *uelim* reside, dentro de este estado de lengua, únicamente en el plano alocucionario y en la intensidad del acto directivo que se pretenda expresar, tal y como ocurre también en la dicotomía del castellano *quisiera* (*querría, quería*) / *quiero*. Y es que «las normas de cortesía determinan el estilo de la interacción verbal, pero no afectan al contenido proposicional de lo que se comunica» (Haverkate, 1994: 15).

Continuando en la vía de la comparación con esta lengua, debemos decir que, si bien en ella se encuentra igualmente convencionalizado el empleo de la referencia a la condición previa de disponibilidad¹⁷⁸ para la realización de enunciados directivos –así, sirva como ejemplo, en *¿Quieres abrirme la puerta?*–, en la lengua latina parece que la segunda persona del presente de indicativo de *uelle* se haya especializado más bien en la expresión de ofrecimientos, actos que, obviamente, escapan a la categoría de los actos impositivos:

¹⁷⁶ Término empleado por Risselada (1993: *passim*). El uso del subjuntivo, según esta autora, está relegado en los textos cómicos a la formulación de deseos: «it indicates that the speaker is not (fully) convinced of the communicative relevance of expressing these wants, because expressing them does not bring realization any closer in view of the addressee's lack of control» (ibíd.: 190). Con todo, existen también casos de empleos con orientación directiva; cf. Plaut. *Men.* 909 (*adeas uelim*), que Núñez (1991^b: 360, n. 15) compara con un uso paralelo del imperfecto de indicativo (Plaut. *Asin.* 392: *Demaenetum uolebam*), pues en ambos casos se busca una desrealización de los hechos expuestos, lo cual suaviza el marcado carácter volitivo que posee este lexema.

¹⁷⁷ La citada autora establece la evolución de esta fórmula en los siguientes términos: «The explanation proposed here for the use of the subjunctive form *uelim* first of all fits the value which *uelim* has in the wishes (...). However it also forms the starting point from which *uelim* could become an expression of low-expectancy ('wishlike'), and hence polite requests. Only when this latter (secondary) use of *uelim* was conventionalised, *uelim* also became a conventional expression for 'ordinary' requests, in the case of which the 'less than fully realistic' presentation of the speaker's wants was no longer connected with an uncontrollable content clause, but became a mode of expression in itself» (1993: 295).

¹⁷⁸ Cf. Haverkate (1979: 137): «We can define the willingness rule as follows: S presupposes that H is willing to do A, or is obliged to do A by virtue of the power that S exercises over H». Entre las características señaladas para este tipo de expresiones (cf. ibíd.: 138), se encuentran la forma interrogativa o imperativa, la plena especificación del acto del oyente y la correferencialidad de los sujetos de la oración principal y la subordinada.

CH. cedo, quid uis faciam? (...) (Ter. *Haut.* 846).

[CH. Y dime, ¿qué quieres que haga?]

(...) TH. mi Phaedria, / et tu. numquid uis aliud? PH. egone quid uelim? (Ter. *Eun.* 190-191).

[TA. Y tú, Fedrias mío, ¿quieres algo más? FE. ¿Que si quiero algo?];

o en la concesión de permisos:

GN. iam dimitto exercitum? THR. ubi uis (...) (Ter. *Eun.* 814).

[GN. ¿Licencio ya al ejército? TR. Cuando quieras.];

lo cual, según ya vimos (*supra*, II.2.4), supone una forma especial de anuencia a una solicitud. Por lo tanto, parece claro que el empleo directivo de esta condición previa en su plasmación léxica es inexistente en latín. Sin embargo, si centramos nuestra atención en la periferia de los enunciados directivos y no en la predicación nuclear, encontraremos un extendido empleo de la fórmula *si uis*, fuertemente gramaticalizada en la forma aglutinada *sis* (o *sultis*, en plural) y altamente convencionalizada para la expresión de cortesía lingüística. Nos ocuparemos de ella más adelante (IV.3.4.3).

Junto a los empleos directivos de los verbos modales volitivos, existe un grupo léxico con un significado muy cercano: las expresiones desiderativas. Ambos grupos constituyen, en efecto, un campo limítrofe con el que aquí nos ocupa, pues, según vimos (II.2.3.3), la categoría ‘deseo-volición’ constituye el grado no-resultativo en la cadena secuencial que forma con la petición (‘quiero / deseo’ -- ‘pido’), al igual que esta resulta ser, a su vez, el término no-resultativo con respecto a la obtención (o no) de lo solicitado (‘pido’ -- ‘obtengo’). Se establece así una estrecha afinidad nocional entre ambos campos, radicada en su orientación clasemática predominante de expresión de la voluntad, que determina ese carácter genérico no-resultativo. A partir de este valor, explica García-Hernández (1987: 253) el paralelismo de ambos con respecto al complementario ‘dar’ (*peto* .- *das* :: *opto* .- *das*), que puede funcionar de tal modo como término complementario de *optare* en relación intersubjetiva:

TO. o Sagaristio, di ament te. SAG. o Toxile, *dabunt* di quae *exoptes* (Plaut. *Persa* 16).

[TO. Oh, Sagaristión, que los dioses te sean propicios. SAG. Oh, Tóxilo, los dioses te concederán cuanto desees.]

Con todo, debemos advertir de que la diferencia opositiva que se establece entre las nociones de ‘petición’ y ‘volición-deseo’ radica en el rasgo /+acción dinámica/ que caracteriza a la primera, y desaparece del contenido semántico de la última. Cuando los lexemas desiderativos se emplean con intencionalidad directiva, el hablante adopta una actitud más pasiva, lo que insta a que sea el oyente el que tome la determinación al respecto de su actuación. En efecto, según el carácter desiderativo compartido por ambas nociones, los términos de carácter volitivo-desiderativo, en general, poseen la capacidad de avanzar un puesto en la secuencia. El motivo de este desplazamiento en el caso de los lexemas desiderativos es claramente la búsqueda de la expresión cortés de una petición, aunque no pueden descartarse motivos estilísticos¹⁷⁹. De tal modo, se produce la total confluencia de las funciones instrumental y volitiva de la lengua¹⁸⁰.

Sin embargo, para que tal desplazamiento pueda ser efectivamente interpretado como directivo, se ha de cumplir un condicionamiento de orden semántico fundamental: el contenido sintagmático ha de ser /+realizable/ para el agente designado (Núñez, 1991^b: 360), lo que equivale a decir que este ha de tener capacidad de controlar un determinado «estado de cosas».

Importante, aunque no determinante –pues la única diferencia que impondrá afectará al tipo de acto directivo realizado–, resulta también el grado de control del hablante sobre dicho agente, basado en el criterio de jerarquía. Tal aspecto incidirá en la productividad de este tipo de expresiones en aras de la cortesía. Sin embargo, según ya hemos advertido, cuando una relación social vertical adopta un sentido descendente, este componente es normalmente obviado, dada la fuerte estratificación de la sociedad

¹⁷⁹ Muy ilustrativo resulta a este respecto la evolución semasiológica que sufrió el verbo latino *peto* (cf. *infra*, VII.4.1).

¹⁸⁰ Pinkster (1995: 256ss) incluye la fuerza ilocutiva desiderativa, como una de las orientaciones que puede adoptar la oración imperativa. Puede verse también Risselada (1993: 37) quien, en su clasificación de los actos de habla, defiende que los deseos (el tipo optativo), se encuentran entre los expresivos y los comisivos, pero también, y esto es lo que aquí nos interesa, ocupan un lugar entre los comisivos y los directivos. La tenue frontera que divide los actos optativos de los expresivos, determinará, por otra parte, la convencionalización de fórmulas pertenecientes originariamente a la primera clase para la enunciación de actos expresivos –saludos o despedidas, como *di te ament*– o actos exclamativos / aseverativos –así ocurre con *di me perdant!*–, ambas fuertemente estereotipadas; cf. Mesa Sanz (1998^a).

antigua. Cuando el sentido de tal relación es el opuesto y es un inferior el que solicita algo de un superior, el empleo de esta categoría léxica nos pone, en efecto, en contacto con la noción de cortesía, pero también responde a un condicionamiento real de la relación que existe entre ambos, pues alguien con un puesto más bajo en la escala de jerarquía carece de control sobre su superior.

Pero, a pesar de este común funcionamiento orientado a la función directiva, debemos admitir que ‘deseo’ y ‘voluntad’ no son en realidad términos sinónimos, sino que se organizan en forma de relación extensional, es decir, son «dos grados distintos de intensidad de la misma manifestación volitiva» (Marcos Pérez, 1973: 13). Para este autor además, la formulación de un deseo en forma de ruego o mandato depende exclusivamente de «que lo que quiere o desea pueda sentirlo el hablante como algo realizable o como algo irrealizable. En el primer caso formulará su deseo en forma de ruego o mandato (...) o, por el contrario, lo formulará en forma desiderativa cuando el hablante sienta que se trata de algo irrealizable o, al menos, de algo que escapa al control de ambos interlocutores» (ibíd.: 14). Con todo, aunque coincidimos plenamente con este autor en la idea de que el deseo, en el plano extralingüístico, sea el desencadenante lógico de una petición (o en su defecto, de una orden), no podemos pensar que la materialización lingüística de este deseo adquiera indefectiblemente, en todas las ocasiones en que el hablante sienta el contenido del mensaje como algo realizable, la forma específica de un ruego o un mandato, pues, las expresiones léxicas aportan un contenido semántico adicional que resulta menos coactivo y, en consecuencia, más cortés y parangonable a la menor «factualidad» que, según hemos visto, muestran los usos directivos de verbos volitivos en subjuntivo:

ARG. *opto* annum hunc perpetuom mihi huius operas. LE. *impetrasti* (Plaut. *Asin.* 721).

[ARG. Deseo que durante un año entero sus favores sean para mí. LE. Lo has conseguido.]

Además, en la relación con la divinidad, encontramos nuevas evidencias en contra de esa idea. En la especial forma de comunicación que se establece entre el creyente y la divinidad a la que se dirige, la plegaria, la verbalización del mensaje está supeditada tanto a estos condicionantes de cortesía, como a determinados factores psicológicos que la condicionan sobremanera y que determinan un hecho constatable en este ámbito: la

formulación de peticiones en forma de deseos. La explicación a tal lexicalización, en este caso, va más allá de la consideración del suplicante acerca de la capacidad divina de realización del contenido de la plegaria (duda que no cabe en la mentalidad del fiel), pues las categorías de control y capacidad de realización se seleccionan aquí por defecto. Se trata más bien de que el fiel se siente excluido de la esfera de actuación de la deidad y de ahí que el cumplimiento de la acción solicitada se escape de su ámbito de control¹⁸¹. Además, no está de más añadir que esta forma de comunicación posee, por definición, una naturaleza no inmediata, que incluso el creyente más convencido acepta sin conflicto. La selección de estos lexemas no responde únicamente, al menos en este caso, al juicio del emisor acerca de la posibilidad o imposibilidad del cumplimiento de su mensaje, sino que intervienen en ella condicionamientos psicológicos y restricciones pragmáticas, entre las que destacan con gran fuerza las impuestas por el fenómeno de la cortesía. Así, un verbo como *optare*, que al igual que *desiderare*, muestra un contenido volitivo poco marcado, se utiliza en muchas ocasiones para la expresión de una plegaria dirigida a un dios¹⁸²:

optat idem iuuenis quod nos, sed tectius optat; / nam pudet haec illum dicere uerba palam. / at tu, Natalis, quoniam deus omnia sentis, / adnue: quid refert, clamne palamne roget? (Tib. 3, 11 (4,5), 17-20).

[El joven desea lo mismo que nosotros, pero lo desea más por dentro, pues le avergüenza decirlo en voz alta. Pero tú, Genio natalicio, ya que como dios lo percibes todo, accede; ¿qué importa si lo pide en secreto o las claras?]

hoc breuissime dicam, neminem umquam tam impudentem fuisse, qui ab dis immortalibus tot et tantas res tacitus auderet optare, quot et quantas dii immortales ad Cn. Pompeium detulerunt (Cic. *Manil.* 48).

[Afirmaré esto brevemente, que jamás fue nadie tan presuntuoso como para atreverse a desear de corazón que los dioses inmortales le concedieran tantas y tan grandes cosas, como las que los dioses inmortales arrebataron a Gn. Pompeyo.]

¹⁸¹ Sobre la plegaria, su afinidad psicológica con el deseo y su manifestación en la lengua griega, véase Grassi (1963; esp. pp. 194ss).

¹⁸² Cf. también Plaut. *Mil.* 1038, *cit. supra*. Ciertos contextos parecen indicar que este término experimentará una especialización para los casos en que la petición no recibe una vocalización audible. Cf. Iuu. 10, 289-291 y Sen. *benef.* 6, 38, 1-5. En consonancia con esta caracterización, la lengua latina habilitará un lexema específico para la designación de la acción no-coactiva dirigida a la divinidad (*precari*, cf. *infra* VII.6.5.1).

En todos estos ejemplos se observa claramente cómo, en el ámbito religioso, al no existir un receptor tangible de la petición, esta diluye en muchas ocasiones sus fronteras con el deseo, pudiendo incluso llegar a confundirse ambos. La neutralización entre ambos conceptos se produce eminentemente en las manifestaciones del culto personal y privado, pues en los rituales del culto institucional y público primará el componente contractual entre el Estado y la divinidad, lo que dejará tras de sí ciertas huellas en el plano de la expresión (*cf. infra*, capítulo VIII).

IV.3.3.- VERBOS DEÓNTICOS.

Desde el punto de vista lógico-semántico, el carácter volitivo de la función directiva asegura su inclusión en la modalidad deóntica del lenguaje¹⁸³; esta se asocia por definición a las nociones de necesidad y posibilidad y hace referencia a «acciones voluntarias y controlables con independencia de que sean o no realmente realizadas» (Núñez, 1991^a: 113s). Cualquier orden ha de estar, pues, basada necesariamente en una idea de obligación intrínseca –la llamada «causa deóntica»¹⁸⁴–, en cualquiera de los aspectos de la triple vertiente en que esta se divide: moral, lógico y natural. La ley, por ejemplo, impone una modalidad deóntica que Cicerón, siguiendo postulados platónicos, interpreta en términos jerárquicos:

legum denique idcirco omnes serui sumus, ut liberi esse possimus (Cic. *Cluent.* 146).

[De las leyes, en resumen, somos todos siervos por este motivo: para que podamos ser libres.]

¹⁸³ Si bien desde perspectivas diferentes y divergentes en algunas de sus conclusiones, el análisis del concepto de modalidad en la lengua latina ha sido abordada en dos completas monografías: Bolkestein (1980) y, más recientemente, Núñez (1991^a).

¹⁸⁴ Núñez (1991^a: 130s), la define así: «entidad, no necesariamente humana, dotada de autoridad para imponer o levantar obligaciones. (...) A diferencia del sujeto normativo, que debe ser alguien dotado del rasgo semántico /+humano/, la autoridad sin embargo no debe residir necesariamente en un agente humano; de hecho, puede tratarse de una entidad indeterminada (las costumbres o las normas morales) e incluso natural (la causalidad de los hechos naturales, por ejemplo)». De este modo (ibid.: 132), «el hablante puede encontrarse incluido como destinatario de la norma e incluso interpretarse a sí mismo».

Para entender correctamente esta afirmación conviene que nos detengamos en el concepto romano de *ius*. Pese a su incierta etimología, su primitiva pertenencia a la esfera religiosa (cf. E&M, s.u.) –frente al carácter más laico que adquirirá con el tiempo y que justificará su oposición al *fas*, aquello que la religión considera lícito– y la reverencia que infunde sustentan y revalorizan la fuerza coactiva de cualquier norma moral derivada de esta idea¹⁸⁵, pues la efectividad atribuida tanto al derecho como a la religión depende fundamentalmente de la conceptualización de una relación de causalidad entre ciertos rituales, de un formalismo muy acusado, y unos determinados efectos.

Concebido en origen, desde un punto de vista subjetivo, como el acto de fuerza realizado formalmente por un individuo¹⁸⁶, el *ius* pasó pronto a tener una caracterización más objetiva, dada la necesidad de que dicho acto de fuerza fuese revalidado por la sociedad en cuyo seno se realiza, la cual, por medio de sus jueces, reconoce tal acto como ajustado a las conveniencias (D’Ors, 1986: 43ss). Se llega así a su caracterización definitiva, en cierto modo circular, pues la facultad o el derecho a la libertad de actuación de un individuo depende directamente de la adecuación de su comportamiento a una determinada norma coactiva –elemento caracterizador de la norma jurídica frente a la mera norma moral–, que, a su vez, ha sido determinada por una sociedad, como medida de compromiso que facilite y regule la interacción de los individuos¹⁸⁷. Es decir, que la capacidad de actuación de un individuo deriva de la misma norma que la coarta, al imponer una causa deóntica inapelable. La primera fuente deóntica que poseyeron los ciudadanos de la antigua Roma fueron los *mores*

¹⁸⁵ De hecho, las fórmulas en las que estaba fundamentado el derecho civil eran celosamente guardadas por el colegio pontifical, hasta que, según nos informa Livio (9, 46), C. Flavio divulgó esa normativa. Esa misma reverencia religiosa es, por otro lado, la que sustenta la *auctoritas* de los juristas que profieren *responsa* y que no es esencialmente distinta de la detentada por los augures.

¹⁸⁶ Este tipo de actos de fuerza (*uis*) conforman un aspecto indisolublemente unido a la creación de instituciones en las sociedades primitivas, al funcionar como un buen criterio de atribución de poderes personales (cf. *supra*, III.5, lo relativo a las dimensiones de poder y solidaridad). Sus manifestaciones concretas, formalmente muy ritualizadas, podían ser de dos clases: actos de apoderamiento de cosas (*uindicatio*) y de personas (*manus iniectio*), de los que derivan los derechos reales (de *res*) y personales (sobre la persona de un deudor); cf. D’Ors (1986: 46).

¹⁸⁷ Según afirma Veyne en páginas muy iluminadoras (2001: 207-212), únicamente la ley puede permitir el mantenimiento de la colectividad y el bien público. Solo la obediencia estricta de una regla asegura la permanencia del *statu quo*, por lo que toda trasgresión implica un desorden. Así, el respeto –podríamos incluso hablar de veneración– que los romanos muestran hacia sus costumbres ancestrales y su miedo a toda innovación no son mera rutina, sino que derivan de su particular discurso político. La ley en Grecia y Roma revela menos derecho, lo que nosotros entendemos por derecho, que política o, más concretamente, constitución.

maiorum, las reglas de comportamiento tradicionalmente aceptadas, pero pronto –mediados del s. V a.C.– se produjo la primera codificación de preceptos jurídicos, las *Leyes de las XII Tablas*, que, de manera sobria y concisa, impusieron la normativa rectora del comportamiento individual, cuya plasmación escrita permitía su aplicación inequívoca. Tanto estas –jamás derogadas explícitamente– como las leyes que se irían creando a lo largo de la historia, supusieron, en virtud de su validación jurídica, un modelo de comportamiento (una causa deóntica), al que ningún individuo podría sustraerse, bajo la amenaza de alguna medida punitiva. La ley, literalmente, ordena.

De manera análoga, la causa deóntica lógica o la natural, que vinculan inexorablemente ciertas causas a sus correspondientes efectos físicos, determinarán el empleo metafórico de algunos lexemas petitorios de tipo coactivo con sujeto /no-humano/ o /inanimado/. A su lado, el ya estudiado componente de autoridad jerárquica –o fuerza física– podrá funcionar igualmente como causa deóntica de un enunciado directivo, que resultará, en este caso, de tipo subjetivo y dependerá directamente de la volición del hablante.

De tal modo, junto a las expresiones gramaticales de la causa deóntica –modos verbales– orientadas a la realización de enunciados directivos, es lógico que los lexemas modales específicamente encargados de la expresión de la obligación y la necesidad puedan también adoptar esa función más específica, que, al mismo tiempo, se encuentra plenamente justificada en el ámbito nocional más amplio que proporciona esta. El colocar el empleo de verbos modales en la base de la creación de un enunciado directivo permite la explicitación directa de cierto rasgo del componente ilocucionario de estas expresiones: la «condición de razonabilidad». De tal modo, su aparición está orientada a crear en el oyente la convicción de la necesidad de realización del acto exhortado (Haverkate, 1979: 115ss). Al mismo tiempo, tales enunciados se caracterizan por la gramaticalización del rasgo de autoridad en el hablante, con lo que únicamente podrán codificar actos coactivos¹⁸⁸.

¹⁸⁸ Con todo, los verbos modales muestran cierta ambigüedad en lo que a su causa deóntica se refiere y su empleo mayoritario no es, en absoluto, el directivo; cf. Núñez (1991^a: 144): «Las construcciones directivas con verbos modales se diferencian en su conjunto de las expresadas mediante imperativos y subjuntivos por la mayor ambigüedad que presentan tanto en lo referente al rasgo *autoridad*, como en lo relativo a la distinción entre enunciados directivos y no directivos. (...) Solo en aquellos casos, relativamente poco frecuentes en los que el contexto permite asignar el rasgo *autoridad* al hablante, puede

De acuerdo con Núñez (1991^a: 147-149), por medio de las expresiones léxicas de la obligación, únicamente podrán ser realizadas órdenes o consejos, mientras que peticiones y ruegos quedarán excluidas de su esfera de significación y solo será posible articular su expresión léxica a través de los modales de posibilidad:

OL. *ecquid amas nunc me?* LY. *immo edepol me quam te minus.* / *licetne amplecti te?* CH. *quid, 'amplecti'?* OL. *licet* (Plaut. *Cas.* 456-457).

[OL. ¿Entonces me quieres? LI. Claro, por Pólux, más que a mí mismo. ¿Se te puede abrazar ya? CA. ¿Cómo 'abrazar'? OL. ¡Claro!]

ME. *possum scire quo profectus, quous sis aut quid ueneris?* (Plaut. *Amph.* 346).

[ME. ¿Puedo saber a dónde vas, de quién eres o por qué has venido?]

Sin embargo, según tendremos ocasión de comprobar en el momento de abordar el análisis léxico de los verbos de 'petición', conviene advertir de que el carácter coactivo de ciertas expresiones podrá descansar ocasionalmente en un elemento autoritario actualizado de manera contextual; de tal modo, si bien la expresión del ruego queda excluida de esta categoría, no siempre un hablante jerárquicamente inferior verá su capacidad de realizaciones ilocucionarias reducida únicamente a la expresión de este tipo de acto de habla cuando sea su deseo provocar una actuación en su interlocutor, sino que existe para él la posibilidad de realizar un acto coactivo; en estos casos, la relación jerárquica relativa entre los hablantes queda anulada, para dar paso a la funcionalidad del rasgo autoritativo basado en una causa deóntica, intrínsecamente ajena al emisor –pero asignada a él de manera contextual–, que justifica la plasmación lingüística de su mensaje en tales términos y asegura su pertinencia.

Pues bien, existen en latín cuatro verbos modales que permiten la expresión de la directividad (*possum* –ya tratado *supra*, IV.3.1–, *debeo*, *oportet*, *licet*) y una construcción predicativa (*necesse est*). Igualmente se ha de incluir en la modalidad deóntica las ya mencionadas construcciones gerundivas y la lexía *opus est*¹⁸⁹. Para que su lectura directiva esté asegurada, se ha de producir necesariamente la incorporación

hablarse propiamente de enunciados performativos, parafraseables mediante “yo (te) ordeno que...”, “yo (te) permito que...”».

¹⁸⁹ Estas formas, sin embargo, no pueden ser consideradas estrictamente como modales por carecer de usos epistémicos. Cf. Núñez (1991^b: 370).

directa de oyente y hablante dentro del enunciado (Núñez, 1991^a: 146). Un sucinto repaso al empleo que reciben estos verbos en procesos comunicativos concretos nos permitirá ampliar aún más el rico panorama de mecanismos expresivos que, orientados a esa fuerza ilocutiva, posee la lengua latina.

IV.3.3.1.- *Debere*.

Entre los valores de este verbo polisémico, cabe resaltar los siguientes (Núñez, 1991^a: 73): (i) “deber”, en sentido jurídico, generalmente una suma de dinero, pero también cualquier otro objeto, favor o servicio. Este valor exige un complemento en acusativo y es, con mucho, el más desarrollado en el estado de lengua que muestra la obra plautina:

TR. quattuor quadraginta illi *debentur* minae (Plaut. *Most.* 630).

[TR. Se le deben cuarenta y cuatro minas.]

quibu’ pro benefactis fateor *deberi* tibi / et libertatem et multas gratas gratias (Plaut. *Poen.* 133-134).

[Y, por estos favores, reconozco que te debo la libertad y una profunda gratitud.]

Precisamente este valor funciona como uno de los desencadenantes lógicos de la noción de ‘reclamación’ (*cf. supra*, II.2.3.3), que entra en relación complementaria con el verbo cuando el poseedor legítimo de tal bien intenta recuperar lo que le pertenece y solicita a su acreedor que salde su deuda (*cf. debitum* y *debitor*). Aunque, claro está, el antiguo propietario bien puede considerar saldada la deuda, con lo que queda rota la secuencia intrasubjetiva *debere--reddere*:

NI. haec oues uobis malam rem magnam quam *debent* dabunt. / BA. si quam *debes*, te condono: tibi habe, numquam aps te *petam* (Plaut. *Bacch.* 1142-1143).

[NI. Estas ovejas os van a dar el gran castigo que os deben. BA. Si me debes algo, te lo perdono. Quédatelo, nunca te lo voy a reclamar.]

(ii) con complemento en infinitivo y reducción de su número de posiciones, este verbo pasa a designar la obligación moral de carácter subjetivo. Tal empleo parece muy

restringido en las comedias de Plauto, y su valor ha de ser necesariamente considerado como derivado del primero. Únicamente un pasaje muestra este valor de manera clara (Thomas, 2002: 96)¹⁹⁰, aunque la orientación directiva no sea del todo clara:

debetis uelle quae uelimus: meruimus / et ego et pater de uobis et re publica (Plaut. *Amph.* 39-40).

[Debéis querer lo que nosotros queramos; nos lo hemos ganado, tanto mi padre como yo, de vosotros y de la nación.]

(iii) junto a estos, es posible encontrar también algunos usos con valor epistémico, cuyo comportamiento es idéntico al que muestran *posse* o *licere*.

Evidentemente, el valor que aquí nos interesa es el que hemos señalado en segundo lugar, pues es el que permite la expresión de enunciados directivos, tanto con alusión directa al comportamiento que ha de adoptar el oyente:

lenis a te et facilis existimari debeo (Cic. *fam.* 5, 2, 9).

[Debes considerarme benévolo y pronto a agradar.]

Así como con este elemento obviado, según ha hecho notar Bolkestein (1980: 121s):

propensior benignitas esse debebit in calamitosos (Cic. *off.* 2, 62).

[La generosidad ha de dirigirse en mayor medida hacia los desgraciados.]

IV.3.3.2.- *Oportet*.

Por su parte, el valor modal de *oportet* es ya claro desde la obra de Plauto. El tipo de obligación que expresa este verbo deriva de convenciones sociales (Núñez, 1991^a: 72), de principios morales, o de los dictados particulares de un individuo con autoridad

¹⁹⁰ Véase también Martín Rodríguez (2002: 157-159), quien ofrece una convincente explicación del enriquecimiento significativo que experimentó este verbo desde la modificación de la base *habere*: según el arcaico sistema de transmisión de la propiedad basada en el intercambio de dones, en un movimiento de ida y vuelta, su valor originario sería el de “tener de alguien”. Cuando el verbo dejó de emplearse en secuencia intersubjetiva para pasar a la esfera intrasubjetiva («c’est-à-dire centré dans le propre sujet et sa conduite», p. 159), experimentaría su especialización como auxiliar deóntico.

sobre una situación determinada (Thomas, 2002: 97), valores todos ellos que –según este último autor (ibíd.: 98-101)– comparte con la forma *-ndum*, si bien esta se emplea desde la óptica del sujeto que se ha de someter a la obligación.

Nuevamente, no todos sus empleos deónticos podrán recibir una interpretación directiva, pues aun en el caso de no existir una referencia directa al comportamiento que ha de adoptar el potencial agente de un acto directivo, según acabamos de ver, el reconocimiento de la intencionalidad directiva se realizará en función de su grado de control sobre el enunciado en cuestión, evidentemente ausente en el ejemplo que reproducimos a continuación:

ad mortem te, Catilina, duci iussu consulis iam pridem oportebat (Cic. *Catil.* 1, 2).

[Hace ya tiempo, Catilina, que convenía llevarte al patíbulo por orden consular.];

dada su incompatibilidad con el tiempo pasado; pero queda plenamente de manifiesto en el siguiente:

prospicias oportet ne inimici nostri consulibus sublati sperent se conualescere posse (Cic. *fam.* 11, 9, 1).

[Conviene que estés atento para que nuestros enemigos, tras el nombramiento de los cónsules, no se hagan ilusiones de que pueden reforzar su posición.]

El tipo de obligación que marca este lexema puede, además, plantearse como forma de atenuar el grado de coactividad de un determinado acto de habla directivo. Colocar la causa deóntica en un elemento ajeno al hablante supone un enmascaramiento de su intención comunicativa precisa, una mitigación de su grado impresivo y una forma de salvaguarda de la imagen, puesto que la necesidad anula el rasgo voluntativo (Núñez, 1991^a: 125). Pero este tipo de maniobras orientadas hacia la cortesía pueden no ser siempre bien recibidas, como se observa en la irritada réplica que da Fedria a Geta:

sed quod modo hic nos Antiphonem monuimus, / id nosmet ipsos facere oportet, Phaedria. / PH. aufer mi 'oportet'; quin tu quid faciam *impera*¹⁹¹ (Ter. *Phorm.* 221-223).

[Pero lo que acabamos de aconsejar a Antifón, conviene que lo pongamos en práctica nosotros mismos. FE. Déjate de 'conviene'; ordéname ya lo que tenga que hacer.]

IV.3.3.3.- *Necesse est, opus est.*

La construcción predicativa *necesse est* es la forma modal que expresa el contenido de necesidad de forma más marcada, pues hace referencia a la inexorable necesidad natural, a lo exigido por las circunstancias; por eso es el giro más usual en expresiones de naturaleza proverbial (Núñez, 1991^a: 66). El valor deóntico de esta necesidad ligada a la relación de causalidad que se pueda establecer entre acontecimientos diversos –responsable, por otro lado, de los usos metafóricos con sujeto /no-humano/ de los lexemas coactivos de petición–, permite, siempre que se cumpla el muy mencionado rasgo de control, su interpretación con intencionalidad directiva:

adhibeas *necesse est* omnem rationem (Q. Cic. *pet.* 15).

[Resulta imprescindible que pongas toda tu atención en ello.]

Además, la necesidad impuesta por el desarrollo natural de los acontecimientos puede muy bien tener su efecto sobre las circunstancias e intereses personales. Si, según veíamos, el elemento volitivo funciona en el plano lógico como factor desencadenante del acto de habla directivo, la necesidad es una más que justificada causa para este movimiento de la voluntad. El siguiente ejemplo es un claro exponente de cómo esta –expresada en este caso mediante la construcción *opus est*– afecta y coarta la actuación del individuo y es, en muchas ocasiones, la responsable de la formulación de una petición, como ocurre también, según vimos (*supra*, II.2.3.1), con los verbos encargados de la expresión de la 'carencia' (*egere, indigere*). La mera expresión de una necesidad de carácter personal provoca, en contextos cooperativos, el ofrecimiento de ayuda y la invitación a la formulación concreta de la petición que permitirá, de este modo, conseguir el objetivo deseado:

¹⁹¹ Es interesante notar además la combinación de la partícula *quin* con una forma de imperativo para la expresión de una directiva irritada. Téngase presente la nota 162.

MI. festiuom facinus uenit mihi in mentem modo. / HA. quid id est? MI. *tua opust opera*. HA. *dic mihi*, quid lubet? / profecto *uteris*, ut uoles, *operam meam*. / *quid est negoti*? MI. *potin* tu fieri subdolus? / HA. *inimico possum*, amicost insipientia. / MI. *inimicus hercle* est huius. HA. male faxim lubens (Plaut. *Poen.* 1086-1091).

[MI. Se me acaba de ocurrir una broma pesada. HA. ¿De qué se trata? MI. Necesito tu ayuda. HA. Dime, ¿qué se te ofrece? Sabes que cuentas con mi ayuda para lo que quieras. ¿De qué se trata? MI. ¿Eres capaz de engañar a alguien? HA. A un enemigo sí, a un amigo es absurdo. MI. Se trata de un enemigo, por Hércules, de este. HA. Me encantaría jugarle una mala pasada.]

En estos casos además, el patrón sintáctico de la lexía *necesse est* se enriquece con una posición más, mediante la adición de un complemento en dativo, indicando el interesado. Así lo observamos en:

uobis necesse est uiris fortibus esse (Liu. 21, 44, 8).

[No os queda más remedio que ser soldados valientes.],

donde, no obstante, la clara plasmación directiva posee una orientación más dirigida hacia el consejo.

IV.3.3.4.- *LICET*.

Únicamente nos resta ya por tratar el verbo modal *licet*, cuyo empleo como lexema de posibilidad, orientado a la expresión del permiso (“estar permitido” o “conceder permiso”, en función de la ubicación de la causa deóntica) debería admitir, en principio, una interpretación directiva. Estudiábamos antes los contextos en los que un verbo facultativo como *posse* o el adjetivo de él derivado pueden ser empleados con esta función. Ligado a su valor facultativo, el sentido permisivo que puede adoptar permite, en lenguas como la nuestra, transmitir una intencionalidad impresiva, cuyo carácter coactivo, si es que no perentorio, parece claro para el hablante competente¹⁹². Pero el empleo correspondiente en la lengua latina no resulta tan claro. Risselada (1993: 304s)

¹⁹² Cf. Haverkate (1979: 136), quien ejemplifica el asunto con el enunciado *Ya puedes poner la mesa*.

cree reconocer el mismo fenómeno de expresión de directividad por medio de un permiso (bajo la forma *potes*), en el siguiente fragmento ciceroniano:

tu, <si> istius modi sermones ad te delati de me sunt, non debuisti credere; si autem hoc genere delectaris, ut quae tibi in mentem ueniant aliis attribuas, genus sermonis inducis in amicitiam minime liberale. (...) qua re *potes* doctissimis hominibus auctoribus(...) genus hoc totum orationis tollere (Cic. *fam.* 3, 8, 5).

[En cuanto a ti, si mi intervención te ha transmitido esa sensación, no debiste darle credibilidad; pero si te diviertes con este tipo de cosas, atribuyendo a otros lo que a ti se te pasa por la cabeza, haces intervenir en la amistad un discurso poco elegante. (...) Por tanto, puedes, con los doctísimos autores (...) eliminar todo este tipo de lenguaje.]

Sin embargo, dada su escasa representación con este sentido, cabe dudar de su grado de convencionalización; su interpretación directiva, en este caso, podría ser considerada una mera inferencia contextual, supeditada al contenido deóntico que se desprende de todo el pasaje. Sin embargo, esta afirmación no pretende ser concluyente y cabría hacer más indagaciones al respecto.

Por lo que respecta propiamente al lexema *licet*, apuntábamos al comienzo de esta sección la especialización de los modales de posibilidad orientados a la primera persona en la expresión de peticiones y ruegos, puesto que estos no permiten identificar la causa deóntica con el hablante, lo que sí ocurre con los modales de obligación. Así se pone de manifiesto en los siguientes ejemplos, en los que este tipo de expresiones son empleadas con sentido ascendente, dentro de la escala jerárquica:

PA. *pater, licetne* pauca? SI. quid dices mihi? CH. at / tamen, Simo, audi. SI. ego audiam? quid audiam, / Chreme? CH. at tandem dicat. SI. age dicat, *sino* (Ter. *Andr.* 893-895).

[PA. Padre, ¿te puedo decir una cosa? SI. ¿Qué me vas a decir? CR. Pero, venga, escucha, Simón. SI. ¿Que escuche? ¿Qué tengo que escuchar, Cremes? CR. Pero deja que hable. SI. Sí, venga, que hable, le dejo.]

SY. *ere, licetne*? CH. *loquere*. SY. at tuto. CH. *loquere*. (...) (Ter. *Haut.* 973).

[SI. Amo, ¿puedo...? CR. Habla. SI. Pero, ¿sin peligro? CR. Habla.]

Pero, debemos admitir que el sentido directivo no-impositivo que se desprende de la expresión modal de la posibilidad es, en realidad, recuperado de manera inferencial. El sentido primario que posee un enunciado modal en forma interrogativa es, de manera específica, la petición de permiso para la realización de un acto concreto, necesaria en contextos en que la libertad de actuación está restringida por la supeditación a un individuo con el rasgo contextual /+autoridad/, según acabamos de ver. De este modo, la secuencia lexemática que establecen estos enunciados se completa con la concesión del permiso solicitado, acto que puede ser expresado por medio de un imperativo¹⁹³ (cf. el recién reproducido Ter. *Haut.* 973: *licetne?* .- *loquere*), un subjuntivo (cf. Ter. *Andr.* 895: .- *age dicat*) o, en forma léxica, por medio del propio verbo modal (*licetne?* .- *licet*) o lexemas afines (. - *sino*; cf. Ter. *Andr.* 895), en los casos en los que el interlocutor está capacitado para la concesión de ese permiso; pero, igualmente, puede ser denegado, tanto por mecanismos léxicos como en forma gramatical, según vemos a continuación:

PAR. *ere, licetne scire ex te hodie, quid sit quod feci boni? / aut quid istuc est quod uos agiti?* PAM. *non licet (...)* (Ter. *Hec.* 873-874).

[PAR. Amo, te puedo preguntar qué favor he hecho?, ¿o de qué estáis hablando? PAN. No puedes.]

En consonancia con este valor primario, la expresión léxica de la posibilidad podrá ser encontrada en empleos más claramente directivos. En los casos en que la petición de un permiso entrañe la colaboración del interlocutor, su concesión en un contexto cooperativo impondrá en el interlocutor el compromiso de su actuación en beneficio ajeno. Veámoslo ejemplificado:

NI. *quid ais? licet<ne?* DI. *m>axum<e, si> quid est opus. / sed quid est negoti?* NI. *te ego audi<ui di>cere / operarium te uelle ru<s condu>c<ere>* (Plaut. *Vid.* 19-21).

[NI. ¿Qué dices? ¿puedo...? DI. Claro, lo que necesites. Pero, ¿de qué se trata? NI. Te he oído decir que quieres contratar un jornalero para tu hacienda.]

¹⁹³ En este sentido, según hemos hecho referencia en el apartado correspondiente, ha de considerarse este como un empleo no prototípico del imperativo, pues el beneficiario del acto exhortado es, a todas luces, su potencial agente. Así mismo debe ser interpretada la concesión del permiso solicitado mediante un lexema de mandato, como en Plaut. *Mil.* 520-521 (PE. *uise ad me intro, iam scies. / SC. licetne? PE. quin te iubeo; et placide noscita*).

Pese a lo fragmentario del texto reproducido, es posible reconocer en él la intención del joven Nicodemo de conseguir la ayuda de Dinias para salir de su infortunio. La buena disposición que muestra el viejo hacia su interlocutor hace que, aun antes de conocer las necesidades del joven, demuestre su intención de satisfacerlas.

De tal modo, la especial petición que supone la expresión estudiada puede representar en realidad un acercamiento directivo al interlocutor, si bien con un carácter coactivo más atenuado que en expresiones más directas, pues una respuesta afirmativa desencadenará la reacción de acción promovida. En realidad lo que aquí encontramos es un desdoblamiento del acto de habla, una duplicidad del objeto ilocucionario: la solicitud de permiso para el planteamiento de la petición específica que se pretende realizar facilita, mediante la creación de un acto de habla complejo, la consecución del objetivo perlocutivo de manera menos invasiva, o, al menos, el compromiso cooperativo del interlocutor antes de que se desvele el contenido sintagmático¹⁹⁴.

De tal modo, este tipo de actos de habla múltiples permiten, mediante su formulación, la expresión mitigada y cortés de una petición, en función de la necesidad de interpretación de modo inferencial. Los siguientes versos plautinos resultan muy ilustrativos al respecto. En ellos es posible observar los dos empleos de este lexema a los que hemos hecho alusión. Intercediendo por su amo Calidoro, Pséudolo pretende entablar conversación con el proxeneta Balión. Tras un intento infructuoso de conseguir su atención,

PS. hodie nate, heus, hodie nate, tibi ego dico, heus, hodie nate, / redi et respice ad nos (...)(Plaut. *Pseud.* 243-244).

[PS. El del cumpleaños, ¡eh! ¡El del cumpleaños!; a ti te digo, ¡eh! El del cumpleaños, vuélvete y míranos.];

¹⁹⁴ Del mismo modo, un acto de habla complejo como *¿Puedo preguntarle por qué...?* en el transcurso de una entrevista, en el que se expresa la petición de un permiso para la formulación de una pregunta que, paradójicamente, se está realizando en ese mismo momento, facilita el intercambio comunicativo, al realizarse la interpretación directa de la misma –el entrevistado ha aceptado de antemano contestar a las preguntas que se le planteen–, con lo que la acción subsiguiente se desencadena sin necesidad de pasos intermedios. De este modo, se consigue además un acercamiento menos coactivo al interlocutor. Menos coactiva resulta, igualmente, una interrogación con finalidad claramente directiva como *¿Puedo pedirle un cigarrillo?*, cuya respuesta afirmativa supone, obviamente, la donación solicitada y no la concesión del permiso para formular tal solicitud.

el esclavo no se da por vencido y se dirige a él nuevamente para intentar captar su interés, pero esta vez de manera algo más moderada, mediante la petición de permiso para entablar una charla con él y exponerle así sus pretensiones:

(...) PS. non *licet* conloqui te? (Ibíd. 252).

[PS. ¿No se puede hablar contigo?]

Sin embargo, consciente de lo que se le avecina, el lenón se mantiene en sus trece, expresando su firme propósito de no ser molestado; y, a continuación, recogiendo el lexema empleado por el esclavo en el parlamento anterior, formula una petición, en términos corteses –sensación intensificada por el parentético *obsecro* (cf. *infra* V.2.1)–, para intentar provocar la cesación de un comportamiento que le resulta inconveniente:

BA. at mi non lubet. PS. sin tuamst quippiam in rem? / BA. *licetne*, opsecro bitere an non licet? (...) (Ibíd. 253-254).

[BA. Pero a mí no me apetece. PS. ¿Y si es de tu interés? BA. ¿Puedo marcharme, os lo ruego, o no puedo?]

Si seguimos leyendo podremos comprobar cómo, dado el carácter no autoritario y /no-coactivo/ del ruego formulado, Pséudolo hará oídos sordos a esta petición y se mostrará resuelto a conseguir, por cualquier medio, el objetivo que persigue.

IV.3.4.- OTRAS FORMULACIONES LÉXICAS.

Hasta aquí hemos venido analizando diferentes formulaciones léxicas cuya orientación puede, de manera más o menos implícita, ser considerada como expresión de la fuerza ilocutiva directiva. Pero, además, el acto de habla directivo puede ser realizado por medio de la alusión explícita tanto de la intención ilocutiva, como de los efectos perlocutivos que con ella se intentan alcanzar.

En el primer caso nos encontraremos ante expresiones realizativas. Estas pueden funcionar indistintamente como núcleo del predicado, pero también como satélite de

otra predicación nuclear, en forma parentética. Tendremos ocasión de estudiar ambos empleos más adelante (capítulos V, VII y VIII). Por su parte, la alusión explícita a los efectos perlocucionarios sistemáticamente asociados a un acto de habla concreto podrá igualmente contribuir a la realización de un mensaje impreso e incluso sustituirlo. Ambos procedimientos suponen la focalización de un aspecto concreto del acto de habla que se está llevando a cabo y resultan, de este modo, muy expresivos.

IV.3.4.1.- Expresiones metadirectivas.

El segundo de los casos aludidos responde al concepto de expresión «metadirectiva» término acuñado por R. Risselada¹⁹⁵. Según su definición, este tipo de expresiones resultan la contrapartida funcional de las mencionadas formulaciones realizativas y constituyen una forma de expresión de intencionalidad ilocutiva, pero no un acto de habla en sí mismas. En principio, cualquier tipo de acto de habla puede ser realizado por medio de expresiones metadirectivas y su grado de convencionalización podrá variar de unas a otras. Esta es la razón por la que ciertos integrantes de esta categoría serán plenamente funcionales en la regulación de los intercambios comunicativos¹⁹⁶.

Pese a que esta autora reconoce como metadirectivos enunciados con otras formulaciones lingüísticas (1993: 265s), hemos de advertir de que su forma mayoritaria es la del imperativo. Por lo que respecta a la función estrictamente directiva¹⁹⁷, Risselada (ibíd.: 267ss) contempla los imperativos de *facere* (y sus modificados *efficere* y *perficere*), *curare*, *uidere*, así como la lexía *operam dare*. De todos ellos, con mucho, el más ampliamente utilizado resulta ser el primero, cuyo esquema argumental incluye una subordinada en la que se especifica el contenido de la actuación. Así se observa, por ejemplo, en:

¹⁹⁵ «Metadirectives are expressions by means of which the speaker explicitly mentions the perlocutionary effects that are systematically connected with the speech act that is being performed and ‘directs’ the addressee to realize these effects. Like performatives, metadirectives do not constitute a *speech act type*, but a particular *expression form for speech acts*» (Risselada, 1993: 258).

¹⁹⁶ De esta forma funcionan expresiones como *puta*, *audi* o *ausculta*, *mane*, *uide*, *eloquere*, *dic*, etc. Véase al respecto Risselada (1993: 259, n. 30) y Barbini (1966).

¹⁹⁷ Así las define Risselada (1993: 266): «In virtue of their lexical meaning, directive metadirectives explicitly refer to the systematic perlocutionary effects of directive speech acts, viz. the addressee’s realization of a particular state of affairs».

AL. numquid uis, quin abeam iam intro ut apparentur quibus opust? / IV. i sane, et quantum potest parata fac sint omnia (Plaut. *Amph.* 970-971).

[AL. ¿Quieres algo más, o puedo ya ir dentro a preparar todo lo necesario? JU. Sí, vete y procura que todo esté preparado lo antes posible.];

donde la metadirectiva establece un contraste claro entre la concesión del permiso (enfaticado mediante la partícula *sane*, para cuyo análisis, *cf. infra* IV.3.4.4) y la expresión directiva que se propone a continuación.

IV.3.4.2.- Partículas interjectivas.

Además de las recién tratadas formulaciones directivas de tipo léxico –y de las que aún veremos–, existe un grupo de partículas modificadoras de imperativos, más o menos idiomáticas y que muestran un funcionamiento paralelo al del grupo precedente, si bien con un grado de gramaticalización mucho mayor. Tal condición impedirá a este tipo de partículas adoptar cualquier complementación sintáctica, desligadas como están, casi por completo, de su originaria condición verbal, y las obligará a funcionar exclusivamente como satélites en la órbita de una predicación nuclear directiva por sí misma. A pesar de su alto grado de convencionalización, el valor semántico exhortativo que entrañan estas formas permanecerá intacto y las facultará para contribuir –de manera redundante quizá, pero muy bien definida– a la correcta intelección en sentido directivo del enunciado en que aparecen, en cuyo seno se combinarán con otros mecanismos expresivos.

Así pues, la naturaleza imperativa¹⁹⁸, al menos en origen, de ciertas partículas derivadas de verbos que expresan movimiento o acción, proporciona énfasis al contenido esencial de la fuerza ilocutiva, cuyo contenido semántico básico es el de promover la acción del interlocutor, es decir, resultan coadyuvantes en la interpretación directiva del mensaje en que aparecen.

¹⁹⁸ En consonancia con este origen Löfstedt (1966: 82ss) engloba este tipo de partículas bajo la etiqueta de «imperativo asociativo»; estas establecen una estructura en la que «le verbe associatif et le verbe principal font un groupe fixe devant lequel se placent les compléments d'objet» (ibíd.: 83).

En el caso de los verbos de movimiento (*i, abi, uade*, etc.), si bien muchas veces es posible encontrar conservado este sentido¹⁹⁹, en otras muchas ocasiones, tal contenido significativo se halla difuminado y queda únicamente como recuerdo en su valor básico, que es el de la increpación a la acción. Según señala Löfstedt (1966: 184), existen casos en los que la directiva principal es ejecutable sin necesidad de un desplazamiento previo; «dans ce cas, l'imper. du verbe de mouvement dont le sens propre s'est effacé est en voie de devenir une interjection, une formule introduisant une réplique, comme il l'est dans plusieurs autres langues»²⁰⁰. Por tanto, es posible decir que asumen empleos meramente interaccionales. Piénsese en nuestras interjecciones ¡venga!, ¡vamos!, cuyo significado básico de desplazamiento no es ya en absoluto pertinente.

Coordinadas a las anteriores²⁰¹ o con plena autonomía funcionan con este mismo sentido los imperativos de verbos de acción como *fac* o *age*. Pese a la escasa representación del primero –Löfstedt (1966: 89) solo reconoce tres ejemplos– es posible rastrear sus vestigios en determinadas formulaciones romances de la estructura sintáctica por él conformada (*cf. ibíd.*); vestigios que, sin embargo, no ha dejado la estructura *age* + imperativo, con mucho la más empleada en los textos de los cómicos. Su capacidad para combinarse con cualquier tipo de oraciones (imperativas, interrogativas, enunciativas) le permite recubrir una gran variedad de sustancia ilocutiva²⁰², si bien su principal valor es el meramente exhortativo. En la mayoría de las ocasiones lo encontraremos incitando a activar la acción, al margen de toda consideración de cortesía, lo que condicionará su empleo en combinación con atenuadores por parte de los personajes femeninos de las comedias (Adams, 1984: 67). El empleo expresivo de esta partícula como refuerzo en las oraciones con fuerza

¹⁹⁹ Claramente perceptible cuando al verbo va complementado con un circunstancial de lugar y, por tanto, muestra un menor grado de gramaticalización; *cf. Löfstedt* (1966: 84).

²⁰⁰ Sobre las interferencias entre imperativos e interjecciones en la lengua latina, puede verse además Barbini (1966).

²⁰¹ En estructuras como *i (et) fac*, que perduran a lo largo de toda la latinidad, aunque reemplazado su primer término por la forma *uade* a partir de los textos bíblicos; *cf. Löfstedt* (1966: 85).

²⁰² Un completo listado sobre los distintos usos de esta partícula (ordenar y prohibir, preguntar o exclamar, aseverar, manifestar ironía o incredulidad, hacer una concesión) convenientemente ilustrado, puede verse en López Moreda (1987: 150). Junto a estos empleos puede también ser utilizado para dar ánimos o apaciguar al interlocutor, *cf. ibíd.* (149, n. 4).

ilocutiva directiva y su grado de gramaticalización reflejado en su indiferencia a la categoría verbal de número²⁰³, son rasgos que fueron ya expuestos por Servio:

‘age’ autem non est modo uerbum imperantis, sed hortantis aduerbium adeo ut plerumque ‘age facite’ dicamus et singularem numerum copulemus plurali (Seru. *Aen.* 2, 707).

[En efecto, *age* no es solo un verbo de mandato, sino un adverbio exhortativo, de tal modo que decimos al referirnos a muchos ‘age, facite’ y unimos un singular a un plural.]

Así se observa en el siguiente ejemplo:

PHILEM. *age accumbe* igitur. *cedo*²⁰⁴ aquam manibus, puere. appone hic mensulam (Plaut. *Most.* 308).

[FILEM. Venga, siéntate ya. Trae agua para las manos, chico. Pon aquí la mesita.]

Su combinación con imperativos en *–to* no es extraña:

age nunc uincito me, auscultato filio (Plaut. *Bacch.* 855).

[Venga, ahora árame; haz caso a tu hijo.]

Como tampoco lo es encontrarlo reforzando el valor impresivo de un subjuntivo:

ARG. *age decumbamus sis, pater (...)* (Plaut. *Asin.* 828).

[ARG. Vamos, sentémonos a la mesa, padre.]

Tal valor de refuerzo queda aún más de manifiesto en las construcciones reduplicadas, prácticamente exclusivas de los cómicos (Barbini, 1966: 360), con un carácter enfático que recoge bien la riqueza del lenguaje coloquial:

teque opsecro hercle ut quae locutu’s despuas. / DE. fiat, geratur mos tibi. LI. age age, usque exscrea. / DE. etiamne? LI. age quaesso hercle usque ex penitis faucibus (Plaut. *Asin.* 39-41).

²⁰³ Existen, con todo, pervivencias de la forma de plural *agite*; cf. Barbini (1966: 361).

²⁰⁴ Sobre la partícula *cedo* y su posición en la secuencia lexemática que establecen los verbos de petición, recuérdese lo dicho *supra* (IV.2.1.1).

[Y te ruego, por Hércules, que escupas por lo que has dicho. DE. Vale, se hará a tu modo. LI. Venga, venga, sigue escupiéndolo. DE. ¿Más todavía? LI. Venga, te lo pido por Hércules, desde lo más profundo de la garganta.]

Y marcadamente intensivo es también el valor que muestra la partícula compuesta *agedum*, fruto de la adición de un apéndice adverbial²⁰⁵:

agedum, Stiche, uter demutassit, poculo multabitur. / STI. bonum ius dicis. (...) / SA. *age* ergo opserua (...) (Plaut. *Stich.* 725-727).

[Venga, Estico, el que de nosotros dos cambie algo, se quedará sin beber una copa. EST. Tienes toda la razón. SA. Venga, estate atento entonces.]

Como vemos en este ejemplo, su valor es del todo equivalente al de la partícula de que deriva y únicamente podría distinguirse funcionalmente de esta en la posición que adopta dentro de la oración de que forma parte, pues, a excepción de contextos prosódicamente condicionados –Barbini (1966: 362) señala a este respecto los versos dactílicos– *age* suele ocupar la primera posición. Queda así de manifiesto nuevamente su función exhortativa y preparatoria del mensaje directivo al que suele acompañar. Con todo, dado su alto grado de convencionalización, su aparición sin especificación del mensaje directivo concreto, en contextos en los que este es muy claro o recogiendo de manera anafórica en los casos en que haya sido previamente mencionado, es suficiente para provocar efectos equivalentes; en el siguiente ejemplo Líbano, coartado por Leonidas, es obligado a increpar a un mercader, que ha aparecido en la acción de la *Asinaria* plautina, a pesar de que sus verdaderas intenciones pasan por conseguir la ayuda del extranjero frente a los ataques que está sufriendo de manos del propio Leónidas. Entre sus, aunque obligadas, agresivas interpelaciones al comerciante que viene a saldar sus deudas con el amo de ambos, Deméneto, encontramos la siguiente, que resulta muy ilustrativa al respecto de lo que decimos:

²⁰⁵ Cf. Barbini (1966: 361): «*Dum* derivante da **dom*, acusativo maschile della radice pronominale *do-*, all'inizio aveva funzione avverbiale con significato analogo ad *interim*; in seguito accettò anche il valore temporale corrispondente all'italiano 'ora, appunto'. Con l'originario significato *dum* si unì, nel latino arcaico, agli imperativi *age*, *mane*, *cedo*, etc. ed a particelle come *etiam*, *uix*, etc. Con l'evolversi della lingua *dum* si trasformò in particella atta ad introdurre proposizione subordinate e ciò avvenne, probabilmente, quando alla costruzione paratattica si preferì quella ipotattica».

(...) LE. *crura hercle diffringentur*, / *ni istum inpudicum percies*. LI. *perii hercle. age*, *inpudice*, / *sceleste*, *non audes mihi scelesto subuenire* (Plaut. *Asin.* 474-476).

[LE. Te voy a romper las piernas si no insultas a este desvergonzado. LI. Me la he cargado, por Hércules. Venga, desvergonzado, desgraciado, ¿no te atreves a socorrerme en mi desgracia?]

IV.3.4.3.- Partículas de cortesía.

Bajo la elocuente etiqueta de «fórmulas de urbanidad social» suelen reunirse tradicionalmente un grupo de partículas que comparten con las anteriores su origen verbal y su elevado grado de gramaticalización. Estas son *sis*, *sultis* y *sodes*, y su aparición en la periferia de oraciones con orientación directiva parece en principio estar dirigida a la expresión lingüística del rasgo de cortesía, función en la que se hallan especializadas de manera convencional. Su función mitigatoria se pone de manifiesto en el siguiente ejemplo, ya utilizado previamente, en el que el carácter urbano y cortés de una de estas partículas aparece contrapuesto al más abrupto que ofrece un imperativo desprovisto de cualquier aditamento, según se desprende del destinatario de cada una de las emisiones:

ARG. *age decumbamus sis, pater*. DE. *ut iusseris*, / *mi gnate, ita fiet*. ARG. *pueri, mensam adponite* (Plaut. *Asin.* 828-829).

[ARG. Venga, padre, por favor, sentémonos a la mesa. DE. Como quieras, hijo mío, de acuerdo. ARG. Muchachos, traed aquí la mesa.]

Sin embargo, resulta interesante resaltar que precisamente ese carácter mitigatorio colaborará, una vez más, en la interpretación directiva del mensaje en cuestión: la orientación específica de estas partículas como marcadores de cortesía resulta complementaria de su funcionalidad primordial indicadora de fuerza ilocutiva directiva.

El origen de *sis* y *sultis*, que hay que buscar en la contracción de *si uis* y *si uultis* respectivamente, nos informa ya de su idoneidad para funcionar como una expresión cortés, pues su significado literal “si quieres, si queréis” hace referencia a una condición previa de disponibilidad (*cf. supra*, IV.3.2, n. 178), que proporciona al receptor cierta

sensación de opcionalidad y, en consecuencia, reduce drásticamente el grado de coacción de la directiva a la que acompaña. Esta sensación atenuadora, además de un reflejo del carácter buscadamente elegante y estrictamente ajeno al criterio de imposición que tienen por definición los intercambios comunicativos entre individuos que se colocan en la dimensión horizontal de la escala jerárquica, puede, sin embargo, servir también para marcar claramente la ruptura de este criterio en los ya mencionados casos de inversión de papeles actanciales, en los que el amo necesitado de la colaboración de su esclavo, se encomienda a su protección, lo que provoca la pérdida, temporal al menos, de su posición jerárquicamente superior. En los siguientes ejemplos, el empleo de *sis* se encuentra claramente polarizado en esta función, en virtud de la neutralidad de su contenido semántico:

sequere *sis*, erum qui ludificas²⁰⁶ (Plaut. *Amph.* 585^a).

[Sígueme, por favor, tú que te burlas de tu amo.]

seruate istum *sultis* intus, serui, ne quoquam pedem / ecferat sine custode (...) (Plaut. *Capt.* 456-457).

[Vigíladlo ahí dentro, por favor, esclavos; que no salga a ninguna parte sin guardián.]

Sin embargo, junto a estos empleos claramente mitigadores, es posible encontrarlos igualmente en contextos de urgencia, en los que los rasgos de cortesía suelen ser omitidos:

tene *sis* me arte, mea uoluptas (...) (Plaut. *Poen.* 1292).

[Por favor, sujétame fuerte, corazón mío.]

Tal hecho ha llevado a autores como Adams (1984: 67) a considerar esta partícula como un mero intensificador, capaz de combinarse también con enunciaciones de hostilidad manifiesta: ofensas, maldiciones u órdenes amenazantes²⁰⁷. Sin embargo, a pesar de tales evidencias, quizá sea más acertada su interpretación como una muestra del

²⁰⁶ En boca de Anfitrión a su esclavo Sosias.

²⁰⁷ Plaut. *Most.* 569; *Persa* 574, 816; *Pseud.* 1230; todos son ejemplos aducidos por el mencionado autor, para quien su empleo casi exclusivamente masculino es una muestra más de su incapacidad para la expresión de la cortesía, puesto que, según veremos (capítulo V), son las mujeres las más afectas a este tipo de manifestaciones lingüísticas.

desgaste que, inevitablemente sufren este tipo de expresiones; e, igualmente, tampoco debemos perder de vista el gusto por la subversión, presente, según venimos viendo, en el género cómico, que permite reinterpretar formas marcadas como rasgos mitigatorios para la creación de los efectos completamente opuestos.

Por último, cabe resaltar además que el uso de la forma singular –pues nuevamente su carácter convencional lo vuelve indiferente a la categoría de número (*sultis* aparece únicamente en 12 ocasiones)– es, en la obra plautina, bastante numeroso, si bien en comparación con el empleo de las partículas parentéticas –que trataremos en el capítulo siguiente– se observan ciertas restricciones en su funcionamiento, ya que esta solo se combina con oraciones imperativas y nunca con oraciones declarativas, interrogativas o exclamativas (cf. Pinkster, 1995: 266, cuadro 10.2).

Por su parte, *sodes* encuentra su origen también en una contracción, como ya hizo notar Festo:

sodes si audes, uti sis pro si uis (Fest. p. 382).

[*Sodes* se utiliza por *si audes*, como *sis* en lugar de *si uis*.]

con una reducción precoz del diptongo *au* en la forma corriente (E&M, *s.u.*). Su sentido es idéntico al de *sis*, “si quieres”, “por favor”, aunque su uso resulta mucho más reducido (hemos constatado únicamente 4 apariciones en la obra plautina). Según explica Pinkster (1995: 26), esta partícula admite también la combinación con oraciones interrogativas. Sin embargo, en las comedias plautinas no hemos encontrado más que usos con imperativos, del tipo que representa el siguiente ejemplo:

TO. emitte *sodes*, ne enices fame; sine ire pastum (Plaut. *Persa* 318).

[TO. Déjalos salir, por favor, no los mates de hambre, déjalos ir a pastar.]

Algo más elevado resulta su empleo en la obra de Terencio (15x), lo que nos permitirá realizar ciertas inferencias sobre su uso específico. Carney (1964: 57s) señala que su empleo está allí restringido a los hombres²⁰⁸ y, fundamentalmente, en

²⁰⁸ Con todo, véase Ter. *Haut.* 459 y Plaut. *Men.* 545, donde aparece puesto en boca de mujeres, bien es verdad que esclavas de condición.

interacciones comunicativas con un inferior. Sin embargo, es posible encontrarlo empleado entre iguales (ya sean estos jóvenes o ancianos, libres o siervos²⁰⁹) e incluso de un inferior a su superior²¹⁰. El citado autor da cuenta de algunos de estos casos valiéndose de explicaciones contextuales que buscan efectos dramáticos muy precisos. Sin embargo, dada su escasa representación en las obras que nos están sirviendo de *corpus*, debemos limitarnos a constatar meras tendencias. Cabe destacar, con todo, que es posible intuir un cierto sentido coloquial en esta partícula según muestra su clara preferencia por las interacciones entre el amo y sus esclavos o su aparición en el ámbito estrictamente familiar²¹¹.

IV.3.4.4.- Partículas modales.

A través de los numerosos ejemplos de enunciados directivos que hemos recogido hasta aquí es posible verificar cómo existe una serie de partículas que, desde la periferia de sus predicciones nucleares, incide claramente sobre esta fuerza ilocutiva concreta o sobre alguno de sus aspectos. Algunas de ellas han sido ya tratadas al considerar otras cuestiones²¹², pero pueden reconocerse en esta función otras a las que todavía no nos hemos referido. A pesar de admitir –algunas al menos– combinación con otras fuerzas ilocutivas y de funcionar en modos distintos, resulta evidente el carácter directivo que adoptan en este tipo de mensajes formas como *dum*, *quin*, *modo*, *uero*, *sane* o *proinde*. Frente a la focalización en la ejecución inmediata del contenido de la directiva que proporciona *dum* (Risselada, 1993: 85):

i dum, Turbalio, *curriculo*, adfert<o domo> / duas clauas. LA. clauas? DA. sed probas. *propera cito* (Plaut. *Rud.* 798-799).

[Turbalió, ya: vete de una carrera y trae de casa dos mazas. LA. ¿Mazas? DA. Y buenas; venga, date prisa.];

²⁰⁹ Cf. Ter. *Phorm.* 103 y 793, respectivamente. Véase también Ter. *Haut.* 738 o Plaut. *Persa* 318 en conversaciones entre esclavos.

²¹⁰ Así por ejemplo en Ter. *Haut.* 770, Plaut. *Bacch.* 837 o el ya mencionado Plaut. *Men.* 545.

²¹¹ En Ter. *Phorm.* 793, Demifón lo emplea al hablar con la esposa de su hermano Cremes, Nausístrata; y del mismo modo, tanto en Ter. *Hec.* 358 como en *Ad.* 643, es empleado por un joven dirigiéndose a alguno de sus progenitores.

²¹² Cf. *supra* lo relativo a *quin* (IV.2.2) o a *dum* en combinación con *age* (IV.3.4.2).

o el carácter impaciente que aportan *quin* o *etiam*²¹³:

LE. etiam tu, ere, istunc amoues aps te atque ipse me adgrederere / atque illa sibi quae hic iusserat mihi statuis supplicasque (Plaut. *Asin.* 714-715).

[LE. Amo, apártate ya de este y dirígete a mí. Concédeme a mí los honores que este se quería quedar y hazme a mí las súplicas.];

existen otras que se concentran en el contenido de la directiva (*modo*) o que hacen referencia a la manera en que el enunciado directivo se amolda al contexto interaccional circundante (*sane*)²¹⁴. La primera de ellas, eminentemente directiva en función de los rasgos de exclusividad y escalaridad que la caracterizan, expresa en el nivel interaccional el escaso valor, en la escala de expectación, del contenido directivo del enunciado en que se inserta; es decir, cuando *modo* aparece, debemos realizar una lectura de ese enunciado directivo según la cual se encomienda únicamente el cumplimiento de aquello que se está solicitando, lo que supone, además, menos de lo que se podría solicitar:

CT. pater est? SY. ipsust. CT. Syre, quid agimu'? SY. fuge modo intro; ego uidero (Ter. *Ad.* 538).

[CT. ¿Es mi padre? SI. Sí, es él. CT. Siro, ¿y qué hacemos? SI. Tú sólo vete dentro; yo me las apaño.]

En estos casos resulta evidente su función mitigadora de la fuerza directiva. Sin embargo, cuando un enunciado directivo en el que aparece esta partícula hace referencia explícita al comportamiento del receptor, el carácter recriminatorio que este adquiere, a través del contenido expresado por *modo*, transforma la partícula en un elemento que

²¹³ Según Risselada (1993: 222ss), la partícula *etiam* aparece tanto en directivas expresivas implícitas (con un valor cercano al temporal: “todavía”), como en directivas explícitas (cuyo significado bien podría ser parafraseado en español como “de una vez”). Es común, además, encontrarla duplicada en la construcción *etiam atque etiam*, sobre cuyo valor coloquial véase Bagordo (2001: 70).

²¹⁴ Ambas exhaustivamente estudiadas por Risselada (1994), cuya propuesta tiene en cuenta tres niveles de análisis: el significado básico de la partícula, el nivel del enunciado en que la partícula aparece empleada (representacional o interaccional) y las propiedades pragmáticas y contextuales que rodean al propio enunciado. En lo que sigue exponemos las principales conclusiones que de allí se pueden extraer.

refuerza el contenido impresivo en lugar de restringirlo²¹⁵. En el siguiente fragmento del *Anfitrión*, este personaje recrimina a su esclavo Sosias por interrumpir inoportunamente la intervención de Alcmena y le insta a que le permita continuar su explicación en los siguientes términos:

AL. lauisti. AM. quid postquam laui? AL. accubuisti. SO. eugae optume! / nunc exquire. AM. *ne interpella*. perge porro dicere. / AL. cena adposita est; cenauisti mecum, ego accubui simul. / AM. in eodem lecto? AL. in eodem. SO. ei, non placet conuiuium. / AM. *sine modo* argumenta dicat. quid postquam cenauimus? (Plaut. *Amph.* 802-806).

[AL. Te bañaste. AN. ¿Y después de bañarme, qué? AL. Te acostaste. SO. ¡Vaya, perfecto! Ahora pregunta. AN. No interrumpas. Vamos, continúa. AL. Se sirvió la cena. Cenaste conmigo. Nos acostamos. AN. ¿En la misma cama? AL. Así es. SO. ¡Ay, no me gusta el banquete! AN. ¡Pero deja de una vez que hable! Y después de cenar, ¿qué pasó?]

Por su parte, *sane* sirve como ejemplo de partícula que admite un funcionamiento con fuerzas ilocutivas al margen de la directiva. En este último caso, el valor confirmativo que proporciona explica su combinación con enunciados directivos no coactivos –fundamentalmente peticiones neutras– expresados por medio de la referencia a la volitividad del hablante:

ei te hoc scribere a me tibi esse missum *sane uolo* (Cic. *Att.* 2, 25, 2).

[Sin duda quiero que le escribas que yo te lo he comentado.],

mientras que en el nivel interaccional expresa el consentimiento del hablante a un movimiento previo de su interlocutor, tanto en la concesión de permisos como en la aceptación de un acto de habla precedente.

²¹⁵ Este tipo de empleos, contrarios al que podría suponerse como canónico para esta partícula, han de ser atribuidos nuevamente, a nuestro entender, al carácter irónico con que el sarsinate tiñe las intervenciones de muchos de sus personajes. Risselada (1994: 327-330) explica estos casos de manera contextual en función de su adecuación a los rasgos de expectación y escalaridad.

IV.4. CONCLUSIONES.

Gracias a los filósofos del lenguaje, la lingüística logró ampliar sus cauces de análisis y sus ámbitos de interés. Los empleos del lenguaje van mucho más allá de la mera función representativa: el intercambio comunicativo entre los hablantes puede perseguir otros muchos objetivos de manera más o menos encubierta y, entre ellos, la petición cubre una parcela de la sustancia semántica ilocutiva nada desdeñable.

A lo largo de este capítulo, hemos analizado someramente un heterogéneo grupo de los más significativos indicadores de fuerza ilocutiva, que nos ayudan a determinar la orientación directiva –y, dentro de esta, la intencionalidad petitoria– de algunos enunciados. Es decir, hemos pretendido dar una muestra del rico potencial alocutivo que posee la lengua latina para la expresión de la directividad, a través de los elementos sobre los que recae, de manera más evidente, esta función.

El modo imperativo, pese a lo restrictivo de su denominación, posee en realidad la capacidad de cubrir una notoria variedad ilocutiva, lo que permite su funcionamiento como la expresión verbal directiva por antonomasia. Pero, al menos en la lengua latina, este hecho no debe llevarnos a conclusiones apresuradas, pues, según hemos visto, su potencial es de una variedad considerable. Su proliferación apunta en realidad a dos factores fundamentales:

- (i) el modo imperativo constituye una forma más neutra de lo que se pueda pensar y no conlleva un alto grado de codificación de coactividad implícita (esta es mayor, por ejemplo, en el caso del subjuntivo). A este respecto cabe hacer dos observaciones: (a) que existen, no obstante, formas aún menos coactivas que muestran una mitigación más acusada; y (b) que esta multiplicación de empleo no debe hacernos pensar ni que su aplicación única es la de la expresión de la directividad²¹⁶, ni que esta sea patrimonio exclusivo del imperativo.
- (ii) pese a las formas a las que nos referimos en (a), empleadas en casos en los que, de manera muy marcada, priman los criterios de cortesía, la naturalidad con la que se asume la existencia de relaciones jerárquicas en la sociedad antigua fomenta igualmente la multiplicación de empleos de esta forma verbal.

²¹⁶ Según Risselada (1990: 21, n. 6), solo la mitad de las oraciones imperativas del latín constituyen verdaderas órdenes.

Por lo tanto, a pesar de las pretensiones de universalidad de los fenómenos de cortesía que encontramos en algunos estudios, cabe advertir de que no todas las formulaciones cortesas lo son en todas las lenguas y culturas, al igual que ciertas actuaciones intrínsecamente descortesas en algunas sociedades no han de resultar así en todas. La fuerte estratificación de la sociedad romana determina los ámbitos en que resulta funcional el criterio de cortesía, que, a su vez, recibe claros reflejos lingüísticos²¹⁷.

Dado que en esta sociedad las relaciones jerárquicas, basadas en variados criterios orientados a la conservación de una élite aristocrática, son normalmente aceptadas e incluso fomentadas jurídicamente, la expresión de la cortesía se verá excluida de los intercambios comunicativos interaccionales cuando el emisor se encuentre en una posición de superioridad. En tales contextos, al no ser considerado tabú la expresión lingüística de la coacción, del mandato o, en su defecto, de la exigencia, esa resultará su expresión paradigmática.

Sin embargo, las expresiones de cortesía permanecerán –de manera exclusiva– en las relaciones en términos de igualdad, en las que el emisor carece del rasgo autoritario que le permite imponer su voluntad sobre el receptor. Aquel deberá, por tanto, desplegar las estrategias de que dispone su lengua para contribuir al mantenimiento de las relaciones orientadas al beneficio mutuo. Y decimos que se mantienen de manera exclusiva en este último ámbito, puesto que, si nos trasladamos a la relación jerárquica ascendente, las expresiones empleadas no pueden ser consideradas estrictamente cortesas. El hablante, plenamente consciente de su inferioridad y de su carencia de autoridad y control sobre su interlocutor, utiliza los únicos mecanismos expresivos a los que le está permitido acceder, arriesgándose, en caso contrario, cuando menos al rechazo frontal de sus objetivos, si es que no a alguna medida punitiva por su insolencia. Estos condicionantes son igualmente aplicables a la esfera religiosa, donde el fiel es consciente de su incapacidad de controlar el *numen* del dios al que se dirige.

De acuerdo con estas restricciones, la manifestación transléxica de la petición queda, en latín, acotada dentro del ámbito más amplio que supone la directividad, categoría en la que aquella se incluye. Según hemos visto, no obstante, son muchas las

²¹⁷ Todavía resta por ver uno de los más claros, los lexemas parentéticos que trataremos en el capítulo siguiente.

posibilidades que le quedan aún al hablante para expresar sus objetivos. En ellas se verifica además una cierta tendencia a la desrealización, puesto que cuanto menor es el grado de realidad expresado por la forma directiva, menos coactiva resulta.

Pero, a pesar de la pluralidad del inventario de formas hasta aquí recogido (expresiones gramaticales y léxicas –verbos facultativos, desiderativos, de modalidad deóntica, etc.–), su intención no ha podido ser, ni mucho menos, exhaustiva. La propia Risselada (1993: 322ss) es consciente de la gran cantidad de expresiones susceptibles de significar este concepto, que ella denomina «non evaluating expressions» y que hacen referencia a aspectos muy diversos (el momento de la realización, sus consecuencias, etc.). Se trata de un grupo muy heterogéneo y grande, si no ilimitado, en el que se pueden incluir formas como: *tuomst*, *tuomst officium*, *erit tibi curae*, *quam mox*, *quousque*, *mea / tua (magni) interest*, *mea / tua refert*, *aetuumst*, *honestum est*, *decet*, *utilest*, *mihi pergratumst*, *placet*, *censeo ut*, *audesne?*, *putamus...*

De tal modo, resulta evidente que la fuerza ilocutiva, la intencionalidad del hablante, ha de ser representada en el nivel más alto del contenido semántico global de cada interacción comunicativa²¹⁸. Este se halla absolutamente determinado por aquella y es capaz de modificar radicalmente el contenido proposicional de la enunciación, pudiendo incluso llegar a un significado diametralmente opuesto al literal. Es decir, que la orientación concreta que el hablante pretende conseguir con su mensaje supone un elemento capital del engranaje comunicativo en el que se inserta un mensaje concreto. Así pues, por lo que a este último respecta, deberemos diferenciar entre el significado que aporta y su sentido concreto, en el que caben «todos los aspectos y dimensiones significativas» (Gutiérrez Ordóñez, 1992: 57). Todos estos hechos determinarán, así mismo, la gran variabilidad de sus codificaciones lingüísticas en todos los niveles. Las distintas expresiones que un acto lingüístico como la petición puede adoptar resultan así

²¹⁸ En las propuestas de tratamiento de la ilocución realizadas desde el marco teórico de la Gramática Funcional (Moutaouakil, Dik, Vet) se defiende una estructura general del tipo «ILL (proposition)», donde ILL representa un operador que actúa sobre la proposición en su totalidad y da cuenta de determinadas propiedades semánticas y sintácticas de una expresión lingüística concreta, que son, en todos los casos, derivables de esa fuerza ilocutiva; cf. Risselada (1990: 2). En este sentido, más tajante resulta la afirmación de Vanderveken (1990: 8): «illocutionary acts are the primary units of literal meaning in the use and comprehension of natural languages». En su propuesta, pretende este autor incorporar lógica intensional y lógica ilocucionaria en la semántica, para caracterizar con éxito las condiciones de verdad de los enunciados.

soluciones graduales de la lengua, un fenómeno de «polisemiosis, a disposición del hablante» que recoge una «actitud modal del nivel conceptual» (Pottier, 2000: 88).

Los aspectos que hemos venido estudiando a lo largo de este capítulo suponen, pues, índices claros para la interpretación de ese contenido semántico. Su concurrencia en un enunciado concreto no varía las condiciones veritativas de este, sino que proporciona una orientación para su correcta intelección, esto es, colabora con el procesamiento de la información, a la hora de realizar las inferencias pertinentes para determinar la intención ilocutiva que conlleva un determinado mensaje. Pero tampoco debemos pasar por alto determinados factores contextuales y del entorno de la enunciación que contribuyen, en medida equivalente, a la interpretación que se haya de dar a un mensaje concreto²¹⁹, y que, hasta hace relativamente poco tiempo, eran obviados en los estudios lingüísticos²²⁰. Sin embargo, estos se han revelado como instrumentos de análisis ineludibles y con una gran potencialidad explicativa en el momento de determinar la gran variedad alocutiva de la directividad en la lengua latina.

Pero todavía no hemos abordado el estudio concreto de los mecanismos léxicos que esta lengua despliega para la expresión de la petición propiamente dicha. A continuación (capítulo V) analizaremos los empleos parentéticos de determinados lexemas, algunos de los cuales están fuertemente especializados en esta función. Pero también nos ocuparemos (capítulos VII y VIII) de los verbos encargados de la designación específica del acto petitorio, cuyos empleos realizativos suponen un mecanismo más para la expresión de la directividad en el estilo directo, aunque no el más empleado, sino restringido a circunstancias comunicativas concretas.

²¹⁹ Gutiérrez Ordóñez (1992: 20) habla de la importancia de los códigos semiológicos (el gestual, por ejemplo), como coadyuvantes en la tarea de definir claramente el contenido concreto que el emisor del mensaje quiere transmitir a su interlocutor.

²²⁰ Muy orientativas resultan las palabras de Núñez (1991^a: 253) con las que explica la interpretación particular que se confiere a las expresiones objeto de su estudio: «El significado de un enunciado modal es extremadamente sensible a la influencia del contexto (...). La determinación de la fuerza ilocutiva específica de cada acto de habla (...) dependerá (...) de una serie de elementos como son la ocupación de los diferentes roles funcionales (Autoridad, Agente), las intenciones comunicativas (deseos o intereses de los participantes), las presuposiciones y el contenido conversacional, el momento de la enunciación, la entonación y los rasgos suprasegmentales. Todo ello muestra que, a pesar de la deseable formalización que una gramática implica sobre la realidad lingüística, en última instancia, y especialmente en el caso de la modalidad, la indeterminación comunicativa constituye uno de los rasgos constitutivos del lenguaje».

V. marcadores parentéticos de petición

V.1.- INTRODUCCIÓN.

El interés eminentemente lexicológico de este trabajo nos lleva a dedicar un capítulo al análisis de ciertos lexemas empleados, de manera sistemática, en posición parentética. Pero no acaba aquí la importancia de un análisis minucioso de este aspecto, si tenemos en cuenta que, en íntima relación con su naturaleza léxica, el empleo de este tipo de expresiones supone además un excelente índice para la determinación del acto de habla concreto en el que se puede clasificar cualquier intervención comunicativa. Junto a otros criterios de naturaleza heterogénea –tales como la coordinación, los esquemas de pregunta / respuesta, el uso de determinadas partículas modales, la presencia o ausencia obligatoria de otros constituyentes (como *debere* y *licet*), o determinados datos relativos a la situación (p. e. el conocimiento de la clase social del interlocutor)– adaptados por Pinkster (1995: 264ss) a la lengua latina, destaca con gran fuerza el uso de verbos parentéticos, generalmente pospuestos y divididos por este autor (ibíd.: 265), en función de su contenido, en dos grupos bien diferenciados: los *uerba declarandi* (*dico, inquam, fateor, narro*) y los que aquí nos interesan, aquellos que significan “influir” o “suplicar”.

Al igual que los indicadores de tipo oracional, las interjecciones, los adverbios o las partículas discursivas, las expresiones de condición pragmática o los conectores del discurso, las expresiones parentéticas no contribuyen a la explicitación del contenido de verdad de las oraciones en que están incluidas²²¹, sino que delimitan la actitud del

²²¹ Sin embargo, Asher (2000) ha defendido recientemente la postura diametralmente opuesta.

hablante con respecto a lo enunciado o, mejor aún, el acto de habla particular que este se encuentra realizando.

De acuerdo con Bolkestein (1998: 1), existen muy pocas limitaciones en el tipo de expresión lingüística que puede adoptar una configuración parentética²²² y, así, los criterios para clasificarlas como tal son de variada naturaleza (prosódicos, sintácticos, semánticos o pragmáticos). Pero su independencia sintáctica y su posición relativamente libre con respecto a la oración en que se hallan alojadas no impiden –es evidente– la existencia de ciertas restricciones de orden lógico, semántico y pragmático que aseguren la congruencia entre ambas (en el caso que nos ocupa, el contenido de lo solicitado ha de cumplir todos los requisitos de control, futuridad, etc., a los que tantas veces hemos recurrido en el capítulo anterior). Además, según se pone de relieve en el recién citado estudio, las cláusulas parentéticas pueden llegar a un grado notable de complicación sintáctica en la obra de autores como Cicerón; es decir, que este tipo de expresiones poseen un comportamiento sintáctico en nada divergente al de las expresiones no realizativas²²³. De tal modo, es posible llegar a distinguir varias subcategorías de paréntesis.

Centrándonos ya en la intencionalidad petitoria, la función del grupo de partículas parentéticas que trataremos a continuación es evidente: están encargadas de subrayar, focalizándola, la función ilocutiva de tipo directivo del mensaje en que aparecen; esto es, en virtud de su significado léxico, explicitan la intención comunicativa del hablante. Por ello pueden ser consideradas como expresiones realizativas²²⁴. Las construcciones parentéticas describen o aclaran, pues, la manera en que hay que interpretar las enunciaciones a que están unidas. Así, por ejemplo, «en *Ven aquí, te lo ruego*, la construcción imperativa se describe (o interpreta) como objeto de una súplica: está representada anafóricamente por el pronombre *lo* complemento directo de *ruego*» (Garrido Medina, 1999: §60.1.2.5). Sin embargo, el ruego no tiene lugar en virtud del uso de ese verbo realizativo, sino que el acto realizativo ha tenido lugar inmediatamente

²²² Sobre sus características formales restringidas a la categoría verbal y los parámetros funcionales por los que se ven afectados, puede verse Urmson (1963, fundamentalmente p. 233).

²²³ Puede verse al respecto Garrido Medina (1999: §60.1.2.5).

²²⁴ Recuérdese que, según vimos más arriba (III.2.1), estas se definen como expresiones cuya enunciación coincide con el acto descrito mediante la misma. Es decir, que una expresión realizativa describe el acto ilocutivo que se realiza en el mismo momento de su pronunciación. De tal modo, su negación elimina el carácter realizativo de tal expresión, pues el resultado es la descripción de la no existencia, de la no realización de esa acción en concreto.

antes, puesto que el uso de estos verbos no hacen más que aclarar la intención comunicativa del mensaje. Por tanto, la denominación de «parentético» no es más que una etiqueta sintáctica y un buen número de verbos podrán ser usados de este modo. En principio, la práctica totalidad de los lexemas integrantes de la dimensión no-coactiva²²⁵ de los verbos de petición podrá funcionar de esta manera, aun sin exclusión de sus propios esquemas predicativos:

sed <tu> dic, *oro*, pater meu' tune es? (Plaut. *Capt.* 1021).

[Pero dime, te lo ruego, ¿acaso eres tú mi padre?]

(...) uos *peto* atque opsecro, / gerite amante mihi morem (...) (Plaut. *Curc.* 148-149).

[Os lo pido y os lo suplico, sed amables con este enamorado.]

Este hecho nos coloca sobre la pista de un nuevo rasgo caracterizador de esta clase de expresiones parentéticas, y no es otro que su contribución –tanto por las condiciones de su empleo, como por su contenido estrictamente léxico– a la expresión de la cortesía verbal. Así pues, la concurrencia de partículas parentéticas en un determinado mensaje permite, por un lado, la explicitación de la intención del hablante, expresada por medio de formas con un potencial alocucionario muy variado; pero, por el otro, su uso mayoritario en combinación con un imperativo persigue al mismo tiempo una finalidad mitigatoria de la fuerza impresiva de tal mensaje y responde en buena medida, por tanto, a condicionamientos sociales, frontalmente opuestos a la expresión de la coactividad en determinadas circunstancias. El empleo de los lexemas de petición con esta especial configuración sirve, en resumidas cuentas, para evitar que tal intencionalidad se confunda con una abrupta orden. Su funcionamiento resulta, de tal modo, completamente equivalente al de nuestro *por favor*, partícula altamente gramaticalizada²²⁶, que puede ser incluida entre los «enfocadores de alteridad». Este

²²⁵ Concepto clave sobre el que descansará la estructuración de este campo léxico, que será abordada más adelante (capítulo VII).

²²⁶ «Esta partícula se ajusta en líneas generales, al estatuto de “marcadores del discurso”, y refleja el resultado de un proceso de gramaticalización. Cuando *por favor* se comporta como un marcador del discurso, va destacado entre pausas; no admite moción de número; no puede ser determinado ni cuantificado (*un favor*, *dos favores*, etc.); no desempeña una función oracional, sino que se mantiene en el ámbito extrapredicativo; no puede ser negado, etc.» (Martín Zorraquino & Portolés, 1999: § 63.6.4).

marcador se combina en castellano con oraciones declarativas²²⁷, interrogativas e imperativas, y ello mismo ocurre también con la mayoría de las partículas modales y los verbos parentéticos en la lengua latina²²⁸. Por tanto, habrá que poner máximo cuidado para no confundir la fuerza ilocutiva directiva con la propiamente inquisitiva, que, sin embargo, según ya hemos visto (III.5), muy probablemente suponga un tipo especial de petición orientada hacia la información y no hacia la acción.

Pero junto a este amplio grupo en el que se incluyen todos aquellos verbos que pueden ser empleados de manera facultativa como expresiones parentéticas, encontramos otro más reducido cuyo denominador común es el de ser resultado de un proceso de gramaticalización provocada por la automatización de su uso. Tal tipo de evolución afecta a todos los niveles de la lengua²²⁹ y lleva consigo, de manera invariable, una cierta «degradación» un descenso en la escala de la categoría gramatical acompañada de un proceso de desemantización (Fruyt, 1998: 878). El proceso de aglutinación que se halla en la base de la creación de uno de los lexemas que trataremos en esta sección supone una pérdida de libertad en cuanto al orden, posición y capacidad de sus elementos integrantes para aparecer separados²³⁰. Este proceso es así el responsable de la fuerte tendencia hacia la especialización y asiduidad —exclusiva en algún caso— en la expresión de funciones parentéticas de tres lexemas concretos (*quaeso*, *obsecro* y *amabo*, con mayor representación de los dos primeros); y

²²⁷ «No obstante —afirman estos autores (ibíd.)— (*por favor*) presenta ciertas restricciones combinatorias: sólo puede usarse con segmentos del discurso que reflejan peticiones o propuestas. No introduce, pues, meras informaciones o promesas».

²²⁸ Puede verse al respecto Pinkster (1995: 266, cuadro 10.2). En realidad, según expresa Risselada (1989: 373-376), los parentéticos *obsecro* y *quaeso* muestran un espectro ilocutivo amplio pues suponen básicamente una llamada de atención al interlocutor que les permite asumir varias funciones. Nosotros, sin embargo, consideramos que, pese a la gramaticalización y el carácter idiomático que llegarían a adquirir, el contenido semántico nunca se perdería por completo y privilegiaría su uso en empleos directivos no-impositivos, fundamentalmente en los no-coactivos.

²²⁹ Al tiempo que opera de acuerdo a esquemas predecibles: (i) en la frontera entre la sintaxis y el léxico podemos encontrar fenómenos de lexicalización (aglutinación: *animum aduertere* > *animaduertere*); (ii) los fenómenos de morfologización suponen la «degradación» de elementos léxicos, mientras que (iii) existen igualmente casos en los que un morfema pierde su estatuto (quedando como una simple secuencia fonemática), hasta llegar al eslabón último de la cadena (iv), en el que una secuencia de fonemas puede eventualmente desaparecer (cf. Fruyt, 1998: 878s).

²³⁰ Nos referimos al proceso de fijación que se observa en *obsecro*, producto de *ob uos sacro* (*infra*, V.2.1). Además, la aglutinación puede provocar igualmente un cambio de categoría. Un buen ejemplo de ello supone la ya analizada fórmula *sis* (← *si uis*), puesto que una oración subordinada en inciso pasa a funcionar como un adverbio de enunciado (cf. ibíd.: 883s). Y explicación análoga encontrará (*infra*, V.2.3) el origen de la expresión *amabo*.

precisamente su empleo sistemático en tal función permite interpretarlos como expresiones altamente idiomáticas.

V.2.- ANÁLISIS DE LAS PRINCIPALES PARTÍCULAS PARENTÉTICAS.

V.2.1.- *OBSECRO*.

El verbo *obsecrare* encuentra su origen en la modificación por prefijación de la base léxica *sacro* (“consagrar”), claramente perteneciente a la esfera religiosa, y el preverbio *ob-*, en franca decadencia desde finales de época arcaica (García-Hernández, 1980: 172). El valor sémico de «enfrentamiento» que proporciona el preverbio no se observa de manera nítida en este caso, pero de su empleo en el ámbito sacral nos informan Paulo-Festo:

obsecrare est opem a sacris petere (Paul. Fest. p. 207).

[*Obsecrare* es pedir ayuda de lo sagrado.]

Sin embargo, parece que el origen de esta fórmula no tardaría en caer en el olvido, puesto que cuando Antonino Pío empleó el giro *si fas est, obsecro* en una invocación a los dioses, Frontón (p. 99N) le censuró este uso (cf. Hofmann, 1958: 193). Y es que, a pesar de que la conciencia de los lazos etimológicos con su base, propia del lenguaje sacral, no se perdería nunca —dada la clara semejanza con términos religiosos o litúrgicos (*consecrare*, *execrare*, etc.) y, aún más, gracias a la existencia del ritual de la *obsecratio*, tipo especial de *supplicatio* (cf. *infra*, VII.6.3.2)—, su recurrente empleo en interacciones coloquiales y el elevado grado de idiomatismo que con ello alcanzó, provocarían su progresivo alejamiento del lenguaje técnico religioso. Para explicar su uso en combinación con expresiones de fuerza ilocutiva directiva, se propone un origen con tmesis de *ob uos sacro* (cf. E&M, s.u.):

ob uos sacro, in quibusdam precationibus est, pro *uos obsecro*, ut sub uos placo pro supplico (Fest. p. 206).

[*Ob uos sacro* puede encontrarse, en ciertas plegarias, en lugar de *uos obsecro*, como *sub uos placo* por *supplico*.]

Por lo tanto, su significado estaría muy cercano al de la perífrasis “suplicar en el nombre de los dioses”. Se trata de un funcionamiento semejante al que encontramos en nuestras expresiones *¡por Dios!* o *¡por el amor de Dios!*, usadas en contextos de petición o súplica, con la única diferencia de que aquí el contenido religioso se encuentra incluido dentro del significado del propio verbo. De hecho, su empleo en las súplicas a los dioses se halla representado en la obra de nuestros comediógrafos:

seruate di med, obsecro (...) (Plaut. *Cist.* 573).

[Dioses, protegedme, os lo suplico.]

(...) di, date facultatem obsecro / huic pariundi atque illi in aliis potius peccandi locum (Ter. *Andr.* 232-233).

[Dioses, dadle, os lo suplico, a esta la oportunidad de tener un buen parto y a la otra la ocasión de equivocarse más bien en otras.]

E igualmente imbuida en ese carácter sacral se encuentra la expresión *per ego te tua genua obsecro*, altamente convencional²³¹. Como vemos, su originaria pertenencia a la esfera del lenguaje religioso marca la idoneidad de este lexema para la expresión de la cortesía lingüística, puesto que de este ámbito se excluye por definición toda connotación de coactividad. En este sentido es interesante el siguiente comentario de Donato (Ter. *Eun.* 685, 1):

OBSECRO de consuetudine dictum est ‘tace’ et bene additum ‘obsecro’, ne ‘tace’ ipsum uideretur iniuria.

[Se acostumbra a decir ‘tace’ y está bien añadido el ‘obsecro’, para que ese mismo ‘tace’ no resulte ofensivo.]

²³¹ Puede verse en Plaut. *Curc.* 630; *Mil.* 540-542; *Poen.* 1387; *Truc.* 826, entre otras.

Y es notoria su especialización en esta última función. De su grado de gramaticalización da buena prueba su indiferencia al número, en casos como²³²:

(...) LO. periimus! / opsecro hercle! MES. mittite ergo. MEN. quid me uobis tactiost? (Plaut. *Men.* 1015-1016).

[LO. ¡Estamos perdidos! ¡Por favor, por Hércules! MES. Pues dejadlo. MEN. ¿Por qué me estáis tocando?]

El acercamiento a la distribución de su empleo en la obra de Plauto, que nos disponemos a ofrecer a continuación, bien puede servir de ejemplo a título orientativo y proporcionarnos una visión general de su uso. De las 251 apariciones de este verbo que allí hemos constatado, algo más de un 70% está representado por un uso parentético. El resto se halla representado por construcciones con predicaciones plenas²³³. Por otro lado, su empleo parentético no impide que en determinadas ocasiones adopte algún complemento, necesariamente de persona, en acusativo:

(...) AM. mane, mane, obsecro te (...) (Plaut. *Amph.* 765).

[AN. Espera, espera, te lo suplico.]

Su uso como paréntesis puede, además, combinarse tanto con oración imperativa como interrogativa²³⁴, empleos estos últimos en los que su significado es aprovechado para la expresión de otra función ilocutiva. En efecto, en un elevado número de casos (que casi alcanza la nada desdeñable proporción del 45% del total) la combinación de este lexema en empleo parentético con una oración interrogativa, da lugar a un empleo como el que ilustra el siguiente caso:

²³² Es limitado el uso de otras formas conjugadas (24 en concreto, esto es, un escaso 4.5% del total). Cf. Lodge (1924, s.u.).

²³³ Hemos verificado 4 ejemplos de construcción de doble acusativo, (*nunc opsecro te hoc unum. Capt.* 241), 30 de oración completiva introducida por *ut* (*obsecro ut per pacem liceat te adloqui. Amph.* 388), 7 introducidas por *ne* (*SO. opsecro, parentes ne meos mihi prohibeas. Curc.* 605) y un único ejemplo de oración de infinitivo (*ipse obsecrat auoculum (...) sibimet cedere uxorem amanti. Aul. arg.* I. 11-13), que, no obstante, pertenece a un argumento, de época muy posterior, como es bien sabido.

²³⁴ También hemos encontrado un empleo, ciertamente restringido (4,7%), de esta partícula con oraciones exclamativas, en las que, en virtud de su significado léxico, podría ser traducido como “¡santo cielo!” o “¡cielos!”.

AL. opsecro ecastor, qur istuc, mi uir, ex ted audio? (Plaut. *Amph.* 812).

[AL. Por Cástor, te lo suplico, ¿por qué oigo estas palabras de tu boca, marido mío?]

En él se aprecia bien su empleo como marca de función ilocutiva inquisitiva. Según vemos, *obsecro* sirve, en estos casos, de regulador de la relación comunicativa, pudiendo, por tanto, ser traducido por una expresión del tipo “a ver”, “dime”, “responde”. De hecho, es muy probable que el origen de este uso inquisitivo de la partícula se pueda relacionar con formulaciones, como la que encontramos en el ejemplo siguiente, en las que la polisemia del verbo *rogare* (cf. *infra* VII.6.1) es la responsable de tales interferencias:

LI. *dic opsecro hercle serio quod te rogem, / caue mihi mendaci quicquam.* DE. *quin tu ergo rogas?* / LI. *num me illuc ducis ubi lapis lapidem terit?* (Plaut. *Asin.* 29-31).

[LI. Contéstame en serio, por favor, a lo que te voy a preguntar. Y ten cuidado de no decirme ninguna mentira. DE. ¿Y por qué no me preguntas ya? LI. ¿No me conducirías allí donde la piedra desgasta la piedra?]

Este hecho, además, pone nuevamente de manifiesto la conceptualización, en la lengua latina, de la clase de las preguntas como forma específica de petición de acción, orientada a provocar una reacción de tipo verbal, en aras de la adquisición de una información. Ello, unido al hecho de que las oraciones interrogativas pueden funcionar, como ya hemos visto (IV.2.2), con fuerza ilocutiva directiva, explica el hecho de que ambas formulaciones admitan marcadores de discurso y fórmulas de cortesía equivalentes²³⁵.

Por lo que respecta a su empleo como marcador de una fuerza ilocutiva directiva, cabe destacar en primer lugar la gran flexibilidad de posición que admite, pudiendo encontrarse tanto antepuesto al imperativo:

²³⁵ Recuérdese además el empleo de *cedo* en estas funciones y la proporcionalidad (III.5) entre las relaciones clasemáticas que establecen los verbos “dar” y “decir” con sus respectivos complementarios “tomar” y “escuchar”, que favorecen igualmente este tipo de desplazamientos. Así pues, parece claro que, para el hablante latino, preguntar no es más que “pedir una información” y contestar, su término complementario sucesivo, es, por tanto, equivalente a “dar la información solicitada”.

(...) LI. hospes, te *obsecro*, defende (...) (Plaut. *Asin.* 431).

[LI. Forastero, te lo suplico, defiéndeme.];

como detrás de él:

Leonida, curre, *obsecro* (...) (Plaut. *Asin.* 740).

[Leónidas, corre, te lo suplico.]

E igualmente entre el imperativo y sus posibles complementos, como vemos en el siguiente pasaje:

noli, *opsecro*, lacrimis tuis mi exercitum imperare (Plaut. *Cist.* 58).

[No quieras, por favor, mandar al ejército con tus lágrimas.]

Por otro lado, y entrando ya en consideraciones sobre su empleo, se observa una evidente preferencia hacia su uso por parte de las clases sociales altas (es cuando menos llamativa su escasa representación en el *Persa*). Por tanto, podemos inferir de ahí que su origen etimológico le proporcionaría en principio un contenido solemne, que lo inserta de lleno dentro de un cierto lenguaje elevado y lo hace particularmente apropiado para subrayar el contenido de cortesía que aportan esta clase de partículas, intensificado además por su contenido léxico. De hecho, ni *obsecro* ni *obtestor* fueron nunca formas populares, pues ambas faltan en Petronio y en las lenguas romances (Hofmann, 1958: 194).

Este dato, sin embargo, no ha de resultar incompatible con su aparición en intervenciones coloquiales. Y tampoco se ha de inferir de ahí que su uso sea exclusivo de los personajes de condición libre en estas comedias. No es infrecuente su uso en boca de esclavos, si bien dentro de unas condiciones especiales: el empleo parentético de *obsecro* por parte de esta clase social es bastante recurrente para exponer una súplica expresiva a sus amos. Y es que su contenido intensivo lo hace idóneo para tal fin, especialmente en situaciones extremas, en las que la única alternativa es apelar a la magnanimidad del interlocutor; en este sentido, puede interpretarse la siguiente afirmación de Donato:

ORANS OBSECRANS orare est placidos petere; *obsecrare*, iratos rogare: unde plus facit 'obsecrans', quam 'orans'; plus uero 'orans' quam 'rogans' (Don. *Ter. Ad.* 472, 1).

[*Orare* es pedir a los que están tranquilos, *obsecrare*, rogar a los que están enfadados, por lo que hace más el *obsecrans* que el *orans* y más aún el *orans* que el *rogans*.]

Y tampoco ha de descartarse tajantemente que en algunas ocasiones sea utilizado como imitación sarcástica del lenguaje más cuidado de sus amos. Su empleo en sentido inverso es bastante extraño —según los razonamientos expuestos acerca de las jerarquías y su influencia en la verbalización de órdenes o peticiones—, pero no imposible, sobre todo dentro de la mentalidad transgresora del sarsinate, que disfruta con estos atentados contra el orden establecido. En el siguiente pasaje, encontramos un nuevo episodio cómico en el que se cambian las tornas y el verdadero patrón (Lisídamo) se convierte, de manera bufa y movido por la necesidad de ser ayudado en un asunto amoroso, en el siervo de su propio esclavo (Olimpión):

LY. mane. OL. quid est? quis hic est homo? / LY. eru' sum. OL. quis erus? LY. quous tu seruo's. OL. seruos ego? / LY. ac meu'. OL. non sum ego liber? / memento, memento. LY. mane atque asta. OL. omitte. / LY. seruos sum tuos. OL. optumest. LY. *obsecro* te, / Oliympisce mi, mi pater, mi patrone. OL. em, / sapis sane. / LY. tuo' sum equidem (Plaut. *Cas.* 733-740^a).

[LI. Espera. OL. ¿Qué pasa? ¿Quién es ese hombre? LI. Soy tu amo. OL. ¿Qué amo? LI. Del que tú eres esclavo. OL. ¿Esclavo yo? LI. Sí, y mío. OL. ¿No soy libre? Recuerda, recuerda. LI. Para y espera. OL. Déjame. LI. Yo soy tu esclavo. OL. Así está bien. LI. Te suplico Olimpioncito mío, mi padre, mi patrón. OL. Ya entras en razón. LI. Soy todo tuyo.]

Solo así se justifica este uso de *obsecro*, que, en otro caso no hubiese aparecido en boca del amo, pues habría expresado sus necesidades en forma de órdenes. Pero al haber dado un giro tan importante en su situación es, de hecho, el propio Lisídamo el que acata órdenes del que hasta hace un momento era su esclavo, como vemos en el final de esta escena:

uerum i modo. LY. si tu *iubes*, / em ibitur tecum (Plaut. *Cas.* 758-758^a).

[Pero ven de una vez. LI. Si tú lo ordenas iré contigo.]

Este no es el único caso en que el orden social e incluso «cósmico» se ve quebrado. En el siguiente fragmento, por ejemplo, es el propio Júpiter, el padre de los dioses, el que suplica a una mortal²³⁶:

IV. per dexteram tuam te, Alcumena, oro, opsecro / da mihi hanc ueniam, ignosce, irata ne sies (Plaut. *Amph.* 923-924).

[JU. Por tu diestra Alcmena, te lo ruego, te lo suplico, concédeme esta venia, perdóname, no estés enfadada.]

En todos estos casos es fácilmente perceptible el carácter intensivo y altamente emocional que, según decíamos, se encarga de caracterizar a este lexema.

Del mismo modo, cabe destacar también la locución fija *tuam, uestram fidem obsecro* (cf. *supra* II.2.4), empleada para implorar protección o auxilio en situaciones de necesidad extrema. Índices de su alto grado de emotividad resultan igualmente algunos ejemplos de duplicación del contenido de la súplica²³⁷ o su frecuente combinación con partículas expletivas²³⁸ o exclamativas²³⁹. Y es muy probable que sea precisamente en ese carácter intensivo donde haya que buscar la explicación de la también marcada tendencia hacia el empleo de *obsecro* que muestran los personajes femeninos de las comedias. En su estudio sobre las características del lenguaje de las mujeres, Adams (1986: 55ss) propone el empleo de este lexema como uno de sus rasgos más característicos, fundamentalmente en lo que al estilo de Terencio se refiere. No en vano,

²³⁶ En este sentido pueden verse igualmente Plaut. *Merc.* 166-179, donde un amo suplica a su esclavo en un momento de gran incertidumbre, *Most.* 209-283, en los mismos términos o *Asin.* 662-699, con multiplicación de lexemas rogativos, según señala Seagal (1987²: 106). Sin embargo, hay que tener en cuenta en todos estos casos el componente de cortesía, mucho más presente, en principio, en personajes con cierta formación. Y es necesario precisar además que, a pesar de la evidente voluntad de mantener cierto «decoro poético» que muestran estos autores, el carácter altamente literario de sus composiciones obliga a atemperar las conclusiones que, sobre este particular, podamos inferir de ellas.

²³⁷ Cf. Plaut. *Amph.* 765, reproducido al comienzo de esta sección.

²³⁸ Así por ejemplo *hercle* en Ter. *Ad.* 281.

²³⁹ Hasta seis veces se documenta en Terencio la combinación con la exclamación (típicamente femenina) *au*: *Andr.* 781; *Haut.* 1015; *Eun.* 656, 899; *Phorm.* 754, 803 (cf. Adams, 1986: 54). En tales casos, es posible que no funcione tanto como un atenuador, sino más bien enfatizando la necesidad y la urgencia de lo solicitado. Sus efectos, por tanto, podrían ser equiparados a los de los expletivos combinados con actos de habla directivos (cf. al respecto Mesa Sanz, 1998^c: 57s).

su frecuencia de aparición en el discurso femenino, pese a su menor presencia en las comedias, es parejo al de su empleo por parte de varones. Como prueba se aduce allí el siguiente parlamento, hipercaracterizado con elementos típicamente femeninos:

(...) ‘mi Pamphile’, inquam, ‘amabo, / quid esanimatu’s obsecro?’ (...) (Ter. *Hec.* 824-825)²⁴⁰.

[‘Pánfilo mío’, le digo ‘por favor, ¿por qué estás sin aliento, ¡dios mío!’].

Sin embargo, tal y como expresa este mismo autor (ibíd.: 55), el empleo de verbos parentéticos como modificadores de cortesía es, por sí mismo, un elemento recurrente en el lenguaje de las mujeres. Tal hecho, es del todo comprensible si tenemos en cuenta además una consideración de orden sociológico: la especial situación del género femenino en esa época, dependiente a lo largo de toda su vida de la tutela del hombre. Por otra parte, es preciso señalar la muy notoria aparición de *obsecro* en las intervenciones de *adulescentes*, hecho que ha de ser puesto en relación con los apuros que sufren estos personajes a causa de sus amoríos. Pero, obviamente, su uso no se encuentra restringido a ellos; el resto de personajes masculinos lo emplea, si bien con preferencia por una configuración sintáctica especial, con complemento de persona en acusativo (Adams, 1986: 57):

PA. obsecro te, quam primum hoc me libera miserum metu (Ter. *Andr.* 351).

[PA. Te lo suplico, líbrame cuanto antes, ¡pobre de mí!, de este temor.]

Según afirma este autor, la construcción *obsecro te*, en combinación con un imperativo, ha de interpretarse como un idiomatismo más propio del lenguaje masculino, en el que habría de reconocerse un tono más autoritario. Es posible advertir, en efecto, cierto tono perentorio en algunos de sus empleos, pero no así en todos, por lo que resulta lícito exponer reservas ante la plena funcionalidad de esa consideración; quizá pudiera tratarse de una distinción artificial²⁴¹, que no explica por tanto su asiduo empleo por

²⁴⁰ De las formas posesivas que denotan un carácter afectuoso da cuenta Donato en el siguiente comentario (Ter. *Andr.* 685, 1): *ANIME MI mollis oratio et feminea multis implicata blandimentis*. Sobre el carácter femenino de *amabo*, cf. *infra* (V.2.3).

²⁴¹ Con todo, las coincidencias que al respecto se observan entre las obras de Terencio y las de Plauto son indicio (nuevamente según Adams, 1986: 55) de que se trataría de un reflejo del lenguaje real.

parte de mujeres. Para su correcta interpretación será necesario echar mano de los datos que nos proporciona el expediente ciceroniano. En sus obras, fácilmente divisibles en dos ámbitos (público y privado), es posible distinguir una distribución del uso de las expresiones parentéticas. El mayoritario empleo de *quaeso* (que pasaremos a tratar a continuación) en sus discursos forenses²⁴², contrasta llamativamente con el alto empleo que de *obsecro* hace en su correspondencia privada (cf. Adams, 1986: 59s). Esta distinción pone nuevamente de manifiesto el carácter intensivo que posee este último lexema, la coloración expresiva y emotiva que añade a una intervención particular, y que parece incompatible con el carácter formal propio de los procesos judiciales, mientras que resulta admisible en el ámbito privado y familiar, donde estos condicionantes tienden a desaparecer:

quod ad me, mea Terentia, scribis te uicum uendituram, quid, obsecro te (me miserum!), quid futurum est? (Cic. *fam.* 14, 1, 5).

[Ya que me escribes, Terencia mía, que tienes intención de vender la hacienda, ¿qué, te lo suplico (¡pobre de mí!), qué es lo que va a ocurrir?]

Pero, aún hay más, fuera de él, la mostración abierta de los sentimientos supone en gran medida un tabú para el género masculino; por lo tanto, volviendo a la consideración de su empleo en el género teatral, podemos concluir que no es que *obsecro* haya de ser necesariamente interpretado como un elemento propio del lenguaje femenino, sino que, dado que estas muestran menos restricciones y prejuicios a la hora de emplear formas intensivas –lleven estas implícita dicha carga emocional de forma real, o no–, es lógico que su empleo recaiga mayoritariamente en el marco de sus intervenciones, al tiempo que los hombres muestran una mayor preferencia hacia el empleo de formas más neutras y con una carga intensiva menos marcada, como es el caso de la que pasamos a tratar.

²⁴² Este es también el parentético por antonomasia en la *Apología* de Apuleyo; cf. 6, 4; 63, 6; 69, 8; 91, 1; 99, 5; 100, 10. Es posible, según apunta Hofmann (1958: 190) que ya en época de Cicerón se sintiese como expresión arcaizante, pero sin duda lo es en esta época.

V.2.2.- *QVAESO*.

La forma *quaeso* se origina con la adición a la base léxica *quaero* de un sufijo desiderativo (**quais-so*); de ahí que, probablemente, su significado primario fuera “tratar de obtener”²⁴³, noción que lo aproxima mucho al contenido de los verbos de petición. En latín son muy pocas las formas que se pueden reconocer claramente como desiderativas (cf. *capesso*, *facesso*, *lacesso*, *expetesso*) y, en este caso, dicho morfema influye de manera decisiva en su empleo dentro del lenguaje religioso, donde, según ya vimos, se produce un debilitamiento entre las fronteras de las nociones de ‘deseo’ y ‘petición’ (cf. *supra*, IV.3.2). De hecho, su uso en este sentido está documentado desde época muy antigua (cf. Cato *agr.* 141, 2, plegaria que trataremos más adelante), si bien parece que ya en época de Plauto habría quedado reducido a arcaísmo del lenguaje sagrado fuera de su uso absoluto como fórmula de cortesía (cf. Hofmann, 1958: 190). Pese a este carácter arcaizante (rasgo por otro lado muy característico de ese lenguaje específico), su empleo en las peticiones a los dioses sigue siendo muy recurrente en las obras de los cómicos, donde, en detrimento del precativo por antonomasia (*precari*), resulta muy privilegiado²⁴⁴:

id ego si fallo, tum te, sume Iuppiter, / *quaeso* Amphitruoni ut semper iratus sies (Plaut. *Amph.* 933-934)²⁴⁵.

[Y si miento, a ti, Júpiter supremo, te suplico que siempre maldigas a Anfitrón.]

²⁴³ Y no “tratar de saber”, como se propone en Monteil (1992: 311), que se podría defender únicamente como subvalor del más amplio “tratar de obtener”, con la complementación específica “un conocimiento”. De ahí también la evolución semasiológica de su base. Cf. *infra* (VII.6.4 y n. 391) lo relativo a *aeruscare*.

²⁴⁴ Además de los ejemplos reproducidos, no es infrecuente la complementación *deos* + oración completiva; así por ejemplo, en Ter. *Ad.* 491 (*haec primum ut fiant deos quaeso ut uobis decet*), donde se aprecia bien nuevamente la indistinción entre las esferas no-resultativa y resultativa que opera en este ámbito. En la obra de Plauto se cuentan cinco apariciones más de este tipo de construcción (*Amph.* 720; *Cas.* 389, 396; *Rud.* 499, 1256). De hecho, su vitalidad en este lenguaje específico es todavía patente en oraciones cristianas de época tardía (véanse, por ejemplo, las que analiza Bastiaensen, 1973: 154ss; con todo, su impronta ha desaparecido de las lenguas romances). No debe extrañar, por otro lado, la compatibilidad entre el carácter coloquial de este lexema y su funcionalidad en el lenguaje religioso (cf. Hickson, 1993: 49). Más adelante estudiaremos el caso de *rogare*, pero, por ahora, adelantemos que el empleo precativo que aún hoy conserva en nuestro idioma, hunde sus raíces en el uso originariamente neutro y coloquial de este lexema y muy bien podría haberse visto favorecido por su asiduo uso parentético.

²⁴⁵ Esta petición, que forma parte de una fórmula de juramento, es, sin embargo, pronunciada por el propio Júpiter, pero caracterizado en este momento de la comedia como mortal, por lo que el ejemplo sigue siendo igualmente válido para lo que queremos mostrar.

Sin embargo, su sentido en este aspecto es más neutro que el que veíamos en *obsecro*, fuertemente marcado para tal fin por su origen etimológico, tal y como se aprecia en el siguiente ejemplo:

AG. abeo. ADV. quaesio, *di immortales*, quin abis? AG. abeo. ADV. sapio (Plaut. *Poen.* 608).

[AG. Me marchó. JÓV. Dime, por los dioses inmortales, ¿por qué no te marchas ya? AG. Me marchó. JÓV. Haces bien.]

Junto a esta, su función mayoritaria es, sin duda alguna, la expresión de la cortesía lingüística a través de su empleo en posición parentética (“por favor”, “te lo ruego”), que muestra un funcionamiento prácticamente idéntico al que veíamos en *obsecro*, si bien debemos reseñar como rasgo definitorio la ausencia de complementación de persona en acusativo. De su alta especialización en esta función y su grado de gramaticalización encontramos indicios nuevamente en la ausencia de documentación de otras formas de su paradigma, al margen de la típicamente realizativa (únicamente *quaesumus* en Cic. *leg.* 1, 6; cf. Pinkster, 1995: 265, n. 57). De hecho, del total de las 158 apariciones de este lexema que hemos encontrado en la obra plautina –cuyo análisis presentamos nuevamente a título orientativo–, únicamente algo más del 20% funciona como predicación plena, indefectiblemente con oración completiva. El resto del porcentaje, al igual que en el caso de *obsecro*, se encuentra repartido entre empleos con oraciones interrogativas, en preguntas irritadas fundamentalmente:

(...) CV. quid facitis, *quaesio*? PA. uentum (...) (Plaut. *Curc.* 315).

[CU. ¿Qué hacéis?, por favor. PA. Viento.];

y oraciones imperativas²⁴⁶:

²⁴⁶ Únicamente hemos encontrado dos ejemplos en oración exclamativa: Plaut. *Mil.* 399-401 (... *at, Sceledre, quaesio, / ut ad id exemplum somnium quam simile somniauit / atque ut tu suspicatus es eam uidisse osculantem!*) y *Mil.* 1253 (PA. *ut, quaesio, amore perditast te miseria!*). Este mismo valor exclamativo adquiere la partícula en combinación con una pregunta retórica; cf. Plaut. *Cas.* 68 (*quaesio hercle, quid istuc est? seruiles nuptiae?*).

ME. *quaeso* hercle noli, Saurea, mea caussa hunc uerberare (Plaut. *Asin.* 417).

[ME. Por favor, en nombre de Hércules, Saurea, no golpees a este por mi culpa.]

En este caso, a diferencia del anterior, resulta llamativo el abundante uso de esta última configuración, que casi dobla en número a la combinación con oraciones interrogativas, sobre todo si tenemos en cuenta el origen etimológico de este lexema, cuyo étimo, *quaero*, ha experimentado una lógica evolución semasiológica por la que desde su sentido originario de “buscar”, “investigar”, “informarse”, ha llegado a la significación de “preguntar”. De hecho, en el siguiente ejemplo queda patente cómo esta partícula es capaz de conferir fuerza ilocutiva inquisitiva a una oración declarativa:

‘quaeso’, inquam, ‘domina, certe embasicoetan iusseras dari’ (Petron. 24, 1).

[‘Dígame, señora’, le digo, ‘seguramente usted ha ordenado que se me diera un *embasiceto*.’]

Sin embargo, puede defenderse que el valor intencional que proporciona a este verbo la desinencia desiderativa *-s-, le proporciona un sentido más neutro²⁴⁷ —alejado de las distintas connotaciones presentes en otros lexemas y adaptado a las necesidades de cortesía presentes en las peticiones cotidianas—, que se acomoda muy bien al lenguaje coloquial.

Además, por lo que respecta a su uso, debemos añadir que este término entra en una distribución complementaria con *amabo*, que trataremos a continuación, pues *quaeso* pertenece claramente, por confrontación con este otro, al lenguaje de los hombres. De las 158 apariciones de este lexema en las obras plautinas, únicamente 10 están puestas en boca de mujeres, es decir, un porcentaje insignificante; en cuanto a la producción terenciana, su número es aun menor (4x).

²⁴⁷ Carney (1964), en su análisis restringido al uso terenciano de este lexema, quiere ver en él cierto tono autoritario, pues —afirma— suele aparecer, en relaciones jerárquicas desiguales, empleado por el superior hacia el inferior; si ocurre a la inversa, su uso se restringe fuera del ámbito de la familia y, bajo ningún concepto se dirige a una «mujer respetable». Sin embargo, estas afirmaciones son difícilmente sostenibles si tenemos en cuenta los datos que hemos visto al respecto de la obra de Cicerón, en la que ese carácter neutro privilegiaría su empleo frente al intensivo *obsecro*; la motivación de estos casos sería, pues, azarosa, en función de las escenas sobre las que se montan los argumentos de las distintas comedias o, en última instancia, imputable a un empleo característico del estilo de Terencio, pero nunca un reflejo de su empleo real.

V.2.3.- *AMABO*.

Como puede deducirse fácilmente de su morfología, *amabo* no es otra cosa que la primera persona del futuro del verbo *amare*, que, como los términos precedentes, ha pasado, por medio de un proceso de gramaticalización, a ser usado como partícula de cortesía en construcción parentética. Es posible que en el siguiente pasaje plautino se pueda identificar el origen de este uso:

ADE. soror, parce, *amabo*. (...) / ANTE. quiesco. ADE. *ergo amo te* (...) (Plaut. *Poen.* 250-252).

[ADE. Hermana, déjalo estar, por favor. ANTE. Me callo. ADE. Muchas gracias.]

De tal modo, parece que la combinación de esta con oraciones imperativas directivas ha de ser entendida como referente a una prótasis elíptica, del tipo: «haz esto, (si lo haces), te amaré» (Lindsay, 1988: 60); así, su sentido queda bien recogido por medio de la perífrasis “te agradecería que...”, en consonancia con la acepción de *amare* que expresa no ya tanto un sentimiento amoroso como una emoción cercana a la gratitud y que resulta típicamente femenina (Adams, 1986: 74). Su uso en sentido directivo queda con ello bien explicado y su comportamiento es idéntico al que veíamos en las partículas anteriores, con la única salvedad de que se trata de un término utilizado casi exclusivamente por mujeres. De los 102 ejemplos que hemos encontrado en las comedias de Plauto, solamente 9 están puestos en boca de hombres²⁴⁸, sin duda, como procedimiento humorístico. El resto es pronunciado por mujeres, y fundamentalmente por cortesanas, lo que ya nos pone en la pista de su uso. Además, en los casos en que un varón utiliza esta partícula, la dirige siempre a su amante; es decir, su uso se halla restringido al contexto amoroso extramarital, hecho comprensible a partir del significado de esta unidad. Posee, por lo tanto, un sentido muy afectuoso y su empleo se incluye dentro del lenguaje coloquial.

Por lo demás, pese a que su posición normal suele ser enclítica –sobre todo en lo que a la obra de Plauto se refiere–, su empleo va en paralelo al de las partículas que ya

²⁴⁸ Estos son: *Asin.* 707, 711; *Cas.* 916; *Men.* 678; *Most.* 324; *Persa* 245, 765; *Poen.* 370, 380. En las obras de Terencio supone un elemento estrictamente femenino.

hemos estudiado. Puede aparecer tanto en oraciones interrogativas con fuerza ilocutiva inquisitiva:

(...) ADE. eho, *amabo*, quid illo nunc properas? (...) (Plaut. *Poen.* 263).

[ADE. Oye, dime, ¿por qué tienes tanta prisa?]

así como acompañando oraciones imperativas claramente directivas:

ER. †iam, *amabo*, desine† ludos facere (...) (Plaut. *Men.* 405).

[ER. Deja ya, por favor, de burlarte.]

De hecho, a partir de ese innegable paralelismo, *amabo* puede incluso, a imagen de los verbos de petición genuinos, adoptar complementaciones equivalentes a los de estos. Y así se aprecia claramente en los siguientes ejemplos:

sed scin quid *te amabo ut facias*? MEN. impera quid uis modo (Plaut. *Men.* 425).

[Pero, ¿sabes lo que te agradecería que hicieras? MEN. Manda lo que quieras.]

SEL. nunc *te amabo, ut hanc* <hic unum> triduom hoc solum *sinas* / esse et hic seruare apud me (...) (Plaut. *Cist.* 104-105).

[Ahora te agradecería que permitieras que ella se quedara aquí tres días para controlar mi casa.]

donde el verbo, en construcción plena, toma un complemento de persona en acusativo y una oración completiva introducida por *ut*, pasando a ser su sentido equivalente al de los verbos de petición. Con todo, tales empleos parecen exclusivos de los dos ejemplos reproducidos.

Por último, cabe también destacar, aunque sean muy poco significativos en número, los casos en que esta partícula es capaz de proporcionar fuerza ilocutiva directiva a mensajes asertivos:

ARG. amabo, Libane, *iam sat est*. LI. numquam hercle hodie *exorabis* (Plaut. *Asin.* 707)²⁴⁹.

[ARG. Por favor, Líbano, ya es suficiente. LI. Jamás lo conseguirás hoy, por Hércules.]

MI. *iam iam sat*, amabo, *est*. sinite abeam, si possum, uiua a uobis (Plaut. *Mil.* 1084).

[MI. Ya, ya es suficiente, por favor. A ser posible, dejad que me marche viva de aquí.]

En ambos casos, el contenido literal “ya es suficiente”, “ya basta”, esconde en realidad un mensaje con una fuerza ilocutiva que responde más bien a un mensaje directivo parafraseable como “¡vale ya!”, “¡para!” o “¡déjalo!”²⁵⁰. Es posible que estos u otros contextos análogos sean los que han llevado a Risselada (1993: 84) a la afirmación de que esta partícula tiene un marcado contenido de urgencia. Es cierto que puede encontrarse en pasajes transidos de emoción:

PA. uae tibi! LY. immo istuc tibi sit. PA. ne cadam, *amabo*, tene me. / LY. quidquid est, eloquere mi cito. PA. contine pectus, / face uentum, *amabo*, pallio. LY. timeo hoc negoti quid siet, / nisi haec meraclo se uspiam percussit flore Liberi. / PA. optine auris, *amabo* (...) (Plaut. *Cas.* 634-641).

[PA. ¡Ay de ti! LI. Aplícate eso mejor a ti. PA. Agárrame, por favor, que no me caiga. LI. Sea lo que sea, dímelo de una vez. PA. Cógeme del pecho, dame aire, por favor, con el manto. LI. Me da miedo saber lo que ha pasado, a no ser que esta se haya emborrachado con flor pura de Líber. PA. Agárrame de los oídos, por favor.]

Pero no en todos los pasajes reproducidos es posible reconocer este elemento. Además, según hemos visto, su recurrencia en el contexto amoroso y su especialización en el lenguaje femenino resultan difícilmente compatibles con esa apreciación, por lo que, tal y como hemos dicho, resulta más apropiado enmarcarla en un sentido más neutro que comparte con *quaeso*, unidad con la que entra en clara distribución.

²⁴⁹ En este caso, además, la posición inicial de la partícula *delata*, según Hofmann (1958: 189) «un afecto fuerte como indignación, deseo vehemente y análogos». Para estos ejemplos, recuérdese además lo dicho acerca del tipo de enunciados interplicitos (III.4.1).

²⁵⁰ Este hecho nos parece digno de mención porque, aunque teóricamente tal uso sería perfectamente esperable para el resto de las partículas tratadas, ha sido únicamente aquí donde lo hemos encontrado, lo cual no implica necesariamente que el resto tuviera restricciones en este sentido. Además, el propio mensaje muestra, por sí mismo, suficiente orientación directiva como para afirmar que el único responsable de que adopte tal fuerza ilocutiva sea la partícula parentética.

V.3.- CONCLUSIONES.

Como ya hemos advertido, junto a determinadas partículas modales de origen verbal, todos los lexemas integrantes del campo semántico de la petición pueden funcionar en posición parentética, para concretar así la intencionalidad de determinado mensaje. Pero un reducido grupo de ellos se ha especializado en gran medida para expresar esta función, iniciándose simultáneamente un proceso de automatización de estos lexemas que, no obstante, continúan admitiendo en parte, al menos en el corte sincrónico analizado, construcciones plenas, donde mantienen la valencia triactancial que les es propia.

Dada la concurrencia de estos tres elementos en el sistema, cada uno de ellos ha experimentado una especialización característica en virtud de su propio contenido léxico. A partir de los datos hasta aquí expuestos, es fácilmente deducible que, en lo que respecta a la clasificación de estas partículas, nos encontramos ante una cuestión de arquitectura del lenguaje²⁵¹. Ahí precisamente radica la justificación del estudio que hemos abordado en relación con las diferencias que se desprenden de su diverso tratamiento en las obras analizadas, puesto que, según afirma Coseriu (1981²: 118),

la «técnica sincrónica del discurso» correspondiente a una lengua histórica no es nunca una técnica unitaria. Se registran, en efecto, en tal técnica, tres tipos de diferencias internas, que pueden ser más o menos profundas: diferencias en el espacio geográfico o diferencias diatópicas; diferencias entre los estratos socio-culturales de la comunidad lingüística o diferencias diastráticas; y diferencias entre los tipos de modalidad expresiva o diferencias diafásicas. Las técnicas más o menos unitarias que corresponden —en sentido contrario— a estos tres tipos de diferencias son las «hablas locales» y las «lenguas regionales» (técnicas sintópicas), los «niveles» socio-culturales de la lengua (técnicas

²⁵¹ Sobre el concepto de arquitectura véase Coseriu (1981²: 120), donde se dice: «De acuerdo con Flydal, llamamos arquitectura de la lengua al conjunto de relaciones que implica la multiplicidad de las “técnicas del discurso” coexistentes en una lengua histórica (...). La arquitectura de la lengua no debe confundirse con la estructura de la lengua, que corresponde exclusivamente a las relaciones entre los términos de una “técnica del discurso” determinada (“lengua funcional”). Entre los términos “diferentes” desde el punto de vista de la estructura de la lengua hay oposición; entre los términos “diferentes” desde el punto de vista de la arquitectura de la lengua hay diversidad».

sinstráticas: «lenguaje culto», «lenguaje medio», «lenguaje popular», etc.) y los estilos de lengua (técnicas sinfásicas: «lenguaje usual», «lenguaje solemne», «lenguaje familiar», «lenguaje de los hombres», «lenguaje de las mujeres», etc. y, en la lengua literaria, «lenguaje poético», «lenguaje de la prosa», etcétera).

A lo largo de este capítulo, hemos podido observar cómo la lengua latina ha configurado un esquema tripartito, articulado en torno a criterios sinstráticos y sinfásicos, en el que aparece, en primer lugar, un término propio del lenguaje elevado y culto (*obsecro*) o, al menos, no popular, dada su primitiva pertenencia al lenguaje religioso y el carácter solemne que caracterizó en todo momento a la religión romana. De ahí, además, su valor intensivo, que le permitió incorporarse en las intervenciones coloquiales. Opuesto a él, *quaeso*, posee un valor más neutro, carente por completo de cualquier matiz de solemnidad o emoción, y es, por tanto, más adecuado para un empleo como mera marca atenuadora en un lenguaje coloquial y familiar. Este lexema establece, a su vez, una nueva diferenciación, en virtud, en esta ocasión, de su empleo por parte de los personajes masculinos de las comedias, frente a *amabo*, término característico del lenguaje de las mujeres, sobre todo de las cortesanas, por las connotaciones que posee²⁵². En este sentido, el lenguaje femenino resulta ser el término marcado en cuanto a la distinción que establece con el propio de los hombres; desde el punto de vista sociolingüístico, parece que es posible reconocer en cualquier lengua ciertos criterios caracterizadores²⁵³, pues estas se muestran proclives al empleo de formas prestigiadas y fórmulas de cortesía, al tiempo que resultan ser más conservadoras²⁵⁴.

Así pues, la distribución que hemos verificado, para en el estadio de la lengua latina aquí analizado, puede ser representada como sigue:

²⁵² Es esta una oposición paralela a la que se establece, por ejemplo, en el uso de los expletivos *ecastor*, *edepol*, *mecastor* y *hercle* (sobre los cuales *uid.* Herrera Hermosilla, 1994) y las interjecciones de dolor *ei* y *uae* (cf. Hofmann, 1958: 17s).

²⁵³ Cf. Adams (1986: 43 y *passim*); con todo, este autor muestra sus reservas en lo que se refiere al latín, puesto que el estudio que de él podemos hacer parte necesariamente de un *corpus* literario, escrito por un hombre, en el que es posible que se reflejen ciertos estereotipos sobre el lenguaje de las mujeres forjados *a priori*, más que una observación directa de la realidad.

²⁵⁴ Sobre el conservadurismo propio del lenguaje de las mujeres, Cicerón (*de orat.* 3, 45) se manifiesta del siguiente modo: *facilius enim mulieres incorruptam antiquitatem conseruant*; y añade, en referencia a su suegra Laelia: *eam sic audio, ut Plautum mihi aut Naeuium uidear audire, sono ipso uocis ita recto et simplici est, ut nihil ostentationis aut imitationis adferre uideatur*.

	lenguaje de los hombres	lenguaje de las mujeres
lenguaje coloquial	<i>quaeso</i>	<i>amabo</i>
lenguaje elevado	<i>obsecro</i>	

Sin embargo, andando el tiempo, el esquema caerá en el olvido por reinterpretación de estas fórmulas o por su progresivo abandono. Así, por ejemplo, *amabo* pierde su especial conexión con el lenguaje de las mujeres y pasa a ser privilegiada, en la obra de Cicerón, dentro del ámbito familiar, de manera comparable a los datos que veíamos más arriba con respecto a *obsecro*, con el que comparte, si bien por razones diferentes, cierta carga de emotividad:

sed, amabo te, mi Attice (uidesne quam blande?), omnia nostra (...) ita gerito (Cic. *Att.* 16, 2, 2).

[Pero, hazme el favor, Ático mío (¿ves qué cariñoso?) y ocúpate así de todos nuestros asuntos.]

Ya en la obra de Petronio *obsecro* ha desaparecido sin dejar rastro y *quaeso* está en franca regresión. Tal hecho ha de ser interpretado fundamentalmente como producto de la fuerte depreciación que ambas formas fueron sufriendo desde dentro. Así lo expresa Hofmann (1958: 10):

La sensación molesta de tener que emplear estas fórmulas forzosamente en las situaciones más distintas, como p. ej. dirigiéndose a personas socialmente superiores, la impresión a menudo irresistible de contradicción entre la apariencia y los hechos, y sentimientos análogos, ponen en juego en muchos casos la ironía y el sarcasmo, que, en la lengua viva, al cambiar la entonación, pueden convertir las expresiones más amables en lo diametralmente opuesto.

También influiría el progresivo oscurecimiento que sufrirían por desgaste fonético; en el caso de *sis*, además, sería incómoda su homonimia con la forma del verbo *sum*. Por todo ello, surgieron nuevas expresiones como *si me amas*, *si me diligis*, *si placet* (cf. fr. *s'il plaît*), *si lubet*, *si (modo) tibi est commodum* y el interrogativo *commodum?* y *si (tibi) uidetur (uidebitur)*, todos ellos más selectos (ibíd.: 197), para llegar al estado en el que un verbo como *rogo*, sin empleos de este tipo en latín arcaico, pasó a sustituirlos como expresión parentética a esos, en el latín coloquial del alto imperio:

sed narra mihi, Gai, rogo, Fortunata quare non recumbit? (Petron. 67, 1).

[Pero cuéntame, Gayo, por favor, ¿por qué Fortunata no se sienta a la mesa?]

ad cenam Selium tu, rogo, taure, uoca (Mart. 2, 14, 18).

[Invita tú a cenar a Selio, por favor, toro.]

VI. la petición, institución social (balance provisional)

Con el capítulo anterior cerramos ya el largo análisis que hemos dedicado a los variados tipos de indicadores con los que cuenta la lengua latina para contribuir a la interpretación directiva de los enunciados concretos. A lo largo de las páginas precedentes, hemos tenido ocasión de comprobar la riqueza expresiva de la acción petitoria en esta lengua, así como de observar el alto grado de convencionalización de la misma, pues, a pesar de las posibilidades de innovación y creación que posee el hablante, este habrá de subordinar sus intervenciones a una serie de reglas básicas que permitan a los potenciales interlocutores inferir la naturaleza de sus objetivos.

Evidentemente, la petición no es un mecanismo único y los deseos y pretensiones se pueden insinuar de otras muchas maneras. En la campaña electoral, por ejemplo, la amabilidad (*comitas*) y los halagos (*blanditiae*) al electorado resultan fundamentales para conseguir el objetivo planteado²⁵⁵. Estas últimas suponen además la maniobra típica de las cortesanas a la caza del amante²⁵⁶, para las que halagos, besos y caricias funcionan con la fuerza de un ruego:

nunc istanc tantisper iube *petere* atque *orare* mecum. / PH. *amandone exorarier* uis ted an *osculando*? / LI. enim uero utrumque. PH. ergo, opsecro, et tu utrumque nostrum serua. / (...) PH. mi Libane, ocellus aureus, donum decusque amoris, / amabo, faciam quod uoles, da istuc argentum nobis (Plaut. *Asin.* 686-692).

²⁵⁵ Incluso si han de ser fingidas, según explica Q. Cicerón (*pet.* 42): *deinde id quod natura non habes, induc in animum ita simulandum esse ut natura facere uideare; nam comitas tibi non deest ea quae bono ac suauī homine digna est, sed opus est magno opere blanditia, quae, etiam si uitiosa est et turpis in cetera uita, tamen in petitione necessaria est.*

²⁵⁶ Sobre el funcionamiento de *blandior* en el léxico amoroso, cf. López Gregoris (2002: 98ss).

[Ahora mándale a esta que me lo pida y me lo ruegue. FI. Y ¿cómo quieres que lo consiga, con cariñitos o con besos? LI. De las dos formas, claro. FI. Entonces, te lo suplico, sálvanos tú también a los dos. FI. Líbano mío, eres una joya, regalo y adorno del amor, por favor, haré lo que quieras, pero danos el dinero.]

Además, como ya hemos indicado, cuando las circunstancias no dejan lugar a duda sobre el contenido de lo solicitado, cualquier mecanismo semiótico de comunicación no verbal podrá hacer las veces de una enunciación lingüística de estas características: el pañuelo que se agita en situaciones de peligro, el pulgar levantado a un coche que pasa o la mano extendida del mendigo. Tan interiorizado tenemos el esquema de la petición que es posible decir, en sentido figurado, que el perro pide comida a golpes de morro; y hemos analizado igualmente la metáfora que personifica seres inanimados como entidades que reclaman sus necesidades más básicas y que, en última instancia, les atribuye volitividad y les hace pedir porque quieren o requieren algo.

Sin embargo, esas necesidades, entendidas en un sentido amplio, no siempre resultan tan evidentes para los demás, por lo que conviene echar mano a cualquiera de los mecanismos a los que hemos pasado revista. Ya nos hemos referido a la afirmación serleana de que el mero hecho de hablar un lenguaje implica tomar parte en una determinada conducta dominada por reglas. Tanto las formas de expresión que hemos analizado, como los gestos que acabamos de citar suponen mecanismos igualmente convencionales y su sentido asociado está consensuado por la comunidad que comparte tales códigos. Y en la sociedad romana más, si cabe. El conservadurismo de su mentalidad, la reverencia por las costumbres ancestrales fomentan, sin duda alguna, la repetición de protocolos prefijados. Las acciones legales nos proporcionan un buen ejemplo.

El más antiguo sistema procesal del que tenemos noticia (*legis actiones*) consistía en la recitación solemne de ciertas fórmulas con el acompañamiento de gestos rituales, que debían ser llevados a cabo en la forma precisa que prescribía la ley. Su riguroso formalismo determinaba que cualquier error que pudiera cometerse durante su desarrollo invalidase todo el ceremonial, con la consecuente pérdida del litigio que se estaba defendiendo (*cf.* d'Ors, 1986: 109ss). Tal complejidad, que promovió el progresivo abandono de esta práctica, pone de manifiesto su íntima relación con los

rituales sacros. En cualquier muestra de religiosidad, como en cualquier acción judicial, la pronunciación meticulosa de las palabras adecuadas, el cumplimiento de todos los pasos y la realización de toda la parafernalia gestual constituían requisitos indispensables. El más mínimo error obligaba a la repetición de todo el ceremonial. Así ocurrió, según nos informa Livio (40, 16, 2), en las grandes fiestas latinas de 176 a.C., a causa de la omisión que cometió uno de los magistrados encargados de un sacrificio. Desde el momento en que determinadas enunciaciones creaban unos vínculos indisolubles en el marco de una sociedad eminentemente oral, es lógico que estas debieran hacerse de acuerdo a unos parámetros perfectamente estipulados y en consonancia con una tradición secular que se pierde en el origen de los tiempos.

Según se observa, muchos de los criterios sociológicos con los que hemos trabajado en los capítulos precedentes encuentran en su aplicación al latín una razonable plasmación, claramente reconocible en multitud de sus aspectos, al tiempo que proporcionan cierta perspectiva. Así pues, para alcanzar un entendimiento completo de los factores que condicionan el fenómeno de la petición y para conseguir una base segura sobre la que abordar la caracterización de los lexemas encargados de su designación, resulta indispensable que nos apartemos por un momento de su plasmación lingüística y nos detengamos ahora en determinados factores de índole social y antropológica, que nos permitirán tanto intuir su origen y desarrollo en perspectiva diacrónica, como descubrir la justificación de esta estructura básica del funcionamiento de la sociedad romana.

Resulta sorprendente el hecho de que –según tendremos ocasión de comprobar más adelante– es posible reconocer en la gran mayoría de los lexemas de petición un origen etimológico que los emparenta con otras esferas de significado. Veremos que los procedimientos son variados, aunque no es difícil encontrar ciertas tendencias, ciertos movimientos nocionales recurrentes. A pesar de que es posible reconocer una raíz indoeuropea que cumple con los requisitos necesarios para encargarse de la designación de la petición, este hecho ha de ser interpretado como la manifestación de una necesidad lingüística secundaria de denominar una serie de actos que un hablante realiza al utilizar el lenguaje y que solo podrán surgir en unas circunstancias y en un grado de desarrollo social muy concretos. Dado que la actividad petitoria se origina como un apéndice de otra más elemental, la lengua se encuentra con una carencia que ha de solventar

adaptando otros lexemas, pertenecientes a ámbitos significativos afines, para referirse a esta nueva realidad.

Al tratar los empleos del imperativo (IV.2.1.1), apuntábamos que es posible vincular su desnudez morfológica con un carácter elemental, relacionado sin duda con su especialización en el plano actuativo del lenguaje. Además, la multiplicación de sus aplicaciones nos ha llevado a caracterizarlo como el modo directivo por antonomasia, capaz de cubrir objetos ilocutivos emparentables pero, a todas luces, distanciados en lo que a sus intenciones últimas se refiere. Por todo ello y por su conexión con el vocativo, el modo imperativo nos pone en contacto con una de las funciones primarias del lenguaje: la de intentar influir en el comportamiento ajeno, pues, también lo hemos dicho ya, dado nuestro carácter social, la consecución de nuestros objetivos está supeditada, en muchas ocasiones, a las voluntades ajenas. En los estadios más bajos de la evolución de las estructuras sociales, quizá este procedimiento fuese suficiente, pero con el paso del tiempo, el desarrollo y refinamiento de estas provocan la necesidad de otro tipo de enunciaciones, que basten por sí mismas para distinguir realidades diferentes. La indispensable interacción social, dominada por las normas que esa sociedad impone de manera intrínseca, ha de ser mantenida a través del consenso con los demás miembros. Los intereses propios no pueden chocar con los ajenos y son necesarias ciertas medidas de compromiso que permitan su obtención y eviten el conflicto. Criterios como la cortesía hacen su aparición, en paralelo a la institucionalización de las jerarquías, y se impone su codificación lingüística. No es ya lo mismo la orden a un inferior que el ruego a un superior.

La petición, pues, responde a un proceso de depuración del trato que el ser humano desarrolla con sus semejantes. Es necesario evitar que las motivaciones que llevan a su realización entren en conflicto con las del resto y, por lo tanto, estas han de ser camufladas, pues se convierten en tabú desde la perspectiva de la buena convivencia, del mantenimiento de los condicionamientos sociales, a todas luces indispensables. Desde esta perspectiva, no sería descabellado proponer que el acto de habla directivo en general sea un acto de habla primitivo y, solo a medida que los parámetros sociales se van desarrollando, el fenómeno de interacción verbal se complica a la par que esa intencionalidad básica sufre una disgregación. La petición, en suma, no

es más que una convención social y, como tal, surge al abrigo del desarrollo de las sociedades y sus instituciones.

La necesidad de distinguir las intenciones ilocutivas lleva, sin duda alguna, a la necesidad de individualizarlas por medio de una denominación concreta. «Este es justamente un modo en que el lenguaje se desarrolla a tono con la sociedad de la cual es el lenguaje. Los hábitos sociales de la sociedad pueden afectar considerablemente qué verbos realizativos se desarrollan y cuáles, a veces por razones más bien irrelevantes, no lo hacen», afirma Austin (1975: 226). (Enseguida se comprenderán las razones que justifican la profusión de verbos de petición en latín.) Pero esta necesidad, huelga decirlo, es subsidiaria de una realización, efectiva y anterior en el tiempo, de esas nuevas formas de interacción social. Pese a que los más antiguos testimonios literarios latinos que hemos conservado incluyen ya enunciados realizativos que codifican un alto grado de desarrollo institucional (piénsese en la plegaria catoniana a Marte o en las peticiones matrimoniales en las obras de Plauto), es lícito considerar que esa formalización constituya un desarrollo históricamente posterior y una forma de lenguaje más elaborada, a partir de ciertas expresiones lingüísticas más primarias (*cf.* Austin, 1971: 115s). Dicho brevemente, en primer lugar se realiza la petición y, solo después de ser reglamentada y encontrarse respaldada institucionalmente, recibe una codificación léxica. Así lo defiende Schlieben-Lange (1987: 113): «El estado histórico parece indicar que las designaciones explícitas de acciones de habla han surgido relativamente tarde». Y su motivación última es fácilmente reconocible: el empleo de lexemas verbales proporciona precisión al tipo de acto de habla realizado, pues el imperativo, por ejemplo, resulta excesivamente neutro y cubre movimientos de la voluntad bien distintos.

La perspectiva diacrónica del fenómeno nos ayuda, pues, a atisbar la situación primitiva que constituiría el embrión de lo que ya desde los primeros documentos latinos es posible englobar bajo la etiqueta de petición. Desde un punto de vista antropológico, se considera cultura todo aquel conocimiento aprendido por imitación social y compartido por los miembros integrantes de una comunidad. Evidentemente, una parte fundamental se encuentra constituida por los actos ritualizados, entendidos estos de manera amplia, desde el rito religioso más elaborado hasta el simple saludo. En

este sentido, la petición, supone un buen ejemplo cotidiano de este tipo de actos. Y es muy posible que su germen esté radicado en dos de sus manifestaciones concretas.

La organización social indoeuropea, eminentemente patriarcal y muy probablemente constituida por asociaciones y clanes, dependía directamente, en lo que a su conservación se refiere, de otra estructura social básica, la familia, que constituía posesión inalienable de su cabeza visible, el varón de mayor edad. Para perpetuarla y evitar la endogamia, era preciso establecer un intercambio de los individuos femeninos entre las distintas familias que constituirían, como decimos, una unidad social superior. Y, dada su capital importancia, la forma de llevarlo a cabo recibió una codificación ritual concreta y terminó por constituir una importante institución.

Puesto que una potencial esposa y, aún más importante, una potencial madre, formaba parte de las posesiones de otro individuo, era necesario crear una forma de contraprestación a la pérdida que suponía su traslado de la familia original al entorno de adopción. Evidentemente, esta podía ser raptada, sobre todo si de un enemigo se trataba. Pero si lo que se buscaba era el mantenimiento de una relación cordial con el resto de familias con las que se compartía un determinado emplazamiento, era necesario encontrar la forma de hacer conocer esta intención sin transmitir la molesta sensación de obligación, que, en realidad, no existiría en la mayoría de los casos. Como adelantábamos en la introducción general de este trabajo, la petición responde a una doble necesidad social: la de granjearse el apoyo ajeno, pero, al mismo tiempo, la de no subvertir ni amenazar esas estructuras sociales que aseguran la consecución de muchos de los objetivos personales. Permite, pues, conseguir un equilibrio entre las imágenes positiva y negativa que todo individuo posee. De tal modo, la petición de la mano de la esposa puede ser considerada como un punto de origen para la petición en general, que terminaría, igual que su germen, constituyendo un verdadero acto ritualizado, diferente en cada cultura, aunque con unos rasgos comunes fácilmente reconocibles.

Y la comparación indoeuropea viene a apoyar estas intuiciones. Anunciábamos antes que solo es posible reconocer entre los lexemas latinos de petición, una raíz indoeuropea que cumple una serie de requisitos que lo habilitan como el candidato perfecto para cubrir una noción originaria cercana a la que aquí nos interesa. Existe en latín una rica familia léxica encargada de la expresión de estas nociones, si bien en algunos de sus avatares se observan especializaciones muy precisas; nos referimos a la

raíz **perk-* / **prek-*, con representación en la gran mayoría de las lenguas de este tronco. De los lexemas verbales que ha proporcionado al latín nos ocuparemos extensamente en el capítulo siguiente, pero, por el momento, aún sin entrar a tratar con detenimiento los detalles concretos²⁵⁷, expondremos algunos de los datos de mayor relevancia que esta raíz deja interpretar.

Es preciso señalar en primer lugar el carácter eminentemente oral de la acción que designa esta raíz, lo que plantea un primer punto de contacto con la definición de petición que ya hemos dado²⁵⁸.

Existen además algunas formas latinas, testimonio de un estadio anterior y solo conservadas como arcaísmo, que nos sitúan de lleno en el léxico propio de la esfera matrimonial. El nombre *procus*, con vocalismo *-o-* característico de los nombres de agente, se encarga de designar, en las escasas ocasiones en que aparece, a “quien pide en matrimonio”, esto es, el “pretendiente”²⁵⁹. A su lado, pese a la especialización en la esfera de la ‘exigencia’ que sufriría posteriormente, numerosos indicios plautinos, algunos de los cuales ya han sido recogidos, hacen pensar en un temprano valor del verbo *posco* especializado en la petición matrimonial²⁶⁰. Trasladadas al lenguaje femenino, las proposiciones de este tipo resultan inaceptables; si las mujeres se arrojan derechos masculinos en una sociedad patriarcal, son inmediatamente tachadas de impúdicas (*procaces*):

sed, ut fit, postquam hunc alienum ab sese uidet, / maligna multo et magis *procax* facta illico est (Ter. *Hec.* 158-159).

[Pero, como suele ocurrir, cuando lo notó distante, inmediatamente se volvió mucho más desagradable y exigente.]

²⁵⁷ Una puesta al día de los mismos puede consultarse en Keller (1992: 45ss).

²⁵⁸ Así lo reconoce Benveniste (1969, II: 153ss), quien al intentar distinguir el valor propio de *precari* (adosado al *quaeso* de la plegaria catoniana a Marte) define su raíz en los siguientes términos (p. 159): «tel est le trait distinctif de *prek-*, c’est une demande orale, adressée à une autorité supérieure et qui ne comporte pas d’autres moyens que la parole».

²⁵⁹ Cf. Plaut. *Poen.* 510. Según E&M (*s.u. posco*), el lituano *piršti* (“pretendiente”) proporcionaría un paralelo perfecto; sin embargo, véanse las reticencias de Keller (1992: 56) al respecto.

²⁶⁰ Festo es consciente de la estrecha conexión entre ambos: *proci dicuntur qui poscunt aliquam in matrimonium, Graece μνηστηρες. est enim procare poscere, ut cum dicitur in iudice conlocando: ‘si alium procas niue eum procas’, hoc est poscis; unde etiam meretrices procaces* (Fest. p. 290).

Este sentido peyorativo se extendería después a cualquiera que pidiese sin el debido recato, sin aceptar las normas que regían esta actuación. Y a esta manera licenciosa de pedir parece referirse Cicerón cuando afirma (*rep.* 4, 7 frg. 3): *itaque a petendo petulantia, a procando, id est poscendo, procacitas nominata est*. Tal es el significado que parece haber adoptado este verbo, sin duda alguna influido por el que se atribuyó al adjetivo *procax*, derivado de *procare* y no a la inversa²⁶¹. Sin embargo, es muy posible que su sentido originario estuviese más restringido para el contenido de “pedir en matrimonio”. No en vano Mignot (1969: 377) lo hace derivar del ya mencionado *procus*. A ello apuntan algunos testimonios (ILLE TE (S)PONSVS PROCAT, *CIL* XIII 7550). Y también una misteriosa forma, sin duda emparentada. Un pasaje de Livio Andronico, citado por Festo (p. 252), conserva la forma de supino *procitum* (*matrem <proci> procitum plurimi uenerunt*). Y el gramático explica: «*procitum cum prima syllaba corripitur, significat petitum*». La relación con *procus* es todavía más notoria por cuanto la forma traduce el griego *μῶνται* de *Odisea* (I, 248). Meillet (1922) restituye a partir de ella una antigua formación causativa-iterativa²⁶², con paralelos en lenguas baltos-lavas, y ve en la carencia de participio y supino que muestra *posco* la razón para su mantenimiento, hasta el momento en que fueron sustituidos por *petitus* y *petitum*. Siguiendo a este, Mignot (1969: 28) no considera indispensable su derivación de *procus*. Y ello aún reconociendo que otro testimonio del mismo autor (Paul. Fest. p. 251) apunta hacia una forma como *procieo*, así como la evidencia de su significado.

No seremos nosotros quienes demos la solución a este problema, pero es necesario advertir que un buen número de vocablos antiguos y problemáticos, derivados de la raíz **prek-*, se inscriben preferentemente en el ámbito la petición de la mano de la esposa. Queda evidenciada, pues, la pertinencia de caracterizar esta solicitud concreta como un elemento clave en la conformación del fenómeno general de la petición. Y, como el resto del rito matrimonial, esta parte, encargada de activarlo, respondería a unos parámetros de formalismo bien definidos y consistiría por ello en una petición solemne

²⁶¹ Los adjetivos en *-ax* son formaciones esencialmente deverbativas; cf. Keller (1992: 49).

²⁶² **Procio*, *-is*, como *capere*. Sin embargo, según señala Seldeslachts (1993: 214), las formaciones de este tipo (**-eye/o-*) se presentan normalmente en latín como verbos en *-ēre* y, dada la imposibilidad de determinar la escansión de la *-i-*, nada impediría interpretarla como supino de **procēre*. Isebaert (1992: 202), por su parte, sugiere una contaminación entre las formas **procēre* y **procīre*. O quizá se podría pensar, como hace Mignot (1969: 75), en una tendencia de algunos verbos desiderativos (así *petere*, *quaerere*, *cupere*) a seleccionar un perfecto en *-iui* y un supino *-itum*.

basada en elementos rituales formularios. Muchos de los testimonios que de ella poseemos suponen expresiones realizativas y, por tanto, según hemos dicho, secundarias. Pero también hemos hablado (IV.2.2) del ritual de la *stipulatio*, en el que la mera pronunciación de unas fórmulas fijadas de antemano creaba un vínculo indisoluble, una obligación contractual del cumplimiento de lo estipulado por medio de ellas. Y el matrimonio podía concertarse igualmente por medio de un acto promisorio de este tipo, la *sponsio*. En él, la fórmula de juramento ritual se articulaba bajo forma de pregunta que, caso de ser respondida afirmativamente, bastaba para activar una unión legítima, que solo podría malograrse en circunstancias muy específicas. Muy probablemente esta sería en origen la forma canónica de petición solemne y ritual, por resultar una formulación menos coactiva que el imperativo²⁶³.

Así pues, la palabra pronunciada en las sociedades orales en general y, particularmente en la romana tiene un poder intrínseco muy especial: crea vínculos y es capaz de influir sobre la realidad. Quizá a esta mentalidad habría que achacar la construcción de doble acusativo que muestran los verbos de petición genuinos, dado el carácter no estrictamente causativo, pero sí factual, que se otorgaba a las enunciaciones de este tipo en la sociedad romana; en función de su carácter vinculante, la solicitud formularia crearía una obligación de tipo sacro-legal. Es por ello necesario regular su empleo apelando a la moral, a la costumbre. Así, cada vez que un romano lleva a cabo cualquier acto ritual de este tipo, realiza un doble movimiento de integración en la sociedad que ratifica ese acto y, al mismo tiempo, de reivindicación de su propia personalidad. Es decir, la afirmación personal que supone una enunciación realizativa coloca en primer término la voluntad individual, pero, a la vez, su alto grado de formalización implica la utilización de una cita, de un elemento del discurso repetido en términos coserianos, una afirmación de la pertenencia a una comunidad que respalda y legitima ese tipo de actos (cf. Desbordes, 1984: 150).

²⁶³ De hecho, es posible intuir actualizaciones concretas con la acepción “preguntar” para *posco* (cf. Cic. *fin.* 2, 1 [*quaestionem*] e *infra* VII.5.2.1); y el significado es plenamente funcional en los herederos indoiranios de esta raíz. Piénsese también en a. a. *forscon* y al. *forschen*; es posible además que este sea el significado que haya que proponer para osc. *kúmparakineis* (cf. Keller, 1992: 51). Quizá por estos motivos el LIV² reconstruye este como significado básico de la raíz indoeuropea. En la lengua latina encontramos un indicio más: el enriquecimiento semasiológico de *rogare*, en íntima dependencia con el empleo sistemático de la modalidad frástica interrogativa en sentido directivo. Pero para que esta evolución fraguara en el plano léxico era necesario que tal funcionamiento estuviera perfectamente asentado desde el punto de vista de la interacción verbal.

Así pues, los vocablos a los que nos venimos refiriendo podrían ser considerados distintos avatares de una misma raíz indoeuropea que designaría la petición ritual o el rito oral con el que se intentaba desencadenar una determinada acción en el interlocutor. Tales apreciaciones son del todo aplicables, además, a un segundo ámbito en el que, según invitan a pensar los datos disponibles, se habría especializado tempranamente esta raíz: la relación con la dimensión trascendente. El nombre de acción correspondiente al tan mencionado nombre de agente, el defectivo **prex*, nos habla también de que la reverencia que impone la divinidad exige que la relación mantenida con ella sea llevada a cabo de acuerdo a unos parámetros muy bien establecidos. Dado que dedicaremos un apartado al análisis de su derivado *precari* y el último capítulo a la particular forma de petición que supone la plegaria, nos contentaremos por el momento con adelantar que el verbo que acaba de ser mencionado expresa (de acuerdo con la oposición que establece con *uenerari*), una forma de relación con los dioses en términos también contractuales. La creación de unas relaciones y un lenguaje especiales para granjearse sus favores era, pues, igualmente indispensable.

Pero dejemos ya estas cuestiones, a las que su plausibilidad no podrá promover nunca de la categoría de hipótesis, y adentrémonos en los datos latinos que, en el ámbito ideológico y social, justifican el fenómeno petitorio. Su análisis pondrá de manifiesto la existencia de todo un sistema subyacente que permite el buen funcionamiento de la sociedad a través de unas relaciones cordiales y cooperativas basadas en la adquisición de deudas morales por los favores o ayudas recibidos. La exigencia de colaboración mutua supone un auténtico pacto tácito sobre el que descansa el funcionamiento de la sociedad romana. Para una correcta integración en ella, es indispensable proveerse de un valor fundamental como la solidaridad. Beneficiarse de la colaboración ajena en un momento dado supone contraer una auténtica deuda, que deja obligado. Así lo sienten todavía a día de hoy los hablantes de portugués. Por ello, como expresión de agradecimiento, el que antes resultó beneficiado debe procurar igualmente el beneficio ajeno en caso de necesidad²⁶⁴.

²⁶⁴ Quinto Cicerón expresa así este flujo ambivalente de favores, deudas y contrafavores, que proporciona una excelente justificación al fenómeno de la petición: *haec cura ut teneas comm<on>endo et rogando et omni ratione effiendo ut intellegant qui debent tua causa, referendae gratiae, qui uolunt, obligandi tui tempus sibi aliud nullum fore (pet. 4).*

Cuando se ha beneficiado a otro es comprensible esperar el apoyo debido en señal de gratitud y, como si de una deuda pecuniaria se tratara, es posible exigir una compensación por un favor anterior. Esta manera de entender el intercambio social colaborativo hace fraguar determinadas relaciones sociales estereotipadas que alientan la continuidad de ese mutuo apoyo. Resulta evidente en el parentesco y en las relaciones más íntimas, como las amistosas, pero así se justifican también las alianzas políticas, la clientela o las hermandades (*sodalitates*).

Pero estas ideas no responden en exclusiva a las lucubraciones de algunas doctrinas filosóficas, sino que se pueden encontrar en la médula de la mentalidad ciudadana y del sistema de valores romano; y cristalizan por ello en una concepción de las relaciones solidarias basada en la creación de vínculos que podrían ser considerados como verdaderos contratos, dados los lazos de obligación moral que imponen. Conviene que nos detengamos por tanto en conceptos como el sistema arcaico del don y el contradón, la concepción del esfuerzo como un favor susceptible de donación a los demás y abstracciones morales como *gratia* o *fides*, para comprender el ámbito nocional en el que se inserta la petición y su justificación social.

Casi un siglo ha transcurrido ya desde que Mauss demostrara cómo los conceptos de don, obligación de corresponder e intercambio definen un buen número de fenómenos religiosos, jurídicos y económicos en las sociedades arcaicas. Tiempo después, Benveniste supo reconocer en ciertos elementos del vocabulario indoeuropeo la funcionalidad del sistema de prestaciones recíprocas señalado por el primero. Este va y viene continuo de ofertas y obsequios compensatorios se manifiesta en las relaciones individuales, pero también entre grupos o incluso naciones; de tal modo, Benveniste integra las relaciones de hospitalidad dentro de este sistema amplio, dando cuenta con ello de la doble polaridad de *hostis* e incluyendo en su análisis algunos miembros de su familia léxica: *hostimentum*, *hostire* u *hostia*. Esta última (“la víctima expiatoria” reclamada por los dioses) pone de manifiesto, además, cómo las relaciones con la divinidad están dominadas por las ideas de intercambio y contraprestación (*cf.* Palmer, 1956: 265); y, en consonancia con ello, las transacciones con lo divino se expresarán por medio de una terminología paralela a la empleada en las relaciones humanas.

Esto nos lleva a la necesidad de replantear el manido *do ut des*, el tan traído y llevado pragmatismo romano que, pensamos, no ha de implicar necesariamente una

falta de religiosidad. Se trata sencillamente de una concepción distinta de la relación entre el fiel y sus dioses, a todas luces diferente de la que predica la religión judeocristiana, con su divinidad paternalista y autoritaria. El romano, por el contrario, toma parte activa en su culto, se implica y, precisamente por ello, se siente con pleno derecho para solicitar lo que le corresponde, del mismo modo en que el dios puede reclamar –manifestando su voluntad por medio de una *postilio*– lo que le ha sido asignado en el «contrato religioso», el cumplimiento de una promesa (*uotum soluere*), por ejemplo (*cf. infra*, VIII.1).

Otro aspecto diferente de este mismo sistema constituyen los conceptos de *munus* y *munerare*²⁶⁵. Es nuevamente Benveniste (1966: 322) quien señala que la unidad de los valores de *munus* ha de buscarse en la idea de “deber cumplido”. Según afirma además Martín Rodríguez (1999: 228s), cuando nos encontramos en la perspectiva de quien lo recibe, se produce un deslizamiento hacia la idea de obligación (*onus*) de ofrecer algo a cambio. Y tras todo ello late el principio de comunidad (*communis*, “que toma parte en los *munera*”; *cf.* Benveniste, 1966: 322). Cada miembro de la comunidad está obligado a dar en la medida que recibe, de modo que el hombre que no responde a un bien recibido es considerado *improbis*:

nam *improbis* est homo qui *beneficium* scit *accipere* et *reddere* nescit (Plaut. *Persa* 762).

[Pues es un ímprobo el hombre que sabe recibir un favor, pero no sabe devolverlo.]

Esta forma de contrato social establece, pues, una obligación en el cumplimiento de las siguientes secuencias, caracterizadas por la inversión de los actantes. Si se ha verificado el proceso *peto* -- *accipio*, el donante, responsable de la segunda de las acciones, está perfectamente facultado para iniciar otro (*repeto* .- *reddis, soluis*), en el que una donación anterior justifica plenamente una petición de vuelta (“pedir a cambio”)

²⁶⁵ Etimológica y nocionalmente emparentados con Mitra, dios del contrato del ámbito indoiranio. Acerca de este verbo, ténganse en cuenta las siguientes palabras de Martín Rodríguez (1999: 230): «Si *munero* designaba la acción de hacer un don que reclamaba un contra-don, la complementación sucesiva de este, es decir, el contra-don, la expresaba su modificado *remuneror* (*muneror* .- *remuneraris*). Ahora bien, cuando *munero* pierde el rasgo que lo diferenciaba privativamente de *dono* y se convierte en una variante arcaizante de este, (...) *remuneror* (...) quedó aislado (...) pero no desapareció como su base, pues la toma en consideración del merecimiento del destinatario (...) acabó cercenando el carácter de acción graciosa y espontánea del sujeto y lo acercó a los verbos que implican una noción semejante, pero concebida como obligación subjetiva». Esa es la razón del significado actual de *remunerar*, que pone de manifiesto una obligación incluso objetiva.

sustentada socialmente. En el fondo nos encontramos con el esquema básico que veíamos para la reclamación, por lo general articulada en términos pecuniarios. Con todo, para el correcto mantenimiento de las relaciones sociales resulta siempre más recomendable recurrir a formas menos coercitivas, pues la propia aceptación bilateral de este sistema posee suficiente fuerza disuasoria:

quod cum ita sit, tamen rogandi sunt atque etiam in hanc opinionem adducendi ut, qui adhuc nobis obligati fuerint, iis uicissim nos obligari posse uideamur (Q. Cic. *pet.* 21).

[Pues, aun siendo esto así, es necesario pedirselo e incluso convencerles de que parece que también nosotros podemos contraer una deuda con quienes hasta ahora estaban en deuda con nosotros.]

De todo ello se infiere que Benveniste asocia el don y el intercambio a un sentido exclusivamente material; y, sin embargo, caben también contraprestaciones articuladas en otros términos: el esfuerzo y el trabajo constituyen igualmente moneda de cambio, objeto de transacción, forma de obsequiar y ser pagado. El receptor de un *beneficium* puede devolverlo, en función de sus posibilidades, poniendo, por gratitud, su esfuerzo (*officium*, *opera*) al servicio del *creditor* con el que se siente moralmente obligado²⁶⁶. Según afirma González Vázquez (1996: 208), «el valor que de la actividad para una sociedad tan pragmática como la romana es esencial para que hayan surgido locuciones del tipo *operae pretium est* o *dare alicui operam*». Esta última nos interesa especialmente puesto que cualquier tipo de actividad puede tanto ser solicitada (*da mihi hanc operam* es expresión recurrente en las comedias), como empleada con una función de contraprestación, en señal de agradecimiento. La actividad no debida constituye, a todas luces, un favor²⁶⁷. Así, en las tramas plautinas, incluso los esclavos que ponen su *opera* a disposición de sus amos y les proporcionan un *beneficium*, recibirán muchas veces una contraprestación por la ayuda recibida (cf. *ibíd.*: 211).

Pese a que la petición haya surgido muy probablemente en el seno del intercambio de bienes –de entre los que la mujer supone uno de los más codiciados–, es evidente que

²⁶⁶ Y, a la inversa, el trabajo, si está así estipulado, habrá de recibir un pago (cf. Plaut. *Asin.* 172: *opera pro pecunia*).

²⁶⁷ La citada autora (*ibíd.*: 200) caracteriza *opera* con el sema /actividad/, por oposición a *opus*, que designa el “resultado” de tal actividad y frente a *labor*, que implica un mayor esfuerzo, generalmente físico.

el esfuerzo llega a concebirse desde una óptica igualmente tangible, hasta el punto de que todo llega a ser susceptible de donación. En el fondo, lo que encontramos aquí es una metáfora cognitiva de tipo ontológico, que concibe la actividad como un recurso material (García Jurado, 2003: 103). Y una conceptualización en esos términos dejará rastro también en el plano lexemático de la lengua.

Al tratar las relaciones de complementariedad que establecen nuestros verbos (*supra*, II.2.3.2), vimos que es posible solicitar cualquier tipo de actividad, en función de la inclusión de los *uerba dandi* en el grupo más amplio que conforman los *uerba faciendi*; y, sin embargo, el primer grupo de verbos se erige como la respuesta diatética por antonomasia, esto es, como el valor archilexemático del conjunto que lo subsume estructuralmente. El fenómeno, bien es verdad, responde a la necesidad de delimitar la inconcreción clasemática del tercer actante de los *uerba petendi*, pero encuentra su origen histórico en el sistema de intercambio material al que venimos refiriéndonos y en la tendencia a articular nociones abstractas a través de realidades concretas que subyace en el principio cognitivo de la metáfora estructural. Sea cual sea el contenido complementario de la petición, esta se comprenderá siempre en el plano conceptual como una donación. Ya nos hemos referido además al carácter de auxiliar léxico que irá adoptando el verbo *dare*, a la concepción de la pregunta como tipo específico de petición —pues incluso el conocimiento, como los consejos, son susceptibles de entrega, de transmisión— y a la proporcionalidad de las relaciones complementarias

do .- accipis :: dico .- audis

Es posible encontrar, pues, variadas plasmaciones léxicas de la objetivación de la actividad y el esfuerzo.

Del mismo modo en que los mecanismos de su expresión lingüística están convencionalizados, los límites de lo impetrable a través de una petición estarán socialmente estipulados por consenso tácito. Y ese ‘dar’ genérico, en términos del cual se articula toda relación social cooperativa, será el que permita que se inviertan las tornas, de modo que quien ha prestado apoyo o servicio bien pueda después pedir, incluso exigir lo que le corresponde a cambio. Sin embargo, no es posible exigir sin dar; el que no acepta las reglas de ese juego no puede servirse de él en lo que le beneficia.

Encontramos aquí otra de las razones que justifican la inclusión de la exigencia en el campo semántico de la petición, aunque en esta debemos atender a otros criterios, pues la posesión sobre un bien se encuentra en Roma refrendada jurídicamente, aunque pase temporalmente a manos de otro, lo que justifica la reivindicación de la pertenencia y la pretensión de su devolución (recuérdese el sistema de relaciones crediticias expuesto). Esa justificación atribuye al solicitante un componente autoritario aunque solo sea de manera contextual.

Y todo ello constituye, además, un nuevo rasgo distintivo con la orden, que no se inserta en esa constante inversión de la secuencia diatética *pido* .- *das* .- *pides* .- *doy*, sino que funciona de manera unidireccional: *ordeno* .- *obedeces* (*actúas*). Ese desdoblamiento de la secuencia es, al fin y al cabo, el que asegura la consecución de las metas a través de la colaboración ajena, el que sustenta y fomenta las acciones altruistas en sentido etimológico (orientadas al otro), pues en el fondo no lo son tanto si, en última instancia van a redundar en beneficio propio. La aceptación de una petición no constituye en sí misma una obligación, digamos, legal, pero es indispensable para que las propias sean después igualmente aceptadas. Esta es, pues, la piedra angular sobre la que se fundamenta todo contacto con el entorno social en Roma.

Sin embargo y pese a lo que podrían sugerir los datos hasta aquí expuestos, todo ese carácter contractual y ese sentido de obligatoriedad que imponen los favores recibidos no eran en el fondo percibidos como una realidad fría o mercantilista, ni como una forma de indiferencia hacia los congéneres. Existe un sentimiento, netamente romano, que humaniza sobremanera todo este entramado de relaciones, la gratitud, la *gratia*. Moussy, quien ha estudiado su familia léxica con gran rigor, la define (1966: 251), de acuerdo a un doble valor abstracto y concreto, como “el sentimiento de gratitud”, pero también como el “acto por medio del cual se testimonia ese sentimiento”. Es esa la emoción que ha de mover las acciones hacia el prójimo, pues, como defiende Cicerón, la prodigalidad no ha de estar basada en el intercambio de beneficios, sino en valores más nobles²⁶⁸.

²⁶⁸ *Lael. 31: ut enim benefici liberalesque sumus, non ut exigamus gratiam (...), sic amicitiam non spe mercedis adducti (...) expetendam putamus.* Sentimientos como la amistad, pues, deben estar por encima de los intereses. Pero frente a las relaciones por completo desinteresadas que sin duda existieron en Roma, la *amicitia* constituyó una de las bases de la influencia política, hasta el punto de que las denominaciones de *amici* y *clientes* llegaron a ser intercambiables. La amistad se pervierte y se rebaja así

Y decimos que se trata de un sentimiento netamente romano puesto que el latín supo aprovechar una raíz indoeuropea (*g^wer-) con un significado básico cercano al de “hablar a la divinidad”, para la expresión de la ceremonia de acción de gracias a los dioses (*grates agere*, cf. ibíd.: 53), el justo pago en compensación por el favor obtenido. A partir de esta última forma crearía el sustantivo *gratia*, especializado en las relaciones humanas. Con todo, esta gratitud no siempre ha de pasar por una actuación; en ocasiones basta con su testimonio verbal, estereotipado en expresiones como (*id*) *gratum est mihi*, *gratias agere* (*habere*), *gratiam debere* (*habere*, *inire*, *referre*).

Pero estas precisiones no invalidan en absoluto lo que veníamos diciendo. Y así, las obligaciones debitorias de un favor precedente facultan para la solicitud de una contraprestación, incluso si esta no es ofrecida, cosa que sí ocurre en el siguiente ejemplo:

HE. quod bene fecisti *referetur gratia* id quod *postulas*; / et id et aliud quod me *orabis impetrabis* (...) (Plaut. *Capt.* 941-942).

[Por haber obrado bien, se te devolverá el favor con eso que solicitas. Y tanto eso, como cualquier otra cosa que me pidas, lo conseguirás.]

La gratitud, por tanto, se convierte así en base para las relaciones de dependencia que, en Roma, se caracterizan por el toma y daca de las dos partes interesadas. De hecho, los antiguos vincularon los conceptos de petición y reciprocidad en una relación etimológica infundada, según E&M. Estos autores (*s.u.*) ven en *reciprocus* un compuesto de **reco-s* y **proco-s*, derivados de las partículas *re-* y *pro-*, quitándole la razón, por ejemplo, a Festo:

reciprocare pro ultro citroque poscere usi sunt antiqui, quia procare est poscere (Festo, p. 342).

[Los antiguos utilizaron *reciprocare* en el sentido de “pedir por ambas partes”, puesto que *procare* significa “pedir”.]

a la categoría de mecanismo para asegurarse la consecución de las propias ambiciones (cf. Moussy, 1966: 357ss). Razones como estas fueron muy probablemente las que impulsaron a Séneca a denunciar el empleo de metáforas basadas en la usura para designar el agradecimiento (ibíd.: 254).

Queda ya suficientemente explicado cómo el agradecimiento debido puede constituir una justificación más que fundada para formular una petición. Pero, sin duda alguna, igualmente posible es pedir sin que haya existido una donación previa, en el sentido amplio que ya le hemos atribuido. En tales casos, sería lícito, por ejemplo, aludir al contraservicio que se oferta en el caso de aceptarse y cumplirse el contenido de lo solicitado²⁶⁹. Mas ni siquiera ello es indispensable.

Existe un complejo concepto moral que sobrevuela todo tipo de relaciones sociales y las estrecha: la *fides*. A ella es posible apelar a la hora de hacer una solicitud, pues todos los integrantes de la comunidad, en cuanto tales, se deben a ella y han de respetarla. Según Freyburger, quien ha dedicado una completa monografía a esta noción, el concepto clave que sostiene la trama de sus acepciones es el de “confianza” (cf. 1986: 32ss), con un doble valor activo (“la confianza que otorgo”) y pasivo (“la confianza, el crédito que obtengo”)²⁷⁰. Dada la tendencia romana a la moralización de los conceptos, esto es, a pasarlos por el rasero de los comportamientos humanos, los *mores*, llegamos a la idea de “buena fe”, “lealtad”. Es el juicio ajeno, la aprobación social lo que refrenda el comportamiento individual. Ambas acepciones genéricas establecen ya una sólida base para los fenómenos a los que venimos pasando revista. Pero la idea sigue proporcionando nuevas derivaciones.

Procedente también del contenido genérico, surge el significado de “promesa”; *fides* puede designar en latín cualquier tipo de compromiso verbal, que empeñe el crédito personal. Y así mismo se muestra productiva en la noción corolaria de “protección”, “auxilio”, solicitado tanto a dioses como a seres humanos. Ya nos hemos referido a ella al tratar las peticiones específicas (II.2.4). Esta evolución resulta clara si tenemos en cuenta los parámetros prefijados con los que se apela tanto a la ética personal como al crédito y el carácter moral que posee este último. Un individuo, sobre todo con una determinada posición social, no podía quedar indiferente ante la expresión suplicante de socorro, altamente formularia y convencional según vimos, de alguien en situación de peligro, si es que deseaba preservar su crédito ante la sociedad, su imagen

²⁶⁹ Cf. Plaut. *Asin.* 692, citado al comienzo de este capítulo, o Petron. 44, 3 (*serua me, seruabo te*), donde tal explicitación en el momento mismo de la petición vuelve innecesaria cualquier mitigación expresiva.

²⁷⁰ García-Hernández (1997: 142, n. 21), sin embargo, matiza así esta afirmación: «su sentido básico tampoco es exactamente “confianza”, sino el más elemental de “fianza”, que da pie a la “confianza” del *credens*. Cuando desaparece esa relación intersubjetiva, de forma sensible en el latín cristiano, *fides* se convierte en el sustantivo de *credere* y el “fiel” se identifica con el “creyente”...»

positiva, en suma. Cuando la *fides* es puesta a prueba, resulta absolutamente necesario que se convierta en “leal protección”, para evitar los perniciosos efectos de la *infamia* (cf. Freyburger, 1986, 73ss). Esta especie de ley anágrafa, sancionada socialmente y que crea obligaciones recíprocas, asegura la «leal protección» mutua entre ciudadanos, independientemente de su rango social o jerárquico y recibe el apelativo de *fides Quiritum* (ibíd.: 117ss). Es evidente, por lo tanto, la obligación, que llega a adquirir connotaciones religiosas²⁷¹, de atender la *quiritatio* de un conciudadano, con quien se comparten derechos y obligaciones, normas y costumbres. Y ello con independencia de la posición social y, en consecuencia, del rango individual en la escala jerárquica.

La *fides* pues propone una nueva justificación al fenómeno de la petición, fundamentalmente en lo que a su esfera /no-coactiva/ se refiere. Una súplica no posee, por sí misma, la capacidad de imponer su cumplimiento, en absoluto; pero son estos factores los que, en cierto modo, condicionan su atención y, al menos, la recomiendan. La moral romana exige que se ofrezca auxilio, materializado en el acto somático de tender la mano derecha, al desdichado suplicante que lo necesita²⁷². Pero no solo es posible encontrar el concepto de *fides* en la base de este tipo de relaciones jerárquicamente desiguales, sino que este domina otras que implican un menor distanciamiento (clientela, matrimonio) o incluso ninguno (relaciones en términos de igualdad como la hospitalidad o la amistad). El fortalecimiento de estos últimos vínculos de tipo horizontal contribuye, además, al mantenimiento de las relaciones verticales, ya que las familias poderosas establecen relaciones cooperativas que fortalecen de manera mutua esa posición de poder y que lo fomentan. Y todo ello, discúlpese la insistencia, supeditado al valor básico de contraprestación sobre el que nos hemos extendido.

²⁷¹ En función de la concepción mística que se concede a la ley en Roma, sobre todo en sus fases históricas más antiguas. Dado que la religión no tuvo allí nunca una entidad plenamente autónoma, sino más bien supeditada a intereses sociales y políticos, es normal que aquella impregnase estos últimos aspectos. Freyburger (ibíd.: 131s) apunta que la carga religiosa que poseen las normas de comportamiento derivadas de la *fides*, no provienen de ella misma, sino de los *mores* que constituyen su referencia última. Y, sin embargo, la noción no solo fue deificada, sino que recibió un culto dilatado y complejo. Véase la última parte del citado estudio. Es, en última instancia, esta religión de la Buena Fe la que permite una relación cordial entre los distintos miembros de la comunidad, la que sustenta la garantía social (cf. García-Hernández, 1997: 143).

²⁷² Sobre el acto de *dexteram manum dare* y la *receptio in fidem*, véase Freyburger (1986: 138ss). Y es que ponerse bajo la protección de alguien jerárquicamente superior implica tanto el reconocimiento implícito de esa superioridad por parte del que se halla por debajo, como la obligación de proteger a este último por parte del primero.

Observamos, en suma, la existencia de una serie de parámetros sociales que condicionan altamente el fenómeno de la petición y que permiten estudiarlo con una perspectiva histórica; evitamos de este modo adaptar, de manera anacrónica, valores actuales a una sociedad a la que tanto debemos en la constitución de buena parte de nuestros esquemas, pero en la que no siempre resultan funcionales todos nuestros criterios.

Puede que haya a quien le parezca que el rodeo anunciado al finalizar el capítulo II ha resultado demasiado largo; y, sin embargo, tanto por las razones allí aducidas, como por la recién explicada consideración de los empleos realizativos de estos verbos con un carácter secundario —en perspectiva histórica y en lo que a su funcionamiento se refiere²⁷³—, se imponía el tratamiento de todos estos aspectos. Ahora, una vez asumidos esos criterios, lingüísticos y extralingüísticos, poseemos ya unas herramientas lo suficientemente variadas y eficaces como para abordar con pie firme el estudio del rico conjunto de verbos de petición que posee la lengua latina, así como la estructura del campo léxico del que estos constituyen la expresión, pues, según nos disponemos a ver, todos estos factores obtendrán allí una plasmación muy nítida; dicho de otro modo, funcionarán en el plano léxico como rasgos distintivos, semas caracterizadores encargados de establecer oposiciones significativas y de revelarnos el puesto que corresponde a cada lexema en el plan general que propone esta estructura semántica paradigmática.

²⁷³ Recuérdese las consideraciones que hacía Leech (*supra*, III.3.2) y que asumimos plenamente, acerca de la necesidad de evitar el estudio de las fuerzas ilocutivas a partir de sus correspondientes verbos realizativos. Antes bien, su análisis conjunto pasa necesariamente por el proceso inverso. De ahí la necesidad del análisis propuesto en el capítulo IV.

VII. análisis de los lexemas verbales de petición

VII. 1.- LA EXPRESIÓN LÉXICA DE LA PETICIÓN.

Si de todo lo expuesto hasta este punto hubiéramos de extraer una conclusión general, esta sería, sin duda, que un enunciado contiene más información que la mera predicación que expresa. En los capítulos III-V, para ilustrar los criterios analizados, nos hemos servido de enunciados particulares, realizaciones de unas determinadas oraciones –estructura gramatical abstracta y, por definición, no realizada–, en circunstancias y condiciones concretas (*cf.* Escandell Vidal, 1988: 275). Ello justifica el abrumador número de ejemplos extraídos del género cómico, pues los entornos contextuales que los determinan resultan allí más fácilmente recuperables. En dichos enunciados, según veíamos, es posible reconocer además una serie de mecanismos (sintácticos, léxicos, gramaticales, entonativos...) que colaboran con su correcta intelección directiva, pese a no funcionar de manera exclusiva. De hecho, la mencionada autora llega a afirmar que

las categorías de mandato, ruego y petición no son de naturaleza semántica, porque no se refieren a un sentido asociado a una determinada estructura gramatical; son, por el contrario, categorías pragmáticas, que admiten diferentes tipos de realización formal y que se caracterizan por fijar cada una de ellas una situación enunciativa marcada por el tipo de relación que une a los interlocutores (Escandell Vidal, 1988: 574).

Matizaremos más adelante esta afirmación, pero, por el momento, hemos encontrado conjugados criterios puramente lingüísticos con otros de naturaleza extralingüística, algunos de los cuales dejarán su impronta en el plano de la expresión.

Ahora bien, junto a todos los factores abordados, existe uno que no deja lugar para la duda, pues, a diferencia del resto, establece una relación unívoca con el plano del contenido; y este no es otro que la codificación léxica de un acto de habla. Evidentemente, la afirmación que acabamos de reproducir resulta solo aplicable a las realizaciones gramaticales de la fuerza ilocutiva directiva. Pero, desde el momento en que tales categorías aparecen lexicalizadas y admiten, además, empleos realizativos, tales contenidos pragmáticos pasan a incorporarse en el significado léxico y, por tanto, permiten el establecimiento de oposiciones para su organización estructural (*cf. infra* VII.3). El gran número y la variedad de esas manifestaciones léxicas exigen un análisis detallado que se presentará a lo largo de las páginas que siguen.

A pesar de esa riqueza, es preciso advertir desde este momento que la explicitación léxica del contenido ilocutivo de un enunciado no es, ni mucho menos, el mecanismo expresivo más representado para la realización de un acto petitorio. Quiere esto decir que los usos realizativos de los verbos que expresan actos de habla no son en realidad la forma canónica de los actos de habla, tal como pretendían Austin y Searle. De hecho parece ser la menos extendida. Ni siquiera la comedia, proporciona un índice seguro para determinar la frecuencia de su uso, pues es lícito suponer que tales empleos poseyeran un valor teatral añadido y funcionaran, en virtud de su contenido semántico inherente, como acotaciones.

Los empleos realizativos de los verbos ilocutivos son en realidad (según vimos en la formulación de Leech; *supra*, III.3.2) un hecho excepcional. Su aparición, en circunstancias también excepcionales, responde a la necesidad del hablante de especificar la fuerza ilocutiva que está imprimiendo a su mensaje, evitando así la ambigüedad que pudiera plantear. La codificación léxica de este componente del sentido de un enunciado (los verbos ilocutivos) no es algo que subyazga a todo enunciado, sino un desarrollo posterior, tanto desde el punto de vista lógico, como en el plano diacrónico. Por lo tanto, antes de abordar el estudio de la expresión léxica de esta fuerza ilocutiva se impone una primera distinción en lo que a los empleos de estos verbos se refiere, ya que muestran un doble comportamiento, realizativo y no realizativo,

encargado este último de describir las acciones de un agente que puede o no coincidir con el hablante. Ambos empleos resultan totalmente congruentes con el contenido semántico de estos verbos.

Por lo que respecta a sus usos realizativos, es decir, autorreferenciales, es necesario señalar que estos se enmarcan en el mismo nivel funcional que los mecanismos estudiados previamente, pues la intención ilocutiva que intenta transmitir la intervención en que se incluyen estos verbos resulta explicitada y, de resultas, realizada por su mera aparición; esa intención comunicativa queda expresada en tales casos desde la perspectiva del hablante y, por tanto, en la primera persona de la forma declarativa. Al igual que sus contrapartidas funcionales –las ya tratadas expresiones metadirectivas (IV.3.4.1)– tematizan los efectos perlocutivos perseguidos, los «realizativos explícitos» suponen una referencia manifiesta a las intenciones ilocucionarias del hablante. Por tanto, dicha fuerza no emana de los variados marcadores ilocutivos con que cuenta el latín, sino del contenido semántico del propio lexema o, al menos, este posee aquí un papel preeminente. Teniendo en mente este criterio, aborda Vanderveken (1990-1991) el análisis de los verbos realizativos del inglés a través de la aplicación de la lógica ilocucionaria a una semántica general, que incluya, como parte del significado de estos verbos, su «illocutionary point». Pero la cristalización de las fuerzas ilocutivas en el plano léxico no se produce de la misma manera en todas las lenguas. Según afirma ese autor,

each human language has its own *genius* in the ways in which it categorizes the actual illocutionary kinds of use to which its sentences can be put in the world of speech, and that categorization is appropriate to the natural environment and the social forms of life of the linguistic community of speakers who speak that language (Vanderveken, 1990-1991, I: 166s).

Por tanto, resulta imprescindible considerar la fuerza ilocutiva como una parte del contenido semántico de los enunciados concretos, susceptible, por esta naturaleza, de obtener plasmaciones de naturaleza gramatical o léxica, como, por lo demás, ocurre con otras categorías. Y de tal modo, los verbos de petición (en latín y en cualquier lengua) constituyen la lexicalización de esa modalidad ilocutiva concreta y su análisis nos

proporciona la clave de acceso a los mecanismos de codificación con los que el lenguaje estructura los actos ilocutivos.

Este procedimiento de expresión léxica permite además la captación, en el seno del significado de cada lexema, de una serie de matices que son necesariamente ajenos a las manifestaciones puramente gramaticales de los mismos. Los verbos ilocutivos, en suma, no son más que la manera en que la lengua concibe y organiza la propia lengua y los usos concretos que con ella es posible realizar. Se trata, en palabras de Torricelli (1978: 250), de «parole che definiscono altre parole», pues uno de sus rasgos semánticos fundamentales es el de denominar un *dictum*²⁷⁴.

Ahora bien, en perspectiva histórica, ese *dictum*, por razones que remiten a una concepción del empleo de la palabra como garante de la realización de actos jurídicos y religiosos –la ritualidad y la garantía que proporciona la palabra pronunciada en voz alta en una sociedad eminentemente oral como la romana–, está abocado a determinar, con su mera enunciación, el cumplimiento de la acción que denomina (*cf. ibíd.*: 250s). Resulta claro, por tanto, que al igual que los propios verbos ilocutivos constituyen, por definición, un desarrollo subsidiario y supeditado a ciertas necesidades expresivas, los usos realizativos de estos suponen, por lo general, una especialización secundaria. Sin embargo, en sincronía, del mismo modo que todos aquellos verbos que, encargados de la denominación de un acto de habla, pueden intervenir en actos rituales de este tipo, los lexemas de petición establecen un doble enlace referencial: un sentido metalingüístico, el realizativo, y otro que remite al hecho mismo de plantear una solicitud.

Junto a las apreciaciones mencionadas (explicitación del contenido ilocutivo, posibilidad de expresión de ciertas puntualizaciones que escapan al contenido más genérico de los otros mecanismos de expresión de fuerza ilocutiva), los empleos realizativos proporcionan al hablante otras ventajas. No es extraña su aparición después de un malentendido e incluso es posible su empleo para evitar la confusión con un acto de habla que no sea acorde con el grado social del hablante en relación con el de su interlocutor (una orden). Permiten, además, añadir énfasis a la urgencia de una súplica,

²⁷⁴ El latín, según ha mostrado Gavaille (1998), fue sensible a esta distinción y, así, opone *uerbum* a *dictum*, de valor eminentemente pragmático y cuya referencia se encuentra en una realidad «que se realiza en la propia enunciación».

ser yuxtapuestos con efectos estilísticos concretos²⁷⁵ o incluso funcionar en combinación con otras explicitaciones. El uso de una expresión realizativa proporciona además la posibilidad de conectar explícitamente la directiva con su contexto conversacional, que puede en ocasiones funcionar como la justificación a la amenaza que supone una petición; por ello es posible encontrar estas formas de expresión introducidas por *quare*, *quamobrem*, *itaque*, *ergo*, *igitur* (cf. Risselada, 1993: 249ss).

Sin embargo, según afirma Haverkate (1979: 169), aunque toda expresión realizativa contiene un verbo realizativo, no toda aparición de un verbo de este tipo –ni siquiera cuando va en primera persona del presente en forma enunciativa– implica necesariamente una lectura realizativa. E incluso un realizativo explícito puede dar lugar a creaciones delocutivas con cambio categorial. Así ocurre, por ejemplo, con el derivado nominal *pésame*, según explican Anscombe & Pierrot (1985: 366). De hecho, los empleos parentéticos en los que, según vimos (capítulo V), se especializan algunos verbos de petición, suponen, la consumación del proceso inverso a la creación de formas realizativas, pues, dado su alto grado de gramaticalización –que los convierte en elementos cercanos a otras partículas también analizadas– su funcionamiento en la periferia de la predicación nuclear en que se incluyen los convierte en meros coadyuvantes en la interpretación directiva de un mensaje y en la atenuación de su fuerza impresiva.

En la misma línea, debemos añadir además que las expresiones realizativas no son patrimonio exclusivo de este tipo de verbos realizativos en primera persona. Un pueblo como el romano, con un profundo respeto por las fórmulas y expresiones solemnes e inamovibles por su ignoto origen, refleja, a través de su lengua, una gran riqueza expresiva para este tipo de actos rituales. Un buen ejemplo constituyen las fórmulas de juramento que remiten al esquema, ya mencionado, *ita di me ament (ut...)*. Su significado literal ha quedado desvaído por su función apelativa a los dioses como garantes de la verdad de lo que el hablante enuncia, en tanto que muestran su benevolencia ante la sinceridad mientras que castigan al perjurio. Por ello, enunciaciones como esta pueden igualmente ser consideradas como expresiones realizativas de

²⁷⁵ Cf. Risselada (1993: 255): «If occasionally requestive and supplicatory performatives are coordinated, the alter always follows the former, thus creating an effect of climax: what is at first presented as a (polite) optional directive is subsequently ‘corrected’ into an urgent supplication».

juramento, del todo equivalentes al empleo realizativo de un verbo (*iuro*; cf. Griffe, 1989: 293), así como realizativas resultan también las expresiones de saludo fosilizadas como *aue* o *salue*. Veremos en la fórmula ritual de la súplica (VII.6.3.2) un ejemplo adicional.

Con todo, lo que conviene dejar bien claro es que, pese a la clara falta de competencia en lenguas como el latín, la existencia de expresiones realizativas está en ella perfectamente asegurada. De hecho, tal como afirman los recién mencionados Anscombe & Pierrot (ibíd.: 351s), la existencia de una lengua natural que carezca de ellas está aún por probar y plantearía el problema de las relaciones, en concreto de la ausencia de ellas, entre el léxico y las instituciones sociales. De tal modo, según estos autores, la falta de competencia plena nos obliga a buscar los empleos realizativos de determinados verbos a través del valor pragmático de los enunciados en que aparecen, dadas las reservas que es posible plantear a la luz de los empleos no realizativos de formas aptas para ese uso. Por ello, y por si nuestras intuiciones al respecto no fueran lo suficientemente seguras, intentan localizar un criterio gramatical que asegure el valor realizativo de algunos verbos (ibíd.: 355ss). Y creen reconocerlo en ciertos nombres deverbativos.

Existen algunas formas en *-tum* que poseen, junto a su sentido regular de «producto resultante», otro que conduce a su interpretación como nombre de acción, noción en principio reservada a los nombres en *-tio* o, eventualmente, en *-tus*. Casos como estos, en los que un nombre que hace referencia al resultado de una acción es capaz de designar la propia acción, suponen un índice seguro para considerar como realizativos los verbos de que derivan. Huelga decir, no obstante, que tal criterio no admite una aplicación inversa, sobre todo si tenemos en cuenta que el azar juega un papel fundamental en la transmisión de nuestros *corpora*. Sin embargo, lo que aquí nos interesa destacar de esta propuesta es que pone de manifiesto cómo en la lengua latina es posible encontrar indicios que aseguran que el concepto de realizativo explícito, categoría netamente pragmática, se manifiesta igualmente en otros planos de la lengua, con lo que quedaría así probada la hipótesis de que la pragmática interactúa con otros niveles como la morfología, la sintaxis o el léxico. Retomaremos esta cuestión enseguida.

Así pues, para lograr ofrecer un panorama completo del fenómeno lingüístico de la petición en la lengua latina, debemos detenernos ahora en la expresión léxica que hace referencia explícita a este contenido semántico, a este acto de habla concreto, en su denominación, en suma, y en la caracterización y categorías que es posible derivar de ese análisis.

En lo que sigue abordaremos el estudio lexemático de los verbos de la ‘petición’ en la lengua latina, es decir, la determinación de los límites, funcionamiento y estructura de su campo léxico. En latín, la expresión de este contenido semántico está representada por numerosos lexemas (*petere, flagitare, exigere, poscere, postulare, rogare, orare, precari, implorare, supplicare*, etc.) que analizaremos individualmente. La mayoría de ellos, según ya dijimos, parten en origen de campos nocionales aparentemente ajenos, pero irán conformando, merced a diversos procesos semasiológicos recurrentes, un campo rico en plasmaciones léxicas, que permite la expresión de distinciones muy finas. A su alrededor orbitan otros campos que producen en él variadas interferencias y que influyeron decisivamente en la configuración de este, objeto de nuestro estudio. Muchos de esos lexemas, además, funcionarán contemporáneamente de diferente modo en función de las complementaciones y las actualizaciones contextuales que eventualmente puedan adoptar; otros experimentarán ciertos cambios en sus ámbitos de empleo en el devenir de la propia lengua latina, cambios que la lengua de la iglesia fijará definitivamente.

Para abordar el estudio sistemático de todos estos factores, el método más adecuado resulta, sin duda, el que propone la Semántica estructural, según la concibió, fundamentalmente, E. Coseriu. La viabilidad de su aplicación a la lengua latina ha resultado ya suficientemente demostrada en un buen número de trabajos; y puesto que es posible encontrar en algunos de ellos completas y provechosas introducciones críticas a esta disciplina, nosotros nos limitaremos a esbozar sus líneas maestras en el siguiente apartado.

VII.2.- LA TEORÍA DEL CAMPO LÉXICO. (MÉTODO DE TRABAJO.)

La Semántica, disciplina encargada del estudio del significado lingüístico, experimentó en el último tercio del siglo pasado un cambio radical. Desde las aportaciones de sus fundadores, que aplicaban la línea histórica de la investigación lingüística a la explicación de los significados que puede ir tomando una palabra particular a lo largo de su historia, se ha llegado a elaborar un método de trabajo fiable, que permite analizar, en sincronía, el conjunto de las significaciones funcionales de una lengua y las relaciones que establecen entre sí. Ya en el segundo decenio del pasado siglo XX, se inicia en Alemania, esencialmente de manos de L. Weisgerber y J. Trier, una línea de estudio —la *Sprachinhaltsforschung* («investigación del contenido lingüístico») — que introduce un concepto fundamental en lo que a partir de entonces se entenderá como Semántica estructural, la teoría del campo léxico. El principal mérito de este método reside en la oportunidad que brinda para establecer la estructura del significado léxico de una lengua, hasta entonces considerado como un mare magnum informe y, por supuesto, reacio a cualquier tipo de organización.

Pero será E. Coseriu quien, años más tarde, proporcione un método completo, sistemático e irreprochable en sus líneas generales, para el análisis de la organización del contenido léxico de una lengua. Pese a la existencia de otras corrientes igualmente merecedoras de la calificación de «estructurales» (cf. Martínez Hernández, 1997: 11s), la Semántica estructural-funcional o Lexemática coseriana, posee provechosos aciertos que la colocan en un lugar privilegiado frente al resto, pues permite una descripción de los hechos lingüísticos adaptados a cada lengua, al plantearse desde su interior, al ser la propia lengua la que se define a sí misma. Su valor resulta innegable en la aplicación a lenguas como el latín, de las que solo nos quedan documentos escritos pero ni rastro de competencia. Greimas (1971: 165s) expresa las relaciones entre el modelo y su realización en los siguientes términos: «el universo inmanente puede ser reconstruido a partir de la manifestación, esta, por su parte, debe poder deducirse del modelo inmanente». Pero, pese al doble sentido que se atribuye a los términos de esta afirmación, es evidente que, en nuestro caso, únicamente podemos pisar terreno firme en lo que respecta al primero, al menos en las primeras fases de investigación.

El planteamiento coseriano parte de la aplicación a la investigación semántica de los principios estructurales que la Escuela de Praga derivó de sus estudios fonológicos²⁷⁶. Evidentemente, no se puede exigir al léxico que presente en sus oposiciones la misma sistematicidad que la fonología, pues ya solo el inmenso número de unidades que lo conforman invalida la posibilidad de operar con un número reducido de rasgos básicos. Por ello, resulta muy adecuada la distinción entre semas (cada uno de los rasgos distintivos que caracterizan el contenido de un lexema) y clasemas (semas genéricos, que se repiten a lo largo de esferas significativas diferentes, con lo que proporcionan uniformidad al léxico y crean unas constantes que acercan ámbitos de significación muy amplios). Teniendo en cuenta estas unidades, es posible el establecimiento de oposiciones que contribuyen a la intelección de los esquemas en que se ordena el significado léxico.

Al igual que en el plano fonológico, se pueden reconocer oposiciones de tipo privativo (en las que un término posee un determinado rasgo distintivo del que carece otro), gradual (cuyos términos comparten un mismo rasgo pero en distinto grado) o equipolentes (en las que cada uno de los términos se caracteriza por un rasgo distintivo diferente). Y, en virtud de ellas, la significación no se entiende ya como relación entre significante y significado, sino en función de la delimitación recíproca que establecen estos últimos. Quizá haya quien considere banal este aserto, pero, en realidad, sienta un presupuesto básico para esta forma de entender el estudio del contenido de las unidades léxicas, puesto que establece una distinción fundamental entre lo que puede ser concebido como relaciones de significación y lo que habrá de englobarse en las relaciones de designación, esto es, el vínculo que une el signo lingüístico con su referente extralingüístico. Se trata, en última instancia, de la atribución de un carácter tripolar al signo lingüístico, frente a su concepción tradicional, eminentemente bipolar. Sorprendentemente, a día de hoy, existen sectores que todavía ignoran esta distinción capital.

²⁷⁶ Dado que nuestra exposición se plantea de manera conscientemente somera, se recomienda consultar, entre otros trabajos, Coseriu (1981², fundamentalmente «Introducción al estudio estructural del léxico», pp. 87-142), Martínez Hernández (1997: 1-24) o, el más reciente, García Jurado (2003), así como los estudios introductorios de Domínguez Domínguez (1995) y Martín Rodríguez (1999). Con respecto a la teoría del campo léxico continúa siendo ineludible la completa obra de Geckeler (1976).

Por tanto, el único método fiable para abordar el estudio de la significación habrá de basarse en las relaciones inmediatas que establecen los términos contiguos, en las oposiciones funcionales que articulan gracias a sus rasgos distintivos. De ahí la denominación de Lexicología del contenido o Lexemática con la que es habitual referirse a esta disciplina. Todo aquel análisis que se sustraiga a este principio y, no ciñéndose al contenido estrictamente lingüístico, tenga en cuenta la realidad designada, deberá ser incluido dentro de los modelos semasiológico u onomasiológico, según se parta del plano de la expresión o del contenido respectivamente. Sin embargo, no todo el léxico es susceptible de estructuración, por lo que Coseriu se ve obligado a establecer siete distinciones fundamentales, de las que únicamente su primer elemento permitirá esta forma de análisis:

lenguaje / realidad extralingüística; lenguaje primario / metalenguaje; sincronía / diacronía; técnica del discurso / discurso repetido; estructura / arquitectura; sistema / norma; significación / designación²⁷⁷.

Cabe precisar, además, la necesidad de ceñirse al análisis de los significados denotativos, puesto que

las connotaciones no pertenecen al plano del sistema de la lengua, no solo porque les falte la validez intersubjetiva, pues esta puede faltar también en el plano de la norma de la lengua, sino porque no afectan a las funciones distintivas (Geckeler, 1976: 90).

Pero no acaba aquí la influyente aportación de Coseriu; una vez determinado el carácter nuclear del criterio de delimitación recíproca en la estructuración del léxico, propone la existencia de una serie de estructuras básicas que sirven de matriz para un estudio organizado del mismo. Se trata de sus conocidas estructuras lexemáticas, divididas en estructuras paradigmáticas y estructuras sintagmáticas. Con respecto a estas últimas, baste decir que dan cuenta de la combinación recurrente de lexemas en el eje

²⁷⁷ Cf. Coseriu (1981²: 95ss) y Geckeler (1976: 214ss).

sintagmático, dada la relación de solidaridad que tienden a establecer determinados elementos²⁷⁸; estas son la afinidad, la selección y la implicación.

Mayor interés, en cambio, poseen para nuestros fines las estructuras paradigmáticas, disgregadas en dos categorías: primarias y secundarias. En las primarias se incluyen la clase léxica (ya definida) y el campo léxico. El objetivo primordial de esta unidad de análisis es establecer, por medio del criterio de oposición, la estructuración funcional de aquellos lexemas que comparten un núcleo significativo común, esto es, un grupo de semas o rasgos mínimos de significado que, por otra parte, establece, en conjunto, oposiciones de mayor envergadura. Detengámonos en la explicación que de ella da el propio Coseriu:

Solo por las oposiciones distintivas la «configuración semántica» de un campo se vuelve una verdadera «estructura lingüística». Hay que suponer, pues, que cada campo conceptual tiene un contenido (un «valor») unitario y que este contenido se «subdivide» por medio de oposiciones entre los términos («palabras») que le pertenecen. En cambio, por su valor unitario, un campo se opone a otros campos, del mismo modo que en la fonología las vocales se oponen a las consonantes y en la gramática los tiempos del verbo, por ejemplo, se oponen a los modos y los pronombres personales, a los pronombres demostrativos. Dicho de otro modo: en la práctica, un campo se establece sobre la base de oposiciones simples entre las palabras y termina allí donde una nueva oposición exigiría que el valor unitario del campo se convierta en rasgo distintivo, es decir, cuando ya no son las palabras como tales las que se oponen a otras palabras, sino que el campo entero se convierte en término de una oposición de orden superior (...) (Coseriu, 1981²: 40).

Por su parte, las estructuras paradigmáticas secundarias describen y organizan los mecanismos de formación de palabras, atendiendo más a criterios semánticos que a los meramente morfológicos. Así, se distinguen la modificación (prefijal o sufijal, que no implica un cambio de categoría), el desarrollo (que sí supone tal cambio) y la composición (que contempla la combinación de dos unidades léxicas). Dado el interés de nuestro estudio en elementos de naturaleza verbal, así como el sistemático empleo de

²⁷⁸ Recuérdese lo dicho *supra* (II.2 y, sobre todo, nn. 12 y 13) sobre la relación de afinidad que establece la 'orden' con el clasema /+autoridad/ de su agente.

la modificación verbal por parte de la lengua latina, el análisis individual de los lexemas habrá de tener muy en cuenta la primera de esas categorías, esto es, «las determinaciones complementarias de lexemas enteros» (Coseriu, 1981²: 137). Y para ello contamos con el análisis del sistema preverbal latino propuesto por el Prof. B. García-Hernández²⁷⁹. En consonancia con el contenido básico de estos verbos, ajenos a la idea de movimiento –al menos en las acepciones que centran nuestro interés–, el valor que actualizará el preverbio en la mayoría de las ocasiones será de tipo clasemático, aspectual, en lugar del sémico que suele ser de orden espacial o temporal. Y es que, según afirma García-Hernández (1978^a: 147), el proceso evolutivo de los preverbios «se produce en una línea de abstracción progresiva». De este modo, los modificadores de orden «adlativo», «prosecutivo» y «ablativo» en origen, hallarán correspondencias en el plano aspectual, que funciona en paralelo a la secuencia espacial, según el siguiente esquema (tomado de García-Hernández, 1989):

sec. espacial:	adlativo --	prosecutivo --	ablativo
	<i>ad-, in-, sub, ob-</i>	<i>per-</i>	<i>ab-, ex, de-</i>
sec. aspectual:	ingresivo --	progresivo --	resultativo

En efecto, según lo concibe este autor, cada preverbio muestra una función específica por la que se opondrá a otros, de suerte que, según veremos, estos pequeños sistemas colaboran a la configuración estructural de cualquier campo. Y ello es debido a que «todo prefijo se integra al menos en un sistema y cada sistema se integra en otro superior, hasta componer el conjunto del sistema prefijal» (García-Hernández, 1991^b: 25). Se comprenderá, pues, la importancia del estudio minucioso de estos términos modificados para penetrar en la organización última de cualquier campo léxico compuesto por unidades verbales.

Pues bien, una vez delimitadas las fronteras de nuestro campo verbal gracias al sistema de relaciones clasemáticas (capítulo II) y pertrechados con el aparato teórico que acabamos de resumir, nos disponemos a continuación a establecer el valor de lengua particular que caracteriza a cada uno de nuestros lexemas (elemento de

²⁷⁹ Véase, fundamentalmente, García-Hernández (1980), así como otros trabajos posteriores para aspectos concretos de este sistema (1978^a, 1978^b, 1989, 1996 ó 1998^a, entre otros).

disjunción) y que, en consecuencia, configura la estructura del campo que establecen en virtud de su núcleo significativo común (elemento de conjunción). Pero, antes de hacerlo, será preciso exponer las líneas rectoras sobre las que esta se conforma, así como ciertas consideraciones y advertencias preliminares, dadas las complicaciones que plantea la sustancia semántica de estos verbos, encargados de designar una intencionalidad comunicativa.

VII.3.-CONFIGURACIÓN ESTRUCTURAL DEL CAMPO. CONSIDERACIONES PREVIAS.

Resulta innegable el valor inherente al análisis semántico de cualquier grupo léxico. B. García-Hernández (2002^b: 102) lo expresa en los siguientes términos:

El análisis semántico proporciona un conocimiento detallado de las posiciones respectivas de palabras muy próximas y susceptibles de inferirse en su empleo. Conocer el significado funcional no puede menos de tener un gran interés lingüístico y psicológico, pues favorece la propiedad del uso y facilita la traducción; en lenguas que ya no se hablan, como la latina, asegura la recta interpretación de los textos y confiere una mayor competencia idiomática, hasta el punto de suplir, hasta donde alcanza su dominio, la falta inicial de conciencia lingüística.

Pero, junto a ese interés, el análisis de la parcela léxica que conforman los verbos de petición, genuinos verbos de actos de habla, nos brinda la oportunidad de descubrir la clave de acceso a los mecanismos a través de los cuales el propio sistema codifica y estructura tal acto ilocutivo. El análisis de la fuerza directiva que hemos abordado en los capítulos anteriores nos va a permitir captar la esencia, las pautas de comportamiento y el desarrollo de los diversos lexemas de petición que posee la lengua latina y que, en última instancia, constituyen la cristalización léxica de aquella. Por ello se hacía indispensable conocer los procesos lingüísticos que está denominando. Y, de tal modo,

los semas y clasemas que allí funcionarán como rasgos distintivos serán de una naturaleza muy particular.

Al igual que ocurrió con los estudios semánticos en el momento de su aparición, hasta hace relativamente poco el análisis de factores pragmáticos no recibía la debida atención o directamente era rechazado como un aspecto que se resistía a ser captado desde criterios puramente científicos. Según Schlieben-Lange (1987: 86), en el momento en que la semántica llega a recibir un tratamiento preferente, la pragmática era considerada «el cubo de basura para factores “subjetivos” que debían eliminarse» por resultar altamente perturbadores. Posteriormente, algunos autores han hecho especial hincapié en delimitar claramente la separación entre pragmática y semántica, aunque ni siquiera ellos pretenden que ambos objetos de estudio sean contradictorios o independientes. Otros, como la recién citada Schlieben-Lange (ibíd.), han defendido la necesidad de «pragmatizar» la semántica, «tanto en su aspecto intensional (contenido del signo) como en su aspecto extensional (clases de aplicaciones)». Resulta interesante comprobar cómo algunas propuestas más recientes continúan abogando por un acercamiento combinado para intentar dar respuesta a ciertos problemas semánticos. Así Blutner (1998), partiendo de esta base, es de la opinión de que ciertos fenómenos pragmáticos son los responsables últimos de la inespecificidad semántica de algunas unidades léxicas. Su orientación —elocuentemente denominada *Lexical pragmatics*— combina, de tal modo, una semántica de corte composicional con los mecanismos generales de implicatura conversacional. Pero ya antes Leech propuso también una visión integradora de los fenómenos semánticos y los de tipo pragmático, que, no obstante, han de recibir un tratamiento diferenciado. Con tal finalidad, propone este autor los siguientes postulados:

- P1: La representación semántica (o forma lógica) de una oración es distinta de su interpretación pragmática.
- P2: La semántica está regida por reglas (=gramática); la pragmática general está controlada por principios (=retórica).
- P3: Las reglas gramaticales son fundamentalmente convencionales; los principios de la pragmática general son fundamentalmente no convencionales, esto es, están motivados en función de los propósitos conversacionales.

- P4: La pragmática general relaciona el sentido (o significado gramatical) de un enunciado con su fuerza pragmática (o ilocutiva). Esta relación puede ser relativamente directa o relativamente indirecta.
- P5: Las correspondencias gramaticales se definen por proyecciones; las correspondencias pragmáticas se definen a modo de problemas y sus correspondientes soluciones.
- P6: Las explicaciones gramaticales son fundamentalmente formales; las pragmáticas funcionales.
- P7: La gramática es ideativa; la pragmática es interpersonal y textual.
- P8: En general, la gramática es descriptible en términos discretos y categorías determinadas; la pragmática lo es por medio de valores continuos e indeterminados (Leech, 1997: 47).

Este último aspecto nos resulta especialmente relevante. A pesar de que, según hemos visto, la fuerza ilocutiva, elemento intrínseco a todo enunciado, posee un valor claramente escalar, el sentido de los verbos ilocutivos, una vez que estos se integran en el caudal léxico de una lengua, pueden y deben, en virtud de tal naturaleza, ser estudiados en términos categóricos.

Evidentemente, no todo en el contenido semántico de un lexema está determinado pragmáticamente o supeditado por completo al contexto en que aparece; aquel existe de manera inherente a todo signo lingüístico, aunque este juegue un papel relevante en su interpretación. El significado concreto que podamos atribuir a cada uno de los lexemas de nuestro campo, por ejemplo, podrá ser en ocasiones obviado en las aplicaciones particulares que estos reciban, con efectos estilísticos concretos. Los análisis pragmáticos se ocupan, en última instancia, de la manera en que codificamos y recuperamos todos los contenidos incluidos en un determinado mensaje; pero esos mecanismos inferenciales, sean cuales sean y funcionen como funcionen, no afectan en realidad al núcleo de la sustancia semántica básica de los lexemas, que es la que ahora nos ocupa. Es decir, aunque los condicionantes pragmáticos sometan a estos lexemas a ciertas variaciones, tal hecho no invalida el valor léxico que posee cada uno de ellos *per se*. Lo que aquí nos interesa resaltar es el fenómeno contrario: el hecho de que la semántica léxica codifica determinados elementos que antes hemos abordado desde una perspectiva pragmática. Se impone por tanto una relación de complementariedad entre ambas disciplinas, pues muchos de los semas encargados de caracterizar los lexemas de

petición no son más que la codificación semántica de determinados aspectos contextuales.

De tal modo, las categorías pragmáticas que nos han servido para analizar y catalogar actos de habla, funcionarán en la organización estructural de este campo léxico como rasgos distintivos plenamente funcionales. Así, hablaremos, junto a otros elementos más reconocibles como caracterización semántica, de criterios como /jerarquía/, /coactividad/, /solidaridad/ o /cortesía/, que poseen en este ámbito de significación una entidad plena; y, sin embargo, ello no invalidará el carácter estrictamente lingüístico de nuestra clasificación. La estructura que presentaremos correrá, por tanto, muy en paralelo a la taxonomía de los actos directivos que hemos presentado (III.5), si bien el análisis individual de cada uno de sus elementos incluirá una completa caracterización tanto de contenido como de uso. Dado el carácter tan genérico que posee el proceso de petición (recuérdese el capítulo II), los lexemas encargados de su designación encontrarán actualizaciones contextuales y especializaciones fijas en distintas lenguas técnicas, lo que en ocasiones provocarán ajustes paradigmáticos del tipo de los que analizábamos en II.2.4.

Pero, antes de abordar los criterios disgregadores sobre los que se erige la organización general del campo, debemos referirnos al contenido sémico básico que comparten todos sus lexemas, algunos de cuyos aspectos han sido apuntados ya, aunque no de manera conjunta, en secciones precedentes. Dada su pertenencia al conjunto de verbos ilocutivos, podemos comenzar refiriéndonos a tres rasgos fundamentales derivados de esa naturaleza. En primer lugar, destaca el contenido /expresión oral/ que, según vimos, los coloca en el ámbito de influencia del macrocampo de los *uerba dicendi*, esto es, pertenecen al grupo de verbos de ‘transferencia comunicativa’. Y, a través de esa expresión oral, lo que se intenta es provocar una acción del interlocutor. Este contenido semántico (/tratar de que alguien haga algo/), según vimos, es lo que la teoría de los actos de habla denomina «regla esencial» y es compartido por todo el grupo de los actos o (desde ahora ya) verbos ilocutivos directivos. Finalmente, vimos también cómo la especificación del beneficiario de tal acción, que coincide con el agente de estos verbos (y con el enunciante en el caso de los empleos realizativos) supone una nueva diferenciación que divide este último grupo en dos categorías; nuestros verbos se incluyen en el grupo de los no-impositivos.

En consonancia con estas apreciaciones, cabe resaltar la incidencia de categorías clasemáticas con un carácter más genérico. La petición se define como la realización de una acción dinámica, centrífuga y, por tanto, transitiva. Así mismo, en la determinación de los componentes sémicos de un verbo, como advierte García-Hernández (1980: 53), habrá que tener en cuenta, además de los de la acción específica, los clasemas propios de sus actantes. De este modo, por ejemplo, un verbo como *precari*, observará una profunda especialización en la esfera religiosa, lo que se manifiesta en la elección sistemática de un segundo actante de clase /divino/.

Y sin embargo, hemos de reconocer todavía otros rasgos distintivos que separen la petición de otras intenciones comunicativas afines. Evidentemente un primer criterio diferenciador es el de la jerarquía relativa entre los participantes en el proceso comunicativo. Escandell Vidal afirma al respecto que

muchos de los actos de habla que habitualmente se consideran distintos no lo son, en el fondo, por la naturaleza misma del objetivo que persiguen, sino que es el tipo de relación que liga a los participantes que se ven involucrados. (...) La diferencia entre *rogar* y *ordenar* no radica en la finalidad del hablante (conseguir lo que expresa), sino en la distancia social y en las relaciones jerárquicas que median entre los interlocutores (Escandell Vidal, 1988: 392s).

En términos semánticos tal hecho se traduce en la mencionada solidaridad léxica entre un clasema de tipo autoritario y el sujeto de los verbos de mandato. Pero, la petición no es exactamente la contrapartida ascendente de la orden, pues solo funciona así un aspecto concreto de ella, el 'ruego' o la 'súplica', donde el emisor se encuentra en una posición de inferioridad jerárquica manifiesta. La mencionada autora (ibíd.: 570) atina al definirlo como el acto en el que «el que suplica no tiene la menor garantía de que su petición vaya a ser atendida, ya que está en la voluntad de su interlocutor, a quien ningún precepto social le impone acceder a lo que solicita el emisor. Este debe, por tanto, atenuar la carga negativa del uso de un impositivo a un superior por el único medio que le queda: el lingüístico». Pero esta matización no resulta igualmente válida para otras de sus manifestaciones. Según veíamos al intentar establecer los límites generales del campo, la relación constante que establece con el término complementario

dare en la secuencia lexemática, asegura la inclusión en esta categoría de la noción de ‘exigencia’. Evidentemente, el talante del peticionario es del todo opuesto en este caso; pero esa forma de expresar una reivindicación en circunstancias concretas no implica una superioridad real con respecto al interlocutor. En el momento de abordar la noción de ‘orden’, encontrábamos cómo el criterio de /autoridad/, solidario con el agente, estaba allí sustentado en una superioridad jerárquica real, supeditada a la existencia de unas determinadas instituciones. Con todo, en el caso de la ‘exigencia’ hemos de pensar en otros factores, pues su formulación remite a un acto coactivo, sí, pero petitorio al fin y al cabo y enunciado por un agente que puede ostentar un rango jerárquico parejo al de su interlocutor o incluso inferior.

Hemos resaltado ya cómo en latín, salvo casos aislados, un agente provisto de una autoridad real tiende a exponer sus pretensiones bajo la formulación de una orden, incluso cuando estas van a concretarse en una entrega. El mecanismo consistente en fingir una posición inferior y, por tanto, emplear un ruego para atenuar el grado de imposición de un acto directivo, no supone una estrategia de cortesía muy empleada en latín. Lo que encontramos, pues, en el caso de la exigencia es que quien la formula –y citamos una vez más a Escandell Vidal (1988: 574)– «pretende no querer reconocer o no aceptar la superioridad (institucional u ocasional) de su interlocutor». Y por tanto, es posible afirmar que, si bien la exigencia comporta un marcado elemento de coactividad, este último es producto de una contextualización circunstancial del clasema /+autoridad/ en su agente que, en realidad, se encuentra por debajo o al mismo nivel que su interlocutor. Un hablante poseedor de una autoridad real, expondría su reivindicación como una orden, sin reparar en consideraciones como el derecho que posee para realizarla.

Por ello, a diferencia de los verbos de ‘mandato’, no es posible reconocer en estos una solidaridad con un carácter autoritario de su agente. Así pues, podemos hablar de una serie de factores que provocan una cierta *notio necessitatis* y que impelen al hablante a pedir de forma imperiosa. La justificación, contextual y diferente en cada caso concreto, podrá ser la propiedad de lo solicitado, su carácter legítimo, las razones que existen para hacerlo, una promesa previa u otras similares. Y precisamente de ella emana el elemento autoritario que se actualiza en esta forma de petición, no de un poder o superioridad jerárquica reales. En tales casos, el carácter perentorio anula

momentáneamente la relación jerárquica existente entre los interlocutores para dar paso a un criterio autoritativo basado en la ya analizada (IV.3.3) causa deóntica. Será precisamente esta, según allí dijimos, la que justifique tal plasmación, al ser asignada de manera contextual al emisor. Así, por ejemplo, la previa asunción de un compromiso o de una obligación de carácter contractual proporcionará una justificación a quien reclama apelando a su sanción jurídica; y, del mismo modo, determinadas exigencias harán especial hincapié en su adecuación a las circunstancias o las necesidades naturales, como es el caso del empleo metafórico de sujetos inanimados con este tipo de verbos. La causa deóntica, en resumen, proporciona la base para que una no-superioridad pueda traducirse, en términos actuativos, en un carácter coactivo.

Por otro lado, aunque todavía dentro de esta categoría, cabría la posibilidad de establecer una diferencia de orden lexemático. En español, por ejemplo, resulta evidente que existe una lectura distinta de:

- a) Me reclama la deuda.
- b) ?? Me exige la deuda.

La ‘reclamación’, en efecto, implica por lo general una devolución (*reddere*) como término complementario, mientras que, por el carácter más genérico de la exigencia, tal contenido ha de ser especificado. Sin embargo, aunque parece que –paradójicamente– *exigere* muestra cierta tendencia a ser empleado para la reclamación de una deuda, no hemos encontrado en latín indicios concluyentes como para defender una distribución léxica entre ambas nociones, pues parece que todos los verbos de la esfera coactiva funcionan en ambos sentidos. El complementario específico que selecciona la primera noción asegura, con todo, la pertinencia de esta división, mientras que su carácter restitutivo supone, además, una justificación de orden deóntico para su consideración como forma de exigencia.

Y todavía es posible reconocer una diferenciación más, pues la petición puede igualmente ser encontrada en contextos sociales de igualdad que, frente a las relaciones de poder, crean otras de tipo solidario. En tales casos, la solicitud, viene respaldada por el sistema de contraprestaciones recíprocas que analizamos en el capítulo VI y, por él, se presenta carente de matices suplicantes o autoritarios, sino con una caracterización

más neutra. Por ello, puede ser considerada como una forma cortés de petición, aunque solo en oposición a la que se realiza de manera perentoria o apremiante.

Teniendo en cuenta este tipo de criterios, Escandell Vidal (1988: 576) propone en su análisis la siguiente representación:

	POSICIÓN REAL DEL EMISOR	RELACIÓN EXPRESADA	CORTESÍA
MANDATOS	Superioridad	Superioridad	—
RUEGOS	Inferioridad	Inferioridad	+
PETICIONES	No inferioridad	Inferioridad	+
EXIGENCIAS	No superioridad	Superioridad	—

Con «no inferioridad» se refiere la autora en ella a «igualdad o superioridad no muy clara», mientras que «no superioridad» indica «igualdad o inferioridad». Sin embargo, aunque este cuadro resume muy bien las distinciones a las que nos estamos refiriendo, existe un detalle que se resiste a su aplicación al latín.

En las lenguas modernas es un fenómeno corriente la imposición del criterio de cortesía sobre el de jerarquía, cuya verbalización tiende a evitarse; de ahí que, los verbos no-coactivos de tipo /no-intensivo/ (piénsese, por ejemplo, en esp. *rogar* o it. *pregare*) puedan, en contextos pragmáticos muy determinados, ser usados como estrategia de cortesía, pero investidos de un contenido coactivo que no deja lugar a dudas. Sin embargo, en latín, las peticiones no suelen aparecer bajo un fingimiento de inferioridad, sino que estas se realizan desde una igualdad aceptada por cuanto cooperativa y capaz de proporcionar un beneficio mutuo. Lo que encontramos en esta lengua es más bien una codificación más marcada de las jerarquías. Mientras que la orden establece una solidaridad con sujetos caracterizados por el sema /+autoridad/ sustentado en una superioridad jerárquica, en la esfera coactiva, se produce una neutralización de este último criterio, pues el carácter autoritario es atribuido contextualmente.

Recapitulemos diciendo que la selección de una actitud autoritaria que, no obstante, no es inherente al sujeto y, por tanto, impide una solidaridad del tipo descrito en la orden, provoca interferencias entre las nociones de ‘exigencia’ y ‘mandato’. Pero estas se resuelven fundamentalmente por dos mecanismos: la interpretación contextual

de un agente que no ostenta realmente una superioridad jerárquica y por la mayor tendencia que muestra la exigencia en el plano paradigmático a seleccionar como complementario verbos dativos (*dare, reddere*; cf. *supra* II.2). En las relaciones de tipo horizontal, por su parte, existe una igualdad de las jerarquías de los interlocutores (esto es, del sujeto y el complemento animado de estos verbos), por lo que nuevamente el criterio vuelve a resultar irrelevante. Únicamente en la esfera /-coactiva/ será posible establecer una relación constante en el plano sintagmático con el sema /inferioridad jerárquica/ de su sujeto y potencial enunciante.

Pues bien, a la luz de todas estas consideraciones, es posible establecer una primera oposición en la estructura de estos lexemas verbales, fundada en el criterio de coactividad que, en última instancia, responde a la distinción entre pedir por derecho o pedir por gracia²⁸⁰. La presencia de este sema en algunas de las unidades léxicas de este campo establece una oposición privativa primaria frente a las que carecen de él, alrededor de la cual se agrupan todas ellas. En virtud de su indiferencia a esta oposición, propondremos (*infra*, VII.4) la pertinencia de considerar el lexema *petere* como candidato perfecto para ocupar el puesto de archilexema del campo, que, de tal modo, podemos plantear como una oposición privativa con representación del término neutro:

peto // +coacción / -coacción.

Tenemos claramente delimitadas así sus dos dimensiones²⁸¹ primarias. Pero, junto al valor básico de los lexemas que las representan, ambas esferas pueden combinarse con otros elementos léxicos. Es muy frecuente, por ejemplo, el empleo de complementos (adverbios o sintagmas preposicionales) para la expresión de funciones clasemáticas extensionales de tipo intensivo, afines a cada una de ellas: *magno opere, ualde, maxime, praeipue*... Así se observa, en los siguientes ejemplos:

²⁸⁰ Esta distinción podrá influir además en la selección de términos complementarios específicos en la secuencia lexemática. Así ocurre, por ejemplo, con *tribuo*: «como la acción depende en último término de la decisión del sujeto, los verbos de “pedir” más adecuados son los una actitud sumisa o suplicante (...)» (Martín Rodríguez, 1999: 329).

²⁸¹ Concepto definido por Geckeler (1976: 298) como el «punto de vista de la articulación que actúa en un campo léxico y que constituye, por así decirlo, la escala de las oposiciones entre determinados lexemas de ese campo».

(...) PV. iussit *maximo* / *opere* orare ut patrem aliquo apsterres modo (Plaut. *Most.* 420-421).

[PU. Me ordenó que te rogara encarecidamente que alejaras como fuera a su padre.]

te (...) *uehementer etiam atque etiam* rogo ut (...). si me amas, cura, elabora, perfice ut (...). hoc te ita rogo ut *maiore studio* rogare non possim (Cic. *ad Q. fr.* 1, 2, 11).

[Te solicito con encarecido ruego que...; si es que cuento con tu estima, preocúpate, esfuérzate, consigue que... Te lo solicito de tal modo que no podría hacerlo con mayor ahínco.]

Existe además otro tipo de complementaciones encargadas de precisar el contenido propio del lexema en cuya estructura sintáctica se insertan. Así, por ejemplo, en la dimensión no-coactiva podemos encontrar formantes como *per gratiam*, *per precem*, *suppliciter* o intensificadores del tipo *per dexteram tuam*, *per Iouem*... En la esfera opuesta, es también posible reconocer equivalencias: *uehementer*, *cum magno clamore*...

Así pues, no podemos estar de acuerdo con Escobedo, quien, en su análisis *El campo léxico hablar en español* (1992: 280ss), propone para los verbos de ‘pedir’ una estructura multipolar con oposición gradual²⁸². Dentro de cada una de las categorías que hemos propuesto será posible intuir oposiciones de este tipo, pero esta no es, en modo alguno, la oposición principal del campo, pues, como decimos, resulta innegable la existencia en su base de una de tipo privativo.

A pesar de la nitidez de esta distinción, es posible reconocer algunos casos que, en cierto modo, implican alteraciones en el sistema. En primer lugar, no es difícil imaginar una utilización de la esfera coactiva (a través de un empleo realizativo que lo deje bien claro) como medio para legitimar moralmente una postura o justificar una pretensión que, en términos absolutos o vista desde el ángulo contrario, no tiene visos de poseer tal validez, es decir, no cuenta con un respaldo deóntico real, en virtud de los valores preestablecidos por una determinada sociedad. Son muchos los ejemplos de lenones, paradigma de inmoralidad en la comedia latina, que intentan conseguir sus malévolas pretensiones, arrogándose un rasgo autoritario por medio de escandalosas reclamaciones y reivindicaciones de lo que, en realidad, escapa a sus derechos legítimos.

²⁸² Estructura que obvia en un trabajo anterior, en el que sigue un criterio de tipo componencial con rasgos distintivos bien seleccionados y marcados (cf. Escobedo, 1980).

De la misma manera, los elementos integrantes de la esfera no-coactiva podrán ser empleados como estrategia de cortesía, por un hablante caracterizado por el rasgo /+autoridad/. Son pocos los casos en que esto se puede verificar para el latín; según advertimos previamente, no es esta una estrategia comunicativa con gran productividad. Con todo, nos hemos encontrado ya con escenas protagonizadas por un amo que suplica a su esclavo para conseguir su colaboración, fundamentalmente, en asuntos amorosos. Evidentemente existe en ellos una voluntad manifiesta de no resultar coactivos. Pero este tipo de elementos podrían también recibir explicaciones diferentes: el mencionado gusto por la subversión en el género cómico o el hecho de que solo se puede encomendar a un esclavo algo que se cuente entre sus obligaciones, pues, en caso contrario, sería formulado bajo la forma de una orden.

Y todavía podemos mencionar otro tipo de contextos aparentemente contradictorios con la diferenciación enunciada. Cabría pensar que incluso los ruegos, en determinadas circunstancias, están caracterizados por una cierta fuerza coactiva en virtud de su insistencia:

DE. age, quid siquid te maius *oret*? MI. quasi non hoc sit maxumum! / DE. da ueniam! AE. ne grauare! DE. fac, promitte! MI. non omittitis? / AE. non, nisi te *exorem*. MI. *uis est haec* quidem. DE. age, prolixo, Micio. / MI. etsi hoc mihi prauom ineptum absurdum atque alienum a uita mea / uidetur, si uos tanto opere istuc uoliti', *fiat*. AE. bene facis (Ter. *Ad.* 941-945).

[DE. Venga, ¿qué pasaría si te rogara algo más importante? MI. ¡Como si esto no fuera lo más importante! DE. ¡Hazme el favor! ES. ¡No pongas impedimento! DE. ¡Va, promételo! MI. ¿Me dejáis en paz? ES. No hasta conseguirlo. MI. Esto es una forma de coacción. DE. Venga, Mición, ¡generoso! MI. Aunque esto me parece imprudente, insensato, absurdo y ajeno a mi forma de vida, si tenéis tanto interés, que así sea. ES. ¡Bien hecho!]

Así mismo, la intensidad emocional de una súplica, sobre todo si apela a la *fides* del interlocutor, resulta lo suficientemente persuasiva como para provocar en este una reacción inmediata. Buen ejemplo de súplica intensiva supone la siguiente:

uester est supplex, iudices, uestram fidem obtestatur, uestram misericordiam implorat, uestram potestatem ac uestras opes intuetur (Cic. *Mur.* 86).

[Él es un suplicante ante vosotros, jueces, conjura vuestra protección, implora vuestra misericordia, está asombrado por vuestro poder y vuestros recursos.]

Muy probablemente hayan sido contextos como los reproducidos los que han llevado a Risselada (1993: 47s) a una caracterización de esta, a nuestro entender, un tanto excesiva. En su clasificación de los diferentes tipos de actos directivos, coloca, en función del criterio de obligación u opcionalidad del acto, a órdenes y peticiones en los dos extremos de esa escala, mientras que reserva el lugar intermedio para las súplicas, pues estas «are not binding, but do not leave the addressee a real option of non-compliance either, in view of the urgency which their content usually has». Así pues, las súplicas, sobre todo las intensas y motivadas por su urgencia, por la verdadera necesidad de lo que se está solicitando, no dejarían al receptor, según esta autora, verdadera opción de sustraerse a la petición. Sin embargo, nosotros no compartimos estas conclusiones, al menos en lo que a la definición de nuestros lexemas se refiere.

Debemos decir en primer lugar que no todos los verbos de la esfera no-coactiva muestran ese componente intensivo (de hecho, como vamos a ver a continuación, no todos ellos pueden caracterizarse claramente como 'súplicas'). Según vimos en el capítulo VI, el concepto de *fides* establece en el sistema de valores latino una recurrente justificación al fenómeno genérico de la petición, tanto integrado en el sistema de relaciones retributivas, como en la consecución de protección o auxilio en un momento de necesidad extrema. En efecto, por medio de ella era frecuente apelar a la ética personal a la hora de conseguir ayuda, sobre todo porque era la propia comunidad la que determinaba si un individuo, en virtud de sus actos, merecía su crédito. Existían pues factores que recomendaban la «leal protección» a la que allí nos referíamos, cuando esta era solicitada. Pero, pese a quedar profundamente condicionada por tales factores, estos no proporcionan a una súplica la capacidad de imponer su cumplimiento. Por lo tanto, el concepto de *fides*, omnipresente en la sociedad romana, puede ayudarnos a reconocer determinados criterios antropológicos que originan ciertos fenómenos de tipo pragmático, pero queda fuera, a nuestro entender, de las características que entrañan los lexemas en cuestión.

A la luz de estos datos, se podría decir que no es posible establecer cortes tajantes, pues quedarían invalidados por ciertos factores contextuales o por aplicaciones

específicas²⁸³. Pero ellos, como ya hemos dicho, no invalidan el reconocimiento de un valor en cada uno de los lexemas. Diremos por tanto que la definición del contenido sémico de estos verbos –fundamentalmente en lo que a sus empleos realizativos se refiere– podrá, en ocasiones, no estar enteramente adaptada al contexto o a las características concretas del emisor, pero resultará siempre constante. Evidentemente no es posible defender que contextos como los que hasta aquí hemos analizado sean los únicos responsables de la atribución del contenido significativo de estos verbos.

Vemos, así, cómo el criterio de coactividad supone un rasgo muy productivo a la hora de dividir el campo verbal en dos dimensiones homogéneas y bien diferenciadas entre sí. Sin embargo, pueden reconocerse diferencias adicionales. Los verbos de tipo coactivo expresan, pues, una fuerte voluntad puesta en el cumplimiento de la acción en cuestión, pero manifestada por un agente con inferioridad jerárquica o cuya jerarquía no le dota muy claramente del rasgo /+autoridad/, evidente en las órdenes. Con lo que esta dimensión agrupa e iguala dos tipos de relaciones: se puede exigir desde la igualdad o desde una inferioridad ignorada. Sin embargo, en la esfera no-coactiva, este criterio sí resultará funcional estructuralmente hablando.

Como se puede extraer de la argumentación precedente, hemos agrupado en esta dimensión peticiones englobadas en dos tipos de relaciones sociales: una desigual, vertical, en la que el hablante asume y deja notar su situación de inferioridad con respecto al receptor, y otra horizontal, de tipo cooperativo y basada en la paridad de la posición social entre sus participantes. Por tanto, es posible establecer en su seno una nueva oposición privativa respaldada por la presencia, en algunos de sus miembros, de un sema que denominaremos /rogativo/. Dicho sema, sin embargo, estará ausente en otros lexemas que recogerán tanto la petición acorde a las convenciones sociales, como aquellas otras que las trasgreden (*procare*). Estos lexemas, en oposición a los otros dos grupos, expresarán simplemente la solicitud no autoritaria, pero tampoco suplicante. Y, a diferencia de lo que ocurre en el ámbito coactivo, será posible encontrar aquí un

²⁸³ Solo de este modo es posible entender las reservas de E&M (*s.u. posco*) cuando, al referirse a los verbos de petición, afirman: «Les anciens essayaient de distinguer *posco* de *peto* (...). Mais cette distinction artificielle n'est pas observée dans la pratique».

archilexema parcial²⁸⁴ (*rogo*), que irá aumentando sus empleos marcados contextualmente por el sema /rogativo/ hasta terminar por deslizarse definitivamente en esa parcela de significación, como se encarga de notar su heredero español. Igualmente será necesario distinguir en esta dimensión un pequeño grupo de lexemas caracterizados por la carencia extrema del agente y por un comportamiento especial que los aleja del resto.

Así pues, podemos representar las líneas maestras del campo léxico de la petición en latín según el siguiente esquema:

ARCHILEXEMA: <i>PETERE</i>		
DIMENSIÓN +COACTIVA (rasgo de jerarquía neutralizado)	DIMENSIÓN -COACTIVA	
	SUBDIMENSIÓN +ROGATIVA (relación vertical ascendente)	SUBDIMENSIÓN -ROGATIVA (relación horizontal)

Junto a estos dos criterios diferenciales es posible reconocer uno más que permite el establecimiento una nueva división: el contenido de emotividad, es decir, el aspecto intensivo, que García-Hernández incluye en la subclase aspectual durativa del aspecto extensional y que implica «una mayor concentración intencional, emotiva o cuantitativa de la acción que la estrictamente durativa» (1980: 104).

Más arriba mencionábamos un criterio como es la urgencia con la que se realiza una súplica en momentos de extrema necesidad. Y también es posible pensar en casos en los que exista una profunda implicación entre el suplicante y el contenido de la súplica. Pero no acaban aquí sus implicaciones, pues la esfera coactiva, por su parte, no se mostrará tampoco indiferente al aspecto intensivo. Un deudor que se resiste a pagar, por ejemplo, se expone a una reclamación apremiante y perentoria. De su expresión se encargarán preferentemente algunos modificados con preverbios de tipo ablativo, así como otros lexemas cuya etimología remite a la forma de ejecución de la petición (*implorare*, *supplicare* o *flagitare*). Así pues, esta dimensión escindirá el campo, en su conjunto, en una nueva división, si bien con una salvedad. Hemos de decir que el criterio de intensidad emotiva resulta incompatible con el rasgo /identidad jerárquica/

²⁸⁴ El archilexema parcial de una dimensión recibe también la denominación de «protollexema», propuesta por L. Sánchez Navarro en su tesis doctoral (*El campo semántico de 'ver' en Atanasio de Alejandría*, Madrid, Universidad Complutense, 1994).

entre sus participantes; es decir, que los lexemas /-rogativos/ de la clase no-coactiva muestran una cierta autonomía estructural pues carecen de modificaciones intensivas de este tipo, que tampoco afectarán, como es natural, al archilexema genérico.

Así pues, a partir de las líneas directrices hasta aquí trazadas, pasamos seguidamente a abordar el estudio individual de los términos que componen este campo. Comenzaremos con el estudio de *petere*, en concreto de su cuarto significado, con el tiempo el más desarrollado, que, en virtud de su indiferencia al criterio de coacción, se erige en archilexema del campo, para seguir después con el estudio de los distintos términos de las clases coactiva y no-coactiva.

En su análisis individual se tendrán en consideración cada uno de los semas secundarios que los individualicen, esto es, que constituyan rasgos distintivos en oposición a los del resto de las unidades del sistema. Entre los criterios que atenderemos, cabe destacar los siguientes: la etimología, que a menudo suele ser indicio para la correcta interpretación del contenido de un verbo, aunque su verdadero significado está determinado, insistimos, por las oposiciones que se establece con el resto de los términos; los valores distribucionales, en los casos en que la misma forma léxica funcione en campos distintos, en cuyo caso, y si el contenido “pedir” es derivado, su evolución semasiológica podrá ayudarnos a localizar los rasgos característicos del lexema en cuestión; y, por último, la frecuencia, en los casos en que se reconozcan diferencias diacrónicas, diastráticas o diafásicas. Los hechos de arquitectura, como vimos en el capítulo V, pueden en ocasiones resultar muy reveladores. Y se observarán además diferentes especializaciones de estos lexemas en algunas lenguas técnicas; a título orientativo se puede citar la proverbial especialización de *rogare* y su grupo lexemático en el lenguaje jurídico o la de *precari* en la lengua religiosa. Por ello y por la preeminencia del fenómeno de la modificación como mecanismo de creación de palabras en la lengua latina, hemos optado por un análisis organizado en grupos lexemáticos, pues, en la mayoría de las ocasiones los modificados comparten la práctica totalidad de rasgos significativos de su base léxica, aportando los preverbios meras modificaciones de la forma de realización, en su mayor parte redundantes en su aspecto extensional intensivo (“pedir insistentemente”) y, en menor medida, en el iterativo (“pedir una y otra vez”, “empeñarse en pedir”). Sin embargo, en el caso de *petere*, las

connotaciones que proporcionan los preverbios a sus respectivos modificados, acabarán con la indiferencia al criterio de coacción que mostraba su base.

Así pues, pasemos ya al análisis de la petición desde un punto de vista exclusivamente léxico.

VII.4.- EL ARCHILEXEMA DEL CAMPO. *PETERE* Y SU GRUPO LEXEMÁTICO.

Muchos son los valores, variantes e invariantes de significado –documentados en su mayoría desde el latín arcaico–, que atribuyen los diccionarios y repertorios léxicos a este lexema. Sin embargo, si hemos de distinguir los auténticos significados entre los que se reparten sus empleos, el inventario se reduce considerablemente. En función de los criterios clasemáticos y aspectuales con los que hemos operado en el capítulo II, podemos reconocer, claramente al menos, los siguientes valores básicos:

- 1) “dirigirse hacia un lugar”: *petere*₁ -- *aduenire*, *peruenire*.

tanta ui in Pompeii equites impetum fecerunt, ut (...) omnes (...) incitati fuga montis altissimos peterent (Caes. *ciu.* 3, 93, 6).

[Atacaron con tanta fuerza a los jinetes de Pompeyo, que se vieron obligados a huir y se dirigieron a los altos montes.]

- 2) derivado del anterior, con un contenido hostil añadido: “dirigirse contra”, “atacar”.

cum Romani (...) tecta (...) occupassent ne peti superne ac uolnerari poseent (Liu. 24, 47, 3).

[Cuando los romanos se hubieron hecho fuertes en los tejados para que no se les pudiera atacar desde arriba ni herir...]

- 3) buscar: *petere*₃ -- *inuenire*.

nam ab iratis si perspicue pax et beniuolentia *petitur*, non modo ea non *inuenitur* sed augetur (...) odium (Cic. *inu.* 1, 21).

[Pues si se busca a las claras acuerdo y benevolencia en una persona airada, no solo no se encuentra, sino que aumenta su indignación.]

4) «pedir»: *petere*₄ -- *impetrare, exorare*.

Y el inventario se podría reducir aun más si tenemos en cuenta la sustancia semántica básica, el contenido nocional común que unifica y proporciona cierta coherencia a un lexema polisémico como este. En efecto, según hemos intentado mostrar en otro lugar (Unceta, 2002), tras todos estos valores se puede intuir claramente un clasema volitivo; concretamente, el sentido unitario se correspondería básicamente con la «orientación volitiva» que un agente imprime a su intento de alcanzar un determinado objetivo, cualquiera que sea su naturaleza. Desde esta óptica, todas sus acepciones no son más que las aplicaciones concretas de esa intención, en función de las necesidades particulares que se derivan del momento, de la naturaleza del objetivo o de las características del individuo que intenta alcanzarlo. En un buen número de empleos de este verbo, es fácilmente reconocible este contenido básico, que podría ser parafraseado como “aspirar a” o “tratar de obtener”:

numquam hodie quiescet priu' quam id quod *petit perfecerit* (Plaut. *Mil.* 214).

[No descansará hoy hasta que haya conseguido aquello que pretende.]

En ellos, como se observa en el ejemplo reproducido, su contenido evidentemente no-resultativo le permite establecer una relación secuencial con lexemas genéricos de clase resultativa (*peto* -- *perficio*). Ahora bien, pese al establecimiento de este significado básico, si tenemos en cuenta los datos que nos proporciona la comparación indoeuropea, parece, a primera vista, que estos no bastan para dar cuenta de la profunda evolución semasiológica que experimentó su raíz, **pet-*. Los lexemas que esta ha proporcionado al griego y al antiguo indio aseguran la reconstrucción de un significado original como “volar”, al que también apuntan algunos elementos marginales del léxico latino. La lengua augural, por ejemplo, nos proporciona el adjetivo *praepes*, “dotado de alas” (así en Enn. *ann.* 86S), cuya primitiva pertenencia al lenguaje sacral parece bastante clara (cf. Timpanaro, 1988: 285, n. 2). Y el mismo étimo se propone para *penna* (<**pet-na*), derivado instrumental (“que sirve para volar”) con un sufijo *-n-* paralelo a la *-r-* del scr. *pátram* y del gr. *πτερον* (con estructura radical diferente; cf. E&M, *s.u.* *peto*). Suele citarse también el compuesto *accipiter*, designación genérica de las aves de presa, y

cuyo segundo miembro respondería, según Sandoz (1988: 7s), a la variante *petr-. Sin embargo, ese contenido desaparece por completo en el verbo que nos ocupa y en todos sus derivados. Según lo concibe este último autor (ibíd.: 9s), el verbo habría entrado en la esfera de *quaerere* y, adoptando su comportamiento sintáctico, habría creado las inesperadas formas *petiui* y *petitus*, paralelas a *quaesiui* y *quaesitus*. Y propone para esta evolución la necesidad de la existencia de un «empleo límite», pues considera que no es suficiente un desplazamiento de significado basado en un «sentimiento subjetivo». Un pasaje de Varrón, en el que, al explicar una técnica de cetrería, afirma: *quod petere soleant accipitres (rust. 3, 7, 7)*, presentaría un sentido del verbo *petere* a caballo entre el propio vuelo del pájaro y el movimiento hacia su presa.

Sin embargo, en el mencionado trabajo, hemos defendido este desarrollo semasiológico en términos de la metáfora estructural ASPIRAR A UNA META ES VOLAR, según la cual el contenido semántico originario, concretado por la interacción con el medio ambiente, habría desplazado su área de designación a una realidad abstracta. Teníamos allí en cuenta un buen número de datos que apuntan hacia la importancia de la observación de las aves y el cielo en la mentalidad romana y que permitían interpretar la concepción de la intención volitiva en términos de la metáfora del vuelo, que ha de entenderse como paradigma de la meta a alcanzar y en la que, obviamente, intervienen esquemas ontológicos más básicos: MÁS ES ARRIBA, LO BUENO ESTÁ ARRIBA O LO INACCESIBLE ESTÁ ARRIBA.

Existen además datos estrictamente lingüísticos, fraseológicos, que aseguran que, aunque el origen etimológico esté definitivamente perdido en la conciencia del hablante latino, la metáfora sigue teniendo plena vigencia. Así se observa en la expresión *sine pinnis uolare* (cf. Plaut. *Poen.* 870-871 y *Asin.* 92-93). Por tanto, no es necesario, como se ha defendido, hacer derivar todos los valores de *petere* de un hipotético sentido primario de movimiento –no todas sus acepciones implican un desplazamiento físico–, sino que esas actualizaciones no serían, en principio al menos, más que contextualizaciones de esa dirección volitiva, de ese «tender hacia una meta», supeditadas a las circunstancias concretas, pues, en cada caso, son diferentes los mecanismos que se han de poner en marcha para culminar una aspiración: un movimiento o desplazamiento (si el objetivo está alejado, o el propio objetivo es el lugar al que uno se dirige), una búsqueda (si este está oculto) o una petición (ya que en

virtud de nuestro carácter social, la consecución de nuestros objetivos pasa en ocasiones por la actuación de los demás). De hecho, existen contextos muy propicios para la indeterminación del procedimiento concreto:

quom *argentum* dixi me *petere* et *uasa* (...) (Plaut. *Men.* 1056).

[Puesto que me dijo que consiguiera oro y vasos.]

En otros casos, el contenido direccional del verbo puede confluir con el de petición, lo que se deja sentir muy bien en las ocasiones en que la solicitud implica un desplazamiento añadido:

PH. nunc hinc parasitum in *Cariam* misi meum / *petitum argentum* a meo sodali mutuo (Plaut. *Curc.* 67-68).

[FE. A mi parásito lo acabo de mandar a Caria a pedir dinero a un amigo.]

nam si opulentus *it petitum* pauperioris gratiam, / pauper metuit congregiri, per metum male rem gerit (Plaut. *Aul.* 247-248).

[Si un rico va a pedir la amistad a un pobre, el pobre tiene miedo de entablar relación con él y el miedo lo echa todo a perder.]

Y así, es perfectamente posible pensar que el significado concreto de “pedir” que el verbo adquirirá derive de una aplicación de ese significado básico, que, unida a una categorización del interlocutor como el recipiente de la acción que se pretende desencadenar, da lugar al complemento ablativo que mantiene en esta acepción y que parece muy antiguo.

VII.4.1.- *PETERE*.

Pues bien, precisamente ese carácter genérico que ostenta su significado básico es el que faculta a este lexema para la expresión del valor archilexemático del contenido semántico expresado por el conjunto de lexemas de petición. Es decir, que el archisemema básico del campo, el intento de provocar una reacción ajena en beneficio propio por medio de la expresión oral, encuentra en *petere* su representación léxica, asegurada por su indiferencia al rasgo de coacción, que supone el criterio estructural

primario. Su grado de coacción se desprenderá, pues, únicamente de sus actualizaciones contextuales, ya que no es inherente a su propio contenido. Tal valor archilexemático ha llegado incluso hasta nuestros días: su evolución en nuestra lengua recubre, según el *DRAE*, los valores genéricos «rogar o demandar a uno que dé o haga una cosa de gracia o de justicia». Pero, circunscribiéndonos a los datos latinos, existen indicios suficientes para postular tal condición. El criterio de la acumulación sinonímica nos proporciona el primero, pues este verbo aparece coordinado en muchas ocasiones a otros carentes por completo de cualquier carga coactiva:

LE. hanc quoi daturu's hanc, iube *petere atque orare* mecum (Plaut. *Asin.* 662).

[LE. Ordénale a esa a quien se lo vas a dar que me lo pida y me lo ruegue.]

Por lo que puede ser empleado para la expresión de una petición desde una desfavorable posición de inferioridad jerárquica. Así se aprecia en los complementos de modo escogidos en los siguientes versos:

uerum profecto hoc *petere* me *precario* / a uobis iussit *leniter dictis bonis* (Plaut. *Amph.* 24-25).

[Pero lo cierto es que me ordenó pedirlo esto como un favor, con delicadeza y buenas palabras.]

De hecho, es igualmente posible su empleo en la esfera intensiva de la dimensión no-coactiva. Tenderse a los pies de alguien resulta indicio suficiente del carácter suplicante de una solicitud:

supplex te *ad pedes* abiciebas, quid *petens*? ut seruires? (Cic. *Phil.* 2, 86).

[Te arrojabas a sus pies suplicante, ¿qué pretendías conseguir?, ¿ser un esclavo?]

Por la misma razón se muestra capacitado para sustituir a un verbo rogativo (*obsecrare*, *supplicare*, *implorare*) con *fidem* como complemento, expresión formularia altamente fijada para apelar al crédito, la lealtad o la protección de alguien (*supra*, II.2.4), en el siguiente caso, del juez encargado de un litigio:

petimus a uobis, iudices, (...) ut eum (...) sic in uestram accipiatis fidem (Cic. *Arch.* 31).

[Os pedimos, jueces, que aceptéis a este bajo vuestra protección.]

En este sentido, merece la pena recoger la explicación que proporciona Freyburger (1986: 215), quien aduce el pasaje como ejemplo claro de que la súplica hecha por un acusado o su abogado al juez que instruye su caso no implica forzosamente su culpabilidad, sino que, antes bien, constituye una forma de llamar la atención de los magistrados sobre la situación de injusticia de la que es víctima y por la que implora su *fides*, su protección. Y no tomar en cuenta esta solicitud resulta a todas luces reprochable.

Pero la esfera coactiva no incluye solo actos petitorios con desigualdad jerárquica entre sus participantes, sino que admite también las realizadas desde una posición social de igualdad, que es la que justifica la concepción de una petición como un mero favor. En estos casos es también posible encontrar a *petere* haciendo las veces de *rogare*, lexema encargado de su expresión:

gratiam per si petimus, spero ab eo impetrassere (Plaut. *Stich.* 71).

[Si se lo pedimos como un favor, espero poder conseguirlo de él.]

Y una última prueba de su funcionamiento en los márgenes de la dimensión no-coactiva es su empleo como expresión paratáctica mitigadora de la fuerza impresiva de un imperativo, cuya finalidad cortés solo admite lexemas de este tipo:

(...) uos *peto* atque *obsecro*, / gerite amanti mihi morem (...) (Plaut. *Curc.* 148-149).

[Os lo pido y os lo suplico, sed complacientes con este enamorado.]

El carácter archilexemático se deja sentir también en su contrapartida funcional, la expresión de la coactividad, que puede venir justificada, como en los siguientes casos, por la equidad de las circunstancias, como es el cobro de un préstamo:

LY. nec tu me quidem umquam subiges *redditum* ut *reddam* tibi, / nec *daturus* sum. TH. idem ego istuc *quod credebam credidi*, / te nihil esse *redditurum*. LY. quid tu a me igitur *petis*? (Plaut. *Curc.* 540-542).

[LU. Y no me vas a obligar a que te devuelva lo que ya te he devuelto, ni tengo intención de dártelo. TE. Yo ya pensaba eso cuando te lo dejé, que no me ibas a devolver nada. LU. Entonces, ¿por qué me lo reclamas?]

BA. si quam *debes*, te condono: tibi habe, numquam abs te *petam* (Plaut. *Bacch.* 1143).

[BA. Si me debes algo, te lo perdono: quédatelo, nunca te lo voy a reclamar.]

Recuérdese, además (cf. II.2.3.3), cómo *petere* podía manifestarse, en el ámbito de las relaciones crediticias que establecen el usurero y sus clientes, como expresión de la solicitud de cualquiera de las partes implicadas. O también puede indicar simplemente, la reclamación de algo que se piensa que, en justicia, corresponde a uno:

PS. quid ergo dubitas dare mi argentum? SIMO. *ius petis*, fateor, tene (Plaut. *Pseud.* 1313).

[PS. Entonces, ¿por qué dudas en darme el dinero? SIMÓN. Estás en tu derecho de exigirlo, es verdad, toma.]

conueniunt manuplares eccos: *praedam participes petunt* (Plaut. *Most.* 312).

[Los compañeros del manipulo se reúnen aquí: vienen a reivindicar su parte del botín.]

La reclamación de una herencia supone también un excelente ejemplo. De hecho el sistema judicial romano propuso una acción especial adaptada a tal fin, la *hereditatis petitio*, con la que el *heredipeta* podía reivindicar frente a alguien su titularidad de heredero y los bienes que ella comportaba, como con cualquier otra *uindicatio* (cf. D'Ors, 1986: 310).

Por último –y esto es una prueba innegable de su empleo con sentido coactivo–, podrá incluso adoptar un primer actante de clase /inanimado/ o /abstracto/, quedando así plenamente afianzada su consideración de archilexema de este campo léxico:

publica quaerentem quid petat utilitas (Ou. *Pont.* 4, 9, 48).

[Buscando qué es lo que requiere el interés público.]

Pero, antes de concluir este repaso de los principales valores de *petere*, no podemos pasar por alto su profunda especialización y desarrollo en el lenguaje técnico de la política, con el sentido de “aspirar a un cargo público” (*petere consulatum, tribunatum, aedilitatem*, etc.) y, obviamente, del todo desprovisto de cualquier viso de coactividad; el sistema electoral romano no permitía, en teoría al menos, una influencia forzada sobre el electorado. Este sentido técnico puede ser usado de manera absoluta en algunas ocasiones²⁸⁵:

petere honorem pro flagitio more fit (...) (Plaut. *Trin.* 1035).

[Aspirar a un cargo público por un crimen se está convirtiendo en costumbre.]

Y resulta fácilmente explicable a partir del valor básico que hemos propuesto. Para ilustrarlo, ¿qué mejor que acudir al inestimable testimonio que nos proporciona el tratado que, sobre el procedimiento a seguir en una campaña electoral, compuso Quinto Cicerón para su hermano Marco? El traslado del significado genérico al concreto en este lenguaje específico se observa bien en el siguiente fragmento:

ciuitas quae sit cogita, quid petas, qui sis. prope cottidie tibi hoc ad forum descendenti meditandum est: 'nouus sum, consulatum peto, Roma est' (Q. Cic. *pet.* 2).

[Piensa qué ciudad es, a qué meta aspiras, quién eres. Casi a diario, al bajar al foro, has de pensar: ‘sin ser noble, he ejercido un cargo curul, ahora pretendo conseguir el consulado, esto es Roma’.]

Según se desprende de él, presentar una candidatura establece, en latín, una equivalencia perfecta con la aspiración a conseguir el desempeño de la misma. Esa aspiración, además, no estaba exenta de ciertas dificultades (sobre todo si de un *homo nouus* que pretendía conseguir un alto cargo se trataba). Por ello Quinto expresa la siguiente recomendación:

²⁸⁵ Con este mismo sentido es posible encontrar algún empleo de *adpetere* (Sall. *Iug.* 63, 6); y Cicerón nos ofrece, excepcionalmente, el desiderativo formado a partir del sufijo *-turio*: *petiturire* (cf. *Att.* 1, 14, 7), que designa la “apetencia de presentarse candidato” (véase Hellegouarc’h, 1963: 211). Según García-Hernández (1980: 90), además, el mencionado sufijo expresa una matización semántica que marca la apetencia fisiológica, frente a *-(es)so*, que indica el mero acto volitivo.

quam ob rem cum et summum locum ciuitatis petas et uideas esse studia quae tibi aduersentur, adhibeas necesse est omnem rationem et curam et laborem et diligentia (Ibíd. 15).

[En consecuencia, ya que pretendes conseguir el más alto escalafón de la ciudad y ves que hay intereses que te son contrarios, es necesario que pongas todo tu interés, tu dedicación, tu esfuerzo y tu atención.]

Por ello, además, era necesario llevar a cabo un trabajo constante y establecer un contacto directo con los electores (*cf. supra* II.2.4, lo relativo a *prenso* y *ambitio*), fundamentalmente para conseguir una posición privilegiada frente a los adversarios políticos, los competidores, con los que se aspira conjuntamente a un cargo que, por definición, solo puede ocupar uno. De ahí el valor de «rivalidad» u «oposición» que encontraremos en el modificado que expresa esta noción, *competere* (VII.4.3).

Antes de abordar el estudio individual de los derivados del archilexema, debemos advertir de que, en la mayoría de ellos, es posible reconocer todos los valores fundamentales de la base. Sin embargo, en virtud de las especificaciones que proporcionan a estos nuevos lexemas sus respectivos preverbios, ninguno de ellos presenta un funcionamiento indiferente al componente coactivo que hemos verificado en su base. Dejamos de lado el análisis de *perpeto* y *praepeto* por el hecho de que la modificación en estos casos únicamente afecta al significado motriz de la base, así como por su creación tardía y, sobre todo, por su escasísima representación en las fuentes, insuficiente para determinar el valor expresivo que aporta en estos casos el preverbio. Según apunta Bader (1962: 57), el segundo de ellos estaría formado para dar una explicación *ad hoc* al ya mencionado *praepes* (*cf. Paul. Fest. p. 287*). Con respecto a *depetere*, cuya aparición es datable igualmente en época tardía, baste con decir que su significado es muy similar al que encontraremos en *deprecari* (*cf. infra*, VII.6.5.4), con el que aparece glosado en varias ocasiones.

VII.4.2.- EL GRADO NO-RESULTATIVO (*APPETERE*, *EXPETERE* Y *EXPETESSO*).

Comenzamos el repaso a este grupo lexemático con el modificado *adpetere*, en el que el sentido de movimiento resulta evidente. Ello es debido a que el preverbio le proporciona, en primer lugar, una función sémica «adlativa» de «aproximación» y «proximidad» con respecto al punto de destino (García-Hernández, 1980: 132) que se acomoda perfectamente en el significado direccional de su base:

ita me Amor lassum animi ludificat, / fugat, agit, *appetit*, raptat, retinet (Plaut. *Cist.* 215-216).

[Así se burla de mí y de mi fatigado corazón el amor; me ahuyenta, me empuja, se me acerca, me rapta, me retiene.]

Pudiéndose llegar incluso a un significado intransitivo equivalente al de *adpropinquor*, pues así aparece glosado, sobre todo en referencia a momentos temporales²⁸⁶:

(...) DA. heus iam adpetit *meridie* (Plaut. *Most.* 649-651).

[DA. ¡Ey!, ya se acerca el mediodía.]

diesque adpetebat *septimus* (Caes. *Gall.* 6, 35, 1).

[Y llegaba ya el séptimo día.]

Pero este preverbio adlativo está también facultado para proporcionar otra serie de valores. En este caso, la modificación de la base se establece en el aspecto secuencial, funcionando así como modificador «ingresivo» (ibíd.: 135) y trasladando el valor de la base al aspecto netamente no-resultativo, con un significado muy cercano al de los verbos desiderativos (cf. esp. *apetecer*). Esta noción no-resultativa puede concretarse en el plano resultativo con una petición, o actualizarse de otras muchas maneras, en función de las características concretas de su agente:

²⁸⁶ Si bien con escasa representación —e incluso resultando dudoso su carácter de lexía compleja—, *lux adpetere* constituye, según ha estudiado Conde Salazar (2003: 11 y 16), una expresión propia del género histórico para referirse al “amanecer” (cf. Liu. 10, 20, 9 o Caes. *Gall.* 7, 82, 2).

dedit autem eadem natura beluis et sensum et appetitum, ut altero conatum haberent ad naturales pastus capessendos, altero secernerent pestifera a salutaris (Cic. nat. deor. 2, 122).

[Por lo demás, esta misma naturaleza les otorgó a las bestias sentido y apetito, para que, con esto, tuvieran el estímulo de intentar procurarse los alimentos que corresponden a su naturaleza y, con aquello, pudieran distinguir los alimentos venenosos de los comestibles.]

Ya nos hemos referido al hecho de que las distintas especializaciones del significado genérico de la base dependen de este tipo de criterios. El apetito, según acabamos de ver, es instintivo, natural, pero también se relaciona con la razón, si es selectivo. Así Cicerón defiende que lo propio de los seres racionales, dotados de espíritu, es intentar alcanzar algo en consonancia con su naturaleza:

quaero (...) cum hoc proprium sit animantium ut aliquid *adpetant* quod sit naturae accommodatum, deus quid appetat (Cic. nat. deor. 1, 104).

[Pregunto, ya que lo propio de los seres dotados de espíritu es apetecer algo que sea acorde con su naturaleza, qué es lo que intenta alcanzar ese dios.]

Es necesario ser práctico en el esfuerzo y solo intentar alcanzar lo que está en nuestra mano. Pero ello no implica que el objetivo fijado no haya de ser importante. De hecho, es muy común encontrarlo complementado con lexemas que indican bienes o comodidades, así como por los siguientes: *gloriam, honorem, munus, opes, lucrum, alta, sublimia...* (cf. ThLL, s.u. *appeto*, cols. 285s). Por ello, una serie de adverbios que indican el grado de la sustancia volitiva empeñada en tal intento, suponen especificaciones muy aptas para este verbo: *ardentius, auide, avidius, cupidissime*, etc. Incluso la forma adverbial de él derivada funciona con este sentido²⁸⁷. Es más, ambas nociones pueden aparecer conjuntadas como sinónimas:

bellum utinam, qui *adpetunt*, consideratius concordiusque quam *cupiunt* gerant (Liu. 4, 45, 8).

²⁸⁷ Cf. Cic. off. 1, 33 (*ne cupide quid agerent, ne adpetenter*).

[Ojalá los que ansían la guerra, la dirijan con más prudencia y buen juicio de lo que la desean.]

Resulta claro, por tanto, que el modificado establece, en esta acepción concreta, sin duda la más desarrollada, una relación secuencial con respecto al sentido resultativo de su base (*adpeto* -- *peto*) y podrá, por ello, concretarse *a posteriori* en una petición.

Algo muy similar ocurre con el modificado compuesto a partir del preverbio ablativo *ex-*, pues si bien es posible encontrar contextos en los que prevalece la noción de movimiento:

duae unum *expetitis* palumbem (...) (Plaut. *Bacch.* 51).

[Las dos tratáis de alcanzar la misma paloma.];

tienen un alcance mucho mayor los empleos en los que el preverbio dota a la base de una función intensiva en el plano extensional (García-Hernández, 1980: 160), acercándose a la noción expresada por los verbos desiderativos (“desear ardientemente”), tal y como ocurría en el caso anterior –de hecho, ambos verbos varían y se confunden habitualmente en la tradición textual–:

LA. at enim ille quidam o<peram bonam magis> expetit quam argentum (Plaut. *Cist.* 739).

[LA. Pero es que ese tiene más ganas de un buen servicio que de dinero.]

nam illi qui nil metuont postquam sunt malum meriti, / stulta sibi expetunt consilia (Plaut. *Most.* 860-861).

[Porque los que nada temen, después de haberse ganado un castigo, desean recibir consejos estúpidos.]

Y, pese a que los estoicos empleen como término técnico el derivado *expetibilis*, designando una realidad “deseable pero no efectivamente deseada” (cf. Sen. *epist.* 117, 5), son claras las concomitancias con la noción expresada por los lexemas de tipo desiderativo, según vemos, nuevamente, en una acumulación sinonímica²⁸⁸:

²⁸⁸ Mesa Sanz (1998^c: 101s) señala que Plauto utiliza preferentemente, como desiderativos, *expeto* y *gestio*, mientras que Cicerón se decanta por *augeo* y emplea *gestio* y *desidero* únicamente como régimen

cupido autem et expetenti et libidinoso et uoluptabundo in uoluptatibus (Cic. *rep.* 2, 68 = Non. 491, 16).

[Más para un hombre ávido y deseante y libidinoso y arrebatado por las ganas...]

Pero, en el caso de *expetere*, se puede llegar, incluso, a la designación de los deseos amorosos, sobre todo en las comedias plautinas:

(...) EV. quin sequere, ut illam uideas *quam expetis* (Plaut. *Merc.* 937).

[EU. Sígueme para que puedas ver a la que tanto deseas.]

te uolt, te *quaerit*, teque exspectans *expetit* (Plaut. *Mil.* 1386).

[Te quiere, te busca, te desea con impaciencia.]

(...) *amat* uirum suum, cupide *expetit* (...) (Plaut. *Stich.* 284).

[Está enamorada de su marido, lo desea ardientemente.]

Ambos valores aparecen representados igualmente en el desiderativo plautino *expetesso*, con una representación muy limitada:

PE. quid ego faciam? nunc *consilium* a te *expetesso*, Apocides (Plaut. *Epid.* 255).

[PE. Y, ¿qué voy a hacer yo? Ahora desearía un consejo tuyo, Apécides.]

(...), quem *amo* quemque *expetesso* (Plaut. *Mil.* 1229).

[Al hombre que amo y deseo.]

Poco frecuente es igualmente el desiderativo sin prefijar *petesso*, con idéntico valor. Aunque su empleo trasciende los límites de la época arcaica, se encuentra limitado a las obras de Cicerón y Lucrecio²⁸⁹:

qui hanc (*scil.* laudem) *petessunt*, nullum fugiunt dolorem (Cic. *Tusc.* 2, 62).

[Quienes desean conseguir el elogio no dejan de hacer frente a ninguna pesadumbre.]

de verbos como *scire*, *cognoscere* o *audire* (ibíd.: 117, n. 58). Plauto, por su parte, suele introducir esos mismos verbos con *expetere*. Huelga decir que estas construcciones constituyen combinaciones sintagmáticas propias de una fuerza ilocutiva inquisitiva.

²⁸⁹ Cf. Fest. p. 226; Cic. *diu.* 1, 17; 1, 18; Lucr. 5, 810. Tardíamente se producirá además una confusión de prefijos que derivará en la creación *petisco*, equiparable a *capisco*, a partir de un hipotético **capisso*; cf. E&M (*s.u.* *peto*).

corpore reliquo pugnam caedesque petessit, (...) (Lucr. 3, 648).

[Con lo que le queda de cuerpo, trata de seguir luchando y matando.]

Y sin embargo, parece que hay casos en que *expetere* adquiere plasmaciones más concretas, lo que ocurre casi exclusivamente en el lenguaje jurídico. El *ThLL* (*s.u.*, col. 1694) explica algunos de sus usos a través de la perífrasis *de poena exigenda*:

C. autem Gracchum mors fraterna (...) ad *expetendas* domestici sanguinis *poenas* excitauit (Cic. *har. resp.* 43).

[Por su parte, a G. Graco la muerte de su hermano le movió a intentar resarcirse de la sangre de su familia.]

Parece, pues, que en este lenguaje específico resulta muy apropiada una expresión mitigada o menos marcada de la voluntad; las decisiones sobre la pertinencia de las pretensiones del agente que emprende una acción legal corresponden, en última instancia, a los árbitros del litigio. Es a partir de esos usos concretos como se debe explicar ese empleo a caballo entre el aspecto no-resultativo y el resultativo. A partir de él es fácil explicar el uso que de *expetere* hacen algunos autores cristianos, en locuciones que expresan una cierta *notio necessitatis*, con sujeto inanimado, como las que veremos caracterizar a los lexemas de la dimensión coactiva (*cf. ibíd.*, col. 1697).

De este modo, resulta claro que la propia base *petere*, en su significado primordial de “tender hacia un objetivo” tiene un marcado carácter no-resultativo, que, modificado por estos preverbios, lleva a los lexemas de nueva factura a ocupar directamente la posición del grado anterior al que ocupan los verbos de petición. Por tanto, podemos decir que, en determinados contextos, dos de las acepciones básicas de este verbo podrían llegar a establecer una relación secuencial intrasubjetiva (“tender hacia un objetivo” -- “pedir”). Y es que este sentido no-resultativo supone una noción del todo afín al significado de los verbos encargados de la expresión del deseo, aunque con distintos grados de intensidad de la sustancia volitiva. Por ello, y dado que ambas nociones se superponen en determinadas circunstancias, no será difícil encontrar este lexema en actos directivos petitorios claramente explicitados:

abi domum, iube uasa pura actutum adornari mihi, / ut Iouis supremi multis hostiis pacem expetam (Plaut. *Amph.* 1126-1127).

[Vete a casa y manda que se me preparen inmediatamente unos vasos limpios, para solicitar la benevolencia del supremo Júpiter con muchas víctimas.]

VII.4.3.- *COMPETERE*.

El sentido sémico que suele aportar el preverbio *com-* resulta absolutamente perceptible en dos de las significaciones primordiales de la base, en las que cabe bien la determinación de la convergencia o confluencia de sujetos en un punto (García-Hernández, 1980: 140s). Este componente sociativo se observa bien en el valor meramente direccional de *petere*, que adquiere con esta modificación un significado cercano a “coincidir”, “concurrir”, similar al que se observa en el derivado *compitum* “lugar de concurrencia de varios caminos”, “cruce de caminos”. Así Plinio, al explicar por qué brilla la luna, afirma:

ubi recti angulorum competant ictus (Plin. *nat.* 2, 80).

[Allí donde los rayos laterales convergen.]

A partir de ese sentido no es extraña su evolución semasiológica hacia una acción sociativa de «conformación»²⁹⁰ y «equiparación», valor en el que también se concreta, en ocasiones, el preverbio *com-* en oposición a *dis-* (cf. *condecet*). En estas ocasiones podemos glosar este verbo como “ser apropiado”, “convenir”:

competere, par esse uel simile. unde et in aestimatione rerum ‘hoc illi competit’ dicimus (Non. p. 424).

[*Competere* es ser igual o similar, por lo que también decimos en la evaluación de las cosas: ‘hoc illi competit’.]

nihil ex istis necessitatibus competit Dei seruis (Tert. *uxor.* 1, 5, 3).

[Ninguna de estas necesidades es apropiada para los siervos de Dios.]

²⁹⁰ Cf. García-Hernández (1980: 141): «La expresión de la “conformación” es una realización concreta del valor sociativo del preverbio con determinadas bases léxicas afines al mismo, pues es irrealizable con otros lexemas cuyo contenido se opone a las nociones de “orden” y de “forma”, como en *conturbo* y *contremo*, en los que el modificador manifiesta el valor intensivo».

Como se observará por los ejemplos reproducidos, estos sentidos derivados son todos, sin excepción, evoluciones de época tardía, como también lo es el de “suceder”, “acontecer” que se observa en el siguiente ejemplo:

si ita competierit lunae cursus (Colum. 11, 2, 85).

[Si el curso de la luna resultara así.]

Por lo que respecta a *petere*, el contenido “pedir” que aquí nos interesa, encontramos que es este mismo valor «sociativo» del preverbio el que se actualiza, pero deslindado, claro está, de cualquier idea de movimiento implícita en la primera acepción. De este modo *competere* expresa la concurrencia en el acto de la petición, de ahí el sentido de “competir”:

competere significat quod est honorem uel coniugum uel quiduis aliud aduersus alium petere, unde competitores, ut saepe (Non. p. 423).

[*Competere* significa pedir frente a otro algo que es un honor, o una pareja, o cualquier otra cosa y de ahí viene *competitores*, con el significado habitual.]

Este significado resultaba especialmente apto —si bien no muy representado— en el lenguaje político²⁹¹ donde, a imagen de la especialización de la base, designa la presentación de una candidatura a un cargo político, en la que la confluencia de varios sujetos resulta bien clara, con independencia de que sea esta física o no:

Otho Iunius pater praesagiis (...) agitatum se competisse dixit (Sen. *contr.* 7, 7, 15).

[Oto Junio, el padre, dijo que había presentado su candidatura incitado por unos presagios.]

De ahí la posible identificación entre *competitor* (derivado de *petitor*), el “adversario electoral” y *candidatus*:

²⁹¹ Destaca así mismo su aplicación en el léxico técnico teatral. Cf. González Vázquez (2004, *s.u. competitor*): «Durante los festivales escénicos, a partir de la mitad del siglo II a.C., el edil encargado de su organización convocaba un concurso de compañías de actores y de autores que presentaban sus obras, por lo que la rivalidad y el boicoteo a los competidores parece cosa común.»

competitores habebat patricios L. Aemilium, Q. Fabium, Ser. Sulpicium Galbam, ueteres *candidatos* (Liu. 39, 32, 6).

[Tenía como adversarios a C. Emilio, Q. Fabio y Ser. Sulpicio Galba, todos ellos patricios y viejos candidatos.]

Sin embargo, a diferencia de *petitio*, que designa el acto de la candidatura propiamente dicho, *competitio* no es clásico y carece de empleos en el lenguaje político (cf. Hellegouarc'h, 1963: 211). Por último y como tendremos ocasión de ver con otros modificados, debemos decir que el valor del preverbio tenderá en este caso a debilitarse en muchos de sus usos, pudiendo incluso desaparecer por completo hasta llegar a ser usado como sinónimo de su base (cf. *ThLL*, s.u.).

VII.4.4.- *REPETERE*.

Nuevamente encontramos en este modificado una actualización de varios sentidos de la base. El sentido direccional se ve en este caso modificado con la función sémica propia de *re-*, «para atrás» (García-Hernández, 1980: 194), con lo que su significado pasa a ser “volver al punto de partida”:

cum primum pasti *repetent* praesepia tauri (Verg. *ecl.* 7, 39).

[Tan pronto como vuelven los toros al establo tras pastar.]

Sin embargo, cuando la base posee el contenido hostil al que nos hemos referido (*petere*₂), el tipo de precisión que el preverbio aporta es de un cariz distinto, «iterativo» en este caso (ibíd.: 196s), siendo entonces su significado el de “atacar de nuevo”:

adsurgentem ibi regem umbone resupinat, repetitumque saepius cuspide ad terram adfixit (Liu. 4, 19, 5).

[Con su escudo vuelve a hacer caer de espaldas al rey que trataba de incorporarse y golpeándole repetidas veces con la lanza, lo clava al suelo.]

La función iterativa se manifiesta igualmente en combinación con acepciones más genéricas de la base, con el sentido de “retomar”, por ejemplo, una actividad:

longo interuallo haec studia repetentem (Cic. *fat.* 4).

[Retomando estos afanes tras un largo intervalo de tiempo.]

Llegando incluso a la noción de “repetir” cuando el punto de referencia es considerado como una acción acabada:

cur te fraterna uitia potius quam bona paterna (...) cum in uiris tum etiam in feminis *repetita* mouerunt? (Cic. *Cael.* 34).

[¿Por qué has encontrado mejor ejemplo en los vicios de tu hermano que en las virtudes de tu padre repetidas tanto por hombres como por mujeres?]

Esta función iterativa es también la que resulta funcional en concurrencia con el contenido que nos ocupa, “pedir”, lo que provoca que la relación complementaria *peto* .- *das*, sufra un desdoblamiento, lo que no es extraño si pensamos en una donación temporal, un préstamo por ejemplo, al que bien puede preceder una petición, y supone un posterior movimiento de vuelta, con lo que la petición consiguiente se convierte en una ‘reclamación’, en virtud de la pertenencia de lo que se solicita (*cf. supra*, II.2.3.3). Así, del mismo modo que a *peto* le corresponde *repeto*, encontramos en la esfera de la donación un modificado paralelo, para la expresión de la acción restitutiva:

qui suum *repetunt*, alienum *reddunt* nato nemini (Plaut. *Pseud.* 297).

[Los que reclaman lo suyo pero no devuelven lo de los demás.]

Pero la pertenencia sobre lo que se solicita o, de manera más genérica, la petición que se hace de justicia, aquella a que se tiene derecho, puede no ir precedida de una donación previa. Así, basta con que se enuncie el grado no resultativo de la misma, para justificar una petición en estos términos (*repetere promissa*). Y esta especial forma de petición resulta aún más adecuada en el caso de que al legítimo propietario le haya sido arrebatado algo de su propiedad. De ahí la pertinencia de la *Lex de pecuniis repetundis*.

Buena prueba del carácter coactivo de este lexema supone, por último, la *repetitio rerum*, la exigencia solemne, realizada por el fecial al enemigo, de la reparación del daño cometido con una sustracción ilegal de las pertenencias de Roma²⁹². Tal solicitud resultaba coactiva en sí misma, pues conllevaba una amenaza implícita: su no aceptación suponía la inmediata declaración de guerra por el mismo sacerdote. Según transmite Tito Livio, la *repetitio rerum* habría de realizarse en los siguientes términos:

legatus ubi ad fines eorum uenit unde *res repetuntur*, (...) ‘audi, Iuppiter,’ inquit; ‘audite fines’ –cuiuscumque gentis sunt, nominat– ‘audiat fas. ego sum publicus nuntius populi Romani; iuste pieque legatus uenio, uerbisque meis fides sit’. peragit deinde *postulata* (Liu. 1, 32, 6).

[Cuando llega el legado a las fronteras de aquellos a los que se les hace la reclamación, dice: ‘Escucha Júpiter, escuchad fronteras de...’ – nombra al pueblo al que pertenecen– ‘que escuche el derecho sagrado. Yo soy el delegado del pueblo romano; vengo con un cometido justo y pío; que se dé crédito a mis palabras’. Expone entonces las reclamaciones.]

Su denominación a través de un lexema de la esfera coactiva no deja lugar a dudas. Y el fragmento nos permite, además, retomar conceptos y reflexiones que presentábamos anteriormente. Como se podrá deducir fácilmente, esta fórmula solemne supone, en sí misma, una formulación realizativa de reclamación. De la necesidad de ser enunciada en voz alta y clara nos habla la otra denominación que recibía el ritual, *clarigatio* (cf. Seru. *Aen.* 9, 52). Y sin embargo, no podemos hablar aquí de realizativo explícito, pues, como en otros casos, falta la especificación de ese acto de habla a través del lexema verbal que lo denomina. Pero, a pesar de esta carencia, la mera enunciación en unas circunstancias concretas y por el locutor adecuado bastaba para asegurar su efectividad.

Para concluir, conviene subrayar que este verbo se deslinda por completo de la independencia al criterio de coacción que mostraba su base, pues, como tendremos ocasión de ir comprobando, únicamente los lexemas marcados con ese sema pueden adoptar una modificación prefijal como la que acabamos de analizar. Esto es debido, sin

²⁹² Según explica Duplá (2003: 112) el ceremonial estaría conectado con una concepción de la actividad guerrera orientada a la mera obtención de botines; «esta “devolución” oficial del botín o ganado corresponde a un estadio bélico arcaico, muy distante de las guerras regulares a gran escala, con conquista de nuevos territorios, que Roma emprenderá más tarde».

duda alguna, a que el componente iterativo –lo que, en cierto modo, comportará secundariamente un cierto carácter coactivo– que aporta este preverbio, no casa bien con las premisas de cortesía o, al menos, de adecuación al tipo de relación social pertinente, que se supone para los verbos de clase /-coactiva/.

VII.4.5.- OTROS MODIFICADOS (*IMPETERE*, *OPPETERE*, *SUPPETERE*).

Reunimos en este apartado un grupo de modificados con poca incidencia en nuestro campo léxico, pero que nos proporcionan una visión completa de los significados básicos con los que opera su base léxica y, por tanto, alcanzar una mejor comprensión de su funcionamiento archilexemático.

En el caso de *impetere*, el valor que desarrolla el preverbio se limita al significado direccional de la base, aportando un sentido de «relación de hostilidad» entre el sujeto y el objeto (García-Hernández, 1980: 163) que, por lo demás, resulta también perceptible en la base. Además, su uso es raro y sólo se atestigua a partir de Lucano, lo que ha llevado a algunos autores a proponer un origen secundario a partir de *impetus* (E&M, s.u. *peto*) que, como objeto de *facere*, forma una locución con idéntico valor:

(ursa uulnerata) se rotat in uulnus telumque irata receptum / *impetit* (...) (Lucan. 6, 223-224).

[(La osa herida) se vuelve hacia la herida y se lanza encolerizada contra el dardo que tiene clavado.]

Posteriormente, el verbo pasó a ser utilizado también en el lenguaje jurídico, con el sentido específico de “acusar”, “llamar ante los tribunales”:

iniuste impetitur qui aliquo dolore confunditur (Ps. Quint. *decl. exc. Paris*, 8 p. 402, 26).

[Injustamente se acusa a quien actúa confundido por un dolor.]

Derivado de este modificado, por último, sería, a juicio de Bader (1962: 57), el adjetivo tardío *impes* –diferente de la forma homógrafa empleada por Ennio, seguramente por motivos métricos, como doblete de *impetus*–; sustituto del antiguo *lucripeta*, se delata a

sí mismo como reciente, pues su segundo elemento muestra el sentido de *peto*, lo que no ocurre, como ya apuntamos, en el caso de *praepes*, indudable arcaísmo.

Similares afirmaciones podemos hacer con respecto a *oppetere*, en el que el preverbio dota al significado direccional de la base de un componente de enfrentamiento «en forma de encuentro con el objeto» (García-Hernández, 1980: 175). Sin embargo este lexema se especializó con el complemento *mortem*, en una nueva locución, que puede ser glosada como “afrontar la muerte”, manteniendo así el contenido de «enfrentamiento» de *ob-* (Sánchez Manzano, 1991: 115):

uobis necesse est (...) in proelio potius quam in fuga mortem oppetere (Liu. 21, 44, 8).

[Es necesario que vosotros arrostréis la muerte en el combate, no en la huida.]

Con ello entró este modificado a formar parte del nutrido grupo de lexemas que, producto de la modificación con este preverbio, significan “encontrar la muerte”: *obire* (*mortem*), *occumbere* (*mortem*, -e, -i), *occubo* y *occido* (García-Hernández, 1980: 235, n. 59).

En el caso de *suppetere*, por último, encontramos una desvinculación casi completa del contenido originario de la base léxica, ya que el preverbio proporciona aquí una función adlativa de «suplección» y «suministro», en oposición a las ablativas de «defección» y «falta de», expresados por *de-* (García-Hernández, 1980: 203). Por lo tanto, de un significado básico como “estar a disposición”:

id modo uidendum est, ut materies *suppetat* scutariis (Plaut. *Epid.* 37).

[Solo hay que estar atentos a que los fabricantes de escudos tengan a su disposición la materia prima.]

es muy fácil pasar a la acepción de “bastar”, “ser suficiente” e incluso a la de “haber en abundancia”, como queda de manifiesto en el siguiente pasaje mediante una acumulación de sinónimos:

SAT. quae res bene uortat mihi et tibi et uentri meo / perennitatieque adeo huic, perpetuo cibus / ut mihi *supersit*, *suppetat*, *superstitet* (Plaut. *Persa* 329-331).

[Ojalá que todo esto se vuelva propicio para mí, para ti y para mi estómago y que sirva de eterno alimento, para que me baste y me sobre.]

Valores todos ellos, como se ve, claramente intransitivos. Menos claro, sin embargo, resulta la derivación hacia el sentido de “concordar” que se observa en los siguientes fragmentos:

DE. quid morbi est? LI. quia non *suppetunt dictis data* (Plaut. *Asin.* 56).

[DE. ¿Qué enfermedad es esta? LI. Que sus dones no son acorde a sus promesas.]

CALI. *utinam quae dicis dictis facta suppetant!* (Plaut. *Pseud.* 108).

[CALI. Ojalá lo que dices concuerde con lo que hagas.]

Por último, y si la lectura fuera correcta²⁹³, Nevio ofrecería una aplicación transitiva de este verbo en la que se mantendría el contenido “pedir” de su base. En tal caso, el preverbio proporcionaría un valor ablativo de «sustitución», con lo que su significado podría ser glosado como “pedir en lugar de otro”:

manubias subpetat pro me (Naev. *trag.* 11).

[Pide por mí la parte del botín.]

Así pues, según hemos tenido ocasión de ver en este apartado, resulta evidente que el carácter archilexemático es exclusivo de la base *petere*, pues, en todos y cada uno de los lexemas de ella derivados, en los que se puede reconocer una acepción que permita ser incluida en la sustancia semántica de la petición, se produce una especialización en uno u otro sentido; dicho de otro modo, salvo en el caso de *repetere*, en el que el preverbio tiene un papel preeminente, el resto de formaciones preverbiales se integrarán en la dimensión no-coactiva, con sus correspondientes precisiones, pero no serán nunca funcionales en la expresión positiva de este concepto, que será analizada en el siguiente apartado.

²⁹³ Véase la segunda edición de los *Tragicorum Romanorum fragmenta*, a cargo de Ribbeck: *manubias suppetiat prone...* (12).

VII.5.-LA DIMENSIÓN COACTIVA.

Según ha sido ya avanzado en secciones anteriores, el criterio que nos proporciona el concepto de coactividad plantea la primera oposición genérica sobre la que se articula el campo de 'pedir'. Tal distinción se refleja fundamentalmente en la justificación adoptada para plantear una solicitud en términos de una exigencia y, por ello, los lexemas marcados por ese clasema, la realizarán en consonancia con aquellos criterios considerados legítimos de manera unánime o, al menos, su objeto consistirá en algo que el emisor del mensaje estima que, por derecho propio, le corresponde y, por lo tanto, lo catapulta a su reivindicación. Pero, en el otro extremo, encontramos peticiones en las que se apela a la magnanimidad del interlocutor, para que le conceda un «favor», al que el suplicante (piensa) no tiene derecho o no merece. De tal modo, es posible representar esta oposición de manera genérica como *precarius* | *debitus*, aunque, según quedará claro al analizar la dimensión no-coactiva, no resulte del todo correcta o, al menos, completa.

Por tanto, a estas alturas resulta ya innegable cómo la dimensión coactiva está condicionada por una cierta *notio necessitatis*, una justificación que impele al solicitante a exponer su demanda en términos categóricos y perentorios. Su naturaleza, lo iremos comprobando, podrá ser variada, pero en cualquier caso determinará una total indiferencia al criterio jerárquico, por lo que una inferioridad en el plano extralingüístico podrá transformarse instantáneamente en una expresión de autoridad²⁹⁴. En los siguientes versos del sarsinate encontramos expresiones cercanas al aforismo que justifican a la perfección lo que decimos²⁹⁵:

²⁹⁴ Pese a no compartir la catalogación y caracterización de los actos directivos impositivos que ofrece Risselada, según ha sido discutido anteriormente (VII.3), resulta interesante la siguiente afirmación acerca de *postulare* y *exigere*, los cuales «do not refer by their meaning to plain orders, but to a specific kind of order, namely demands. Although demands are as binding as plain orders, they involve an additional aspect of meaning to the effect that the speaker is somehow entitled to what he is ordering. (...) the speaker wants to make clear that he is not just authoritatively ordering something, but that he is entitled to do so» (Risselada, 1993: 252).

²⁹⁵ La ley, igualmente, supone una excelente justificación a la idoneidad de una reclamación; cf. Plaut. Trin. 1146: (...) *eum* (scil. *thensaurum*) [*a*] *me lege populi patrium* posceret.

nam iniusta ab iustis impetrari non decet, / iusta autem ab iniustis petere insipientia est
(Plaut. *Amph.* 35-36).

[Pues no está bien conseguir cosas injustas de gente justa, pero es una insensatez pedir lo que es de justicia a quienes no son justos.]

nam beneficium, homini proprium quod datur, prosum perit, / quod datum utendumst, id repetundi copias quando uelit (Plaut. *Trin.* 1130-1131).

[Pues lo que se entrega como regalo a otro, hay que darlo por perdido, pero lo que se presta se puede reclamar cuando se quiera.]

Y es igualmente evidente la estrecha conexión de la noción de necesidad con la modalidad deóntica. Pero no es posible hacerla derivar de la autoridad real del emisor, fundamentalmente en los casos en los que el término complementario seleccionado consiste en una acción dativa, sino que esta radica fundamentalmente, según se aprecia en los ejemplos, en elementos ajenos al enunciante. Ello es del todo evidente en los usos de estos verbos en que se desgajan de su relación de solidaridad con sujetos de tipo humano y expresan personificaciones en las que sujetos no humanos o inanimados «exponen sus reivindicaciones», como si de seres dotados de voz se tratase. Evidentemente, la causa deóntica se localiza entonces en la necesidad natural. Por ello, buscaremos de manera sistemática este tipo de empleos en cada uno de los lexemas que analicemos, pues constituyen la prueba innegable de su inserción en la categoría de los verbos ilocutivos directivos, no-impositivos y coactivos.

Así las cosas, y dada la imposibilidad de encontrar un protollexema (a diferencia de lo que ocurre en los términos carentes de este sema), en nuestro repaso a esta categoría nos detendremos consecutivamente en el análisis de *exigere*, *poscere* y *postulare*, en un orden que refleja la regresión progresiva del grado de coactividad que caracteriza a cada una de estas unidades. La recurrente tendencia de este último a la expresión de la no-resultatividad, planteará dudas sobre su genuina pertenencia a la esfera coactiva (e incluso sobre la necesidad de colocarlo en el punto de intersección entre esta y su opuesta) que intentaremos resolver. Finalmente, abordaremos un último elemento del sistema propuesto, determinado, frente al resto, por su clara caracterización intensiva. En todos los casos, además, expondremos un inventario lo más completo posible de sus usos específicos y de las especializaciones que muestra

cada uno en distintos lenguajes técnicos, pues estas suponen un criterio de análisis igualmente valioso en lo que a consideraciones de arquitectura del lenguaje se refiere.

VII.5.1.- *EXIGERE*.

Según iremos comprobando a lo largo de este análisis de la expresión léxica de la petición, el criterio etimológico supone en muchas ocasiones un buen índice para la determinación de la pertinencia del criterio coactivo, eje constitutivo de su sistema, en cada una de las unidades. Y este es precisamente el caso del lexema que ahora nos ocupa.

El origen de *exigere* se encuentra en la derivación por prefijación del verbo *agere*, con un significado claramente determinado por el clasema de causatividad (“empujar”, “llevar ante sí”) (López Moreda, 1987: 141). Pero la adición del preverbio *ex-* proporcionará a este nuevo elemento una rica polisemia. Su valor primordial es claramente predecible teniendo en cuenta la combinación del contenido semántico de ambos elementos, la base y el preverbio con función básica de tipo sémico ablativo («del interior al exterior»), resultando así la significación “sacar”, “hacer salir”, “expulsar” (ibíd.: 186). Este es el empleo mayoritario en los textos de época arcaica, así por ejemplo, en el *corpus Plautinum*:

itaque omnis *exegit foras* (...) (Plaut. *Aul.* 414).

[Y así nos echó a todos de su casa.]

Derivado de él, reconoce este autor (ibíd.: 187) un segundo valor básico, la función clasemática aspectual resultativa: “llevar hasta el fin”.

atque ut te dignam mala malam aetatem *exigas* (Plaut. *Aul.* 43).

[Y para que tengas una mala vejez digna de tu maldad.]

A partir de aquí, si consultamos cualquier diccionario, los valores se multiplican. Y sin embargo, conviene discernir nuevamente entre significados genuinos y meras variantes. A este respecto, resultan muy clarificadoras las siguientes palabras de García-

Hernández (1997-1998: 295s), quien acierta al observar la unidad nocional que se intuye tras la maraña significativa que teje esta proliferación de valores:

Por más significados y acepciones que haya producido una palabra polisémica, suele mantener en el fondo cierta unidad sémica que representa su continuidad histórica y refleja el desarrollo cultural de la sociedad que la emplea. Este sentido de unidad, intuible bajo la diversidad, es algo que distingue la polisemia de la homonimia. Por ello, el criterio etimológico, pese a sus limitaciones, no deja de tener su propio valor, (...). Así el significado de los dos componentes de *exigere* (**ex-agere*: “empujar desde el interior”, “sacar empujando”) puede percibirse todavía en cualquiera de sus usos:

Exigere aliquem domo: “echar fuera”.

Exigere maculam: “quitar”.

Exigere uitam: “pasar”.

Exigere monumentum: “levantar”.

Exigere pecuniam: “reclamar, exigir”.

Exigere pondus: “apreciar, examinar”, etc.

Las palabras no tienen tantos sentidos cuantas traducciones reciben: el criterio interlingual no es fiable para distinguirlos. Tampoco tienen por ello un significado único; pero con frecuencia subsiste en sus diversos empleos la idea originaria, como en *exigo* la de “hacer salir”.

Con todo, resulta interesante destacar el contenido específico que adopta este lexema por contextualización en el lenguaje jurídico. Desde el sentido básico de “hacer salir, echar fuera (de casa)” –cuando tal acción es llevada a cabo por el marido con respecto a su esposa, ante un tribunal–, se llega al contenido técnico legal de “repudiar”, “divorciarse”:

uxor uirum si clam domo egressa est foras, / uiro fit caussa, exigitur matrumonio (Plaut. *Merc.* 821-822).

[Si una mujer sale de casa a escondidas del marido, él la lleva a juicio y la repudia.]

Con respecto al valor que aquí nos interesa, el que transita dentro de la órbita de los verbos de petición, debemos notar cómo tal acepción resulta una evolución esperable a partir del significado básico, sobre todo si tenemos en cuenta la conceptualización del acto verbal directivo a través de la metáfora ontológica que concibe al individuo como un recipiente del que se intenta “sacar”, esto es, “conseguir”, una determinada actuación; la complementación de sintagmas preposicionales netamente ablativos (*supra*, II.2.2) resulta una prueba muy elocuente. Y de su inserción en la esfera coactiva no cabe la menor duda. Su contenido coercitivo se encuentra en íntima relación con el sentido causativo que se observa en su base. De hecho, recuerdo de él pueden ser considerados algunos empleos aislados en los que *exigere* adopta un valor a medio camino entre el no-resultativo propio de los verbos de ‘pedir’ y el claramente resultativo de sus complementarios. El *ThLL* (s.u. col. 1455) glosa el *exigam* del siguiente ejemplo como *accipiam*, lo cual, si bien no nos parece del todo acertado (pues parece mostrar un significado más cercano al valor clasemático resultativo, derivado del sémico primordial y que hemos admitido como básico), sí demuestra el valor coactivo que llega a ostentar en la acepción que nos interesa:

quo facilius id a te *exigam*, quod *peto*, nihil tibi a me *postulanti recusabo* (Cic. *de orat.* 2, 128).

[Puesto que te sacaré más fácilmente aquello que te pido, no te negaré nada de lo que me reclames.]

Así pues, se podría decir que la exigencia supone el mecanismo más disuasorio de entre los que componen la categoría de los actos de habla directivos no-impositivos. Y, en ocasiones, dada la actualización contextual del elemento autoritario, muy notoria en los casos en que se apela a la legitimidad de la reclamación, puede incluso no dejar al interlocutor ni un resquicio de opcionalidad:

pete tu tuum, exige et aufer quod debetur (Cic. *Q. Rosc.* 32).

[Tú pide lo tuyo, exígelo y toma lo que se te debe.]

Y sin embargo, no podemos confundir con el sentido causativo de su base léxica el valor coactivo de *exigere*. Y, de igual modo, debemos distinguir entre el criterio de coactividad y el grado de intensidad. López Moreda (ibíd.: 188) concibe esta acepción (“pedir con insistencia”, “exigir”) con una función clasemática extensional intensiva. Sin embargo, a diferencia del funcionamiento que reconoceremos en *flagitare*, parece que la demanda que supone *exigere* consiste en la exposición tranquila de la propia voluntad o, al menos, no implica necesariamente en contenido de emotividad que muestra aquel:

possum [a] te *exigere* argentum? argentum, inquam, cedo (Plaut. *Persa* 423).

[¿Te puedo reclamar el dinero? Dame el dinero, te digo.]

longiores enim (*scil.* litteras) <ex>spectabo, uel potius exigam (Cic. *fam.* 15, 16, 1).

[Esperaré cartas más largas, aun es más, las exigiré.]

Por lo demás, el contenido de coacción queda de manifiesto a través de la metáfora que recoge las necesidades naturales, con sujetos no-animados, altamente literaria en el primer caso, más interiorizada en el segundo:

atqui ab hoc (*scil.* ab infante mortuo) acerbius exegit natura quod dederat (Cic. *Tusc.* 1, 93).

[Y a este, al niño muerto, la naturaleza le reclamó prematuramente lo que le había entregado.]

cum *usus* exigit (Cels. 5, 20, 4).

[Cuando lo requiere la costumbre.]

De hecho, se observa en este caso concreto una clara tendencia a la gramaticalización de tal expresión metafórica. Es posible reconocer en la obra de algunos autores tardíos cómo se disipa el valor léxico de este verbo en el giro de tipo absoluto *exigente re*, degradándose así su categoría a un valor cercano al de una preposición causal (*propter*, *per*; cf. *ThLL*, col. 1459)²⁹⁶.

²⁹⁶ Véase, por ejemplo, Tert. *apol.* 35, 4 (*exigente solemnitate publica*).

Así pues, ese carácter coactivo implica una actualización contextual del criterio jerárquico que permite hacer valer los derechos propios. Ellos son absolutamente evidentes en el caso de la reclamación de una deuda (*cf.* Plaut. *Trin.* 1053-1054, *cit. supra*). Y, en consonancia con ello, proponíamos más arriba la posibilidad de establecer una diferencia de orden lexemático entre la ‘reclamación’ que implica una devolución y la mera ‘exigencia’. Pues bien, parece que *exigere* muestra una cierta tendencia a ser empleado en contextos sintagmáticos que implican una secuencia lexemática del primer tipo. El *ThLL* (*s.u.*) habla incluso de un *usus strictus et technicus*; y no son extrañas las complementaciones de tipo pecuniario:

Pl. qui de amittenda Bacchide *aurum* hic *exigit* (Plaut. *Bacch.* 223).

[Pl. Este reclama el oro para dejar libre a Báquide.]

CL. hodie *exigam aurum* hoc? CH. *exige*, ac suspende te (Ibíd. 903).

[CL. ¿Y podré reclamar hoy el oro? QUE. Reclámalo y cuélgate.]

Por ello, es posible hablar de una especialización en el lenguaje mercantil con el valor de “reclamar el pago de una deuda”²⁹⁷, por lo que se encuentra con mucha frecuencia en boca de banqueros y prestamistas. Y de ahí también el empleo técnico de *exactor*, “recaudador” (*cf.* Nadjo, 1989: 303). Sin embargo, existen casos en los que no es posible reconocer tal conexión lexemática. Una promesa, por ejemplo, puede dejar deudor a quien la enuncia, pero no es una deuda en el sentido estricto al que nos estamos refiriendo, así ocurre en el siguiente fragmento (y en el ya citado Cic. *fam.* 15, 16, 1):

Theseus *exegit promissum* a Neptuno (Cic. *off.* 3, 94).

[Teseo exigió a Neptuno que cumpliera su promesa.]

Así, pese al uso técnico que se puede reconocer en muchos de estos lexemas coactivos, no es evidente una distribución léxica de tales nociones. En todo caso, si hubiera de reconocerse una pertenencia exclusiva de la ‘reclamación’, que implica la devolución de algo que se ha entregado previamente, esta podría ser atribuida a los

²⁹⁷ *Cf.* además Non. p. 291, 11 (*exigere, debitum repetere*) y Cic. *Q. Rosc.* 32, *cit. supra*.

modificados por el preverbo *re-*, que muestran gran afinidad con el intento de desencadenar una acción restitutiva. Sin embargo, ni siquiera ellos excluyen casos en los que no se contempla una donación anterior.

VII.5.2.- *POSCERE* Y SU GRUPO LEXEMÁTICO.

Es unánime el reconocimiento de la raíz **perk-* / **prek-* como étimo de *poscere*. Y su ámbito de designación primordial posee un carácter eminentemente verbal (*cf. supra*, VI). Así lo indican sus distintos avatares, con representación en todas las lenguas indoeuropeas a excepción del anatolio, griego y albanés (Keller, 1992: 47). En muchos de ellos, además, es notoria su adscripción al lenguaje religioso o jurídico.

M. Keller, quien ha llevado a cabo recientemente un exhaustivo estudio comparativo de esta formación, propone (1992: 57) la siguiente evolución para el lexema que nos ocupa: **pr(k)-ske/o-* → **porsce/o-* → **posce/o-*²⁹⁸. Según la mencionada autora (*ibíd.*: 62ss), la gran representación en todo el dominio indoeuropeo de presentes sigmáticos del tipo que presenta *posco* –y lo mismo es posible decir de las bases sigmáticas en la categoría nominal– supone una clara indicación de su antigüedad. Pero estas formaciones en **-sk-*, así como la que presenta *postulare* (*infra*, VII.5.2), serían una evolución de formas previas en **-s-*, también con amplia representación. El origen, sin duda antiguo, del sufijo **-sk-* en la flexión temática radicaría, en suma, como ya lo vio Meillet, en el ensamblaje de dos elementos originariamente autónomos que funcionarían como afijos en la creación de la diátesis temporal a partir de formas radicales (*cf. ibíd.*: 190ss).

Frente a la interpretación con sentido incoativo que se ha dado tradicionalmente a este sufijo desde las primeras gramáticas latinas, resulta más adecuado atribuirle simplemente un contenido no-resultativo que podrá, eventualmente, concretarse en el primero²⁹⁹. Tal valor resulta además, muy en consonancia con la orientación clasemática general del campo de la petición, acción no-resultativa con respecto a

²⁹⁸ El grado radical Ø del que parte no estaría, según la autora, ligado a la presencia del sufijo **-sk-*, sino que sería debido a que el presente que origina procedería de una forma con voz media. Tal consideración estaría apoyada por los datos del tocario y alguna forma del sánscrito (*cf. Keller*, 1992: 194s).

²⁹⁹ *Cf. García-Hernández* (1977: 72; 1985: 228), *García Jurado* (2003: 57).

aquellas con las que entra en relación complementaria y que suponen la concreción del intento que se lleva a cabo con la primera³⁰⁰.

Junto a una primitiva reduplicación de timbre *e* –citada por Aulo Gelio (6 [7], 9, 9)–, la forma de perfecto que encontramos atestiguada es *poposci*. Obviamente, es su origen prehistórico el que provoca la aparición de esta formación propia del *infectum* en el tema de *perfectum*. Posiblemente ello fuera debido a la imposibilidad de establecer una alternancia vocálica y reemplazaría a un perfecto radical anterior (E&M, *s.u.*). Por lo demás, la carencia de supino y de participio de perfecto en su paradigma fue subsanada con las formas correspondientes de *petere*, pues su carácter archilexemático permitía este trasvase. Resulta llamativa, además, la ausencia de derivaciones nominales, a excepción del tardío *reposco* (*-onis*), “el que reclama” (Amm. 22, 16, 23).

VII.5.2.1.- *Poscere*.

Pues bien, tras el análisis de su etimología, intentaremos dar cuenta de la posición que ocupa este lexema en el conjunto de los *uerba petendi*. En varios lugares ha sido apuntado ya su empleo específico en el acto de la petición matrimonial (*cf. proci*, VI); tal función, no atestiguada en *petere*, nos pone en contacto con los más antiguos esquemas de representación ritual de los actos sociales, fuertemente fijados y transmitidos por el proverbial apego romano a la tradición. Junto a los ya citados, expondremos algún ejemplo más:

eam ego hodie faciam ut hic senex de proximo / sibi uxorem poscat. (...) (Plaut. *Aul.* 31-32).

[Yo conseguiré hoy que este anciano de la casa de al lado pida su mano.]

Este último, es evidente, supone un empleo no realizativo; pero mayor representación tiene la función realizativa explícita del verbo, por medio del cual se lleva a cabo, al mencionarlo, el acto de habla con el que se desencadena la propuesta matrimonial. La solicitud consistía en la siguiente enunciación:

³⁰⁰ Con el apoyo de los textos resulta igualmente difícil defender el valor iterativo que atribuyen Monteil (1992: 333) o Haverling (2000: 5, 142) a *poscere* (“no dejar de pedir”, “pedir insistentemente”).

sine dote posco tuam sororem filio (Plaut. *Trin.* 499).
 [Solicito, sin dote, la mano de tu hermana para mi hijo.]
 nunc tuam sororem posco filio meo (Ibíd. 571).
 [Ahora te pido la mano de tu hermana para mi hijo.]
 filiam tuam mi uxorem posco (...) (Plaut. *Aul.* 219).
 [Pido que se me entregue tu hija como esposa.]

Y, como vemos, es posible dirigir sus efectos tanto hacia uno mismo, como en beneficio de otro individuo, en especial si este se halla bajo la tutela del que realiza tal acto. Pues bien, es precisamente este extendido empleo realizativo el que desaconseja la interpretación de la forma con sentido iterativo. En tales casos, la acción, si bien dinámica, resulta tan puntual como la duración de su enunciación. Es posible que ese fuera el contenido que, originariamente, aportara su sufijo; pero, en época histórica, lo que encontramos es una reinterpretación de la noción en un contenido meramente coactivo. Sin embargo, junto a los empleos relativos al ámbito matrimonial, existen otros usos en los que el grado de coerción no resulta tan evidente —retomaremos al final de esta sección algunos más—:

quin adeas uatem *precibusque* oracula *poscas* (Verg. *Aen.* 3, 456).
 [Visita sin falta a la adivina y pídele con ruegos sus vaticinios.]

Pero, a pesar de testimonios como este y del testimonio de alguna *differentia* (ed. Beck p. 58, 25: *flagitare est cum clamore et pertinacia petere, poscere est supplice et submisso petere*), el análisis de los contextos en que aparece este verbo no deja lugar a dudas de su estricta pertenencia a la dimensión caracterizada por este sema. Mencionaremos, en primer lugar, su dilatado empleo con sujetos no-animados, prueba inequívoca al respecto:

PA. ego enim dicam tum quando *usus poscet*; interea tace (Plaut. *Mil.* 810).
 [PA. Ya se lo diré yo cuando lo requieran las circunstancias; mientras tanto, cállate.]

Así, la superioridad, estrictamente contextual, que ostenta el lenón, amo de la chica amada por el *adulescens* en la comedia, le suministra el derecho de manifestar sus pretensiones bajo la forma de una exigencia económica, pues, a la postre, no es él quien se siente acuciado por el ardor amoroso. La acción de la lena es caracterizada en los mismos términos tanto por el cliente como por ella misma en los siguientes versos de la *Asinaria* plautina (cf. López Gregoris, 2002: 220s):

modo quom accepisti, hau multo post aliquid quod *poscas* paras (Plaut. *Asin.* 168).

[Acabas de recibir e inmediatamente te preparas a reclamar de nuevo.]

ARG. ubi illaec quae dedi ante? CL. abusa. nam si ea durarent mihi, / mulier mitteretur ad te, numquam quicquam *poscerem* (Ibíd. 196-197).

[ARG. ¿Dónde está lo que te he dado antes? CL. Gastado del todo. Pues, si me quedara algo, te mandaría a la chica sin reclamarte nada a cambio.]

De igual modo, la reclamación de una promesa encontrará representación en este lexema (Nadjo, 1989: 303):

GR. cedo sis mihi talentum magnum, peiurissime. / DA. Gripe, quod tu istum talentum *poscis*? GR. *iuratus* mihi / dare. LA. lubet iurare (...) (Plaut. *Rud.* 1375-1377)³⁰¹.

[GR. Dame, por favor te lo pido, el talento de plata, grandísimo bellaco. DE. Gripo, ¿qué talento es ese que reclamas? GR. El que me había jurado que me había jurado darme. LA. Me encanta jurar.]

Y también la recaudación de los intereses o de una deuda:

(...) ludis *poscunt* neminem (scil. *argentarii*) (Plaut. *Cas.* 27).

[Durante los juegos los banqueros no reclaman a nadie.]

sed Lupus *usuram* puerique diariam *poscunt* (Mart. 11, 108, 3).

[Pero Lobo y sus muchachos reclaman a diario los intereses.]

³⁰¹ Es posible que hayan sido escenas como estas, en las que el acreedor multiplica sus reclamaciones de manera insistente ante quien se niega a saldar su deuda, el apoyo para interpretar de manera iterativa el sufijo *-sco*. Sin embargo, nosotros consideramos que, de haber existido, esa noción se reinterpretaría como expresión de la clase coactiva.

Contextos todos ellos, en suma, en los que el *poscens* se siente arrogado con el derecho de exponer la reclamación de algo que siente que le corresponde por derecho propio. Así lo entendió Donato:

POSTULO iuste uolo; petimus enim precario, *poscimus imperiose*, postulamus iure (Don. Ter. Andr. 422, 2).

[*Postulo*: “quiero” lo que en justicia me corresponde. Decimos *petimus* cuando pedimos por medio de ruegos; se utiliza *poscimus* cuando se hace con autoridad; *postulamus* es pedir de acuerdo con lo que es justo.]

Y, según recoge Servio, Varrón se manifestó en el mismo sentido:

poscere est secundum Varronem quotiens aliquid *pro merito* nostro *deposcimus*, *petere* uero est cum aliquid humiliter et cum precibus *postulamus* (Seru. Aen. 9, 192).

[*Poscere* es, de acuerdo con Varrón, cuando reivindicamos algo que nos merecemos, pero *petere* es lo que hacemos cuando pedimos algo humildemente y con ruegos.]

Es precisamente esa seguridad la que provoca la aparición de especificaciones adverbiales propias de la esfera intensiva como la siguiente (*cf. flagitare*, VII.5.4):

postquam nil fit, *clamore* hominem *posco*; ille in ius me uocat (Plaut. Curc. 683).

[Después de que nada hiciera, le hago mi reclamación a gritos. Él me cita ante el juez.]

Y ello, según advertimos previamente, con independencia de las características intrínsecas al individuo con respecto a su grado de autoridad relativa; su actitud y su asidero moral resultan más que suficientes para exponer sus pretensiones sin pretextar justificación alguna. Terencio aconseja, por boca de uno de sus personajes, que los padres acepten las reclamaciones de los hijos, si estas son justas:

fac te patrem esse sentiat; fac ut audeat / tibi credere omnia, abs te *petere* et *poscere* (Ter. Haut. 925-926).

[Procura que se dé cuenta de que eres su padre; procura que no tenga miedo a confiarte sus cosas, a pedirte y a reclamarte.]

Por todas estas razones, no resulta extraña su especialización en el lenguaje técnico jurídico³⁰² —donde, sin embargo, su representación es mucho menor que la de *postulare* (*infra*, VII.5.3.1)—, con el sentido específico de “reclamar por la vía legal”:

uel hominem aedis iube *mancupio poscere* (...) (Plaut. *Most.* 1091).

[Mándale que le reclame ante los tribunales la propiedad de la casa.]

Menos justificación parece tener el empleo técnico que de él se hace en contextos de tipo comercial (usado de manera absoluta y completado en ocasiones por un ablativo expresando el montante: “pedir u ofrecer un precio”), aunque bien es verdad que cada uno expone la oferta que considera justa sobre la mercancía con la que se realiza la transacción:

PH. alias *me poscit pro illa triginta minas*, / alias *talentum magnum*; neque quicquam queo / aequi bonique ab eo *impetrare* (...) (Plaut. *Curc.* 63-65).

[FE. Unas veces me pide por ella treinta minas, otras un talento; y yo no soy capaz de conseguir de él algo justo o bondadoso.]

De ahí que entre a formar parte tanto del vocabulario propio del vendedor, como de las intervenciones del comprador, donde, si se da la concurrencia de varios, puede adoptar la acepción más restringida de “pujar”³⁰³.

Y aún más llamativa puede resultar su tímida aparición en el ámbito religioso. Así, por ejemplo, lo emplea Virgilio:

ad te confugio et *supplex* tua numina *posco* (Verg. *Aen.* 1, 666).

[A ti acudo y solicito suplicante tu divina providencia.]

Podemos ver aquí una relación complementaria subyacente entre el verbo de petición y un nombre etimológicamente emparentado con su complementario genérico (*ad-*)*nuo*.

³⁰² Cabe destacar la falta de representación de *poscere* del ámbito político, donde *postulare* y, fundamentalmente, *petere* ejercen una total supremacía.

³⁰³ Cf. Plaut. *Merc.* 439-443, *cit. supra* (II.2.4).

El verso, sin embargo, está puesto en boca de Venus que invoca a su hijo y resulta además atenuado léxicamente por medio del adjetivo *supplex*, por lo que no es del todo claro su uso como *uerbum precandi*. Sin embargo, este mismo autor nos proporciona más empleos que no dejan lugar a dudas³⁰⁴:

(...) et meliora deos sedet omina poscens (Verg. *georg.* 3, 456).

[Sentado, solicita a los dioses indicios más favorables.]

ergo agite et laetum cuncti celebremus honorem: / poscamus uentos, atque haec me sacra quotannis / urbe uelit posita templis sibi ferre dicatis (Verg. *Aen.* 5, 58-60).

[Por tanto, venga, celebremos juntos este honor dichoso, solicitemos vientos favorables y, tras fundar la ciudad, que quiera que cada año le ofrezca estos sacrificios en los templos consagrados.]

Incluso Servio sintió extrañeza ante el uso de un lexema coactivo dirigido a la divinidad y, así, con respecto al último ejemplo, se pregunta: *utrum a diis an ab Anchise?*

No obstante lo inusitado de esta especialización, nosotros entendemos estos ejemplos más como un recuerdo, con regusto arcaizante, del primitivo valor de esta forma (cf. Appel, 1909: 71), que como indicio de la pérdida de su sema coactivo. Efectivamente, si, como hemos dicho, la raíz **prek-* designa la solicitud formularia y en especial la realizada, bajo sanción religiosa o jurídica, dentro de los parámetros fijados de antemano para un ritual altamente estereotipado, no es difícil pensar que, previo paso a la especialización de cada uno de sus avatares en los confines de un lenguaje técnico determinado (*posco* y *postulo* en el jurídico –y este último también para el político en confluencia con *peto-* o *precor* en el religioso), todos ellos hicieran las veces de los demás. Es decir, que la raíz designaría en principio la solicitud ritual oral, con una importante carga de solemnidad, que se realizaba con un formulismo muy bien estipulado y en unas circunstancias también prefijadas. Así, se dirige el fecial al rey: «*Iubente rex 'sagmina', inquit, 'te rex, posco'*» (Liu. 1, 24, 4). De tal modo, la petición solemne que supone la plegaria a los dioses obtendría en un momento arcaico indeterminado plasmaciones por medio de este lexema. Y Virgilio, buen conocedor del

³⁰⁴ Cf. también Hor. *carm.* 1, 31 y Liu. 7, 40, 4. Este último autor, con todo, se decanta en estos casos por *exposcere* (*infra*, VII.5.2.4). La fórmula *te bonas preces posco uti...* se documenta además en las *Actas de los juegos seculares* (cf. Pighi, 1965²: 328-357).

lenguaje religioso, gustó de recuperar este tipo de fórmulas, ya caídas en desuso, pero con un innegable sabor tradicional. Asimismo, su empleo técnico en el rito matrimonial nos estaría hablando del originario matiz de solemnidad que tendrían los descendientes de la mencionada raíz.

Ahora bien, una vez producidas las distintas especializaciones y la reorganización funcional de un sistema que, de haberla evitado, habría estado saturada de términos polifuncionales solapándose entre sí, *poscere*, quizás en consonancia con su sufijo, adquiere una carga coercitiva innegable y provoca la mala interpretación de incidencias como la que comentamos. Pues ¿cómo explicar su empleo en contextos de plegaria si es un verbo que utiliza típicamente un usurero y, además, existe otro mucho más adecuado para tal fin, como es *precari*? Por los mismos motivos, otros términos menos marcados o decididamente desprovistos del elemento coactivo, terminarían por desplazarlo de la esfera matrimonial (*oro*, [*ex-*]*petere*) (cf. Keller, 1992: 46).

Y, teniendo en cuenta esta interpretación, es posible comprender también un último uso que podría resultar inaudito:

(...) ne quis eos neu quis contingere poste / moliriue moram aut ueniendi *poscere* causas
(Verg. *Aen.* 1, 413-414).

[Para que nadie pueda llegar a ellos, o intentar retrasarlos, ni inquirir sobre la causa de su llegada.]

El ejemplo deja bien clara la orientación inquisitiva que posee el acto verbal que *poscere* está aquí representando léxicamente (de hecho, Servio lo glosa en su comentario como '*inquirere*'). Y no menos evidente resulta ya, por tanto, la confirmación de las sospechas (cf. *supra*, III.5) acerca de la conceptualización de la pregunta como un tipo contextual de petición con un objetivo concreto: provocar una respuesta verbal que proporcione una información; es decir, ni más ni menos que la comprensión de la pregunta en términos de un intercambio material. De ahí el curioso baile que se puede observar, en la mayoría de las lenguas indoeuropeas, en la distribución de la expresión léxica de ambas ideas. Y aún más justificada estaría en este caso, pues, según vimos también (VI), la modalidad frástica interrogativa constituye uno de los tipos canónicos de expresión de una solicitud solemne.

Así pues, podemos decir que, en compañía de *postulare* y *precari*, *poscere* ha de ser considerado por su origen etimológico como un representante de la tríada verbal encargada de la expresión de la petición solemne, si bien cada uno de ellos recibirá, andando el tiempo, interpretaciones y aplicaciones más concretas e individualizadoras en capas diafásicas distintas.

A continuación, pasaremos a abordar el análisis de sus modificados. Junto a los datos que nos disponemos a ofrecer, añádase el testimonio de un glosario tardío en el que aparece el desvarío filológico *composcit* (*Not. Tir.* 35, 2-6), evidentemente sin ningún tipo de relevancia en nuestro *corpus*.

VII.5.2.2.- *Apposcere*.

La combinación con este modificador proporciona a la base un sentido de «adición» muy bien definido. Este sentido sémico es uno de los más característicos del preverbio *ad-* y suele formar par alterno con el modificado correspondiente creado a partir del preverbio ablativo *de-*, que, en tal caso adopta un valor de sustracción; ello ocurre, por ejemplo, entre *accedo* (“sumarse”) y *decedo* (“restarse”) (*cf.* García-Hernández, 1980: 134). Sin embargo, en este caso, tal oposición no se cumple, aunque se observa bien en los siguientes ejemplos el significado aditivo (“exigir además”):

porro haec talenta dotis adposcunt duo (*Ter. Haut.* 838).

[Esto exige además una dote de dos talentos.]

(...) si *plus* apposcere uisus (*Hor. epist.* 2, 2, 100).

[Si parece que quiere reclamar aun más.]

Con todo, las consignadas parecen ser las únicas atestaciones de este lexema, por lo que no podemos hablar en este caso de una gran incidencia. En estos ejemplos, por lo demás, es posible apreciar todavía el elemento coactivo que caracteriza al lexema base.

VII.5.2.3.- *Deposcere*.

Nos encontramos en este caso ante una acción extensional de tipo intensivo, muy notable en el preverbio *de-* (García-Hernández, 1980: 151). Se trata pues de una petición realizada con «insistencia», «vivamente»:

deposco - posco

id non modo non recusem sed etiam appetam atque deposcam (Cic. *Phil.* 3, 33).

[Esto no solo no lo rechazaré, sino que lo desearé y lo reclamaré vivamente.]

Petición que, además, se realiza de acuerdo a los postulados que hemos establecido para su base, esto es, con un contenido autoritario, el que confiere la confianza en la legitimidad de lo que se pide o, en todo caso, con la altanería del que se sabe superior, si no moralmente, al menos sí en el aspecto físico. Así es como actúa un grupo de bandidos y desertores del ejército romano, según comenta César:

hi regum amicos ad mortem deposcere, hi bona locupletum diripere (Caes. *ciu.* 3, 110, 5).

[Estos solían exigir la muerte de los privados de los reyes y arrebatar los bienes a los ricos.]

Y buen indicio de ello nos ofrece nuevamente la prueba del sujeto inanimado, garante inequívoco de su valor coactivo:

cannabis solum pingue (...) deposcit (Colum. 2, 10, 21).

[El cannabis requiere un suelo rico.]

Cabe añadir, además, su capacidad, a imagen de la base, para insertarse en empleos técnicos propios del ámbito jurídico; con objeto humano, poseerá en tales casos el valor específico de “reclamar a alguien”, pero con un fin muy determinado, “para castigarle” por una falta cometida:

auctorem culpaе et reum criminis deposcunt (Liu. 21, 10, 6).

[Reclaman al responsable del delito y acusado del crimen.]

VII.5.2.4.- *Exposcere*.

Mayor dificultad ofrece este modificado. García-Hernández explica la combinación de preverbio y sufijo en los siguientes términos:

antepuesto a un verbo no resultativo en *-sco*, el preverbio *ex-* produce sobre el contenido del mismo un efecto intensivo, por lo que se obtiene la amalgama extensional-secuencial del aspecto intensivo del no-resultativo (García-Hernández, 1980: 161).

Así pues, esta formación habría de resultar un “exigir con insistencia”, noción perceptible en algunos de sus usos:

exposcentium stipendium debitum querentiumque annonam (Liu. 22, 43, 3).

[Reclamando con insistencia las pagas atrasadas y echando en falta la cosecha.]

De hecho, es posible encontrar incluso algún caso de empleo figurado:

(...) *moenia Troiae/ Laomedonta uidet susceptaque magna labore / crescere difficili nec opes exposcere paruas* (Ou. *met.* 11, 199-201).

[Ve que Laomedonte ha comenzado a edificar los muros de Troya y que esa gran empresa crece con dificultad, pues exige recursos no pequeños.]

Pero parece mucho más extendido su empleo en un sentido del todo divergente:

misericiordiam (...) quam ipse non implorat, ego (...) et imploro et exposco? (Cic. *Mil.* 92).

[La misericordia que él mismo no os implora, pero que yo os imploro y os suplico.]

Evidentemente, la acumulación sinonímica planteada por el ejemplo, coloca a *exposcere* en el mismo nivel que ocupa *imploro* (VII.3.6.1), elemento de la esfera no-coactiva, marcado por el sema rogativo y con un contenido fuertemente emotivo. Es decir, el uso diametralmente opuesto al que esperaríamos en un término intensivo de la dimensión coactiva. El modificado se distingue de su base, por tanto, en la pérdida de la carga de coacción por el hecho de prevalecer el aspecto no-resultativo de estos verbos.

En época tardía, ello podrá provocar incluso el retroceso en un puesto dentro de la cadena secuencial en que se incluyen, convirtiéndose así en un sinónimo de los *uerba desiderandi*:

eloquentia (...) opes *expetit*, honores *concupiscit*, summum (...) gradum dignitatis *exposcit* (Lact. *inst.* 5, 1, 19).

[La elocuencia aspira a las riquezas, desea honores, anhela el lugar más elevado de la gloria.]

El eminente lexicógrafo hispalense recoge el fenómeno en los siguientes términos:

poscere minus est quam exposcere. nam poscunt qui simpliciter petunt, *exposcunt* qui *desiderant* (Isid. *diff.* 1, 216 [438]).

[*Poscere* es menos que *exposcere*. Pues *poscunt* los que se limitan a pedir; *exposcunt* los que sienten vivos deseos (ed. y trad. de C. Codoñer).]

Pero antes, no será extraña su aparición en contextos religiosos, donde la neutralización de las nociones de deseo y petición justifica su uso, aquí sí, plenamente³⁰⁵:

quod deos immortales inter nuncupanda *uota exposci* (Liu. 7, 40, 5).

[Lo que pidió encarecidamente a los dioses inmortales al pronunciar los votos.]

Por tanto, si incluimos en el presente apartado el análisis de este lexema, no es tanto por su pertenencia exclusiva a la dimensión coactiva —al menos en lo que a un buen número de empleos se refiere—, como por la conveniencia de su estudio en el contexto de su grupo lexemático.

³⁰⁵ Cf. igualmente *ibíd.* 1, 16, 3 y 3, 7, 8. Pueden hacerse extensivas además las explicaciones que hemos dado de los usos del simple al respecto.

VII.5.2.5.- *Reposcere*.

Como ya advertimos antes, y quedó ejemplificado con *repetere*, no es extraño que el proceso intersubjetivo de la petición se desdoble en un movimiento de ida y otro de vuelta: es perfectamente posible pedir algo que se ha entregado o prestado –noción que implica la devolución– y que a esa entrega haya precedido una solicitud. La secuencia entonces se disocia a través del intercambio de las posiciones actanciales y el modificado indica una acción complementaria sucesiva (cf. García-Hernández, 1980: 196s), si bien no estrictamente con su base en este caso –por su fuerte carácter autoritario–, con cualquiera de los lexemas de su campo. De este modo, el lexema *reposco* se emplea para “reclamar” la devolución de algo que se había entregado:

(...) *dedisti eam dono mihi; / eandem nunc reposcis* (...) (Plaut. *Men.* 689-690).

[Me la diste como un regalo y ahora me la reclamas.]

ac denique persuasi, ut filiis pecuniam suam reposcentibus (...), *ut eam pecuniam sine mora redderet.* (Apul. *apol.* 93, 3).

[Por fin lo persuadí, ya que los hijos estaban reclamando su dinero, de que devolviera esa suma sin tardanza.]

Una creación adjetival, *irreposcibilis*, que Apuleyo hace derivar de este verbo, redundante igualmente en la misma idea. Defendiéndose de los que le acusan de querer sacar un provecho de su reciente matrimonio con una mujer mucho mayor que él, afirma:

uidua autem qualis nuptiis uenit, talis diuortio digreditur; nihil affert irreposcibile, sed uenit iam alio prae florata (Apul. *apol.* 92, 8).

[Pero una viuda, del mismo modo que entra en casa tras la boda, se marcha tras el divorcio; no trae nada que no se pueda reclamar, pero viene desflorada por otro.]

Sin embargo, la donación previa no resulta requisito indispensable e incluso se observa también cierta indiferencia ante este hecho. Puede ocurrir, por tanto, que alguien solicite algo que cree que le pertenece, independientemente de que haya habido una donación anterior en este sentido; algo justo, por ejemplo:

regem ad supplicium praesenti Marti reposcunt (Verg. *Aen.* 8, 495).

[Con la amenaza de una guerra, reclaman al rey para castigarlo.];

o una devolución, pero no de algo prestado, sino robado:

EVC. aulam auri, inquam, te *reposco*, quam tu confessu's mihi / te *apstulisse* (...) (Plaut. *Aul.* 763-764).

[EUC. Te digo que te estoy reclamando la olla de oro, esa que tú has confesado que me robaste.]

VII.5.3.- *POSTULARE* Y SU MODIFICADO.

Aunque nadie duda de la necesidad de retrotraer el origen etimológico de *postulare* al mismo radical del que también deriva *poscere*, el detalle de su evolución morfológica continúa sin hallar una solución del todo satisfactoria y se han propuesto variadas teorías³⁰⁶. Así, por ejemplo, un grupo de verbos denominativos en *-ulare*, de gran antigüedad (*gratulari*, *uiolare*, *ustulare*) ha hecho pensar en una derivación a partir de una forma **postus*, no atestiguada (Mignot, 1969: 316). También a semejanza de otro grupo de formaciones (*uitulari*, *gra[ti]tulari* u *opitulari*), pese a la diferencia de voz, se ha reconstruido **posci-tulare*, derivado de **posca* (con paralelo en sánscrito) y el radical supletivo **tel-* sufijado en *-ā-* (Flobert, 1978: 90)³⁰⁷. Con anterioridad a estas, otra teoría vio en este verbo un «diminutivo» de *posco*, con derivación a partir de su supuesto participio **postus* (← **porcstus* o **posctus*). Todas ellas son para Keller (1992: 61s) poco plausibles, por lo que esta autora propone una formación en *-ulus* (similar a *bibulus* o *figulus*) formada sobre una base con sufijo sigmático **-st-* paralelo a **-sk-*. En tal caso, nos encontraríamos con una formación del todo equivalente a la de *poscere*.

³⁰⁶ Véase Mignot (1969: 316s) y, más recientemente, Keller (1992: 61s), donde se encontrarán las pertinentes referencias bibliográficas.

³⁰⁷ Explicación semejante es la que propone Gusmani (1980-1981: 110): «Sarà sufficiente supporre, como nel caso di **grati-tul-ari* → *gratulari*, un'apologia **posti/o-tul-are* → *postulare*: il primo membro del composto (**posti/o-* da **por[c]sti/o-*, come *tostus* da **tors[i]to-*) sarebbe un astratto ricavato dalla radice contenuta in *posco* e il tutto equivarrebbe per senso ad un'espressione come *postulatum* o *postulationem (re)ferre*».

Pero, fuera cual fuese su origen etimológico, lo que nos interesa descubrir es la posición relativa que ocupa *postulare*, dentro de su campo léxico, posición que, como nos disponemos a ver, no resulta idéntica a la del elemento anterior, pese a esta filiación de su origen.

VII.5.3.1.- *Postulare*.

Mayor dificultad que en casos anteriores entraña el análisis de la sustancia semántica que encierra este lexema, pues parece reunir valores en principio irreconciliables. De hecho, su acepción petitoria pugna con otra que parece funcionar como antecedente nocional de sí misma y que incluso lo supera en frecuencia relativa. La consistencia de su inclusión en el campo es susceptible de ser puesta en duda. Pero, a la luz del análisis de los textos, comprobaremos cómo tal inclusión queda perfectamente asegurada por varios de sus empleos concretos.

El *ThLL* (*s.u.*) se muestra prudente y ofrece una definición que delata la ambigüedad del contenido semántico de este verbo:

uerbum coloris fere medii et ambigui inter notiones flagitandi, exigendi et precandi, orandi fuisse uidetur, ita ut similiter postulare possint non modo aequales (...) et superiores, (...) sed etiam inferiores.

En ella se concibe la solicitud que expresa *postulare* como una exigencia atenuada o un ruego perentorio, caracterizaciones un tanto equívocas que colocan al lexema en tierra de nadie, en un lugar intermedio entre las dos dimensiones que hemos reconocido, en función de la presencia o ausencia del sema coactivo. Sin embargo, tal y como la concebimos nosotros, la oposición que articula el campo léxico de la petición se establece en términos privativos, por lo que el menor grado de coactividad que es posible atribuirle habrá de ser explicado en función de otros criterios.

En realidad, lo que encontramos en este lexema son dos usos diferenciados con arreglo a fundamentos pragmáticos, que impiden en algunas ocasiones su caracterización definitiva e inequívoca; de ahí el pretendido baile entre ambas dimensiones y el problema de la autoridad relativa entre los interlocutores, que recibe

especial atención en la entrada pertinente del repertorio al que nos referimos y sobre el que nos detendremos más adelante.

Existe, en efecto, un considerable número de empleos en los que el contenido petitorio no es en absoluto reconocible. La comedia nos proporciona un sinnúmero de intervenciones que corroboran esta afirmación y en las que este lexema es empleado para la definición de las intenciones que se atribuyen a una intervención comunicativa concreta. En el siguiente ejemplo, Sosia interpreta así la amenaza que profiere su sosia:

ME. uide sis quam mox uapulare uis, nisi actutum hinc abis. / SO. tun domo prohibere peregre me aduenientem *postulas*? (Plaut. *Amph.* 360-361).

[ME. Hazme el favor de andarte con ojo, no vayas a llevarte una paliza, si no te vas inmediatamente de aquí. SO. ¿Es que pretendes prohibirme la entrada a casa a mi regreso?]

Teniendo en cuenta el anterior parlamento, resulta imposible considerar esa promesa de un castigo corporal como un acto directivo de tipo no-coactivo. Y dada la indolencia que muestra Sosia ante los intentos de intimidación de su interlocutor, comprobamos cómo se produce aquí la focalización del aspecto no-resultativo que caracteriza la definición nuclear de este tipo de actos de habla. Estos últimos quedan así definidos más en consonancia con los objetivos perseguidos que con los mecanismos de expresión desplegados. El oyente realiza una serie de inferencias a partir del contenido de la intervención de su interlocutor y consigue, por medio de ellas, la interpretación de las intenciones subyacentes que aquella deja entrever. Ello le permitirá, además, emitir un juicio sobre la legitimidad de las mismas, por lo que, en estos casos, el grado de coactividad que se le atribuye resultará igualmente ambiguo. Habrá de ser la interpretación exterior la encargada de elucidar, en cada caso, la consideración de las intenciones del hablante como una exigencia con fundamento o como una alegre pretensión carente de razones irrefutables. Así, en el siguiente fragmento, el anciano padre de los Menecmos responde con reproches a las quejas de su nuera acerca del comportamiento de uno de sus hijos:

(...) SE. tua quidem ille caussa potabit minus, / si illic siue alibi lubebit? quae haec, malum, inpudentiast? / una opera prohibere ad cenam ne promittat *postules* / neu quemquam accipiat alienum apud se. seruirin tibi / *postulas* uiros? dare una opera pensum *postules*, / inter ancillas sedere iubeas, lanam carere (Plaut. *Men.* 792-797).

[SE. ¿Y crees que por ti iba a beber menos, si le apeteciera hacerlo, en un lado u otro? ¿Pero qué desvergüenza es esta, tormento? También podías pretender prohibirle que salga a cenar y que no invite a nadie a su casa. ¿Pretendes que los maridos sean tus esclavos? También podías pretender asignarle una tarea y mandarle que se sentara entre las esclavas a cardar lana.]

Queda clara, por tanto, la fuerte afinidad de estos empleos con el contenido de los verbos volitivos, antecedente nocional de la petición y potencial petición en sí mismos (*supra*, IV.3.2). Y esa proximidad dejará sus huellas incluso en la sintaxis. En este tipo de usos muy característicos de los cómicos, pero no exclusivo de ellos, reconoce Perrochat (1932: 30) un sentido «debilitado» («*affaibli*»), casi un *uella* energético que, como él, admite un sujeto delante del infinitivo correferente con el de la principal:

CH. iam postulabas *te*, inpurata belua, / totam Siciliam *deuoraturum* insulam? (Plaut. *Rud.* 543-544).

[CA. ¿Y ya pretendías, bestia infame, tragarte entera la isla de Sicilia?]

Y sin embargo, existen casos inequívocos que permiten su análisis en el conjunto de los lexemas que nos ocupan:

HE. quid opust uerbis? lingua nullast qua negem quidquid *roges*. / PHILOC. *postulo* aps te ut mihi illum reddas seruom, quem hic reliqueram / pignus pro me, qui mihi melior quam sibi semper fuit, / pro bene factis eius ut ei pretium possim reddere. / HE. quod bene fecisti referetur gratia id quod *postulas*; / et id et aliud *quod me orabis impetrabis* (...) (Plaut. *Capt.* 937-942).

[HE. ¿Qué necesidad hay de palabras? No hay lengua que pueda negarte nada que pidas. FILOC. Sólo te reclamo la devolución del esclavo que dejé aquí en prenda por mí, que siempre fue más provechoso para mí que para sí mismo, para poder darle así la recompensa que se merece. HE. Tu buen comportamiento será recompensado con lo que reclamas. Y tanto eso como cualquier otra cosa que me ruegues, la conseguirás.]

La diferencia de este con los anteriores radica en el empleo realizativo del verbo, que aquí resulta fácilmente reconocible en la primera intervención del joven Filócrates. Y precisamente esa característica es la que permite su identificación inequívoca con un contenido petitorio, más clara aún en el fragmento reproducido por su confrontación con otros representantes del mismo campo.

Y, si seguimos analizando el fragmento, otra diferencia fundamental salta a la vista: la complementación con oración de *ut* desentona con las de infinitivo que veíamos en los ejemplos precedentes. Así pues, pese a que la aparición de la complementación de infinitivo no provoca diferencias sustanciales en la interpretación del sentido específico de los *uerba petendi*, encontramos en este caso un comportamiento especial. La tendencia que muestra *postulare* a la lexicalización de un contenido no-resultativo –afín a estos verbos– en grado máximo, implica una distribución sintáctica en consonancia con ese doble valor, así como con cuestiones referentes al nivel enunciativo y a su empleo como realizativo explícito. Decíamos antes (II.2.2) que las complementaciones infinitivas con verbos de petición constituyen, según Perrochat (1923: 217ss) una innovación poética, solo consolidada en los autores cristianos, sin mayores consecuencias. Pero la distinción con oración de *ut* solo se dejaba notar con verbos que, como *dicere* (cf. n. 4), admiten empleos tanto realizativos como representativos. En efecto, es la distribución que encontramos en este caso; y, aunque la acepción “pedir” no solo resulta perceptible en los empleos realizativos de este verbo, la descripción de las intenciones del interlocutor (e incluso de las propias) difiere de la realización de un acto de habla directivo por medio de un enunciado realizativo explícito. Encontramos aquí, pues, la aplicación de un procedimiento sintáctico ajeno a los lexemas petitorios para marcar fundamentalmente una diferencia de significado.

Y cuando ello ocurre, no suele haber duda de la presencia del sema coactivo que el lexema actualiza. La ineludible prueba de la coacción –sin empleos realizativos por las incompatibilidades evidentes– es nuevamente muy elocuente. La amplia representación del empleo metafórico de este lexema con sujetos inanimados (*pertinet ad necessitatem rebus inhaerentem*, aclara el *ThLL*, col. 268ss) asegura esta interpretación, pues pone de manifiesto las premisas, las condiciones necesarias

concretas que aseguran el cumplimiento del desarrollo lógico de los acontecimientos o determinadas necesidades esenciales:

si placuit, plausum postulat *comoedia* (Plaut. *Poen.* 1371).

[Si os ha gustado, la comedia requiere un aplauso.]

pergam turbare porro: ita *haec res* postulat (Plaut. *Most.* 546).

[Seguiré molestando: así lo requiere la situación.]

nunc *hic dies* aliam uitam adfert³⁰⁸, alios mores *postulat* (Ter. *Andr.* 189).

[Ahora este día inaugura otra vida, requiere otras costumbres.]

Así pues, resulta evidente cómo en el seno del contenido semántico de *postulare* se establece una dicotomía significativa cuya desambiguación depende en gran medida del punto de vista del hablante, es decir, de la persona gramatical. Enunciado en primera persona (y, por tanto, con lectura realizativa en buena parte de los casos), la pretensión que el hablante expresa se interpreta como un acto directivo no-impositivo, aunque en gran medida coactivo. Pero tal identificación no resulta tan clara en el resto del paradigma, en cuyo caso, la exégesis de tales intenciones, de su legitimidad incluso, queda sujeta al juicio ajeno, que podrá poner en duda la pertinencia de ese grado de coactividad. En ellos, además, se pone especial énfasis en el contenido volitivo subyacente a todo acto de habla directivo, esto es, en la condición de sinceridad que se les suele atribuir (*cf.* III.5) y que resulta, con respecto a ellos, su antecedente nocional y lexemático.

Frente al ejemplo de *Menecmos* (792-797) que veíamos más arriba, comprobamos en el siguiente cómo la petición de un esclavo a su amo –no expresada en términos suplicantes sino por medio de un verbo volitivo, pero petición al fin y al cabo– provoca en el último el efecto contrario: su adecuación a los parámetros convenidos asegura su concesión en este caso:

³⁰⁸ Nos sumamos a la opinión de Román Bravo (Terencio, *Comedias*, Cátedra, 2001), quien se aleja en este punto de la edición de Kauer-Lindsay, por no considerar necesario preferir la lectura *defert* transmitida por Cicerón (*fam.* 12, 25, 5).

STI. *ere*, si ego taceam seu loquar, scio scire te / quam multas tecum miserias mulcaverim. / nunc hunc diem unum ex illis multis miseriis / uolo me eleutheria capere aduenientem domum. / EP. et ius et aequom *postulas*: sumas, Stiche. / in hunc diem te nil moror; abi quo lubet (Plaut. *Stich.* 419-424).

[ESTI. Amo, lo calle o lo diga, yo sé que sabes cuántas penalidades he sufrido contigo. Ahora, en compensación a esas penalidades, con motivo de mi regreso a casa, quiero celebrar las eleuterias. EP. Es justa y razonable tu reclamación: celébralas, Estico. Hoy no tienes nada más que hacer; vete a donde te plazca.]

Y vemos entonces la actualización del significado preciso que nos interesa, a pesar de su empleo no realizativo. Cuando se expone una solicitud y esta cumple todos los requisitos para que, a ojos de los demás, resulte fundada, podrá ser considerada una reivindicación legítima cuya concesión es necesaria de acuerdo a lo establecido. Pero si, en consonancia con el criterio del receptor, no se cumplen tales condiciones, su consideración no pasará de una simple pretensión gratuita, que no merece la menor atención. Aún es más, si, en el transcurso de un intercambio comunicativo concreto, el referente que este verbo selecciona no supone estrictamente una petición, o incluso no es identificable con una emisión oral, sino que puede ser descrito en términos actuativos o comportamentales, es ya más difícil establecer ese vínculo conceptual. El siguiente ejemplo da cuenta del menosprecio que merece un comportamiento indisciplinado en un soldado:

non parere se ducibus, sed imperare *postulabat* (Nep. *Eum.* 8, 2).

[Pretendía mandar a sus superiores en lugar de obedecerlos.]

Y, sin embargo, según estamos viendo, en los contextos en los que es posible reconocer en el contenido del lexema la sustancia ilocutiva directiva, esta se caracterizará precisamente por su carácter coactivo. Algunas formas derivadas proporcionan apoyo suplementario a esta interpretación.

Existe un término propio del lenguaje técnico augural, encargado de la denominación de un concepto complejo: aproximadamente, el “sacrificio reclamado por los dioses para la reparación de una omisión o negligencia en un acto sacral previo” o, sencillamente, la “exigencia de un sacrificio del que se consideran merecedores”, pero

que ha sido olvidado por los fieles. La omnipotencia que se les atribuye asegura en este caso el carácter coercitivo del requerimiento que supone una *postilio*; pero ello, no obstante, no implica necesariamente su formulación de manera explícita. Los dioses reclaman algo que consideran como una deuda no a través de un enunciado en tales términos sino por medio de un lenguaje no verbal que les es propio, el de los prodigios. Varrón nos proporciona un excelente ejemplo:

a Procilio relatum in eo loco *dehisse terram* et id ex S.C. ad haruspices relatum esse; responsum deum Manium *postilionem postulare*, id est ciuem fortissimum eo demitti (Varro *ling.* 5, 148).

[Procilio relata que en aquel lugar se abrió la tierra y que, por decisión senatorial, el caso fue puesto en manos de los arúspices. Estos respondieron que el dios de los Manes reclamaba un sacrificio expiatorio, a saber, que se precipitase en aquel agujero el más valeroso de los ciudadanos (ed. y trad. de M.A. Marcos-Casquero).]

Y a ello mismo remite el sintagma *postularia fulgura*, rayos con los que los dioses reclaman los votos o sacrificios desdeñados de los que nos habla Festo (p. 284). Esa es la manera en que estos expresan su descontento por el impago de una deuda y, como sinónimo de *expiatio*, tal acción establece una relación complementaria con *debere* (*debeo* .- *postilionem postulas*) y apela a su *solutio*:

mouet me etiam (...) quod eodem *ostento* Telluri *postilio deberi* dicitur (Cic. *har. resp.* 31).

[Me preocupa sobre todo porque, según ese prodigio, se anuncia que se debe una reparación a Telus.]

Así pues, resulta ya indiscutible el hecho de que la petición expresada por *postulare* pone un énfasis especial en su realización de acuerdo con lo establecido, con lo que es unánimemente considerado de justicia. Se trata de la solicitud de algo natural, necesario o razonable que supone –fundamentalmente cuando el hablante lo enuncia en forma realizativa, pero no solo en esos casos– una exigencia de algo que, según lo

estima quien la articula, le corresponde. De ahí su grado de coacción, en íntima relación con la autoridad relativa que confiere su justedad³⁰⁹.

El análisis conjunto de todos estos criterios y condiciones de empleo nos brinda, en suma, la oportunidad de desentrañar la duplicidad y la aparente indeterminación del contenido semántico de *postulare*. No podemos por lo tanto estar de acuerdo con la descripción que de él hace el *ThLL*, pues el hecho de que este lexema reciba aplicación en la órbita de la no-resultatividad, no ha de implicar incertidumbre en la determinación de su carácter coactivo. Por ello nos parece igualmente inapropiada la insistencia en considerar la jerarquía relativa entre los interlocutores y su pretendida contradicción con el sentido de estos verbos. Los ejemplos que allí se proponen para ilustrar estos criterios pueden recibir una explicación específica según los casos. El siguiente verso presenta a un hombre libre exigiendo y rogando consecutivamente a un esclavo de condición:

Si. de(h)inc *postulo*, siue aequomst te oro, Daue, ut redeat iam in uiam (Ter. *Andr.* 190).

[Si. Por ello te exijo o, si es preciso, te ruego, Davo, que la devuelvas al buen camino.]

Sin embargo, no es la primera vez que tenemos ocasión de ver a un amo suplicando a su esclavo, y tampoco cabe la menor duda sobre el carácter coactivo del primer elemento de la secuencia³¹⁰.

Según hemos constatado ya, dentro de la dimensión coactiva se produce una neutralización del criterio de autoridad o, cuando menos, no es posible atribuir una justificación de ese grado en función de una superioridad jerárquica real. Y, en este caso, es aún más notoria su adecuación a las circunstancias particulares en las que se realiza la petición, puesto que la voluntad del *postulans* está fundada en la equidad, en la razón de esas circunstancias y queda sometida, al mismo tiempo, al juicio del destinatario de la solicitud en muchos casos. El lexema, con todo, no marca por sí mismo el carácter autoritario de la petición y esa información podrá, en consecuencia, ser explicitada por modificadores modales de muy distinta índole³¹¹.

³⁰⁹ Cf. Plaut. *Stich.* 726, *cit. supra*. Y piénsese también en la frecuente expresión *postulante populo*, que alude a las medidas de presión que ejercía el pueblo para que fuese elegido un determinado magistrado. Cf. p. e. *CIL* X 6012 y Veyne (2001: 83).

³¹⁰ Cf. el comentario que Donato hace al respecto: '*postulo*' pro '*iubeo*'.

³¹¹ A modo ilustrativo se pueden enumerar los siguientes: *demisso uultu uoce supplici* (Sall. *Catil.* 31, 7), *minaciter magis quam suppliciter* (Liu. 2, 23, 11), o *iure ciuitatis* (Liu. 3, 56, 10).

Pero ello –insistimos– no provoca una falta de definición semántica en lo que al contenido de coacción se refiere. En todo caso apunta más bien a un grado de representación inferior de ese contenido con respecto a los otros lexemas ya analizados, mas no a su ausencia³¹². La siguiente gradación ascendente del grado de coactividad, en la que la amenaza resulta el valor extremo, es bien elocuente:

incipiunt postulare, poscere, minari (Cic. *Verr.* II 3, 78).

[Comienzan a hacer reclamaciones, a exigir vivamente, a amenazar.]

Esa es, precisamente, la razón de su recurrente retroceso a la categoría de término no estrictamente desiderativo, pero sí con un evidente carácter no-resultativo. Tales empleos, sin embargo, no son perceptibles en *exigere* ni en *poscere*³¹³, pues la profunda impronta que en ellos deja el sema coactivo impide esta neutralización entre los valores resultativo y no-resultativo que, sin embargo, ocurre con relativa frecuencia en los lexemas carentes de tal rasgo semántico, máxime en la intersección con el lenguaje religioso. De ahí proceden las dudas en la determinación de su carácter concreto; y así mismo la teoría que, en los primeros intentos de explicación de la etimología de *postulare*, hacía de él un «diminutivo»³¹⁴ de *poscere*, como si su menor grado de coerción lo convirtiese en un «hermano pequeño», sin la fuerza y el vigor que se aprecia en este último.

Es del todo evidente, por tanto, la existencia de una oposición gradual en el seno de la dimensión coactiva determinada por el nivel de representación de este contenido, en la siguiente escala:

exigere – poscere – postulare

³¹² La presencia del criterio es evidente cuando *postulare* se encuentra, en la secuencia sintagmática, en contraposición al término archilexemático: (*Dareus*) *postulabat autem magis, quam petebat ut (...) matrem sibi et coniugem liberosque restitueret* (Curt. 4, 1, 8).

³¹³ El *ThLL* (s.u. *posco*, cols. 76ss), indica algunos usos en este sentido, advirtiendo en el encabezamiento de que son poco significativos; sin embargo, ninguno de ellos nos parece lo suficientemente claro como para defender un valor no-resultativo en este verbo. En el caso de *flagitare*, igualmente carente de tales empleos, hemos de pensar en su carácter fonodescriptivo que, según veremos, remite inequívocamente a la acción en su desarrollo.

³¹⁴ La idea puede leerse ya en el *Traité des synonymes de la langue latine* de Barrault (1853: 732) y se mantuvo durante largo tiempo.

Y ese orden no es gratuito. La especialización del primer término en la reclamación de las deudas contrasta con la ausencia de tales usos en el último³¹⁵. La frecuente materialización no-resultativa de este no es perceptible en el segundo que, por otro lado, se especializa en la exigencia fuertemente coactiva a partir de unos empleos arcaicos, con una solemnidad claramente reconocible todavía en época histórica. Todos ellos, finalmente, resultan un conjunto homogéneo por cuanto constituyen términos no-intensivos (pues distinguimos grado de intensidad emotiva y grado de coacción) y se oponen conjuntamente, en función de este criterio, al término caracterizado con ese clasema, *flagitare* (cf. *infra*, VII.5.4.1).

Por todos estos motivos, no ha de resultar extraña la profunda especialización, mucho más notoria que la de *poscere*, que llegó a experimentar *postulare* en el lenguaje técnico jurídico y que supone una nueva prueba de la pertinencia de su inclusión en la dimensión que explicamos.

Pues bien, al igual que veíamos en *poscere*, especializado primordialmente en la petición matrimonial formularia típica de época arcaica, se constata en los empleos técnicos de *postulare* una acusada preferencia por su incardinación en el lenguaje jurídico. Ello es debido, sin duda alguna, a su origen etimológico, que lo hace especialmente apto para la petición solemne; y, como sus congéneres, recibió un puesto concreto en la distribución de distintas capas diafásicas, caracterizadas todas ellas por un protocolo estricto.

Esa aplicación específica se remonta efectivamente a épocas muy antiguas³¹⁶. La *legis actio per iudicis arbitriue postulatio* es un procedimiento judicial conocido ya por las *XII Tablas*. Por medio de él, era posible interponer una reclamación formal de deudas pecuniarias originadas en una *sponsio* (que, como ya se dijo, no tenía más sanción que la religiosa). El demandante exponía sus fundadas pretensiones ante su opositor y, caso de no ser aceptadas por este último, se nombraba un juez o un árbitro, si era necesario hacer una valoración económica, para que dirimiese el conflicto como responsable último de su solución (cf. D'Ors, 1986: 112s). Este modo procesal es

³¹⁵ Nadjo (1989) lo omite en su análisis del vocabulario propio del prestamista.

³¹⁶ El scr. *prāt-* («juez», el encargado de resolver una *prāt*, un «proceso jurídico») y el a.a.a. *frāga* («proceso») suponen claros paralelos del empleo en términos legales de esta raíz. Sin embargo, el equivalente semántico exacto de estas formas recae en latín sobre formaciones procedentes de otro radical: *quaestio* y *quaestor*. Cf. Benveniste (1969, II: 158).

manifestación de la evolución del derecho romano en un movimiento que nos lleva «desde una antigua concepción sacral a una moderna secularizada, en la que se encomienda la controversia a la decisión racional de un juez» (ibíd.: 113). El proceso lexemático que tales acciones constituyen resulta, por tanto, como sigue:

aliquis praetorem (/ a praetore) postulat (ut iudicem det) .- praetor iudicem dat.

Y el procedimiento se llevaba a cabo según el siguiente esquema:

p(er) iudici[s p]ostulat[i]one(m) ageba[tur, si] q[u]a de re ut ita age[r]etur lex ius[si]sse[t], sicuti lex XII [t]abularum de [eo] q(uod) ex stipu[l]at[i]one petitur. eaque res talis fere erat. qui agebat, sic dicebat: *ex sponsione te mihi X milia sestertium dare oportere aio. id postulo aias an neges*. aduersarius dicebat non oportere. actor dicebat: *quando tu negas, te praetor iudicem siue arbitrum postulo uti des*. itaque in eo genere actionis sine poena quisque negabat. item de hereditate diuidenda inter coheredes eadem lex per iudicis postulationem agi iussit... (*lex XII tab.* 2, 1b = Gaius 4, 17a).

[Se litigaba mediante la petición de un juez, cuando la ley mandaba que se hiciera de esa forma respecto de algún asunto, como la Ley de las XII Tablas cuando se reclamaba lo debido en virtud de una estipulación. El asunto era más o menos así. El actor decía lo siguiente: ‘afirmo que me debes dar diez mil sestercios en virtud de una promesa solemne; pido que lo afirmes o lo niegues’. El adversario decía que no debía. El actor decía entonces: ‘puesto que lo niegas, a ti, pretor, pido que nombres un juez o árbitro’. Así, en esta clase de acciones uno se podía defender sin apuesta. Y la Ley dispuso que, para la división de la herencia entre los coherederos, se reclamara mediante la acción por petición de un juez... (ed. y trad. de C. Rascón García y J. M. García González)]

El texto pone de manifiesto varios aspectos reseñables. En primer lugar, resulta interesante por cuanto representa un código ritual estereotipado y fijado con precisión, en el que destaca el empleo de expresiones realizativas mediante su denominación verbal explícita (*aio, postulo*). En ellas destaca igualmente la actualización de los dos valores que reconocíamos en *postulare*, pues se encarga de la expresión de la legítima pretensión del demandante, que aspira al cobro de una deuda contraída por la *sponsio*, y, al mismo tiempo, por medio de su aplicación realizativa, supone la plasmación misma

de la reclamación que se está desarrollando –noción que, por su carácter archilexemático, puede recubrir también *petere*–. Así mismo, descubrimos en él la razón de la especialización de esta unidad léxica en el ámbito judicial, pues tal reclamación, en caso de no conseguirse un acuerdo entre las partes, es elevada ante el pretor, quien, a su vez, nombra a un juez para que resuelva el conflicto. Encontramos la manera en la que las pretensiones individuales son legitimadas y ratificadas por el criterio imparcial de un tercero que determina la conveniencia de su grado de coactividad.

Así pues, es posible reconocer en muchos de los empleos de *postulare* el sentido técnico de “exponer formalmente una reclamación ante la autoridad” que, en última instancia será la encargada de revalidar su pertinencia³¹⁷:

solet praetor postulantibus hereditariis creditoribus tempus constituere (Gaius *inst.* 2, 167).

[El pretor acostumbra a fijar un día para los acreedores que solicitan asuntos relacionados con las herencias.]

postulat a Burrieno praetore Naeuius, ut ex edicto bona possidere liceat (Cic. *Quinct.* 25).

[Nevio solicita al pretor Burrenio que se le permita tomar posesión de sus bienes por medio de un edicto.]

Y ello, a veces, sin mención específica de la misma:

ostendi quam multa ante fieri conuenerit quam hominis propinqui bona possideri postularentur (Cic. *Quinct.* 86).

[He mostrado cuántas cosas había que haber hecho, antes de solicitar legalmente la posesión de los bienes de un pariente.]

Sin embargo, su calidad de reclamación formal, refrendada por su carácter legítimo y, si así ocurriera, por la institución pertinente, no ha de hacerse siempre desde un talante autoritario, que, ya lo hemos dicho, no se encuentra específicamente en el contenido semántico de este verbo. Ello es evidente en la actitud llorosa del siguiente demandante, que no invalida el valor de la demanda judicial, la *postulatio*:

³¹⁷ Cf. Cic. *Mur.* 47 (*concessit senatus postulationi tuae*). Y ello tras una deliberación; sobre la petición como desencadenante de una secuencia de ‘deliberación’ -- ‘decisión’ en latín, cf. Sánchez Manzano (2005, fundamentalmente pp. 699 y 755ss).

homo ad praetorem deplorabundus uenit; / infit ibi *postulare* plorans, eiulans, / ut sibi liceret miluom uadarier (Plaut. *Aul.* 317-319).

[El hombre se presentó hecho un mar de lágrimas ante el pretor y empezó a reivindicar, llorando y gimiendo, que se le permitiera obligar al milano a comparecer en un juicio.]

A partir de este valor, en empleos absolutos, cuando el complemento pasa a estar ocupado por la persona que se quiere llevar a juicio, el verbo puede adoptar el significado genérico de “demandar”, “entablar una acción judicial contra alguien” (nótese además la explicitación de la razón de la misma por medio de un genitivo):

postulauit etiam L. Afranium proditiōis exercitus Acutius Rufus apud Pompeium, quod gestum in Hispania diceret (Caes. *ciu.* 3, 83, 2).

[Acucio Rufo llegó a interponer una demanda contra L. Afranio por la entrega del ejército, lo cual, según decía, había ocurrido en Hispania.]

Llegados a este punto tenemos ya una visión global de los lexemas que conforman la dimensión no-intensiva de la petición coactiva en latín. Pero, antes de abordar el único derivado de *postulare* que resulta funcional en el periodo que analizamos, debemos hacer unas últimas precisiones sobre la distribución de los empleos de este con respecto a *poscere*, pues, como hemos ido comprobando en este repaso por los componentes sémicos de ambos, resultan muy cercanos en cuanto a su significado y a la justificación de su carácter coactivo. De hecho pueden ser utilizados en determinadas ocasiones como sinónimos estrictos³¹⁸.

Pero, a igualdad de condicionamientos contextuales, existe una clara diferencia de grado entre ambos. La petición del *poscens*, por el mayor contenido de coacción que el lexema aporta, delata un carácter más autoritario, que se plasma en la exposición de la voluntad sin reparar en las razones que se tiene para ello. *Postulare*, por su parte, no imprime con su uso una determinación respecto a ese contenido, pero, en virtud de la legitimidad de las pretensiones que por medio de él se exhiben, adopta un claro carácter coactivo, si bien menor que el del anterior.

³¹⁸ Así los concibe Non. p. 375, 14.

Junto a los más puramente semánticos, es posible reconocer otros criterios diferenciadores. EL *ThLL* (s.u. *postulo*, col. 259) pone de manifiesto ciertas tendencias de distribución entre ambos: aunque en los cómicos se observa una clara preferencia por *postulare*, algunos poetas posteriores (Horacio, Ovidio, Marcial) optan mayoritariamente por *poscere*, según parece, con arreglo a necesidades métricas.

Como hecho diferencial, podemos mencionar finalmente la distinta selección del término complementario que realizan ambos verbos. Según se puede apreciar en los ejemplos reproducidos en esta sección, *postulare* muestra una clara predilección por la selección de complementarios distintos a *dare*³¹⁹, con lo que tal contenido suele quedar explicitado por medio de una oración completiva. Sin embargo, en lo relativo a *poscere*, hemos verificado una más que llamativa tendencia a la complementación por medio de objeto³²⁰, que se corresponde con la selección del complementario 'dar'. Evidentemente nos referimos a tendencias que pueden ser quebrantadas:

TR. ut id occepi dicere, senex, eam te quaeso cistulam / ut iubeas hunc reddere illis; ob eam si quid *postulat* / sibi mercedis, *dabitur*: aliud quidquid ibi est habeat sibi (Plaut. *Rud.* 1119-1121).

[TR. Como había empezado a decir, anciano, te pido que le ordenes devolver esta cestita; si reclama alguna recompensa por ella, se le dará: puede quedarse con todo lo demás que haya dentro.]

Pero las inclinaciones que muestran estos verbos en el nivel sintáctico y lexemático, curiosas cuando menos, proporcionan igualmente una valiosa información acerca de las unidades léxicas que entran en relación secuencial con ellos y, en consecuencia, colaboran en la organización de la estructura del campo que conforman.

³¹⁹ Cf. el encabezamiento que le dedica el *ThLL*. (col. 259, 69s): *strictus et usus sollemni i. q. petere aliquid faciendum, praebendum, concedendum uel quolibet modo impetrandi ab aliquo apud aliquem*.

³²⁰ Para una clasificación de los objetos que aparecen más habitualmente, cf. *ThLL*. (s.u., cols. 71s).

VII.5.3.2.- *Expostulare*.

Si exceptuamos *adpostulare* y *depostulare*, por ser creaciones tardías y, sin duda, inspiradas en los modificados de *poscere*³²¹ correspondientes, el único elemento que *postulare* aporta al sistema que estamos analizando es *expostulare*. En él encontramos nuevamente al preverbio *ex-* añadiendo un valor intensificador del significado coactivo³²² de la base y, como sucedía con algunos empleos de *exposcere* (con el que lo identifican E&M), son reconocibles algunos usos en este sentido. Ello ocurre fundamentalmente en empleos absolutos en los que el contenido de “hacerle una viva reclamación a alguien” (si esta no tiene la solemnidad propia de su formulación jurídica, sino que posee un uso más coloquial) se desliza al más genérico de “quejarse”:

iam pridem, quia nihil apstulerit, suscenset ceriaria; / tum opstetrix *expostulauit* mecum,
parum missum sibi (Plaut. *Mil.* 696-697).

[Ya hace tiempo que la cerera está enfadada por no sacar nada. Y también la comadrona se me ha quejado de que le habíamos enviado poco.]

sed quid agam? adeon ad eum et cum eo iniuriam hanc *expostule*m? (Ter. *Andr.* 639).

[Pero, ¿qué puedo hacer? ¿Me he de presentar ante él para pedirle cuentas de ese agravio?]

Y ese valor recriminatorio (“pedir explicaciones”, *queritur*) justifica la relación de alternación que establece con la noción de ‘pedir perdón’:

SC. ita sum coactus, Periplectomene, ut nesciam / utrum me <ex>*postulare* priu’ tecum
aequiust- / nisi <si> istaec non est haec neque <haec> istast, mihi / med expurgare haec
tibi uidetur aequius (Plaut. *Mil.* 514-517).

[ESC. Estoy tan desconcertado, Periplectómeno, que no sé si es mejor pedirte primero explicaciones o, si esta no es aquella y aquella no es esta, pedirte yo a ti disculpas.]

³²¹ El preverbio *de-* aporta el mismo valor intensivo en el aspecto extensional que verificábamos en *deposcere* (VII.5.2.3), muy adecuado para peticiones como la que reproduce el siguiente fragmento: †*hoc crebris nuntiis in Italiam missis ciuitates contrariae Pompeio† auxilia sibi deposculabant* (Bell. *Hisp.* 1, 5). Un único ejemplo se atestigua de *apostulare* (Tert. *monog.* 10).

³²² El contenido se pone de manifiesto en empleos con sujetos de tipo /-animado/; con todo, solo se documentan usos de este tipo en autores tardíos, donde es muy probable que el valor del preverbio estuviese ya debilitado y su significado fuese, por tanto, muy similar al de la base.

Sin duda, tales empleos reciben una aplicación mucho más específica en el lenguaje técnico jurídico, donde, al igual que su base, tiene un valor muy cercano a “acusar”. Donato nos explica la diferencia en el siguiente fragmento:

EXPOSTULEM *expostulatio* est aduersus eum, quem incusamus; nam *expostulare* est querellam apud eum ipsum deponere de eo ipso, qui fecit iniuriam; *postulare* autem querellam dicere de altero apud alterum (Don. *Ter. Andr.* 639, 5).

[Una *expostulatio* es contra aquel al que acusamos, puesto que *expostulare* es exponer una reclamación al mismo que cometió la falta a este respecto; *postulare*, en cambio, es exponer una queja sobre alguien ante un tercero.]

Y podemos apreciarlo bien en ejemplos como el siguiente:

uident hominem postero die; narrant, *expostulant*, *accusant* (*Rhet. Her.* 4, 64).

[Al día siguiente ven al hombre; le cuentan lo sucedido, le recriminan, le acusan.]

Cabe añadir, por último, que este modificado de tipo intensivo carece por completo de empleos de tipo no-resultativo como los que apreciamos en *exposcere* –y de las que carecía su base–, puesto que la especialización en este lenguaje específico bloquea tales interpretaciones.

VII.5.4.- *FLAGITARE* Y SU GRUPO LEXEMÁTICO.

Apoyando la tesis, defendida en su momento con fuerza por G. Dumézil, que ve una comunidad etimológica y funcional entre el flamen latino y el brahmán indio, Le Bourdellès (1979) propuso, siguiendo a Pokorny, la necesidad de reconstruir una raíz indoeuropea **bhel-*, encargada de la designación de una de las funciones principales del sacerdote desde épocas remotas: la invocación, que, en el sacrificio, acompaña indisolublemente a la ofrenda. El scr. *bráhman*, sustantivo neutro, haría referencia según este autor al “acto de palabra sagrada”, dada su frecuente concurrencia sintagmática como complemento de verbos de ‘decir’ o ‘escuchar’, por lo que el sacerdocio que llevara ese nombre tendría asignada una función eminentemente

invocadora. Tal sería la atribución arcaica de la institución del flaminado, que terminaría por asumir también las funciones oferentes que en origen desempeñaría una figura distinta. Junto a este sacerdocio, la mencionada raíz habría dejado en latín otro rastro; y este no es otro que el verbo que nos ocupa. Glosado por Le Bourdellès como «j'adresse des vives réclamations» (p. 80), *flagito* sería así un frecuentativo derivado de una base sufijada (**bhlāg-*) que no ha dejado más rastro, lo cual, cómodamente, impide cualquier reconstrucción precisa de la velar.

La tesis, posiblemente confirmada en una nota posterior (Le Bourdellès, 1980), si bien no aceptada unánimemente, resulta convincente al menos en su demostración principal. Sin embargo, en lo que a *flagitare* se refiere, plantea el problema semántico de su desvinculación completa del léxico religioso y, aún más, de su incompatibilidad, por su marcado contenido coactivo, con ese lenguaje específico. Por ello, resulta más adecuado reconocer en la raíz **bhlag-*, tal y como hacen E&M, el origen de un grupo mal determinado de términos expresivos al que también pertenecen, por ejemplo, *plango* y *fleo*, reforzada en este caso por el sufijo frecuentativo *-it-*.

VII.5.4.1.- *Flagitare*.

En efecto, el aspecto extensional intensivo de la dimensión coactiva encuentra una clara representación léxica en *flagitare*, verbo del que precisamente esa noción resulta su principal criterio caracterizador. En tales términos lo glosó Isidoro de Sevilla:

flagitare idem est acriter interpellare (Isid. *diff.* 1, 255 [230]).

[*Flagitare* es lo mismo que interpelar a alguien enérgicamente (ed. y trad. de C. Codoñer).]

De hecho, explicitaciones adverbiales como las que sirven para su definición son muy frecuentes en sus empleos concretos:

clamore magno et multum flagitabere (Plaut. *Pseud.* 556).

[Te lo reclamaré con gran griterío.]

propterea illius nomen memini facilius, / quia illum *clamore* uidi flagitari (Plaut. *Men.* 45-46).

[Recuerdo fácilmente su nombre, porque vi cómo le hacían reclamaciones a gritos.]

Por ello, y teniendo en cuenta su origen etimológico más probable, es posible reconocer en él un lexema de tipo «fonodescriptivo», categoría que Leech (1997: 316) parafrasea en los siguientes términos:

‘s₂ VERBO Y’ equivale a ‘s₂ DECIR Y’ en la forma expresada por el verbo en gerundio.

Su contenido semántico, pues, hace especial hincapié en la forma en que la petición es puesta en práctica. Se trata de una petición expresada de manera ardorosa, impetuosa e insistente, porque lo que se pide es de propiedad. El *flagitans* pide con pasión, impaciente por ver sus deseos cumplidos, lo que lo faculta especialmente para ser usado con aplicación específica en la lengua de las finanzas, como la actividad propia del prestamista: “reclamar una deuda” a quien se resiste a pagarla, pasando incluso a designar al “acreedor” el nombre de agente derivado de este verbo, *flagitator* (Nadjo, 1989: 303):

ne quis formidet *flagitatorem* suom: / ludi sunt, ludus datus est *argentariis* (Plaut. *Cas.* 24-25).

[Que nadie tema a su acreedor: incluso los banqueros están de fiesta.]

Así, *flagitare* proporciona una prueba indiscutible de la neutralización del criterio de autoridad en la esfera coactiva a diferencia de lo que ocurre en el campo del ‘mandato’, pues un individuo con tal rasgo no necesita emplear los procedimientos intensivos que acompañan a este; le basta con hacer ostensible su autoridad relativa o, en todo caso, con verbalizar una amenaza. Y sin embargo, muy distintos resultan estos.

La *Mostellaria* plautina alberga un extenso pasaje (vv. 560-610) en el que un usurero, Misargírides, expone, de manera insistente y a voz en grito, su reclamación, con el único interés de armar un escándalo, una *flagitatio* en toda regla, que disuada a su

acreedor, ante la posibilidad de que los vecinos lleguen a saber de sus negocios y sus deudas. Merece la pena detenernos en los siguientes versos:

DA. *cedo faenus, redde faenus, faenus reddite. / daturin estis faenus actutum mihi? / datur faenus mi? (...) (Plaut. Most. 603-605).*

[US. Trae acá los intereses, devolvedme los intereses, devolvedme los intereses. ¿Me vais a dar los intereses ahora mismo? ¿Me dais los intereses?]

El carácter múltiple e inmediato de sus reivindicaciones no deja lugar a duda sobre su funcionamiento en la dimensión reiterativa, más que en la puramente iterativa o en la frecuentativa. Y de su carácter escandaloso da buena muestra el calificativo que aplica Teoprópides, padre del agraviado, a la acción del usurero:

TH. *quid ais tu? TR. quid uis? TH. quis illic est? quid illic petit? / quid Philolachetem gnatum compellat <meum> / sic et praesenti tibi facit conuicium? / quid illi debetur? (...) (Ibíd. 615-618)³²³.*

[TE. ¿Tú qué dices? TR. ¿Qué es lo que quieres? TE. ¿Quién es este? ¿Qué viene a reclamar? ¿Por qué increpa a mi hijo Filólaques y arma tal escándalo en tu presencia? ¿Qué se le debe?]

Junto al injuriador *carmen famosum*, el *conuicium*, consistente en un escarnio público, suponía una de las formas más claras de mostrar una fuerte desaprobación por una falta cometida. Desde la abolición de la esclavitud por deudas y dada la escasa efectividad de los recursos jurídicos, este tipo de reivindicación insistente era la alternativa más rápida, quizá la única, que tenía el usurero acuciado por un impago (Nadjo, 1989: 303, n. 8). Junto a la mera exigencia económica, resultaba también muy recurrente el empleo de sarcasmos ritualizados e insultos en la calle, a la vista de todos. Incluso se podría llegar al extremo de desnudar en público al supuesto culpable. Toda esta parafernalia —que podía desplegarse también sin la presencia directa del culpable, en la puerta de su casa o del lugar donde desarrollaba su negocio—, sin embargo, comenzaría a ser sancionada por determinadas leyes que contemplaban la *iniuria* como

³²³ Puede verse un ejemplo semejante en Plaut. *Persa* 417ss, donde se explicita: *leno te argentum poscit, solida seruitus, / pro liberanda amica, ut omnes audiant* (425-426).

un delito. Con todo, la costumbre del *conuicium* estaba fuertemente arraigada y se mantendrá con fuerza durante el Imperio, aunque con algunos límites impuestos por los legisladores: ni palabras ni gestos que atentasen contra la decencia eran permitidos (cf. Veyne, 2001: 77s)³²⁴.

Por todo ello, podemos recoger el contenido exacto de este verbo a través de una perífrasis como “reclamar a gritos”, “armando un escándalo”, de manera insistente y haciendo valer los propios derechos y, evidentemente, sin selección de rasgo de jerarquía inherente al sujeto, que haría innecesaria esa puesta en escena. Sin embargo, ella es, precisamente, la responsable del contenido coactivo que posee, pues puede llegar a resultar muy persuasiva como mecanismo coercitivo.

Precisamente ese contenido reiterativo e intensivo es el que lo diferencia de otros lexemas de esta misma dimensión:

etiam atque etiam insto atque urgeo, insector, posco atque adeo *flagito* crimen (Cic. *Planc.* 48).

[Una y otra vez insto y apremio, persigo encarnizadamente, exijo reparación y llego incluso a reclamar de manera escandalosa.]

tametsi causa *postulat*, tamen quia *postulat* non *flagitat*, praeteribo (Cic. *Quinct.* 13).

[Y aunque reclama su causa en los juzgados –pero como lo hace por la vía judicial no lo reclama a gritos–, pasaré el asunto por alto.]

Pero, evidentemente, la áspera reclamación que este lexema pone de manifiesto no es exclusiva del aspecto económico al que nos estamos refiriendo. Una promesa anteriormente formulada permite el despliegue de estos procedimientos:

postulo igitur et *flagito* (...), ut expleas quod *pollicitus* <es> (Apul. *apol.* 46, 3).

[Te reclamo, es más, te exijo de manera taxativa, que cumplas tu promesa.]

³²⁴ Explicación que puede hacerse extensible también al sustantivo *flagitium* y la extensión de su contenido semántico: «charivari fait à la porte de quelqu'un pour protester contre sa conduite, réclamation bruyante et scandaleuse, scandale et, par extension, l'action elle-même qui provoque le scandale, "chose scandaleuse, honte"» (E&M: s.u. *flagito*). Cf. también Isid. *orig.* 5, 26, 3 (*flagitium a flagitando corruptelam libidinis*).

En efecto, la causa deóntica que, según se ha insistido ya suficientemente, justifica plenamente el funcionamiento de estos verbos, es la que permite también su realización en tales términos. Y, derivada de ella, encontramos aquí, de nuevo, el primer puesto de su estructura actancial ocupado por agentes inanimados:

sed magnum exercitationem *res* flagitat (Cic. *orat.* 229).

[Pero el asunto requiere un gran entrenamiento.]

Con todo, es muy probable que buena parte del contenido semántico que venimos analizando se bloquee en los usos realizativos de este verbo, pues es difícil pensar en esos casos en una referencia directa al modo de enunciación de la exigencia:

tabulas (...) nunc tuas (...) flagitamus (Cic. *Q. Rosc.* 3).

[Ahora reclamamos imperiosamente tus tablillas.]

Su empleo en ejemplos como este último impiden una lectura fonodescriptiva en términos realizativos. (En tal caso habría que pensar, en el fragmento de la *Apología* apuleyana recién reproducido, en una elevación de la voz del emisor en el momento de pronunciar el segundo de los verbos en la acumulación que plantea.)

De tal modo, únicamente es posible reconocer el contenido intensivo y reiterativo, desde el punto de vista léxico, en sus usos no realizativos, pues el contenido semántico que añaden en los usos autorreferenciales redundará exclusivamente en una expresividad de tipo emotivo, que podrá tener variadas aplicaciones de orden retórico o estilístico, pero no una explicitación de la forma en que se está llevando a cabo una solicitud, esto es, *cum clamore*. Si, según veíamos, el empleo realizativo de un verbo con posibilidad de recibir una interpretación realizativa explícita se puede concebir en términos conceptuales como «te pido (a través del verbo que estoy usando) algo», el contenido de este lexema no puede actualizarse en términos semejantes, es decir, no es sostenible, cuando este concurre en tales usos, una interpretación paralela del tipo *«te reclamo (a través del verbo que estoy usando [en voz alta y de manera insistente y repetida]) algo».

Y podemos intentar dar una explicación atendiendo nuevamente al origen etimológico que hemos defendido. Si este ha de relacionarse con un grupo de lexemas expresivos reconocible tanto en latín (*flagrum, flagellum, fleo, fligo, flo, plango...*), como en otras lenguas de su tronco, es posible localizar en todos ellos un contenido que los unifica, la emisión de un ruido, que E&M reconocen explícitamente en la raíz **bhlag-* («faire du bruit»). El ruido, armar un escándalo, supone pues un efectivo procedimiento para provocar una reacción en quien lo sufre; y esta noción es muy cercana a la de la petición, tanto más cuando ese ruido se interpreta como un griterío, evidentemente, emisión humana con posibilidad de articulación lingüística. A partir de esa especialización de la raíz indoeuropea, la voz humana, modulada de manera conscientemente molesta para conseguir un determinado objetivo, habría caído en la órbita coactiva de los verbos de petición, pero, para ese momento, su empleo realizativo no podría hacer referencia ya a ese sentido originario. Estrictamente “gritar” no supone, por sí mismo, un acto de habla. Sin embargo, como ha quedado suficientemente claro a través de los ejemplos aducidos, *flagitare* no perdió nunca ese carácter expresivo, que se mantuvo de forma evidente en *flagitium*, lo que, unido a su sufijo de tipo durativo, aseguró siempre su pertenencia a la dimensión intensiva y la expresión de un contenido claramente emotivo.

Y es posible reconocer una formación del todo equivalente, aunque sin tanta fortuna como la anterior. Empleado por las *Leyes de las XII Tablas* y solo conocida por una anotación de Festo, la forma (*ob-*)*uagulatio*, que E&M no dudan en relacionar con *uagire*, es una formación expresiva a partir de una onomatopeya. La norma rezaba como sigue:

CVI TESTIMONIVM DEFVERIT, IS TERTIIS DIEBVS OBVAGVLATVM ITO (*lex XII tab. 2, 3*).

[Quien precisare el testimonio de una persona, vaya a pedírselo a gritos a su casa cada tercer día (ed. y trad. de C. Rascón García y J. M. García González).]

A lo que Festo (p. 514) aclara que «*uagulatio in XII significat quaestio cum conuicio*»; vemos así que existe una correspondencia exacta tanto del contenido semántico y los respectivos orígenes etimológicos de ambos verbos, como de los procedimientos que señalan.

Este valor intensivo, por otra parte, provocará una cierta redundancia semántica en los modificados de *flagitare* que, por lo demás, muestran un funcionamiento muy similar a los correspondientes de *poscere*, ya analizados.

VII.5.4.2.- *Efflagitare*.

Como su base, aunque con una representación mucho menor, este modificado presenta un marcado carácter intensivo, vehemente. El sustantivo de ella derivado aparece oportunamente opuesto en un fragmento de Tácito a una de sus contrapartidas desprovistas de este sema:

non enim *preces* sunt istud, sed *efflagitatio*, intempestiua quidem et inprouisa (Tac. *ann.* 2, 38, 2).

[En efecto, esto no son ruegos, sino una ruidosa reclamación, tan inoportuna como inesperada.]

Y dado el carácter intensivo de su base, el preverbio ablativo no hace sino redundar en ese valor, por lo que podría considerarse como una forma hipercaracterizada con un significado muy cercano al del lexema del que deriva³²⁵, aunque quizá con relieve de la forma “imperiosa” de enunciarse, algo similar a “importunar a alguien con reclamaciones”:

cum iste a Cn. Dolabella *efflagitasset* ut se ad regem Nicomedem regemque Sadalam mitteret (Cic. *Verr.* II 1, 63).

[Cuando este hubo reclamado imperiosamente a Gneo Dolabela que se le enviara ante el rey Nicomedes y el rey Sádala.]

Ello permite de nuevo su identificación con el escarnio público (*conuicium*) al que se ha hecho referencia. En el siguiente ejemplo, además, una metáfora convierte a las tablillas en las que se escribe un mensaje en portadoras de la voz de su autor:

³²⁵ De hecho, en los autores tardíos, el contenido estrictamente preverbal se debilitará igualándose el modificado a su base léxica.

epistulam hanc conuicio efflagitarunt *codicilli* tui (Cic. *ad Q. fr.* 2, 10, 1).

[Esta carta la reclamaron con escándalo y gran griterío tus tablillas.]

Podemos pues concluir que los preverbios ablativos (*de-*, *ex-*), combinados con los elementos integrantes de la dimensión coactiva, aportan, las más de las veces un contenido intensivo –que en este caso resulta ser doble, por el propio que presenta la base–, de modo que el valor sémico que los caracteriza y que redundante en la idea (muy gráficamente representada en *exigere*) de «hacer salir» una acción de un individuo, concebido como recipiente, se traduce en estos casos en una intensificación clasemática en su aspecto extensional.

VII.5.4.3.- *Reflagitare*.

El funcionamiento de esta formación guarda igualmente un estrecho paralelismo con el correspondiente de *poscere*, marcando una acción complementaria sucesiva con las mismas características de la base: la reclamación se efectúa rodeada de gritos y con un contenido de hostigamiento. Ello se observa claramente en el poema 42 de Catulo, que puede ser considerado como el remedo paródico y en clave literaria –hay quien habla incluso de subgénero– de los mencionados *conuicia*. En él, el poeta incita a reclamar de una dama que no le corresponde los *hendecasyllabi*, los versos de amor, que le había dedicado (*cf.* Veyne, 2001: 78):

circumsistite eam, et *reflagitate*: / ‘moecha putida, redde codicillos; / redde, putida moecha, codicillos!’ (Catull. 42, 10-12).

[Rodeadla y reclamad a gritos: ‘¡Sucia mujerzuela, devuelve los cuadernitos; devuelve, sucia mujerzuela, los cuadernitos!’.]

Y un poco más abajo, se hace explícita la forma de pedir que caracteriza el contenido de este verbo, junto con la repetición, a modo de estribillo, de la acción restitutiva que se pretende desatar y las injurias que la acompañan:

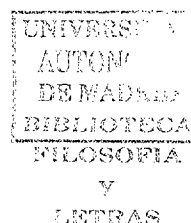
conclamate iterum *altiore uoce*: / 'moecha putida, redde codicillos; / redde, putida moecha, codicillos!' (Ibíd. 18-20).

[Gritad todos de nuevo en voz más alta: '¡Sucia mujerzuela, devuelve los cuadernitos; devuelve, sucia mujerzuela, los cuadernitos!'.]

VII.6.- LA DIMENSIÓN NO-COACTIVA.

A diferencia de la estructura funcional que muestra la dimensión coactiva, es posible encontrar en su contrapartida no-coactiva un término al que su puntual indiferencia a un perspicuo criterio diferenciador permite su caracterización como protollexema, *rogare*. Tal criterio no es otro que la actitud humilde y suplicante que adopta el solicitante en algunas ocasiones y que, en términos semánticos, será interpretado como un sema /rogativo/ que define buena parte de los miembros de la dimensión no-coactiva. Aunque resulte paradójico decir que precisamente es *rogare* el término indiferente a esta oposición, la denominación que atribuimos al elemento diferenciador quedará perfectamente justificada una vez abordada la particular evolución semántica que experimentó este lexema (VII.6.1.1).

Otra importante diferencia, en este caso restringida a la dimensión rogativa, con respecto al anterior grupo léxico, radica en la relación de solidaridad que establecen sus miembros con un grado jerárquico del emisor inferior al de su interlocutor. La fuerte vinculación que se establece entre esas dos clases semánticas resulta plenamente reconocible si tenemos en cuenta cómo —contradiendo principios muy vigentes en muchas lenguas modernas—, en latín no resulta plenamente funcional el fingimiento de una posición jerárquica subordinada como estrategia de cortesía. El mantenimiento de las estructuras jerárquicas es defendido con denuedo en la sociedad antigua. Muy tajante se muestra Esceparnión, un siervo en realidad, ante la solicitud de Ampelisca, en el *Rudens* plautino:



AM. haec sacerdos Veneris hinc me petere aquam iussit <sibi>. / SC. at ego basilicus sum: quem nisi oras guttam non feres (Plaut. *Rud.* 430-431).

[AM. La sacerdotisa de Venus me ordenó que viniera aquí a pedir agua. ES. Pero resulta que yo tengo sangre real. Así que si no me lo ruegas no conseguirás ni una gota.]

El criterio que imponen las diferencias sociales constituye, la mayoría de las veces, un valor inquebrantable que impele a su acatamiento por ambas partes. Un individuo nada puede imponer a sus superiores, por lo que, para influir en su comportamiento, su única alternativa es codificar lingüísticamente su inferioridad y apelar a la magnanimidad de su interlocutor, a su *fides*, la virtud de los más poderosos. Y, como ya hemos tenido ocasión de ver, incluso las relaciones familiares se articulan en tales términos:

PAM. quid agimus, soror, si offirmabit pater aduersum nos? PA. *pati* / nos oportet quod ille faciat, quous *potestas* plus potest. / exorando, haud aduersando sumendam operam censeo: / gratiam per si petimus, spero ab eo impetrassere; / aduersari sine dedecore et scelere summo hau possumus, / neque equidem id factura neque tu ut facias consilium dabo, / uerum ut exoremus. noui ego nostros: exorabilest (Plaut. *Stich.* 68-74).

[PAN. ¿Y qué hacemos, hermana, si nuestro padre se empeña en oponerse a nuestros planes? PA. Nos conviene aguantarnos con lo que haga porque tiene potestad sobre nosotras. Debemos esforzarnos en doblegarlo con súplicas más que en contradecirle: si se lo pedimos por favor, espero que lo conseguiremos. No podemos oponernos a su voluntad sin deshonor e ignominia. Y ni yo me voy a prestar a eso, ni te aconsejo que tú lo hagas. Conviene suplicarle. Conozco bien a nuestra familia y él se ablanda con los ruegos.]

La única salida para conseguir los objetivos pretendidos es intentar ablandar la voluntad del padre por medio de súplicas, u otro tipo de estrategias, como la *blanditia*.

Estas aseveraciones, con todo, han de entenderse como principio general –con gran vigencia, por lo demás–, pues es posible encontrar algunos casos en que resulta quebrantada (*cf. supra*, VII.3). Así, por ejemplo, el prólogo del *Anfitrión* nos presenta a un Mercurio que, siguiendo órdenes de su padre, ruega al público que la comedia que viene a presentar sea juzgada con justicia. Estas son sus palabras:

pater huc me misit ad uos *oratum* meus; / tam etsi *pro imperio* uobis quod dictum foret / scibat facturos, quippe qui intellexerat / uereri uos se et metuere, ita ut aequom est Iouem. / uerum profecto hoc petere me precario / a uobis iussit leniter dictis bonis (Plaut. *Amph.* 20-25).

[Mi padre me envió aquí a que os rogara, aunque sabía que, por su gran poder, haríais todo lo que os dijera, pues entiende que le tenéis gran veneración y respeto, como se debe tener a Júpiter. Pero la verdad es que me mandó que os lo pidiera por medio de ruegos, suavemente y con buenas palabras.]

Sin embargo es posible encontrar explicación a esta aparente contravención del principio de jerarquías. El prólogo de las comedias constituye en realidad un trasunto del autor y tal ruego ha de entenderse más bien como un intento de granjearse la atención y la buena disposición del público, según exige el procedimiento de la *captatio beneuolentiae*.

La presente sección se articula nuevamente en apartados en los que se estudian los lexemas integrados por grupos lexemáticos puesto que, sin tener en cuenta la notoria excepción de *exorare*, los lexemas modificados resultan funcionar de manera análoga a su base con respecto a los criterios diferenciadores con los que se articula el campo. Así, comenzaremos con el análisis de *rogare*, término carente del sema rogativo, al menos de manera inherente, y especializado en el lenguaje técnico de la legislación. Como protolexema, *rogare* podrá recibir empleos marcados, rogativos (lo mismo que, según vimos, *petere* puede recibir empleos marcados, coactivos) y terminará por deslizarse definitivamente a esa esfera, hasta llegar a tener un empleo específico constante en este sentido. De ahí nuestro *rogar* y la denominación que hemos elegido para ese sema. Otros términos (*procari*) carecen igualmente de rasgos suplicantes, pero su particular caracterización sémica coarta un empleo genérico como el que muestra *rogare*. Pasaremos revista después a los términos marcados que componen la dimensión rogativa. *Orare* será el primero, pues a diferencia de los que veremos a continuación (*implorare*, *supplicare*, *quiritare*) no participa del aspecto intensivo de estos últimos. Existen además algunos lexemas caracterizados por la carencia del solicitante (*mendicare* o el arcaico *aeruscare*), lo que los incluye de lleno en esta dimensión. Todos ellos ponen de manifiesto una relación de tipo vertical entre los interlocutores que no ha

de apreciarse necesariamente en el primero. Dejaremos para el final el tratamiento de *precari*, en el que el sema rogativo no hace su aparición de manera tan clara, al menos en lo que a su empleo en el lenguaje de la religión –estatal debemos añadir– se refiere; sin embargo, posee también usos con este sentido. Pero su tratamiento se plantea de forma independiente por su profunda especialización en el lenguaje formulario del léxico técnico religioso, esto es, por su recurrente caracterización a través de un segundo actante animado de clase divino. El lenguaje religioso impondrá además una continuada influencia sobre distintos aspectos formales y de realización del acto petitorio. La tendencia a la acumulación de lexemas no-coactivos, por ejemplo, es sin duda debitaria de giros estereotipados propios de lenguaje sacro-legal más arcaico. Pero su aparición trasciende esos límites y se deja notar hasta en los registros más coloquiales.

Por último, debemos recordar, además, otros lexemas ya analizados previamente (V), pues es posible reconocer, junto a su funcionamiento parentético allí indicado, construcciones plenas que funcionan en paralelo a las que aquí analizamos. El carácter de *quaeso*, a la luz del estudio de su peculiar comportamiento, se nos antoja semejante al de *rogare*, si bien su alto grado de especialización en la función parentética y su consecuente gramaticalización limitaron mucho la variedad de sus usos. Los datos con los que Mesa Sanz (1998^c: 125) compone la siguiente tabla resultan muy elocuentes con respecto a sus preferencias:

QVAESO	parentético	ut+subjuntivo	ne+subjuntivo	subjuntivo
Ciceron (219)	90'42%	6'85%	1'83%	0'9%
Plauto (159)	80'67%	14%	3'33%	2%
Terencio (50)	84'6%	12'07%	-	1'33%
Séneca (7)	71'43% (5)	-	-	28'57% (2)

Algo similar podemos decir para el, aún más restringido, empleo puntual en estructura plena de *amabo*, aunque, evidentemente, definido sinfásicamente por su especial conexión con el lenguaje de las mujeres.

A diferencia de ellos, debido a su origen etimológico, *obsecrare* se implanta preferentemente en la clase intensiva, como consecuencia de su traslado del lenguaje técnico religioso a las intervenciones coloquiales.

Así pues, una vez realizadas estas precisiones previas, pasemos ya al análisis individual de los lexemas de la dimensión no-coactiva.

VII.6.1.- *ROGARE* Y SU GRUPO LEXEMÁTICO.

Resulta ineludible, al abordar el origen etimológico de *rogare*, el reconocimiento de su parentesco con *regere*. Quizá, como plantean E&M, la raíz **reg'*- designase el “movimiento en línea recta”, pero pasaría pronto al significado básico apreciable en latín de “fijar una línea” o “dirigir, guiar”. Así el *rex* es, en principio, el encargado de trazar las líneas rectas (*regere fines*) que han de definir la morfología de una nueva ciudad, tal como hizo Rómulo en tiempos primigenios: «*Romulus regiones direxit tum cum urbem condidit*» (Cic. *diu.* 1, 17). Las derivaciones morales de este concepto no plantean mayores complicaciones.

Con respecto a *rogare*, los citados autores se limitan a señalar esta relación, pero eluden el análisis y el sentido originario de su formación. Sin duda fijándose en la alternancia radical, Rubio & Fernández (1990³: 132) interpretan este verbo, frente a *rego* (“alinear”), como un causativo estricto, en los siguientes términos: «hago (a alguien) expresar (propiamente ‘alinear’) (algo)», lo que desembocaría en el sentido propio de una expresión como *rogo senatorem sententiam*, «hago al senador expresar su parecer», o sea «pido al senador su parecer»³²⁶.

Y es posible que así haya sido en origen y que ese carácter causativo tenga su razón de ser en el lenguaje jurídico, aunque nos inclinamos más a pensar en el procedimiento de ratificación pública de un proyecto de ley, por cuyos cauces había de transitar necesariamente para que tal proyecto devenga norma legal inamovible. Y, sin embargo, creemos haber dejado ya claro que el concepto de causatividad es

³²⁶ En la misma línea, García-Hernández (1994: 382) explica la construcción de doble acusativo de verbos causativos como *doceo*, en estrecha conexión con el concepto de diátesis léxica. Este engloba por tanto el contenido semántico de su complementario (*disco*), al que agrega un sema causativo (*facio*). El verbo resulta ser así una amalgama de dos acciones, cada una de las cuales exige su propio régimen en acusativo.

incompatible con la definición semántica de la pregunta y aún menos de la petición, acepciones básicas documentadas desde épocas tempranas para este lexema, por lo que el doble acusativo que presenta en muchos de sus usos concretos no puede ser imputado a una tipificación como esa. De hecho, hemos visto cómo el doble acusativo –o al menos el acusativo como marca para el segundo actante humano– se evidencia desde las primeras atestaciones de otros muchos lexemas petitorios en los que no es posible reconocer una *Grundbedeutung* de aspecto causativo. En consecuencia, preferimos considerar los aspectos psicológicos ya tratados (*supra*, VI) como causa de esta inusitada complementación.

Nos interesa más, por tanto, reconocer la génesis del contenido “pedir” en este lexema. En otro lugar (Unceta, en prensa) han sido expuestas nuestras opiniones al respecto. La imposibilidad de atribuir una intencionalidad comunicativa exclusiva a la modalidad frástica interrogativa –que puede recubrir invitaciones, consejos, reproches y, cómo no, peticiones, entre otras– ha llevado a propuestas como la que allí seguíamos (*cf.* Escandell Vidal, 1988) que conciben la oración interrogativa como una función proposicional abierta. Ese carácter abierto, en conjunción con determinados criterios contextuales, permite que sea el interlocutor que la recibe el encargado de «cerrarla», de proporcionarle una interpretación. Del mismo modo, la función ilocutiva inquisitiva no resulta patrimonio exclusivo de los enunciados interrogativos. Hemos repasado además (*supra*, III.5), la opinión de varios autores con respecto a la inclusión de la pregunta como tipo específico de petición y, en virtud de la proporcionalidad en los procesos lexemáticos que establecen las acciones verbales de ‘petición’ y ‘pregunta’, convinimos en que, al menos en la lengua latina, la pregunta se concibe, a un nivel cognitivo, en los mismos términos de intercambio material que estructura la petición. Y, en virtud de las relaciones diatéticas que establece con *dico* y *do*, reconocimos allí también la necesidad de atribuir una duplicidad significativa a *rogare*.

Con la ayuda de todos estos datos, según argumentábamos en el mencionado trabajo, es posible establecer una conexión entre la frecuente aplicación de enunciados interrogativos para la realización de actos de habla de tipo directivo no-impositivo y la evolución semasiológica que experimentó este lexema³²⁷. De hecho, existen empleos

³²⁷ El significado “pedir” es con toda seguridad secundario y derivado del primero. Tomando como referencia el *corpus* plautino por su antigüedad y extensión, hemos constatado que, de las 190 apariciones

límite entre ambas nociones. Así ocurre, por ejemplo cuando se explicita en el contenido sintagmático del verbo la respuesta verbal que persigue una pregunta:

rogaui ut diceret quid haberet in animo (Cic. *Att.* 8, 10).

[Le he pedido que me dijera qué es lo que piensa hacer.]

Y lo mismo podemos decir de contextos como el que reproduce el siguiente fragmento, que supone un nuevo ejemplo de *stipulatio*:

CH. pater hic Mnesilochi est; sequere, is promittet tibi. / tu aurum *rogato*; ceterum uerbum sat est. / NI. quid fit? CH. ducentis Philippis rem pepigi. NI. ah, salus / mea, seruauisti me. quam mox dico ‘dabo’? / CH. *roga* hunc tu, tu promitte huic. NI. promitto, *roga*. / CL. *ducentos nummos aureos Philippos probos / dabin?* CH. ‘dabuntur’ inque. *responde*. NI. *dabo* (Plaut. *Bacch.* 877-883).

[QUE. Este es el padre de Mnesíloco; sígueme. Él te hará la promesa. Tú pídele el oro; basta ya de palabras. NI. ¿Qué ocurre? QUE. Llegué a un acuerdo por doscientos filipos. NI. ¡Ah, estoy salvado! ¿Cuándo podré decir: ‘te los daré’? QUE. Pregúntaselo a él. Y tú, prométeselo. NI. Lo prometo; pregunta. CL. ¿Me darás doscientos filipos de oro auténticos? QUE. ‘Te los daré’, dilo. Responde. NI. Te los daré.]

Así pues, es posible concluir que, por lo que a este verbo se refiere, se produce en su evolución semasiológica un claro ejemplo de interferencia entre semántica léxica y semántica oracional, pues los empleos concretos de la modalidad frástica interrogativa han ejercido una decisiva influencia en el desarrollo de un significado derivado “pedir” en el lexema que recoge el acto verbal de la pregunta.

que allí se cuentan, únicamente 38 corresponden claramente a este significado, lo que supone una cantidad insignificante, y muchas de ellas en empleos límite que permiten su interpretación como *uerbum petendi* sólo de manera un tanto forzada. El primario, pese a esta evolución, siguió siendo funcional a lo largo de toda la latinidad.

VII.6.1.1.- *Rogare*.

Pues bien, en esta última acepción, la que suscita nuestro interés, *rogare*₂ es claramente ajeno al criterio diferenciador que se ha revelado funcional en esta dimensión. El sema rogativo, a todas luces distinto del aspecto intensivo, pone de manifiesto la inferioridad jerárquica del emisor con respecto al destinatario de su mensaje.

Sin embargo, el término que ahora nos ocupa resulta especialmente apto para ser empleado en contextos de igualdad social manifiesta. En este sentido, resulta llamativo su profuso empleo realizativo en el epistolario personal de Cicerón. Es decir, que a diferencia de lo que ocurría en la dimensión coactiva y también de los lexemas en los que nos detendremos en las siguientes secciones, este no lexicaliza relación jerárquica alguna, sino que, por lo general, *rogans* y *rogatus* se encuentran en una situación de paridad. Posee, por lo tanto, un carácter genérico que lo distancia del resto de su grupo y designa una petición realizada con amabilidad y respeto, en consonancia con unas convenciones sociales básicas y, por ello, sin imposición de la voluntad, hecho que lo incluiría más bien en la dimensión coactiva.

Precisamente este aspecto es el que lo distingue del poco representado *procare* (-i), cuya caracterización sémica recomienda su definición como término no-coactivo. O se pide de acuerdo con los principios de la *urbanitas* (entendida esta, en sentido amplio, como norma de comportamiento), con los principios sociales considerados adecuados, o se actúa con descaro e insolencia (*cf. supra*, VI). Es posible, pues, reconocer entre ambos lexemas una relación de alternación.

Pero la caracterización neutra, genérica, de la petición que designa *rogare*, realizada con respeto y de acuerdo con unas convenciones sociales básicas, no puede ser confundida con una actitud suplicante o una muestra de inferioridad, ni tan siquiera como estrategia de cortesía. De este modo, el verbo se muestra muy proclive a empleos en los que resulta patente la igualdad social entre los individuos y el carácter colaborativo de las relaciones que entre ellos se fomentan. La petición entre vecinos resulta un buen ejemplo:

cultrum, securim, pistillum, mortarium, / quae utenda uasa semper *uicini rogant* (Plaut. *Aul.* 95-96).

[El cuchillo, el hacha, el mortero o el mazo, los instrumentos que siempre solicitan los vecinos.]

Y su uso es aún más adecuado cuando el vínculo es más estrecho, como en el caso de la amistad:

LY. *amice amico operam dedi: uicinus quod rogauit, / hoc emei mercimonium. mea es tu, sequere sane* (Plaut. *Merc.* 499-500).

[LI. A un amigo le he hecho un favor de amigo: porque mi vecino me lo solicitó, he comprado esta mercancía. Eres mía; vamos, sígueme.]

CA. *dum occasio ei <rei> reperiatur, interim / ab amico alicunde mutuom argentum roges* (Plaut. *Trin.* 757-758).

[CA. Mientras que se presenta la ocasión, podrías solicitar el dinero prestado a algún amigo.]

Afectos como este, claro está, suponen siempre un pretexto perfecto al que apelar para conseguir los ansiados objetivos. Y si existe un acto que denote inmediatamente una relación de camaradería entre sus participantes, este es la invitación. Por ello, el verbo *rogare* adquirió pronto el sentido específico de “invitar”, acción verbal perfectamente parafraseable como “pedir la asistencia de alguien”. Es posible suponer en su origen una elipsis de la oración subordinada con la que se haría explícito este contenido, así, por ejemplo en Cic. *Att.* 2, 3, 4: «*et Pomponiam Terentia rogat (sc. ut ad se ueniat)*»). Pero tal contenido llegó a lexicalizarse y a incorporarse en el sentido base del verbo, para convertirse en una de las peticiones específicas a las que pasábamos revista previamente. Este empleo regular de *rogo* en semejantes fórmulas pudo incluso llegar a provocar una eliminación parcial de *inuito* en latín vulgar (cf. Hofmann, 1958: 256). El valor se pone igualmente de manifiesto en sus derivados *rogatio* y *rogatus* (-us), y lo observamos en la siguiente equiparación con otro término equivalente:

nam cum feriis Latinis ad eum ipsius rogatu arcessituque uenissem (Cic. *nat. deor.* 1, 15).

[Pues cuando, en la celebración de las ferias latinas, él había ido a su casa a ruego e invitación de él mismo...]

Por tanto, resulta clara la inclusión de este lexema en lo que Brown & Gilman denominan relaciones de solidaridad. Se trata, según vimos (III.5), de relaciones de tipo horizontal y, por tanto, simétricas y ajenas al criterio de autoridad que afecta a las de tipo vertical, bien sea en dirección descendente (con atribución de esa caracterización al hablante) o ascendente, como veremos en el caso de los verbos marcados con el sema rogativo. Resulta muy llamativo comprobar cómo en el tramo final de *Los Menecmos* y tras algunas peticiones en las que queda bien clara la situación servil de Mesenión (*sed, patrone te opsecro*, v. 1032) es precisamente tras recibir la manumisión por parte de su amo cuando se expresa en los siguientes términos:

(...) MES. scitin quid ego uos *rogo*? / MEN¹. quid? MES. praeconium mi ut detis. MEN². dabitur (...) (Plaut. *Men.* 1154-1155).

[MES. ¿Sabéis lo que os pido? MEN¹. ¿Qué? MES. Que me deis a mí el pregón. MEN². Eso está hecho.]

Obviamente, en los casos en que este lexema es empleado en una situación de desigualdad descendente (*amo* → *esclavo*), lo que se pondrá de manifiesto es la mera falta de coactividad en la directiva, pero, servirá igualmente para eliminar cualquier rasgo suplicante de la enunciación que no se adaptaría al tipo de relación existente entre los interlocutores. En el siguiente parlamento, un esclavo recoge las palabras que dirige su amo a otro miembro de la *familia*:

DR. heus, Syre! rogat te Ctesipho ut redeas (...) (Ter. *Ad.* 776).

[DR. ¡Eh, Siro!, Ctesifonte te pide que vuelvas.]

Por todos estos motivos es también evidente su idoneidad para la formulación de una petición rutinaria como las que implican los trámites burocráticos:

tandem abii *ad praetorem*; ibi uix requieui: / *rogo syngraphum*: datur mi ilico: dedi Tyndaro: ille abiit domum (Plaut. *Capt.* 505-506).

[Al fin voy ante el pretor; allí descansé un poco. Le pido un salvoconducto y enseguida me lo da. Se lo di a Tíndaro y él se marchó a su patria.]

Vemos, pues, cómo *rogare* resulta, como lexema carente de sema rogativo, el candidato perfecto para la expresión del contenido general de esta dimensión, esto es, para su expresión protolexemática³²⁸. Pero, precisamente por esa naturaleza, estará habilitado también para la expresión del término marcado de la oposición privativa de la que forma parte; por su naturaleza de término no-marcado estará sujeto a eventuales neutralizaciones que consisten «en la suspensión ocasional de una oposición que funciona en el sistema» (García-Hernández, 1976: 30). Así puede intuirse, por ejemplo, en la poesía elegíaca de Catulo, donde las peticiones entre los amantes poseen un claro carácter vehemente. En ellas, si bien no es preciso interpretar una desigualdad real, es posible reconocer un efectivo procedimiento expresivo. Nos hallamos, pues, ante su sumisión contextual al influjo de la dimensión vertical:

nec te requiret nec rogabit inuitam; / at tu dolebis, cum rogaberis nulla (Catull. 8, 14-15).

[Ni te perseguirá, ni te dirigirá ruegos que tú no quieres. Pero te lamentarás cuando nadie te requiera de amores.]

quare, si sapiet, uiam uorabit, / quamuis candida milies puella / euntem reuocet, *manusque collo / ambas iniciens* roget morari (Ibíd. 35, 7-10).

[Por eso, si es sensato, devorará el camino, aunque su bella amiga le llame mil veces en su marcha y, poniéndole ambas manos en el cuello, le ruegue que se quede un poco más.]

Y ese mismo *corpus* nos proporciona otro importante dato, su empleo en ámbito religioso:

quod tu cum olfacies, *deos rogabis*, / totum ut te faciant, Fabulle, nasum (Ibíd. 13, 13-14).

[Porque, cuando lo huelas, pedirás a los dioses que te conviertan en nariz, Fábulo.]

Aunque, según veremos, el término precativo por antonomasia no está caracterizado estrictamente con el sema rogativo, por lo menos en lo que a sus aplicaciones en la religión estatal se refiere, los cambios que esta irá experimentando y el fervor personal del fiel, que sí se deja notar en sus manifestaciones en ámbito

³²⁸ El cast. *solicitar* ofrece un excelente paralelo. En su primera acepción, el *DRAE* lo define como «pretender, pedir o buscar una cosa con diligencia y cuidado»; y aún más interesante resulta la cuarta: «pedir una cosa de manera respetuosa o rellenando una solicitud o instancia».

privado, dejarán una clara impronta en el desarrollo semasiológico de *rogare* y, a la inversa, este será fiel reflejo de esos cambios.

Pues bien, con el tiempo, esta neutralización experimentará una poderosa tendencia a hacerse sistemática, esto es, a convertirse en un sincretismo, y *rogare* terminará por deslizarse de manera permanente a la dimensión rogativa. De ahí el nombre que hemos elegido para ella. Parece que en época posclásica ese traslado no tiene ya marcha atrás:

molestum uerbum est, onerosum, *demisso uoltu*, dicendum: ‘*rogo*’ (Sen. *benef.* 2, 2, 1).

[Es una palabra molesta, que cuesta, que hay que decir con la cabeza gacha: ‘te lo ruego’.]

illos ergo roges quidquid paulo ante petebas / a nobis (...) (Iuu. 9, 114).

[Hazle a estos el ruego que hace un momento nos pedías a nosotros.]

Y en la obra de Petronio resulta ya uno de los verbos más usuales para la designación de la petición no-coactiva rogativa:

nam puer quidem, qui ceciderat, circumibat iam dudum pedes nostros et missionem rogabat (Petron. 54, 3).

[Pues el joven que se había caído, hacía ya rato que estaba dando vueltas alrededor de nuestros pies y rogando perdón.]

profusis ego lacrimis rogo quaesoque, ut mecum quoque redeat in gratiam (Ibíd. 99, 2).

[Con lágrimas en los ojos, le ruego y le suplico que se reconcilie conmigo.]

Pero no es suficiente con fijarnos en su carácter de término no marcado. En esta transferencia tuvieron decisiva influencia otros factores. En primer lugar, debemos destacar el galopante auge de su empleo como partícula ilocutiva parentética en el latín coloquial de esta época, función en la que terminó por desplazar a las estudiadas en el capítulo V, que no han dejado continuadores romances. Por su carácter no-intensivo, se encargaría fundamentalmente de ocupar la vacante dejada por *quaeso*, en franca decadencia en la obra del mencionado autor. La repetida inserción en enunciados directivos, con finalidad mitigatoria de la fuerza impresiva, provocaría un cierto automatismo que derivaría, de acuerdo con su contribución a la expresión de la cortesía,

en la adopción de un sema rogativo contextual que acabaría por formar parte constante de su núcleo sémico. En combinación con su cada vez más frecuente índice de aparición, ello supondría el comienzo de la impostación de una posición inferior en la escala de jerarquía como síntoma inequívoco de estrategia de cortesía.

Así mismo, y en íntima conexión con este aspecto, se constata su paulatina pero segura inserción en el léxico técnico religioso, hasta que la lengua de la Iglesia, responsable en muchas ocasiones de la fijación de ciertas tendencias populares³²⁹, provocara su especialización definitiva en este ámbito. El lexema va perdiendo el carácter neutro que le atribuíamos y, en el momento en que nuevos dogmas de fe –con mayor incidencia en la experiencia personal que en el acto comunitario– irrumpen en el horizonte religioso romano, se erige en término precativo con un acusado contenido respetuoso. Los testimonios de esta época (y algunos anteriores, *cf.* Tib. 3, 11, 20, *cit. supra*) son muy elocuentes:

‘tunc scito esse te omnibus cupiditatibus solutum, cum eo perueneris, ut nihil *deum* roges, nisi quod rogare possis palam’ (Sen. *epist.* 10, 5).

[Entérate bien de que estarás libre de todas las pasiones cuando hayas llegado al punto en el que no ruegues nada a la divinidad, a no ser que puedas rogarlo en presencia de todos.]

nihil in templo precatus es: igitur magus est; aut cur *deos* non rogasti? (Apul. *apol.* 54, 7).

[No pronunciaste ninguna plegaria en el templo: por tanto, eres un mago; o, ¿por qué si no, no rezaste a los dioses?]

E incluso tenemos algunos ejemplos en las *tabellae defixionum*. Sin embargo, la prueba definitiva nos la proporciona nuestra propia lengua. El verbo *rogar* (“pedir por gracia una cosa” o “instar con súplicas”, *DRAE*) posee una rica familia léxica con gran incidencia en el lenguaje sacral: *rogación* (“letanías en procesiones públicas, que se hacían en determinados días del año”), *rogaria* (“función religiosa del pueblo para pedir remedio en una necesidad”) o *rogativa* (“oración pública hecha a Dios para conseguir el remedio de una grave necesidad”).

Todos ellos aseguran este desarrollo semasiológico que se produjo, en resumen, con paso consecutivo por los siguientes estadios: por su carácter protolexemático,

³²⁹ Recuérdese cómo *quaeso*, con gran incidencia en el léxico propio de la plegaria, era igualmente una forma bien coloquial.

rogare estaba llamado a experimentar neutralizaciones contextuales con los lexemas marcados con los que establecía oposición privativa en su dimensión específica. Esas neutralizaciones, unidas a su empleo, cada vez más frecuente, en posición parentética con objetivos corteses, terminaron constituyendo un sincretismo por adición permanente de un sema específico /rogativo/ a su núcleo significativo. Pertrechado con esa nueva caracterización funcional, el lexema estaba ya preparado para recibir empleos en el lenguaje técnico de la plegaria, lo que supuso que, en tal ámbito, recibiese una caracterización más, esta vez en su primer complemento animado. Sin embargo, es necesario añadir que esa especialización no impidió nunca su frecuente aplicación en el terreno de las relaciones humanas. No bien hubieran operado todos estos cambios, se perdería definitivamente la distinción en la esfera no-coactiva entre términos rogativos y su realización protollexemática carente de esa marca.

Pero mucho antes de producirse esta especialización, el lexema muestra especial querencia por su aplicación en el lenguaje jurídico, restringido preferentemente al ámbito legislativo, por lo que, en el reparto de atribuciones con *postulare*, ambos quedan perfectamente diferenciados. Y, para entender las propias de *rogare*, es necesario que nos detengamos un instante en las tareas legislativas de las asambleas populares.

La *lex romana* es, en palabras de D'Ors (1969: 138), «una declaración imperativa impuesta por el que tiene potestad y aceptada por los que deben cumplirla». Esta podrá ser pública o privada y es en el último ámbito donde *rogare* y su familia léxica despliegan una gran riqueza expresiva y funcional. Frente a la antigua *lex data*, impuesta, la acción legislativa se concibe en época republicana como un acto compartido entre los magistrados y el pueblo³³⁰. Pero, pese a los intentos populistas de atribuir a este último una *summa potestas*, la desigualdad del papel de ambos en ese proceso resulta evidente: únicamente el magistrado posee el derecho real de convocar la asamblea y, lo que es más importante, redactar y enunciar un proyecto de ley (*rogatio*).

El proceso comportaba, de manera general, las siguientes etapas: tras su aceptación por parte del senado en pleno, el texto es presentado (*proponitur*) al pueblo reunido en los comicios y, pasado un tiempo, el proyecto de ley era discutido en distintas sesiones asamblearias populares (*contiones*). Finalmente, el pueblo tenía el

³³⁰ Véase Valette-Cagnac (1997: 187-203).

derecho de ratificar su aceptación de la misma en una votación, pero, en ningún caso podía modificar el proyecto existente.

Ese día, con el pueblo ordenado por centurias o tribus, tras la toma de auspicios y la imposición de un silencio indispensable para su efectividad, el presidente de la sesión, generalmente el magistrado *rogator*, eleva una súplica propiciatoria a los dioses (*precatio*, *carmen*) y, acto seguido, realiza la lectura solemne (*recitatio*) de su proyecto de ley ante la asamblea. El texto, enteramente redactado en imperativos en *-to*, incluye una fórmula final mediante la cual se solicita de los comicios las órdenes necesarias para que las medidas enunciadas devengan ley («*uelitis iubeatis... haec ita ut dixi ita uos, Quirites, rogo*»; cf. Gell. 5, 19, 9). El voto del pueblo se concibe como una repuesta a la pregunta hecha por el magistrado para que acepte o rechace que el texto que él propone se convierta en ley. Este podía expresar su aceptación (mediante la fórmula «*uti rogas*») o preferir la situación anterior y, por tanto, vetar la propuesta, diciendo «*antiquo*». Tras él, se proclama el resultado del sufragio (*renuntiatio*) y se cierra la sesión. Ese es el momento clave en que el proyecto cambia su categoría y se convierte en *lex*³³¹, desde ese momento, intocable y solo revocable mediante un proceso de abrogación. La proclamación solemne pone de manifiesto el poder pragmático de la palabra pronunciada en la sociedad romana³³².

Así, según explica Valette-Cagnac (1997: 197), esta situación de diálogo refleja la naturaleza ambigua de la ley romana. En las formas legales más arcaicas, no hay ningún destinatario preciso, el texto se redacta de manera impersonal; la *ius*, de la que nadie es teóricamente autor, habla en su propio nombre. El estatuto de la *lex rogata* es, en cambio, menos neto, puesto que existe un magistrado que es explícitamente su autor,

³³¹ *Rogatio est cum populus consulitur de uno pluribusue hominibus, quod non ad omnes pertineat et de una pluribusue rebus, de quibus non omnibus sancitur. Nam quod in omnes homines resue populus sciuit, lex appellatur* (Fest. p. 326).

³³² En efecto, la lectura de la *lex* se concibe como *conditio sine qua non* para la validez del acto y constituye la esencia de la legislación. Los textos de ley contienen gran cantidad de signos no referenciales (indicadores espaciales, temporales, pronombres personales...) que no adoptan sentido más que por medio de su carácter oral (Valette-Cagnac, 1997: 205). Téngase en cuenta igualmente la probable aunque discutida relación con *legere* (cf. E&M y Meillet, «Lat. *lex*», en *MSL*, 14, 1906-1908, p. 392). Y ya antes Bréal había sugerido su relación con la lectura («Memoire sur l'origine des mots *fas*, *ius* et *lex*», *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 32, 2, 1886, 1-11). Esta hipótesis se apoya en un texto de Varrón (*ling.* 6, 66: *etiam leges, quae lectae et ad populum latae quas obseruet*). Tal etimología supone, evidentemente, que la palabra *lex* hubiera aparecido en Roma una vez adoptada la escritura y que la ley romana esté indisolublemente ligada a esta invención. Cf. Valette-Cagnac (1997: 184ss) para una exposición crítica del problema con las oportunas referencias bibliográficas.

pero, al mismo tiempo, la ley se concibe como un *iussum populi*. Esta resulta así un acto bilateral, una especie de contrato.

Sin embargo, la opinión de D'Ors (1969) es más tajante al poner en tela de juicio ese carácter consensuado. A través de su comparación con el acto de la *stipulatio*, el autor pretende mostrar precisamente lo contrario: que la *rogatio* «como la *stipulatio* es un acto de superioridad y no un simple ruego. Porque la *stipulatio*, acto convencional, no es bilateral, en el sentido de la paridad entre las partes, sino un acto típico del acreedor, es decir, del estipulante» (p. 140). Ambos actos poseen además una determinada fuerza impresiva. Y ese carácter activo que se atribuye al *rogator*, no como mero enunciante de una pregunta dirigida a la ratificación de su proyecto por parte del pueblo, sino como la persona que dicta lo que otros deben aceptar, es precisamente lo que permite defender el carácter causativo que tendría el verbo en origen.

La *lex rogata* no se diferencia sustancialmente de la *lex data*, salvo en el rito encargado de solemnizarla. El proceso supone, en suma, un acto de superioridad. Y, con ese sentido causativo, su complementario resulta ser *sciscere*, que, con el contenido específico de “deliberar”, “votar”, indica nuevamente que «la función del pueblo es principalmente receptiva, frente al más activo *rogare* del magistrado»³³³. Por ello, el *iussum* del pueblo no es una orden o mandato, sino una mera autorización. La función del magistrado instituye pues una nueva ley y, por tanto, contribuye a la correcta «rección» del pueblo. Sin embargo, es muy probable que la modalidad frástica en que era enunciada la fórmula que permitía a esa ley cobrar entera validez, haya influido notablemente en su desvío secundario hacia un significado genérico de ella derivado (“preguntar”)³³⁴, en el que el aspecto causativo no tiene ya razón de ser y que permitió un nuevo traslado, esta vez al campo de la petición, en el proceso al que ya nos hemos referido³³⁵.

³³³ Cf. *ibid.* (p. 148): «Lo realmente sustancial en la intervención del Pueblo era la publicidad del acto, no la decisión popular. Las alternativas posibles del sufragio no eran propiamente decisiones políticas del Pueblo sino respuestas previstas en la decisión de un magistrado». Para Valette-Cagnac (1997: 201), sin embargo, sus afirmaciones son demasiado categóricas y conviene matizarlas: la *lex* crea una nueva obligación y por ello reclama la presencia del pueblo. Nosotros, no obstante, preferimos esta interpretación imperativa de la *rogatio*, pues permite entender el verbo como un arcaico causativo.

³³⁴ Podría verse el límite entre ambas acepciones en la ya mencionada expresión *rogare sententiam* (“preguntar la opinión”), de preferencia a un magistrado.

³³⁵ *Rogat est consulit populum, uel petit ab eo, ut id sciscat, quod ferat: unde nos quoque in consuetudine habemus pro petere et orare* (Fest. p. 356).

En íntima relación con estas atribuciones en el lenguaje jurídico encontramos una lexía con alto grado de fijación, que refrenda igualmente ese antiguo carácter causativo. La solicitud a los soldados de que hicieran un juramento de fidelidad (*sacramento rogare*) era el acto que les permitía enrolarse en el ejército y tenía un claro carácter obligatorio³³⁶:

obuios in agris *sacramento rogatos* arma capere et sequi *cogebat* (Liu. 32, 26, 11).

[Obligaba a los que le salían al paso en los campos, tras haber prestado juramento, a tomar las armas y seguirlo.]

A su lado, y en paralelo al empleo técnico de *poscere*, se observan por último algunos empleos de *rogare* especializado en el lenguaje mercantil, combinado con los participios *emptum* o *conductum*, para la expresión de la solicitud de compra o préstamo de algún bien.

Una vez trazadas las líneas generales de la evolución histórica de este lexema, abordaremos en las siguientes el estudio de sus numerosos modificados; a pesar de su profunda especialización en aspectos del ámbito jurídico muy determinados, es perfectamente reconocible en la mayoría de ellos el significado de la base que nos ocupa. Otras veces, sin embargo, el contenido específico de la petición pasa a ocupar el componente significativo del modificado, con indiferencia de su explicitación. Señalamos, por último, la existencia de *erogo*, *irrogo*, *praerogo* y *prorogo*, cuyo análisis será obviado puesto que en ellos las nociones significativas de la base están totalmente desvanecidas.

VII.6.1.2.- *Abrogare*.

El preverbio *ab-* expresa en este caso una noción de «privación» y «desposeimiento», típicamente ablativa y derivada de la función sémica de «separación del exterior de un límite» (García-Hernández, 1980: 129). Su uso en el ámbito jurídico

³³⁶ Similar es la solicitud de un garante legal (*fideiussorem rogare*): *quid enim si amicos adhibendos debitor requirat uel expediendi debiti uel fideiussoribus rogandis?* (Vlp. dig. 22, 1, 21).

resulta realmente extenso y apropiado para la expresión de la petición de la “anulación de una ley”:

abrogat qui alii aufert uel qui legem tollit (Gramm. VII 523, 14).

[*Abrogat* quien quita algo a alguien o quien anula una ley.]

Aunque sus complementos más habituales serán *legem* y, en menor medida, *fidem*³³⁷ y *honores*, podrá recibir usos ajenos a este ámbito de influencia, con el contenido genérico de “quitar”, “desposeer”:

conlegae magistratum per seditionem abrogauit (Cic. *Mil.* 72).

[De forma sediciosa, se apropió del cargo de su colega.]

Estas apreciaciones sirven igualmente para la caracterización sémica de *derogare*, cuya especialización en el ámbito jurídico fue aún mayor. Según señala D’Ors (1986: 63), la terminología de la revocación de una ley fue muy variable, pero ensaya una distribución originaria en los siguientes términos: una ley puede ser revocada (*abrogata*), cuando se da una nueva *rogatio* (*obrogare legem*). Pero también podía ser modificada solo en parte, (*derogata*), cuando ese sea el fin de la nueva ley (*errogare legem*³³⁸). Con el tiempo, prevalecieron *arrogare* y *derogare* en voz activa y, finalmente, solo este último como denominación general para el acto de revocar una ley. Analizaremos individualmente cada uno de estos modificados.

VII.6.1.3.- *Arrogare*.

El sentido del modificado por *ad-* aparece como opuesto al anterior, pues el preverbio confiere a la base una función sémica de «adaptación» y «atribución» y el significado “atribuir”, “apropiarse”, donde el sentido primordial de la base se encuentra algo difuminado:

³³⁷ Cf., por ejemplo, Plaut. *Trin.* 1048-1049: *male fidem seruando illis quoque abrogant etiam fidem / qui nil meriti; quippe eorum ex ingenio ingenium horum probant.*

³³⁸ Cf. Paul. Fest. p. 72: *exrogare est ex lege uetere aliquid eximere per nouam legem.*

adrogat aliquid sibi, etiamsi non meruit (Gramm. VII 523, 13).

[Se apropia de algo para sí, aunque no lo tenga merecido.]

Sin embargo, este carácter opuesto no establece estrictamente una relación de alternación, pues, desde el punto de vista intrasubjetivo y con respecto a un mismo objeto, es posible que ambas acciones establezcan un vínculo secuencial. Por ello no ha de extrañar la selección, que se produce nuevamente, del dativo de interés o del ablativo expresando separación en muchos de sus usos (cf. García-Hernández, 1980: 129).

A partir de este valor, no necesariamente derivado de la acepción de la base que nos interesa, es comprensible su cercanía con la dimensión coactiva. La acción que expresa *arrogare* supone en realidad un «acto de fuerza» y es posible encontrarlo yuxtapuesto a los lexemas caracterizados por ese contenido:

quoniam tu id tibi *adrogas* et concedi *postulas*, concedamus (Cic. *Quinct.* 56).

[Puesto que tú te arrogas ese derecho y reclamas su concesión, te lo concederemos.]

Además, según ya hemos advertido, ocurre en este caso un traslado del contenido sintagmático de una petición concreta al propio del verbo, es decir, se produce una lexicalización de ese contenido y el lexema pasa a ser la expresión sintética de una «petición específica». De tal modo, *arrogare* experimentará una especialización en la institución jurídica de la adopción³³⁹. Esta supone la inclusión de un individuo, con el que no se comparten lazos familiares, como hijo en el seno de la familia. Según la categoría jurídica que este poseyera (*sui iuris* o *alieni iuris*), se diferenciaba entre *adrogatio* y *adoptio*, siendo el primer tipo más antiguo.

Para realizar una *adrogatio*, se celebraba una solemne ceremonia ante treinta lictores y el adoptante estaba sujeto a ciertas restricciones: debía ser mayor de sesenta años y no tener hijos, propios o adoptivos, pues la finalidad primordial de este acto era asegurar la continuidad familiar a quien careciese de ella (cf. D'Ors, 1986: 282).

Aunque es posible, dada su entidad legal, que el verbo conservase, en principio al menos, el significado primitivo que hemos atribuido a *rogare*, el siguiente texto

³³⁹ Sobre la evolución de esta institución y los problemas que plantea, puede verse Castello (1967).

confirma su consideración como expresión sintética derivada de un trámite que entrañaba una solicitud.

populi auctoritate adoptamus eos, qui sui iuris sunt: quae species adoptionis dicitur adrogatio, *quia et is, qui adoptat, rogatur, id est interrogatur, an uelit eum, quem adoptaturus sit, iustum sibi filium esse*; et is, qui adoptatur, rogatur, an id fieri patiatur, et populus rogatus, an id fieri iubeat (Gaius *inst.* 1, 99).

[Por la autoridad del pueblo adoptamos a aquellos que son ciudadanos de pleno derecho; esta forma de adopción se llama *adrogatio*, puesto que el que adopta *rogatur*, es decir, es consultado, si desea que aquel al que va a adoptar se convierta en su hijo legítimo; y al que es adoptado se le consulta si permite que eso ocurra; y al pueblo se le consulta si ordena que eso ocurra.]

Así pues, por lo que respecta a este sentido específico, podemos considerar esa petición de aprobación subsumida en el contenido semántico del lexema.

VII.6.1.4.- *Corrogare*.

En este caso nos encontramos ante una modificación con un sentido sémico claramente «sociativo», de «convergencia» y «reunión». Tal función puede concretarse tanto en la confluencia de sujetos en un punto (tal es el caso de *competere*), como en la concentración de objetos. Precisamente este es el contenido que pone de manifiesto *corrogare*, en el que resulta por tanto necesaria la pluralidad de su objeto (cf. García-Hernández, 1980: 141 y n. 35). El lexema resulta bien representado en contextos de tipo económico:

pecunia ad necessarios sumptus corrogata (Caes. *ciu.* 3, 102, 4).

[El dinero para los gastos ineludibles fue reunido gracias a su solicitud.]

En sus empleos más tardíos dicho sentido será contaminado por la evolución que sufrió su base y adoptará, a imagen de ella, el contenido rogativo que terminará por caracterizarla, siendo su significado cercano a la perífrasis “recabar a fuerza de ruegos” y pudiendo incluso recibir aplicación en el ámbito religioso:

(Psyche) rata scilicet nullius dei fana ac caerimonias neglegere debere, sed omnium beniuolam misericordiam corrogare (Apul. *met.* 6, 1).

[En efecto, Psique pensaba que no se debía descuidar los templos y las ceremonias de ningún dios, sino granjearse con plegarias su benevolencia y compasión.]

Esa misma función del preverbio se manifestará igualmente en otros de los sentidos concretos que hemos reconocido en la base, la de la acción de convidar, con lo que su sentido pasa a ser el de “invitar en grupo”:

suos necessarios (...) *corrogat* ut ad tabulam Sextiam sibi adsint (...) postridie (Cic. *Quinct.* 25).

[Invita a sus compañeros más allegados a que se reúnan en el establecimiento de Sesto al día siguiente.]

VII.6.1.5.- *Interrogare*.

Poco claro es el valor que aporta el preverbio en este caso, pues si bien en algunas ocasiones se aprecia un valor frecuentativo en el plano extensional³⁴⁰, en la mayoría de sus usos este valor no es claro, comportándose simplemente a imagen de la base. Es necesario precisar, además, que este término se ha especializado por completo en el contenido primario de “preguntar”:

(...) MEN. quin [tu] me *interrogas* / purpureum panem *an* puniceum soleam ego esse *an* luteum? (Plaut. *Men.* 916-917).

[MEN. ¿Por qué no me preguntas si suelo comer pan de color púrpura, escarlata o amarillo?]

Por ello, su uso en contextos forenses (“interrogar”) o políticos (como la base, “consultar la opinión [a un senador]”), son muy elevados:

³⁴⁰ De hecho, *interrogans* aparece glosado (Gloss. IV, 448, 14, *ad Verg. Aen.* 1, 750) como *rogitans*.

bene testem interrogavit (Cic. *Flacc.* 22).

[Ha interrogado bien al testigo.]

ceteris forsitan in rebus (...) magis expediat me coram interrogari et dicere quid <e> re publica censeam (Tac. *ann.* 3, 53, 1).

[Tal vez en otros asuntos sería más conveniente que se me interrogara cara a cara y que dijera yo lo que considero acerca del estado.]

VII.6.1.6.- *Obrogare*.

Particular resulta el caso que presenta este modificado, pues, a pesar de la pertenencia del preverbio que presenta a la clase de los adlativos, este proporciona a la base un significado muy similar a los que veíamos para los lexemas modificados de *ab-* y *de-*, preverbios ablativos. El lexema muestra en este caso una total especialización en el lenguaje jurídico y no es posible encontrarlo fuera de este ámbito. Sin embargo, el significado “anular”, “derogar una ley”, presenta aquí una puntualización bien definida, pues esta se realiza mediante la presentación de otra que venga a sustituirla, según expone el siguiente testimonio de Paulo-Festo:

obrogare est legis prioris infirmandae causa legem aliam ferre (Paul. Fest. p. 203).

[*Obrogare* es sustituir una ley anterior, a causa de su invalidez, por otra.]

Vemos, pues, cómo ese valor de privación procede en realidad de los contenidos de «resistencia» y «oposición» que expresa el preverbio³⁴¹, dado que su contenido básico incide en la acción de oposición, de una ley a otra en este caso.

VII.6.1.7.- *Perrogare*.

La modificación que aporta el preverbio en este lexema es claramente la sémica de acción secuencial «progresiva», transposición lógica de la prosecución del movimiento, componente, en principio, ajeno al contenido sémico de estos verbos. Se trata del grado progresivo de la acción de “preguntar” y su significado es, por tanto

³⁴¹ Cf. García-Hernández (1978^b: 45 y 1980:172-178).

“preguntar sucesivamente a todos”, pues, al igual que ocurre con *interrogo*, este lexema suele ser aplicado en referencia a una sola persona.

adolescentes (...) conueniunt; magistri perrogant, quod factum (...) bonum fecerint (Apul. *flor.* 6, 37).

[Llegan los jóvenes; los maestros les preguntan sucesivamente qué buenos actos habían hecho.]

VII.6.1.8.- *Subrogare*.

Nos queda para terminar este repaso por los modificados preverbiales de *rogare*, el formado a partir de *sub-*, que aporta a la base un valor clasemático de sustitución: de manera genérica “proponer en lugar de”, noción que deriva de la adlativa «hacia arriba», y que se opone a las de «retirada» y «defección» desarrolladas por *de-* (cf. García-Hernández, 1980: 203).

subrogo “poner en el lugar de” | *derogo* “quitar”

tenuit eum prius decretum, quasi in loco tertiae tutelae quarta *subroganda* (Paul. *dig.* 27, 1, 31).

[Propuso en principio este decreto, como si en lugar de la tercera tutela, hubiera que poner la cuarta.]

A diferencia de los lexemas anteriores, incluso de su base, y más en consonancia con el archilexema del campo, este desarrolló una especialización en el ámbito del lenguaje político, con el sentido de “sustituir a alguien en el desempeño de una magistratura”.

occiso palam comitiis A. Ninnio competitore tribunatus *subrogare* conatus est in eius locum C. Gracchum (Flor. *epit.* 2, 4, 1).

[Tras asesinar públicamente durante los comicios a A. Ninio, su competidor, intentó nombrar en su lugar a G. Graco.]

VII.6.1.9.- *Rogitare*.

Encontramos en este caso, por último, un modificado resultante de la adición del sufijo intensivo-frecuentativo *-ita*³⁴² que proporciona al campo representación léxica de la subclase aspectual de tipo extensional durativo. Dentro de ella es posible distinguir entre acciones continuas o semelfactivas y discontinuas o no-semelfactivas. Por lo común, el mencionado sufijo suele aportar un matiz reiterativo, esto es, la repetición múltiple de una acción, frente a *-to* (*-so*) que expresa el aspecto frecuentativo, la repetición habitual o frecuente de la misma (cf. García-Hernández, 1980: 104). Sin embargo, en este caso, la distinción no es tan nítida pues parece que el lexema recubre ambos aspectos y en combinación con los dos significados elementales de la base. La repetición frecuente de la misma pregunta a individuos distintos se aprecia bien en el siguiente ejemplo:

uenio ad macellum, rogito piscis (...) (Plaut. *Aul.* 373).

[Voy al mercado y pregunto a unos y a otros el precio del pescado.]

E igualmente podemos encontrarlo representando la repetición múltiple y reiterativa de esa misma acción, con variación de su contenido sintagmático,

rogitant me ut ualeam, quid agam, quid rerum geram (Ibíd. 117).

[Me preguntan una y otra vez cómo me encuentro, qué tal me va, en qué estoy trabajando.];

e incluso sin ella:

(...) rogitant noctu ut somnium ceperim (Plaut. *Mil.* 709).

[Me preguntan insistentemente cómo he dormido.]

Por lo que respecta al escasamente representado valor de “pedir”, parece claro, en contraste, que su función resulta meramente reiterativa:

³⁴² Sobre su formación, véase García-Hernández (1985).

era me rogitaui³⁴³ minor, puer ut afferentur (Plaut. *Truc.* 797).

[Mi ama más joven me insistió en que le llevase el niño.]

saepe qui misereri potuit, rogitat misericordiam (*com. inc. pall.* 92).

[A menudo quien pudo tener compasión, se empeña después en pedir misericordia.]

En ambos ejemplos se observa además que opera un solapamiento entre esta noción y la estrictamente intensiva. Cuando la necesidad apremia, un buen procedimiento para granjearse la colaboración ajena es la enunciación repetida de la misma solicitud que, por sí misma, provoca efectos intensivos y emotivos.

Nos detendremos más adelante en claros representantes léxicos de esta idea. Pero, por el momento, examinaremos el representante de la dimensión rogativa carente de esta especificación.

VII.6.2.- *ORARE* Y SU GRUPO LEXEMÁTICO.

Como en el caso anterior, encontramos en este lexema un significado básico que hace referencia a un acto de enunciación a partir del cual deriva la acepción reconocible como acto directivo. Pero, en este caso, la significación primaria es más genérica y evidenciará nuevamente la inclusión de los verbos de ‘pedir’ en el macrocampo de los verbos de ‘habla’. De hecho, una etimología popular de hondo calado hacía derivar *orare* de *os* (“boca”) y la idea se plasmó repetidamente en juegos de palabras como el siguiente:

(...) *ex ore orationem* mi eripis (...) (Plaut. *Merc.* 176).

[Me arrancas las palabras de la boca.]

Incluso los eruditos dieron pábulo a esta relación, no tan forzada en apariencia:

oro *ab ore* et perorat et exorat et oratio et orator et osculum dictum (Varro *ling.* 6, 76).

³⁴³ Esta lectura, que aparece en la edición de Bothe, no es aceptada por Lindsay, quien prefiere *orauit*, que, no obstante, resulta poco congruente con su sujeto.

[De *os*, *oris* (boca) deriva *oro* (hablo, suplico), así como *perorat* (él acaba su discurso), *exorat* (obtiene algo con sus súplicas), *oratio* (discurso), *orator* (orador) y *osculum* (beso) (ed. y trad. de M.-A. Marcos Casquero).]

oro quoque uerbum *ab ore* est et oraculum (Prisc. *gramm.* III 474, 8).

[También las palabras *oro* y *oraculum* vienen de *os* (boca).]

Sin embargo, la moderna indoeuropeística ha demostrado la falta de coincidencia entre sus respectivos orígenes. En realidad, **ous-* es la forma de la que procede *os* y **or-* el étimo de *orare* (Szantyr, 1971:2), siendo por tanto su significado originario “hablar”, “llamar”. En este sentido se manifiestan las definiciones de E&M (*s.u.*) («prononcer une formule rituelle, une prière, un plaidoyer») y Walde & Hofmann (*s.u.*) («*oro* (...) sage eine Ritualformel (...) (z. B. Verfluchungs-, Anrufungs-) wirksam her, verhandle vor Gericht und als Gesandter. Wort der religiösen und Rechtsprache: rede, spreche, bitte, bete»). Otros derivados de la misma raíz respaldan igualmente ese significado originario: *oratio*, “lengua”, especialmente, “lenguaje preparado, elocuencia, estilo” (opuesto a *sermo*) y de ahí “discurso” (E&M, *s.u.*); *orator*, antiguamente “embajador que porta un mensaje oral” y después, propiamente, “orador”; u *oraculum*, en principio, según Benveniste (1948: 121) «l’endroit où le consultant *orat* le dieu» –quizá fuera mejor, en consonancia con su significado básico, la interpretación “lugar donde el dios habla”–, para pasar finalmente, por influjo del griego y sus prácticas mánticas, a designar el propio *responsum* del dios (ibíd.: 122). Este significado básico provocó una temprana especialización en el lenguaje jurídico con el sentido de “defender una causa” (*causam agere*), según se observa ya desde las *Leyes de las XII Tablas*:

REM VBI PACVNT, ORATO. NI PACVNT, IN COMITIO AVT IN FORO ANTE MERIDIEM CAVSSAM COICIVNT. COM PERORANTO AMBO PRAESENTES (*lex XII tab.* 1, 6-7)³⁴⁴.

[Cuando haya pacto, proclámese³⁴⁵. Cuando no lo haya, resúmase la causa en el comicio o en el foro antes del mediodía. Cuando expongan sus razones, estén presentes ambos (ed. y trad. de C. Rascón García y J. M. García González).]

³⁴⁴ Cf. el comentario de Festo (p. 218): *Orare antiquos dixisse pro agere, testimonio sunt [quod] et oratores, et i qui nunc quidem legati, tunc uero oratores, quod reipublicae mandatas partis agebant; Ennius quoque cum dixit in lib. I Annalium: ‘face uero, quod tecum precibus pater orat’.*

³⁴⁵ Tal y como advierten los responsables de la edición que manejamos (p. 70) la interpretación de este fragmento ha sido muy controvertida. Otras posibles traducciones son «Trátese la causa en el lugar en el

Y, sin embargo, un testimonio tan antiguo como es el *corpus* plautino parece indicar el proceso contrario, pues de un total aproximado de 130 apariciones de este verbo, no llega a 20 el número de empleos con ese significado básico, todos ellos en la construcción estereotipada *aequom orat*³⁴⁶, análoga formalmente a la que establece otro verbo de lengua, *ius dicere* o en litote (como en Plaut. *Rud.* 1096: *haud iniquom dicit*). Con todo y a pesar de la coincidencia formal, el significado de ambas estructuras no es equiparable.

Nos hemos referido ya (*supra*, II.2 y n. 10) al origen etimológico de *dicere* y a su entrada en el campo ‘hablar’ a través de sus empleos en la lengua jurídica; a diferencia de *orare*, este significado es en él secundario³⁴⁷. Por ello, en la expresión *ius dicere*, *ius* designa una norma preestablecida que se enuncia con autoridad³⁴⁸, mientras que, en combinación con *orare*, hace referencia a la noción de equidad, de ahí su calificación con adjetivos valorativos (Gavoille, 2001: 789-791). Por ello, no es extraño encontrar el sintagma en parlamentos que suponen una respuesta afirmativa a un acto de habla directivo no-impositivo, esto es, una petición. Su repetida inclusión en esquemas conversacionales con esta disposición nos inclina a considerarlo como una fórmula altamente estereotipada para la expresión de la concesión (*cf.* esp. *bueno*, n. 11), incompatible con la categoría impositiva. Y es que, según veíamos al analizar el contenido semántico del verbo *postulare* (VII.5.3.1), tanto la adecuación de lo solicitado con las convenciones generales de lo que ha de ser considerado justo, como el juicio que al respecto emite el sujeto en cuya mano está, en última instancia, la aprobación de lo solicitado, tienen una importante incidencia en el normal funcionamiento del acto petitorio. Cuando un individuo con una posición jerárquica de inferioridad realiza un acto directivo, puede apelar a la magnanimidad del interlocutor, sobre todo cuando de casos de extrema necesidad se trata, pero también puede basar sus reivindicaciones en la

que las partes acuerden que se trate», «Si las partes llegan a un acuerdo, ratifíquelo el magistrado» o «Si las partes llegan a un acuerdo, ratifíquelo el juez». En cualquier caso, no hay duda de su empleo técnico en este registro. Véase igualmente De Meo (1986²: 76).

³⁴⁶ *Cf.* entre otras: *ius orare* (*Trin.* 1161), *ius bonum orare* (*Pseud.* 537, *Rud.* 1152), *ius merum orare* (*Rud.* 1138), *aequum orare* (*Cas.* 500, *Men.* 154, *Persa* 578), *bonum aequumque orare* (*Most.* 682, *Persa* 399, *Rud.* 184), *optimum atque aequissimum orare* (*Epid.* 725, *Men.* 1147, *Stich.* 728). Datos proporcionados por Gavoille (2001: 787). Isidoro de Sevilla (*orig.* 1, 5, 3) parangona este verbo con *loqui* y *dicere*.

³⁴⁷ Sobre la conexión de sus respectivas evoluciones recuérdese lo dicho en n. 30.

³⁴⁸ *Cf.* Torricelli, 1978: 230; Gavoille, 2001: 788.

equidad que representan y que impele a su aceptación. Así pues, pese a su empleo no realizativo y su plasmación significativa no coincidente con el significado “pedir” —este es, más bien, “exponer razonamientos”, “hablar con argumentos” (cf. Gavaille, 2001: 799)—, su solapamiento con esa noción, dados sus efectos conversacionales, es evidente. Y es muy probable además que estos hayan influido en la evolución semasiológica que experimentó el verbo.

A favor de la hipótesis que nos trasporta de un significado genérico al más específico “pedir” hablan otros argumentos más (cf. Szantyr, 1971: 2-12). En primer lugar la peculiar construcción, ya tratada (*supra*, II.2.2), *orare cum aliquo*, extraña a los verbos de ‘petición’, mas en total consonancia con un significado meramente enunciativo. (Compárese la construcción paralela *orare contra*; cf. *Bell. Alex.* 24, 3.) Esta complementación, alternante con otras más adecuadas a ese contenido, indica el proceso de transitivización que sufrió el significado originario y que lo habilitó para ser empleado en construcciones pasivas³⁴⁹. Es perfectamente imaginable, además, que, precisamente por ese significado, el verbo recibiese, al igual que *dicere*, tanto empleos asertivos como directivos. Pero, a diferencia de él, el sema /+directivo/, contextual en principio, terminaría por instituirse en su significado específico³⁵⁰. De hecho, existen contextos concretos que provocan la neutralización de esa polisemia:

Leonida, curre opsecro, patrem huc *orato* ut ueniat (Plaut. *Asin.* 740).

[Leónida, corre, te lo suplico, dile a tu padre que venga.]

Se puede concluir, por lo tanto, que *orare* designa primordialmente un acto de enunciación con su propia fuerza ilocutiva y la posibilidad de que esta sea de tipo directivo dejará una profunda impronta en su significación secundaria:

(...) GE. ad precatorem adeam credo, qui mihi / sic oret: ‘nunc amitte quaeso hunc; ceterum / posthac si quicquam, nihil precor’ (...) (Ter. *Phorm.* 140-142).

[GE. Creo que voy a ir a ver a un abogado que hable por mí en estos términos: ‘Déjalo estar esta vez, por favor; si vuelve a ocurrir, no intercedo más por él’.]

³⁴⁹ Cf., por ejemplo, ya en Plauto, *Cas.* 21 o *Mil.* 1405.

³⁵⁰ Por restricción de sentido, esto es, por adición de un sema específico (Sznajder, 1995: 284), en este caso definitiva. La idea de la doble función está ya en Szantyr (1971: 11).

Y todavía es posible argüir un argumento más. La frecuente aparición de refuerzos léxicos como *per precem / prece (precibus)* contradicen nuevamente la originalidad de la sustancia semántica «pedir»³⁵¹.

Podemos decir, pues, que, al igual que en el caso de *rogare*, la semántica oracional condicionará, en medida nada desdeñable, la semántica léxica y determinará ulteriores desarrollos semasiológicos de verbos que en principio designan nuevamente la realización de un enunciación lingüística. En esta evolución, además, podría haber tenido influencia un contagio semántico, principio conocido desde Bréal. Según argumenta Szantyr (1971: 7), la tendencia a la duplicación o incluso triplicación de los *uerba petendi*, con origen en expresiones formularias sacro-legales, pero no confinada a esos límites, condicionaría la inclusión de *orare* en estas secuencias sintagmáticas. Si bien en principio estas fórmulas conservarían el contenido propio de cada lexema (cf. Benveniste, 1969, II: 153), el influjo recíproco entre ellos terminaría por determinar en buena medida su significado³⁵².

VII.6.2.1.- *Orare*.

Pues bien, nada en esta evolución indica claramente el funcionamiento y la posición relativa de *orare* dentro del conjunto de los *uerba petendi*. Sin embargo, el análisis de los textos no deja lugar a dudas de su carácter rogativo y de su lexicalización de una inferioridad jerárquica del enunciante del mensaje al que este verbo hace referencia. El empleo en posición parentética, nunca plenamente mecanizado, atenuando la fuerza directiva de un imperativo, evidencia su carácter no-coactivo (cf. Plaut. *Amph.* 923-924, *cit. supra*). Y su caracterización rogativa se pone de manifiesto en la contraposición al carácter más neutro que veíamos en *rogare*:

³⁵¹ Cf. Enn. ann. 20 (*quod tecum precibus pater orat*) y, en la misma línea, Plaut. *Capt.* 244, *Cist.* 302, Caes. *Gall.* 7, 78, 4; *Bell. Afr.* 91, 3; Sall. *hist. frg.* 3, 98; Liu. 2, 2, 8; Hor. *sat.* 2, 6, 13, etc. Véase Szantyr (1971: 5s).

³⁵² Cf. Plaut. *Asin.* 662, *cit. supra*. Szantyr (1971: 7) proporciona una completa lista de los casos en que *orare* aparece coordinado o yuxtapuesto a un verbo de petición genuino.

haec epistula non suasoris est, sed rogatoris. igitur, mi Plance, *rogo* te et etiam *oro*³⁵³ sic medius fidius ut (...) (Cic. *Att.* 16, 16B, 2).

[Esta carta no es de consejo, sino de solicitud. Por tanto, Planco, te solicito, es más, te ruego, por el dios de la Buena Fe, que...]

E igualmente en la equiparación a otras formas que ya hemos reconocido como rogativas:

(...) ubi scit factum, ad matrem uirginis / uenit ipsus ultro lacrumans *orans* obsecrans, / fidem dans, iurans se illam ducturum domum (Ter. *Ad.* 471-473).

[Cuando se entera de lo ocurrido, se presenta él, por su cuenta, ante la madre de la muchacha, llorando, rogando y suplicando, dando su palabra y jurando que se casaría con ella.]

De la acumulación que recoge este pasaje se podría concluir un carácter intensivo del que en realidad carece, pues —insistimos una vez más— este no es equiparable al sema rogativo. Pero el comentario que al respecto de un verso de *Andria* hace Donato (*cit. supra*, V.2.1) resulta altamente clarificador. Evidentemente, el aspecto intensivo no es incompatible con la caracterización sémica de *orare* que, de hecho, aparecerá en ocasiones combinado con refuerzos intensivos del tipo *magno opere* (“rogar encarecidamente”, *cf.* Plaut. *Most.* 420-421, *cit. supra*, VII.3) o con elementos afines a la parafernalia propia de la súplica; pero tampoco es inherente a ella, por lo que cuando se quiera notar, habrá de hacerse explícitamente; lágrimas y manos veladas son muy elocuentes en los siguientes versos, que nos presentan al bando vencido suplicando indulgencia:

postridie in castra ex urbe ad nos ueniunt *flentes* principes: / uelatis manibus *orant* ignoscamus peccatum suom (Plaut. *Amph.* 256-257).

[Al día siguiente los cabecillas vienen llorando desde la ciudad a nuestro campamento; con las manos tapadas ruegan que les perdonemos su falta.]

³⁵³ No es esta la lectura adoptada por Shackelton Bailey.

O en este otro fragmento, donde el valor suplicatorio se aprecia bien en las manos elevadas y en el apelativo *commilitones*, de marcado valor emotivo (Dickey, 2002: 288):

supinas deinde tendens manus, commilitones appelans orabat ne quod scelus Ap. Claudii esset sibi attribuerent ne se ut parricidam liberum auersarentur (Liu. 3, 50, 5).

[Tendiendo las manos hacia lo alto y llamando a sus compañeros de armas, les rogaba que no le atribuyeran a él el crimen de Ap. Claudio, ni le volvieran la espalda como si fuera el parricida de sus hijos.]

Distinguimos el sema rogativo del aspecto intensivo, pues es posible reconocer términos intensivos dentro de esta dimensión y otros que no comportan esta caracterización. Hemos de reconocer, con todo, que es posible emplear el primer rasgo para dotar de cierta intensidad y urgencia que, por ejemplo, el archilexema del campo, *peto*, no expresa. Y sin embargo, a diferencia de los lexemas que estudiaremos en la siguiente sección, ese contenido emotivo no es evidente si no resulta detallado. La acción que designa *orare* no está caracterizada por el estado de exaltación del *orans*. Este, sencillamente, expresa su voluntad reconociéndose en posición de inferioridad con respecto a su interlocutor, de manera respetuosa y calmada:

HA. (...) sed scin quid te oro, Siro? PS. sciam si dixeris (Plaut. *Pseud.* 657).

[HA. Pero, ¿sabes lo que te ruego, Siro? PS. Lo sabré si me lo dices.]

Y ello, precisamente, es un excelente mecanismo para despertar su generosidad y para que acceda a su concesión, por la que se debe estar agradecido. La referencia directa a este aspecto puede ser considerada un aliciente más:

postridie hospitem adeo, oro ut uendat mihi, / dico eius *pro meritis gratum* me et *munus* fore (Plaut. *Merc.* 104-105).

[Al día siguiente me dirijo a mi huésped y le ruego que me la venda. Le digo que por ese favor le estaría muy agradecido y obligado.]

Del mismo modo que ocurrió con *rogare*, aunque sin necesidad de esperar al advenimiento de cambio semasiológico alguno, pues la carga semántica que

caracterizaba a este lexema no es secundaria como en el caso de aquel, *orare* empezó a recibir empleos como término precativo. Si bien su uso realizativo no está atestiguado en las fórmulas rituales de plegaria que hemos conservado (frente a *precor*, *quaeso*, *ueneror* e incluso *peto*, que sí aparecen repetidas veces), su penetración en el lenguaje religioso fue imparable. Ya en Plauto tenemos tímidos indicios de esta aplicación³⁵⁴:

Gl. Aphrodisia hodie Veneris est festus dies: /oratum ierunt deam ut sibi esset propitia
(Plaut. *Poen.* 1133-1134).

[Gl. Hoy es el día de las Afrodiasias, la festividad de Venus. Han ido a rogar a la diosa que les sea propicia.]

Y, conforme avance el tiempo, el número se irá multiplicando. Su doble valor, por otro lado, permitirá expresar la relación individual con la divinidad, esto es, la acción de “rezar”. Pero dado que, según veremos (VIII), la oración romana es básicamente plegaria, es decir, oración de petición, la diferencia entre ambos valores se desvanece. Habrá que esperar hasta Virgilio para encontrar la primera aparición inequívoca de este sentido:

multa *Iouem* manibus supplex orasse supinis (Verg. *Aen.* 4, 205).

[Oró a Júpiter elevando las manos como un suplicante.]

Con todo, la solemnidad que lo caracterizó en todo momento fue la responsable de su progresivo abandono en el lenguaje coloquial; de hecho, parece prácticamente desaparecido en época posclásica³⁵⁵. Sin embargo, la lengua de la Iglesia será nuevamente la encargada de fijar esta aplicación y, con ello, de revitalizarla. Ya que su

³⁵⁴ También en *Asin.* 783, *Epid.* 302; *Merc.* 908; *Trin.* 57. Un tanto peregrina nos resulta la explicación que del deslizamiento de *orare* al ámbito religioso ofrece Wagenvoort, quien concluye (1980: 209): «In the public cult both priest and occasionally magistrates were accustomed *orare*, that is to lead the prayers word for word aloud. Individual words were repeated by the citizens. Thus they ‘*orabant*’ but they themselves called it ‘*precari*’. Even in private cult there were many solemn phrases and fixed formulae which were carefully observed and clearly pronounced aloud by those praying. But in the course of time many Romans had learnt to address the gods in prayer, and this they did sometimes aloud, sometimes silently».

³⁵⁵ Su retroceso es evidente si tenemos en cuenta su aparición en comparación con la de otros lexemas. Los dos ejemplos en la obra de Petronio contrastan con los 31 de *rogare*; y lo mismo ocurre en el epistolario de Plinio (9 apariciones frente a las 100 de *rogare* y las 16 de *precari*). Cf. Basevi (1985), quien, a su vez, toma los datos de E. Löfstedt.

contenido sémico resulta especialmente apto, pues pone de manifiesto la actitud sumisa que caracteriza sus manifestaciones culturales, terminó incluso trasladando a este ámbito otros miembros de su familia³⁵⁶: el significado religioso de *oratio* (“oración”), que ha permanecido en las lenguas romances, no aparece hasta la *Itala*. Y, según ha analizado Basevi (1985: 16-18), las expresiones *orationem facere* (*fit, dicere*), son muy corrientes también en el *Itinerarium Egeriae* para la expresión de la plegaria litúrgica (aunque puede hacer referencia igualmente a una oración litánica). Vemos aquí la prueba de la evolución del contenido semántico que defendíamos para *rogare*, pues su especialización religiosa corre en paralelo a la que experimentó un verbo netamente rogativo pero no intensivo como *orare*.

Antes de abordar el estudio de dos de los modificados de esta base, hemos de advertir que existe un tercero, *perorare*, cuyo análisis será obviado, pues su empleo en la acepción que nos interesa no aparece hasta época muy tardía³⁵⁷. Baste por tanto con decir que el preverbo proporciona en este caso un valor de acción «progresiva» en el plano secuencial, es decir, que incide sobre la expresión de la «progresión de la acción», en especial, en la «trayectoria del esfuerzo de la acción» (García-Hernández, 1980: 180). Por ello, no extraña su especialización en la esfera judicial con el sentido de “defender una causa hasta el final”.

VII.6.2.2.- *Adorare*.

Las dos nociones básicas que reconocíamos para la base, “hablar” y “pedir”, se concitan igualmente en este lexema³⁵⁸. Con respecto a la representación de la primera, cabe decir que remite fundamentalmente a la acepción específica de “defender una causa”³⁵⁹. O, desde el ángulo contrario, “pleitear”, “acusar”:

³⁵⁶ El desplazamiento afectó incluso a *precari*, verbo precativo por antonomasia en el latín clásico. Interesante resulta la comparación que ofrece el *ThLL* (s.u. *precari*, col. 1154): *Tert. apol.*: *precari* 4x / *orare* 8x; *orat.*: 1 / 23; *adu. Prax.*: 1 / 2; *Cypr. dom. orat.*: 11 / 50; *Vulg. Noui test.*: 1 / 87. Su ausencia del *Itinerarium* (cf. Flobert, 1975: 515) es igualmente llamativa.

³⁵⁷ Entre los pocos ejemplos que nos proporciona el *ThLL*, podemos citar los siguientes: *Vet. Lat. II Macc.* 15, 24; *Ven. Fort. uita Ger.* 6; *Querol.* p 32, 7, etc.

³⁵⁸ *Hoc uerbum ‘adorauit’ significat cohortatus sum. ‘adorauit’ autem orare et petere significat.* Schol. Bob. (Cic. *Arch.* 28), p. 359, 7.

³⁵⁹ *Adorare apud antiquos significabat agere; unde et legati oratores dicuntur, quia mandata populi agunt.* (Paul. *Fest.* p. 17).

SI ADORAT FVRTO, QVOD NEC MANIFESTVM ERIT..., [DVPLIONE DAMNVN DECIDITO] (*lex XII tab.* 8, 16).

[Si reclama por un hurto que no fue flagrante, sanciónese el daño con el doble (ed. y trad. de C. Rascón García y J. M. García González).]

Fuera del ámbito jurídico, adopta el significado genérico de “dirigir la palabra”, “hablar con alguien”, aunque su representación es muy escasa (*cf. ThLL, s.u.*). Mucho mejor representado resulta sin embargo el sentido que nos interesa aquí:

non te per meritum, quoniam male cessit, *adoro* (*Ou. epist.* 10, 141).

[No te ruego por mis merecimientos, ya que me perjudicaron.]

Su especialización en el ámbito religioso, además, es aún más notoria que la de su base. Allí, puede adoptar el significado básico de “dirigir una plegaria a los dioses”. Livio (38, 43, 5), por ejemplo, lo yuxtapone a otros verbos (*precari* y *supplicare*) típicamente precativos y el valor es claro en los siguientes ejemplos³⁶⁰:

eiusque belli causa supplicatio per urbem habita atque *adorati di* ut bene ac feliciter eueniret quod bellum populus Romanus iussisset (*Liu.* 21, 17, 4).

[Por motivo de esa guerra, se realizó una rogativa por la ciudad y se suplicó a los dioses que la guerra que el pueblo romano había ordenado, tuviese un desenlace bueno y feliz.]

postero cum auspiciis prodisset hostiaque caesa pacem *deum adorasset*, laetus ad milites (...) processit (*Liu.* 6, 12, 7).

[Al día siguiente, después de salir de consultar los auspicios y suplicar el favor de los dioses con el sacrificio de una víctima, avanzó contento hacia los soldados.]

Pero también el sentido más específico derivado de su empleo absoluto, “elevar oraciones”, “rezar”, valor, según hemos dicho, a caballo entre los dos fundamentales de la base. La explicitación de la parte interesada por medio del dativo es notoria en el siguiente ejemplo (109 d.C):

³⁶⁰ Véase el inventario que proporciona Appel (1909: 65). Este uso precativo no se conoce hasta el s. I a.C (*Laeu. frig.* 26) y, aunque el verbo sirve para introducir o describir una plegaria, carece de aplicaciones realizativas, si exceptuamos empleos excepcionales en plegarias poéticas (*Verg. Aen.* 1, 48; *Ou. met.* 11, 247). Véase la discusión en Hickson (1985: 15 y 1993: 46).

DEO MAGNO MERCVRIO ADORAVIT (*CIL* III 79).

[He rezado al gran Mercurio.]

Sin tomar en cuenta el contenido de ‘solicitud’, desarrolla un valor adicional que no se documenta en su base y es la noción de “venerar”, “dar culto”, “adorar”:

Iunonis magnae primum prece numen *adora* (Verg. *Aen.* 3, 437).

[En primer lugar, honra con plegarias a la gran Juno.]

te, diua, *adoro* tuumque ego numen *inuoco*, / facilisque praestes hoc mihi, quod te rogo
(*Prec. Terr.* 20-21).

[Diosa yo te venero e invoco tu numen, para que prestes atención a mis súplicas.]

E, incluso, de manera metafórica, puede ser utilizado con un tercer actante /no-divino/ (humano e incluso inanimado), con esta misma idea de ‘veneración’ por lo que su valor se convierte en “dar honores divinos a alguien”:

pius et supplex elephas *te, Caesar, adorat* (Mart. *epigr.* 17, 1).

[Piadoso y suplicante, el elefante, César, te venera.]

El sentimiento de admiración y veneración que inspiran los dioses provoca igualmente la realización de determinados movimientos corporales. El más característico fue, sin duda, el llevarse la mano a los labios e incluso lanzar un beso, con la cabeza ligeramente inclinada, y su nombre era, precisamente, el de *adoratio* (cf. D&S, *s.u.*)³⁶¹:

si fanum aliquod praetereat, nefas habet *adorandi* gratia manum labris admouere (Apul. *apol.* 56, 4).

[Y si pasa por delante de algún templo, considerará ilícito llevarse la mano a los labios como signo de adoración.]

³⁶¹ En época imperial, la *adoratio* perdió sus connotaciones religiosas tradicionales, convirtiéndose así en una forma de reconocimiento del poder del emperador e igualándose al ritual de la *proskynesis* (cf. Bravo, 1997: 191).

La lengua bíblica, por último, privilegiaría altamente este uso (cf. García de la Fuente, 1995) y es ese el valor que recogen hoy día nuestros diccionarios para el cultismo que hemos conservado.

Como hemos podido ver en los ejemplos hasta aquí reproducidos, el preverbio marca simplemente la dirección que toma la acción hacia el objeto de destino. Se trata pues, al igual que como veremos en *apprecari*, de una acción adlativa «centrífuga», noción ya suficientemente clara en el semantismo básico de estos verbos. De tal modo, la modificación que impone el preverbio en este caso no es demasiado relevante, aunque sí lo es su mencionada preferencia por el lenguaje religioso.

VII.6.2.3.- *Exorare*.

Del todo opuesto al anterior es el desarrollo que experimenta este modificado. Junto a un valor «intensivo», habitual en la mayoría de los verbos de este campo modificados por un preverbio ablativo (cf. *deposcere*, *exposcere*, *expostulare*, *efflagitare*), con el significado de “rogar vehementemente” (cf. Plaut. *Stich.* 68-71, *cit. supra*), encontramos otro, mucho más extendido, que representa el grado resultativo en relación secuencial con la base léxica. Tal movimiento nocional no es inusitado y resulta igualmente reconocible en *exspiro*, *exuro*, *effugo*, *euado*, etc.; según García-Hernández (1980: 159), «*ex-* es el preverbio más característico para marcar el aspecto resultativo, función en la que mantiene la oposición a *in-*, que señala el ingresivo». Y sin embargo, es este el único caso que presenta el campo léxico de la petición.

aspecto secuencial.

grado: no resultativo -- resultativo

“pido”

“consigo”

oro

exoro

Veamos algunos testimonios:

nam ‘orare’ est petere, ‘exorare’ impetrare (Seru. *Aen.* 3, 370).

[Pues *orare* significa “pedir” y *exorare* “conseguir”.]

Argyrippus *exorari* spero poterit ut sinat / sese alternas cum illo noctes hac frui. nam ni *impetro*, / regem perdidit: ex amore tantum est homini incendium (Plaut. *Asin.* 917-919).

[Espero que se pueda conseguir que Argiripo permita que cada uno pase una noche con ella. Pues si no lo consigo, tengo que dar por perdido a mi rey. Tan grande es su pasión amorosa.]

Este paralelismo fónico que establecieron es frecuentemente utilizado, sobre todo en la comedia, para establecer juegos de palabras, como en el siguiente caso:

(...) SI. gnatam ut det *oro* uixque id *exoro* (...) (Ter. *Andr.* 592).

[SI. Que te conceda la mano de su hija le pido y a duras penas lo consigo.]

Pero no de manera exclusiva en este género:

qui potuit *perorare*, poterit *exorare* (Apul. *apol.* 101, 2).

[Quien ha podido defender su causa hasta el final, podrá también suplicar.]

Antes de concluir el análisis del grupo lexemático de *orare*, debemos engrosar el inventario de acepciones especiales que van adoptando los lexemas de petición y que aseguran su distribución por distintos ámbitos. En este caso, encontramos en ciertos contextos una especialización en la “petición de perdón”, muy probablemente derivado del contenido intensivo que hemos señalado:

huic priori supplices summisit manus, hanc prius deprecatus est, *exoravit* (Sen. *contr.* 1, 5, 3).

[Levantó sus manos en señal de súplica a esta primero, y a ella en primer lugar suplicó e imploró su perdón.]

Este sentido específico aparecerá también en contexto religioso³⁶²:

(citius...) Siculosque licebit / *exorare deos* (...) (Stat. *Theb.* 12, 156-157).

³⁶² Este valor, aunque presente en Ovidio (*trist.* 2, 22; *Pont.* 4, 8, 22), es característico de época posclásica.

[Pronto se podrá apelar a la magnanimidad de los dioses sículos.]

Y terminará por designar, en el latín cristiano, la “expiación de un pecado”³⁶³.

Con este contenido específico, en el que se reconoce una culpa, el lexema funciona, en cierta medida como alterno de *expostulare*, que, en un uso igualmente específico, la proyectaba en otro sujeto.

VII.6.3.- EL ASPECTO INTENSIVO.

Junto al ya definido y analizado sema rogativo, es posible encontrar en algunos lexemas verbales una caracterización adicional, el aspecto intensivo, que funciona de manera paralela en la dimensión coactiva. A pesar de que algunos ejemplos empleados en las secciones precedentes ponen de manifiesto cómo la totalidad de los verbos rogativos son susceptibles, con las pertinentes especificaciones, de constituirse en expresión de la función intensiva, existen algunos lexemas que, probablemente por la conciencia de su origen etimológico, se especializaron en la determinación de esa función; si exceptuamos el delocutivo *quiritare*, derivado, con todo, de un grito ritual de auxilio, tanto *supplicare* como *implorare* remiten primariamente a la descripción de actos físicos que, por acompañarlas de manera sistemática resultan asociados permanentemente a las peticiones rogativas intensivas, esto es, a las súplicas, y terminarían por denominarlas.

VII.6.3.1.- *Implorare*.

En principio alejado de la idea de petición, el verbo *implorare* es un claro derivado por prefijación de *plorare*, posiblemente procedente, a su vez, de una raíz relacionada con *pluit*. Frente a *flere*, más literario, *plorare* constituía un término altamente popular, evitado por el estilo elevado de algunos autores y, desde su origen, claramente intensivo, “gritar llorando”³⁶⁴. De su antigüedad da buena cuenta un

³⁶³ Puede verse, por ejemplo, *Itala Lev.* 5, 6 o *Vulg. Sirach.* 3, 4. A diferencia del caso anterior, sin embargo, las aplicaciones específicas de este lexema en el ámbito religioso cristiano resultan escasas.

³⁶⁴ Con todo este verbo terminará por sustituir a *flere* en latín imperial, fundamentalmente debido al escaso cuerpo fónico de este último. Véase un análisis conjunto de algunos verbos de ‘llorar’ en Bonfante

testimonio de Festo que recoge fragmentos de las vetustas *leges regiae*, en las que, pese al señalado origen etimológico, parece imponerse el contenido de “llamar a gritos”:

plorare flere [inclamare] nunc significat, et cum praepositione *inplorare*, id est *inuocare*: at apud antiquos plane *inclamare*³⁶⁵ (Fest. p. 260).

[*Plorare* significa ahora ‘llorar, invocar la ayuda’ y con preverbio, *implorare*, es como ‘invocar’, pero en los autores antiguos, sencillamente ‘gritar’.]

Un testimonio que, de las *Leyes de las XII Tablas*, ofrece Cicerón redunda también en este sentido:

furem, hoc est, praedonem et latronem, luci occidi uetant XII tabulae; cum intra parietes tuos hostem certissimum teneas, nisi telo se defendit, inquit, etiam si cum telo uenerit, nisi utetur telo eo ac repugnabit, non occides. quod si repugnat, ‘*endoplorato*’, hoc est, conclamato, ut aliqui audiant et conueniant (Cic. *Tull.* 50).

[Las *Leyes de las XII Tablas* prohíben matar en pleno día al ladrón, esto es, al salteador, al bandido; cuando hayas sorprendido muy claramente a un extraño en tu casa, a no ser que se defienda con un arma, atención, e incluso si va armado, a no ser que emplee el arma y oponga resistencia, no lo matarás. Porque si opone resistencia (se dice) *endoplorato*, es decir, ‘dad gritos para que os oigan y vengan en vuestra ayuda’.]

Y, sobre esa extraña forma, explican Paulo-Festo:

endoplorato inplorato, quod est cum questione inclamare. *inplorare* namque est *cum fletu rogare*, quod est proprie uapulantis (Paul. Fest. p. 67).

[*Endoplorato*, *inplorato*, significa ‘pedir auxilio anhelante’; *implorare* es, en efecto, ‘rogar con llantos’, por ello es usado propiamente por los que están siendo maltratados.]

(1977). Interesante resulta también la siguiente explicación de Servio (*Aen.* 11, 211): ‘*maerere*’ est *cum silentio dolere*, ‘*flere*’ *ubertim lacrimas demittere*, ‘*plorare*’ *cum uoce flere*, ‘*plangere*’ *cum aliquibus dictis miserabilibus pectus et faciem tundere*, ‘*lugere*’ *etiam cum habitus mutatione*.

³⁶⁵ El autor lo ejemplifica con una de las leyes tulianas: (...) *in Serui Tulli haec est: «Si parentem puer uerberit ast olle plorassit paren<s>, puer diuis parentum sacer esto», id est <in>clamavit dix<erit diem>.*

Del texto resulta evidente igualmente el temprano desplazamiento de ese verbo para la expresión de la solicitud de ayuda, en un proceso semasiológico que no ha de resultar extraño si tenemos en cuenta que el llanto y los gritos, elementos notoriamente intensivos, suponen reacciones incontrolables provocadas por una situación desesperada, que puede desencadenar la verbalización de una súplica. La explicitación de una actitud llorosa no es ajena a los verbos rogativos (cf. también Ter. *Ad.* 471-473, *cit. supra*):

id solus solum per amicitiam et per fidem / *flens* me *opsecrauit* suo ne gnato crederem
(Plaut. *Trin.* 153-154).

[Estando los dos a solas, él me suplicó con lágrimas en los ojos, por la amistad que nos une y por mi buena fe, que no se lo confiase a su hijo.]

Y de ahí que la función fisiológica que, en origen, designaba *implorare* pudiera entrar, por derecho propio, a formar parte de los verbos de petición. En este proceso debió de influir igualmente un contagio semántico derivado de la tendencia a la duplicación de estos verbos, combinación sintagmática del todo equivalente a los contextos recién ejemplificados:

et eam *plorare orare* ut subueniat sibi (Ter. *Phorm.* 8)³⁶⁶.

[Y ella llora y ruega que la auxilien.]

Así, a diferencia de lo que veremos en el caso de *supplicare*, pero de manera similar al proceso que hemos constatado en *flagitare*, su traslado debió de producirse en empleos no realizativos, pues habrá que esperar a su definitiva inserción en el campo de la petición para que estos comiencen a ser posibles. Por ello, una traducción adecuada de este verbo sería “suplicar con lágrimas en los ojos”, pues resulta evidente que este verbo no llegaría a desvincularse nunca de su origen etimológico. Ese recuerdo provocó además la atribución de unas trazas significativas muy característica en su funcionamiento como lexema no-coactivo, para la expresión de una súplica en

³⁶⁶ Téngase en cuenta que el ejemplo supone una personificación pues su sujeto es una cierva (*ceruam*), que huye del acoso de unos perros, imagen con la que Terencio se defiende de las acusaciones de *scriptura leuis*.

momentos de extrema necesidad, la causante del llanto, en los que se intenta conseguir la protección y el amparo ajenos. Así el valor del preverbio tendrá en este caso una función clasemática de «complementariedad» (García-Hernández, 1980: 165) en la relación intersubjetiva que establece con la lexía específica *auxilium ferre* (“socorrer”), como advierte Servio en el siguiente comentario:

implorare est auxilium cum miseratione deprecari, qua ratione bene dicimus ‘imploro te ut misero feras auxilium’ (Seru. *Aen.* 10, 19).

[*Implorare* es pedir auxilio insistentemente en tono patético; por esta razón decimos bien: ‘te imploro que auxilies a este desgraciado’.]

Tal contenido recibe además un especial relieve en la lexía *implorare fidem*, muy fijada y ampliamente representada³⁶⁷, en la que *fidem*, idea capital del pensamiento jurídico romano, remite, según se ha visto (VI), al concepto de “auxilio, protección”, emanado del contenido genérico de “lealtad” a la palabra dada. Dijimos ya también que este tipo de fórmulas apela a la ética personal, de la que, en última instancia, dependía el crédito de un individuo. La indiferencia ante la petición suplicante de amparo resultaba penada con la desaprobación social, pues los ciudadanos estaban sujetos a la obligación moral de socorrerse entre sí. Por ello decíamos que, pese a su completa carencia de elemento coactivo, una súplica en estos términos forzaba en cierto modo su atención. Ambas nociones se encuentran combinadas de manera armónica en los siguientes versos terencianos:

illaec fidem nunc uostram inplorat, Demea; / quod uos uis cogit id uoluntate impetret (Ter. *Ad.* 489-490).

[Ella ahora implora vuestra ayuda, Démeas, aquello a que os obliga la fuerza de la ley³⁶⁸, ojalá lo consiga ella por las buenas.]

Existe, pues, una obligación moral e incluso legal que impele a la solicitud de ayuda expresada por medio de estas fórmulas fijas. Su significado propio, sin embargo,

³⁶⁷ Cf. Freyburger (1986: 70) y *ThLL* (s.u., cols. 665-667).

³⁶⁸ Donato (*ad loc.*) aclara: ‘uis’ igitur ‘legum’ intelleguntur.

sería simplemente una llamada a la *fides*, a la “leal protección” que se supone en el interlocutor y se espera de él.

Tal es la opinión de R. Heinze, quien en su clásico artículo sobre *Fides*³⁶⁹, contradice la opinión de Fraenkel³⁷⁰ e interpreta los giros *implorare* y *obsecrare fidem* no como “suplicar que se dé algo”, sino simplemente como “dirigirse a alguien llorando” o “jurar suplicando”. La idea podría parafrasearse, según el autor (p. 50), como *obsecro ut fides uestra mihi subueniat* o *ut fidem uestram mihi praestetis*; una *fides* en suma, bajo cuya protección el suplicante ya se siente. Evidentemente, siguiendo su reflexión, un suplicante, angustiado por la situación de necesidad en la que se halla inmerso, no se detendría en la solicitud de ser admitido bajo la protección de alguien (*in fidem recipere*), sino que se limitaría a reclamar la ayuda debida en virtud de un acuerdo previo. Sin duda alguna, tal argumentación resulta impecable, pero es también evidente que, precisamente este tipo de giros fue –junto al ya mencionado contagio semántico– responsable de la consideración de *implorare* como verbo petitorio³⁷¹. Y ello es evidente en ejemplos como el que proporcionan los siguientes versos plautinos, que responden de manera patente al modelo de la *quiritatio* (*supra*, II.2.4) y en los que se pone de manifiesto la manera en que se combinan el llamamiento a la «leal protección» que se debe a un conciudadano o a un protegido, con la explicitación del comportamiento que de ellos se espera, esto es, el contenido sintagmático del acto directivo en cuestión. En el siguiente fragmento, el esclavo Tracalión implora el auxilio de los ciudadanos de Cirene, puesto que el lenón Lábrax intenta sacar del templo de Venus, por la fuerza, a dos muchachas amparadas por el derecho de asilo que les brinda la sacerdotisa, a la que este último está también ultrajando:

³⁶⁹ Citamos por la traducción al italiano de I. Ramelli (2002: 37-65; cf. pp. 49-51) del original en alemán (*Hermes*, 64, 1939, 140-166 = *Vom Geist des Römertums*, Berlin, 1938, 25-58).

³⁷⁰ «Zur Geschichte des Wortes *fides*», *RhM*, N. F., 71, 1916, 187-199; traducido al italiano, *ibid.* 23-36.

³⁷¹ El propio Heinze es consciente de la evolución que experimentó la noción de *fides* y anota (*apud* Ramelli, 2002: 65, n. 13) la precisión de que, andando el tiempo, pasará a ser considerado como una propiedad; «perciò Livio può dire anche *fidem implorare* indistintamente in casi in cui è *orare ut in fidem recipiantur*, ed in altri casi in cui sussista già una alleanza, e dunque una *fides*». El sentido básico de “invocar”, “hacer un llamamiento” que se observa en este giro, con todo, se mantendría mucho después en empleos no formularios de este verbo. Cf., por ejemplo, *implorare leges de prouocatione* (Liu. 3, 56, 12) o *implorato Ciceronis testimonio* (Suet. *Iul.* 17, 2).

TR. pro Cyrenenses populares! *uostram ego imploro fidem*, / agricolae, accolae propinqui
 qui estis his regionibus, / *ferite opem inopiae* atque exemplum pessimum pessum date. /
 uindicate, ne inpiorum potior sit pollentia / quam *innocentum*, qui se scelere fieri nolunt
 nobilis. (...) / currite huc in Veneris fanum, *uostram iterum imploro fidem*, / qui prope hic
 adestis quique auditis *clamorem meum*, / *ferite suppetias* qui Veneri Veneriaeque antistitae
 / more antiquo in *custodelam* suam commiserunt caput, / praetorquete iniuriae priu'
 collum quam ad uos peruenat (Plaut. *Rud.* 615-626).

[TR. ¡Oh, ciudadanos de Cirene! Yo imploro vuestro auxilio. ¡Agricultores, habitantes de los alrededores que os encontréis aquí, dad amparo al desamparado y un escarmiento ejemplar al malvado! Vengaos, que el poder del impío no quede por encima del inocente, que no quiere ser conocido por sus crímenes. Venid corriendo al santuario de Venus, ¡imploro de nuevo vuestra ayuda! Los que os halláis cerca de aquí y oís mis gritos. Ayudad a quienes, según la costumbre antigua, confiaron a Venus y a la sacerdotisa de Venus la custodia de su vida. Retorced el cuello a la injusticia antes de que os dé alcance.]

Aunque no presente aquí y escasamente documentado, el verbo delocutivo *quiritare* (*supra*, III.2.2), por el tipo de solicitud expresiva a que hace referencia, ha de ser incluido igualmente como expresión del aspecto intensivo. Su significado léxico deriva del valor intencional del enunciado a través del cual se realiza el ritual de la *quiritatio*, es decir, la petición de auxilio.

A partir de estos versos resulta evidente, además, cómo el llamamiento expresivo que supone la *quiritatio*, bajo la formulación *imploro uostram fidem*, no implica necesariamente el acompañamiento real de sollozos; el hablante se limita a lamentarse —a gritos, eso sí, tal y como veíamos en los empleos arcaicos de este lexema— de la afrenta o el peligro que está sufriendo y solicita el apoyo que le deben sus conciudadanos. Resulta claro, por tanto, que en su empleo realizativo no ha de estar necesariamente caracterizado por el componente semántico “llorar”, sino que este resulta transformado más bien en una matización aspectual intensiva, dentro de la esfera rogativa de la dimensión no-coactiva. Con todo, es perfectamente posible que tal contenido, dada la certeza de su origen etimológico, pueda estar presente en algunos de sus usos no realizativos:

Galba (...) *populi Romani fidem implorans* (...) *suos pueros* (...) *flens* commendabat (Cic. *Brut.* 90).

[Galba, implorando la protección del pueblo romano, encomendaba llorando a sus hijos.]

VII.6.3.2.- *Supplicare*.

Existe total acuerdo en considerar este verbo como un derivado denominativo, creado partir del adjetivo *supplex* (“suplicante”), origen también del sustantivo *supplicium*, que E&M (*s.u. supplex*) definen como «supplication adressée aux dieux soit pour en obtenir quelque chose, soit en action de grâces ou comme marque de soumission». A partir de este sentido, bien atestiguado en Plauto y Terencio³⁷², habría pasado a designar el “sacrificio ofrecido a los dioses para apaciguarlos” tras haber cometido una falta, y en la lengua común, de manera eufemística, el “castigo capital”, el “suplicio”, sentidos todos ellos que subsistirían hasta época imperial.

Sin embargo, no existe unanimidad en la consideración de la etimología de *supplex*. Dos son las hipótesis fundamentales al respecto. Para los mencionados estudiosos, que se hacen eco de la opinión de Benveniste (1969, II: 250ss), el adjetivo respondería a una formación idéntica a la de *simplex*, *duplex*, *complex*... y estaría por tanto emparentado con la raíz **plek-* presente en *plecto* y *plico* (“doblar”, “plegar”). El adjetivo, por lo tanto, remitiría a la actitud física del suplicante, al acto de arrodillarse como signo externo de sumisión o veneración. El significado básico del verbo derivado sería, de tal modo, “adoptar la posición de *supplex*”. Otros autores, (fundamentalmente Walde & Hofmann, 1982, II: 634), por su parte, defienden un origen distinto, y hacen derivar el adjetivo de la raíz **plak-* (étimo de *placeo*, *placo*). Ello da como resultado una interpretación de *supplicare* en relación con el objetivo que intenta alcanzar el suplicante con su ruego “apaciguar”, “calmar”. La hipótesis encuentra fundamento en testimonios antiguos:

sub uos placo in precibus fere cum dicitur significat id quod supplico (Fest. p. 402).

[Cuando en las plegarias se dice, poco más o menos, *sub uos placo*, significa lo mismo que *supplico*.]

³⁷² Y parece que presente también en una antiquísima composición ceremonial, el himno de los salios (cf. Varro *ling.* 7, 26-27).

Y esta afirmación no debió de ser una mera conjetura erudita, sino el sentir de los hablantes, según se observa al comienzo de *Rudens*, en el que Arturo moraliza sobre la verdadera piedad:

atque hoc scelesti in animum inducunt suum / Iouem se *placare* posse donis, hostiis: / et operam et sumptum perdunt; id eo fit, quia / nihil ei acceptumst peiuris *supplici*; / facilius si qui pius est a dis *supplicans* / quam qui scelestus inueniet ueniam sibi (Plaut. *Rud.* 22-27).

[Y los malvados se creen que pueden atraerse el favor de Júpiter con ofrendas y víctimas: y malgastan su esfuerzo y su dinero, pues ocurre que ninguna ofrenda procedente de un perjurio le resulta agradable. Es más fácil que un hombre piadoso, cuando realiza sus súplicas, obtenga el favor de los dioses, que uno malvado.]

Sin embargo, este origen encuentra un inconveniente insoslayable en la cantidad larga de la raíz de *placare* y obliga a los autores alemanes a proponer una forma **plācare*, anterior a la documentada en la lengua latina, que dé cuenta de la apofonía que muestra *supplicare*. Opinión semejante es la que defiende Freyburger (1977: 296s), quien, consciente de esta dificultad fonética, propone un origen **plak-* («être étendu, être plat», cf. *plaga*), extensible también a las formas *simplex*, *duplex* (“con una, dos superficies”) y que permite interpretar **sub-plāc-s* como «qui cherche á apaiser». La etimología, con todo, precisa contemplar como secundaria la relación que se establece con el grupo de *placare*. Y en apoyo de tal hipótesis aporta este autor la negación taxativa de la genuflexión como práctica habitual en la religión romana. La afirmación, aunque cierta, resulta excesiva y, pensamos, no invalida la etimología propuesta por Benveniste, pues el rito de la *supplicatio*, si bien con una notoria impronta religiosa³⁷³, no constituía necesaria o exclusivamente un acto sacral, es decir, una forma de ponerse en comunicación con el mundo divino.

³⁷³ Buen indicativo de la prescripción religiosa del respeto al suplicante resulta la prohibición, emanada del *flamen dialis*, de azotar –al menos ese día– al reo que se postra a sus pies. Así lo expresa Aulo Gelio (10, 15, 10): *si quis ad uerberandum ducatur, si ad pedes eius supplex procubuerit, eo die uerberari piaculum est*. Cf. también Seru. *Aen.* 3, 607. Sobre esta prescripción, puede consultarse Marco Simón (1996: 99s).

El propio Freyburger ofrece en otro lugar (1988)³⁷⁴ un completo estudio comparativo de la suplicación griega y romana, equivalentes en esencia, aunque con elementos que las distancian. Y en ese rito, el elemento gestual resultaba ampliamente privilegiado. Si en Grecia se encuentran testimonios de suplicantes intentando alcanzar el mentón de su interlocutor y en Roma se prefiere el simbolismo de la mano derecha³⁷⁵, ambas culturas otorgan una importancia excepcional al hecho de tocar las rodillas (lat. *genus*; cf. gr. γονυλάσθαι, “suplicar”). Testimonios como el siguiente de Plinio el viejo nos informan del valor místico que se confería a esas articulaciones, equiparables a un altar:

hominis genibus quaedam et religio inest obseruatione gentium. haec supplices attingunt, ad haec manus tendunt, haec ut aras adorant, fortassis quia inest iis uitalitas. namque in ipsa genus utriusque commissura, dextra laeuaque, a priore parte gemina quaedam buccarum inanitas inest, qua perfossa ceu iugulo spiritus fluit (Plin. *nat.* 11, 250).

[El sentir de las gentes atribuye cierto carácter religioso a las rodillas del hombre. Los suplicantes las tocan, tienden las manos hacia ellas, las adoran como altares, quizá porque dentro de ellas se encuentra el elemento vital. Y es que en la juntura misma de cada rodilla, a izquierda y derecha, en la parte anterior, hay una doble cavidad, de donde, al resultar perforada, como si de una garganta se tratara, escapa el espíritu.]

Y, de hecho, parece que la concepción remonta a tiempos antiquísimos, anteriores a la diáspora de los pueblos indoeuropeos. (Piénsese en el padre que legitima al vástago *genuinus* sentándolo sobre las rodillas.) Por ello, no es de extrañar que el hecho de abrazar las rodillas o arrojarse a los pies de alguien supusiesen los síntomas físicos de una súplica intensiva, hecha de un inferior a un superior, en casos de extrema necesidad. En el fondo, la adopción de una postura en un plano físico por debajo del que ocupa el interlocutor erguido no es más que una metáfora visual del componente jerárquico de la sociedad, la asunción consciente de la subordinación del suplicante con respecto a su interlocutor³⁷⁶, dadas las circunstancias de penuria en que el primero se encuentra:

³⁷⁴ Si bien no niega aquí la etimología propuesta previamente para *supplex*, tampoco redundaría ya en ella.

³⁷⁵ Cf. *supra*, n. 272 y, por ejemplo, Plaut. *Capt.* 442-443: *haec per dexteram tuam te dextera retinens manu / opsepro, infidelior mihi ne fuas quam ego sum tibi*.

³⁷⁶ El ritual de la *proskynesis*, consistente fundamentalmente en la prosternación o la genuflexión, mantuvo vigente estas prácticas en los complejos ceremoniales de adoración a los emperadores romanos.

nunc tibi *amplectimur genua* egentes opum, / quae in locis nesciis nescia spe sumus, / ut tuo recipias tecto seruesque nos (Plaut. *Rud.* 274-276).

[Ahora nosotras, que carecemos de todo recurso, que estamos en lugares desconocidos desconocedoras de nuestro destino, nos abrazamos a tus rodillas para que nos acojas bajo tu techo y nos protejas.]

AC. si pol me nolet ducere uxorem, *genua amplexar* / atque opsecrabo (...) (Plaut. *Mil.* 1239-1240).

[AC. Si, por Pólux, no quiere casarse conmigo, me abrazaré a sus rodillas y le suplicaré.]
supplex te *ad pedes* abiciebas (Cic. *Phil.* 2, 86).

[Te arrojabas a sus pies suplicante.]

et *genua amplexens* effatur talia supplex (Verg. *Aen.* 10, 523).

[Y abrazándole las rodillas, pronunció suplicante estas palabras...]

Incluso como elemento formulario, las rodillas están frecuentemente presentes en la comedia antigua:

(...) TR. per ego haec *genua* te optestor, senex, / quisquis es– DA. quin tu ergo *omitte genua* et quid sit mi expedi (Plaut. *Rud.* 627-628).

[TR. Por tus rodillas, yo te conjuro, anciano, seas quien seas. DE. Déjate ya de rodillas y explícame qué ocurre.]

En resumen, según explica el citado Freyburger (ibíd.: 521ss), el ceremonial de la súplica intenta provocar la conmiseración de aquel a quien se dirige y activar así su *fides* (cf. *supra*, VI). Es decir, la *supplicatio* a un superior implica a todas luces una *deditio in fidem*, el acto de entregarse a alguien más poderoso para poder así contar con su protección. El rito de tocar las rodillas poseía, por tanto, un valor jurídico-religioso muy marcado y sellaba relaciones personales, pues permitía precipitar la entrada del suplicante en el ámbito de protección de alguien más poderoso. Todo ello se encontraba integrado en unas concepciones morales generales que contemplaban también otros

Véase al respecto Bravo (1997). Por lo demás, según explica este autor (p. 178), no es necesario presumir en estos elementos un origen extranjero, pues «la simbiosis político-religiosa que define al culto imperial» se nutrió de elementos netamente romanos.

dispositivos de resguardo y patrocinio como la clientela, el derecho de asilo o la hospitalidad³⁷⁷.

Así pues, todos estos elementos favorecen una interpretación de la etimología de *supplex* como la que veíamos al comienzo de esta sección. Y, pese a la dignidad con la que se desarrollaba el culto oficial y la plegaria en la religión estatal romana, resulta cuando menos arriesgado negar de manera categórica la existencia de la genuflexión. En primer lugar, es preciso distinguir la práctica religiosa comunitaria y controlada por el gobierno y el ministerio de un cuerpo sacerdotal determinado (cf. VIII.1), de los actos que, en beneficio propio y sin control alguno, lleva a cabo un fiel de manera individual. Esos contextos, no constreñidos por el exceso de formulismo y la rigidez formal del culto nacional romano, resultan propicios para que este dé rienda suelta a sus sentimientos más sinceros y ofrezca muestras de una religiosidad apasionada. En este sentido, es muy significativo el siguiente pasaje del *Rudens* de Plauto en el que Palestra y Ampelisca imploran la protección de Venus ante su altar³⁷⁸:

PA. tibi auscultamus et, Venus alma, ambae te *opsecramus*, / *aram amplexantes* hanc tuam *lacrumantes*, *genibus nixae*, / in custodelam nos tuam ut recipias et tutere (Plaut. *Rud.* 694-696).

[PA. Te obedecemos y, a ti, madre Venus, ambas te suplicamos, abrazando tu altar, hechas un mar de lágrimas y arrodilladas, que nos acojas bajo tu custodia y cuides de nosotras.]

El carácter intensivo de esta plegaria elevada a la divinidad en un momento de máxima necesidad resulta innegable en estos versos. Pero es que, incluso en ciertos ritos controlados institucionalmente, no es imposible localizar este tipo de prácticas. Es

³⁷⁷ Pueden encontrarse testimonios literarios en Freyburger (1986: 113s).

³⁷⁸ Aunque parece que el derecho de asilo no fue nunca una institución netamente romana y Plauto estaría recogiendo aquí un motivo propio de la comedia griega (Freyburger, 1988: 156), resulta innegable la traslación al ámbito religioso del ritual, netamente romano, de la *supplicatio*, que implica la entrada bajo la *fides* del superior, el intento de conseguir su «leal protección». Recuérdese la ya aludida concomitancia entre las rodillas y el altar, y considérese además la necesidad de estar inclinado para lograr alcanzarlas. Sobre el carácter nacional de la *supplicatio* como ritual específicamente religioso, frente al lectisternio, ceremonia importada y celebrada *graeco ritu*, véase además van Ooteghem (1964).

necesario, pues, que nos detengamos ahora en la descripción de la ceremonia estrictamente religiosa de la *supplicatio*³⁷⁹.

Bajo este nombre genérico se engloba una serie de prácticas culturales (plegarias, libaciones, sacrificios...)³⁸⁰, practicadas de manera colectiva por la totalidad de la comunidad y con finalidades diversas: bien con la intención de apaciguar a los dioses y granjearse nuevamente su favor, perdido por la comisión de una falta, bien para asegurarse su apoyo ante una inminente situación de peligro, o incluso para mostrarles agradecimiento por los favores recibidos, fundamentalmente por su apoyo al ejército en la victoria frente al enemigo. Se distingue, por tanto, entre suplicación expiatoria, propiciatoria y gratulatoria.

Si bien entre las dos primeras existen grandes concomitancias, ambas se diferencian por completo de la última en cuanto a su objetivo (solicitud de perdón o seguridad, frente a agradecimiento) y al carácter festivo que la caracterizaba. Del conjunto de sus elementos constitutivos, el más privilegiado resultaba, sin duda, la plegaria –según veremos una de las muestras de religiosidad más desarrollada en Roma– y, en función del distinto carácter que revestían sus manifestaciones (expiatorio o preventivo el de los dos primeros tipos de *supplicationes*, gratulatorio el del último), aquella recibía diferentes nombres: *obsecratio*³⁸¹ y *gratulatio*. Tales denominaciones tenían la facultad de hacer referencia metonímica al ritual en su conjunto e incluso eran preferidos a la denominación genérica, por no dejar lugar a dudas sobre el carácter concreto de cada una de ellas³⁸². Por lo demás, la práctica de la acción de gracias era también llevada a cabo por iniciativa individual. Era frecuente, por ejemplo, compensar con un ritual la ayuda proporcionada por los dioses a la finalización de un viaje sin contratiempos o, como en el siguiente verso, la consumación satisfactoria de algún asunto:

³⁷⁹ La obra de Halkin (1953), aunque centrada en una manifestación particular de este ritual, la gratulatoria, resulta imprescindible. En ella fundamentalmente podrán encontrarse extensamente desarrollados los datos que aquí ofrecemos. Para una descripción del fenómeno en época altoimperial, cf. Freyburger (1978); y véase también Chapot y Laurot (2001: 14-16).

³⁸⁰ Muy repetida resulta la expresión *ture et uino supplicare*, presente, por ejemplo, en Plaut. *Aul.* 24.

³⁸¹ Recuérdese el carácter intensivo que hemos atribuido (V.2.1) a *obsecrare*, en principio integrante del lenguaje técnico religioso y trasladado después al lenguaje coloquial a través de su empleo parentético.

³⁸² Se establece entre esas plegaria, por tanto, una oposición privativa: *supplicatio* // *gratulatio* / *obsecratio*.

CA. quando bene gessi rem, uolo hic *in fano* supplicare (Plaut. *Curc.* 527).

[CA. Ahora que me ha salido bien el negocio, quiero dar las gracias a los dioses aquí en el santuario.]

Dejando de lado esta última muestra de religiosidad, posiblemente secundaria con respecto a las anteriores (si bien fue la única que sobrevivió al advenimiento del Imperio), no resulta difícil imaginar cómo en situaciones de peligro desmesurado, inminente o ya sobre la población, se extremasen también las prácticas dirigidas a contrarrestarlo. Y la prosternación, efectivamente empleada en las relaciones humanas, proporcionaba al fiel un buen mecanismo para reconocer y hacer patente, de manera respetuosa, la majestad suprema de los dioses. De hecho, es posible que estas prácticas no fueran en origen más que la manifestación espontánea de la religiosidad popular (cf. Halkin, 1953: 86). En ellas, las mujeres³⁸³ –seres supersticiosos y apasionados por naturaleza, según la mentalidad antigua– tenían un papel preponderante (llegando incluso a promocionar su celebración por iniciativa propia) y la presencia del cuerpo sacerdotal es allí extraña. Y, como la adopción de tal postura perseguía fundamentalmente la reconciliación con los dioses y el apaciguamiento de su ira, es comprensible la asimilación que establecían los antiguos entre *supplicare* y *plācare*, en un traslado semántico, jamás completamente afianzado en el sistema³⁸⁴, que hacía evolucionar un contenido que expresaba sencillamente una disposición corporal al objetivo que con ella se perseguía. (Traslado semasiológico que, como veremos a continuación, determinó en realidad su inserción en la esfera de la petición.)

Así pues, es natural que Freyburger (1977) se haya centrado fundamentalmente en la suplicación gratulatoria para apoyar su tesis del origen etimológico de *supplex*, pues en ella el único elemento intensivo es el festivo. Pero, hemos visto que, ampliando el marco de análisis del ritual suplicatorio en Roma, la genuflexión no supone un elemento tan insólito. Resulta innegable, pues, que, en circunstancias límite, las muestras apasionadas de religiosidad no estaban del todo desterradas. Las relaciones sociales de

³⁸³ Cf. Liu. 3, 7, 8 y 26, 9, 7-8, donde las mujeres aparecen *stratae* y *genibus nixae* respectivamente.

³⁸⁴ De hecho, si bien se atestiguan frecuentes combinaciones del tipo *supplicis placans* (cf. Acc. *trag.* 298), resulta interesante constatar que el adjetivo *placidus* no se emplea como epíteto de los dioses en las plegarias en prosa y no aparecerá en poesía hasta el periodo augústeo. La documentación epigráfica ofrece un único ejemplo, aplicado a los *manes* (*VOS ITE PLACIDE*, CIL V 3653). Cf. Hickson (1993: 58s). Por lo que a la obra de Plauto se refiere, sólo se constatan tres empleos de *placo* en contexto religioso (*Poen.* 850, *Pseud.* 329 y *Rud.* 23).

dependencia ofrecían, además, un poderoso modelo. Por otra parte, un significado originario como “plegarse”, cuya viabilidad ha sido ya constatada, posee además la ventaja añadida de que permite ofrecer una explicación más adecuada –y comparable a los movimientos nocionales que hemos constatado en otros lexemas– de la entrada de *supplicare* en la órbita de los verbos de petición.

Tal y como acabamos de comprobar, existe una clara afinidad entre el ritual de la súplica y una puesta en escena muy concreta, una serie de actos gestuales tan fijados como los enunciados definitorios de actos rituales. Estos, por su sistemática asociación, contribuirían sin duda a la inequívoca interpretación de los objetivos del suplicante. Junto a elementos materiales, más propios del ámbito griego, como las ramas de laurel u olivo, adornadas con hebras de lana, o las cintas (*uittae*), el *supplex* quedaba simbólicamente definido por la inclinación de su postura o por sus manos tendidas. De tal modo, es posible pensar que incluso la mera representación de esos actos valieran en sí mismos por la verbalización de una petición. No hay más que pensar en términos iconográficos o en expresiones como *orantia bracchia tendo* (Ou. Pont. 2, 9, 65). La manifestación lingüística sería pues un elemento constituyente más:

(...) *uerbo caue supplicassis*. Plaut. *Asin.* 467.

[Y no se te ocurra suplicarle con palabras.]

Pero es que incluso la propia enunciación ritual que la acompaña, si seguimos la argumentación del origen etimológico de *supplex*, no sería en origen más que una mera referencia a esa actitud sumisa, adoptada como síntoma de inferioridad y de necesidad de apoyo.

Al analizar el origen de lexemas como *flagitare* o *implorare*, hemos tenido ya ocasión de comprobar cómo la realización de un acto ilocutivo por medio de la descripción verbal del acto físico que lo acompaña supone una forma de enriquecimiento del caudal léxico referente a ese acto ilocutivo. El acto físico particular desliza su significado hacia la intencionalidad que, a efectos comunicativos, se persigue

con él³⁸⁵. El léxico griego propio de la suplicación, dadas las concomitancias que posee con el ritual latino, nos proporciona un sugerente modelo de interpretación ya explorado.

Este vocabulario establece allí un paradigma supletivo en el que el nombre de agente remite a una raíz que no se corresponde con la del nombre de acción y el verbo correspondientes (λίσσομαι, λιτή ικετής). Letoublon (1980)³⁸⁶ ha mostrado de manera convincente el posible origen delocutivo del nombre del suplicante, a partir de una fórmula atestiguada en los poemas homéricos (ικάνω τα σα γούνατα), “toco tus rodillas”), en la que el verbo no posee el sentido de movimiento que normalmente se le atribuye. Tal expresión, según argumenta la autora (pp. 329s), resulta ser, precisamente, la fórmula ritual empleada en la realización de una súplica; y desde un significado meramente informativo habría pasado a cargarse del significado intencional que por medio de tal acción se quería dar a entender. Su mera enunciación comenzaría a valer, a partir de su fijación definitiva como expresión formular, por la realización de la súplica³⁸⁷ (“toco tus rodillas” → “te suplico”). De ahí que el nombre del suplicante haya de ser considerado como un delocutivo. (Recuérdese la mencionada formación delocutiva nominal *pordiosero*.) Lo mismo ocurre con el verbo γουναζεσθαι, cuyo origen sería igualmente delocutivo.

Carecemos de testimonios inequívocos al respecto, si bien la citada apreciación de Festo (p. 402) podría estar recogiendo un empleo realizativo de *supplicare* en el núcleo de una plegaria. Sin embargo, no resulta descabellado pensar que en el origen del significado petitorio de este verbo haya de reconocerse una derivación delocutiva que hunda sus raíces en una fórmula similar.

Avisábamos, al introducir la noción de delocutividad (III.2.2), de la fortuna que ha experimentado su estudio en el marco de la teoría de la enunciación, impulsada fundamentalmente por los franceses Ducrot y Anscombre. Este último distingue, en un detallado análisis (1981: 88ss), varios tipos de derivación delocutiva. De entre ellos, nos

³⁸⁵ Este es, según Anscombre (1981: 90), un importante mecanismo de creación de verbos ilocutivos. Así, para el francés señala el autor *permettre, saluer, couper (aux cartes), proposer, supposer*, etc. En vías de desarrollo se encontrarían además *boire à la santé de, lever son verre à, adhérer, déclarer*, etc.

³⁸⁶ Cf. también Letoublon & Pierrot (1981).

³⁸⁷ Como en numerosas ceremonias, la fórmula ritual que constituye su esencia llega a reemplazarlo. El vocablo *bautismo* pierde terreno, para la denominación de la celebración que solemniza ese sacramento, frente a *bautizo*, sustantivo delocutivo con origen en la fórmula que recita el sacerdote («Yo te bautizo...»).

interesa fundamentalmente el paradigma derivativo que él denomina «delocutividad formularia». Esta consiste, en cierto modo, en el proceso inverso al que proponía Benveniste (*cf.* III.2.2), puesto que nos transporta de un lexema a una fórmula. Se trata de un proceso por medio del cual un valor léxico termina por designar un valor enunciativo diferente al que se esperaría del valor originario (*ibíd.*: 89s). Y ello ocurre en una sucesión diacrónica de estadios diferentes.

A partir de la costumbre de utilizar una determinada expresión con su propio significado, pero por medio de la cual se realiza un acto ilocutivo alusivo –único tipo que, según vimos podía considerarse indirecto–, según unas leyes conversacionales precisas, se llega, en un momento posterior, a la aparición de un nuevo morfema que contiene una alusión al empleo preciso de la expresión anterior. Sorprendentemente, el ejemplo que utiliza para ilustrarlo es el del fr. *supplier*.

De acuerdo con Anscombre (que no tiene para nada en cuenta los datos latinos que manejamos), es posible reconocer en el desarrollo de esa lengua, una evolución similar a la que estamos defendiendo. A partir de un antiguo verbo *soploier* (“*plier, ployer*”, presente en *souple, souplesse*) y en consonancia con la costumbre de arrodillarse al hacer una súplica («*ployer le genou*»), se habría llegado a la expresión *Je te supplie...*, en alusión directa al acto físico que acompañaba a la solicitud intensiva. Con el tiempo, la mera enunciación de dicha fórmula serviría para realizar el acto de habla en cuestión de manera alusiva. Así, bajo la influencia del valor pragmático de *Je te supplie*, con valor semántico de “*Je plie le genou*” haría aparición un nuevo verbo –nosotros preferimos considerarlo un nuevo valor de lengua del mismo verbo–, que denominaría el acto de habla ligado de manera alusiva a la primera expresión. Finalmente, por un proceso de «relectura», el empleo de ese verbo terminaría por resultar un realizativo explícito autorreferencial. En ese momento, *Je te supplie* puede ser parafraseado como «je fais l’acte de requête que l’on fait en disant *Je te supplie*».

Nosotros, por supuesto, somos de la opinión de que el fr. *supplier* deriva directamente del latín *supplicare*, aunque en esa lengua la cercanía fónica con *plier* (← lat. *plicare*) bien ha podido estrechar la relación existente entre ambas nociones. Pero la evolución de *supplicare* pudo realizarse sin problema en los términos recién explicados. Hemos dicho que, salvo el comentario de Festo, no conservamos indicios seguros de la existencia de este tipo de fórmulas. Pero no es difícil imaginar una expresión realizativa

como *supplex* (*sum*)³⁸⁸ o, directamente, *supplico*, tras la creación de este verbo. En origen, su sentido habría sido “adopto ante ti la posición de *supplex*” y pronto se le añadiría un contenido implícito adicional “para solicitar tu apoyo”. Ello explica además la complementación dativa que caracteriza a este verbo:

nec tibi supplico. uincire uis? em, ostendo manus (Plaut. *Epid.* 683).

[Y no te voy a implorar de rodillas. ¿Quieres atarme? Toma, aquí tienes mis manos.]

Dicho régimen, por otro lado, carecería de sentido si defendemos, como significado originario, el de “apaciguar, calmar la ira por una ofensa”. Este último puede, sin duda, ser una contextualización derivada, al mismo nivel que la de “suplicar” o emanada de ella, pero nunca el contenido primigenio del verbo.

A partir de tales valores, el significado intencional que caracterizaría tanto a la postura como a la expresión que la designa, habría terminado por sustituir completamente su significado original³⁸⁹ y habría provocado, además, su conjunción con el significado propio de *placare*, noción causativa en ocasiones afin a la intencionalidad de la *supplicatio*, netamente religiosa.

Y de ese paso a la noción transitiva de “pedir” hay también evidencias sintácticas, pues aunque menos representadas que las construcciones absolutas o la complementación en dativo expresando el beneficiario de la súplica, es posible encontrar construcciones plenas, similares a las de los verbos de petición genuinos³⁹⁰:

uindici quidem alienae dominationis, non uicario, ecquis supplicat ut optime meritis de re publica liceat esse saluis? (Cic. *ad Brut.* 1, 16, 2).

³⁸⁸ A la luz de expresiones indirectas (*supplex* + forma del verbo *esse* no realizativas) como las que nos proporcionan Plauto (*Persa* 270, *Stich.* 290, *Cist.* 32, *cit. infra*) o Terencio (*Phorm.* 887).

³⁸⁹ A pesar de no haber cuajado en el sistema, tal evolución habría sido también perfectamente esperable para una expresión como *tibi amplector tua genua*; el ejemplo de Plaut. *Rud.* 274-276 (*cit. supra*) proporciona un contexto en el que la especificación del comportamiento que se espera del interlocutor (“abrazamos tus rodillas para que nos acojas en tu casa y nos protejas”) se solapa con la estructura sintáctica de un verbo de petición, por lo que aquella podría haberse convertido perfectamente en una expresión intensiva de esta noción.

³⁹⁰ Cf. también la discutida lectura de Paul. *dig.* 28, 5, 93 (92): *Pactumeia (...) supplicauit imperatores nostros (imperatoribus nostris)*. El contenido específico de la súplica, con todo, podía explicitarse por medio de otros mecanismos sintagmáticos: *nam quis ferret Milonem pro capite suo supplicantem (...)?* (Quint. *inst.* 6, 1, 25).

[¿Acaso es como representante de una propiedad ajena y no como subalterno como te suplica que se le permita, por sus grandes méritos para con el estado, estar a salvo?]

Pues bien, una vez expuesta la hipótesis de la posible vía de penetración de *supplicare* en el campo léxico de la petición, únicamente nos queda por determinar su posición relativa en esta estructura. Y comenzaremos refiriéndonos a la relación de solidaridad que establecen típicamente los verbos de clase rogativa con una inferioridad jerárquica del agente. La subordinación es, en estos casos, aún más marcada, por cuanto el lexema, por sí mismo, resulta un índice gráfico de la misma, en términos de semántica gestual. Su empleo en aras del mecanismo cómico de subversión del orden jerárquico debía de resultar, por tanto, muy efectivo:

CH. opsecro hercle oroque ut istuc quid sit actutum indices, / quandoquidem mihi supplicandum seruolo uideo meo (Plaut. *Merc.* 170-171).

[CA. Te suplico, por Hércules, y te ruego que me digas ya de qué se trata, ya que veo que le tengo que suplicar a un esclavo de mi propiedad.]

El *supplex*, además, se encuentra en un estado de penuria que únicamente puede ser solventado por medio del apoyo de alguien con más recursos:

nostra copia nil uolunt nos potesse / sique omnium rerum nos *indigere*, / ut sibi simus *supplices* (Plaut. *Cist.* 30-32).

[Quieren que no podamos hacer nada por nuestros medios, que necesitemos de ellos para todo, que les supliquemos.]

Pero, al solicitarlo, aquel queda sujeto al arbitrio de este, dadas las vinculaciones jurídicas que crea. Por ello, es necesario mostrar cautela en el momento de su elección:

ilico uixit amator, ubi lenoni *supplicat* (Plaut. *Pseud.* 311).

[Deja de existir el amante en cuanto suplica al lenón.]

Y, por si no bastase toda la argumentación precedente, acumulaciones sinonímicas como la que ofrece el siguiente ejemplo dejan claro su carácter netamente intensivo:

supplicabo, exopsecrabo ut quemque amicum uidero (Plaut. *Asin.* 246).

[Suplicaré e imploraré con todo mi empeño a todos los amigos que encuentre.]

De su empleo en ámbito religioso ya hemos hablado suficientemente. Pero, por el momento, añadiremos en último lugar la oposición que en ese terreno establece con *precari, uerbum precandi* por antonomasia, en virtud precisamente del clasema intensivo que caracteriza a *supplicare*. De tal modo, mientras que el primero designa una petición realizada desde un estado de calma, en clara consonancia con el contenido de «solemnidad» al que aludíamos antes, la acción del *supplex* se realiza desde un estado de apasionamiento.

Queda claro, por lo tanto, cómo el aspecto extensional, en concreto la subclase intensiva del campo léxico de la petición en sus dos vertientes fundamentales, /+coactiva/ y /-coactiva/, se nutre de verbos cuyo significado originario hace referencia a reacciones físicas o a actos corporales. Su mera descripción, sistemáticamente unida a una intencionalidad ilocutiva y a unos efectos perlocutivos concretos, terminarán por provocar el traslado definitivo y plenamente funcional, a esta esfera de contenido semántico de verbos en origen fonodescriptivos (*flagitare* y, en parte, también *implorare*), que hacen referencia a reacciones incontrolables (*im-plorare*) o a actos corporales controlados y asociados a una semiótica gestual muy precisa (*supplicare*). En estos verbos prevalece la idea de la «puesta en escena» que acompaña a la realización de un acto ilocutivo concreto y que es, esencialmente, la que les proporciona el elemento intensivo que los caracteriza.

Por todo ello, en consonancia con las traducciones que hemos dado a *flagitare* (“reclamar a gritos”) e *implorare* (“suplicar con lágrimas en los ojos”), proponemos ahora para *supplicare* “rogar de rodillas”. El mero “suplicar”, a diferencia quizás del fr. *supplier*, carece de las resonancias etimológicas del contenido de prosternación que le hemos atribuido y solo es posible mantenerlas por medio de una perífrasis. Además, salvo en su empleo realizativo, del que, insistimos, no hemos encontrado indicios en latín, no ha de ser interpretado de manera literal; la expresión redundante simplemente en el carácter extremadamente intensivo de una súplica y no es necesaria la adopción real de esa postura corporal.

Salvo por la existencia de un protolexema, en función de lo que llevamos analizado de la dimensión /-coactiva/, es posible intuir una organización paralela a la que hemos constatado antes para su contrapartida /coactiva/. Sin embargo, existen en la que ahora nos ocupa una serie de términos caracterizados por una definición sémica concreta de sus actantes que, por razones obvias, no encuentran parangón en aquella. Nos detenemos a continuación en su examen.

VII.6.4.- LEXEMAS CARACTERIZADOS POR LA CARENCIA DEL AGENTE.

Al referirnos, dentro del apartado de las relaciones clasemáticas, a las acciones yuxtapuestas (II.2.3.1), hemos hecho ya referencia a *mendicare*, que incluye dentro de su contenido semántico una carencia, una necesidad extrema (la *egestas*), condición propia del *mendicus* –nombre del que deriva este verbo– y que empuja a la petición de manera ineludible, para poder conseguir así lo indispensable para la vida. Según señalan E&M (*s.u. mendicus*), es necesario relacionar esta forma con *mendum*, por lo que su significado básico haría referencia a “alguien con defectos físicos, débil”. Y quien no es capaz de ganarse el sustento por sus propios medios, solo puede ser *indigente* y no tiene más remedio que *mendigarlos*. Por ello, definíamos más arriba una yuxtaposición de procesos que pone de manifiesto una relación de implicación en el sentido que allí explicábamos:

PHILOL. siquidem hercle uendundust pater, uenibit multo potius / quam te me uiuo umquam sinam *egere* aut *mendicare* (Plaut. *Most.* 229-230).

[FILOL. Si tengo que vender a mi padre, por Hércules, lo haré mucho antes que verte en la tesitura de que tengas que pasar penurias o mendigar, mientras yo viva.]

De hecho, usado de manera absoluta, su significación es estrictamente la de “pedir limosna”, mientras que, de ser especificados, sus complementos más característicos suelen hacer referencia al sustento necesario: *frumentum* (Liu. 35, 49, 10), *cibum* (Ou. *trist.* 5, 8, 14), etc. Se trata pues de una noción relacionada con el estatus social, de una actividad propia del *mendicus*, del indigente, necesariamente desgraciado:

malim moriri meos quam mendicarier: / boni miserantur illum, hunc inrident mali (Plaut. *Vid.* XV [III]).

[Preferiría que mi familia muriera antes que mendigar; los buenos se compadecen del muerto, los malvados se ríen del mendigo.]

paupertas si malum est, mendicus beatus esse nemo potest (Cic. *fin.* 5, 28).

[Puesto que la pobreza es una desgracia, nadie puede ser feliz siendo un mendigo.]

Y con ello queda nuevamente de manifiesto la importancia de los valores socio-económicos en la estructuración de la sociedad romana, que atribuye un alto rango en la escala jerárquica a quien disfruta de un desahogo monetario, mientras que arroja a los últimos puestos a quien carece de él. Así, una vez más, con este caso límite tenemos ocasión de comprobar la relación de solidaridad que se establece entre los términos de la esfera /rogativa/ y el sema /inferioridad jerárquica/. Con todo, hemos de advertir sobre la inexistencia de empleos realizativos, por lo que no podemos hablar en este caso de un realizativo explícito y su inclusión en la categoría de verbo petitorio podría ser puesta en duda. Es necesario buscar la explicación en su origen denominativo que habría condicionado, en principio al menos, su funcionamiento como verbo de estado (“ser *mendicus*”); pero, obviamente, “pedir” es, como decimos, la actividad principal de aquel, por lo que su inserción en el campo que nos ocupa, si bien no plena, debió de ser muy temprana y su incuestionable carácter rogativo podrá ser empleado incluso con ironía en busca de efectos cómicos:

ME. *prodigum te fuisse oportet olim in adulescentia.* / AM. *quidum?* ME. *quia senecta aetate a me mendicas malum* (Plaut. *Amph.* 1031-1032).

[ME. Has debido de ser muy derrochador en tu juventud. AN. ¿Y eso? ME. Porque ahora, en la vejez, me mendigas unos buenos palos.]

Junto a *mendicare*, debemos señalar además la existencia de un lexema arcaico, empleado por Livio Andrónico y citado por glosadores como Paulo-Festo y Aulo Gelio, con un significado análogo, *aeruscare*. E&M (*s.u.*) lo ponen en relación con un tema sin más representación en latín, aunque muy atestiguado en indoiranio (*cf.* av. *išasā*, “trato de obtener”). Sin embargo, actualmente tiende a concebirse esa raíz **h₂eis-* como

probable étimo de *quaerere* y *quaesere*³⁹¹. El parentesco se pierde en la nebulosa de los tiempos, por lo que Paulo-Festo prefieren relacionarlo, por etimología popular, con el dinero, *aes*, tanto por su coincidencia fónica, como por resultar el contenido prototípico de la solicitud del mendigo:

aeruscare aera undique, id est pecunias, colligere (Paul. Fest. p. 22).

[*Aeruscare* es recopilar monedas, esto es, dinero de todas partes.]

El testimonio que nos ofrece Aulo Gelio redundante en esta misma idea:

‘Musonius’, inquit, ‘aeruscanti cuipiam id genus et philosophum esse ostendenti dari iussit mille nummum (Gell. 9, 2, 8).

[‘Musonio’, dijo, ‘ha ordenado que se le dé a cierto mendigo mil monedas porque ha demostrado ser un filósofo’.]

Y este mismo autor presenta además un derivado nominal que designa nuevamente al “mendigo”:

id praestigiarum (...) genus commentos esse homines *aeruscatores* (Gell. 14, 1, 2).

[Por este tipo de artimañas se habían imaginado que eran unos mendigos.]

Resulta claro, pues, que pese a su codificación léxica, estos verbos suponen una suerte de petición específica en la que tanto la carencia del agente, como la restricción del objetivo apetecido constituyen los rasgos más llamativos de su caracterización semántica, con lo que podemos hablar de un subgrupo marcado dentro de la dimensión rogativa.

³⁹¹ Cf. LIV² (s.u. **h₂eis-*, «suchen»), donde, sin embargo no se menciona *aeruscare*. Aunque con dudas, el mencionado diccionario reconoce en *qu-aeso*, *-ere*, una formación aorística procedente de **ko-ais-se-* y ve en *quaero* una nueva formación de presente del tipo R(e)-e-pres.

VII.6.5.- *PRECARI* Y SU GRUPO LEXEMÁTICO.

Genéticamente emparentado con otros dos importantes lexemas del campo de la petición (*poscere* y *postulare*), *precari* tiene origen denominativo en el nombre de acción **prex*³⁹². Este sustantivo posee un paradigma funcional defectivo, si bien algunos gramáticos tardíos proporcionan un nominativo analógico (*prex*) y un genitivo *precis*³⁹³. De cualquier modo, y pese a esta carencia, su aparición en forma singular, como aclara el *ThLL* (s.u.), es mayoritaria con respecto a la declinación del plural. Esta obra divide la entrada en dos grandes apartados: uso profano y religioso, distinción que resulta muy pertinente, dada la gran incidencia del lexema y su familia en el último ámbito. En ambos, con todo, es perfectamente perceptible su significado básico de “petición”³⁹⁴; y de su carácter no-coactivo da buena cuenta la estructura fraseológica, con alto grado de fijación desde época arcaica, que pone en relación el ablativo plural (*precibus*) o el sintagma *per precem* con el verbo *orare* (*supra*, VII.6.2), parangonable al de otras combinaciones ya mencionadas (*per fidem*, *per dexteram tuam*...):

non ego erus tibi, sed seruus sum; nunc opseco te hoc unum– / quoniam nobis di
inmortales animum ostenderunt suom, / ut qui erum me tibi fuisse atque esse nunc
conseruom uelint, / quod antehac *pro iure imperitabam* meo, nunc *te oro per precem*–
(Plaut. *Capt.* 241-244).

[Yo no soy tu amo, sino un esclavo, y ahora solo quiero suplicarte una cosa, ya que los dioses inmortales nos han comunicado su firme voluntad de que yo, que antes era tu amo, comparta ahora contigo la esclavitud, lo que antes te ordenaba por mi autoridad, ahora te lo ruego con súplicas.]

El valor será aprovechado, fundamentalmente en los géneros poéticos, para la denominación de los requiebros amorosos (*in re amatoria*):

³⁹² Así lo defienden, entre otros, Ernout (1954: 95) o Mignot (1969: 377). Vendryes expuso sus reservas al respecto en *MSL*, 16, 1910-1911 (p. 304).

³⁹³ Cf. *Char. gramm.* p. 49, 31; *Phoc. gramm.* V 412, 3; *Eugraph. Ter. Andr.* 606, etc. Existe, sin embargo, un testimonio de oscura interpretación en el que se aduce una forma distinta: *cum dicis preces inprudica et procax petit et malae rei maxime postulatio, at prex ad bonam semper partem dirigitur* (*Virg. gramm. epist.* 1, 3, 2).

³⁹⁴ Benveniste (1969, II: 159) define este significado como «la demande exclusivement verbale spécialement adressée aux dieux en vue d’obtenir ce qu’on attend d’eux». Recuértese lo dicho *supra* (cap. VI, n. 258).

tantum in amore preces et bene facta ualent (Prop. 1, 1, 16).

[Tanto valor tienen en el amor los ruegos y los favores.]

Y, fuera de ese ámbito, valdrá para cualquier solicitud humilde, por ejemplo, las enunciadas ante un juez:

si prece et obsecratione humili ac supplici utemur (Cic. *inu.* 1, 22).

[Si nos servimos de ruegos y deprecaciones humildes y suplicantes...]

Esta caracterización justifica, además, la explicación que suele darse a la institución, netamente latina, del *precarium*. Según lo concibe el derecho romano, se trata de una convención que permitía la concesión gratuita de una posesión al *precarista*, con la condición de la inmediata devolución por parte de este, cuando fuera reclamada por su legítimo propietario (*cf.* D&S, *s.u.*). Según se afirma allí mismo, es posible que la institución remontase a épocas en las que el *ager publicus* estuviera exclusivamente en manos de la clase patricia, y esta concediera su explotación a aquellos con los que guardasen lazos de clientela. Redundando en esta idea, D'Ors (1986: 190, n. 6) aclara que «el precarista solía ser un cliente que pedía a su patrono el favor (*precem*) de que le concediera, para mantenerse él y su familia, el pleno y gratuito disfrute de un fundo, concesión que el *precario dans* podía revocar en cualquier momento; de hecho, la concesión solía mantenerse largo tiempo, incluso durante generaciones»³⁹⁵. Y también E&M (*s.u.* **prex*, **precis*) oponen el adjetivo *precarius* («qu'on obtient seulement par prière») a *debitus*, *pro imperio*.

Sin embargo, su peso específico dentro del lenguaje técnico religioso es perfectamente reconocible también desde épocas muy tempranas. Así inquiere la sacerdotisa de Venus sobre la identidad de las recién llegadas al templo en el *Rudens* plautino:

³⁹⁵ Así lo define Ulpiano: *precarium est quod precibus petenti utendum conceditur tamdiu, quamdiu is qui concessit patitur (...) qui precario concedit, sic dat quasi tunc recepturus cum sibi libuerit precarium soluere* (Vlp. *dig.* 43, 26, 1).

PT. qui sunt qui a patrona *preces* mea expetessunt? / nam uox me *precantum* hoc foras excitauit. / bonam atque opsequentem deam atque hau grauata / patronam exsequontur benignamque multum (Plaut. *Rud.* 259-262).

[¿Quiénes son las que dirigen plegarias a mi patrona? Pues me ha hecho salir la voz de unas suplicantes. Invocan a una diosa buena y favorable, una patrona nada molesta y sí muy complaciente.]

Preces y votos (que se pueden encontrar en combinación), constituyen los elementos nucleares de la mentalidad religiosa romana (*cf. infra*, VIII.2). Y su presencia es notoria en las fórmulas de plegaria reales —es decir, no literarias— que nos han llegado.

Su carácter intensivo, en ocasiones, puede resultar ambiguo, sobre todo en lo que al ámbito privado de estas manifestaciones se refiere:

ac, uelut in nigro iactatis turbine nautis / lenius aspirans aura secunda uenit / iam *prece* Pollucis, iam Castoris *implorata*, / tale fuit nobis Manlius auxilium (Catull. 68, 63-66).

[O como cuando un viento que sopla favorable llega a los marineros arrojados en un negro torbellino, tras haber implorado sus plegarias a Pólux y Cástor, así fue cuando Manlio acudió en nuestro auxilio.]

Pero quedará justificado en su momento cómo la religión oficial romana no se caracteriza, al menos en sus manifestaciones corrientes, por este contenido. Su alto grado de especialización, además, permitirá su identificación con prácticas menos «ortodoxas», como son los ritos mágicos o los maleficios (*cf. ThLL, s.u.*, col. 1220)³⁹⁶:

quin etiam nocturna sacrificia (...) sceleratasque eius preces et nefaria uota cognouimus (Cic. *Cluent.* 194).

³⁹⁶ La misma distribución se observa en el sustantivo, derivado de *precari*, *precatio*, sólo atestiguado a partir de Cicerón (4x) y Livio (16x). Su significado parece idéntico al de la fórmula que nos ocupa, aunque, en ocasiones es posible establecer una dicotomía entre **prex* “acción de elevar la plegaria” y *precatio* “el contenido de la misma”. Ejemplos en sentido religioso pueden verse en Cic. *Mur.* 1 o Liu. 10, 28, 15-16; en contexto mágico, Petron. 137, 10. Su carácter de neologismo fue aprovechado, además, por la terminología retórica para denominar el lugar o la forma en que los autores han de dirigir la plegaria formularia en el encabezamiento de sus obras (la invocación poética, por ejemplo; *cf. Quint. inst.* 4 *prooem.* 4).

[Pero es que no conocimos sus sacrificios nocturnos, ni sus criminales plegarias, ni sus abominables votos.]

Restringido a este ámbito, pervivirá en la literatura cristiana, igualado a *oratio* que estos autores incluyen para la denominación de la misma realidad, aunque matizada por la nueva mentalidad³⁹⁷. Este es, de hecho, el origen del cast. *libro prego*: recopilación de oraciones, *librum precum*.

Todos estos valores recibirán idéntica representación en su derivado *precari* y en su grupo lexemático.

VII.6.5.1.- *Precari*:

Como decimos, se observan en este lexema apariciones en el ámbito profano, pero también una profunda especialización en el léxico religioso —dicotomía típica del lenguaje técnico de la plegaria—. Aunque es posible encontrar ejemplos que contradigan parcialmente la siguiente afirmación³⁹⁸, debemos convenir con Benveniste en que la oralidad es uno de los rasgos distintivos básicos de *precari*. Así lo define este autor:

Precor, c'est demander au moyen de la **prex*; la parole est ici l'intermédiaire entre celui qui demande et celui à qui il s'adresse; cette parole est par elle-même l'agent efficace (Benveniste, 1969, II: 160)³⁹⁹.

Y, basándose en esta definición, Torricelli nos proporciona otra más en consonancia con la teoría de los verbos realizativos, en los siguientes términos:

“formulare le parole di una prex”, cioè le parole di una domanda orale con le quali si rende effettiva una preghiera che si rivolge a la divinità o ad altri per ottenere i benefici richiesti (Torricelli, 1978: 248).

³⁹⁷ Junto a los ejemplos en que se observa claramente la noción de ‘petición’, el *ThLL* recoge en un apartado diferenciado un pequeño número de ejemplos en los que tal idea se desvanece, confundándose con la de ‘veneración’.

³⁹⁸ Cf., por ejemplo, Hor. *epist.* 1, 14, 14 (*tacita prece rura petebas*) o Apul. *apol.* 54, 7 (*tacitas preces in templo deis allegasti: igitur magus es*). Nótese en este último ejemplo la expresión *preces allegare*.

³⁹⁹ Véanse, con todo, las reticencias de Guittard (1980: 399s) a este respecto.

Esta última caracterización permite dar cuenta, de manera óptima, de la gran preeminencia que presenta la forma de primera persona de singular del presente de indicativo, esto es, la forma realizativa canónica.

El verbo, según datos que proporciona el *ThLL*, se documenta desde Livio Andrónico y perdurará a lo largo de toda la latinidad, siendo Ovidio el autor que muestra una mayor predilección por él. Tomamos nuevamente como referencia de partida el artículo que ofrece la citada obra y que distingue entre *usu originario* y *usu deflexo*. No se plantea allí, sin embargo, el sentido y las condiciones de tal evolución, como tampoco el problema de su especialización primigenia. Intentaremos dar cuenta de todas esas cuestiones.

Curiosamente, frente a lo que ocurría en la mayoría de los lexemas hasta aquí analizados, es posible reconocer como contenido primario de *precari* el significado petitorio que nos ocupa. Previo paso al análisis individual de estos verbos, dimos ya cuenta (cap. VI) de la idoneidad de su étimo indoeuropeo para encargarse de la referencia al acto ritual de la petición, hipótesis reforzada, además, por el buen número de sus avatares que, en latín arcaico, redundan en esta idea. Esta es, en efecto, la clave de la clasificación que encontramos en el *ThLL*, que define este uso originario de *precari* como «*uigente respectu eius, qui prece adeatur, fere i. q. rogare, orare*».

Junto a esta definición, existen datos que invitan a su clasificación como verbo no-coactivo: su yuxtaposición a otros lexemas de este ámbito (cf. p. e., *oranti et multa precanti* de Verg. *Aen.* 11, 697), la matización que supone el sustantivo de que deriva en la mencionada lexía compleja *orare per precem*, así como el adverbio *precario* (cf. Plaut. *Amph.* 24-25, *cit. supra*), o su empleo mitigador de la posible brusquedad de un acto directivo básico⁴⁰⁰, suponen excelentes indicios al respecto. Por todo ello, resulta, como todos los integrantes de esta dimensión restringida del concepto de petición, el elemento opuesto a la orden, según el criterio de jerarquías en el que basamos buena parte de nuestro análisis:

uerbi genus hoc 'conseruanto', quo magis in legibus quam in foederibus uti solemus, imperantis est, non precantis (Cic. *Balb.* 36).

⁴⁰⁰ Inquisitivo en el siguiente caso: *dic, precor, ecquando didicisti fallere nuptas?* Ou. *Pont.* 3, 3, 53.

[La naturaleza de esta palabra, *conseruanto*, que solemos emplear más en las leyes que en los tratados, es imperativa y no implica ruego.]

El origen etimológico justifica, además, el carácter solemne que comparten los derivados de esa raíz y que, en el siguiente ejemplo, se actualiza en el esquema de representación ritualizada escogido:

tum regem Aeneas dictis adfatur amicis: / 'optime Graiugenum, cui me Fortuna *precari* / et uitta comptos uoluit praetendere ramos' (Verg. *Aen.* 8, 126-128).

[Entonces dice Eneas al rey, con palabras amistosas: 'El mejor de los griegos, a quien la fortuna quiso que suplicara y tendiera estos ramos adornados con ínfulas'.]

Pero, pese a la traducción que en este caso hemos dado⁴⁰¹, su caracterización sémica lo aleja de la de *supplicare* en lo que a su carácter intensivo se refiere. La petición que describe *precari* se realiza desde un estado de calma y en términos solemnes, en oposición a la de aquella, en la que el estado de exaltación se manifiesta incluso en la disposición corporal. Se podría incluso pensar en una situación paralela a la de *rogare*, aunque en este caso, pese al perfil sereno y controlado de su agente, sí es perfectamente sensible, al menos en sus usos fuera del ámbito religioso, su carácter rogativo. Existe además un segundo impedimento que hubiese bloqueado su funcionamiento como archilexema parcial de la dimensión: la precoz determinación de su segundo actante animado con el clasema /divinidad/. Lo veremos enseguida. Pero antes merece la pena recoger algunos ejemplos en los que se observa la posibilidad de su uso fuera de ese ámbito:

LE. pergin *precari* pessumo⁴⁰²? ME. quae res? tun libero homini / male seruus loquere? (...) (Plaut. *Asin.* 477-478).

[LE. Te empeñas en hacer ruegos a este desgraciado? ME. Pero, ¿cómo? ¿Un esclavo hablando mal a un hombre libre?]

et sestertia quae soles *precare* / centum desine: nam sat es beatus (Catull. 23, 26-27).

⁴⁰¹ Y a pesar de otros ejemplos como Verg. *Aen.* 12, 930-931, *cit. infra*.

⁴⁰² El ejemplo ilustra además un empleo absoluto con complemento en dativo, parangonable al que hemos constatado en *supplicare*.

[Y los cien sestercios que sueles rogar, déjalos: ya eres bastante feliz.]

legatos (...) ad socios atque amicos precatum mittemus, ne (...) (Liu. 7, 31, 2).

[Enviaremos una legación a nuestros aliados y amigos para pedirles que no...]

Por otro lado, ocurre en la mayoría de las ocasiones que uno pida por sí mismo, aunque también puede darse que la solicitud se realice en beneficio de otro; “pedir en lugar o a favor de otro” es equivalente, de este modo a “interceder por alguien” (cf. también Ter. *Phorm.* 140-142, *cit. supra*):

eadem precor ab isdem dis immortalibus ob eiusdem hominis consulatum una cum salute
obtinendum (Cic. *Mur.* 1).

[De nuevo pido a esos mismos dioses inmortales esas mismas cosas, para que ese hombre consiga el consulado y mantenga su salud.]

Así se ve claramente, además, en su derivado nominal *precator*, utilizado muy a menudo por Plauto y Terencio en el sentido de “intercesor”.

Pero, como decimos, si existe un rasgo caracterizador, este es su carácter de vocablo técnico propio del léxico de la plegaria, hasta el punto de que utilizaremos esta denominación para el estudio de los *uerba precandi* que abordaremos en el siguiente capítulo. Frente a la tímida aparición en la esfera religiosa que hemos constatado para *poscere* y *postulare*, este resulta ser el preferido por el lenguaje formulario de la religión oficial (Hickson, 1993: 47). Junto a testimonios literarios, más o menos fieles a la formulación real, tenemos otros de naturaleza epigráfica que no dejan lugar a dudas (cf. *infra* VIII.3):

BOVEM (...) IOVI (...) INMOLAVIT (...) AVGVSTVS, (...) ALTERVM M. AGRIPPA, PRECATI
AVTEM SVNT ITA: ‘IVPPITER OPTIME MAXIME, VTI (...) SCRIPTVM EST TIBI HOC BOV<E>
(...) SACRVM FIAT; TE QVAESO PRECORQVE (...)’. *Act. lud. saec. Aug.* (= *CIL* VI 32323,
104-106).

[Augusto ha inmolado un buey y M. Agripa otro; entonces han pronunciado la siguiente plegaria: ‘Júpiter óptimo máximo, tal y como está consignado en los libros, hágasete el sacrificio de este buey. Te solicito y te pido que...’]

Sus primeras apariciones en este ámbito datan de épocas muy antiguas⁴⁰³:

te, sale natam, *precor Venus* (...) (Enn. *ann.* 585S).

[A ti, la nacida de la espuma del mar, Venus, te dirijo mi plegaria.]

Y acabó siendo usado por algunos autores de manera casi exclusiva con este sentido específico –así, por ejemplo, en las obras de Tito Livio (de la que tendremos ocasión de ver ejemplos en el capítulo siguiente) o Cicerón–:

quae precatus a *dis* immortalibus sūm, ut ea res (...) eueniret, eadem precor ab isdem *dis* (Cic. *Mur.* 1).

[La plegaria que dirigí a los dioses inmortales para que ocurriera este hecho, esa misma plegaria la renuevo a esos mismos dioses.]

La estructura sintáctica que muestra este significado es, por lo general, la de doble acusativo⁴⁰⁴. Sin embargo, cuando el contenido de la petición no aparece expresado, sino sólo el destinatario de la misma (y este es una deidad), nos hallamos ante un empleo absoluto con el sentido de “elevar plegarias”, esto es, “rezar”. Aunque es posible encontrar algún ejemplo anterior, este tipo de usos absolutos empiezan a ser más frecuentes en época clásica y posclásica:

cum Gracchus deos inciperet precari, cursim isti impetum faciunt (*Rhet. Her.* 4, 68).

[Cuando Graco empezó su plegaria a los dioses, estos atacaron con gran velocidad.]

uota homines parcius facerent, si palam facienda essent; adeo etiam deos, quibus honestissime supplicamus, tacite malumus et intra nosmet ipsos precari (Sen. *benef.* 2, 1, 4).

⁴⁰³ Se ha defendido (cf. p. ej. Guittard, 1980: 397s) que el lexema tiene en las comedias de Plauto un uso exclusivamente profano. Hickson (1993: 47), por su parte, cree reconocer un único empleo en contexto religioso (*Rud.* 640). Sin embargo, recuérdese el fragmento de *Rud.* 259-262, en paralelo a las apreciaciones que hemos hecho acerca de **prex*, así como Plaut. *frag. inc.* XXXVIII (LVIII): *uinum precemur, nam hic deus praesens adest*. Véase también lo relativo a *comprecari* (*infra*, VII.6.5.3). Además, autores como Flobert (1975: 81) defienden su paso del vocabulario religioso al empleo común.

⁴⁰⁴ Según Leumann *et al.* (1977: 383), el doble acusativo se atestigua para *precor*, con complemento pronominal, desde Cicerón y, con complemento de nombre, desde Estacio. El acusativo de persona con oración completiva aparece ya en Catón.

[Los hombres harían sus votos con mayor parquedad si los tuvieran que hacer en público; sin embargo, a los dioses, a los que suplicamos de corazón, preferimos rezarles en silencio y para nosotros mismos.]

Un lexema verbal, por lo tanto, puede recibir una determinación de mano de los clasemas de su propia acción, pero también por parte de los participantes en ella, sus actantes. En este sentido, *precari* resulta un caso paradigmático en el que la precisión de su segunda casilla argumental por el clasema /divinidad/ condicionó su inclusión en un léxico técnico con una características muy claras. Definiciones como la siguiente dan cuenta de la importancia de este criterio:

precamur deos, deprecamur homines (Diff. Suet. p. 287).

[*Precamur* a los dioses, *deprecamur* a los hombres.]

Ahora bien, es necesario precisar que su especialización en este ámbito –que terminará por resultar su nota distintiva más característica– está exclusivamente restringida al área itálica (cf. u. *persclo*, *persklum* «*sacrificium*» y *persnimu* «*precator*»; Boccali, 1971: 501). Esta evidencia ha llevado a numerosos autores⁴⁰⁵ a la defensa de un empleo originario de esta raíz restringido a un ámbito más netamente jurídico. Junto al recién mencionado, el método comparativo ofrece otros indicios.

El paralelo sánscrito de **prex*, *prat-* se aplica literalmente a la persona que resuelve una *prat*, un “proceso jurídico”, el equivalente de la *quaestio* del *quaestor* (cf. *supra*, n. 316). Y debemos tener presentes igualmente la figura etimológica en la que participa y los datos que, con respecto a esta raíz, hemos recogido en el capítulo VI. Aún es más, dadas las especiales características que definen el conjunto de manifestaciones de la devoción romana –eminentemente colectiva y basada en relaciones de tipo contractual–, el carácter solemne y jurídico que caracteriza a ese radical resultaba del todo adecuado para tales menesteres. Y, sin embargo, debemos hacer unas breves puntualizaciones.

⁴⁰⁵ Ernout (1954: 95), Guittard (1980: 397-398), Morani (1981: 37), etc.

El empleo de fórmulas fijas y altamente estereotipadas, la rigidez en el ritual o la mentalidad del *do ut des* no implican necesariamente una falta de piedad, en el sentido moderno. Es decir, la relación con la divinidad era una auténtica muestra de religiosidad, si bien dentro de unos parámetros diferentes a los nuestros, por lo que resulta inadecuado contemplar estas prácticas como meras estipulaciones vinculantes entre las dos partes que acuerdan un contrato; el culto a una divinidad implica el acatamiento de su condición de superioridad con respecto al fiel que se lo proporciona. De hecho, frente a la noción contractual entre el dios y el suplicante que podría caracterizar a *precari*, encontramos otro lexema, concurrente con el anterior en las plegarias antiguas —cf. *infra*, *carmina* de la *deuotio* y la *euocatio*—, *ueneror*, que hace referencia a la noción de «magia» y «encantamiento» también presentes en la religión romana. Ambos términos representarían, pues, los polos opuestos de la piedad romana (Schilling, 1938: 302 y 1965: 324). Ofreceremos un análisis de este último lexema (*infra*, VIII.3).

En segundo lugar, pero no con menor importancia, es necesario reconocer que las fronteras entre derecho y religión no son todo lo nítidas que desearíamos. Todavía en época histórica, las primeras manifestaciones del derecho romano tenían una clara sanción religiosa y, según decimos, la relación que el creyente establecía con sus dioses posee muchas concomitancias, tanto en prácticas como en expresión, con elementos propios del ámbito jurídico. Según afirma Dumézil (1974²: 130), los rasgos del carácter romano incidirán decisivamente en su conceptualización de la religión y, entre sus elementos definitorios, se encuentra el pensamiento jurídico, que se opone frontalmente a la reflexión en clave mística que se realiza en la India. Pero ello no ha de implicar una reducción de la experiencia religiosa al común denominador jurídico. Con el tiempo ambas realidades irán definiéndose y restringiéndose mutuamente; incluso la progresiva laicización de la sociedad romana otorgará al derecho y, sobre todo, a la política un papel preeminente en detrimento de la religión.

Con todo, para las épocas remotas a las que nos estamos refiriendo, parece más adecuada la consideración indistinta de ambos dominios, fundidos en una realidad única que se encarga de regular tanto las relaciones interpersonales como esas otras en las que interviene lo trascendente. Cada lengua, posteriormente ha ido especializando los términos de ese difuso fondo en uno u otro sentido. No se trata, por tanto, de un

reaprovechamiento, por parte de la lengua latina, del léxico jurídico para denominar una realidad religiosa que les era ajena, sino más bien el empleo de una terminología que, por tener concomitancias con lo que después pasaría a ser considerado estrictamente derecho civil, resultaba más acorde con su carácter. Por todo ello, no nos parece del todo adecuado hablar de un simple trasvase del léxico jurídico al religioso, sino que preferimos considerar este tipo de cuestiones como subsidiarias de la realidad histórica y el carácter consustancial a cada uno de los pueblos herederos de ese vocabulario común (cf. VIII.1). Como dice Morani (1981: 37) en referencia al vocabulario religioso, «Roma riutilizza in maniera assai libera il materiale di eredità indoeuropea che aveva a disposizione e spesso lo reinterpreta in maniera del tutto originale».

Y en el campo léxico de la petición se observa muy claramente, pues, queda ya de manifiesto la manera en que la lengua latina ha distribuido lexemas genéticamente emparentados en esferas específicas. Aunque todos ellos tienen una aplicación en el lenguaje común, su carácter solemne permitió la determinación de *postulare* para empleos técnicos jurídicos, así como la aparición de *poscere* en la fórmula de la petición de la mano de la esposa. Y del mismo modo, *precari* experimentó un poderoso impulso hacia su inserción en el léxico religioso.

Retomaremos este interesante campo de estudio en el capítulo VIII. Pero queda todavía pendiente el análisis de la segunda acepción del lexema que por el momento nos ocupa; y la determinación de su carácter religioso nos va a ayudar, pensamos, a proporcionarle una explicación.

El *usus deflexus* que reconoce el *ThLL* resulta allí glosado en los siguientes términos: «*non respicitur quidam prece adeundus, ut uergat in uim q. e. enuntiare uota, optare, uelle, sim.*». Tal valor resulta patente en la siguiente acumulación:

haec ego semper de uobis exoptavi, haec optavi, haec precatus sum (Cic. *Pis.* 46).

[Yo siempre lo he esperado de vosotros, lo he deseado, he rezado por ello.]

Y aún más en la identificación que observamos a continuación:

TR. qui lubet maledicere? equidem tibi bona *exoptavi* omnia. / DA. bene equidem tibi dico, qui te digna ut eueniant *precor* (Plaut. *Rud.* 639-640).

[TR. ¿Por qué disfrutas maldiciéndome? Yo sólo te he deseado cosas buenas. DA. Y yo sólo te deseo el bien. Deseo que ocurra lo que mereces.]

Pero los fragmentos reproducidos ilustran bien, además, la cercanía entre las nociones de “petición” –y aún más de “plegaria”, en el sentido de “solicitud dirigida a los dioses”– y “deseo”; nos hemos referido ya en varios lugares a sus concomitancias. Según sabemos, el deseo y la volición resultan la condición de sinceridad exigida para la realización afortunada de cualquier acto directivo. Y, del mismo modo, constituyen el antecedente nocional (también lexemático en la secuencia intrasubjetiva) característico de los verbos de petición. Es decir que el grado no-resultativo se identifica, en esta cadena, con el grado desiderativo⁴⁰⁶, que García-Hernández (1980: 89) define como aquel que «se sitúa antes del comienzo de la acción y supone, bien la voluntad decidida de emprenderla (...), bien la apetencia o las ganas de satisfacer una necesidad fisiológica». Quedaron ya analizados (IV.3.2), además, los contextos en los un mensaje desiderativo puede funcionar con fuerza ilocutiva directiva; de hecho, según afirma Mesa Sanz (1998^c: 168), «la enunciación de un deseo (...), en tanto que explicitación de (la) emoción del hablante, ha de poseer una función; esta se puede relacionar precisamente con lo que podemos denominar como ‘orientación indirecta al hablante’». Y, con toda seguridad, existen condicionamientos sociales que llevan al empleo de enunciaciones como estas con una finalidad mitigatoria de la fuerza impersiva; esto es, su orientación hacia la expresión de la cortesía lingüística es evidente. Factores como la implicación del destinatario en el contenido del mensaje desiderativo o el grado de control que aquel posee sobre este, determinarán la correcta desambiguación de las intenciones del emisor.

Y todos estos elementos recuperables de manera contextual se acentúan aún más en el marco de la relación hombre-dioses, puesto que estos últimos tienen asignado un ilimitado grado de control sobre la realidad, mientras que los primeros carecen de poder efectivo sobre ellos. Si existe un ámbito en el que el cumplimiento de la petición escapa por completo al control del que pide, ese es, sin duda, el de la plegaria. Dicha relación posee, por lo demás, un marcado carácter no inmediato. No es de extrañar, por lo tanto,

⁴⁰⁶ Recuérdese (cf. II.1) cómo según el paradigma elegido, el término no-resultativo se divide en ingresivo y progresivo, y el primero el primero de ellos, a su vez, en desiderativo, conativo e inminente.

que, según constatábamos, el verbo *optare* sirva para la referencia a estas peticiones restringidas a un ámbito muy determinado y que llegara a especializarse finalmente en la plegaria interior, no recitada ni enunciada de manera audible.

Así pues, por razones diferentes a las que veíamos en *postulare*, se produce aquí nuevamente una neutralización entre el aspecto no-resultativo y el resultativo de los elementos que constituyen el acto de la plegaria. Pero, si bien en el caso del primero hemos constatado una incidencia de la consideración que el hablante imprime sobre su mensaje, en *precari* lo que encontramos más bien es una serie de condicionantes psicológicos que inciden en la indiferenciación de los dos aspectos. Y estos serán los que favorezcan la creación de una nueva acepción, nocionalmente previa a la de «petición» (si bien quizá diacrónicamente posterior) que terminará por convertirse en un nuevo significado funcional operante en el sistema⁴⁰⁷, más allá de una mera variante contextual. El hecho resulta innegable en ejemplos como:

saepe precor mortem. Ou. Pont. 1, 2, 57.

[A menudo deseo la muerte.]

Y, pese a la necesidad de considerarlo como derivado, el significado desiderativo es, fundamentalmente, el que encontramos en los pocos usos que de este verbo hacen Plauto y Terencio:

AG. seiquidem amicitiaſt habenda, cum hoc habendaſt. ADE. hau precor (Plaut. Poen. 1215).

[AG. Si has de tener amistad con alguien, con él has de tenerla. ADE. No es ese mi deseo.]

Recapitulando, podemos resumir la historia de *precari* en los siguientes hitos: derivado de un radical perteneciente en origen al fondo difuso de vocabulario técnico jurídico-religioso, el lexema termina por insertarse plenamente, en época histórica, dentro del lenguaje propiamente religioso. Allí, por las razones a las que hemos atendido, experimenta una neutralización con la noción no-resultativa de “deseo” que desembocaría en una nueva acepción plenamente funcional. En ella, *precari* llegaría a

⁴⁰⁷ Véase Muñoz Núñez (2000), donde se da cuenta del fenómeno de la neutralización como responsable de algunos fenómenos de polisemia.

identificarse, de manera general, a los verbos desiderativos con independencia de su incidencia en la esfera de la divinidad. De hecho, este deseo puede ser dirigido no solo en beneficio de uno mismo, sino también en beneficio (o en perjuicio, que bien abundantes son los empleos que hemos encontrado con esta intencionalidad negativa) de otra persona, supeditados al adjunto de modo (*bene, male*), que eventualmente puede acompañarlo:

ea simia adeo post hau multo ad me uenit, / *male* mihi *precatur* et facit conuicium (Plaut. *Merc.* 234-235)⁴⁰⁸.

[Ese mono viene a verme al poco rato. Me desea todos los males y me arma un número.]

Las fronteras entre plegaria y deseo, dada su fuerte afinidad, resultan difusas, aunque, en última instancia, residen nuevamente en el punto de vista del destinatario del mensaje. Si, según observamos en los últimos ejemplos, se omite el destinatario del contenido apetecido o si este no recibe una apelación directa (*cf.* la expresión formularia *di tibi dent quaecumque optes*, con la divinidad en tercera persona), el resultado es una formulación meramente expresiva. En la plegaria, por el contrario, dada su fuerte tendencia al empleo de verbos realizativos en su formulación canónica, el destinatario de la misma, cuya atención se reclama por medio de un vocativo inicial (invocación), suele recibir una plasmación sintáctica, pues así lo permiten este tipo de verbos (*cf.* *Mars pater, te precor quaesoque uti...*). Pero esta distinción sintáctico-pragmática no invalida el empleo de expresiones netamente desiderativas con intencionalidad directiva (*cf.* Verg. *Aen.* 10, 874-875, *cit. supra*), siempre y cuando se cumplan todas las condiciones lógicas a las que tantas veces hemos aludido, mucho menos severas en lo que a su aplicación religiosa se refiere.

⁴⁰⁸ *Cf.* también Plaut. *Asin.* 477 y *Rud.* 639-640, *cit. supra*.

VII.6.5.2.- *Apprecari*:

Como en los casos de *adposcere* y *adpostulare*, encontramos de nuevo en este modificado una escasísima representación, limitada además en varios aspectos. Por un lado, la concentración de todos ellos –si exceptuamos un único empleo horaciano– en la obra de Apuleyo y, por otro, su aparición en contexto religioso⁴⁰⁹.

Aunque contamos con la plena funcionalidad del derivado *adorare* (recordemos, sin embargo, el valor adicional que desarrolla), es posible que la parvedad de su empleo apunte al carácter artificial de su formación. Opera, en efecto, un solapamiento entre la orientación clasemática predominante en estos verbos y la que aporta el preverbio. García-Hernández (1980: 133) ha determinado con toda claridad el valor sémico «adlativo» primordial de este formante, que, combinado con una base totalmente desprovista de la idea de desplazamiento local, se concreta en una «simple dirección de la acción hacia el objeto de destino», en este caso, evidentemente, la divinidad a la que se destina la plegaria. De tal modo, se incide aquí en la idea de «acción adlativa centrífuga» –esto es, proyectada en un sentido distinto del sujeto– que caracteriza el semantismo básico de la acción de petición. La perífrasis “dirigir plegarias a la divinidad” redunda en esta idea.

rite deos prius adprecati (...) (duces... canemus) (Hor. carm. 4, 15, 28).

[Después de dirigir, según marca el rito, la plegaria a los dioses, cantemos a los caudillos.]

El escaso número de apariciones impide hacer afirmaciones definitivas, pero es posible que el preverbio aporte ciertos valores sémicos. Así, el contexto que proporciona el siguiente ejemplo podría llevarnos a una interpretación de *ad-* como morfema de función secuencial «ingresiva», en la que el preverbio tiene gran productividad (cf. *ibíd.*: 135).

ac dum, uelis candentibus reductis in diuersum, deae uenerabilem conspectum adprecamur (Apul. met. 11, 20).

⁴⁰⁹ Cf., además de los ejemplos reproducidos, Apul. *apol.* 4, 29; 11, 1.

[Y entonces, tras correrse las blancas cortinas hacia los lados, comenzamos a rezar ante la venerable imagen de la diosa.]

Y, de manera igualmente intuitiva, podrían verse en el siguiente fragmento indicios para su interpretación en el segundo valor sémico de *ad-*, el de acción extensional «intensiva». Nuevamente, es García-Hernández (1980, 135) quien advierte de la dificultad de distinguir esta función del contenido de «adición», que, por otro lado, hemos verificado en *apposcere*. En tal caso, ese contenido intensivo igualaría este modificado a *comprecari*, que trataremos a continuación, y podría ser traducido como “rogar a los dioses con fervor”:

uidet dona pretiosa et lacinias auro litteratas ramis arborum postibusque suffixas, quae cum gratia facti nomen deae cui fuerant dicata testabantur. tunc genu nixa et manibus aram tepentem amplexa, detersis ante lacrimis sic adprecatur: ‘Magni Iouis germana et coniuga (...)’ (Apul. *met.* 6, 3-4).

[Ve ofrendas de valor y telas con inscripciones de oro colgadas de las ramas de los árboles y de las jambas, que daban testimonio del agradecimiento por las promesas cumplidas y el nombre de la diosa a la que habían sido dedicadas. Entonces, de rodillas y abrazando con las manos el tibio altar, enjuagándose antes las lágrimas, elevó esta fervorosa plegaria: ‘Hermana y esposa del gran Júpiter (...)’.]

De cualquier modo, como decimos, la insuficiencia de los datos conservados impide hacer apreciaciones concluyentes sobre unos valores, sin duda solapados y difícilmente dissociables pero que, en última instancia, no inciden de manera decisiva en el sistema.

VII.6.5.3.- *Comprecari*:

A pesar de que el *ThLL* iguala este modificado a su base, algunos autores han defendido su carácter «emotivo» (cf. Flobert, 1975: 81). Y este valor resulta evidente en ejemplos como el siguiente:

non tamen ante mihi languescent lumina morte, / nec prius a fesso secedent corpore
sensus, / quam iustam a diuis exposcam⁴¹⁰ prodita multam, / caelestumque fidem
postrema *comprecer* hora (Catull. 64, 188-191).

[Pero no se me cerrarán los ojos en el momento de la muerte, ni abandonarán los sentidos
mi cuerpo fatigado, antes de haber reclamado a los dioses el justo castigo por la traición y
haber solicitado vivamente el amparo divino en mi hora postrera.]

El preverbio, por tanto, proporciona en este caso un valor aspectual intensivo, que
provoca una concentración e intensidad de la acción, y que, unido al contenido de
solemnidad inherente a la base, se concreta en el ‘fervor’ religioso con el que se realiza
la acción.

Contradiendo la opinión de quienes negaban el empleo de *precari* en la obra de
los comediógrafos antiguos, encontramos que este modificado muestra allí una resuelta
preferencia por el contexto religioso, lo cual podría estar en consonancia con el señalado
contenido intensivo. Aparece en la obra de Plauto empleado de manera absoluta

PA. satin eadem uigilanti expetunt quae in somnis uisa memoras? / eu hercle praesens
somnia! abi intro et *comprecare* (Plaut. *Mil.* 393-394).

[PA. ¿Lo que te sucede ahora despierto es lo mismo que recuerdas que viste en sueños?
¡Por Hércules, un *déjà vu*! Ve dentro y cumple los oficios religiosos.]

O con complemento en dativo, construcción a la que nos hemos referido ya al tratar
lexemas como *supplicare*⁴¹¹ o *adorare* y hemos constatado en su base:

SO. recte dicit, ut commeminit: somnium narrat tibi. / sed, mulier, postquam experrecta
es, te prodigiali Ioui / aut *mola salsa* hodie aut *ture comprecatam* oportuit (Plaut. *Amph.*
738-740).

⁴¹⁰ Nótese que no es este un uso de los que considerábamos más arriba como «arcaicos». Se trata en este
caso de una ‘reclamación’ en toda regla presentada ante las instancias celestes. La invocación a las
Euménides (y la expresión *meas audite querellas*, v. 195) que encontramos en los versos que siguen no
dejan lugar a dudas.

⁴¹¹ Compárese además la analogía con el complemento instrumental *ture et uino* que acompaña
repetidamente a *supplicare* (cf. n. 380).

[SO. Te dice la verdad, según la recuerda: te cuenta el sueño. Pero, mujer, en cuanto te levantaste, tenías que haber rogado a Júpiter de los prodigios con harina salada o incienso.]

Y comenzará a tener empleos transitivos desde Terencio:

Mi. abi domum ac *deos conprecare* ut uxorem accersas: abi (Ter. *Ad.* 699).

[Ve dentro y ruega a los dioses que encuentres a tu mujer.]

(...) AE. abi, pater, / tu potius *deos conprecare*; nam tibi eos certo scio / quo uir melior multo es quam ego, obtemperaturos magis (Ibíd. 703-705).

[ES. Padre, vete tú mejor a suplicar a los dioses, pues estoy seguro de que a ti, por ser mucho mejor que yo, te harán más caso.]

Aunque quizá con cierto regusto arcaizante (Flobert, 1975: 81), el valor seguirá conservándose con el paso del tiempo⁴¹²:

iam solitos poscunt cursus populusque paterque, / cum me sollicita proles Neptunia uoce / inuocat Hippomenes ‘Cytherea’ que ‘*conprecor* ausis / adsit’ ait ‘nostris et, quos dedit, adiuuet ignes’ (Ou. *met.* 10, 638-641).

[Ya el pueblo y su padre reclaman las acostumbradas carreras, cuando, con voz temblorosa, me invoca Hipomena, de la prole de Neptuno y me dice: ‘Ruego que Citerea asista a mi osadía y ayude a la pasión que ella me ha concedido’.]

Y recibirá igualmente empleos en contextos de rituales mágicos. Ejemplo conflictivo es el que presenta Sen. *Med.* 680. Giancotti (1952: 149-152) ha expuesto sus argumentos a favor de la lectura *complicans*, mientras que Gentili (1953) ha abogado posteriormente por *comprecans*, defendiendo que su valor es idéntico al del verso 740 (*comprecor uulgi silentium uosque ferales deos*) y que no es otro que “invocar”, poco representado pero igualmente funcional en el simple, sobre todo en testimonios tardíos.

A imagen también de su base –quizá con el mismo valor intensivo que puede poseer la anterior acepción–, *comprecor* mostrará igualmente empleos de aspecto no-

⁴¹² Cf. también Ou. *met.* 12, 285; 14, 397.

resultativo. Alguna glosa se decanta por considerarlo sinónimo de *optare* y así se muestra en los siguientes ejemplos:

ut maneat amicus (...) / *comprecor* (...) (Ou. *Pont.* 2, 5, 73-74).

[Deseo que se quede conmigo mi amigo.]

mortem *comprecantur* sibi (Sen. *epist.* 99, 16).

[Desean que les alcance la muerte.]

Valgan pues las observaciones hechas con respecto a *precari*.

Diremos, por último, que resulta llamativo el total desaprovechamiento que se ha hecho del potencial sémico de este preverbio para la expresión de la modificación «sociativa» que hemos apreciado en *competere*. Quizá podría aplicarse en ocasiones a una pluralidad del objeto (*deos*, en plural, es una complementación recurrente, pero no constante). Esta, sin embargo, es clara en su derivado nominal *comprecatio*, “súplica colectiva a una divinidad”⁴¹³.

VII.6.5.4.- *Deprecari*:

Según datos comparativos que proporciona el *ThLL*, las primeras atestaciones de este modificado aparecen ya en época muy temprana (2x en Ennio y Plauto); y, aunque falta en autores como Terencio, Horacio y Tibulo, y otros, como Nepote, Virgilio y Propertio, lo emplean una sola vez, es muy frecuentado por Cicerón (68x) y Livio (39x).

Frente a los derivados anteriores y el que trataremos a continuación, el preverbio ofrece en este caso una gran productividad, ampliando el significado del lexema base en varias direcciones y dotándolo de una rica polisemia. En primer lugar, se observan ejemplos en los que este proporciona un valor intensivo que ya hemos determinado en otros modificados con formante preverbal ablativo. El comentario que nos proporciona Aulo Gelio –quien dedica todo el capítulo 16 del libro VII de sus *Noches Áticas* al análisis de *deprecari*– da cuenta de este valor, aunque solo sea para criticar una mala interpretación de Catull. 92:

⁴¹³ Cf. Liu. 39, 15, 12; Gell. 13, 23, 1.

‘*deprecor*’ hoc in loco uir bonus ita esse dictum putabat, ut plerumque a uulgo dicitur, quod significat ‘*ualde precor*’ et ‘oro’ et ‘supplico’, in quo ‘de’ *praepositio ad augendum et cumulandum ualet* (Gell. 7, 16, 3).

[El sabio cree que, en este lugar, *deprecor* se dice, como se utiliza en la lengua vulgar, con el sentido de *ualde precor*, *oro*, *supplico*, funcionando el preverbio para aumentar e intensificar.]

Moussy, quien también ha dedicado un extenso trabajo al análisis de este lexema, afirma (1992^a: 73) que esta acepción tuvo un uso muy extendido fundamentalmente en época ciceroniana:

honestius hic quam Q. Pompeius, quo (...) deprecante accepta lex non est (Cic. *off.* 3, 109).

[Este es más honesto que Q. Pompeyo, por cuyos ruegos la ley no fue aceptada.]

pro me (...) non propinquorum multitudo populo Romano est deprecata (Cic. *p. red. in sen.* 37).

[En mi favor no suplicaron al pueblo romano el gran número de mis allegados.]

Pero de la definición de Gelio parece deducirse un doble valor dentro de esta acepción, a saber, la de función intensiva de un verbo claramente no-coactivo (que lo acerca por tanto a la significación equivalente que muestra *exorare* o a lexemas como *implorare* o *supplicare*), pero también un contenido de insistencia (*ualde precari*, “pedir insistentemente”) que podría llevarnos incluso a una interpretación coactiva en algunos pasajes:

quam multorum hic uitam est a L. Sulla *deprecatus*! (Cic. *Sull.* 72).

[¡Cuántos han entregado allí su vida a instancias de L. Sula!]

Nos parece con todo más adecuada una interpretación en la que se tenga en cuenta que tal valor responde en realidad a una reinterpretación (contextual y sujeta al grado relativo en la escala jerárquica de cada uno de los participantes en la acción) de ese

clasema intensivo en un sentido de «insistencia» que, en ocasiones, puede resultar muy disuasoria (recuérdense las apreciaciones que al respecto hemos hecho en VII.3).

Ese mismo valor intensivo es el que puede apreciarse en empleos específicos en los que, al igual que veíamos en la base, el beneficiario de la petición no es uno mismo, sino un tercero. El significado “rogar en lugar de alguien, a favor de otro”, en tal caso, resulta equivalente a “interceder por alguien”. Es este un valor que se documenta desde la comedia arcaica⁴¹⁴:

AP. edepol mancupium scelestum! EP. te profecto, Apoecides,/ nil moror mihi *deprecari*.

AP. facile exoras, Epidice (Plaut. *Epid.* 686-687).

[AP. ¡Por Pólux, qué bribón! EP. En cuanto a ti, Apécides, no me voy a preocupar de que intercedas por mí. AP. Eso está hecho, Epídico.]

El ejemplo presenta una complementación poco usual (pero que no ha de resultarnos ya extraña) en dativo. Con el mismo sentido, aunque respondiendo a otro esquema sintáctico (*deprecari aliquem ab aliquo*), lo encontramos en el siguiente fragmento:

si quid deliquero, nullae sunt imagines quae me a uobis deprecentur (Cic. *leg. agr.* 2, 100).

[Si yo hubiera cometido una falta, no habría imágenes que intercedieran por mí ante vosotros.]

Moussy, que lo interpreta como «demander grâce pour quelqu'un auprès de quelqu'un», advierte (ibíd.: 73 y n. 12) de que aunque esa construcción es reconocible en otros lugares (*Flacc.* 24; *Planc.* 102; *p. red ad Quir.* 7 y 16), no se encuentra fuera de la obra de este autor⁴¹⁵, pues concurre con otro sintagma (*deprecari aliquem*) que posee un sentido diferente («interceder auprès de quelqu'un»). La cuestión nos parece un tanto accesoria pues este último es, precisamente, el esquema argumental típico de los verbos de petición que, con el apoyo de un complemento facultativo en dativo, puede

⁴¹⁴ Cf. también Plaut. *Asin.* 946.

⁴¹⁵ Compárese con la complementación, menos ambigua, *pro aliquo: mihi, ut ultra pro eo deprecari, locum non reliquit* (Apul. *apol.* 101, 2).

enriquecerse con la expresión de un beneficiario diferente al emisor del mensaje (“pedir algo a alguien en beneficio de un tercero”, esto es, “interceder por alguien”). Con todo, según apunta este autor, la posible ambigüedad entre ambas acepciones desaparece cuando el segundo complemento animado en acusativo es sustituido por el complemento en origen perteneciente a *petere* (*ab aliquo*), que se desplaza a muchos verbos de este campo.

Probablemente también en consonancia con el valor intensivo (*cf. ThLL, s.u.*), encontramos otra especialización de *deprecari*, que funciona en este caso como sinónimo de las expresiones *ueniam postulare*, *remissionem petere*, *excusare*, *purgare*. Su significado, “pedir perdón, excusarse”⁴¹⁶, es, por tanto, equivalente a *exorare* y, en cierta medida, alterno con respecto a la acepción especial que hemos constatado para *expostulare* (“pedir explicaciones”), al menos en lo que al contenido sintagmático de la petición se refiere:

INTER PRECARE ET IMPRECARE ET DEPRECARE. *precare* rogare est, *imprecari* exoptare, *deprecare* excusare uel *purgare* (Isid. *diff.* 1, 215 [437]).

[Entre *precare* (rogar), *imprecare* (desear vivamente) y *deprecare* (interceder). *Precare* es rogar, *imprecare* desear vivamente, *deprecare* excusarse o justificar (ed. y trad. de C. Codoñer.)]

erat enim meum deprecari uacationem adolescentiae ueniamque petere (Cic. *Cael.* 30).

[Lo mío sería, desde luego, solicitar dispensa por su juventud y pedir perdón.]

(Pontianus) cui errorem suum deprecanti simpliciter ignoui (Apul. *apol.* 74, 1).

[Ponciano, a quien simplemente perdoné cuando se excusó de su falta.]

Mencionaremos por último la llamativa ausencia del ámbito religioso que muestra este lexema. Si su base y otros derivados como *comprecari* se especializaron precozmente en la selección de complementos de clase /divina/, habrá que esperar hasta época posclásica para encontrar un uso de este derivado aplicado a una deidad (*cf. Moussy, 1992^a: 77*):

⁴¹⁶ Moussy (1992^a: 78) defiende la necesidad de distinguir dos acepciones diferentes: «demander pardon» y «excuser une faute, un erreur». Por ello subsume el primero en el valor intensivo mientras que reconoce en este último una acepción especial de lo que él denomina «valeur d'éloignement», que trataremos a continuación. A nosotros, sin embargo, el detalle de esta evolución nos resulta problemático.

ad istum modum *depreco* summo numine (Apul. *met.* 11, 25).

[Tras haber realizado de este modo mi oración a la suprema divinidad.]

sic *depreco* sum numen auersum (Petron. 133, 2).

[Así supliqué a la divinidad que tenía en contra.]

nunc uos potentis omnes herbas, *deprecor* (*Prec. herb.* 1).

[Ahora os suplico encarecidamente a todas, poderosas hierbas.]

Este empleo religioso adquirirá gran auge en la latinidad tardía, sobre todo entre los autores cristianos, quienes lo emplearán como sinónimo de *orare deo* (cf. *ThLL*); y ello en detrimento del valor intensivo del preverbio que tan productivo resultó en su momento.

Pero, en paralelo a ese valor intensivo, el preverbio *de-* desarrollará igualmente otro valor típico de los preverbios ablativos: la expresión del término alterno del significado base del lexema. En efecto, según señala García-Hernández (1980: 149), «cuando la base léxica es un *uerbum dicendi* se produce la negación del contenido sintagmático en vez del lexemático». Como ejemplo en la misma línea se puede aducir el caso de *dehortor* (“exhortar a que no, desaconsejar”), opuesto al simple *hortor* (“exhortar”). En consecuencia, su significado es el de “pedir que no”, “intentar evitar con ruegos”. Veamos algunos testimonios lexicográficos:

precari (...) dicebant esse *precando* bona, *imprecari* mala, quod uulgo iam dicitur *maledicere*, (...) *deprecari* (...) mala *precando* depellere (Aug. *epist.* 149, 13).

[Se decía *precari* cuando se deseaban bienes, e *imprecari* con los males, que es lo que vulgarmente se dice ahora *maledicere* (...), *deprecari* es alejar un mal por medio de ruegos.]

(*deprecor*) signat ‘abigo’ et ‘amolior’ uel prece adhibita uel quo alio modo (Gell. 7, 16, 9).

[*Deprecor* vale por intento apartar (*abigo*) y rechazo (*amolior*), bien recurriendo a un ruego, o de otro modo.]

Para Moussy (1992^a: 75s), el sentido “evitar” es derivado, corresponde a una extensión de sentido y ha perdido la noción de ‘petición’. Y ello aunque se documente

desde época arcaica⁴¹⁷. Sin embargo, advierte de la necesidad de reconstruir una evolución semántica que parta del valor “intentar evitar con súplicas” para llegar al simple “evitar”. De ahí la coletilla geliana, «*uel prece adhibita uel quo alio modo*». El sentido petitorio, además, se advierte bien en ejemplos como los siguientes, en los que *deprecor* se opone a su base en una relación de alternación por cuanto respecta a su contenido sintagmático:

deprecor “pedir que no” | *precor* “pedir”

Haedui manus tendere et deditionem significare et proiectis armis mortem deprecari incipiunt (Caes. *Gall.* 7, 40, 6).

[Los heduos comienzan a tender sus manos en señal de rendición y, lanzando lejos sus armas, ruegan que no los maten.]

iam qui ex calamitate senatoris populi Romani (...) spolia domum suam referre (...) conatus sit, is ullam ab sese *calamitatem* poterit *deprecari*? (Cic. *Verr.* II 1, 157).

[Ahora, quien ha intentado obtener un beneficio de la desgracia de un senador del pueblo romano, ¿podrá evitar con súplicas alguna desgracia propia?]

ille humilis supplex oculos dextramque precantem / protendes ‘ecquidem merui, nec deprecor’⁴¹⁸, inquit (Verg. *Aen.* 12, 930-931).

[Aquel, tendiendo hacia él sus humildes ojos y la diestra suplicante, le dijo: ‘Lo tengo merecido y no te ruego piedad’.]

Aunque puede resultar irrelevante en otros lugares y su carácter subsidiario con respecto al anterior resulta innegable:

nec *deprecor* iam, si nefaria scripta / Sesti recepso (...) (Catull. 44, 18-19)⁴¹⁹.

[Y no intento evitarlo con ruegos, si recibo los nefastos escritos de Sestio.]

⁴¹⁷ Dos ejemplos nos transmiten el teatro de Ennio: *cum mea uitae parcam, letum inimico deprecere?* (Enn. *scaen.* 134). *quibus nun aerumna mea libertatem paro, quibus seruitutem mea misera deprecor* (Ibid. 141-142).

⁴¹⁸ Cf. el comentario que dedica Servio a este verso (NEC DEPRECOR *non refuto, non recuso*).

⁴¹⁹ Para otra posible traducción véase Moussy (1992^a: 80s). M. Dolç, en su traducción de las *Poesías* de Catulo (Madrid, Alma Mater, 1990³), prefiere transformar la doble negación en una afirmación: «ya consiento» es su propuesta.

Nos queda por tratar una última acepción que ha recibido explicaciones contradictorias. El significado “desear un mal”, “maldecir” se observa en ejemplos como el siguiente:

quo signo? quia sunt totidem mea: *deprecor* illam / assidue, uerum dispeream nisi amo (Catull. 92, 3-4).

[¿En qué me fundo? En que mis pruebas son iguales: le deseo toda suerte de males sin descanso, pero que me muera si no la amo.]

Y queda ratificado por un comentario de Aulo Gelio:

sic enim ‘deprecor’ a Catullo dictum est, quasi ‘detestor’ uel ‘exsecror’ uel ‘depello’ uel ‘abominor’ (Gell. 7, 16, 5).

[Por lo tanto, Catulo dice aquí *deprecor*, como si dijera ‘conjuro los males’ (*detestor*), ‘maldigo’ (*exsecror*), ‘aparto’ (*depello*) o ‘abomino’ (*abominor*).]

De él, sin embargo, parece desprenderse una cierta identificación de este valor con el que veíamos previamente (“intentar evitar con súplicas”). El *ThLL*, por su parte, lo incluye bajo la rúbrica *ualde precari*. Nosotros, sin embargo, en lugar de adherirnos a una u otra postura, por lo demás irreconciliables, nos alineamos con Moussy (ibíd.: 79), en su afirmación de que es necesario contemplar este valor de manera independiente con respecto a los dos anteriores, como una nueva acepción proporcionada por el preverbio. Pero no podemos compartir del todo la explicación que da.

Basándose en modificados franceses como *déboiser* o *déboutonner*, en los que *de-* funciona como «un opérateur d’inversion», reconoce ese mismo valor en *deprecari*. De tal modo, uno de los tres semas fundamentales de la base («adresser» + «des paroles» + «de prières») se invierte, dando lugar al contenido «adresser» + «des paroles» + «d’imprécation, de malédiction», esto es, “maldecir”. Sin intención de negar por completo el valor de inversión que, por otro lado se observa en el contenido sintagmático de *deprecari* (“pedir que no”), conviene no perder de vista el significado no-resultativo que resultaba tan productivo en su base. El valor negativo, por su parte, podría ser el resultado de una contextualización particular (tal y como se observa en *precari* e *imprecari*), aunque no sería extraño que fuera una matización aportada por el

preverbio a imagen del valor de alternación que provoca en el significado “pedir”. Incluso con este contenido, en tanto que verbo ilocutivo (“desear” puede ser perfectamente considerado como un acto de habla) *precari* constituye un *uerbum dicendi*. Lo vemos en los siguientes ejemplos:

tunc uxor egregia diras deuotiones in eum deprecata (Apul. *met.* 9, 23).

[Entonces esa imponente mujer comienza a echar maldiciones y juramentos contra él.]

uxoris locupletis superbiam deprecans haec ait (Gell. 2, 23, 12).

[Maldiciendo la arrogancia de la esposa del millonario, dice así...]

Los datos, con todo, se reducen a los que hemos recogido, hecho que recomienda prudencia a la hora de decidir si se trata de contextualizaciones o de un valor inherente al preverbio. Pero, basándonos en ellos, lo que sí podemos es constatar la oposición que establece con su base, en tanto que término neutro:

precor // *deprecor* / *precor* (*bona, bene*).

VII.6.5.5.- *Imprecari*:

En *imprecor*, por último, el significado primordial de la base pierde prácticamente toda su relevancia y se muestra fundamentalmente con el valor aspectual no-resultativo. Como veíamos en ciertos usos de *precor*, opera nuevamente una neutralización de la oposición ‘no-resultativo’ -- ‘resultativo’, que se muestra en este caso constante. Además, el preverbio *in-* es susceptible de aportar –de hecho, en muchas ocasiones este es el valor que actualiza– un contenido de relación de hostilidad entre el sujeto y el objeto, pues ambos poseen el clasema «animado»⁴²⁰. Así lo explica García-Hernández (1998^a: 43):

⁴²⁰ Cf. García-Hernández (1980: 163), donde se advierte además de la oposición que suele establecer este sentido con respecto al valor centripeto de *ad-*, que, por lo que hemos visto, no es constatable en este caso.

Lo normal es que una persona como término de movimiento sea considerada un límite simple (*adeo te*); pero si entramos en su espacio vital, la convertimos en un límite doble y entonces surge el significado hostil de *in-* («contra»: *inuado te*).

Y se aprecia en la siguiente explicación que manifiesta la preferencia de *precari* por la selección de complementos con connotaciones positivas, mientras que *imprecari* se emplea para la expresión de deseos claramente desfavorables:

precor prospera, imprecor taetra (Caper *gramm.* VII 99, 19).

[Se dice *precor* cuando se hacen deseos propicios e *imprecor* con las abominaciones.]

Así pues, si procedemos a la adición de ambos valores encontramos que el significado de este lexema es “desear un mal a alguien”, “lanzar imprecaciones”. *Imprecari* resulta, de tal modo, sinónimo del más tardío y vulgar *maledicere* (cf. Aug. *epist.* 149, 13 *cit. supra*). Sin embargo, si analizamos sus apariciones, veremos cómo esta división parece más bien un artificio de gramáticos. Su representación en nuestro *corpus* es nula, si exceptuamos el siguiente ejemplo virgiliano:

litora litoribus contraria, fluctibus undas / imprecor, arma armis; pugnent ipsique nepotesque (Verg. *Aen.* 4, 628-629).

[Yo os maldigo, costa contra costa, olas contra olas, armas contra armas: así luchen estos y sus nietos.]

Los versos, en los que Dido presagia las futuras guerras de los troyanos tras su llegada a Italia, cierran una larga plegaria que esta dirige a dioses como Sol y Juno, pero también a Hécate y las Furias. Y, en efecto, confinan un sentido notoriamente negativo. Sin embargo, es perfectamente posible pensar que este verbo recoja el *precor* del v. 621, con lo que su aspecto no-resultativo no queda del todo claro.

Aún es más, su mayor representación en las épocas posclásica y tardía⁴²¹, no responde siempre a este esquema, sino que muchas de sus apariciones remiten de manera inequívoca a un deseo positivo:

⁴²¹ Cf. por ejemplo: Tert. *idol.* 22, p. 25, 26; *Vulg. Gen.* 24, 60; etc.

solito sermone *salutem* ei (*scil.* sternutanti) fuerat *imprecatus* (Apul. *met.* 9, 25).

[Tras el estornudo, le deseó salud con la expresión de rigor.]

O que, al menos, no resulta decididamente nocivo, como se percibe en boca del mordaz Marcial:

hoc tibi pro meritis et talibus inprecor ausis, / ut facias illud quod, puto, lingua facis
(Mart. 7, 24, 7-8).

[Por tus servicios y por tales atrevimientos, deseo que hagas aquello que, según creo, haces con la lengua.]

Si estuviésemos ante una evolución, esta resultaría cuando menos extraña si tenemos en cuenta los principios de apotropía. Más convincente resulta pensar en el debilitamiento del valor expresivo del preverbio. La solución, en cualquier caso, no es relevante en lo que respecta a la estructura del campo léxico de la petición.

VII.7.- RECAPITULACIÓN:

En el análisis de la expresión léxica de la petición en la lengua latina que se ha dilatado a lo largo de las páginas precedentes, hemos tenido ocasión de comprobar la existencia de unos criterios de clasificación fiables que permiten determinar con claridad la configuración estructural del campo léxico conformado por los verbos encargados de la expresión de esta noción.

El examen de los factores pragmáticos que condicionan la naturaleza del acto de habla directivo, así como el inventario de sus mecanismos de expresión, abordados previamente, nos han permitido afrontar el estudio de sus plasmaciones léxicas con criterios seguros, pues no debemos perder de vista que estas últimas suponen, en diacronía, un desarrollo secundario. Igualmente derivado de ese carácter subsidiario,

apuntamos ya el hecho de que sus usos realizativos resultan ser un dispositivo paralelo al de la expresión gramatical de que el hablante se sirve para sus intereses concretos. Pero la exploración de la sustancia léxica no ha implicado la mera aplicación de los criterios con los que hemos operado en la primera parte de nuestro trabajo.

La estructura que hemos verificado no es el resultado de embutir el material léxico en esos parámetros, sino que, antes bien, la directa observación de los textos nos ha permitido entender el estilo que la propia lengua latina imprime a la plasmación de criterios pragmáticos y semánticos en ese nivel de lengua concreto. Veámos al comenzar (VII.1) que el concepto de petición podía ser considerado como una categoría pragmática con manifestaciones diversas y cómo su distinción frente a otras categorías afines estaba determinada por criterios estrictamente contextuales, tales como la relación jerárquica entre los interlocutores. Sin embargo, a través de la expresión léxica de estas (los verbos ilocutivos), tales criterios se sustancian en material semántico susceptible de análisis en categorías discretas, a la par que encargado de caracterizarlos y delimitarlos entre sí. Aunque en sus empleos concretos puedan recibir el influjo de determinadas actualizaciones contextuales, los rasgos distintivos que los caracterizan serán siempre, por su propia naturaleza, constantes.

A lo largo del capítulo que ahora finaliza han ido surgiendo distintos fenómenos que, dada su reiteración, constituyen tendencias muy notorias al tiempo que resultan altamente reveladoras. El orden escogido para la exposición del análisis de los lexemas particulares, si bien le confiere sistematicidad, impide el tratamiento conjunto que, a modo de conclusión ofrecemos ahora.

Según se ha podido comprobar, una de nuestras preocupaciones ha sido la determinación del origen etimológico de cada uno de los verbos. Al margen de la información adicional que este pueda proporcionar, vistos en su conjunto, la diversidad de ámbitos nocionales de los que parten nos habla a las claras del carácter secundario de esta realidad con respecto al acto de habla directivo que resulta primario y más genérico. La ausencia casi total de lexemas específicos para esta idea en el fondo común indoeuropeo provocó que cada una de las lenguas derivadas recaracterizara otros en aras de su expresión. Con todo, al menos en lo que al latín respecta, es posible determinar cierta uniformidad tras esta variedad, pues la propia definición del acto petitorio provoca la aparición de movimientos nocionales recurrentes.

El campo léxico de la petición se ha ido conformando en torno a un grupo de verbos en cuya etimología ostentan este valor o uno muy cercano a él. Estos son los derivados de la raíz indoeuropea **prk-*, la única que, desde tiempos ignotos, era del todo apta para la expresión de la idea de solicitud formularia y solemne, en especial la que se realizaba bajo sanción religiosa en las sociedades antiguas. A su lado, fueron surgiendo otros términos, pertenecientes en origen a otros ámbitos nocionales, que entraron a formar parte de este por vías de penetración distintas.

Si bien una solicitud puede ser comunicada por mecanismos no verbales (existe un grupo de verbos que describen actos físicos que da cuenta de este hecho), el campo léxico de la petición se incluye como subcampo del más genérico de los *uerba dicendi*. Y, como idea que remite a un acto de habla que es, la petición se nutre en primer lugar de algunos verbos cuyo contenido esencial se identifica con un *acto de enunciación*. El carácter intencional de tipo directivo que determinadas emisiones lingüísticas pueden adoptar, permitió la inclusión de *orare*, con un contenido en principio neutro, dentro de este grupo en función de la ambivalencia de determinadas construcciones sintácticas, en las que este verbo coincidía con los de contenido petitorio.

Del mismo modo, la aptitud que muestra la modalidad frástica interrogativa para la expresión de la directividad en situaciones en que se dé una participación activa del receptor del mensaje en el estado de cosas referido, provocó una relectura del contenido semántico de *rogare*, a la que siguió una polisemia neta. En origen especializado en la referencia al mencionado tipo de oración, su asociación sistemática a actos ilocutivos diferentes del inquisitivo –el que se le suele asignar preferentemente– este verbo desarrolló junto al significado “preguntar” otro por completo petitorio. La estrecha afinidad existente entre ambas nociones obtiene varias plasmaciones léxicas más. La relación, sin salir del latín aunque no solo en esta lengua, se hace evidente, por ejemplo, en los marginales empleos inquisitivos de *poscere* y en el par *quaeso / quaero*.

Finalmente, el carácter delocutivo de *quiritare* y la posibilidad de este tipo de derivación que hemos contemplado para *supplicare* apuntan también a la referencia de este campo a un acto de habla.

Por otra parte, el carácter intencional que define a esta sustancia semántica, el intento que supone en sí misma, adquiere plasmaciones no menos llamativas y determinará la orientación clasemática de tipo no-resultativo que domina el campo. Es

comprensible, por tanto, que un verbo como *petere*, en principio especializado en la orientación volitiva, se haya visto allí incluido. Es más, en función del valor predominante del campo, ese contenido genérico facultará a este verbo para la expresión del contenido archilexemático, esto es, para la indiferencia ante la idea de coacción. Y, del mismo modo, el valor no-resultativo resultará privilegiado, incluso en detrimento de su valor básico, en algunos de sus derivados (*adpetere*, *expetere*, *petesso*, *expetesso*) que se desplazan a la posición anterior en la secuencia lexemática. Deseo y voluntad no son más que dos manifestaciones de la misma sustancia volitiva. Y no son estos los únicos casos en en que ambas nociones confluyen.

El mismo fenómeno se verifica igualmente en el seno del contenido de *precari* y la mayoría de sus modificados, de *postulare* e incluso, en época tardía, de *exposcere*. Resulta ya evidente que en cualquier petición subyace un estado psicológico de tipo desiderativo y por ello no extraña que la mera expresión de un deseo pueda en ocasiones ser utilizada para la expresión de aquella. Existe además un plano en el que este hecho se muestra aún con más fuerza y provoca la completa neutralización de ambas nociones: el ámbito religioso, en el que ciertos condicionantes psicológicos inciden sobre los lexemas no-coactivos, a la vez que permiten a otros, netamente desiderativos, funciones análogas a las de aquellos.

Los distintos orígenes semánticos desde los que estos verbos han pasado a formar parte de este nuevo incidirán directamente, además, sobre las diferentes complementaciones que adopte cada uno de ellos y que serán susceptibles de mutua interferencia.

Pero la interesante prospección etimológica no ha sido nuestro único punto de interés. Dado el recurrente empleo que el latín hace de la modificación preverbial, el análisis de esta estructura paradigmática secundaria ha recibido también amplio tratamiento. El procedimiento de modificación por preverbación es de una riqueza apabullante y los distintos valores que pueden actualizar cada uno de los preverbios ha recibido extenso tratamiento en la bibliografía especializada. Sin embargo, gracias al método lexemático hemos tenido ocasión de comprobar cómo estos contribuyen a la determinación de la estructura de un campo léxico. La unidad que estrecha la distancia entre nuestros lexemas en la conformación del campo proporciona, además, unas pautas de comportamiento francamente interesantes.

Cabe resaltar, en primer lugar, la escasa funcionalidad del preverbio adlativo (*ad-*), sin duda por resultar redundante con el contenido centrífugo básico de nuestros verbos. Por otro lado, si exceptuamos el caso de *exorare* en la acepción que lo traslada al ámbito de influjo del aspecto resultativo, se observa la existencia de una fuerte tendencia de los derivados de tipo ablativo hacia la expresión del contenido intensivo: *deposcere*, *exposcere*, *expostulare*, *efflagitare* (redundante con su base) y el propio *exorare*. Es muy posible que la razón haya que buscarla en la metáfora ontológica que concibe el individuo como un recipiente. El contenido intensivo resultará completado con la concurrencia de una llamativa serie de verbos que describen disposiciones o reacciones corporales, cuyo carácter intensivo es fácilmente reconocible: *flagitare*, *implorare*, *supplicare*. El mecanismo de creación de verbos delocutivos, como se ha visto, no es en latín altamente productivo, pero tampoco inexistente.

Existe igualmente una relación constante entre la dimensión coactiva y los modificados con el preverbio *re-*, estrechamente conectados en la secuencia lexemática con la acción restitutiva, por lo general caracterizada por la misma marca y, por tanto, especializados en la reclamación de algo que se debe. El valor iterativo de este repercutirá en la aparición de un cierto matiz intensivo que se ha de identificar preferentemente con el sema coactivo y no con el aspecto intensivo propiamente dicho, que, según hemos visto, atraviesa nuestro campo escindiéndolo en dos regiones claramente distinguibles. Ambos contenidos no son, en absoluto, intercambiables. Así se observa en *repetere*, *reposcere* y *reflagitare*. *Exigere* se resiste a esta modificación por ser ya, él mismo, un modificado. De cualquier modo, recibe esta caracterización precisa en muchos de sus usos, lo que se reconoce fácilmente por las secuencias lexemáticas que establece. El menor grado de coacción que muestra *postulare* se manifiesta aquí nuevamente por la carencia de este tipo de formación, así como en la ya mencionada capacidad de expresión del grado no-resultativo. Por ello, del mismo modo en que reconocíamos una afinidad entre la dimensión no-coactiva y el deseo, vemos ahora cómo se manifiesta una íntima relación entre su contrapartida coactiva y el acto directivo impositivo. Dicha relación se sustenta, en última instancia, en la modalidad deóntica que es también la que justifica la existencia de los empleos metafóricos de estos lexemas con sujetos inanimados e impide, en un grado elevado, la neutralización con el aspecto no-resultativo.

En época tardía, sin embargo, parece que estas tendencias expresivas que muestran los distintos preverbios terminarán desapareciendo, por la simple razón de que resulta recurrente la pérdida del valor clasemático que estos aportan, llegando en algunos casos a igualarse con el contenido de los lexemas base.

Por otro lado, resulta igualmente interesante el hecho de que el latín haya especializado un lexema para la referencia específica al acto de la plegaria, esto es, de la petición dirigida a la divinidad. Tal caracterización resulta altamente reveladora de la importancia que se concedía a esta práctica en el ritual religioso. Daremos cuenta de ella en el siguiente capítulo. Por lo demás, en el índice analítico que ofreceremos (*cf.* X) podrá verse de manera sintética la inserción que experimenta cada uno de los lexemas en distintos lenguajes específicos.

Así pues, estamos ya en condiciones de completar el armazón del campo léxico que presentábamos al comenzar, asignando a cada lexema el lugar que le corresponde. En virtud de la indiferencia a la oposición que se establece según el criterio de coacción, *petere* se erige como archilexema o término genérico. Por lo tanto, es posible describir a grandes rasgos la estructura del campo como una oposición privativa con representación del término neutro. La dimensión coactiva organiza sus principales representantes en una oposición gradual de este rasgo, mientras que el término no-marcado de la oposición se desdobra en una nueva oposición en virtud del rasgo rogativo que caracteriza claramente a algunos lexemas y está ausente de otros. En ella encontramos de nuevo un término neutro con capacidad para funcionar como archilexema parcial o protolexema de esta dimensión. El aspecto intensivo, por último, provocará una nueva distinción que afecta a los mencionados ámbitos. Todo ello puede representarse gráficamente como sigue:

EL CAMPO LÉXICO DE LA ‘PETICIÓN’ EN LATÍN			
ARCHILEXEMA: <i>PETERE</i>			
DIMENSIÓN COACTIVA (autoridad contextual del agente)		DIMENSIÓN NO-COACTIVA PROTOLEXEMA: <i>ROGARE</i>	
ASPECTO NO-INTENSIVO		SUBDIM. NO-ROGATIVA (igualdad jerárquica)	SUBDIMENSIÓN ROGATIVA (solidaridad con /-jerarquía/)
		<i>rogare</i> <i>procare</i> . <i>subpetere</i> , <i>competere</i> . <i>rogitare</i> (durativo-reiterativo). <i>precari</i> (y resto de precativos). parentéticos (<i>amabo</i>). <i>quaeso</i> .	<i>orare</i> , <i>adorare</i> . <i>precari</i> (lenguaje no religioso). <i>rogare</i> (contex. de neutraliz.). <div>LEXEMAS CARACTERIZADOS POR LA CARENCIA DEL AGENTE</div> <i>aeruscare</i> , <i>mendicare</i> .
ASPECTO INTENSIVO			<i>implorare</i> (<i>fidem</i>), <i>supplicare</i> . (<i>quiritare</i>). <i>exposcere</i> . <i>exorare</i> . <i>comprecari</i> , <i>deprecari</i> . (<i>ex-</i>) <i>obsecrare</i> .

El diagrama pone de manifiesto además la llamativa presencia de una casilla vacía en el sistema. La razón estriba en el bloqueo que se produce entre la subdimensión no-rogativa y el aspecto intensivo, incompatible con la igualdad jerárquica y las relaciones de tipo colaborativo que la gran mayoría de estos verbos fomentan.

Sin embargo, esta estructura no será inmutable y, poco a poco irá sufriendo distintas modificaciones. Con la caída de *rogare* –término originariamente no-marcado de la oposición sustentada por el criterio rogativo– en el ámbito de influencia del sema rogativo, el campo se simplificará, llegando a identificarse plenamente la dimensión no-coactiva con la rogativa. Opera por lo tanto una reducción de las oposiciones previamente funcionales.

De manera análoga, la dimensión rogativa se identificará plenamente con los verbos precativos, pues llegará un momento en el que se rece con humildad y se abandone la religión oficial de los primeros tiempos. Así, todos los verbos rogativos podrán ser usados con objeto divino en la plegaria y el netamente precativo terminará

por ser empleado preferentemente entre interlocutores humanos. El proceso de sincretismo que acabó con la estructura que hemos determinado para época arcaica y clásica provocó, pues, una serie de cambios en cadena. Al igual que *rogare* terminó por desplazar de la esfera rogativa a *orare* en el lenguaje popular, este último tendió a eliminar la presencia de *precari* de la lengua de la Iglesia.

En su evolución hacia las lenguas romances, además, no todos sus representantes tendrán la misma suerte: *posco* y *postulo* desaparecerán sin dejar rastros, mientras que *petere* encontrará formas herederas en rumano, logudorés, español, catalán, portugués y algunos dialectos itálicos –incluso en céltico dejará algún vestigio, cf. gal. *pedi*–. La única lengua que se resista a su mantenimiento será el francés (cf. Ernout, 1954: 186, n. 1). Sin embargo, tendrá que pugnar con un nuevo verbo tardíamente especializado en esta significación: *demandare*. Con un significado originario “confiar”, el derivado “pedir” aparecerá tardíamente por influencia del lenguaje popular, tal y como se observa en las *Tabellae defixionum* (cf. ibíd.: 186, n. 2) y, a excepción del rumano, se dejará notar en todas las lenguas de estirpe románica. En castellano, aunque ya exclusivamente restringido a la lengua técnica jurídica pudo incluso, en época medieval, recubrir, junto al significado petitorio, otro inquisitivo. *Precari*, por su parte, ha dejado descendientes en dalmata, italiano, sardo, francés, provenzal, catalán y portugués, pero son muy limitados sus vestigios en castellano (cf. *ThLL*, s.u.).

Como vemos, el análisis del fenómeno de la petición posee una proyección inmensa al tiempo que permite reflexiones de amplio alcance: evoluciones como las que estamos apuntando dan buena cuenta de modificaciones en los esquemas de pensamiento y en las estructuras sociales.

VIII. la plegaria, oración de petición

VIII.1.- INTRODUCCIÓN.

Aunque a lo largo de las páginas precedentes hemos tenido que referirnos de manera reiterada al ámbito religioso, un análisis de la petición en latín no podría estar completo si no nos detuviéramos en el examen de una realidad muy particular, la plegaria, actividad común a todas las religiones, que puede servir para reconstruir la evolución del proceso religioso de la humanidad (Bernardi, 1963: 332) y que, en Roma, alcanza una importancia capital⁴²². Y ello por una sencilla razón: la oración, la comunicación oral que el hombre establece con sus dioses, tiene allí una meta utilitaria específica, es eminentemente «plegaria», es decir, oración de petición⁴²³.

⁴²² Parejo a su importancia corre el elevado, prácticamente inabarcable, número de referencias bibliográficas consagradas a este respecto. Junto a las que iremos citando a lo largo de este capítulo, véase la *Bibliographie analytique de la prière grecque et romaine* (Freyburger & Pernot, 2000), con 566 entradas. En cuanto a los repertorios de textos, han de mencionarse el clásico de Appel (1909), Pighi (1958) y el más reciente de Chapot & Laurot (2001). La antología editada por Kiley *et al.* (1997) dedica uno de sus apartados a plegarias greco-romanas; aunque únicamente se ofrecen en traducción inglesa, algunos de sus comentarios resultan útiles. De obligada referencia son también la monumental obra de Heiler (1921³) y la monografía que dedica Mauss (1968) a este tema. Restringiéndose al ámbito romano, el fenómeno ha sido ampliamente analizado por el mencionado Pighi (1967^a [trabajo que forma parte de una extensa obra dedicada a la oración en muy distintos ámbitos geográficos y culturales] y 1967^b: 47ss), así como por Guittard en su tesis doctoral (1995) y en numerosos artículos (*cf.* bibliografía). Exclusivamente orientados al ámbito griego son los estudios de Aubriot-Sevin (1992) y Pulleyn (1997). Y comparativa es la óptica adoptada por Klinghardt (1999). Interesante por lo novedoso, tanto de su planteamiento como de sus conclusiones, resulta Versnel (1981^a). Sobre su significado entre los epicúreos, puede verse Hadzsits (1908). Muy provechosos son los análisis que, desde el punto de vista del léxico empleado, presentan Hickson (1986 y 1993) para la lengua latina y Corlu (1966) para la griega. E incluso se ha abordado una aplicación del análisis tagmémico a esta forma de comunicación religiosa (Jeanneret, 1973).

⁴²³ Frente al francés *prière* (*cf.* it. *preghiera*, ing. *prayer*) la plegaria del castellano es «deprecación o súplica humilde para pedir una cosa» (DRAE). Aún sin pretenderlo, el inventario de los objetos de las oraciones romanas que proporciona Burris (1930^a) muestra que su finalidad primordial es la petición. Este carácter interesado y pragmático de la oración pagana le valió, ya en la antigüedad, numerosas críticas de orden filosófico y teológico; véase al respecto Dorival (2000), con repaso de los testimonios.

Así de tajante se muestra F. Heiler en una de las obras fundacionales sobre el estudio de la plegaria, *Das Gebet* (1921³: 60): «Kern und Mittelpunkt alles Betens ist das Bitten, von dem es ja seinem Namen hat». Lo abultado del número de lexemas latinos encargados de la expresión de esta realidad y su particular naturaleza son, según veremos, claro síntoma de ello. Y aún lo es más el hecho de que esta inclusión afecte a su término complementario por antonomasia. En las obras de Plauto, por ejemplo, los dioses son representados frecuentemente como agentes de una acción dativa (*do, dono, offero*; cf. Hanson, 1959: 73s).

Así pues, el análisis de la plegaria romana nos va a permitir, por una lado, completar el inventario de los elementos que componen el campo léxico de la petición en latín. Pero, además, algunos de los análisis ofrecidos en secciones anteriores nos van a proporcionar una nueva y rica perspectiva desde la que abordar, en su dimensión pragmática, este fenómeno religioso que implica el establecimiento de un diálogo con lo divino, una verdadera «retórica religiosa». La importancia de la plegaria en este ámbito quedará aún más clara si atendemos brevemente a algunos de los rasgos generales de la religión romana y de sus prácticas culturales.

A diferencia de multitud de estados modernos, en los que resulta perfectamente normal la multiplicidad de confesiones, en el ámbito de la sociedad romana, los ciudadanos, por el mero hecho de serlo, practican una religión nacional, intrínseca a su propia configuración estatal. Existían, claro está, muchas otras manifestaciones religiosas, pero solo una reunía a los habitantes de la inmensa «casa» que componía, como unidad totalizadora, el conjunto de la ciudadanía romana. Siguiendo el atinado planteamiento de J. Scheid (1987-1989: 129), la religión romana consiste así en una «ortopraxis» pero no implica una ortodoxia. Sin revelaciones ni teofanías, sin mitos, libros ni dogmas, su punto neurálgico no involucra la profesión de una fe determinada, sino el puntual cumplimiento de un conjunto de actos rituales, prescritos de antemano hasta en sus más mínimos detalles. Solo en ellos, profundizando en sus acciones y en sus palabras, es posible encontrar los valores teologales y el credo que esa religión encierra.

Quizá esta realidad se antoje extraña desde una perspectiva moderna, que niega la posibilidad de una disociación tan extrema entre creencia y práctica religiosa; sin embargo, es evidente que no entrañaba conflicto alguno para sus practicantes. La religión oficial romana puede ser contemplada como una manifestación rutinaria, sin asomo de

elemento personal que individualice sus manifestaciones, sin un mínimo de improvisación o de fervor. El apego a la tradición, único garante de eficacia, lo impide, pues los romanos concebían en estrecha relación el mantenimiento del protocolo tradicional y la buena marcha de los asuntos del estado. Los elementos constitutivos han de ser necesariamente cumplidos con exactitud para alcanzar esa meta operativa: la obligatoriedad de la observancia de todas sus partes de manera inflexible está íntimamente relacionada con la eficacia del ritual. Cualquier error, por pequeño que fuera, exigía la repetición completa del ritual (*instauratio*), así como ciertas ceremonias expiatorias (*piacula*)⁴²⁴.

Pero este punto de vista convierte el proverbial conservadurismo romano en uno de los puntos medulares de su reflexión teológica y no en una muestra de decadencia o descomposición, tantas veces denunciada⁴²⁵. Si los patrones permanecen inmutables, si se intenta reducir al mínimo el elemento subjetivo, es precisamente porque el culto está orientado a la buena marcha de la urbe en su totalidad. Sea público o privado, el culto se observa siempre desde el prisma de la oficialidad, en ningún caso desde la individualidad subjetiva (Alfonsi, 1970-1972: 30).

Una religión fría y desapasionada quizá, pero no falta de reverencia o piedad. Imbuida en una religión ritualista y tradicionalista, la piedad en Roma –tal y como lo ha demostrado ampliamente el citado Scheid (cf. 2001²: 47ss)– entraña meramente el escrupuloso respeto por una tradición. La piedad en Roma es, ante todo, comunitaria; su práctica exige la participación, activa o sencillamente presencial, de cada uno de los ciudadanos en los cultos públicos y consiste en la repetición de unos esquemas transmitidos por una tradición secular. Ningún acto escapa de la esfera de lo público y todos ellos se celebran a la vista de la comunidad, mientras que cuanto queda fuera de ella se inscribe en el marco más restringido de la *superstitio* (ibíd.: 161ss). Formar parte de la

⁴²⁴ Aspecto sobre el cual puede consultarse Guittard (1981^b).

⁴²⁵ Es posible especular, en perspectiva diacrónica, sobre los fundamentos de ese conservadurismo, que resulta uno de los valores más enconadamente defendidos por el «genio romano». Al desprenderse este pueblo de la herencia mítica prehistórica que vemos conservarse en algunos casos incluso hasta nuestros días, y al reconvertirla los nuevos inquilinos del Lacio en material estrictamente histórico, resultaba necesario mantener su recuerdo y su magisterio a través de instituciones, sacerdocios con función icónico-representativa (flaminados) y ritos. Por ello, la mejor manera de mantener viva la historia, de conectar con los antepasados, que recubren las funciones que el mito tiene en otras sociedades, se hacía indispensable el mantenimiento de unos esquemas de actuación fijados *ab initio* y que, por otra parte, se habían revelado altamente efectivos con anterioridad, según los relatos transmitidos.

comunidad implica tomar parte en la celebración de sus ritos⁴²⁶, sin necesidad de iniciación y con independencia de una decisión personal o una ética individual. Cicerón relaciona explícitamente *religio* con todo lo relativo al culto de los dioses (*nat. deor.* 2, 28). La religión de tipo cívico, por tanto, indisoluble de lo social, e incluso de lo político, supone un elemento más de cohesión de la colectividad, tanto en un sentido genérico como de las agrupaciones menores que aquella engloba. Comunidad y religiosidad son dos aspectos solidarios de la misma realidad cultural, con la que se busca, además, el bien terreno del conjunto de los individuos y no la salvación ultraterrena a título personal que caracterizará otras ideologías (Scheid, 1998^a: 20-22). En Roma, el elemento religioso es difícilmente extrapolable del todo que conforma junto al contexto social y político⁴²⁷.

Única obligación del adepto, por tanto, el ritual, desde un punto de vista psicológico, puede servir para dar un aspecto de consistencia y coherencia a todo lo que de inasible, imprevisible e incontrolable posee el mundo sobrenatural. Su estructuración y la necesidad de cumplir correctamente con todas sus partes, bajo la amenaza de su invalidación total, dota de forma a la inconstancia de lo suprahumano⁴²⁸. Pero la moderna antropología concibe el ritual como una amalgama compuesta por palabras y acciones que, por su parte, forman secuencias definidas y constituyen un medio discursivo adicional que implica diferentes medios de representación.

Según explicó S. H. Tambiah (1985: 2-13), el primero en aplicar la teoría de los actos de habla al análisis del ritual⁴²⁹, para entender su eficacia es necesario disociar el

⁴²⁶ Comportarse, en cualquier ámbito, de acuerdo a las normas, a lo que está establecido, es practicar la *pietas*, ser *pius* (cf. Dumézil, 1974²: 146). Cicerón realiza la siguiente distinción: *est enim pietas iustitia aduersum deos; (...) sanctitas autem est scientia colendorum deorum* (*nat. deor.* 1, 116). Por tanto, según explican Alderlink & Martin (1997: 126), las plegarias y, en general, todo el ceremonial romano operan en un marco de «etiqueta», en el que la *pietas* no es más que el conocimiento del código, de la manera en que han de realizarse correctamente esos intercambios. Estas ideas han sido recientemente retomadas por el propio Scheid (2005) en una completa monografía.

⁴²⁷ El carácter comunitario de la religión antigua no invalida la diferencia social, de hecho la refuerza. Piénsese en el especial estatuto de los sacerdocios en Roma. Frente a la India, donde estos conforman una casta, los romanos (salvo casos extraordinarios como el *rex sacrorum*) carecen de esa extrema especialización. Antes bien, la concepción conjunta de aspectos civiles y religiosos en la rección del estado habilita a sus dirigentes para detentar puestos de ambas naturalezas. Cargos sacerdotales y magistraturas fueron, en un determinado momento, etapas equivalentes en la carrera hacia el prestigio, dada la profunda imbricación de la religión en la vida política y en los mecanismos de poder.

⁴²⁸ Marco Simón (1996: 14) habla incluso de una tendencia hacia la cognición de la realidad con un auténtico «síndrome descriptivo», propia de la mentalidad romana arcaica.

⁴²⁹ Este autor desarrolla sus ideas a partir de la «teoría etnográfica del lenguaje», propuesta por Malinowski, para quien las lenguas no son meras herramientas de expresión de ideas, sino medios para obtener efectos prácticos. Se nos escapa hasta que punto estas ideas pudieron influir en la TAH, pero está claro que la mente «premoderna» (adjetivación tambiahna que nos parece mucho más adecuada que las de «primitiva» o

concepto de causalidad de la capacidad realizativa que posee este tipo de actos convencionales, encargados a la par de traducir en prácticas ciertos esquemas cognitivos. Los rituales, como las cosmogonías o los mitos, y como cualquier forma de clasificación, entrañan siempre una reflexión sobre la realidad simbolizada. Contemplados desde este punto de vista, su efectividad no puede ser enjuiciada según valores de veracidad o falsedad, sino más bien en función del criterio de «felicidad» ya tratado (III.2.1). Y, de tal modo, resulta del todo descaminado contemplar el protocolo litúrgico como si estuviera orientado hacia los mismos objetivos que la actividad científica moderna, dadas las diferencias entre sus implicaciones. El ritual estructura situaciones, aunque no en el modo en que lo hace el pensamiento científico, sino en términos de «convención», «juicio normativo» y como «solución a problemas existenciales» (ibíd.: 83). Por tanto, aunque para un romano la mera enunciación de una plegaria resultaba efectiva si concordaba con su prescripción normativa y únicamente un «defecto de forma» la invalidaba –*in precibus nihil esse ambiguum debet*, dirá Servio en su comentario a la *Eneida* (7, 120)–, desde el punto de vista de la moderna pragmática la efectividad del ritual ha de tener en cuenta otros parámetros de análisis.

Dentro del patrón actuativo que conforma el ritual, la oración litúrgica, en la mayoría de los casos, tiene al menos la misma importancia que las acciones. De hecho, el poder de todo el rito y su efectividad dependen directamente de la pronunciación de ciertas expresiones que explicitan verbalmente las acciones a las que acompañan. Estas últimas, por su parte, constituyen una suerte de enunciados implícitos de los que también es posible extraer información (el «credo gestual» del que habla Scheid). Tal apreciación es especialmente válida para los pueblos indoeuropeos que, desde tiempos remotos, desarrollaron todo un sistema de pensamiento, reflejado en una rica mitología, acerca del poder intrínseco de la palabra y su incidencia sobre el mundo que nos rodea. Pero tampoco

«prelógica») reflexionó sobre el lenguaje en el marco del conocimiento místico, mucho antes del surgimiento de la Lingüística y más aún de la Pragmática como ciencias modernas. Resulta interesante recoger la definición que del ritual da Tambiah (1985: 128): «Ritual is a culturally constructed system of symbolic communication. It is constituted of patterned and ordered sequences of words and acts, often expressed in multiple media, whose content and arrangement are characterized in varying degree by formality (conventionality), stereotypy (rigidity), condensation (fusion), and redundancy (repetition). Ritual action in its constitutive features is performative in these three senses: in the Austinian sense of performative, wherein saying something is also doing something as a conventional act; in the quite different sense of a staged performance that uses multiple media by which the participants experience the event intensively; and in the sense of indexical values (...) being attached to and inferred by actors during the performance».

resulta ajena a otros dominios culturales, como el semítico. En el ámbito romano, esta mentalidad según la cual la mera enunciación de determinadas fórmulas (*conceptis uerbis*) desencadena efectos inmediatos sobre la realidad circundante –*dictaque pondus habent*, según la expresión ovidiana (*fast.* 1, 182)– se observa a la perfección, por ejemplo, en el ritual de la *limitatio* del *templum* que lleva a cabo el augur antes de su consulta:

in terris dictum templum locus augurii aut auspicii causa quibusdam *conceptis uerbis finitus*. concipitur uerbis non isdem usque quaque; in arce sic: ‘templa tecasque me ita sunt, quoad ea rite lingua nuncupauero. olla uera arbor quirquir est, quam me sentio dixisse, templum tescumque me esto in sinistrum. olla uera arbor quirquir est, quam me sentio dixisse, templum tescumque me esto in dextrum. Inter ea conregione conspiciunt cortumione, utique ea rite dixisse me sensi’ (Varro *ling.* 7, 8).

[Sobre la superficie de la tierra se denomina *templum* al lugar delimitado mediante el empleo de determinadas fórmulas con vistas a la toma de augurios o de presagios. No siempre la fórmula está expresada con las mismas palabras. En la ciudadela es la siguiente: ‘Templos y lugares agrestes sean para mí aquellos que yo, ritualmente haya indicado con mis palabras. Aquel árbol veraz, de cualquier especie que sea, que considero señalado por mí a la izquierda, sea para mí templo y lugar agreste. Aquel árbol veraz de cualquier especie que sea, que considero señalado por mí a la derecha, sea para mí templo y lugar agreste. Considero que he mencionado de acuerdo con el ritual, teniéndolo delante, con la vista y con la consideración mental, el espacio comprendido entre estos dos puntos’ (ed. y trad. de M.-A. Marcos Casquero)⁴³⁰.]

En este marco general, la oración no es una forma de culto en sí misma, no es una operación aislada, sino que forma parte de un conjunto de prácticas, de un marco litúrgico más amplio, en el que, con todo, posee un papel esencial: su carácter oral dota de validez y efectividad a todo el conjunto. La oración, por tanto, es en el ritual un elemento solidario con el gesto e inseparable de él. A él se superpone para conferirle potencia y efectividad; la oración es eminentemente realizativa, en la medida en que explicita el acto que se está llevando a cabo de forma gestual y trasciende su mera significación semiótica⁴³¹. Frente al

⁴³⁰ Véase la restitución rítmica que propone Pighi (1958: 86s).

⁴³¹ La idea de que la plegaria, como explicitación verbal de una acción sagrada, confiere al ritual su perfección puede leerse ya en Wissowa (1912²: 396-398). Y la innegable comunidad ideológica que se establece entre sacrificio, oblación y plegaria se deja sentir hasta en el léxico, cuyos términos llegan a

himno, la oración no es un ornamento estético añadido, sino un elemento fundamental (Scheid, 1998^a: 85s). Plinio el viejo, al tratar sobre el poder de la palabra, lo explicó en los siguientes términos:

quippe uictimae caedi sine precatione non uidetur referre aut deos rite consuli (Plin. nat. 28, 10).

[Lo cierto es que, sin plegaria, la inmolación de las víctimas o la consulta ritual a los dioses no parecen tener validez.]

Pero muchas de estas cuestiones claramente pragmáticas se encontraban ya antes prefiguradas en el estudio –desafortunadamente incompleto y programático– que M. Mauss, destacado miembro de la escuela sociológica francesa, dedicó al fenómeno de la oración en general⁴³². Para Mauss, toda oración, por su naturaleza exclusivamente oral, participa de una doble naturaleza: es a la vez un rito y un credo. Hablar, se ha dicho muchas veces, tiene tanto de actuar como de pensar y organizar el mundo que nos rodea. Por ello la oración resulta el punto de convergencia de buena parte de la fenomenología de las religiones. Y ese carácter oral, además, implica la precisión de sus propias circunstancias y motivos de su enunciación, por lo que su análisis resulta más fácil que el de otras manifestaciones religiosas. Como vemos, la reflexión sobre la plegaria condujo a este autor de comienzos del siglo pasado hacia unas conclusiones muy similares a las de la TAH de Austin y Searle⁴³³.

intercambiarse en ocasiones. El ritual latino de la *sponsio* encuentra su origen etimológico en la libación con que se sellaba el pacto (Corlu, 1966: 75s). Y la misma idea subyace en la metáfora de las «plegarias líquidas», de clara estirpe indoeuropea, a cuyo análisis ha consagrado Kurke (1989) un completo trabajo y que posee manifestación latina en la construcción *fundere preces*, altamente literaria. Con todo, dado lo tardío de los testimonios que la contienen, no hay razón para no sospechar de un calco de la expresión griega.

⁴³² «La prière et les rites oraux» constituye el capítulo IV (pp. 357-558) del tomo I (*Les fonctions sociales du sacré*) de las *Oeuvres* de M. Mauss (1968), compiladas póstumamente. Si bien fue retirado por el propio autor de la imprenta de Éditions Felix Alcan en 1909, su extraordinaria importancia y su decisiva influencia en estudios contemporáneos y posteriores justificaron su inclusión en las citadas *Oeuvres*.

⁴³³ Así, llega incluso a advertir (ibíd.: 378s) sobre la importancia del grupo social que lo practica en la regulación del fenómeno, así como en el reconocimiento de su eficacia, esto es, su carácter convencional. Sobre estas cuestiones véase el interesante trabajo de Deremetz (1994), quien, no obstante, precisa convenientemente (p. 148, n. 20) que la concepción maussiana de la plegaria, esencialmente transitiva pues incluye la idea de su propio cumplimiento, difiere de la de acto de habla de la moderna pragmática, que es intransitiva y autorreflexiva: la enunciación cumple, estrictamente, la acción descrita en el enunciado (aunque, como ya hemos advertido, sus funciones, en tanto que acto realizativo, sobrepasan las meramente enunciativas). Ambas ideas, con todo, se solapan frecuentemente en la mentalidad antigua.

Y no son estas las únicas aportaciones relevantes del estudio. A pesar de algunas ideas evolutivas un tanto obsoletas –tanto como los criterios empleados en la distinción de magia y religión–, es necesario retener la idea de que la plegaria es un hecho variopinto y de una complejidad extrema. Su polimorfismo se desprende claramente de las siguientes palabras del autor:

De tous les phénomènes religieux, il en est peu qui, même à ne les considérer que du dehors, donnent aussi immédiatement que la prière l'impression de la vie, de la richesse et de la complexité. Elle a une merveilleuse histoire: partie de bas, elle s'est élevée peu à peu jusqu'aux sommets de la vie religieuse. Infiniment souple, elle a revêtu les formes les plus varies, tour à tour adorative et contrainte, humble et menaçante, sèche et abondante en images, immuable et variable, mécanique et mentale. Elle a rempli les rôles les plus divers: ici elle est une demande brutale, là un ordre, ailleurs un contrat, un acte de foi, une confession, une supplication, une louange, un hosannah. Parfois une même sorte de prières a passé successivement par toutes les vicissitudes: presque vide à l'origine, l'une se trouve un jour pleine de sens, l'autre, presque sublime au début, se réduit peu à peu à une psalmodie mécanique (Mauss, 1968: 357).

Independientemente de su función, todas estas manifestaciones establecen una forma de comunicación con la divinidad, pese a que no siempre sea fácil establecer diferencias, pues a menudo instauran entre sí una fluida y fecunda ósmosis. Una plegaria puede, de tal modo, hacer las veces de un juramento y un deseo o un voto pueden ser expresados por medio de una fórmula precativa (ibíd.: 414). Aunque no pensase directamente en él al realizar tales afirmaciones, el léxico latino expresa muy plásticamente todas estas cuestiones. Insistiremos más adelante (VIII.2) –aunque previamente hemos apuntado algunos aspectos– en las íntimas relaciones que se establecen entre las nociones de voto, plegaria, deseo, maldición o bendición, etc., muchas de ellas combinadas a veces en el contenido de un mismo lexema sin solución de continuidad. Pero antes debemos detenernos en otros aspectos, sin abandonar la idea de la naturaleza oral de la plegaria.

Es precisamente esta naturaleza oral la que determina la neta inclusión de sus manifestaciones en la categoría de *carmen*; de hecho, no es raro encontrar referencias a la plegaria en términos de *carmen precationis*. Aunque, dada la amplitud del campo

referencial de esta noción⁴³⁴, pueda parecer que esta afirmación no aporta demasiada información, nos proporciona en realidad un punto de partida firme sobre el que abordar el análisis de la plegaria. Varios rasgos han de ser tenidos en cuenta. En primer lugar, su oposición significativa con la palabra ordinaria queda reflejado en su aspecto formal. Elementos lingüísticos como las recurrencias fónicas (aliteración, homeoteleutos...) o léxicas (repetición, sinonimia, gradación...) –que permiten su organización en ritmos binarios y ternarios, base de la prosa comática–, así como el empleo sistemático de giros y fórmulas estereotipadas, persiguen unos efectos mnemotécnicos, a la par que intentan captar la atención del potencial destinatario y persuadirle del beneficio de esa palabra⁴³⁵.

La totalidad de estas características es perfectamente reconocible en las manifestaciones arcaicas (y no tanto) de la plegaria, en las que, frente al carácter añejo de su estilo litúrgico, es preferible privilegiar su tono elevado y solemne (cf. Alfonsi, 1970-1972: 31). Además, su carácter artístico, si bien subsidiario de esas funciones preeminentes, resulta innegable a la luz de su forma de composición. La plegaria es, sin duda, una manifestación más de la composición poética oral de una comunidad⁴³⁶. Por otro lado, esa marcada solemnidad se halla íntimamente relacionada con la mencionada energía creadora, con el carácter poderosamente activo que las antiguas sociedades orales atribuían a la palabra, a modo de cualidad intrínseca. Como el *vāc* de los himnos védicos, el *carmen* latino implica unos efectos sobre la realidad circundante y su efectividad, contrastada por la tradición, depende del mantenimiento de esos esquemas prefijados.

Este asunto nos conduce directamente hacia el problema del establecimiento de unos límites claros entre magia y religión. Bouché-Leclercq, en el artículo citado (D&S, *s.u.*), llega directamente a caracterizar la plegaria como una especie de «conjuro mágico» y la

⁴³⁴ Esta queda patente en la conocida definición de Bouché-Leclercq: «Formule cadencée, faite pour être chantée, récitée ou simplement écrite, à laquelle les Romains attribuaient une vertu active: d’où, par enchaînement analogique, le sens de 1° incantation magique; 2° prédiction ou proverbe; 3° formule liturgique; 4° texte de loi; 5° vers rythmé, poème ou poésie en general; 6° chant vocal ou instrumental» (D&S, *s.u.*). De su valor oracular da buena cuenta Guittard (1985), quien se ocupa estrictamente en otro lugar (2001) de las relaciones entre plegaria y *carmen*.

⁴³⁵ Sobre estas cuestiones resulta muy interesante la lectura de Dangel (1997).

⁴³⁶ Sin embargo, es evidente, no debemos obviar que los elementos de estudio con los que contamos son testimonios escritos y, en muchas ocasiones, pasados por el tamiz de una voluntad artística muy notoria. Sobre el problema de la recepción escrita de composiciones orales por naturaleza, cf. Mauss (1968: 388-392). Sin embargo, con prudencia, es posible recuperar, a través de sus plasmaciones literarias, algunas fórmulas orales. Esta es la postura que toma Boels-Janssen (1996). Dumézil (1974²: 104-110) aboga incluso por la total fiabilidad de algunos de esos testimonios.

idea se repite en buena parte de la bibliografía posterior⁴³⁷. Afirmaciones como estas descienden claramente de distinciones imprecisas entre ambos espacios. Desde Frazer —y este a su vez deudor en sus planteamientos de un debate tan antiguo como las primeras reflexiones sobre la medicina en Europa—, son muchos los que han identificado (y siguen haciéndolo) la magia con una actitud determinista y coercitiva hacia la divinidad, mientras que, por el contrario, atribuyen a la religión un rasgo de contingencia, de dependencia de los arbitrios de las instancias divinas, siempre superiores. A ello se unen además las operaciones que, específicas de la magia, resultarían del todo ajenas al ritual institucional: hechizos y encantamientos, fabricación de filtros, víctimas especiales para el sacrificio, comercio con los muertos, *defixiones*⁴³⁸, etc.

Sin embargo, Graf (1994), en una obra de ineludible referencia, ha combatido el error de estas ideas y ha fijado los parámetros desde los que se ha de emprender el análisis de la magia en el mundo greco-romano. En primer lugar, según deja claro este autor con su coherente exposición (pp. 249ss), el elemento de coacción es perceptible en algunos procedimientos mágicos, pero no empaña todas sus manifestaciones, entre las que pueden reconocerse incluso súplicas humildes y sumisas. Si empleamos este criterio como definición primaria, estamos abocados a ofrecer análisis del todo ambiguos y a plantear la existencia de unas fronteras difusas entre ambas manifestaciones, pues ciertos rituales, ampliamente sentidos como religiosos, habrían de ser considerados mágicos (la *deuotio*, por ejemplo) y viceversa. Es preciso, por lo tanto, dar cabida a otros elementos que aseguren una neta diferenciación, sin olvidarnos además de la propia mentalidad y opiniones antiguas en el juicio de estos fenómenos⁴³⁹. Y tales elementos estriban nuevamente en la capacidad realizativa del ritual.

Revisando las teorías de Tambiah, Graf propone una distinción de una importancia, a nuestro juicio, capital. En el escenario de la actuación litúrgica, se establece una relación comunicativa de tipo vertical (ficticia si se quiere, pero comunicación al fin y al cabo)

⁴³⁷ En esta línea, Burris (1930^b) o Pighi (1967^a: 665ss).

⁴³⁸ Las prácticas que encontramos en las *tabellae defixionum* son también un tema sobre el que se ha escrito mucho. La recopilación de Audollent (1967) sigue constituyendo un buen acercamiento. Más moderna es la óptica desde la que se plantean los trabajos recogidos por Faraone & Obbink (1991). Para una distinción entre *defixio* y *deuotio*, véase Cano (1982). Diferente a la defendida allí es la postura que toma Scheid (1998^a: 90) ante esa distinción.

⁴³⁹ Así, por ejemplo, el ritual contra las luxaciones transmitido por Catón en su tratado *De Agricultura* (160), remedio mágico y supersticioso donde los haya desde la óptica de la ciencia moderna, entraba en la categoría de lo que los antiguos entendían por medicina (cf. Graf, 1994: 58).

entre el hombre que la lleva a cabo y el panteón al que se quiere rendir culto. Pero, al mismo tiempo, dado el carácter colectivo que poseen las religiones poliadas, el propio rito permite una relación adicional, esta vez de tipo horizontal, en torno a un mensaje que atañe e implica a todo el grupo social. Dado que el mago opera en soledad y el mensaje que pone en circulación le concierne únicamente a sí mismo, la acción que ejecuta resulta aberrante, en el sentido en que esta última forma de comunicación queda invalidada. Su aislamiento supone la distinción fundamental entre los rituales mágicos y los de la religión cívica (ibíd.: 236ss).

Ese tipo de acciones, conscientemente transgresoras de los límites sociales, se exponen, precisamente por ese motivo, a la persecución y a la sanción. Pero, al mismo tiempo, en función de la pérdida del segundo, privilegia el primer tipo de comunicación, el diálogo directo con los dioses a los que invoca. Y los cauces de esa expresión no difieren en demasía de los empleados por la religión pública; el mago, sin duda alguna, pronuncia plegarias como cualquier sacerdote y no solo conjuros⁴⁴⁰. Pero no debemos olvidar, además, que es el aura de *outsider* que el mago decide adoptar, la que le vale las acusaciones de intenciones maléficas. La definición de sus acciones como fechorías constituía una manera efectiva de combatir su aislamiento y la finalidad eminentemente personal de su actuación, potenciales amenazas para el mantenimiento de los valores colectivos. Y volviendo las tornas, cualquier comportamiento sospechoso de disidencia, podría materializarse en una acusación de practicar la magia. Un proceso de este cariz fue el que sufrió Apuleyo en carnes propias. Es en este sentido como hay que interpretar, además, el juego de inversiones que plantea el mago, con sus prácticas «parareligiosas», tanto en elementos como en combinaciones. Aunque existe una indiscutible voluntad de alejarse de los patrones establecidos, la trasgresión que propone el lenguaje litúrgico de la magia no difiere real y sustancialmente, en los signos rituales empleados, de los que encontramos en el culto público⁴⁴¹.

⁴⁴⁰ Aunque centrado fundamentalmente en el ámbito de la magia greco-egipcia, resulta muy iluminadora la consulta de Graf (1991). Para el ámbito romano, véase Freyburger (2000), con un breve análisis del *carmen arval*.

⁴⁴¹ Aunque Versnel (1991) es consciente de que plegaria religiosa y *defixio* mágica son dos categorías opuestas de un *continuum* de formas más o menos híbridas, reconoce la existencia de una «*border area*» de *defixiones* que se sirven, con fines distintos, del aspecto externo de la primera manifestación. En la misma línea, Faraone (1991) distingue cuatro categorías en función de la formulación de las tablillas: fórmula de atadura directa, forma de plegaria, forma de deseo o esquema *similia similibus*. Con todo, se muestra

Más allá de los mecanismos, las formas y actitudes o las divinidades invocadas, el elemento de cohesión social que proporciona la religión en sociedades como la romana nos proporciona la clave para entender la diferencia entre lo que se inscribe plenamente en este ámbito y todo aquello que, como la magia, queda fuera de sus límites. *Carmen* mágico y *carmen* religioso quedan así claramente distanciados en lo que a su función se refiere. Aún es más, esa distancia, tal y como ha mostrado Addabbo (1991), resulta perceptible incluso en el plano estrictamente lingüístico. Según esta autora, la superposición entre plegaria y encantamiento mágico no es total y, si bien los estilemas son los mismos, la frecuencia y el modo de aplicación no resultan idénticos. Simplificando mucho su trabajo, podemos destacar como una de sus principales conclusiones la mayor regularidad y orden en los elementos de la plegaria, frente al carácter acumulativo y poco orgánico de su contrapartida mágica. La propia Addabbo pone de manifiesto la imposibilidad de ver en esta última una muestra genuina del lenguaje sacral romano. Podría considerarse, en suma, que plegaria y encantamiento parten de un origen común, pero cada uno recurre a procedimientos expresivos propios: más refinados y cercanos a los usos compositivos de la lengua poética indoeuropea los de la primera, más espontáneos y populares los del segundo.

Pero no es esta la única visión mediatizada por elementos impropios desde la que se ha abordado el estudio de la plegaria y, en general, de la totalidad de la religión romana. Su análisis ha oscilado siempre entre las explicaciones basadas en una mentalidad «mágica» y primitiva subyacente y la atribución de un carácter rigurosamente jurídico.

Resulta innegable la naturaleza pactista, contractual y formulista del ceremonial romano, directamente derivada de la oficialidad de sus expresiones, así como la íntima relación de esta religión con el derecho. Los recíprocos influjos que establecen los vocabularios específicos de ambas esferas dan suficiente prueba de ello⁴⁴². El texto de ley, además, recibe, como la plegaria y el conjuro mágico, la denominación de *carmen*. Ambos lenguajes se sirven incluso de procedimientos comunes (empleo de la figura etimológica,

partidario de considerar el desarrollo de una forma de expresión sumisa como propia de una época relativamente tardía (1991: 9).

⁴⁴² Piénsese, por ejemplo, en la relación etimológica de *sacer* y *sactus* con *sancire* (cf. Alfonsi, 1970-1972: 30). Merece la pena igualmente recordar cómo *precari* (VII.6.5.1) establece con *poscere* y *postulare* una distribución entre estos ámbitos, sin perder ninguno de ellos su carácter solemne. De Meo (1986²: 146), entre otros, pone de manifiesto explícitamente la acusada conexión entre el léxico jurídico y el religioso en las áreas periféricas del dominio indoeuropeo, esto es, en las zonas que representan estadios más arcaicos.

tendencia a la duplicación o triplicación de sus elementos, expresiones fijas, etc.) y se decantan por un estilo solemne y tendente al arcaísmo⁴⁴³. Pero la mutua dependencia no se manifiesta solo allí: el escrúpulo expresivo y actuativo es también común a ambos dominios. Dependiente de él, se aplicaba una estricta cautela, orientada a evitar cualquier «defecto de forma» que daría al traste con el rito en cualquiera de sus dos manifestaciones. En función de todas estas analogías, el peso del derecho en los estudios de religión romana arranca con Mommsen y tiene una decisiva influencia a partir de la obra de Wissowa, *Religion und Kultus der Römer*⁴⁴⁴.

Sin embargo, es necesario elegir bien en terreno en que buscar la causa última de estas conexiones y, para ello, no se debe perder de vista el hecho de que ambas manifestaciones parten de un origen común, del que se desgajan en época temprana. Podrá llamársela como se quiera y conferírsele la importancia que se considere oportuna, pero resulta claro, desde los estudios de Dumézil, que lo que este autor denominó «primera función» o «función soberana» engloba tanto las manifestaciones religiosas como las estrictamente legales. La combinación es evidente en la pareja divina que forman Mitra y Varuna en la India védica, el primero de los cuales, simplemente con su nombre, hace referencia etimológica a la noción de «contrato».

Así pues, parece injusto aplicar un carácter preeminente al derecho cuando de manifestaciones religiosas se está hablando, pese a que su progresiva laicización lo privilegie cada vez más⁴⁴⁵. Es preferible dar explicación a esas concomitancias en virtud del difuso fondo común que, con su carácter marcadamente contractual, se encuentra en la raíz de ambas esferas y es el responsable último de las concomitancias en sus realizaciones concretas. La religión romana no se articula en términos jurídicos, aunque

⁴⁴³ En la lengua religiosa, el desarrollo analítico de una exactitud terminológica persigue la precisión de una significación concreta al tiempo que excluye cualquier ambigüedad. Esa finalidad de pulcritud expresiva es también la que persiguen las fórmulas de los preceptos jurídicos, por lo que no son de extrañar las coincidencias formales. Sobre las concomitancias entre ambos lenguajes específicos, véase De Meo (1986²: 133ss). El poder especial que se atribuye a la palabra resulta, en última instancia, responsable de su sacralización y conduce invariablemente a la exigencia de su inmutabilidad. Estas manifestaciones del lenguaje formal resultan solemnes y dignificadas por ser el lenguaje de los antepasados. Lo que se persigue, en definitiva, es una validez atemporal de la fórmula. Con todo, esta no sacrifica su intelección, principio básico de la función comunicativa del lenguaje, más que en algunos ejemplos de lenguaje sacral. Caso paradigmático es el canto de la cofradía Arval (*infra*, VIII.3).

⁴⁴⁴ De la aplicación de esta idea al ámbito de la plegaria da buena muestra Appel (1909: 71).

⁴⁴⁵ A diferencia de lo que ocurre en el ámbito griego, donde operan figuras míticas como Dike o Temis, de acuerdo con la mentalidad romana la ley no emana directamente de la divinidad, sino que se concibe meramente como un pacto de naturaleza humana, a partir del paulatino alejamiento entre los elementos mágico y jurídico de esa primera función duméziliana.

estos puedan tener una importante incidencia; antes bien, la ley, en el momento de su aparición, es considerada sagrada⁴⁴⁶ y la custodia de las leyes, unidas a los escritos sagrados, se confía en principio a la clase sacerdotal (*cf.* Liu. 9, 46, 5). La religión romana no es, en suma, la traslación al ámbito de lo sobrenatural del derecho humano, sino que ambas realidades se fundamentan sobre unas mismas bases constitutivas. En última instancia, la estrecha relación entre ambos lenguajes estriba en su carácter colectivo (*cf.* Mauss, 1968: 382). Tal y como afirma J. Alvar (1984: 143), «es corriente en el mundo antiguo la sanción religiosa de cualquier acto público». De hecho, se podría incluso invertir el razonamiento y plantear que es precisamente el carácter formulario y formalista, rígido, racional y ajeno a toda muestra exacerbada de misticismo que muestra la plegaria, rectora de todo el ceremonial, el promotor de un derecho tan rico, tan profundamente desarrollado por la cultura romana y en manos de la misma clase dirigente que controlaba las acciones religiosas.

Sin duda, en la constitución y desarrollo de esta visión, que podríamos denominar «legalista», de la religión romana, ha influido la errónea aplicación de criterios ajenos a la sociedad analizada. Aunque hemos visto (VII.6.3.2) ejemplos de plegarias y ceremoniales claramente intensivos efectuados, dentro del marco de la religión oficial, en casos de extrema necesidad, la solemnidad con que se desarrollaba la actuación cultural resultaba, en la mayoría de las ocasiones, incompatible con la actitud humilde que suele caracterizar la oración cristiana; piénsese si no en el decidido rechazo romano a cualquier muestra de fervor desmedido, como puede ser la prosternación.

Sin llegar nunca a resultar coercitiva para los dioses –antes bien, consciente en todo momento del lugar relativo que estos ocupan y del respeto que se les debe–, la plegaria romana no admite sumisión ni servilismo, sino que se concibe en términos de un contrato con lo sobrenatural, con el que el par petición-ofrenda se erige en quintaesencia del hecho religioso romano. Ese intercambio, ese canje permeable a la mentalidad del don y el contradón (*cf.* cap. VI), se relaciona muy estrechamente con las funciones reguladoras que ya hemos reconocido para muchos de los aspectos de la oración romana. Según decíamos, esta se orienta hacia una finalidad tangible, material y en modo alguno tiende hacia el ejercicio espiritual. Los rezos romanos son del todo ajenos al elemento meditativo e

⁴⁴⁶ *Orta autem est simul cum mente diuina. quam ob rem lex uera atque princeps, apta ad iubendum et ad uetandum, ratio est recta summi Iouis* (Cic. *leg.* 2, 10).

introspectivo. En su manifestación oficial, la oración, lejos de permitir experiencias místicas como las que se consiguen en otras tradiciones –su función comunitaria lo impide–, resulta, en Roma, únicamente un medio, una herramienta orientada hacia la finalidad concreta de regular las relaciones entre el hombre y sus dioses, cuya ayuda es necesaria en determinadas circunstancias vitales. Un carácter como el romano, marcadamente agrario en sus orígenes, no podría haberlo expresado de otro modo: en el culto a los dioses subyace la idea de que unas determinadas prácticas y un cuidado asiduo –un cultivo, en suma– permiten alcanzar fructuosas recompensas. La relación retributiva que, en la oración institucional amparada por el estado, se establece entre ambos mundos es nuevamente perceptible en el vocabulario⁴⁴⁷.

Los romanos, pues, en sus prácticas religiosas, piden; y lo hacen de manera solemne, pues la ocasión así lo requiere, y persuadidos de que los dioses pueden conceder lo que se les solicita y de que, en virtud del acuerdo que se establece por medio de la oración, de hecho lo harán. No en vano, toda plegaria era acompañada de un sacrificio ritual, pago en especie, contraprestación que el orante aportaba en ese acto concebido como una auténtica transacción⁴⁴⁸. La plegaria en su fórmula pública más usual constituye, a fin de cuentas, una negociación verbal entre un pueblo y sus divinidades (cf. Deremetz, 1994: 155), con un carácter marcadamente transaccional.

En la mentalidad romana, los dioses, una vez recibida la ofrenda, no podían, en buena fe, sustraerse a lo que el fiel les solicitaba. En cierto sentido, si todo se desarrollaba con normalidad y de acuerdo a lo establecido, el ritual era infalible y de demostrada eficacia. Pero, para entender esta afirmación, no es necesario recurrir a una mentalidad mágica –la idea de que la divinidad es manipulable solo se justifica en unas condiciones técnicas y con unos pactos específicos– o a una definición estrictamente jurídica; sencillamente, resultaba indispensable la regulación de las relaciones entre los habitantes –hombres y dioses– de un mismo enclave, la ciudad, para lo cual se privilegiaba el

⁴⁴⁷ La contraprestación se explicita, por ejemplo, en la expresión *macte esto* (cf. Moussy, 1966: 38; Hickson, 1993: 129) e incide en el carácter ritual del verbo *adoleo* (cf. García-Hernández, 2003). La idea del «engrandecimiento» del dios encuentra su valor en el carácter alimenticio que, en las sociedades indoeuropeas, se confiere al sacrificio y la ofrenda.

⁴⁴⁸ Incluso el propio desarrollo del ritual incide en este esquema conceptual: «*Precationum uerba inter immolatam et caesam hostiam auctores collocant, non ita tamen ut immolationem occisio non excipiat: nusquam enim quisquam prius immolasse, deinde precatus esse, deinde hostiam occidendam tradidisse dicitur*» (Pighi, 1965: 329). Además, el propio contenido de la plegaria puede redundar en esta idea explicitando, por medio de un ablativo instrumental el sacrificio u ofrenda con la que se pretende garantizar el éxito de la operación (Guittard, 1980: 397).

mantenimiento del ritual, la conciencia de rigor y la observancia de su exactitud. Por ello, es necesario restringir todo lo dicho al ámbito del culto oficial, dominado por el estado y en cuya representación actuaba un representante que dirigía las ceremonias investido de un poder y una capacidad de acercarse a la divinidad.

Sin embargo, pese a la visión de otras religiones como la cristiana, el comercio con la divinidad, el *do ut des*, no implica una falta de piedad, ni constituye el indicio de una religión degradada. De hecho los romanos se consideraban a sí mismos *religiosissimi*⁴⁴⁹. Los parámetros desde los que se opera son, simplemente, diferentes, responden a unas necesidades muy determinadas y derivan de la propia concepción de lo divino en la mentalidad romana. Así lo expresa R. Turcan:

Los dioses romanos tenían atribuciones estrictamente definidas y se les invocaba en consideración a sus respectivas competencias. Esta atomización de los poderes divinos legitimaba un ritualismo preciso, específico y puntilloso que prevenía el delirio de lo sobrenatural, pero excluía también correlativamente toda perspectiva cósmica, toda respuesta a los interrogantes de la inteligencia, sobre todo desde el momento en que la filosofía griega vino a enfrentarse en el siglo II a.C. al formalismo legal y tranquilo de los pontífices romanos (Turcan, 2001: 34).

⁴⁴⁹ Por la superioridad religiosa de los romanos aboga, por ejemplo, Cicerón en su tratado *Sobre la naturaleza de los dioses* (1, 8). De hecho, la relación estrictamente contractual suele estar tamizada por unas concepciones teológicas y morales más refinadas y que establecen una relación causal entre la virtud humana y el favor divino. Estas son ya perceptibles en las comedias plautinas, donde quizá sea posible reconocer una influencia estoica supeditada a los modelos de la *Nea*, pero donde, al fin y al cabo, están presentes. En el prólogo del *Rudens* (22-27, *cit. supra*) se moraliza sobre la venalidad de los sacrificios orientados meramente a recibir un beneficio. Acerca de estas cuestiones, véase Hanson (1959, fundamentalmente 86ss).

VIII.2.- CARACTERÍSTICAS BÁSICAS DE LA PLEGARIA ROMANA.

Mientras que los dioses griegos son, los romanos sencillamente actúan. Con esta concisa y acertada formulación, resume Versnel (1981^a: 16) los problemas de orden psicológico que entraña un sistema politeísta en el que, a falta de una historia mítica, los dioses poseen una entidad menor, carecen de «personalidad» concreta y, en consecuencia, se definen básicamente de manera funcional, en virtud de sus atribuciones y sus áreas de intervención. Con todo, el carácter antropomórfico con que se los imagina influyó, sin duda, en el extraordinario desarrollo de los ritos orales de esta cultura.

Hasta aquí hemos abordado las razones por las que la plegaria romana, como enunciación ritual y como realizativo explícito, se convierte por la concurrencia de determinados elementos (solemnidad, participación de oficiantes especializados, etc.) en un acto litúrgico nuclear, amparado institucionalmente y con un protocolo muy detallado. A ello debemos añadir ahora un elemento más que contribuye al establecimiento de la omnipresente preocupación romana por la exactitud de la fórmula y al valor intrínseco, autárquico, que se le asignaba.

La pluralidad de susceptibles destinatarios para el mensaje que el fiel enuncia exige precisión en la identificación exacta del mismo. De hecho, según sugiere el propio Versnel (ibíd.), se podría establecer una relación inversamente proporcional entre una menor caracterización de la divinidad en términos humanos, y un mayor valor autónomo de la fórmula. Esta dependencia, con la que los romanos tuvieron que lidiar, fue el origen de ingeniosas soluciones. Así, la invocación, la definición precisa del destinatario por medio de un vocativo, se convierte en parte constitutiva esencial de la plegaria romana y en su prólogo ineludible (cf. Guittard, 1998). La mera enunciación de un nombre divino constituye en sí misma una manera de establecer un vínculo con su *numen*, y puede suponer una forma rudimentaria de plegaria⁴⁵⁰. El propio requerimiento de identificación incluía además, claro está, los epítetos culturales que pudieran asignarse a un dios determinado y que, con el tiempo, irán complicándose. De producirse concurrencia de

⁴⁵⁰ Este tipo de apóstrofes habrían de ser muy empleados, según el valor expresivo, sin duda secundario y derivado de una resemantización ilocutiva, que encontramos en los expletivos que nos muestra la comedia arcaica (*medius fidius*, *mecastor*, *mehercle*, *edepol*). Con todo, es necesario subrayar la procedencia griega de estos dioses. Guittard (1998: 75) señala las expresiones *eiuno* y *equirine*, solo atestiguadas en glosarios, y la forma *edi medi*, que emplea Titinio.

varios dioses en una misma plegaria, podemos intuir, en estas invocaciones múltiples, el establecimiento de una jerarquía relativa, encabezada por Jano y cerrada por Vesta⁴⁵¹. Y la prudencia cautelar ante posibles errores en la elección de la divinidad apropiada, dada la complejidad del sistema, se manifestaba en fórmulas como *siue deus siue dea, si deus si dea est* o *siue quo alio nomine fas est nominare*⁴⁵². Aulo Gelio (2, 28, 2) nos informa de que los romanos eran «*in constituendis religionibus atque in dis immortalibus animaduertendis castissimi cautissimique*». En este mismo sentido es necesario entender la coletilla, impuesta por la reflexión pontifical, *di deaeque omnes*, con reflejos incluso en algunas parodias plautinas (cf. Guittard, 1998: 81).

Se intuye, pues, la importancia específica que conferían los romanos a los teónimos, importancia que se relaciona íntimamente con la especulación sobre los poderes del nombre, claramente perceptible también en el tabú onomástico que pesaba sobre la divinidad tutelar de la ciudad, el *Genius urbis Romae*, cuya verdadera naturaleza, *siue mas siue femina*, era igualmente mantenida en secreto para evitar una posible *euocatio*, ritual que se debió de practicar efectivamente con cierta asiduidad⁴⁵³. Los *indigitamenta* o invocaciones rituales, incluidas en los antiguos *libri pontificales*, suponen restos de estas creencias en una etapa muy arcaica. Ellos incluían series de dioses en los que se encuentra en estado latente una elaborada abstracción teológica sobre su naturaleza y atribuciones⁴⁵⁴.

Pero no es esta la única característica específica de las plegarias realizadas *Romano ritu*. Al igual que la plegaria debía ser pronunciada *certis uerbis*, el ritual se caracterizaba externamente por actitudes, comportamientos y signos físicos también prescritos y que

⁴⁵¹ Varios son los testimonios que confirman la preeminencia de Jano, dios de los *prima*: la fórmula liviana (8, 9, 6) de la *deuotio ducis* y las ofrendas preliminares de dos de las ceremonias transmitidas por Catón (134, 1-2 y 141, 2) dan buena muestra (cf. Guittard, 1998: 73). Su función en la apertura del camino de la voz hasta los dioses (cf. Ou. *fast.* 1, 165-182) le concede, según Deremetz (1994: 160ss), una «competencia enunciativa», es decir, funciona como un indicador pragmático de autorreferencialidad, signos lingüísticos que, en todo acto de habla, atestiguan la existencia de ese acto. Y lo mismo cabe decir de Vesta con la atribución opuesta.

⁴⁵² Sobre la fórmula preventiva *siue deus siue dea*, pueden verse Dumézil (1974²: 59s), así como los completos trabajos de Alvar (1984, 1985) y Guittard (2002), con repaso de las fuentes. Para el primero de ellos, la fórmula, ligada en origen al ritual de la *euocatio*, habría tenido plena vigencia durante largo tiempo (s. IV a.C.- 300 d.C.). La frecuencia de su empleo durante el periodo expansionista de la República habría motivado su extensión a otros contextos en los que la identificación exacta de la divinidad resultaba comprometida. Sin embargo, véanse las reticencias del segundo estudioso, que, con todo, es claramente deudor de este.

⁴⁵³ Sobre el nombre secreto de Roma, véase Guittard (1998: 37s).

⁴⁵⁴ Nuevamente es Gelio (13, 23) quien cita dos de las *conprecationes deum immortalium, quae ritu Romano fiunt*. Para una convincente interpretación de las mismas, cf. Pighi (1967^b: 65-69). Véase también Chapot & Laurot (2001: 236s) y Guittard (1998: 92), quien, sin embargo, les atribuye un valor de encantamiento. Para el conocimiento de los libros pontificales sigue siendo inestimable el trabajo de Norden (1939).

dejaban poco espacio a la improvisación, y debía desarrollarse en medio de un silencio reverencial (existía un encargado específico para ello, *qui fauere linguis iubeat*; Plin. nat. 28, 11). Entre ellos, sentida como específicamente romana, en contraposición a los hábitos griegos, era la costumbre de velarse la cabeza⁴⁵⁵. El oficiante debía, así mismo, atender a su postura: en pie, con los brazos levantados y las palmas hacia arriba, si se invocaban dioses celestes –hacia abajo en caso contrario o, en su defecto, hacia la imagen cultural–, así como cuidar su pureza, moral y corporal, antes de abordar cualquier tipo de acto ritual. En el curso de su desarrollo, para evitar cualquier error, aquel se hacía dictar (*praeire uerba*) las palabras adecuadas por un *monitor sacrorum* (cf. Plin. ibíd.). Y su pronunciación debía ser, además, segura, sin titubeos y con voz perfectamente audible⁴⁵⁶. Este último punto posee además especial incidencia en un asunto ya tratado, pues los antiguos conferían una destacada importancia al carácter audible de la plegaria, al tiempo que atribuían intenciones maléficas a las plegarias silenciosas o murmuradas. Y esta era, precisamente, la acusación típica que se hacía contra la figura del mago⁴⁵⁷.

Junto a las intenciones impías o mágicas, las plegarias inaudibles (*tacita prex, susurrus, murmur*), clara desviación de la norma, se constatan además en casos en que prima el elemento amoroso, donde el pudor acarrea una contención. Sin embargo, este asunto empieza a cambiar a partir del Alto Imperio y la plegaria silenciosa, interior, empezará a ser reivindicada por algunos círculos filosóficos⁴⁵⁸. De hecho, la falta de vocalización audible, la plegaria interior, provocará la recaracterización semántica de tipo contextual en algunos lexemas verbales claramente optativos (*supra*, n. 182). En secciones

⁴⁵⁵ Plutarco dedica a este asunto sus *Cuestiones romanas* 10, 11 y 13. Véanse los comentarios que les dedica Marcos Casquero en su edición de esta obra (Madrid, Akal, 1992). Y mucho antes, Plauto escribió lo siguiente: *inuocat deos immortalis ut sibi auxilium ferant, / manibus puris, capite operto* (*Amph.* 1093-1094).

⁴⁵⁶ Puede consultarse el detalle de todas estas materias y los autores que las atestiguan en Appel (1909: 184-214) y Pighi (1967^b: 62ss); las imágenes que las ilustran, en Turcan (1988).

⁴⁵⁷ Así se observa, por ejemplo, en *Ou. met.* 14, 58: ([...] *carmen mágico demurmurat ore*) o en *Apul. apol.* 11, 6 (*quippe natura uox innocentiae, silentium maleficio distributa*). Nos encontramos pues, nuevamente, con la inserción de lo supersticioso en el dominio de lo personal y con la amenaza que esa preeminencia de la individualidad supone para el mantenimiento de los valores colectivos. La plegaria, en última instancia es una técnica eficaz. Para el romano, ha de primar en ella la realización, la puesta en práctica del ritual, mientras que los cristianos privilegiarán por completo el elemento anímico (cf. *Aug. catech. rud.* 9, 1). Sobre el carácter audible de la plegaria han tratado, entre otros, Mc Cartney (1948), di Capua (1953; fundamentalmente pp. 94-99), van der Horst (1994) y Freyburger (2001; con comentario a la bibliografía anterior).

⁴⁵⁸ Cf. van der Horst (1994: 10, n. 31). La plegaria silenciosa llegará a convertirse en patrón normativo con el cristianismo, donde, yuxtapuestas a la doctrina neotestamentaria, influyeron decisivamente las reflexiones neoplatónicas. Tal evolución, sin duda, ha de ser puesta en relación igualmente con la aparición de la lectura silenciosa, como una faceta más en la evolución hacia la interiorización (Valette-Cagnac, 1997: 42).

anteriores hemos aludido repetidamente a la neutralización que, en contextos religiosos, pueden experimentar las nociones de deseo y petición, neutralización sostenida por el carácter no-coactivo de los verbos precativos. Ahora, una vez abordado el análisis de las características generales de la plegaria romana, podemos puntualizar las causas de este fenómeno.

Decíamos que, en el contexto del culto ciudadano, con gran participación pública, el respaldo institucional y el apoyo de la ciencia pontifical implicaban, en la mentalidad romana, la necesaria efectividad del ritual consumado, esto es, el mencionado carácter autárquico de la plegaria. Ahora bien, si nos trasladamos al ámbito de lo individual, se disipan las garantías de su cumplimiento, y ello provoca determinadas restricciones de orden psicológico que la impulsan hacia las fronteras de la esfera aspectual no-resultativa, con lo que se producen las mencionadas equivalencias entre ruego y deseo. El orante, en su actuación a título personal, carece, a fin de cuentas, de seguridad sobre la efectividad de su intervención en la esfera de la divinidad⁴⁵⁹; lo domina la incertidumbre no ya solo de si su plegaria será atendida y contestada, sino incluso de si será escuchada por la divinidad a la que se dirige; le preocupa, en términos de la TAH, la verificación de la totalidad de «condiciones de felicidad», indispensables para el cumplimiento de sus objetivos. Este paso de la religión colectiva a su dimensión personal es, por tanto, equivalente al que observábamos en *precari*, con su traslación de la esfera resultativa a la no-resultativa, y el que mencionábamos con respecto a *uouere*. Fuera del ámbito institucional, la plegaria se ve privada de su carácter contractual, de su fuerza realizativa en términos de efectividad; como mucho mantiene la confianza y la fe en su concesión.

Solo dentro de este marco psicológico es posible entender la neutralización entre ambas nociones: con la progresiva institucionalización de la religión oficial, todo lo que escapa al control estatal es culto privado, muestra de religiosidad individual, tolerable mientras no trascienda los límites de la *domus* en que se confina. Así pues, la creencia de que una oración personal no influye en la divinidad de la misma manera que un ritual plenamente estereotipado y caracterizado por sus concomitancias con las reglas jurídicas

⁴⁵⁹ Así se justifica igualmente el empleo del optativo en algunas plegarias griegas. Según Crespo (1997: 38), «en las plegarias a los dioses el suplicante presupone que el contenido está bajo el control del dios invocado, pero que él no ejerce control sobre el dios».

provoca una identificación de dos nociones, en principio inconfundibles y opuestas en el plano secuencial en virtud del clasema resultativo.

Resulta por lo tanto necesario, antes de abordar el análisis del lenguaje ritual de la plegaria, distanciarla de otras manifestaciones culturales, de otros actos sacrales, que resultan afines pero distantes en función de algunos hechos constitutivos. Cicerón, combatiendo por boca de Veleyo las opiniones del filósofo Zenón, no puede concebir un dios apático, indolente ante las necesidades del fiel:

si intellegi potest nihil sentiens deus, qui numquam nobis occurrit neque in *precibus* neque in *optatis* neque in *uotis* (Cic. *nat. deor.* 1, 36).

[Si se puede concebir un dios que nada siente y que nunca se nos manifiesta, ni en las plegarias, ni en los deseos, ni en los votos...]

Y este pasaje pone de manifiesto una diferenciación entre tres realidades que, en ocasiones, resultan confundidas. En efecto, siguiendo con nuestra argumentación, podemos comprobar la existencia de notorias diferencias en las enunciaciones que recubren esas dos manifestaciones: plegaria y deseo, aunque en ambas intervengan los dioses como agentes del contenido sintagmático por ellas actualizado.

Dejando a un lado las antiguas concepciones predeístas que pesan sobre la religión romana, nadie duda de que sus plegarias, desde las más antiguas plasmaciones, poseen un destinatario que se especifica de manera inequívoca o al que se alude por medio de una perífrasis. El vocativo es ya prueba concluyente de la presencia del dios en el proceso comunicativo⁴⁶⁰. La invocación, lo hemos dicho, posee unas implicaciones psicológicas

⁴⁶⁰ Tal hecho es el que nos permite abordar la plegaria desde una perspectiva comunicativa de tipo intersubjetivo, pues la mera apelación implica la presencia de un interlocutor. Moralejo (1986: 306s), distingue el vocativo de la mera exclamación, precisamente en función de tal parámetro, pues esta «no supone la presencia del referente o *exclamatum*, lo que sí es consustancial con el vocativo». De tal modo, las fórmulas de captación de atención suelen resultar redundantes. Según apunta Hickson (1993: 35), expresiones como *adi* o *aspice* constituyen un recurso eminentemente poético heredado de las plegarias literarias griegas; en el mismo sentido, cf. Jeanneret (1973: 225). Con todo, la exhortación *adesto* aparece en una invocación formularia transmitida por Servio (*Aen.* 8, 72: *sic enim inuocatur in precibus 'adesto, Tiberine, cum tuis undis'*; comentario en Chapot & Laurot [2001: 248]) y se perpetuará incluso en las oraciones cristianas (Bastiaensen, 1973: 142s). Del mismo modo, *audi* se documenta en algunos rituales bien romanos, como la declaración que llevan a cabo los feciales (Liu. 1, 32, 6-10, *cit. supra*). Pero su función parece allí restringida: por medio de este imperativo se reclama atención de los testigos del tratado (véase al respecto Chapot & Laurot [2001: 300-302], Hickson [1993: 115-117] y Appel [1909:119]) y resulta, por tanto, diferente del *κλῶθι* característico de las plegarias griegas (para lo cual, puede consultarse Corlu [1966: 77]).

bien determinables: la necesidad de la presencia del dios para el establecimiento de la comunicación; posee, por lo tanto, la fuerza especial de promover la atención del interlocutor, para conseguir así su favor. De ahí que, en situaciones de especial urgencia, baste con mencionar el nombre divino⁴⁶¹. Por el contrario, existe un buen número de expresiones (*di te ament, di auerruncent, ne di sirint, di faxint, etc.*)⁴⁶², estereotipadas en mayor o menor grado, que ponen de manifiesto una diferencia esencial, pues la referencia a los dioses se realiza en tercera persona. La comunicación interpersonal, por tanto, no aparece consumada y los dioses no reciben una apelación directa. No es extraña, pues, la función expresiva que suele recharacterizar de manera secundaria las formulaciones de este tipo. De igual modo, y a pesar de que, tal como advertíamos, es posible reconocer una clara intencionalidad directiva en expresiones formalmente optativas, los valores desiderativos o imprecatorios de lexemas como *precari, deprecari* o *imprecari* (VII.6.5) dependen, en buena medida, de la desaparición del actante divino del marco de la estructura argumental de estos verbos.

Equivalentes en ocasiones, pero no idénticas, plegarias y deseos se diferencian además de otra realidad litúrgica muy extendida, el voto, tanto por elementos constitutivos del propio ritual, como por cuestiones meramente lingüísticas. Simplificando mucho las cosas, si una plegaria cultual requiere de manera tajante el acompañamiento de un sacrificio u ofrenda ritual, el voto la prevé en el futuro, en el caso de que se verifique el cumplimiento de lo solicitado. El voto, por tanto, no es más que la proyección en el futuro, condicionada por la concesión, de la contraprestación, ineludible en el trato con lo divino. Precisamente ese carácter condicional es su valor lingüístico más significativo⁴⁶³ y por medio de él se pone de manifiesto el pacto restringido y mediato que su realización

⁴⁶¹ Resultado de ello es además el hecho de que *inuocare* pueda funcionar en ocasiones determinadas como una suerte de *uerbum precandi*, expresión elíptica de *pedir*; cf. Plaut. *Amph.* 92: *Iouem inuocarunt, uenit, auxilio is fuit*.

⁴⁶² Puede verse, a título ilustrativo, Plaut. *Bacch.* 468, *Cist.* 51 o Cic. *Att.* 9, 29, 1. El mismo principio rige las maldiciones: *Iuppiter te perdat* (Plaut. *Amph.* 569s; cf. *Rud.* 569, *Pseud.* 250). Puede incluso darse el caso de bendiciones sin mención alguna de la esfera de lo divino. El tipo *quae res bene uortat* (cf. Plaut. *Persa* 329; *Trin.* 500, 572; y *Aul.* 218, con la variante *recte* en lugar de *bene*) aparece frecuentemente asociado a negociaciones matrimoniales (McCarthy, 2000: 143).

⁴⁶³ Es necesario señalar, sin embargo, cómo la aparición de un periodo condicional no es condición suficiente para la consideración de una oración determinada dentro de la categoría de voto. Cf., por ejemplo, Liu. 1, 18, 9, donde puede leerse el *carmen inaugurationis* de Numa, pronunciado por el augur: *Iuppiter pater, si est fas hunc Numam Pompilius cuius ego caput teneo regem Romae esse, uti tu signa nobis certa adclarassis inter eos fines quod feci*. Las diferencias son patentes. Para un análisis concreto de esta plegaria, véanse Pighi (1958: 88s) y Chapot & Laurot (2001: 297s).

implica⁴⁶⁴. Solo en este sentido es posible interpretar –como hace Hickson (1993)– el voto como subtipo de plegaria. Aunque su fuerza ilocutiva es claramente directiva, el lexema realizativo empleado para tal fin pertenece a la categoría de los *uerba promittendi*. Así se observa en una de sus formulaciones más famosas, la que, según relata Livio, pronunció A. Claudio el Ciego en el 246 a.C.:

dicitur Appius (...) ita *precatus esse*: ‘Bellona, si hodie nobis uictoriam duis, ast ego tibi templum *uoueo*’ (Liu. 10, 19, 17).

[Se dice que Apio elevó la siguiente plegaria: ‘Belona, si hoy nos proporcionas la victoria, yo hago voto de consagrarte un templo’.]

Según vemos, la contraprestación, aunque prorrogada, se estipula en el propio voto, por medio de la marca arcaica de apódosis *ast*. Es el *da ut dem* el esquema conceptual que funciona en este caso; solo una vez conseguido lo solicitado en la enunciación (*uoti nuncupatio*), el beneficiario quedaba *obligado*, en sentido etimológico, al cumplimiento de su promesa⁴⁶⁵. El ingente número de exvotos encontrados por los arqueólogos da buena muestra de la vitalidad de esta práctica, tanto en el ámbito estatal como particular⁴⁶⁶. Por todo ello, no ha de sorprender la mencionada traslación del significado de este lexema hacia un contenido desiderativo, en consonancia con la de algunos precativos. De hecho, *uoueo* remonta a la misma raíz que *ἐύχομαι* (Corlu, 1966: 17s), que resulta ser, en la lengua griega, el verbo de la plegaria por excelencia y que, como *precari*, es capaz de expresar un valor no-resultativo.

Así pues, criterios como los expuestos nos ayudan a diferenciar claramente la plegaria de otras realidades afines. Dentro de ellas, podremos reconocer distintas

⁴⁶⁴ De su valor realizativo da cuenta la definición de Torricelli (1978: 249) «fra le diversi espressioni linguistiche del rito, il verbo definisce il fatto di pronunciare la formula sacra con cui si prende un impegno reciproco con la divinità, impegno che, appunto, si rende esecutivo dicendo le parole di tale formula».

⁴⁶⁵ Cf. Macrobio (*Sat.* 3, 2, 6): *haec uox propria sacrorum est, ut reus uocetur qui suscepto uoto se numinibus obligat, damnatus autem qui promissa uota iam soluit*. Servio (*Aen.* 5, 237), por su parte, califica al *uoti reus* de *debitor*. Véase el artículo que al respecto dedica D&S. El *uoti reus*, una vez que la divinidad había cumplido su parte, se convertía en *uoti compos* o *damnatus uoti* y estaba moralmente obligado a cumplir su parte del trato: *uotum soluere* (*reddere, referre*), o se exponía a la cólera divina. Nótese la relación secuencial que establecen estos términos. De los votos se ocupa también Hickson (1993: 91ss).

⁴⁶⁶ Un análisis de un documento epigráfico de tipo votivo (*CIL* XII 4333) puede verse en Schowalter (1997). También los autores latinos nos dan noticias al respecto; era costumbre, por ejemplo, que los supervivientes de un naufragio encargasen una tabla pictórica como ofrenda (cf. Hor. *carm.* 1, 5, 13-16).

subcategorías si nos ceñimos a otros tantos criterios clasificatorios⁴⁶⁷. De hecho, como complemento indisolublemente vinculado a cualquier manifestación religiosa, la oración litúrgica adoptaba el nombre del ritual particular al que acompañaba: *uotum, gratulatio, piaculum, dedicatio, consecratio, deuotio, obsecratio, exsecratio, reseccatio, euocatio, obtestatio...* (Pighi, 1967^b: 57). Tras su victoria sobre los ceninenses, Rómulo realiza, en medio de una solemne ceremonia, la ofrenda de los despojos del jefe enemigo y con ella delimita el primer templo consagrado en Roma, al tiempo que añade una nueva advocación al dios supremo⁴⁶⁸. Y todo ello articulado y explicitado a través de la siguiente fórmula:

‘Iuppiter Feretri’, inquit, ‘haec tibi uictor Romulus rex regia arma fero, templumque his regionibus quas modo animo metatus sum *dedico*, sedem opimis spoliis quae regibus ducibusque hostium caesis me auctorem sequentes posterius ferent’ (Liu. 1, 10, 6).

[‘Júpiter Feretrio’, dijo, ‘yo, el rey Rómulo, te traigo victoriosas estas armas reales, y te dedico un templo en esta zona, cuyos límites acabo de delimitar mentalmente; él será sede de los despojos opimos que, tras matar a reyes y generales enemigos, te traerán, siguiendo mi ejemplo, mis sucesores’.]

Pero, lo repetimos una vez más, la plegaria es mayoritariamente eso, oración de petición, y pese a que su intención fundamental pueda ser otra, es siempre posible reconocer en cualquiera de sus manifestaciones una solicitud, implícita o, en la mayoría de las ocasiones, explicitada. Por ello, el inventario de los lexemas que, en esta lengua especial, recubren tal función se incluyen de manera ostensible en el campo léxico de la petición, aunque su sentido básico fuera en origen otro.

Para hablar con propiedad y delimitar el campo de nuestro análisis, deberemos, por tanto, emplear la denominación de «plegaria cultual», en primer lugar porque nos permite distinguirla de otras peticiones a los dioses –directas o indirectas– menos elaboradas que las primeras y no necesariamente sometidas a su esquema canónico, el más fácilmente

⁴⁶⁷ Así, por ejemplo, Plinio (*nat.* 28, 11) propone la siguiente: *alia sunt uerba impetritis, alia depulsoriis, alia commendationis*. Sobre la idoneidad de esta lectura frente al *commentationis* de los mss., así como, en general, sobre la interpretación del pasaje, véase Guittard (1987).

⁴⁶⁸ Cf. Chapot & Laurot (2001: 294s), para quienes el discurso de Rómulo es, en este sentido, doblemente fundador y «realizativo», pues atribuye una nueva epiclesis a Júpiter y supone una fórmula dedicatoria (*dedico*).

reconocible; y, por otro lado, puesto que en su forma institucional se encuentran por lo general asociadas al sacrificio, formando con él un conjunto «cultural». En esta realidad es en la que nos centraremos preferentemente, si bien no podremos sustraernos de buscar paralelos en otras con un carácter menos oficial⁴⁶⁹ (sobre todo las que encontramos en las comedias plautinas, que nos proporcionan datos sobre otras manifestaciones, más populares, de la religiosidad antigua). Y será a través de ella como intentaremos reconocer los elementos constitutivos del lenguaje religioso de la plegaria y las claves de su carácter técnico.

VIII.3.-ANÁLISIS DEL LENGUAJE LITÚRGICO. LOS VERBOS DE LA PLEGARIA.

En consonancia con las características hasta aquí determinadas, y dada la solemnidad que acompaña, en la cultura romana, a cualquier acto sacral, es necesario comenzar reconociendo el valor diafásicamente elevado de las manifestaciones del lenguaje técnico que constituye la plegaria en sí misma. Y lo mismo cabe decir del léxico del que esta se sirve. Ello implica además, una evidente tendencia al arcaísmo y el mantenimiento de formas y construcciones que no son funcionales, desde un punto de vista estrictamente sincrónico, en el estado de lengua que estamos analizando, aunque sigan empleándose en el marco restringido de esta lengua especial. Pero, por otro lado, es posible verificar también el movimiento inverso, y así, tal y como estudiábamos en algunos casos particulares (*obsecrare*, *precari*), existen lexemas que, caracterizados en origen como específicamente religiosos, terminan por mostrar ricas manifestaciones en el lenguaje popular y coloquial. Resulta relevante, por tanto, el hecho de que, si bien un término puede adscribirse de preferencia al lenguaje técnico religioso, esa pertenencia no determina de manera infalible el carácter religioso de todas sus apariciones y empleos.

⁴⁶⁹ Evitamos, en la medida de lo posible la distinción de lo público y lo privado, salvo en lo relativo a las concepciones antiguas sobre la magia –en los límites esta última del control institucional–, puesto que, según ponen de manifiesto Chapot & Laurot (2001: 20), tal dicotomía, en la que basan sus *corpora* respectivos Appel y Pighi, no es un criterio válido en todos los casos. Son más bien los criterios de oficialidad e institucionalización de la plegaria (perceptibles, por ejemplo, en rituales claramente privados como los que preceptúa Catón) los que resultan pertinentes.

Es por tanto nuestra intención en este apartado establecer algunas de las características específicas que determinan el perfil de esta lengua técnica, tanto más por cuanto las directrices de su protocolo estaban estrictamente fijadas por la ciencia pontifical.

Desde el punto de vista realizativo, acabamos de comprobar (VIII.1) que la plegaria explicita verbalmente el ritual y le confiere validez y efectividad, al tiempo que insta una comunicación de tipo horizontal que estrecha los vínculos comunitarios. Ahora bien, la plegaria romana, además, resulta por lo general un realizativo explícito en el sentido serleano de la expresión, pues comporta en su enunciado un verbo de petición que, enunciado en primera persona, describe la acción al tiempo que, al explicitarla, la realiza. El estilo solemne y la necesidad de claridad para evitar ambigüedades hacen de estas formulaciones las más adecuadas. Por tanto, nos interesa la plegaria en tanto que manifestación particular, en un lenguaje específico, de acto de habla directivo. Pero también, dada esa patente tendencia al empleo de verbos ilocutivos en forma realizativa, porque constituye el medio óptimo para el estudio de algunos lexemas petitorios con funciones muy específicas.

Inspirándonos en la descripción que da Addabbo (1991: 74) de «agente mágico», cabe caracterizar al «agente religioso», que recita la plegaria, como el protagonista de un discurso de acción, con cuya enunciación se cumple el propio ritual de la plegaria (acto básico del ritual romano del que, por tanto, este resulta ser oficiante principal) y se realiza un acto directivo no-coactivo⁴⁷⁰.

Al mismo tiempo, la plegaria, la **prex*, suele resultar autorreferencial dentro de su propia enunciación, en el sentido de que su lexicalización se utiliza para definir y referirse a esa plegaria, lo que se muestra de manera especialmente clara en el empleo de la figura etimológica. No obstante, tal fuerza ilocutiva puede estar latente en formulaciones mucho más sencillas y espontáneas. Desde la mera invocación del nombre divino o expresiones abreviadas como *Iuno Lucina, tuam fidem* (recuérdese lo dicho en el apartado II.2.4), son muchas las enunciaciones que, en el contexto adecuado y con unas precisas interpretaciones de sus elementos deícticos, se convierten en portadoras de un contenido

⁴⁷⁰ En otro lugar, la propia Addabbo (1989: 111) analiza el valor ilocutivo de este tipo de expresiones por medio de la siguiente formulación: (*ego*) (*cum his uerbis*) Vp *ut / ne* F, donde Vp equivale a un verbo realizativo y F a la oración subordinada a ese verbo, en nuestro caso, el contenido de la petición.

inequívoco en lo que a su intencionalidad se refiere y pueden, como mensaje, sustituir a la oración más elaborada. No es indispensable, por lo tanto, la aparición de un verbo ilocutivo de tipo precativo para que podamos hablar, con propiedad, de plegaria. Es más, tenemos documentados ejemplos en los que no solo no aparece expresado un contenido petitorio, sino que inciden únicamente en la contraprestación ofrecida. Así, el vino y la ofrenda alimenticia se convierten en protagonistas de la conocida ceremonia del *daps pro bubus*, cuyas fórmulas rituales nos transmite Catón el censor:

Iuppiter dapalis, quod tibi fieri oportet in domo familia mea culignam uini dapi, eius rei ergo macte hac illace dape pollucenda esto (Cato agr. 132, 1).

[Júpiter del banquete, ya que conviene ofrecerte en casa, en presencia de mi familia, una copa de vino como alimento, por esa razón, que sirva para tu engrandecimiento este mismo alimento que te ofrezco.]

Iuppiter dapalis, macte istace dape pollucenda esto, macte uino inferio esto (Cato agr. 132, 2)⁴⁷¹.

[Júpiter del banquete, que sirva para tu engrandecimiento este mismo alimento que te ofrezco, que sirva para tu engrandecimiento el vino vertido.]

Según la interpretación que proporciona Dumézil (1974²: 193s), el Júpiter «del banquete» es honrado, es ofrendado a través de este ritual, tal como se hace con el extranjero al que se le consiente reclamar sus derechos de hospitalidad (*daps, pollucere*). El campesino le brinda con sinceridad lo que le corresponde, sin pedir nada a cambio –sin explicitarlo al menos–, pero prolongando con su acción la relación de tipo «*potlatch*», la cadena del don y el contradón (cap. VI), que se establece entre el dios y los creyentes, con lo que la finalidad del ritual resulta evidente.

Lo corriente es, sin embargo, que el propósito preciso del ritual aparezca claramente explicitado. Aunque hemos hablado de que la interrogación formularia constituiría un mecanismo ritualizado para la expresión de una petición, la plegaria no se muestra nunca bajo esta forma. Muy probablemente sea ello debido al carácter no inmediato que posee el tipo de relación comunicativa que ella instaure. La expresión del término complementario

⁴⁷¹ Cf. ibíd. 143, 3. Comentario en Pighi (1958: 134s) y Chapot & Laurot (2001: 248-250).

correspondiente en modo imperativo constituye, por el contrario, una modalidad expresiva que no resulta extraña⁴⁷².

MEN². Iuppiter supreme, serua me! (...) (Plaut. *Men.* 1114).

[MEN². ¡Júpiter supremo, protégeme!]

El *carmen fratrum arualium*, claro ejemplo de arcaísmo expresivo, nos ofrece una sucesión de simples imperativos, y su antigüedad apoya las tesis de la condición de desarrollo diacrónicamente posterior de los verbos ilocutivos⁴⁷³:

1. E! NOS, LASES, IOVATE 2. NE VELVE! (I) RUE, MARMAR! 3. SIN SIN CURRERE! INPLE ORIS! 4. SATUR FU! FER, E MARS! 5. LIMEN SALI! STA, BERBER! 6. SEMVNI(S) SAL! (S)TERNE, I! O SEMVNI SAL! 7. I, ADVOCA! PET CONCTOS! 8. E! NOS, MARMOR, IOVATO! 9. TRIVMPE, TRIVMPE, TRIVMPE, TRIVMPE, TRIVMPE.

[Eh, oíd, ayudadnos Lares. ¡No des vueltas! ¡Cae, oh Marte! ¡Deja, déjanos correr! ¡Llena los oídos! ¡Hártate! ¡Lánzate, oh Marte! ¡Salta el umbral! ¡En pie, voceador! ¡Semune, salta! ¡Derriba, ve! ¡Salta lejos del muro! ¡Ea, llama a tu lado (a todos los tuyos)! ¡Arremete con todos (los enemigos)! ¡Eh, Marte, ayúdanos siempre!⁴⁷⁴]

⁴⁷² Es necesario con todo añadir que, aunque el imperativo de *dare* se documente en plegaria desde Plauto y aparece una vez en Livio (3, 17, 6; dirigida a Rómulo), parece una expresión mayoritariamente restringida a la poesía, que privilegia las expresiones directas. Las plegarias en imperativo doblan en la obra de Virgilio a las expresadas en subjuntivo y existe en ellas un evidente rechazo a la subordinación (Hickson, 1986: 94).

⁴⁷³ Reproducimos la interpretación y traducción del mismo que ofreció en su día García Calvo (1957). La edición de Scheid (1998^b) es, sin duda, la más completa de cuantas se han realizado con el material epigráfico de la cofradía arval conservado.

⁴⁷⁴ En cuanto al periodo final, el mencionado García Calvo se inclina a considerarlo como derivado de un antiguo verbo con el significado de «saltar» (cf. ing. *jump*, *up*, etc.). Puede verse en Scheid (1990: 644-646) una nutrida bibliografía sobre esta composición. Allí mismo (p. 619) ofrece este autor otra propuesta de traducción, tomada de Schilling: «Aidez-nous, ô Lares, aidez-nous, ô Lares, aidez-nous, ô Lares: Mars, ô Mars, ne laisse pas Dissolution et Destruction fondre su le peuple (?). Mars, ô Mars ne laisse pas Dissolution et Destruction fondre su le peuple (?). Mars, ô Mars ne laisse pas Dissolution et Destruction fondre su le peuple (?). Sois rassasié, sauvage Mars; saute la frontière, prends position; sois rassasié, sauvage Mars; saute la frontière, prends position; sois rassasié, sauvage Mars; saute la frontière, prends position. Vous invoquerez tour à tour les Semones, tous ensemble, vous invoquerez tour à tour les Semones, tous ensemble, vous invoquerez tour à tour les Semones, tous ensemble. Aide-nous Mars, ô Mars, aide-nous Mars, ô Mars, aide-nous Mars, ô Mars. Victoire, victoire, victoire, victoire, victoire». Véase la edición del documento completo en íd. (1998^b: 293-302; con reproducciones del mismo, íbid. figs. 146-148).

Junto a ellos, podemos encontrar otras formulaciones, como el subjuntivo-optativo⁴⁷⁵ o la yuxtaposición de alguno de los verbos precativos, en empleo parentético, a los ya mencionados imperativos⁴⁷⁶:

HA. Iuppiter, qui genu' colis alisque hominum, per quem uiuimur uitalem aeuom, / quam penes spes uitae sunt hominum omnium *da* diem hunc sospitem, *quaeso* (Plaut. *Poen.* 1187-1188).

[HA. Júpiter, tú que cuidas y alimentas a la humana estirpe, en cuyas manos están las esperanzas de la vida de todos los hombres, concédeme, te lo solicito, la salvación en este día.]

Pero, como decimos, el protocolo enunciativo mayoritariamente empleado en la plegaria litúrgica incluye, tras la invocación, el empleo realizativo de estos verbos, con su esquema argumental desarrollado en una completiva, en la que se especifica el contenido de la plegaria⁴⁷⁷. Ese orden parece responder a unas causas pragmáticas concretas, pues el hecho de colocar el verbo al comienzo –sólo después de la llamada de atención que supone la invocación– no hace sino focalizar el contenido ilocutivo de todo el mensaje que, dada la posibilidad de ser inferido de otros elementos de la enunciación, resulta ser un elemento temáticamente implícito⁴⁷⁸.

Para la expresión de ese contenido ilocutivo, encontramos una significativa diversidad léxica. Prisciano (*instr.* 18, 152) nos ofrece el siguiente elenco de verbos

⁴⁷⁵ Que Guittard (1980: 396) considera más respetuoso que el imperativo; véanse el *carmen inaugurationis* de Numa (Liu. 1, 18, 9; *supra*, n. 463) o la plegaria catoniana de la *lustratio agri* (agr. 141, 3: *seruassis duisque*; *infra*). Para López Kindler (1967: 114) las formas sigmáticas de subjuntivo son claros arcaísmos que no perviven más que en algunas fórmulas expresivas como *di te seruassint* / *amassint*, en parodias de súplica como las que nos ofrece Plauto (*cf. Curc.* 578) o en fórmulas legislativas transmitidas por Cicerón (*ibíd.*: 126). Pueden verse otras formas arcaicas de subjuntivo, que nos hablan sobre el conservadurismo romano en terreno religioso, en Cic. *Catil.* 1, 22 o Tac. *ann.* 4, 38.

⁴⁷⁶ Véase además Gell. (13, 23, 13) *cit. infra*, o el famoso «canto de los cerrojos» plautino (*Curc.* 147ss). Sobre estos verbos con funciones preferentemente parentéticas, recuérdese lo que dijimos *supra* (cap. V).

⁴⁷⁷ La completiva, además, puede carecer de partícula introductoria: '*Tiberine pater,*' *inquit,* '*te sancte precor, haec arma et hunc militem propitio flumine accipias*' (Liu. 2, 10, 11).

⁴⁷⁸ Por el contrario, según ha estudiado Panhuis (1982: 104s, trabajo que se plantea desde la óptica de la *Functional Sentence Perspective*) en las promesas, votos y juramentos solemnes, los verbos tienden a ser rema y, por tanto, a colocarse en posición final. Tal patrón es, de acuerdo con el mencionado autor, reliquia de un estadio prehistórico del latín, que provocaría, con todo, una fuerte tendencia en el estilo literario. Véase, con todo, Liu. 1, 32, 9-10, *cit. infra*. Desde una óptica comparativista, también Justus (1993) analiza el orden de palabras en la plegaria. Sin embargo, al centrarse fundamentalmente en la obra virgiliana –propensa al empleo del imperativo– para ilustrar el latín, no tiene en cuenta la anteposición del verbo de petición que centra aquí nuestra atención.

precativos: «*precatiua enim accusatiuo iunguntur: oro, obsecro, obtestor, quaeso, litor*⁴⁷⁹, *precor, supplico*». Y todavía añadiremos algún representante más.

La mayoría de esos lexemas han sido analizados en secciones previas, en comparación a sus empleos no religiosos, pues no suelen resultar exclusivos de este ámbito. Pero intentaremos ahora abordarlos de manera conjunta para determinar la organización del sistema que conforman junto a otros verbos que, en contextos determinados e insertos en oraciones litúrgicas, pueden actualizar la acepción de “pedir”. Conviene en primer lugar recordar las diferencias diacrónicas que entre ellos establecen, pues, pese a su tendencia al inmovilismo, este lenguaje técnico irá evolucionando –es evidente– en consonancia con otros cambios, tanto estrictamente religiosos, como sociales.

Salvo *poscere*, ninguno de los verbos coactivos posee, por razones obvias de incompatibilidad, empleos precativos. Es posible, con todo, que tanto este como su modificado *exposcere* recibieran algunos usos en este sentido, restringidos a una época muy temprana, previa a la especialización de *precari* para tal fin (VII.5.2.1). En el otro extremo, *orare* (VII.6.2.1) carece de empleos en plegarias rituales y sus incidencias –representadas fundamentalmente por las obras de Plauto y Virgilio– con el sentido específico de “rogar a los dioses”, resultan más propias de un registro poético⁴⁸⁰. Quizá debido a este valor de lengua diafásicamente elevado, por voluntad consciente de desmarcarse del lenguaje empleado por la religión pagana y en consonancia con el valor rogativo que le hemos atribuido, el lenguaje cristiano dará buena cuenta de *orare* convirtiéndolo en el lexema propio de su plegaria, más introspectiva y expectante del favor divino. Y algo más –hasta época alto-imperial– habrá que esperar para que *rogare* (VII.6.1.1), neutralizado ya en la esfera rogativa, se especialice en el empleo precativo. Por ello, no encontraremos ninguno de estos dos lexemas introduciendo fórmulas del lenguaje litúrgico tradicional.

Por otro lado, la solemnidad del hecho religioso romano, así como del lenguaje que lo acompaña determina un decidido rechazo hacia la expresión del aspecto intensivo en

⁴⁷⁹ La presencia de *litare* en esta enumeración sorprende tanto por su forma deponente, única vez que se atestigua según Flobert (1975: 276), como por su inserción en el grupo, pues su sentido no es este. Moussy (1992^b), quien cita este pasaje, ofrece un completo análisis semántico de este verbo.

⁴⁸⁰ Sobre *adorare*, cuyo uso general es el de descripción o introducción de una plegaria en estilo narrativo, pero que carece de los empleos realizativos que aquí nos interesan, cf. *supra*, VII.6.2.2 y n. 360.

este contexto. Existían, no obstante, algunos casos, ya comentados (VII.6.3.2), en los que una situación excepcional requería la intervención urgente e inmediata de la acción divina para solventar una necesidad extrema. Se organizaban entonces procesiones alrededor de los templos de la ciudad en las que se daba rienda suelta a los sentimientos más exacerbados, y las muestras de sumisión e intensidad emocional se multiplicaban. La urgencia toleraba estas muestras de fervor, por lo general desterradas. Se entiende así la puntual aparición del aspecto intensivo en el ámbito religioso, con cuya caracterización sémica general de tipo no-rogativo incurre en incompatibilidad. La prosternación que, según defendemos, caracteriza el origen etimológico de *supplicare*, es buena muestra de ese aspecto intensivo. Como intensivo es también el contenido de *obsecrare*, por más que su recurrente empleo parentético (V.2.1) acabara por banalizarlo en cierto modo.

Y las mujeres, dada su posición social, son siempre menos reacias a las expresiones emotivas, así como a la demostración lingüística de una inferioridad jerárquica. Lo vemos en la plegaria que un nutrido grupo de matronas dirige a Juno con ocasión de los Juegos Seculares celebrados en época de Agripa:

Iuno Regina! Ast quid est quod melius siet populo Romano Quiritibus, *nos matres familiae* centum decem populi Romani Quiritium nuptae, *genibus nixae*, te, uti faxis, *precamur oramus obsecramusque*, uti tu imperium maiestatemque populi Romani Quiritium duelli domique auxis, utique semper Latinus obtemperassit, incolumitatem sempiternam, uictoriam, uoletudinem populo Romano Quiritibus duis, faueasque populo Romano Quiritibus legionibusque populi Romani Quiritium, remque publicam populi Romani Quiritium saluam serues maioremque faxis, uti sies uolens propitia populo Romano Quiritibus, Quindecemuiris sacris faciundis, nobis domibus familiis. Haec matres familiae centum decem populi Romani Quiritium nuptae, *genibus nixae*, *precamur oramus obsecramusque* (Pighi, 1958: XX = *CIL* VI 32323, 125-131).

[Reina Juno, si hay algo que sea mejor para el pueblo romano y los Quirites, nosotras, ciento diez madres de familia casadas del p. r. y los Q., te pedimos, rogamos y suplicamos que lo hagas, que aumentes el poder y la supremacía del p. r. y los Q. en la guerra y en el hogar, y que el Lacio siempre le sea obediente, que des eterna seguridad, victoria y salud al p. r. y a los Q., que favorezcas al p. r. y a los Q. y a las legiones del p. r. y los Q., y que mantengas a salvo y engrandezcas el estado del p. r. y los Q., y que seas favorable y propicia con el p. r. y los Q., con el colegio de los quince *sacris faciundis*, con nosotras, nuestros hogares y

nuestras familias. Esto es lo que nosotras, ciento diez madres de familia casadas del p. r. y los Q., hinojos fitos, te pedimos, rogamos y suplicamos.]

Y mujer es también, según nos transmite la tradición, Hersila, quien dirige a Neria de Marte la siguiente súplica⁴⁸¹:

Neria Martis, te *obsecro*, pacem da, te, uti liceat nuptiis propriis et prosperis uti, quod de tui coniugis consilio contigit, uti nos itidem integras raperent, unde liberos sibi et suis, posteros patriae pararent (Gell. 13, 23 [22], 13).

[Neria de Marte, te lo suplico, concédenos la paz, para poder disfrutar de unas bodas legítimas y fecundas, puesto que, por indicación de tu esposo, ocurrió que a nosotras también nos raptaron intactas, con la intención de poder concebir hijos para sí y los suyos, para dar descendencia a la patria.]

Pero no solo se documenta en las intervenciones de estas. La expresión, altamente estereotipada, '*di immortales, obsecro uostram fidem!*', también aparece en ocasiones puesta en boca de hombres (por ejemplo, Sosia en Plaut. *Amph.* 455)⁴⁸². Pero al margen de estos testimonios, más cercanos a las manifestaciones de la religiosidad popular, el lenguaje litúrgico oficial se sirvió preferentemente de lexemas carentes de ese contenido intensivo. La relación con la divinidad no implica la demostración de sumisión o inferioridad, ni real, ni, mucho menos, como estrategia de cortesía. Para ello habrá que esperar todavía un tiempo.

⁴⁸¹ Cf. Pighi (1967^a: 641). Recuérdese también Plaut. *Rud.* 694-696, *cit. supra* y los ejemplos reproducidos en V.2.1. La inserción de este verbo en el campo de la petición se habría producido, de acuerdo con Szantyr (1971:17), por la combinación sintagmática con otros verbos genuinamente petitorios, de manera gradual. Según datos que proporciona Primmer (1992: 79, n. 23), *obsecrare* aparece con *orare* (Plaut. *Amph.* 923; *Aul.* 715s; *Capt.* 513; *Cas.* 321; *Merc.* 170; *Mil.* 69, 971; *Rud.* 882), *petere* (*Curc.* 148), *plorare* (*Cist.* 567) y *obtestari* (*Aul.* 715s).

⁴⁸² En principio una verdadera solicitud, terminó por convertirse en *admirantis aduerbium cum exclamationem* (Don. *Ter. Andr.* 716, 7) (cf. Heinze, *apud* Ramelli, 2002: 49). Fuera ya del contexto religioso, la expresión, igualmente idiomática e intensiva, se convierte, dirigida a un interlocutor humano, en *pro di immortales, obsecro uostram fidem!*: Plaut. *Most.* 77, 530; *Poen.* 967. Igualmente intensivo es su modificado *exobsecrare*, escasamente representado (cf. Plaut. *Mil.* 69). Es necesario señalar, por otro lado, que el significado de *resecrare* (en ejemplos como Plaut. *Aul.* 684; *Persa* 48) no es, en modo alguno, "repetir una *obsecratio*", que es el que le atribuyen diccionarios como el OLD. Según explican Paulo-Festo (p. 353) *resecrare* es *soluere religionem*; *utique cum reus populum comitiis orauerat per deos, ut eo periculo liberaretur, iubebat magistratus eum resecrare*, es decir, "anular una *sacratio*"; y su aplicación se llevaba a cabo en un proceso comicial (cf. Primmer, 1992: 78s).

Así pues, la solemnidad precativa del lenguaje técnico religioso muestra una decidida querencia hacia el verbo *precari* (VII.6.5.1), no-coactivo, pero sin traza alguna de contenido rogativo. En virtud de tal función protolexemática en el subcampo de la plegaria, esta unidad léxica adoptará, además, un valor adicional, claramente derivado del apego romano por el formulismo consagrado: “recitar la fórmula de una plegaria (**prex*)”, según las normas establecidas. Esta acepción es sensible en su empleo como introductor de estilo indirecto, como se observa en el siguiente comentario serviano:

et pontífices ita *precabantur*: ‘Iuppiter optime maxime, siue quo alio nomine te appellari uolueris...’ (Seru. *Aen.* 2, 351).

[Y así recitaban los pontífices: ‘Júpiter óptimo máximo, o como quieras ser llamado...’.]

En casos como este, *precari* puede glosarse como “recitar plegarias”, “rezar”, siempre y cuando se tengan bien presentes las características y las finalidades precisas que determinan la plegaria romana, cuyo carácter inamovible –reparemos en ello– dejará ecos en nuestra lengua. En esta, en efecto, *rezar* no incide (al menos no por ligazón etimológica) en el establecimiento de un diálogo con la divinidad, sino que remite al *recitado* de unas fórmulas concretas. Pero su valor realizativo se encuentra sumamente desarrollado en las plegarias que nos ocupan, como ocurre también en el caso de *quaesere* –término igualmente no-coactivo y ajeno a la dimensión intensiva–, tanto acompañado por el primero, como por su cuenta. De hecho, *quaesere* es, frente a *precari*, el término precativo preferido por Plauto y Terencio:

DO. Apollo, *quaeso* te ut des pacem propitius, / salutem et sanitatem nostrae familiae, / meoque ut parcas gnato pace propitius (Plaut. *Merc.* 678-680⁴⁸³).

[Apolo, te solicito que seas propicio y concedas tranquilidad, salud y cordura a nuestra familia, y que seas propicio y benévolo y tengas consideración con mi hijo.]

⁴⁸³ Cf. *supra* (V.2.2) y el comentario que dedican Chapot & Laurot (2001: 245) a estos versos. Cuando de Plauto estamos hablando, uno nunca sabe bien cuándo nos hallamos ante plegarias populares, manifestaciones burlescas o decididas parodias. Sobre este asunto, véase el clásico trabajo de Kleinknecht (1937), así como Cèbe (1966: 86-95) y Hoffmann (1980-1981). Ejemplos de plegarias paródicas en *Trin.* 821; *Mil.* 412; *Asin.* 545.

Como en el caso de *obsecrare*, su dilatado empleo como atenuador parentético hizo de él un lexema claramente coloquial –valor que quizá tuviera de antemano–, y ello provocó que determinados autores con voluntad de estilo lo evitaran. Virgilio, por ejemplo, prefiere para un empleo realizativo los verbos *precari* y *orare* (Jeanneret, 1973: 122), lo que provocó también que este último adquiriera un valor elevado desde el punto de vista diafásico y terminara por imponerse en el subcampo precativo cuando este cayó en manos de la cristiandad.

Sin embargo, de aparecer un solo verbo (salvo casos como el paso plautino recién aludido, la plegaria a Neria de Marte, *cit. supra*, o la *deuotio*, *cf. infra*), este suele ser *precari*. Las fórmulas del sacrificio de la *porca praecidaneae*⁴⁸⁴, previo a la cosecha, nos proporcionan un buen ejemplo:

Iane pater, te hac strue ommouenda, *bonas preces precor*, uti sies uolens propitius mihi liberisque meis domo familiaeque meae (Cato *agr.* 134, 2).

[Padre Jano, mediante la ofrenda de este pastel, te pido con plegarias adecuadas que seas favorable y propicio conmigo, mis hijos, mi hogar y mi familia.]

Iuppiter, te hoc fercto ommouendo *bonas preces precor*, uti sies uolens propitius mihi liberisque meis domo familiaeque meae mactus hoc fercto (ibid.).

[Júpiter, mediante la ofrenda de este pastel, te pido con plegarias adecuadas que seas propicio y favorable conmigo, mis hijos, mi hogar y mi familia; sirva para tu engrandecimiento este pastel.]

Iane pater, uti te strue [c]ommouenda *bonas preces bene precatus sum*, eiusdem rei ergo macte uino inferio[ri] esto (Cato *agr.* 134, 3).

[Padre Jano, puesto que con la ofrenda del pastel he hecho una petición con plegarias adecuadas, que de la misma manera sirva para tu engrandecimiento este vino vertido.]

Y se observa también en la invocación, para abrir un claro en el bosque, a las divinidades que en él habitan⁴⁸⁵:

⁴⁸⁴ Comentario en Bayet (1984: 145) y Chapot & Laurot (2001: 250s). Restitución rítmica en Pighi (1958: 142-145).

⁴⁸⁵ Un análisis del estilo de estas plegarias catonianas (139 y 141, *cit. infra*) y una traducción muy anotada de las mismas pueden verse en Philips III (1997), quien defiende su autenticidad. *Cf.* así mismo Pighi (1958: 146s) y Chapot & Laurot (2001: 252s). *Precari* aparece cuatro veces como verbo precativo único en sendas plegarias livianas (2, 10, 11; 37, 36,6; 24, 38, 8; 5, 21, 3) (Hickson, 1993: 48).

si deus, si dea es, quouium illud sacrum est, uti tibi ius est porco piaculo facere illiusce sacri coercendi ergo harumque rerum ergo, siue ego siue quis iussu meo fecerit, uti id recte factum siet, eius rei ergo te hoc porco piaculo immolando bonas preces precor, uti sies uolens propitius mihi domo familiaeque meae liberisque meis: harumce rerum ergo macte hoc porco piaculo immolando esto (Cat. agr. 139).

[Ya seas un dios o una diosa, propietario de este lugar sagrado, puesto que es justo ofrecerte el sacrificio expiatorio de un cerdo, por la reducción de los límites de este lugar sagrado y por estas acciones realizadas por mí —o por otro siguiendo mis órdenes—, que así se haga correctamente. Por tal razón, con el sacrificio expiatorio de este cerdo, te pido con plegarias adecuadas que seas favorable y propicio conmigo, mi hogar, mi familia y mis hijos. Por estas acciones, que sirva para tu engrandecimiento el sacrificio expiatorio de este cerdo.]

Junto a la ya comentada fórmula preventiva *si deus si dea est* de esta última, destaca en todas ellas el empleo de la figura etimológica, evidentemente relacionada con el formulismo del lenguaje jurídico⁴⁸⁶. Su uso, según Addabbo (1991: 22), «manifesta una esigenza di chiarezza e precisione non condivisa dalla lingua magica» y sugiere el valor adicional de que el ceremonial de la plegaria se realiza según es preceptivo, de acuerdo a las normas⁴⁸⁷. Concomitante con el lenguaje jurídico es también el profuso empleo de fórmulas bimembres o trimembres, que se encargan de la articulación del tipo de composición colométrica que caracterizó —al menos en origen— a la plegaria cultural, al tiempo que le proporcionan riqueza expresiva. Tal tendencia a la acumulación suele alcanzar frecuentemente a la explicitación ilocutiva que proporciona el verbo precativo y, de tal modo, lo que encontraremos por lo general será la concurrencia de dos o más verbos. Según hemos visto, esta fuerte tendencia expresiva determinará un recurrente fenómeno de «contagio semántico», responsable de la traslación al campo léxico de la petición, desde ámbitos significativos afines, de lexemas en principio ajenos a él.

Aunque encontraremos acumulaciones más complejas y es posible verificar otras combinaciones, la más habitual es la coordinación formularia *precor quaesoque*⁴⁸⁸, que,

⁴⁸⁶ Cf. *fossam fodere, iudicium iudicare, uota uouere, postilionem postulare*, etc. Rosén (1981: 101-103) ofrece un exhaustivo inventario de este tipo de fórmulas.

⁴⁸⁷ Hickson (1986: 23s) habla de la noción de «ritually proper».

⁴⁸⁸ Junto a los ejemplos que reproducimos a continuación, ténganse en cuenta también: Cic. dom. 144: *te... precor atque quaeso*; Liu. 9, 8, 8: *uos, di immortalis, precor quaesoque*; Liu. 29, 27, 1: *uos precor quaesoque*. Con todo, este orden canónico parece invertirse en las plegarias de los Juegos Seculares (*te / uos quaeso precorque*; cf. Pighi, 1965²: 333 y 342s).

por otro lado, debía de ser la forma canónica, según se apreciaba en plegarias conservadas en material epigráfico.

Según señala Marouzeau (1949: 93ss), la abundancia expresiva es uno de los rasgos más característicos de la lengua religiosa latina y, como en la lengua jurídica, con ella se persigue optimizar la función comunicativa. No en vano, los rétores dieron buena cuenta de estos recursos en sus *perorationes*⁴⁸⁹. La acumulación sinonímica alcanza el paroxismo con Cecilio Estacio:

pro deum, popularium omnium; <omnium> adulescentium / *clamo postulo obsecro oro ploro* atque *inploro* fidem (Cic. *nat. deor.* 1, 13).

[Por los dioses, todos mis conciudadanos y todos los jóvenes, clamo, reclamo, suplico, ruego, lloro e imploro auxilio.]

Sin llegar a tales extremos, podemos comprobar la secuencia formularia en la plegaria que pronuncia Escipión antes de su expedición a África:

‘diui diuaeque’, inquit ‘qui maria terrasque colitis, uos *precor quaesoque* uti quae in meo imperio gesta sunt gerentur postque gerentur, ea mihi populo plebique Romanae sociis nominique Latino qui populi Romani quique meam sectam imperium auspiciumque terra mari amnibusque sequuntur bene uerruncent⁴⁹⁰, eaque uos omnia bene iuuetis, bonis auctibus auxitis; saluos incolumesque uictis perduellibus uictores spoliis decoratos praeda onustos triumphantesque mecum domos reduces sistatis; inimicorum hostiumque ulciscendorum copiam faxitis; quaeque populus Carthaginiensis in ciuitatem nostram facere molitus est, ea ut mihi populoque Romano in ciuitatem Carthaginiensium exempla edendi facultatem detis’ (Liu. 29, 27, 2-4).

[‘Dioses y diosas’, dice, ‘que protegéis mares y tierras, os pido y solicito que las acciones que se han realizado y que se realicen y que se hayan de realizar en el futuro, durante mi comandancia, que ellas se vuelvan favorables para mí, para el pueblo y la plebe romana y para los aliados y el nombre latino que siguen la pauta del pueblo romano y la mía, el poder

⁴⁸⁹ Pero no solo ellos. Un autor como Ennio demuestra una gran pericia a la hora de explotar los tecnicismos de los lenguajes especiales de la religión y el derecho para conseguir efectos expresivos y poéticos. Véase a este respecto Roccaro (1973). Sobre los procedimientos de asociación sinonímica, resultan muy ilustrativos los extensos estudios de Calboli (1964-1965) y Timpanaro (1988).

⁴⁹⁰ Sinónimo poético de *euenire* y *uertere*, *bene uerruncent* es una fórmula técnica también muy repetida; cf. Hickson (1993: 72s).

y el auspicio en tierra, por mar y sobre los ríos, y que prestéis vuestra ayuda en todas ellas, y que las llevéis a buen puerto. Que mantengáis sanos y salvos a estos y que los hagáis vencedores sobre los enemigos vencidos, adornados con los despojos, cargados de botín y triunfantes a mi lado en el regreso a casa. Que nos deis la oportunidad de vengarnos de los adversarios y los enemigos; y que nos proporcionéis, a mí y al pueblo romano, la capacidad de dar un escarmiento a la ciudad de Cartago por esas ofensas que el pueblo cartaginés ha puesto empeño en realizar contra nuestra ciudad’.]

La plegaria, en este caso, funciona como perfecto aditamento literario, que aporta colorido al relato liviano. Sin embargo, es posible reconocer en ella elementos propios del lenguaje religioso: repeticiones, acumulaciones, léxico técnico...⁴⁹¹. Más genuinamente religiosos son los valores que ofrece la oración del ritual catoniano de la *lustratio* de los campos en la que se aprecia también la fórmula *precor quaesoque*:

Mars pater, te *precor quaesoque*, uti sies uolens propitius⁴⁹² mihi domo familiaeque nostrae: *quoius rei ergo*, agrum terram fundumque meum suouitaurilia circumagi iussi; uti tu morbos uisos inuisosque, uiduertatem uastitudinemque, calamitates intemperiasque prohibeas defendas auerruncesque; utique tu fruges, frumenta, uineta uirgultaque grandire beneque euenire siris; pastores pecuaque salua seruassis disque bonam salutem ualeitudinemque mihi domo familiaeque nostrae. *harunce rerum ergo*, fundi terrae agrique mei lustrandi lustrique faciendi ergo, sicuti dixi, macte hisce suouitaurilibus lactentibus immolandis esto: Mars pater, eiusdem rei ergo, macte hisce suouitaurilibus lactentibus esto (Cato *agr.* 141, 2-3).

⁴⁹¹ Cf. Pighi (1958: 68-71) y Chapot & Laurot (2001: 309s). Un completo comentario, con análisis de su estructura, es el que ofrece Hickson (1997^b), para quien, aunque no debe ser tomada como documento histórico, da buena cuenta de la plegaria del culto público romano. Según este mismo autor (1986: 74), su modelo puede encontrarse en la *Periboea* de Pacuvio. Y, en otro lugar (1993: 133ss), analiza el carácter técnico que poseen, por lo general, las plegarias livianas, frente a las que emplea Virgilio, más literarias y menos sujetas a los modelos normativos. Para muestra, un botón: véase el juramento de Eneas en Verg. *Aen.* 12, 176-194, del que el propio Hickson (1997^a) ofrece un pormenorizado análisis. Y podemos citar otros ejemplos de plegarias altamente literarias. Fuertemente influido por modelos griegos está el poema 34 de Catulo, donde Diana aparece representada como patrona de Roma (cf. Danker, 1997). Plegaria poética es también la que el flamen Quirinalis dirige a Robigo (Ou. *fast.* 4, 905-942). Hellegouarc’h (1989), por su parte, ha estudiado con detenimiento la profunda importancia de la plegaria como elemento constitutivo de la poética de Tibulo. De las plegarias en la obra de Apuleyo se ocupan Boscolo (1986) y Pasetti (1999).

⁴⁹² La fórmula técnica *uolens propitius*, con la que ya nos hemos encontrado antes, contribuye a la creación del ritmo estructural de la plegaria, al tiempo que incide en el intento de granjearse el favor divino; véase Hickson (1993: 61s). Comentarios de esta plegaria en Pighi (1958: 136-141) y Chapot & Laurot (2001: 252-254).

[Padre Marte, te pido y te solicito que seas favorable y propicio conmigo, mi hogar y nuestra familia; por tal motivo he ordenado que por todos mis terrenos, mi propiedad y mi fundo se lleven a cabo suovitaurlas, para que tú alejes, rechaces y apartes las enfermedades, visibles e invisibles, la esterilidad y la destrucción, las desgracias y las inclemencias, y para que tú permitas que se desarrollen y crezcan bien las cosechas, los cereales, las viñas y las zarzas, para que mantengas a salvo a pastores y ganado, y para que des buena salud y conservación a mí, a mi hogar y a nuestra familia. Por todos estos motivos, por la realización de la lustración y por la lustración misma del fundo, el terreno y el campo, tal y como ya he dicho, que sirva para tu engrandecimiento el sacrificio de estas suovitaurlas de leche. Padre Marte, por esta razón, que sirvan para tu engrandecimiento estas suovitaurlas de leche.]

Esta última nos va a servir además para ilustrar otros aspectos formales del protocolo enunciativo que prescribe la religión oficial romana. Como parte de su argumentación en contra de la existencia de un Marte agrario, ofrece Dumézil (1974²: 242-245) un análisis de la estructura de esta plegaria, en la que es posible distinguir, por un lado, los enemigos que se le solicita que combata y, por otro, los beneficiarios que tendrá su protección. Coordinando los dos periodos de *ut* (*utique*), de los que el segundo está lógicamente subordinado al primero, se consigue un engrandecimiento de las acciones atribuidas al dios. Estos son sus resultados:

enemigos a combatir	formas de combate	beneficiarios y efectos benéficos del combate	
<i>VT TV</i>		<i>VT</i> (subordinado al primero)	
<i>Morbos uisos</i> <i>inuissosque</i>	<i>prohibessis defendas</i> <i>aueruncesque</i>	<i>fruges frumenta uineta</i> <i>uurgultaque</i>	<i>grandiant beneque</i> <i>eueniant</i>
<i>uiduertatem uastitud-</i> <i>inumque calamitates</i>		<i>pastores pecuaque</i>	<i>salua sint</i>
<i>intemperiasque</i>		<i>bona salus ualetudo</i> <i>maneant</i>	<i>mihi domo familiaeque</i> <i>nostrae</i>

Más perceptibles a primera vista son, por otro lado, las frecuentes acumulaciones, aliteraciones y recurrencias fónicas (*uissos inuissosque*, *uiduertatem uastitudinemque*, *fruges frumenta uineta uurgultaque*) que articulan el texto. De entre ellas vamos a destacar la de los dativos beneficiarios de la acción del dios (*mihi domo familiaeque nostrae*), pues encierran una información pragmática adicional. El pensamiento egocentrista que destilan estas composiciones es perfectamente perceptible en la traslación del yo del orante a la

primera posición⁴⁹³. Con todo, esta colocación responde al orden normal (Versnel, 1981^a: 17ss), pues el altruismo y la negación del yo es otra de las improntas que dejarán en las lenguas románicas las doctrinas de Cristo.

E igualmente destaca la función demostrativa de un elemento relativo (o conjuncional), como son las fórmulas del tipo *eius rei ergo* (cf. *eiusdem rei ergo*, *harumce rei ergo*), que se remontan a época indoeuropea y se hallan presentes además en el lenguaje jurídico⁴⁹⁴. Según vemos, las peculiaridades compositivas, el estilo añejo, el empleo de lexemas y giros específicos son valores que no pasarían desapercibidos a la competencia lingüística de ningún hablante latino.

Pues bien, junto a *precari* y *quaesere*, es posible encontrar otros lexemas, que ayudarían a caracterizar, de manera igualmente inequívoca, una enunciación concreta como plegaria. Pasemos a ellos.

Sin alejarnos demasiado de la realidad litúrgica que estamos analizando y, sobre todo, sin perderla de vista, el juramento nos proporciona una manifestación adicional de acto ritual fuertemente estereotipado. Su función social resulta evidente, y no es otra que la de garantizar el carácter de verdad de las palabras enunciadas por el hablante⁴⁹⁵. Su valor, aunque marcadamente civil y jurídico en la actualidad, posee una carga religiosa innegable. ¿Cómo si no iba a seguir siendo común jurar por la Biblia? Y en la Antigüedad, esa sanción religiosa era, sin duda, aún más acusada. Según hemos intentado mostrar previamente, la frontera entre ambos ámbitos no era entonces tan marcada como hoy en día⁴⁹⁶. Para jurar, los dioses eran invocados como garantes de la autenticidad del acto aseverativo del enunciante. Y el procedimiento normal era, una vez más, el empleo en forma realizativa de algún representante de los *uerba testandi*: la lexía *testem facio*, o los verbos *testor*, *obtestor*, de los que el último terminará por constituirse en *uerbum*

⁴⁹³ Se trata del *Gebetgoismus*, analizado por Havers (1956), pero reconocido por otros antes que él.

⁴⁹⁴ De ahí se desprende que *quouis rei ergo* debe entenderse como un verdadero relativo. Cf. Pighi (1967^a: 583-585) para quien estas fórmulas constituyen por lo general una continuación (de *quod oportet, uti te precatus sum, uti ius est*). Para sus desarrollos, la plegaria recurre también al *si* aseverativo-causal: “si (es verdad) que”, “ya que”; y, más raramente, al *quod* declarativo-causal: “relativo al hecho de que”, “ya que”. (cf. *ibid.*).

⁴⁹⁵ Véanse las páginas que dedica Hickson (1993: 107ss) a este asunto.

⁴⁹⁶ No es por tanto exacto pensar que estos rituales suponen un acto meramente legal, trasunto de los que se realizan en el plano humano. El valor jurídico de verbos, como *testor* u *obtestor*, señalado entre otros por Guittard (1980: 398), no resta preeminencia al valor sacro de estos rituales, pese a que los cauces de expresión puedan resultar idénticos.

precandi. La comparación con *iurare*, derivado de *ius* y, según E&M, con el valor básico de “pronunciar una fórmula ritual”, es muy sencilla, pues sus usos son gemelos:

SO. per Iouem iuro med esse neque me falsum dicere. / ME. at ego per Mercurium iuro tibi Iouem non credere; / nam iniurato scio plus credet mihi quam iurato tibi (Plaut. *Amph.* 435-437).

[SO. Te juro por Júpiter que soy yo y que no miento. ME. Pues yo te juro por Mercurio que Júpiter no te cree. Yo sé que, sin jurar, me da a mí más credibilidad que a tu juramento.]

Como etimología de *testari*, resulta convincente la propuesta que lo hace remontar a una raíz con valor numeral. Como denominativo de *testis*, cuya forma antigua debió de haber sido **tristis*, su valor originario se plantea en términos de “estar como tercero”⁴⁹⁷, *Grundbedeutung* de carácter claramente intransitivo. Sin embargo, se observa que muy pronto adoptó este verbo valencia transitiva, claramente derivada de empleos de tipo causativo, “llamar como testigo”, tal como se aprecia en la siguiente figura etimológica, tan del gusto plautino:

Venu' Cyrenensis, *testem te testor* mihi, / si uidulum illum quem ego in naui perdidi / cum auro atque argento saluom inuestigauero / isque in potestatem meam peruenerit, / tum ego huic Gripo, inquito et me tangito— / LA. tum ego huic Gripo (dico, Venus, ut tu audias) / talentum argenti magnum continuo dabo. / GR. †si† fraudassis, dic ut te in quaestu tuo / Venus eradicet, caput atque aetatem tuam (Plaut. *Rud.* 1338-1346).

[Venus de Cirene, te llamo a testificar como testigo de que, si encontrara íntegro el baúl con oro y plata que perdí en el barco y llegara a mi poder, entonces a este Gripo (dilo y tócame). LA. Entonces a este Gripo –lo digo Venus para que lo oigas– le daré inmediatamente un talento de plata. GR. Y si me engañaras, di, que Venus acabe con tu negocio, con tu vida y con tu edad.]

⁴⁹⁷ Cf. E&M (*s.u.*: *testis*), para quienes «il faut penser à d'anciens usages où chacune des parties est soutenue par des “tiers”». Cf. Pompon. *Atell.* 143: *ut nequis esset testis tertius praeter eos*. Flobert (1975: 76) lo traduce «prendre à témoin», «déclarer devant témoin»; y así se documenta desde las *XII Tablas*. Hickson (1993: 123) habla de «summon as a witness» en contextos de juramento.

En su enunciación realizativa, el verbo *testor* tiene una importancia capital en el ritual guerrero de la declaración de guerra de los feciales, justo después de la llamada de atención que supone *audi* (cf. *supra*, n. 460) y la invocación de los dioses pertinentes⁴⁹⁸:

‘Audi, Iuppiter, et tu, Iane Quirine, dique omnes caelestes, uosque terrestres uosque inferni, *audite*; ego uos *testor* populum illum’ –quicumque est, nominat– ‘iniustum esse neque ius persolvere; sed de istis rebus in patria maiores natu consulemus, quo pacto ius nostrum adipiscamur’ (Liu. 1, 32, 9-10).

[‘Atiende, Júpiter, y tú, Jano Quirino, y todos los dioses celestes, y vosotros, los terrestres, y vosotros, los subterráneos, atended. Yo os pongo por testigos de que ese pueblo’ – nombra el pueblo que sea– ‘comete injusticia y no se atiende a lo que es de justicia. Pero, sobre estos asuntos, consultaremos en la patria a los ancianos de qué modo alcanzaremos lo que de justicia nos corresponde’.]

Su valor allí es equiparable al uso que de su modificado *obtestari* se hace en el *carmen* de la *deuotio* (cf. *infra*) transmitido por Macrobio, esta vez trasladado al broche de la oración:

Dis pater Veiovis Manes, siue uos quo alio nomine fas est nominare, ut omnes illam urbem Carthaginem exercitumque quem ego me sentio dicere fuga formidine terrore compleatis quique aduersum legiones exercitumque nostrum arma telaque ferent, uti uos eum exercitum eos hostes eosque homines urbes agrosque eorum et qui in his locis regionibusque agris urbibusque habitant abducatis, lumine supero priuetis exercitumque hostium urbes agrosque eorum quos me sentio dicere, uti uos eas urbes agrosque capita aetatesque eorum *deuotas consecratasque* habeatis ollis legibus quibus quandoque sunt maxime hostes *deuoti*. eosque ego *uicarios*⁴⁹⁹ pro me fide magistratuque meo pro populo Romano exercitibus legionibusque nostris *do deuoueo*, ut me meamque fidem imperiumque legiones exercitumque nostrum qui in his rebus gerundis sunt bene saluos siritis esse. si haec ita

⁴⁹⁸ Este es el único ejemplo en la obra de Livio en que *testor* aparece en *oratio recta*. Véase un comentario del mismo en Chapot & Laurot (2001: 300-302). Más fórmulas del ritual, sin verbos realizativos, en Liu. 1, 24, 7 y 1, 32, 6-7.

⁴⁹⁹ Es probable, según nos dice Versnel (1976: 389ss), que *uicarios* constituya una interpolación tardía en el texto, que se explica bien con relación a las *tabellae defixionum*, textos mágicos en los que resulta usual. Su empleo estaría así basado en la idea de que es necesario proyectar el mal sobre una víctima sustituta, en este caso, el enemigo. La plegaria es minuciosamente analizada por Chapot & Laurot (2001: 239s).

faxitis ut ego sciam sentiam intellegamque, tunc quisquis *uotum* hoc faxit ubiubi faxit recte factum esto ouibus atris tribus. Tellus mater teque Iuppiter *obtestor* (Macr. *Sat.* 3, 9, 10-11). [Padre Dis, Veiovis, Manes, o cualquiera que sea el nombre con el que es lícito nombraros, que provoquéis en todos, en esta ciudad de Cartago, que yo me oigo nombrar, y en su ejército la huida, el temor y el pavor, y a los que dirigieron sus armas y sus proyectiles contra nuestras legiones y nuestro ejército; que a este ejército y a estos enemigos y a estos hombres y sus ciudades y sus campos y a quienes en estos lugares, regiones, campos y ciudades habitan, arrebatéis y privéis de la luz del cielo y a este ejército, las ciudades de los enemigos, sus campos, que yo me oigo nombrar, que estas ciudades y campos, sus cabezas y sus vidas tengáis por consagradas y sacrificadas, según las antiguas reglas con las que un día los enemigos han sido consagrados. Yo los entrego y los consagro como chivos expiatorios en lugar de mí mismo, de mi lealtad y mi cargo, en lugar del pueblo romano, de nuestros ejércitos y legiones, para que permitáis que mi vida, mi lealtad y mi cargo, las legiones y nuestro ejército que están envueltos en este asunto, se mantengan sanos y salvos. Si lo hacéis de tal modo que yo lo sepa, me dé cuenta y lo entienda, entonces, con independencia de quién hizo este voto o dónde lo hizo, se realizará sin falta un sacrificio de tres ovejas negras. Madre Tierra, y a ti, Júpiter, os pongo por testigos.]

En tales casos, su semántica causativa no ha de ser confundida con una coerción a la divinidad. Este contenido podría estar presente en sus aplicaciones estrictamente jurídicas, directamente derivado del valor deóntico de sus manifestaciones, pero nunca dirigido a un dios en sus incidencias en el lenguaje litúrgico oficial. Allí, según se observa en los ejemplos reproducidos, resulta claro el valor invocatorio que posee este verbo. Y ya hemos hablado del carácter secuencial que liga tal acción con el contenido petitorio. La presencia y atención del dios operan como determinación psicológica indispensable para la consecución de los objetivos perseguidos por la plegaria⁵⁰⁰. La relación secuencial que se establece entre ambas nociones es patente en los siguientes versos:

⁵⁰⁰ De manera similar, un derivado de *iuro*, tendrá, al menos en castellano medieval, clara intención petitoria en algunos de sus empleos realizativos. Lo vemos ejemplificado en una estrofa (230) del *Libro de Apolonio*, por lo general fechado hacia mediados del s. XIII:

Dixo: «Yo te *coniuro*, maestro τ amigo,
 Por ell amor *que* yo tengo establecido contigo,
 Como tú lo entiendes *que* lo fables conmigo;
 Si non, por toda tu fazienda non daría hun figo» (ed. de D. Corbella, Madrid, Cátedra, 1999).

testatur moritura deos et conscia fati / sidera; *tum*, si quod non aequo foedere amantis / curae numen habet iustumque memorque, *precatur* (Verg. *Aen.* 4, 519-521).

[Al borde de la muerte, invoca como testigos a los dioses y a las estrellas conocedoras de su destino; después, si es que un divino poder se ocupa y se acuerda del amante no correspondido, le dirige una plegaria.]

Por tanto, en contextos precativos, siempre no-coactivos, *testor* ha de ser entendido en el sentido de “pedir (a los dioses) su comparecencia como testigos”, con un acentuado valor petitorio por cuanto el orante no tiene capacidad real de imponer ese comportamiento a sus interlocutores. Pero es que los juramentos solían incluir, además, una petición explícita adicional, que, en realidad, no incidía en el beneficio del enunciante, sino más bien en su menoscabo, pero reforzaba el valor de verdad que este quería infundir a sus palabras. Acabamos de ver ejemplificada la explicitación del castigo para el perjurio en el juramento burlesco que constituyen los recién citados versos de Plauto (*Rud.* 1338-1346; cf. *Amph.* 931-934). Igualmente, la fórmula técnica *si sciens fallo*, podía introducir una automaldición, cuyo cumplimiento se solicitaba a los dioses y que servía para garantizar la veracidad de lo enunciado (Hickson, 1993: 126s). Este tipo de ritual despliega, en suma, un acto de habla múltiple.

No es extraño entonces que su modificado *obtestari* haya tenido una sencilla evolución hacia un contenido netamente petitorio. Contando con el modelo de la plegaria, la acumulación de verbos petitorios provocaría que *obtestari*, en combinación con otros verbos claramente poseedores de este contenido, acusase, como otros lexemas ya tratados, un proceso de contagio semántico, con lo que sus valores terminarían por igualarse. Este fenómeno puede observarse tanto en contextos religiosos, como en otros sin tal caracterización. Como ejemplo de plegaria con acumulación de *uerba precandi*, podemos citar un testimonio epigráfico que, con independencia de su datación, reproduce un lenguaje litúrgico real y, por tanto, conservador:

IVPPITER O(PTIME) M(AXIME), TE PRECAMVR QVA[ESVMVS OBTESTAM]VRQUE VTI TV
IMP(ERATOREM) CAESAREM, DIVI NERVAE FILIVM, NERVA<M> (...) BENE ADQVE
FELICITER I[NCOLVMEM RED]VCEM VICTOREMQ(VE) FACI[A]S (Scheid, 1998^b: n° 62, 25-28).
[Júpiter óptimo máximo, te pedimos, solicitamos y rogamos que tú hagas volver bien, con éxito, a salvo y victorioso a Nerva, César emperador, divino hijo de Nerva.]

La traslación no es, como decimos, exclusiva de este ámbito, y se constata en una súplica de ayuda urgente:

(...) *opseco* ego uos, mi auxilio, / *oro*, *optestor*, sitis et hominem demonstratis, quis eam apstulerit (Plaut. *Aul.* 715-716).

[Os lo suplico, os lo ruego y os lo solicito, ayudadme y mostradme quién me lo ha robado.]

Combinaciones como estas provocarán, finalmente, un total contagio semántico que desembocará en una mutación semasiológica como legítimo verbo de petición:

AR. per deos atque homines ego te *optestor*, Hegio, / ne tu istunc hominem perdis. HE. curabitur (Plaut. *Capt.* 727-728).

[AR. Por los dioses y los hombres te lo pido, Hegión, no pierdas a ese hombre. HE. Procuraré.]

Por si ejemplos como este no fueran lo suficientemente elocuentes, el siguiente comentario de Donato resulta concluyente:

OBTESTOR obtestatio dicitur, quando eum adiuramus, quem rogamus, per eas res, propter quas rogamus (Don. *Ter. Andr.* 291, 1).

[Se dice *obtestatio* cuando conjuramos a aquel a quien rogamos, por esos asuntos por los que le rogamos.]

Con todo, es muy probable que los valores primarios de /comparecencia/ y /testificación/ nunca se perdiesen por completo, por lo que Szantyr (1971: 24) prefiere hablar de un «conglomerado semántico» de ambas nociones⁵⁰¹. Los ejemplos reproducidos, por otro lado, nos podrían llevar a pensar en la inclusión de *obtestari* dentro

⁵⁰¹ Cf. Cic. *Mur.* 86, *cit. supra* (VII.3). La noción de 'testimonio' estaría no obstante muy debilitada si atendemos a ejemplos como Liu. 2, 10, 3, donde *obtestari* se yuxtapone a su base léxica. Similar es el proceso que se podría describir para *contestari*, verbo que encontramos en el único ejemplo de plegaria (si bien en *oratio obliqua*) en la obra de César (*Gall.* 4, 25, 3: *qui decimae legionis aquilam ferebat, contestatus deos, ut ea res legioni feliciter eueniret*) y, por lo demás, escasamente documentado.

de la dimensión intensiva⁵⁰². Pero, pese a ellos, no podemos considerarlo como un valor inherente al contenido semántico estable de este verbo, si tenemos en cuenta el significado primario de su base léxica y sus empleos rituales dentro del lenguaje litúrgico. En todo caso se podría pensar en aplicaciones contextuales dependientes de la acumulación, junto a otros verbos de tipo intensivo, a las que se ve sometido. Allí, además, la lealtad debida a un conciudadano en apuros, determinan que la solicitud del testimonio de una injusticia implique otra implícita de apoyo para subsanarla (recuérdense las apreciaciones expuestas en VI). Lo intensivo y emocionalmente marcado en estos casos es la situación contextual y extralingüística más que el contenido del verbo *per se*.

Dos representantes de la familia de *uenus*, nominal uno, verbal el otro, proporcionan, por último, un material léxico suplementario con el que el lenguaje litúrgico puede engrosar sus mecanismos expresivos en la plegaria. A diferencia de los elementos hasta aquí analizados y pese al carácter altamente técnico que es posible reconocer en *precari*, únicamente el verbo *ueneror* y la lexía *ueniam peto* funcionan en exclusividad dentro de los límites del lenguaje sacral. Sobre *uenia*, Servio (*Aen.* 1, 519) afirma: «*proprie uerbum pontificale est*». Su valor básico indica la «favorable disposición» de la divinidad, por lo que, combinada con un verbo de petición resulta una unidad fraseológica con un claro funcionamiento como lexema precativo⁵⁰³. Y, en el caso de *uenerari*, su valor religioso es perceptible incluso en los casos en que recibe un complemento caracterizado por el clasema /humano/ (Flobert, 1975: 83).

Aunque la comunidad etimológica entre *uenus-uenia-uenerari* cuenta con una aprobación unánime, la relación semántica de esos términos resulta más difícil de establecer. Para entender el contenido significativo básico del verbo *uenerari*, es necesario, en primer lugar, reconocer su origen no ya en el nombre propio de la diosa del

⁵⁰² No es rara, por ejemplo, su aparición conjunta con *obsecrare*; véase Cic. *Mil.* 6; *Quinct.* 91; *fam.* 2, 1, 2; *Sest.* 147; *Att.* 11, 1, 1; Hor. *epist.* 1, 7, 95; datos proporcionados por Szantyr (1971: 24). Hickson (1993: 120) considera *obtestor* como verbo de súplica intensa: «to implore»; y, sin embargo, pese a ser muy usual en nuestras fuentes, resulta poco explotado por los géneros poéticos.

⁵⁰³ *Veniam petere* (Pacuu. *trag.* 296; Cic. *Verr.* II 5, 138; *Font.* 30; *Mur.* 62; *Sull.* 64; *orat.* 230; *part.* 131; *Att.* 9, 15, 1; *ad Q. fr.* 3, 1, 11; Catull. 15, 2), *ueniam precari* (Verg. *Aen.* 3, 144; 11, 10), *ueniam poscere* (Verg. *Aen.* 4, 50; Hor. *sat.* 1, 3, 75; Liu. 7, 40, 4); *ueniam orare* (Verg. *Aen.* 11, 358) (cf. Szantyr, 1971: 44, n. 146). Según Hickson (1993: 51), «the petition for *uenia* acquired the additional notion of seeking pardon for an offense which might cause a deity to be angry and thus not favorably disposed toward the speaker's request». Para ilustrar este desarrollo cita como ejemplos Verg. *georg.* 4, 536; Ou. *met.* 4, 632-633; *fast.* 4, 755; Liu. 39, 10, 5; 3, 7, 7-8. Este parece ser también el sentido de Cic. *Rab. perd.* 5: *ab Ioue optimo maximo ceterisque dis deabusque immortalibus (...) pacem ac ueniam peto precorque ab eis ut (...).*

amor –como sí ocurre, por ejemplo, en el caso de *bacchor*– sino en un antiguo neutro posteriormente personificado en un numen femenino. A partir de este punto, las teorías propuestas son numerosas⁵⁰⁴. Desde la visión mágica de Schilling (1954: 39), quien defiende un valor de «encanto religioso», hasta las que se decantan por un contenido de acto apetitivo, básicamente sexual, y retiran la noción del contexto religioso (E&M, *s.u. uenia*), si bien esta conseguiría sacralizarse con posterioridad.

Nosotros, sin embargo, consideramos más convincente la propuesta de Flobert (1975: 44ss), quien advierte sobre la necesidad de reconocer un valor básico cercano al de «propiciación», desde el que es posible organizar el grupo, poco homogéneo, que constituyen los derivados de la raíz i.e. **wen-*. Partiendo de los datos que proporciona la familia germánica (cf. al. *gewinnen*, *Wahn*, *Wonne*, *wünschen*...) el mencionado autor reconoce una *Grundbedeutung* de aspecto conativo, que engloba las nociones de “deseo”, “búsqueda”, “esfuerzo”. Finalmente, este desembocaría en un valor netamente resultativo que lo pone en relación con *uelle* y *uoluptas*. De tal modo, la raíz **wen-* («más impulsiva que voluntativa»), puede dar buena cuenta tanto de *uenerari* (con un valor conativo de «quêter», «chasser»), como de *uenia* («agrément»). La noción de **uenus*, por lo tanto, se concretaría, según el caso, en las contextualizaciones de “deseo”, “aspiración”, “devoción” o “solicitud”. Tal evolución, por lo demás, no sería muy diferente de la que hemos reconocido en el caso de *petere*, que, desde un valor básico de «dirección volitiva», habría llegado sin problemas a la expresión de la dimensión archilexemática del campo semántico de la petición (cf. Unceta, 2002).

Ahora bien, lo que interesa determinar en este momento es el origen del valor precativo que se observa en un buen número de apariciones del verbo *uenerari*⁵⁰⁵, definido por Paulo-Festo (p. 517) en los siguientes términos: *uenerari uerbum compositum ex uenia et orando*, pues tal valor no aparece siempre nítidamente perfilado. Algunos empleos, como el del ejemplo reproducido a continuación, hacen pensar en un significado originario similar al de *adorare* (VII.6.2.2), con el que se suele poner en relación:

⁵⁰⁴ Puede verse un pormenorizado repaso de las mismas en Szantyr (1971: 26-33) y Flobert (1975: 83s). Con todo, autores como Moussy (1966: 300, n.1) se muestran escépticos con respecto a la comunidad etimológica de *uenia* y *uenus*.

⁵⁰⁵ Según el propio Flobert (1975: 83), el verbo es desarrollado por una oración de *ut* en una proporción de 6/7.

date mi huc stactam atque ignem in aram, ut uenerem Lucinam meam (Plaut. *Truc.* 476).

[Traed el aceite de mirra y encended el fuego en el altar, para que honre a mi querida Lucina.]

Tal valor pone de manifiesto una actitud del hombre para con sus dioses que se concreta en un intento de granjearse el beneplácito de estos⁵⁰⁶. Su empleo, por lo tanto, estaría relacionado con formas similares de alabanza, como la *salutatio*, que no habrían por qué ser gratuitas; de modo que el propósito de las mismas bien podría explicitarse por medio de un desarrollo final. Ambos presupuestos se plasman en los siguientes versos:

saluto te, uicine Apollo, qui aedibus / propinquos nostris accolis, *uenerorque* te / *ne* Nicobulum me sinas nostrum senem / priu' conuenire quam sodalem uiderim (Plaut. *Bacch.* 172-175).

[Te saludo, vecino Apolo, que habitas lugares cercanos a nuestros hogares, y te rindo homenaje para que no permitas que nuestro viejo Nicóbulo me encuentre antes de que yo haya visto al compañero.]

Pero, junto a ellos, el mismo autor nos proporciona otros tantos ejemplos en los que el significado petitorio es manifiesto.

quisquis est deu', *ueneror ut* nos ex hac aerumna eximat (Plaut. *Rud.* 257).

[Cualquiera que sea el dios, le ruego que nos libre de esta tribulación.]

nunc Venerem hanc *ueneremur* bonam, *ut* nos lepide adiuerit hodie (Ibíd. 305).

[Ahora roguemos a esta buena Venus que con su gracia nos ayude.]

hanc equidem Venerem *uenerabor* me *ut* amet posthac propitia (Plaut. *Poen.* 278).

[En efecto, a esta Venus le rogaré que me sea propicia y que me aprecie.]

deos deasque *ueneror* qui hanc urbem colunt / *ut* quod de mea re huc ueni rite uenerim, / measque hic *ut* gnatas et mei fratris filium / reperire me siritis, di uostram fidem! (Ibíd. 950-953).

[A los dioses que habitan esta ciudad les ruego que se cumpla con éxito el objetivo de mi viaje, que me permitáis encontrar a mis hijas y al hijo de mi hermano; dioses, os lo suplico.]

⁵⁰⁶ Del esfuerzo por agradar al dios se espera, claro está, otra manifestación de gentileza sin negociación previa. Esta es la postura que defiende, siguiendo la propuesta de Schilling, Dumézil (1972²: 423), para quien no se trata de un acto religioso de amor (ya hemos dicho que la religión romana no es muy dada a las muestras de efusividad) sino más bien una forma de conquistar la confianza divina.

Y aún lo es más cuando el verbo en cuestión aparece coordinado a otros lexemas de cuyo valor precativo no cabe la menor duda⁵⁰⁷. Con datos como estos, Hernando Balmori (1933: 61-66) ensaya una explicación de su evolución que se concreta en los siguientes pasos. En un principio, una forma activa *uenero* con sentido de “mostrar amor, respeto”, “adorar”, habría dado paso a una forma deponente que, con el mismo significado, haría hincapié en la intención de intentar conseguir algo en beneficio propio, de donde se desarrollaría por último la noción de “suplicar humildemente”⁵⁰⁸. Szantyr sin embargo, propone una distinta y pone en duda esta de Hernando Balmori, llegando a calificarla de imposible (1971: 26, n. 80). Para este autor (1971: 43), las nociones de “venerar” y “pedir” serían ambas derivaciones independientes de un contenido aun anterior: “alabar a la divinidad como partícipe de la *uenus*”. Invocando como modelo la familia de *gratus*, el concepto del agradecimiento por el beneficio recibido le permite determinar un valor básico de exaltación de la divinidad por la ayuda prestada. De tal modo, en *uenerari*, el valor petitorio se retrotraería a la exaltación de la bondad divina por el favor solicitado.

Sea como fuere, y sin tener una opinión tan crítica con la explicación que propuso Hernando Balmori, *uenerari* termina por funcionar como verbo precativo y participa de los procedimientos expresivos propios del lenguaje técnico de la plegaria. Así, su disposición en forma de figura etimológica –frecuentemente practicada por Plauto, según acabamos de ver– contribuye a la riqueza expresiva de una compleja manifestación ritual, la *deuotio*, de la que, pese a sus posibles orígenes extranjeros, los romanos hicieron bandera⁵⁰⁹. Como dice Pighi (1967^a: 634), «la devozione è l’impiego, tutto romano, del *furor* a servizio della *uirtus* militare».

⁵⁰⁷ *Venerari* aparece junto a *precari*, por ejemplo, en Cic. *nat. deor.* 1, 119, Liu. 8, 9, 6; 39, 15, 2; Tac. *hist.* 4, 58, 6. La combinación *precor ueniam peto* se constata en Acc. *praetext.* 5R (cf. también Pacuu. *frag.* 296R [... *ueniam precor petens, ut...*]).

⁵⁰⁸ Ambas nociones, por tanto, llegarían a solaparse en contextos sintagmáticos similares a los que propiciaron el desarrollo de *orare* con el significado de “pedir” (VII.6.2). En el ejemplo de Plaut. *Bacch.* 172-175, cit. *supra*, por ejemplo, el desarrollo habría sido el siguiente: «te venero: no permitas...» → «te venero para que no permitas» → «te pido que no permitas» (Hernando Balmori, 1933: 62).

⁵⁰⁹ Este ritual extraño y controvertido, por lo excepcionalmente coercitivo, ha dado lugar a una extensa bibliografía entre la que se pueden señalar las siguientes referencias: Guittard (1981^a y 1986), Versnel (1976), Pighi (1967^b: 70s), Fugier (1963: 45-54) y Chapot & Laurot (2001: 303-305). Véase también la introducción de la edición del libro VIII de Tito Livio, a cargo de R. Bloch y Ch. Guittard (París, Les Belles Lettres, 1987). Deremetz (1994: 151-154) ofrece un interesante análisis desde el punto de vista realizativo. Reconstrucción rítmica en Pighi (1958: 60-63). El ritual de Decio Mus centra también la atención de Versnel

Junto al *carmen* macrobiano (3, 9, 10-11) transcrito más arriba, Tito Livio nos proporciona otra formulación que parece más completa, al menos en lo que al empleo de verbos precativos se refiere. En esta, a diferencia de la anterior, la enunciación de la plegaria se acompaña de la autoinmolación del general romano, P. Decio Mus, en el fragor de la batalla. Dadas las fuertes diferencias entre los ceremoniales representados en cada una de ellas, Versnel (1976) defiende la necesidad de distinguir entre dos tipos de *deuotio* en Roma. Atendiendo a la definición de *uotum* que también nosotros hemos expuesto brevemente más arriba (VIII.2), se muestra partidario de la necesidad de definir la *deuotio ducis* en otros términos, puesto que en este ritual la contrapartida, esto es, el sacrificio del general, se ofrece antes de la concesión de la contraprestación que se solicita a los dioses, mientras que la plegaria transmitida por Macrobio (*deuotio hostium*) sí constituiría una ceremonia con valor votivo, dirigida a los dioses del ultramundo. De tal modo, la *deuotio ducis* conservada por Livio resultaría, de acuerdo con este autor, de la fusión de dos ritos diferentes en origen: una *deuotio* de la armada enemiga y el autosacrificio del máximo responsable del ejército romano, que puede ser interpretado como una *consecratio*.

Según la síntesis que allí mismo se ofrece (p. 408), la *deuotio hostium* es una verdadera *deuotio*, perteneciente al ritual antiguo y frecuentemente practicada de manera independiente; mientras que el autosacrificio del general es, pese a su nombre, una *consecratio*, por primera vez atestiguada en 340 a.C. y restringida a dos o tres casos, que sólo aparece en combinación con la *deuotio hostium*. La *consecratio*, por tanto, se habría añadido al primer ritual como elemento de presión.

La plegaria de la *deuotio ducis* se plantea en los siguientes términos: tras una larga invocación, se formaliza la solicitud de apoyo a través de una multiplicación de verbos realizativos y, finalmente, el orante ofrece su vida, junto a la de los enemigos, a los dioses Manes:

Iane, Iuppiter, Mars pater, Quirine, Bellona, Lares, Diui Nouensiles, Di Indigetes, Diui, quorum est potestas nostrorum hostiumque, Dique Manes, uos *precor ueneror, ueniam peto feroque*, uti populo Romano Quiritium uim uictoriam prosperetis hostesque populi Romani Quiritium terrore formidine morteque adficiatis. sicut uerbis nuncupauit, ita pro re publica

(1981^b: 140-163), en cuyo patrón el autosacrificio del general hace pensar en los ritos griegos del *phármakos*.

«populi Romani» Quiritium, exercitu, legionibus, auxiliis populi Romani Quiritium, legiones auxiliaque hostium mecum Deis Manibus Tellurique *deuoueo* (Liu. 8, 9, 7-8).

[Jano, Júpiter, padre Marte, Quirino, Belona, Lares, dioses Novénsiles, dioses Indigetes, dioses que tenéis sobre nosotros y los enemigos, dioses Manes, os pido, os ruego, os solicito el favor –y lo obtengo– de que al pueblo romano de los Quirites otorguéis fuerza y victoria, y que a los enemigos del pueblo romano de los Quirites les infundáis terror, espanto y les deis muerte. Tal y como he pronunciado estas palabras, así por el estado, el ejército, las legiones y las tropas auxiliares del pueblo romano de los Quirites me sacrifico junto con las legiones y las tropas auxiliares de los enemigos a los dioses Manes y a la diosa Telus.]

Pese a que se ha intentado enmendar con *oroque* el *feroque* que encontramos en los manuscritos, Dumézil (1974²: 108-110) defendió convincentemente esta última lectura⁵¹⁰, que desemboca en un carácter excepcional por la serie de cuatro elementos que presenta, y donde el sentido de *uenia* se concreta en la “aprobación”, el “beneplácito” de los dioses que se pide y se consigue de manera inmediata. Así se consigue una compleja estructura doblemente bimembre, en la que la noción petitoria se desdobra para establecer sus márgenes, dejando en la posición central la figura etimológica que subraya los contenidos de veneración y consentimiento divino, pero que, al mismo tiempo, colabora con uno de sus miembros a la creación de una unidad fraseológica claramente precativa⁵¹¹.

Idéntica secuencia formularia, si exceptuamos el último lexema de valor resultativo, es la que reproduce el *carmen euocationis*. Según explica Servio (*Aen.* 2, 351), la *deuotio hostium* debía ser precedida por una *euocatio*, para no incurrir en sacrilegio, *propter uitanda sacrilegia*. La combinación de *deuotio* y *euocatio*, que permitía granjearse el apoyo de dioses foráneos al tiempo que infligía un daño al ejército enemigo, es un rasgo característico del imperialismo religioso romano (Versnel, 1981^a: 20).

⁵¹⁰ Veamos sus propias palabras (1974²: 109): «Dans cette procédure extraordinaire violente et hâtive qu'est la *deuotio*, où l'orant ne veut pas douter que les dieux ne l'exaucent, où, surtout, il n'attend d'autre signe de leur acceptation que dans peu d'instant, sa propre mort, payant en quelque sorte le prix d'avance dans une transaction qui ne peut pas, qui ne doit pas être un marché de dupes, il ne dit pas seulement: “Je demande votre acceptation, votre faveur”, mais bien: “Je demande et j'emporte, j'obtiens déjà, j'en suis sûr, votre acceptation, votre faveur.” *Ferre* a ici le sens qu'il a souvent, à toutes les époques de la latinité: “recueillir, retirer, recevoir un avantage, un prix, un profit”». La propuesta, seguida por Versnel (1976: 407) y Deremetz (1994: 151-154), es tímidamente contestada por Guittard (1980: 401ss), para quien la coordinación de este verbo con *petere* recuerda a algunas fórmulas técnicas propias del lenguaje jurídico y no actualiza el significado que le atribuye Dumézil. De admitirse la lectura *oroque*, sería esta la única vez en que dicho verbo entra a formar parte del protocolo enunciativo tradicional de la plegaria.

⁵¹¹ Szantyr (1971: 45) pone de manifiesto otros casos en los que la posición central de una acumulación de verbos de petición está también ocupada por *uenerari*: Cic. *Catil.* 2, 29; Liu. 39, 15, 2.

Pero, pese a la similitud expresiva y a la vecindad de sus respectivas puestas en práctica, es necesario distinguirlos bien. Con un más que probable origen indoeuropeo⁵¹², la fórmula que acompañaba el ritual de la *euocatio* permitía, antes de la toma de una ciudad enemiga, granjearse el apoyo de los dioses tutelares de la misma, por medio de la promesa de un esmerado culto en Roma, siempre y cuando abandonaran el patronazgo sobre el pueblo asediado. En este caso, es Tito Livio quien transmite la versión más simplificada, con escaso valor como testimonio de lenguaje litúrgico⁵¹³. En 395 a.C., en pleno asedio a la ciudad de Veyes y tras la consulta de los auspicios, Camilo aborda una doble acción litúrgica en el seno de una única plegaria: dirige un voto a Apolo e inmediatamente después realiza la *euocatio* ritual de la divinidad que ostenta el patronazgo sobre esa ciudad (cf. Chapot & Laurot, 2001: 302s):

‘Tuo ducto,’ inquit, ‘Pythice Apollo, tuoque numine instinctus pergo ad delendam urbem Veios, tibique hinc decimam partem praedae uoueo. Te simul, Iuno regina, quae nunc Veios colis, *precor*, ut nos uictores in nostram tuamque mox futuram urbem sequare, ubi te dignum amplitudine tua templum accipiat’ (Liu. 5, 21, 2-3).

[‘Con tu guía’, dice, ‘Apolo pítico, e instigado por tu divina voluntad, me encamino a la destrucción de la ciudad de Veyes y te prometo la décima parte del botín que de ella obtenga. Y a ti también, reina Juno, que ahora proteges Veyes, te pido que nos sigas en la victoria a nuestra ciudad y pronto la tuya, donde te acogerá un templo digno de tu excelencia’.]

Pero, junto a este, dos testimonios adicionales nos advierten de la autenticidad del ritual. Por un lado, un documento epigráfico descubierto en Cilicia atestigua, en calidad de monumento conmemorativo, su práctica efectiva en la toma de Isaura Vetus a manos del procónsul P. Servilius Vatta (75 a.C.), tal y como mostró Le Gall (1976); por otro, el *carmen* transmitido por Macrobio, sobre cuya autenticidad advirtió ya Engelbrecht (1902), postura defendida después por muchos otros⁵¹⁴.

⁵¹² Resulta fundamental la obra de Basanoff (1947). Véase también Appel (1909: 143 y 161).

⁵¹³ Lllaman la atención, entre otros aspectos, tanto el empleo de un solo verbo, como la ausencia de fórmula de precaución ante una divinidad que no tenía por qué ser conocida

⁵¹⁴ Como Dumézil (1974²: 425-427) o Pighi (1967^b: 70s); su larga y azarosa transmisión habría atravesado los siguientes hitos: redactada según el modelo de los libros pontificales, fue transcrito por L. Furio Filo, cónsul en 136 y amigo de Escipión, en su libro acerca del *ius pontificium*. Del libro de Furio las tomó Sereno Sammonico (III d.C.) para su quinto libro del *Res reconditae* y finalmente los transcribió Macrobio, dos

Tras la fórmula cautelar *si deus si dea est* y una invocación genérica, se introduce la petición, por medio de una larga secuencia de tres verbos, de que los dioses que la protegen abandonen la ciudad de Cartago (*ut deseratis, relinquatis, abeatis, iniciatis*) y sigan al ejército romano hasta un nuevo emplazamiento (*ueniatis*), donde, de cumplirse lo solicitado de manera inequívoca (*praepositi sitis ut sciamus intellegamusque*), se les consagrarán templos y se les dedicarán juegos, tal y como se estipula en un voto (*uoueo*):

si deus, si dea est, cui populus ciuitasque Carthaginiensis est in tutela, teque maxime, ille qui urbis huius populique tutelam recepisti, *precor uenerorque ueniamque a uobis peto* ut uos populum ciuitatemque Carthaginiensem deseratis, loca templa sacra urbemque eorum relinquatis, absque his abeatis eique populo ciuitati metum formidinem obliuionem iniciatis, proditque Romam ad me meosque ueniatis, nostraque uobis loca templa sacra urbs acceptior probatiorque sit, mihi que populoque Romano militibusque meis praepositi sitis. si ita <haec> feceritis ut sciamus intellegamusque, *uoueo* uobis templa ludosque facturum (Macr. Sat. 3, 9, 7-8).

[Ya sea un dios o una diosa, quien protege la ciudad y la ciudadanía de Cartago, y sobre todo a ti, aquel que acogiste bajo tu protección a esta ciudad y su ciudadanía, os pido, os ruego y os solicito el favor de que abandonéis al pueblo y la ciudad de Cartago, que os marchéis de sus lugares, de sus templos sagrados y de su ciudad, que os alejéis de ellos y que provoquéis a este pueblo y a esta ciudad miedo, pavor y olvido, y que, descubiertos, vengáis a Roma junto a mí y los míos, que nuestros lugares, templos sagrados y nuestra ciudad os sean más gratos y mejor recibidos. Si hacéis estas cosas de tal modo que lo sepamos y nos demos cuenta, os prometo la construcción de templos y la celebración de juegos.]

Según vemos, el mecanismo expresivo de intensificación que proporciona la multiplicación de los verbos específicos de la plegaria sería el máximo responsable de un proceso de transferencia semántica por contagio, que tiende a igualar el contenido de elementos, en principio diferenciados, que aparecen en cadenas sintagmáticas repetidas con frecuencia. El lenguaje litúrgico, conservador y atento a la tradición, no deja de ser un buen caldo de cultivo para este tipo de influencias léxicas y resulta responsable, por tanto, del abultado número de lexemas encargados de la referencia a esta realidad, absolutamente

siglos después (Chapot & Laurot, 2001: 237). Seguimos la edición del texto que presentan estos últimos autores, según la corrección propuesta por Fraenkel y Timpanaro (cf. *ibíd.*).

privilegiada en las manifestaciones religiosas romanas. Con ellas podemos dar ya por finalizado el análisis del léxico de la petición en la lengua latina.

VIII.4.- CONCLUSIONES.

A través del análisis léxico de la dimensión religiosa de la petición en latín hemos podido comprobar en este capítulo final cómo sus manifestaciones verbales reflejan, con su caracterización semántica básica, el tipo de relación que la sociedad romana establece con sus dioses. Sin mitología ni teología autónomas, sin iconografía hasta el momento más activo de la influencia griega, la plegaria constituye lo esencial del material religioso del que un romano podía disponer (*cf.* Deremetz, 1994: 158). No es de extrañar, por tanto, el gran número de lexemas especializados en la designación de esta actividad. Y en ellos se plasma además el valor transaccional que revestía toda forma de operación sacrificial.

El carácter eminentemente colectivo del culto romano, lo hemos dicho, dejaba fuera cualquier resquicio de introspección y recogimiento, valores que caracterizan el acto de orar en otras tradiciones religiosas. La validez de la plegaria, de tal modo, se hallaba supeditada a su eficacia, valor que además se asignaba de manera inherente a la palabra.

Por otro lado, la oración en Roma constituye básicamente una forma de negociación con la divinidad, en la que, por más que se contemple y reconozca la omnipotencia de los dioses, sus partes se involucran en una relación retributiva y, por tanto, no marcadamente desigual. La acusada solemnidad del ritual no delata tanto veneración o misticismo cuanto respeto y prurito a la hora de regular un trato cordial. El culto público, al menos en su planteamiento más tradicional, se alejaba conscientemente así de cualquier muestra de sumisión, pues el hombre, parte implicada, es también portador de elementos de intercambio. El sacrificio es su moneda de cambio y el apoyo, la protección y la ayuda que el dios podía proporcionar era recibido a cambio de una contraprestación otorgada en el momento mismo de su solicitud. Se trataba pues de una relación de tipo simbiótico, sin desigualdades.

Y la concesión de lo solicitado no podía, por tanto, ser considerado una gracia providente o una manifestación de misericordia, lo que invalidaba cualquier forma de sumisión como las que, en lo sucesivo, caracterizarán las formas de culto de las religiones mayoritarias. Así pues, es necesario reconocer la marcada orientación utilitaria de la plegaria romana, que provoca la equiparación de dos nociones bien diferenciadas en otras lenguas: ‘rezar’ y ‘solicitar a los dioses’. Es más, se podría defender incluso que, en la organización relativa de ambas, el sentido es contrario a las apariencias y la de “pedir” subsume a la acción de “orar”. Como hemos visto, *precari*, el equivalente más aproximado de nuestro *rezar*, no recoge siquiera el valor de “rogar” o “suplicar”, sino que, dada la especial relación que la sociedad establece con sus númenes tutelares, en nada sumisa, posee en realidad el significado de “solicitar a los dioses”. Resulta claro, por tanto, que los lexemas aquí estudiados encuentren su casilla estructural en el dominio no-rogativo de la dimensión no-coactiva del campo léxico de la petición.

Sin embargo, las religiones venidas de oriente acabarán con este esquema cuando comiencen a privilegiar otro tipo de experiencias religiosas y otros cauces de relación personal con lo sobrenatural. Tras sucesivos cambios en los parámetros sociales y la pérdida de algunas formas de expresión religiosa como los sacrificios sangrantes, la oración dejará de ser plegaria y se convertirá en rezo, forma de comunicación con la divinidad. Precisamente por ello, su práctica autónoma se verá revalorizada y encontrará mayores repercusiones. Así, pese a ampliar su espectro referencial, sus términos específicos perderán en buena medida su sema directivo, que, con todo, podrá actualizarse de manera contextual. En última instancia, en la psicología del orante, de forma más o menos subyacente, siempre estará presente la idea de intentar granjearse el beneficio de la divinidad⁵¹⁵. Es por tanto del todo necesario –según advierten Freyburger & Pernot (2000: 8) y nosotros hemos intentado hacer a lo largo de este capítulo– rechazar el apriorismo que consiste en partir de la religión cristiana a la hora de abordar correctamente la vivencia del hecho religioso en la antigüedad. Sin embargo, la comparación entre ambas realidades puede servirnos, finalmente, para asentar la percepción de esas diferencias.

⁵¹⁵ Tal hecho se observa, por ejemplo, en el mencionado verbo *rezar*, que puede adoptar el contenido adicional “pedir” en construcciones como «rezar por alguien». La confluencia de ambos valores es, por supuesto, evidente en it. *pregare*, fr. *prier*, o esp. *rogar*. Del mismo modo, las *preces* servirán en castellano desde época medieval para la denominación de los rezos cristianos (véase, por ej., *Libro de buen amor*, v. 1108).

Desde sus primeras generaciones, los cristianos se lanzaron a la búsqueda de una identidad personal, que debía estar alejada del vetusto culto oficial y que, como no podía ser menos, pasó también por la renovación de la experiencia de la plegaria⁵¹⁶. Tertuliano pone de manifiesto los contrastes en la forma en que cada religión las afronta:

illuc sursum suscipientes Christiani manibus expansis, quia innocuis, capite nudato, quia non erubescimus, denique sine monitore, qua de pectore oramus, precantes sumus semper pro omnibus imperatoribus uitam illis prolixam... (Tert. *apol.* 30, 4).

[Mirando hacia arriba, los cristianos –con las manos extendidas, porque somos inocentes, con la cabeza descubierta, pues no nos avergonzamos, y, además, sin nadie que dirija nuestro rezo, pues rezamos de corazón– siempre estamos pidiendo por todos los emperadores una larga vida...]

Y esta renovación no afectó solo a la puesta en escena; la propia denominación de la plegaria se vio también modificada. Aprovechando que *orare* había desaparecido casi por completo del lenguaje usual, los practicantes de la nueva religión hicieron de él un «cristianismo semasiológico» y lo reaprovecharon para la denominación de su propia plegaria cultural. Se observa en ello una voluntad consciente de desmarcarse del lenguaje pagano. Sin embargo, desde el momento en que la antigua religión parece definitivamente desterrada, en época de Constantino, quizá como una vuelta a los orígenes, es posible observar cómo la denominación de *oratio* cede terreno ante otras como *preces*, *precatio* o *deprecatio*⁵¹⁷.

Con todo, frente a estos rasgos, más o menos anecdóticos e intrascendentes, si existe una diferencia entre ambas realidades, a nuestro juicio insoslayable por cuanto constituye el reflejo de unas estructuras diametralmente opuestas, esa es la actitud con la que el fiel se dirige con sus rezos a la divinidad.

Tal y como ha mostrado Pleket (1981) en un pormenorizado análisis léxico, si bien es posible reconocer antecedentes, la influencia de las religiones orientales y el ascenso de

⁵¹⁶ Para un completo análisis comparativo, quizá un tanto partidista por su intento de demostrar una «profunda originalidad» de la plegaria cristiana, cf. Hamman (1980). Por otro lado, puede verse un completo análisis de la doctrina evangélica sobre la oración de petición en Caba (1980).

⁵¹⁷ Cf. Mohrmann (1961-1977, I: 156s), quien a su vez sigue una aguda observación de Löfstedt (*Philologischer Kommentar zur Peregrinatio Aetheriae*, Uppsala, 1936², p. 41; cf. *id.*, 1942²: 463s); véase asimismo Hamman (1980: 1198s).

los poderes autocráticos en época helenística e imperial romana, contribuirán al fortalecimiento y propagación de una relación jerárquica y marcadamente vertical entre el fiel y la divinidad. Con el tiempo, lo que antes era incidental, se convertirá en un esquema estructural⁵¹⁸. Las nuevas religiones traerán así consigo una exaltación de la omnipotencia divina de la que el fiel sólo puede ser vasallo. La *maiestas* de los dioses se verá complementada a partir de entonces por un severo *seruitium* de los sacerdotes⁵¹⁹.

Esta idea de la sumisión del fiel está íntimamente ligada –¿qué duda cabe?– a los sistemas monoteístas. En ellos el dios único se entrega a sus súbditos, pero, al mismo tiempo, les exige una fidelidad que no es tan clara en los sistemas politeístas. Tal relación llegará a una de sus máximas expresiones con el cristianismo. Certeras nos parecen las siguientes palabras de Veyne al respecto:

La raza de los dioses tiene una vida propia, en efecto, vive para sí misma y no se interesa por el resto del mundo más que de forma episódica, tal como hacemos nosotros mismos. ¡Qué diferencia con el dios al que nos han habituado el judaísmo y el cristianismo! (...) Para con sus fieles Yahvé es un señor tan exigente como amante y amado. Este dios celoso (como Él mismo dice) parece no vivir más que para Sus fieles. Tiene como única ocupación, como única inquietud, la relación absorbente y recíproca, la relación literalmente *pasional* que Él mantiene con ellos: amor y protección o cólera y decepción, según se Le ame o no, se Le obedezca o no. La diferencia es tan enorme que apenas hay más que el nombre que sea común entre el Dios cristiano y lo que el paganismo llamaba los dioses (Veyne *et al.*, 2003: 152).

⁵¹⁸ Cf. Pleket (1981: 192): «... we can conclude that elements did exist in the realm of Greek religiosity already in the classical era, seldom and cursorily though they may be attested, which acted as a sort of *praeparatio euangelica* for the common man whose head was not crammed with theological dogma, and facilitated the transition to a structurally subservient religion (Christianity)». Su trabajo, pese a estar centrado en la lengua griega, pone de manifiesto un proceso de cambio del todo perceptible en el léxico latino.

⁵¹⁹ Cf. Veyne (p. 307: n. 103), quien cita un ejemplo de Apuleyo (*met.* 11, 15, 15) y varios testimonios epigráficos. Como tratamiento imperial, *maiestas* aparece por primera vez en Horacio (*epist.* 2, 1, 258). Sin duda, la profunda transformación que experimenta la sociedad desde el comienzo del imperio y que llevará a una jerarquización cada vez más acusada es, en buena medida, responsable del cambio de las mentalidades religiosas. Sin embargo, no es posible pensar en influencias unidireccionales. En la misma medida en que los planteamientos políticos de la nueva forma de dominación se verán cada vez más imbuidos en consideraciones de tipo religioso, claramente herederas de esquemas orientales, esa nueva religión, que se erigirá en la única, aprovechará los valores que trae consigo el principado para conseguir réditos políticos. La *adoratio* (*proskynesis*) del emperador supone un buen ejemplo de esta profunda interrelación (un análisis de la misma en Bravo, 1997).

Y esta religión explotará decididamente los recursos para la expresión de una relación marcadamente vertical entre la divinidad, verdadero *dominus*, y sus fieles. Las oraciones del misal romano muestran cómo el latín tardío desarrolló todo un conglomerado de apelaciones abstractas que expresan, por un lado, el respeto a la divinidad considerada como a un superior (*maiestas tua, pietas tua, clementia tua*) y, por otro, el desprecio hacia uno mismo y la sumisión (*humilitas mea, pusillitas mea, mediocritas mea*)⁵²⁰. ¿Y que mejor metáfora para expresar este tipo de relación ascendente que la paterno-filial? Dios será un padre. Pero no ya un *Iuppiter* o un *Mars pater* –titulatura claramente honorífica–, sino un verdadero «Padre nuestro», un progenitor encargado de la tutela y protección de sus hijos, pero al que estos, a su vez, deben un respeto y una obediencia sin condiciones.

El servilismo, la adopción de una posición decididamente inferior con respecto a la divinidad, condicionará incluso el léxico técnico escogido y determinará, a partir de esos esquemas, que todo intento de desencadenar su favor constituya un ruego o una súplica, y ya no una mera petición. De este modo, los herederos de *precari*, en las lenguas que lo han conservado, funcionarán bien dentro de los parámetros marcados por el criterio de cortesía verbal cuando sean extrapolados del ámbito religioso. E igualmente aquellos lexemas que entren a formar parte del lenguaje técnico litúrgico del cristianismo, lo harán con la caracterización rogativa que les conviene. Paradigmático al respecto es el caso de *rogare*, carente de dicho sema en sus orígenes.

No se trata, en definitiva, de una categoría distinta, sino sencillamente de una forma diferente de afrontar la relación con la divinidad.

⁵²⁰ Cf. Bastiaensen (1973: 143).

IX. conclusiones generales

A lo largo de todo este recorrido por los distintos aspectos y manifestaciones del fenómeno de la petición en la lengua latina, y, al mismo tiempo, como fiel reflejo de ella, hemos tenido ocasión de comprobar la rica y heterogénea naturaleza de este concepto. El tratamiento que recibe en la lengua latina es tan inconcreto y genérico como en la nuestra. Pero ello le proporciona una gran variedad de facetas y matices que encuentra una de sus más elocuentes manifestaciones en su rica rica plasmación léxica. De igual modo, su imbricación en todos los contextos sociales y en un buen número de lenguajes específicos, nos pone en contacto con su gran potencialidad.

Por ello, nos ha parecido conveniente ir ofreciendo pequeños compendios individuales, que permitieran afianzar conceptos y elementos de análisis necesarios para el desarrollo de nuestra exposición. Así pues, no es nuestra intención con el presente capítulo repetir las conclusiones que hemos ido dosificando en cada uno de los precedentes, sino, respetando más bien el origen etimológico de estas, insistir brevemente sobre algunos aspectos generales, ahora que se presenta la ocasión, a modo de broche final.

Pues bien, en consonancia con el propio objeto de estudio –y teniendo siempre presente la intención de ofrecer una explicación coherente y global, según declarábamos al comenzar–, nuestro trabajo ha debido abordar aspectos muy diversos, proporcionando al análisis la amplitud de margen que requiere. La sustancia semántica que constituye el concepto de petición cubre un espectro lingüístico muy amplio y adopta plasmaciones de muy distinto tipo que se pueden reconocer tanto en el nivel léxico como en el oracional.

Por ello, en un movimiento de ida y vuelta, comenzábamos por un análisis estrictamente léxico y desembocábamos de nuevo en él, tras analizar otros aspectos más puramente pragmáticos. Pero ese trayecto, en lugar de originar un híbrido, proporciona

más bien una visión coherente y armónica de una realidad, en la que el estudio estructural del material léxico posee la misma capacidad explicativa que el análisis del resto de mecanismos expresivos con que cuenta.

Si establecemos, como parece adecuado, una diferencia entre semántica informativa y semántica intencional –cuyo estudio puede ser incluido bajo la etiqueta genérica de pragmática–, y entendemos el concepto de petición como un contenido semántico básicamente comunicativo e intencional, resulta indispensable, en el análisis de esta parcela de contenido ilocutivo, no desligar ambos criterios, pues, según hemos visto, interactúan y se interfieren mutuamente. No en vano los lexemas petitorios codifican en su contenido léxico a los participantes de una interacción conversacional. Lo pragmático, así, adopta clara materialización léxica en estos verbos y, a la inversa, el léxico recibe el influjo de lo pragmático, que lo muta, le atribuye funciones adicionales e incluso incide en su categoría, revalorizándolo o devaluándolo.

En efecto, la sustancia semántica petitoria constituye un elemento de la semántica intencional de los enunciados, que puede coincidir, o no, con el contenido informativo del mismo. En el caso de los empleos realizativos de los verbos ilocutivos el solapamiento es perfecto, pero en la interacción lingüística no siempre ocurre así. Por ello, a la hora de dar cuenta de un contenido nocional cuyo referente resulta, por su naturaleza lingüística, vago e inasible, parece provechoso conciliar ambos modelos: el análisis enunciativo nos proporciona la comprensión del referente, mientras que el aspecto léxico nos muestra la manera en que la lengua organiza ese referente, es decir, el modo en que la propia lengua se concibe y se gestiona a sí misma. Como valor adicional, dado que los verbos de ‘pedir’ se refieren a actos de enunciación, la observación directa de las manifestaciones concretas de esta nos ha permitido tanto reconocer la estructura del campo que estos conforman, como dar explicación a las puntuales evoluciones semasiológicas que experimentan, difícilmente distinguibles si no se tienen en cuenta estos criterios.

Realizando la abstracción del contenido léxico de los verbos petitorios, el análisis del proceso lexemático que estos establecen con otras nociones nos permitió, en principio, el reconocimiento del grupo que conforman, así como los criterios precisos para el descubrimiento de sus integrantes y la distinción de otras nociones afines. Pero es que, como nota definitoria adicional, reconocimos en este conjunto de verbos una referencia a un verdadero proceso lingüístico, donde la lengua encuentra un paradigma exacto de

secuencia intersubjetiva complementaria, según la cual un emisor habla y un receptor escucha (*hablo .- escuchas*). Los papeles actanciales, según explica el análisis conversacional, se intercambian en multitud de ocasiones, por lo que esa relación lexemática se multiplica a lo largo de la duración de una interacción lingüística. Pero, además, ya que, en el caso de la petición, la intervención del emisor busca despertar una reacción del interlocutor, el mero acto lingüístico se convierte en desencadenante efectivo de dicha reacción, por lo que el término consiguiente se desdobra en una nueva secuencia (*escuchas -- actúas*). De ahí la importancia de un estudio integrado del hecho petitorio.

Por todo lo anterior, a lo largo de las páginas precedentes, hemos procurado emplear conscientemente la denominación de campo léxico, aunque, en muchas ocasiones, pueda ser empleada la de campo semántico como sinónima. Y ello, porque coincidimos con Geckeler (1976: 103) en que esta última resulta demasiado amplia pues el adjetivo semántico no se ciñe en exclusiva al léxico de una lengua. Y, desde luego, el material lingüístico que puede ser considerado como integrante del campo semántico de la petición trasciende el plano léxico y conforma un conjunto de mayor envergadura en el que intervienen muchas otras marcas, que, si bien no funcionan de manera exclusiva en él, colaboran desde otros planos a la interpretación de los enunciados concretos en este sentido. En muchas ocasiones, es incluso arriesgado establecer cortes tajantes entre dichos planos (el valor realizativo de la mayoría de estos verbos ilocutivos, la especialización parentética de algunos de ellos –transición entre el léxico y la gramática–, o el fenómeno de la derivación delocutiva constituyen buenas pruebas de ello).

Así pues, como dice Martínez Hernández (1997: 197s) es indispensable, a la hora de abordar el análisis de un campo léxico, no ceñirse a condicionantes apriorísticos: todos ellos deparan “sorpresas” que sólo se descubrirán tras un análisis minucioso. No se debe partir, por lo tanto, de un esquema previo, pues cada uno exige «no sólo su propia praxis, sino también su propia teoría, razón por la cual cada nuevo estudio de campo aporta también nuevos enfoques».

Pero aún hay más. Ese mismo análisis lingüístico –en sus distintas vertientes y al margen de su interés intrínseco– ha puesto de manifiesto, además, un valor adicional, al proporcionarnos una llave de acceso para la comprensión de algunos aspectos de la mentalidad antigua, difícilmente abordables por otras vías.

Si existe una manifestación lingüística que nos ponga en contacto con los esquemas rectores de ciertas instituciones sociales, esa es la petición, cuyo carácter altamente estereotipado nos habla de la cultura y el sistema de valores de un grupo humano. A fin de cuentas, este fenómeno sustancia en material lingüístico buena parte de los criterios rectores de una sociedad y, por tanto, cada lengua puede hacerlo de manera distinta. De tal modo, será también muy sensible a cualquier cambio que ellas experimenten. No hemos desaprovechado, por tanto, la oportunidad de atender a este tipo de inferencias, siempre que esta se nos ha presentado. Recapitulemos algunas.

Hemos encontrado, por ejemplo, un verbo especializado con fuerza en la petición a la divinidad, lo que implica una fuerte preeminencia del acto de la plegaria en la sensibilidad religiosa romana, o algunos lexemas que incluyen en su propio contenido la pobreza del agente, que nos ponen en contacto con los criterios pecuniarios vigentes en esa época. Y, si bien hemos de contar con las pertinentes cautelas con respecto al valor sociológico de la situación que presentan las obras plautinas, hemos tenido la ocasión de constatar la existencia de ciertos criterios, flexibilizados quizá por la búsqueda de la comicidad, como el mantenimiento de unas férreas distinciones, jerárquicas y económicas, que sorprenden a la mentalidad actual. Por motivos contrarios, llama la atención la peculiar forma de relación que, desde el marco institucional, el romano entabla con sus dioses.

Pero los valores evolucionan y pueden manifestarse igualmente en ciertas transformaciones lingüísticas. Ya en el seno del propio latín es posible reconocer algunos cambios. Hemos visto, por ejemplo, cómo la progresiva especialización de *uelim* —notoria ya en época de Cicerón— para la expresión de actos directivos, frente a su empleo originario en actos estrictamente optativos, apunta a una progresiva mitigación expresiva, que llega a ser formular, de los actos de habla directivos impositivos. Lo que en origen sería una interpretación directiva inferida de manera contextual se convirtió, con el tiempo, en una fórmula estereotipada y canónica para tal finalidad. Así hemos podido verificar como la cortesía negativa funcionaba en época arcaica estrictamente en relaciones de tipo ascendente, pero, paulatinamente, se irá extendiendo a muchas otras formas de relación interpersonal.

Habrá que esperar, con todo, al afianzamiento del régimen imperial para ver cómo se lleva al extremo el fortalecimiento de la distancia social, más marcada ahora por la

concentración del poder, a través de determinadas tácticas de cortesía negativa. Según ha señalado recientemente Dickey (2002), se observa, por ejemplo, una proliferación de títulos y tratamientos deferentes en detrimento de las apelaciones por el nombre propio, y muchos de ellos serán heredados por las lenguas romances (*cf. senior* → *señor*, *domine* → *don*, *magister* → *maese*)⁵²¹. El respeto a la autoridad pasará por la adulación y esta llegará a convertirse en norma. De este modo, se empezará a fomentar el uso del ruego como estrategia de cortesía. Y ello llevará a la total polarización de la estructura léxica que estudiábamos antes (cap. VII), con el sincretismo de *rogare*, la subsiguiente eliminación de una de las esferas del campo léxico de la ‘petición’ y el desarrollo de un tipo de oposición ternaria simplificada (petición// exigencia / ruego).

En este momento, entra en escena un elemento más, que establece una simbiosis con este nuevo marco general. Tras el advenimiento del cristianismo, la relación con la divinidad deja de ser pactista y horizontal, y se vuelve eminentemente vertical. Dios, se convertirá así en regente de sus fieles, que le deberán sumisión, obediencia y lealtad, y habrán de apelar constantemente a su magnanimidad. Ello tendrá nuevamente consecuencias lingüísticas a las que el léxico será especialmente sensible. Por ello, dirigir una plegaria se convertirá en sinónimo de “rogar”. A la inversa, un verbo eminentemente precativo empezará a ser explotado como estrategia de cortesía, según nos muestran los herederos modernos de *precari*.

Cambio de las mentalidades, pues, que nosotros hemos heredado. En última instancia, la táctica, muy explotada por las lenguas modernas, que entraña el fingimiento –por medio de mecanismos lingüísticos– de una inferioridad jerárquica para reducir la molesta sensación de coactividad que exige la corrección en el trato, deriva directamente de todos estos esquemas sociales, psicológicos y religiosos.

Queda claro, pues, cómo un fenómeno con manifestaciones eminentemente lingüísticas permite realizar inferencias en muchos otros ámbitos que, en numerosas ocasiones, sólo resultan accesibles a través de algunas de sus manifestaciones en la lengua, pues, según ya lo vio F. de Saussure, la esencia de esta es, básicamente, social.

⁵²¹ *Cf.* Dickey (2002: 239): «At that period (*scil.* final del s. I d.C.), apparently, the address system of conversational language had change to make more use of titles and reflect status distinctions more fully». El desarrollo de estas formas de marcar las jerarquías encuentra su contrapartida en el estrechamiento de la dimensión horizontal en relaciones sociales igualitarias y solidarias (*frater*).

X. índice analítico de los lexemas verbales de petición

ABROGO

1. *ab-*: valor de ‘privación’ y ‘desposeimiento’.
2. “quitar”.
3. Restringido al lenguaje jurídico (sentido más desarrollado): “solicitar la anulación de una ley”.

ADORO

1. *ad-*: valor sémico adlativo ‘centrífugo’.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión rogativa.
3. Notoria especialización en el lenguaje religioso:
 - “dirigir una plegaria a los dioses”;
 - “rezar”;
 - “venerar”, “dar culto”, “adorar”.

ADPETO

1. *ad-*: función sémica adlativa de ‘aproximación’.
2. Aspecto ingresivo de la clase no-resultativa (*appeto -- peto*).

AERUSCO

1. Raíz **h₂eis-* (cf. *quaero*), pero relacionado, por etimología popular, con *aes*.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión rogativa.
3. - Incluye en su contenido la carencia del hablante (*egestas*).
- Verbo arcaico (L. Andronico), mencionado por A. Gelio y Paulo-Festo.

AMABO

1. “(te) amaré” → “te agradecería”, con valor ilocutivo directivo.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión rogativa.
3. - Usos exclusivos en forma parentética salvo algún caso aislado de construcción plena que favorece su interpretación como *uerbum orandi*.
- Diafásicamente restringido al lenguaje de las mujeres.

APPOSCO

1. *ad-*: valor de ‘adición’.
2. Dimensión coactiva: “exigir además”.
3. Representación ínfima (Horacio, Apuleyo).

APPRECOR

1. *ad-*: valor adlativo ‘centrífugo’, redundante con el propio del verbo.
2. Dimensión no-coactiva (quizá aspecto intensivo o ingresivo).
3. - Restringido al contexto religioso: “dirigir plegarias a la divinidad”.
- Con escasa representación (limitado a las obras de Horacio (1x) y Apuleyo).

ARROGO

1. *ad-*: función de ‘adaptación’ y ‘atribución’.
2. Dimensión coactiva: “apropiarse”.
3. Especializado en el concepto jurídico de la ‘adopción’.

COMPETO

1. *com-*: valor sociativo con incidencia en la multiplicidad de sujetos.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión no-roгатiva: “pedir conjuntamente”, de ahí, “competir”.
3. Lenguaje político: “ser candidato” (en concurrencia con otros).

COMPRECOR

1. *com-*: aspecto extensional intensivo.
2. Dimensión no-coactiva, aspecto intensivo.
3. - Empleo religioso: “elevar plegarias con fervor” (empleo absoluto: “realizar oficios religiosos”).
- Plasmación no-resultativa.

CORROGO

1. *com-*: función sociativa de ‘convergencia’ y ‘reunión’.
2. Dimensión no-coactiva: “reunir por medio de una solicitud”.
3. Sentido específico: “invitar en grupo”.

DEPOSCO

1. *de-*: valor intensivo.
2. Dimensión coactiva: “exigir insistentemente” (*posco* – *deposco*).
3. Lenguaje jurídico: “reclamar al responsable de un delito”.

DEPRECOR

1. *de-*: - aspecto «intensivo».
- negación del contenido sintagmático.
2. - dimensión no-coactiva, aspecto intensivo: “solicitar con insistencia”;
“rogar con vehemencia”.
- dimensión no-coactiva: “pedir que no”, “intentar evitar con ruegos”
(*deprecor* | *precor*).
3. - Empleo específico: “disculparse”, “pedir perdón” (sinónimo de *exorare*,
alternativo de *expostulare*).
- Especialización tardía en ámbito religioso.
- Plasmación no-resultativa: “desear un mal”; con escasa representación
(Catulo, Apuleyo, A. Gelio).

EFFLAGITO

1. *ex-*: valor intensivo redundante con el de la base.
2. dimensión coactiva, aspecto intensivo-frecuentativo: “reclamar imperiosamente”.
3. Con escasa representación.

EXIGO

1. *ex-agere*: preverbio ablativo + verbo causativo: “sacar”, “hacer salir”.
2. Dimensión coactiva (grado pleno).
3. Lenguaje mercantil: “reclamar el pago de una deuda”.

EXORO

1. *ex-*: valor intensivo.
2. Dimensión no-coactiva; subdimensión rogativa: “rogar vehementemente”.

3. - Valor más extendido: grado resultativo (“conseguir”, *oro -- exoro*).
- Valor específico: “pedir perdón” (*exoro* | *expostulo*).

EXPETESSO

1. Sufijo desiderativo intensivo.
2. Aspecto no-resultativo.
3. Representación muy limitada y restringida a la obra de Plauto.

EXPETO

1. *ex-*: función extensional intensiva.
2. Clase no resultativa: “desear ardientemente”.
3. - Aplicaciones en el lenguaje amoroso.
- Lenguaje jurídico: dimensión netamente coactiva (*de poena exigenda*).

EXPOSCO

1. *ex- -sco*: amalgama extensional secuencial del aspecto intensivo del no-resultativo.
2. Dimensión coactiva: “reclamar con insistencia”.
3. Especialización paulatina en la esfera intensiva de la dimensión no-coactiva que desembocará en su empleo en el ámbito religioso.

EXPOSTULO

1. *ex-*: valor intensivo.
2. Dimensión coactiva.
3. - Empleo absoluto: “hacer una viva reclamación”; “quejarse”.
- Lenguaje jurídico: “requerir la presencia de alguien ante los tribunales”, “acusar”.

FLAGITO

1. Raíz expresiva (“gritar”) reforzada por el sufijo frecuentativo: “reclamar a gritos” (lexema fonodescriptivo).
2. Dimensión coactiva; aspecto intensivo-reiterativo.
3. Lenguaje de las finanzas: “reclamar con insistencia el pago de una deuda”.

IMPLORO

1. Raíz expresiva (“gritar llorando”) → “implorar”, “suplicar con lágrimas en los ojos”.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión rogativa, aspecto intensivo.

3. Relación de complementariedad *implorare fidem* .- *auxilium ferre*.

IMPRECOR

1. *im-*: valor de ‘hostilidad’, no siempre constatable.
2. Expresión del aspecto no-resultativo.
3. A excepción de un ejemplo virgiliano, es término de época posclásica y tardía.

MENDICO

1. Denominativo de *mendicus*.
2. Dimensión no coactiva, subdimensión rogativa.
3. Incluye en su contenido la carencia del agente (*egestas*).

OBSECRO (EXOBSECRO)

1. *ob-sacrare*, lexema del primitivo fondo léxico religioso.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión rogativa, aspecto intensivo.
3.
 - Fuertemente mecanizado como partícula ilocutiva parentética, con funciones de cortesía.
 - Con marcado tono diafásicamente elevado (emanado de su carácter formal primario).
 - Empleos realizativos en algunas plegarias.
 - Base para la formación de un derivado intensivo hipercaracterizado (*exobsecrare*) con escasa representación.

OBTESTOR

1. “llamar como testigo”, “pedir la comparecencia” → “pedir”.
2. Dimensión no-coactiva (salvo en sus aplicaciones jurídicas), subdimensión no-rogativa.
3. Fuerte especialización en el lenguaje técnico religioso. Fuera de él puede tener aplicaciones intensivas determinadas por el contexto.

ORO

1. “hablar” → “rogar”.
2. Dimensión no-coactiva; subdi-mensión rogativa (inferioridad jerárquica).
3. - Temprana especialización en el lenguaje jurídico con el sentido de “defender una causa”.

- Progresiva introducción en el lenguaje de la plegaria, hasta que el cristianismo lo promocioe definitivamente en este sentido. El doble valor es allí claro (“orar” y “rogar a la divinidad”).

PETESSO

1. Modificado desiderativo (noción frecuente en otros, conseguidos mediante preverbación a partir de la misma base).
2. Dimensión no-resultativa.
3. Limitado a las obras de Cicerón y Lucrecio.

PETO

1. Orientación volitiva → “pedir” (posterior al trasvase provocado por la metáfora estructural ASPIRAR A UNA META ES VOLAR).
2. Archilexema genérico del campo (indiferencia al criterio de coacción).
3. Lenguaje político: “aspirar a un cargo público”, “presentar una candidatura”.

POSCO

1. Raíz *prk- (-sc-: valor no-resultativo).
2. Dimensión coactiva (grado medio).
3.
 - Ritual de petición de la mano de la esposa (uso arcaico; empleo realizativo).
 - Lenguaje mercantil: “reclamar el pago de una deuda”.
 - Lenguaje comercial: «pedir un precio» (complementación ablativa); “pujar”.
 - Lenguaje jurídico: “reclamar por la vía legal”.
 - Tímida aparición en el lenguaje religioso (empleo arcaico).

POSTULO

1. Raíz *prk-.
2.
 - Dimensión coactiva (grado mínimo), fundamentalmente en empleos realizativos con oración de *ut*.
 - Especialización en la expresión del grado no-resultativo (*uelle* enérgico).
3. Lenguaje jurídico: “exponer formalmente una reclamación ante la autoridad”; “demandar”.

PRECOR

1. Raíz **prk-* (sema de /solemnidad/ inherente). Denominativo derivado de **prex*. Antiguo término del arcaico fondo jurídico-religioso.
2. Dimensión no-coactiva. (Con capacidad de empleos rogativos si su primer complemento no selecciona el clasema /divino/.)
3.
 - Profunda especialización en el lenguaje religioso (*uerbum precandi* por antonomasia). Verbo del lenguaje formular de la plegaria.
 - Uso absoluto: “elear plegarias”, “rezar” (empleo propio de época clásica y posclásica).
 - Neutralización con el aspecto no-resultativo: “desear” (desarrollo secundario).

PROCOR

1. Raíz **prk-*.
2. Dimensión no-coactiva (igualdad jerárquica).
3.
 - Originariamente especializado en el lenguaje matrimonial.
 - Desarrollo posterior de un sema específico: “pedir con descaro” (| *rogo*).
 - Poco representado.

QUAESO

1. Desiderativo de *quaero*.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión no-rogativa.
3.
 - Gran mecanización de su uso como partícula parentética de valor cortés.
 - Empleos en construcción plena que, ya en época clásica, resultarían anticuados.
 - Perteneciente al más antiguo léxico técnico de la plegaria, donde adopta con frecuencia empleos realizativos, tanto solo, como (preferentemente) en combinación con *precari*.

QUIRITO

1. Origen delocutivo en la fórmula de la *quiritatio*.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión rogativa, aspecto intensivo (derivado del mencionado ritual).
3.
 - Especialización total en la “petición de auxilio”.
 - Escasamente documentado.

REFLAGITO

1. *re-*: en relación intersubjetiva, complementario sucesivo de la base.
2. Dimensión coactiva, aspecto intensivo-reiterativo (antecedente, en relación complementaria con el acto restitutivo).
3. Con escasa representación.

REPETO

1. *re-*: cf. *reflagito*.
2. - Dimensión coactiva.
- Relación de complementariedad con la acción 'restitutiva' (*repetere* .- *reddere*).
3. Lenguaje jurídico: *repetitio rerum* (exigencia solemne realizada por los feciales según un antiguo ritual).

REPOSCO

1. *re-*: cf. *reflagito*.
2. Esfera coactiva: "reclamar de vuelta".
3. Lenguaje mercantil: "reclamar el pago de una deuda".

ROGITO

1. *-ita-*: aspecto durativo, valor reiterativo o frecuentativo.
2. Dimensión no-coactiva: "pedir sucesivamente" o "insistir en pedir".
3. Aplicación menos representada que la correspondiente al significado "preguntar".

ROGO

1. Posible valor causativo originario ("hacer dirigir" →) "preguntar" → "pedir".
2. - Protollexema de la esfera no-coactiva (igualdad jerárquica).
- Empleos rogativos contextualmente marcados que terminarán por resultar constantes.
3. - Profunda especialización en el lenguaje jurídico.
- Sentido específico "invitar" (i. e. "solicitar la asistencia de alguien" a un determinado evento).
- Lenguaje mercantil: (lexía *emptum*, *conductum rogare*) "solicitar la compra o el préstamo de un bien".

SUPPETO

1. *sub-*: función ablativa de ‘sustitución’.
2. Dimensión no-coactiva: “pedir en lugar de otro”.
3. Dudoso.

SUPPLICO

1. “adoptar la postura de suplicante” → “rogar de rodillas” (con posible origen delocutivo).
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión rogativa, aspecto intensivo.
3. Especialización en el lenguaje religioso: realización de una ceremonia excepcional con finalidad diversa: expiatoria, propiciatoria (*obsecratio*) o gratulatoria (*gratulatio*).

VENEROR

1. raíz voluntativa (**wen-*; a través de un neutro **uenus*) → «venerar» (→) «pedir».
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión no-rogativa, aunque con el contenido adicional de “intento de conseguir el beneplácito divino” a través de la veneración.
3. Empleos exclusivos en el lenguaje sacral (notablemente en las formulas de la *deuotio* y *euocatio*).

VENIAM PETO

1. Unidad fraseológica “pedir el beneplácito”, con un valor secundario de “pedir perdón” a la divinidad.
2. Dimensión no-coactiva, subdimensión no-rogativa, aunque acompañado por una noción “propiciatoria”.
3. Restringida al léxico técnico de la plegaria

XI. bibliografía

- ADAMS, J.N. (1984): «Female speech in latin comedy», *Antichthon*, 18, 43-77.
- ADDABBO, A.M. (1989): «Per una tassonomia delle formule magico-mediche latine», *Atti e Memorie dell'Accademia Toscana di Scienze e Lettere «La Colombaria»*, 54, 67-125.
- (1991): «Carmen magico e carmen religioso», *CCC*, 12, 11-27.
- ALDERLINK, L.J. & L.H. MARTIN (1997): «Prayer in Greco-Roman religions», en M. KILEY *et al.* (eds.), 123-127.
- ALFONSI, L. (1970-1972): «La sacralità e la lingua latina», *Le parole e le idee*, 12-14, 19-40.
- ALVAR, J. (1984): «La fórmula de la *euocatio* y su presencia en contextos desacralizadores», *AEA*, 57, 143-148.
- (1985): «Matériaux pour l'étude de la formule *siue deus siue dea*», *Numen*, 32 (2), 236-273.
- ANSCOMBRE, J.-C. (1981): «Marqueurs et hypermarqueurs de derivation illocutoire: notions et problems», en *Les différents types de marqueurs et la détermination des fonctions des actes de langage en contexte. Actes du 1^{er} Colloque de Pragmatique de Genève (16-18 Mars 1981), II*, CLF, 3, 75-124.
- ANSCOMBRE, J.-C. & A. PIERROT (1985): «Noms d'action et performativité en latin», *Latomus*, 44 (2), 351-369.
- APPEL, G. (1909): *De romanorum precationibus*, *RGVV*, 7, 2 [reimpresión de 1975, Nueva York, Arno Press].
- ASHER, N. (2000): «Truth conditional discourse semantics for parentheticals», *Journal of Semantics*, 17, 31-50.

- AUBRIOT-SEVIN, D. (1992): *Prière et conceptions religieuses en Grèce ancienne jusqu'à la fin du V^e s. av. J.-C.*, Lyon, Maison de l'Orient méditerranéen.
- AUDOLLENT, A. (1967): *Defixionum tabellae quotquot innotuerunt tam in graecis orientis quam in totius occidentis partibus praeter atticas (collegit digessit commentario instruxit Augustus Audollient)*, Frankfurt am Main, Minerva GMBH [1^a ed. París, 1904].
- AUSTIN, J.L. (1971): *Palabras y acciones* (compilado por J. O. Urmson), Buenos Aires, Paidós; también con el título *Cómo hacer cosas con palabras*, Barcelona, Paidós, 1982 [la paginación de ambas ediciones coincide].
- (1975): *Ensayos filosóficos*, Madrid, Revista de Occidente.
- BADER, F. (1962): *La formation des composées nominaux du latin*, París, Les belles Lettres.
- BAGORDO, A. (2001): *Beobachtungen zur Sprache des Terenz (Mit besonderer Berücksichtigung der umgangssprachlichen Elemente)*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.
- BARBINI, M.A. (1966): «Interferenze fra imperativi e interiezioni», *GIF*, 19, 357-363.
- BARRAULT, E. (1853): *Traité des synonymes de la langue latine*, París.
- BASEVI, C. (1985): «Vocabulario litúrgico del *Itinerarium Egeriae*», *Helmantica*, 36, 9-38.
- BASANOFF, V. (1947): *Evocatio: étude d'un rituel militaire romain*, París, PUF.
- BASSOLS DE CLIMENT, M. (1973): *Sintaxis latina* (I- II), Madrid, CSIC.
- BASTIAENSEN, A. (1973): «Sur quelques oraisons du Missel Romain», en *Mélanges Christine Mohrmann. Nouveau recueil offert par ses anciens élèves*, Utrecht-Anvers, Spectrum, 140-163.
- BATES, E. (1976): *Language and Context: the Acquisition of Pragmatics*, Nueva York, Academic Press.
- BAUMAN, R. & J. SHEREZER (eds.) (1974): *Explorations in the Ethnography of Speaking*, Cambridge, Cambridge University Press.
- BAYET, J. (1984): *La religión romana. Historia política y psicológica*, Madrid, Ediciones Cristiandad.
- BENVENISTE, É. (1948): «Notes de vocabulaire latin», *RPh*, 22, 117-126.

- (1966): «Don et échange dans le vocabulaire indo-européen», en *id. Problèmes de linguistique générale*, Paris, Gallimard, 315-326.
- (1969): *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, Paris, Minuit.
- (1971): *Problemas de lingüística general*, (I-II), México, S. XXI.
- BERNARDI, A. (1963): «Pregiera antica», *Realtà Nuova*, 28, 332-341.
- BLAKEMORE, D. (1992): *Understanding Utterances. An introduction to Pragmatics*, Oxford-Cambridge, Blackwell.
- BLUM-KULKA, S. (1987): «Indirectness and politeness in requests: same or different?», *Journal of Pragmatics*, 11, 131-146.
- BLUM-KULKA, S., J. HOUSE & G. KASPER (1989): «Investigating cross-cultural pragmatics: an introductory overview», en S. BLUM-KULKA *et al.* (eds.), 1-34.
- BLUM-KULKA, S. *et al.* (eds.) (1989): *Cross-cultural Pragmatics: requests and apologies*, Norwood, N.J. Ablex.
- BLUTNER, R. (1998): «Lexical Pragmatics», *Journal of Semantics*, 15, 115-162.
- BOCCALI, G. (1971): «Le fonti indoeuropee del lessico latino», *RIL*, 105, 479-522.
- BOELS-JANSSEN, N. (1996): «Formules rituelles et formulation littéraire», en J. DANGEL & C. MOUSSY (eds.), *Les structures de l'oralité en latin (Colloque du Centre Alfred Ernout; Université Paris IV; 2, 3 et 4 juin 1994)*, Paris, PUPS, 281-289.
- BOLKESTEIN, A.M. (1976^a): «The relationship between form and meaning of Latin subordinate clauses governed by *verba dicendi*», *Mnemosyne*, 29, 155-175; 268-300.
- (1976^b): «*AcI* and *ut* clauses with *verba dicendi* in latin», *Glotta*, 54, 263-291.
- (1977): «Part II: The differences between free and obligatory *ut*-clauses», *Glotta*, 55, 231-250.
- (1980): *Problems in the description of modal verbs. An investigation of latin*, Assen, Van Gorcum.
- (1998): «Between brackets: (some properties of) parenthetical clauses in latin. An investigation of the language of Cicero's letters», en R. RISSELADA (ed.), *Latin in use. Amsterdam studies in the pragmatics of Latin*, Amsterdam, J. C. Gieben, 1-17.
- BONFANTE, G. (1977): «I verbi di piangere in latino e nelle lingue romanze», *AGI*, 62, 98-104.

- BOSCOLO, V. (1986): «L'invocazione ad Iside (Apuleyo, *Met.* IX, 2)», *Acme*, 39(1), 25-42.
- BOSQUE, I. & V. DEMONTE (eds.) (1999): *Gramática Descriptiva de la Lengua Española*, Madrid, Espasa.
- LE BOURDELLÈS, H. (1979): «Le flamme et le brahmane. Nature de la fonction. Étymologie», *REL*, 57, 69-84.
- (1980): «Une confirmation sur le problème *flamen-brahman*», *REL*, 58, 124-125.
- BRAVO, G. (1997): «El ritual de la “*proskynesis*” y su significado político y religioso en la Roma imperial (Con especial referencia a la Tetrarquía)», *Gerión*, 15, 177-191.
- BROCCIA, G. (1982): «Appunti sull'ultimo Plauto. Per l'interpretazione del *Truculentus*», *WS*, 95, 149-164.
- BROWN, P. & S.C. LEVINSON (1987): *Politeness. Some Universals in language usage*, Cambridge, Cambridge University Press [Reedición con correcciones, nueva introducción y bibliografía de «Universals in language usage: politeness phenomena», en E. GOODY (ed.) (1978): *Quaestions and politeness: strategies in social interaction*, Cambridge, Cambridge University Press, 56-311].
- BROWN, R. & A. GILMAN (1960): «Pronouns of power and solidarity», en T.A. SEBEEK (ed.), *Style in Language*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 253-276.
- BRUNER, J. (1975): «The ontogenesis of speech acts», *Journal of Child Language*, 2, 1-20.
- BURKHARDT, A. (ed.) (1990): *Speech Acts, Meanings and intentions. Critical Approaches to the Philosophy of John R. Searle*, Berlín-Nueva York, W. de Gruyter.
- BURRIS, E.E. (1930^a): «The objects of a Roman's prayer», *Classical Weekly*, 23 (14), 105-109.
- (1930^b): «The magic elements in the Roman prayers», *CPh*, 25, 47-55.
- CABA, J. (1980): *Pedid y recibiréis. La oración de petición en la enseñanza evangélica*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- CALBOLI, G. (1964-1965): «La sinonimia latina fino alla prosa classica», *Quaderni dell'Istituto di Glottologia (Università degli Studi di Bologna)*, 8, 21-66.
- (1966-1968): «I modi del verbo greco e latino, 1903-1966», *Lustrum*, 11, 173-349; 13, 405-511.

- (2002): «Les modes dans les langues indo-européennes acienes», en M. FRUTY & C. MOUSSY (eds.), 53-63.
- CALLEBAT, L. (ed.) (1995): *Latin Vulgaire – Latin Tardif IV. Actes du IV^e Colloque sur le latin vulgaire et tardif*, Hildesheim-Zurich-Nueva York, Olms-Weidemann.
- CANO, S. (1982): «*Defixio y deuotio*», *Estudios de Filología Latina*, 2, 3-12.
- CANO AGUILAR, R. (1981): *Estructuras sintácticas en el español actual*, Madrid, Gredos.
- DI CAPUA, F. (1953): «Osservazioni sulla lettura e sulla preghiera ad alta voce presso gli antichi», *RAAN*, 28, 59-99.
- CARNEY, T.F. (1964): «The words *sodes* and *quaeso* in Terentian usage», *AClass*, 7, 57-63.
- MCCARTHY, K. (2000): *Slaves, masters and the art of authority in Plautine Comedy*, Princeton-Oxford, Princeton University Press.
- MCCARTNEY, E.S. (1948): «Notes on reading and praying audibly», *CPh*, 184-187.
- CASAS GÓMEZ, M. (1991): «Panorama de la semántica en la filología latina española contemporánea», *ExcPhilol*, 1, 113-153.
- CASTELLO, C. (1967): «Il problema evolutivo della *adrogatio*», *SDHI*, 33, 129-162.
- CATON, C.E. (ed.), (1963): *Philosophy and ordinary language*, Chicago-Londres, University of Illinois Press-Urbana.
- CÈBE, J.-P. (1966): *La caricature et la parodie dans le monde Romain antique des origines à Juvenal*, París, De Boccard.
- CHAPOT, F. & B. LAUROT (2001): *Corpus de prières grecques et romains*, Turnhout, Brepols.
- CLARK, H. & P. LUCY (1975): «Understanding what is meant from what is said: a study in conversationally conveyed requests», *Journal of verbal learning and verbal behavior*, 14, 56-72.
- CODOÑER, C. (1992): *Isidorus Hispalensis, De differentiis I*, París, Les Belles Lettres.
- COLE, P. & J.L. MORGAN (eds.) (1975): *Syntax and Semantics, vol. 3: Speech Acts*, Nueva York, Academic Press.
- CONDE SALAZAR, M. (2003): «Proceso de fijación de algunas lexías complejas», *CFC(ELat)*, 23, 7-35.
- CORLU, A. (1966): *Recherches sur les mots relatifs a l'idée de prière, d'Homere aux tragiques*, París, Klincksieck.

- COSERIU, E. (1981²): *Principios de semántica estructural*, Madrid, Gredos.
- (2000): «Bréal: su lingüística y su semántica», en *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad. Congreso Internacional de Semántica (Universidad de la Laguna, 1997)*, I, Madrid, Ed. Clásicas, 21-43.
- CRAMPON, M. (1985): *Salve lucrum ou L'expression de la richesse et de la pauvreté chez Plaute*, París, Les Belles Lettres.
- CRESPO GÜEMES, E. (1997): «Delbrück y la sintaxis de los modos», en E. CRESPO y J.L. GARCÍA RAMÓN (eds.), *Berthold Delbrück y la sintaxis indoeuropea hoy. Actas del Coloquio de la Indogermanische Gesellschaft (Madrid, 21-24 de septiembre de 1994)*, Madrid-Wiesbaden, Ediciones de la UAM-Dr. Ludwig Reichert Verlag, 27-61.
- CURCÓ, C. (1998): «¿No me harías un favorcito?: reflexiones en torno a la expresión de la cortesía verbal en el español de México y el español peninsular», en H. HAVERKATE, G. MULDER & C. FRAILE MALDONADO (eds.), 129-171.
- D&S = DAREMBERG, Ch. & E. SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités grecques et latines d'après les textes et les monuments* (10 vols.), París, Hachette, 1987ss.
- DANGEL, J. (1997): «Le *carmen* latin: rhétorique, poétique et poesie», *Euphrosyne*, 25, 113-131.
- DANKER, F.W. (1997): «Catullus 34: A prayer to Diana by C. Valerius Catullus», en M. KILEY *et al.* (eds.), 139-143.
- DELBECQUE, N. & B. LAMIROY (1999): «La subordinación sustantiva: Las subordinadas enunciativas en los complementos verbales», en I. BOSQUE & V. DEMONTE (eds.), 1965-2082.
- DELGADO SANTOS, J.A. (1996): *El campo verbal de la aprehensión en el latín arcaico y clásico*, Universidad de Córdoba, Servicio de publicaciones.
- DEREMETZ, A. (1994): «La prière en représentation à Rome. De Mauss à la pragmatique contemporaine», en *Parler aux dieux. Essais de pragmatique religieuse*, RHR, 211, 141-165.
- DESBORDES, F. (1984): «Actes de langage chez Varron?», en S. AUROUX *et al.* (eds.), *Materiaux pour une histoire des theories linguistiques*, Lille, PUL, 147-154.
- DÍAZ TEJERO, A. (1973): «La frase interrogativa como modalidad», *RSEL*, 3 (1), 95-116.

- DICKEY, E. (2002): *Latin forms of address. From Plautus to Apuleius*, Oxford, Oxford University Press.
- DIK, S.C. (1989-1997): *The Theory of Functional Grammar (I-II)*, Berlín-Nueva York, Mouton de Gruyter.
- VON DÖDERLEIN, L. (1836): *Lateinische Synonymie und Etimologien*, Leipzig.
- DOMÍNGUEZ DOMÍNGUEZ, J.F. (1995), *Lexemática latina*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones.
- DORIVAL, G. (2000): «Païens en prière», en G. DORIVAL & D. PRALON, *Prières méditerranéennes hier et aujourd'hui*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 87-101.
- DRAE: Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, 1992²¹.
- DUFON, M.A., G. KASPER, S. TAKAMASHI & N. YOSHINAGA (1994): «Bibliography in linguistic politeness», *Journal of Pragmatics*, 21, 527-578.
- DUMÉZIL, G. (1974²): *La religion romaine archaïque, avec un appendice sur la religion des Étrusques*, París, Payot.
- DUPLÁ, A. (2003): *La República romana arcaica*, Madrid, Síntesis.
- ELMER, H.C. (1898): *Studies in Latin moods and tenses*, Cornell Studies in Classical Philology, IV, The MacMillan Company, New York [Reimpresión a cargo de Johnson Reprint Corporation, Londres-Nueva York, sin especificación de año].
- ENGELBRECHT, A. (1902): «Zwei alte Gebetsformeln bei Macrobius», *WS*, 24, 478-484.
- E&M = ERNOUT. A. & A. MEILLET (1994): *Dictionnaire etymologique de la langue latine. Histoire des mots*, París, Klincksieck.
- ERNOUT, A. (1954): *Aspects du vocabulaire latin*, París, Klincksieck.
- ERVIN-TRIPP, S. (1976): «Is Sybil there? The structure of American English directives», *Language in society*, 5, 25-66.
- ERVIN-TRIPP, S., A. STRAGE, M. LAMPERT & N. BELL (1987): «Understanding requests», *Linguistics*, 25, 107-143.
- ESCANDELL VIDAL, M^a.V. (1988): *La interrogación en español* (Tesis doctoral), Universidad Complutense de Madrid, Servicio de reprografía.
- (1993): *Introducción a la pragmática*, Barcelona-Madrid, Anthropos-UNED.

- (1995): «Cortesía, fórmulas convencionales y estrategias indirectas», *RSEL*, 25 (1), 31-66.
- (1998): «Cortesía y relevancia», en H. HAVERKATE, G. MULDER & C. FRAILE MALDONADO (eds.), 7-24.
- (1999): «Los enunciados interrogativos. Aspectos semánticos y pragmáticos», en I. BOSQUE & V. DEMONTE (eds.) (1999), 3929-3992.
- ESCOBEDO RODRÍGUEZ, A. (1980): «Estructura funcional del campo 'hablar' en español», *RSEL*, 10 (1), 113-134.
- (1992): *El campo léxico 'hablar' en español*, Universidad de Granada, Servicio de publicaciones.
- ÉVRARD, É. (1995): «L'environnement syntaxique du verbe *imperare* chez César et chez Cicéron», en *De usu. Études de syntaxe latine offertes à Marius Lavency*, *CILL*, 70, 115-130.
- (2001): «Les cooccurrences des verbes *imperare* et *iubere*», en C. MOUSSY (ed.), 723-733.
- FARAONE, C.A. & D. OBBINK (eds.) (1991): *Magika Hiera. Ancient greek magic and religion*, Nueva York-Oxford, Oxford University Press.
- FARAONE, C.A. (1991): «The agonistic context of early Greek binding spells», en C.A. FARAONE & D. OBBINK (eds.), 3-32.
- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, C. (1986): *La categoría verbal "modo" en Plauto*, Sevilla, Alfar.
- FLOBERT, P. (1975): *Les verbes déponents latins des origines à Charlemagne*, Paris, Les Belles Lettres.
- (1978): «La composition verbale en latin», *Étrennes de Septantaine. Travaux de linguistique et de grammaire comparée offerts à Michel Lejeune par un groupe de ses élèves*, Paris, Klincksieck, 85-94.
- FREYBURGER, G. (1977): «La supplication d'action de grâces dans la religion romaine archaïque», *Latomus*, 283-315.
- (1978): «La supplication d'action de grâces sous le Haut-Empire», *ANRW*, II, 16, 2, 1418-1439.
- (1986): *Fides. Étude sémantique et religieuse depuis les origines jusqu'à l'époque augustinienne*, Paris, Les Belles Lettres.

- (1988): «Supplication grecque et supplication romaine», *Latomus*, 47, 501-525.
- (2000): «Prière et magie à Rome», en *La magie. Actes du Colloque International de Montpellier (25-27 mars 1999)*, tomo III: *Du monde latin au monde contemporain*, Montpellier, Université Paul-Valéry, 5-13.
- (2001): «Prière silencieuse et prière murmurée dans la religion romaine», *REL*, 79, 26-36.
- FREYBURGER, G. & L. PERNOT (2000): *Bibliographie analytique de la prière grecque et romaine (1898-1998)*, Turnhout, Brepols.
- FRUYT, M. (1996): «La délocutivité. La notion et ses réalisations en latin», en A. BAMMESBERGER & F. HEBERLEIN (eds.), *Akten des VIII. internationalen Kolloquiums zur lateinischen Linguistik*, Heidelberg, C. Winter, 487-499.
- (1997): «Les verbes délocutifs selon É. Benveniste» en *Émile Benveniste, vingt ans après (Actes du Colloque de Cerisy la Salle (12-19 août 1995))*, organisé par M. Arrivé et C. Normand), numéro especial de la revista *LYNX* (Paris-X), 61-71.
- (1998): «La grammaticalisation en latin», en B. GARCIA-HERNANDEZ (ed.), 877-890.
- FRUYT, M. & C. MOUSSY (eds.) (1996): *Structures lexicales du latin (Actes de la table ronde du VII^e Colloque international de linguistique latine; Jerusalem, 4-1993)*, Paris, PUPS.
- FRUYT, M. & C. MOUSSY (eds.) (2002): *Les modalités en latin. (Colloque du Centre Alfred Ernout, Université de Paris IV; 3, 4 et 5 juin 1998)*, Paris, PUPS.
- FUGIER, H. (1963): *Recherches sur l'expression de sacré dans la langue latine*, Paris, Les Belles Lettres.
- GAIDE, F. (2002): «Quelques réflexions à propos des modalités épistémiques, appréciatives et injonctives dans les textes médicaux latins», en M. FRUYT & C. MOUSSY (eds.), 67-75.
- LE GALL, J. (1976): «Euocatio», en *L'Italie préromaine et la Rome Républicaine*, vol. I [= *Mélanges offerts à Jacques Heurgon*], Roma, École Française de Rome, Palais Farnèse, 519-524.
- GARCÍA CALVO, A. (1957): «Una interpretación del Carmen arval», *Emerita*, 25(2), 387-448.

- GARCÍA DE LA FUENTE, O. (1995): «Notes de sémantique biblique latine: le verbe *adorare*», en L. CALLEBAT (ed.), 219-236.
- GARCÍA-HERNÁNDEZ, B. (1976): *El campo semántico de 'ver' en la lengua latina. Estudio estructural*, Universidad de Salamanca, Secretariado de Publicaciones.
- (1977): «El sistema del aspecto verbal en latín y en español», *SPhS*, 1, 65-114.
- (1978^a): «Relaciones clasemáticas en el sistema preverbal latino», *SPhS*, 2, 147-158.
- (1978^b): «Desarrollo polisémico del preverbo *sub-* y su posición en el sistema preverbal», *Helmantica*, 29, 41-50.
- (1980): *Semántica estructural y lexemática del verbo*, Reus, Avesta.
- (1981): «Proporcionalidad y relaciones clasemáticas», en W. DIETRICH & H. GECKELER (eds.), *Logos semantikos. Studia linguistica in honorem Eugenio Coseriu, III: Semántica*, Madrid, Gredos, 23-35.
- (1985): «Los verbos intensivo-frecuentativos latinos. Tema y desarrollo sufijal», en J.L. MELENA (ed.), *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, 227-243, Vitoria, Universidad del País Vasco.
- (1987): «Estructuras léxicas en los epigramas de Marcial», en *Actas del Simposio sobre Marco Valerio Marcial*, Diputación provincial de Zaragoza, 241-258.
- (1989): «Les preverbes latins. Notions latives et aspectuelles», en M. LAVENCY & D. LONGRÉE (eds.), 149-159.
- (1991^a): «The lexical system of intersubjective and intrasubjectives relationships», en E. COLEMAN (ed.), *New studies in Latin linguistics. Selected papers from the 4th International Colloquium on Latin Linguistics*, Amsterdam-Filadelfia, J. Benjamins, 379-392.
- (1991^b): «La prefijación verbal latina», en L. FERRERES (ed.), *Actes del IX^e Simposi de la Secció Catalana de la SEEC, Treballs en honor de Virgilio Bejarano*, Universitat de Barcelona, 17-29.
- (1992^a): «El dativo con *sum* ¿un dativo específico?», en *Humanitas. In honorem Antonio Fontán*, Madrid, Gredos, 63-69.
- (1992^b): «El dativo con *sum* y la vulgarización de la noción de posesión», *RSEL*, 22, 325-337.
- (1993): «Die komplementäre Beziehung zwischen *mihi est* und *habeo*. Ihre historische Entwicklung», *IF*, 98, 186-199.

- (1994): «From lexemics to syntax: the double accusative with *doceo* and the dative with *sum*», en J. HERMAN (ed.), 379-392.
- (1995): «La expresión de la noción verbal de posesión del latín al romance», en L. CALLEBAT (ed.), 323-336.
- (1996): «Modificación prefijal y régimen sintáctico. El testimonio de Arusiano Mesio», en R. RISSELADA, J.R. DE JONG y A.M. BOLKESTEIN (eds.), *On Latin. Linguistic and Literary Studies in Honour of Harm Pinkster*, Amsterdam, J. C. Gieben, 25-43.
- (1997): *Descartes y Plauto. La concepción dramática del sistema cartesiano*, Madrid, Tecnos.
- (1997-1998): «Semántica léxica: significado primario y significados secundarios», *Voces*, 8-9, 293-318.
- (1998^a): «Clases semánticas y modificación prefijal en la estructura de campo», en G. WOTIAK (coord.), *Teoría del campo y semántica léxica [Studien zur romanischen Sprachwissenschaft und interkulturellen Kommunikation, Band I]*, Frankfurt am Main-Berlín-Berna-Nueva York-París-Viena, Peter Lang, 29-47.
- (1998^b): «*Nomina relatiua*. Termes complémentaires chez les grammairiens latins», en C. MOUSSY & M. BARATIN (eds.), *Conceptions latines du sens et de la signification (Lingua Latina, 5)*, París, PUPS, 143-154.
- (2000): «Complementariedad intersubjetiva y secuencia intrasubjetiva. Desplazamientos históricos», en *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad. Congreso Internacional de Semántica (Universidad de la Laguna, 1997)*, I, Madrid, Ed. Clásicas, I, 45-64.
- (2001^a): *Gemelos y Sosias. La comedia de doble en Plauto, Shakespeare y Moliere*, Madrid, Ed. Clásicas.
- (2001^b): «Las estructuras de campo y clase. El campo semántico de *parere*», en C. MOUSSY (ed.), 735-753.
- (2002^a): «Desarrollo y perspectivas de la teoría de campo semántico en la lengua latina», en A. BERNABÉ et al. (eds.), *Presente y futuro de la Lingüística en España. La Sociedad de Lingüística, 30 años después (Actas del II congreso de la Sociedad Española de Lingüística; Madrid, 11-15 de diciembre de 2000)* I, Madrid, SEL, 92-109.

- (2002^b): «Los nombres del dativo y la función del destinatario», en A. M. BOLKESTEIN *et al.* (eds.), *Theory and Description in Latin Linguistics. Selected papers from the XIth International Colloquium on Latin Linguistics (Amsterdam, June 24-29, 2001)*, Amsterdam, J.C. Gieben, 139-152.
- (2003): «*Alo: aboleo, adoleo y deleo*. Un grupo lexemático mal reconocido», en J.M^a. NIETO IBÁÑEZ (coord.), *Logos Hellenikós. Homenaje al Profesor Gaspar Morocho Gayo*, I, Universidad de León, Secretariado de Publicaciones, 105-121.
- GARCÍA-HERNÁNDEZ, B. (ed.) (1998): *Estudios de Lingüística Latina. Actas del IX Coloquio Internacional de Lingüística Latina*, Madrid, Ed. Clásicas.
- GARCÍA JURADO, F. (1995): «Estructuras léxicas complejas en latín: la oposición entre *sumo* y *accipio* con respecto a *do*, y entre *cedo* y *fugio* con respecto a *fugo*», *RSEL*, 25, 1, 143-156.
- (2003): *Introducción a la semántica latina. De la semántica tradicional al cognitivismo*, (CFC. ELat, Anejos I) Madrid, Universidad Complutense, Servicio de Publicaciones.
- GARCÍA JURADO, F. & R. LÓPEZ GREGORIS (1995): «Las ‘metáforas de la vida cotidiana’ en el lenguaje plautino como procedimiento de caracterización de los personajes», *SIFC (Terza Serie)*, 13, 233-245.
- GARCÍA MACHO, M^a.L. & R. PENNY (2001): *Gramática histórica de la lengua española: Morfología*, Madrid, UNED.
- GARRIDO MEDINA, J. (1999): «Los actos de habla. Las oraciones imperativas», en I. BOSQUE & V. DEMONTE (eds.) (1999), 3879-3928.
- GAVOILLE, L. (1998): «*Dictum* et les énoncés performatifs», en B. BUREAU & Ch. NICOLAS, *Moussylanea. Mélanges de linguistique et de littérature anciennes offerts à Claude Moussy*, Lovaina-París, Peeters, 231-243.
- (2001): «*Orare* signifie-t-il ‘parler’?», en C. MOUSSY (ed.), 787-800.
- GECKELER, H. (1976): *Semántica estructural y teoría del campo léxico*, Madrid, Gredos.
- GEIS, M.L. (1995): *Speech Acts and Conversational Interaction*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GENTILI, B. (1953): «Seneca, *Medea*, v. 680», *RFIC*, 31, 129-131.
- GIANCOTTI, F. (1952): «Note alle tragedie di Seneca», *RFIC*, 30, 149-172.

- GIRÓN ALCONCHEL, J.L. (1995): «Texto, gramática e historia: la codificación del acto ilocutivo en la interrogativa indirecta», *RSEL*, 25 (1), 1-29.
- GONZÁLEZ VÁZQUEZ, M^a.C. (1996): «*Opus, opera y labor* en latín arcaico y clásico: estudio semántico estructural», en *Omaggio in onore G. Cevolano. Studi del Liceo-Ginnasio Statale di Cento*, 12, 189-236.
- (2004): *Diccionario de teatro latino. Léxico, dramaturgia, escenografía*, Madrid, Ed. Clásicas.
- GORDON, O. & G. LAKOFF (1971): «Conversational Postulates», en *Papers from the Seventh Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, 63-84 [también en P. COLE & J. L. MORGAN (eds.) (1975), 83-106].
- GRAF, F. (1991): «Prayer in magic and religious ritual», en C.A. FARAONE & D. OBBINK (eds.), 188-213.
- (1994): *La magie dans l'antiquité gréco-romaine. Ideologie et pratique*, París, Les Belles Lettres.
- GRASSI, C. (1963): «Imperativo presente e aoristo nelle preghiere agli dèi», *SIFC*, 35, 186-198.
- GREIMAS, A.J. (1971): *Semántica estructural. Investigación metodológica*, Madrid, Gredos.
- GRICE, H.P. (1989): *Studies In the Way of Words*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- GRIFFE, M. (1989): «*Ita me di ament (ut...)*. Une formule de serment en latin ancien», *Lalies*, 7, 289-298.
- GUITTARD, Ch. (1980): «L'expression du verbe de la prière dans le *carmen* latin archaïque», en R. BLOCH (ed), *Recherches sur les religions de l'antiquité classique*, 10, París, Champion, 395-403.
- (1981^a): «Aspects épiques de la première décade de Tite-Live: le rituel de la *deutio*», en R. CHEVALLIER (ed.), *Colloque de l'épopée gréco-latine et ses prolongements européens. Calliope II, Caesarodunum*, 14bis, 33-44.
- (1981^b): «L'expression du délit dans le rituel archaïque de la prière», en *Le délit religieux dans la cité antique (Table ronde, Rome, 6-7 avril 1978)*, École Française de Rome, Roma, 9-20.

- (1985): «La tradition oraculaire etrusco-latine dans ses rapports avec le vers saturnien et le *carmen* primitif», en *La divination dans le monde etrusco-italique, I, Caesarodunum*, 52, 33-55.
- (1986): «Haruspicine et *deutio: caput iocineris a familiari parte caesum* (Tite-Live, VIII, 9, 1)», en *La divination dans le monde etrusco-italique, III, Caesarodunum*, 56, 49-67.
- (1987): «Pline et la classification des prières dans la religion romaine (N. H. 28, 10-21)», *Helmantica*, 157-170 [también en J. PIGEAUD & J. OROZ (eds.), *Pline L'Ancien témoin de son temps. Conuentus Pliniani internationalis Namneti 22-26 Oct. 1985 habiti acta*, Salamanca-Nantes, 1987, 473-486].
- (1995): *Recherches sur le carmen et la prière dans la littérature latine et la religion romaine*, Thèse d'Etat, Université de Paris IV, 6 vols. (inérita).
- (1998): «Invocations et structures théologiques dans la prière à Rome», *REL*, 76, 71-92.
- (2001): «*Carmen* et *Carmenta*: chant, prière et prophétie dans la religion romaine», en P. BRULE & Ch. VENDRIES (eds.), *Chanter les dieux. Musique et religion dans l'Antiquité grecque et romaine (Actes du Colloque des 16, 17 et 18 décembre 1999, Rennes et Lorient)*, Presses Universitaires de Rennes, 173-181.
- (2002): «*Siue deus siue dea*: les Romains pouvaient-ils ignorer la nature de leurs divinités?», *REL*, 80, 25-54.
- GUSMANI, R. (1980-1981): «*Latino postulare*», *ILing*, 6, 109-110.
- GUTIÉRREZ ORDÓÑEZ, S. (1992): *Introducción a la semántica funcional*, Madrid, Síntesis.
- (1999): «Los dativos», en I. BOSQUE & V. DEMONTE (eds.), 1855-1930.
- HADZSITS, G.D. (1908): «Significance of worship and prayer among the epicureans», *TAPhA*, 39, 73-88.
- HALKIN, L. (1953): *La supplication d'action de grâces chez les romaines*, Paris, Les Belles Lettres.
- HAMMAN, A. (1980): «La prière chrétienne et la prière païenne, formes et différences», *ANRW*, 23, 2, 1190-1247.
- HANSON, J.A. (1959): «Plautus as a source book for Roman religion», *TAPhA*, 90, 48-101.

- HAVERS, H. (1956): «Zum primitiven Gebetegoismus», *Latomus*, 23 [= *Hommages à Max Niedermann*], 159-163.
- HAVERKATE, H. (1979): *Impositive sentences in Spanish. Theory and description in Linguistic Pragmatics*, Amsterdam, North-Holland.
- (1987): «La cortesía como estrategia conversacional», *Diálogos Hispánicos*, 6, 27-63.
- (1994): *La cortesía verbal. Estudio pragmlingüístico*, Madrid, Gredos.
- (1998): «La contextualización discursiva como factor determinante de la realización del acto de habla interrogativo», en H. HAVERKATE, G. MULDER & C. FRAILE MALDONADO (eds.), 173-209.
- HAVERKATE, H., G. MULDER & C. FRAILE MALDONADO (eds.) (1998): *La pragmática lingüística del español. Recientes desarrollos*, *Diálogos Hispánicos*, 22.
- HAVERLING, G. (2000): *On sco-verbs, prefixes an semantic functions. A study in the development of prefixed and unprefixed verbs from early to late Latin*, Gotemburgo, Acta Universitatis Gothoburgensis.
- HEILER, F. (1921³): *Das Gebet. Eine religionsgeschichtliche und religionspsychologische Untersuchung*, Múnich, Reinhardt.
- HELLEGOUARC'H, J. (1963): *Le vocabulaire latin des relations et des partis politiques sous la République*, París, Les Belles Lettres.
- (1989): «*Parce precor...* ou Tibulle et la prière. Étude stylistique», *ICS*, 14 (1-2), 50-68.
- HERMAN, J. (ed.) (1994): *Linguistic studies on Latin. Selected papers from the 6th International Colloquium on Latin Linguistics*, Amsterdam-Filadelfia, J. Benjamins.
- HERNANDO BALMORI, C. (1933): «Observaciones para el estudio de los verbos deponentes», *Emerita*, 1, 1-77.
- HERNANZ, M^a.L.I. (1999): «El infinitivo», en I. BOSQUE & V. DEMONTE (eds.), 2197-2356.
- HERRERA HERMOSILLA, J.C. (1994): «*Hercle, edepol y mecator*. Su utilización por sexos en la lengua latina», en *Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, Ed. Clásicas, 607-612.
- HICKSON, F.V. (1986): *Voces precatum: the language of prayer in the History of Livy and the Aeneid of Vergil*, The University of North Carolina at Chapel Hill, UMI

- (University Microfilms International), [Reproducción facsímil del microfilm de su tesis doctoral y base de la obra publicada en 1993].
- (1993): *Roman prayer language. Livy and the Aeneid of Vergil*, Stuttgart, B. G. Teubner.
- (1997^a): «The oath of Aeneas: Vergil, Aeneid 12, 176-194», en M. KILEY *et al.* (eds.), 144-148.
- (1997^b): «A prayer of Scipio Africanus: Livy 29, 27, 2-4», en M. KILEY *et al.* (eds.), 149-154.
- HOFMANN, J.B. (1958): *El latín familiar*, (trad. J. Corominas), Madrid, CSIC, Manuales y anejos de *Emerita*, XV.
- HOFFMANN, M^a.E. (1983): «Conversation openings in the comedies of Plautus», en H. PINKSTER (ed.), *Latin linguistics and linguistic theory, SLCS*, 12, Amsterdam, J. Benjamins, 217-226.
- HOFFMANN, S. (1980-1981): «Gebetsparodien in Plautus' Komödien», *Helikon*, 20-21, 207-218.
- VAN DER HORST, P.W. (1994): «Silent prayer in antiquity», *Numen*, 41, 1-25.
- HOUSE, J. & G. KASPER (1981): «Politeness markers in English and German», en F. COULMAS (ed.), *Conversational Routine: Explorations in standardized communication situations and prepatterned speech*, La Haya, Mouton, 157-185.
- ISEBAERT, L. (1992): «Spuren akrostatischer Präsensflexion im Lateinischen», en O. PANAGL & T. KRISCH (eds.), *Latein und Indogermanisch. Akten des Kolloquiums der Indogermanischen Gesellschaft (Salzburg 23.-26. September 1986)*, IBS, 86, 193-205.
- JAKOBOVITZ, L.A. & B. GORDON (1974): *The context of language teaching*, Rowley (Mass.), Newbury House.
- JEANNERET, R. (1973): *Recherches sur l'hymne et la prière chez Virgile. Essai d'application de la méthode d'analyse tagmémique à des textes littéraires de l'Antiquité*, Bruselas, AIMAV.
- JUSTUS, C.F. (1993): «Dislocated imperatives in the Indo-European prayer», *Word*, 44 (2), 273-294.

- KASHER, A. (1986): «Politeness and racionality», en J.D. JOHANSEN, & H. SONNE (eds.), *Pragmatics and Linguistics. Festschrift for Jacob L. Mey on his 60th Birthday*, Odense University Press, 103-114.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1991): *La question*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon.
- KELLER, M. (1992): *Les verbes latins à infectum en -sc-. Étude morphologique à partir des formations atestées dès l'époque préclassique*, Bruselas, Latomus.
- KILEY, M. et al. (eds.) (1997): *Prayer from Alexander to Constantine. A critical anthology*, Londres-Nueva York, Routledge.
- KLEINKNECHT, H. (1937): *Die Gebetsparodie in der Antike*, Hildesheim, Olms.
- KLINGHARDT, M. (1999): «Prayer formularies for public recitation. Their use and function in ancient religion», *Numen*, 46, 1-52.
- KOIKE, D.A. (1989): «Requests and the role of deixis in politeness», *Journal of pragmatics*, 13, 187-202.
- KROON, C. (1995): *Discourse particles in Latin. A study of nam, enim, autem, uero and at*, Amsterdam, J. G. Gieben.
- KURKE, L. (1989): «Pouring prayers: a formula of IE sacral poetry?», *JIES*, 17, 113-125.
- LAKOF, R. (1972): «Language in context», *Language*, 48 (4), 907-927.
- (1973): «The logic of politeness: or, minding your p's and q's», en *Papers from the Ninth Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Chicago, Chicago Linguistic Society, 292-305.
- LAVENTY, M. & D. LONGRÉE (eds.) (1989): *Actes du V^e Colloque de Linguistique Latine*, CILL, 15.
- LEECH, G.N. (1997): *Principios de pragmática*, Universidad de La Rioja, Servicio de Publicaciones.
- LEPORE, E. & R. VAN GULICK (eds.) (1991): *John Searle and his Critics*, Oxford, Basil Blackwell.
- LETOUBLON, F. (1980): «Le vocabulaire de la supplication en grec: performatif et dérivation délocutive. *Hikētēs* et *hikánō*, *litē* et *lissomai*», *Lingua*, 52, 325-336.
- LETOUBLON, F. & A. PIERROT (1981): «L'illocutoire en grec et dans les langues anciennes», en *Les différents types de marqueurs et la détermination des fonctions*

- des actes de langage en contexte. Actes du 1^{er} Colloque de Pragmatique de Genève (16-18 Mars 1981), II, CLF, 3, 125-147.*
- LEUMANN, M., J.B. HOFMANN & A. SZANTYR (1977): *Lateinische Grammatik*, C. H. Beck, Múnich.
- LEVINSON, S.C. (1983): *Pragmatics*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LODGE, G. (1971=1924): *Lexicum Plautinum*, Hildesheim, G. Olms.
- LÖFSTEDT, E. (1942²): *Syntactica. Studien und Beiträge zur historischen Syntax des Lateins*, I, Lund, Gleerup.
- LÖFSTEDT, L. (1966): *Les expressions du commandement et de la défense en Latin et leur survie dans les langues romaines*, Helsinki, Société Néophilologique.
- LINDSAY, W.M. (1988=1907): *Syntax of Plautus*, Osnabrück, Otto Zeller Verlag.
- LIV = RIX, H. (2001²): *Lexicon der Indogermanischen Verben*, Wiesbaden, Dr. Ludwig Reichert Verlag.
- LÓPEZ GREGORIS, R. (1998): «Casarse en latín. Determinación de la diátesis léxica matrimonial», *Emerita*, 66, 95-103.
- (2002): *El amor en la comedia latina. Análisis léxico y semántico*, Madrid, Ed. Clásicas.
- LÓPEZ KINDLER, A. (1967): «El subjuntivo independiente latino y las funciones elementales de la lengua», *Emerita*, 35, 109-136.
- LÓPEZ LÓPEZ, M. (1991): *Los personajes de la comedia plautina: nombre y función*, Lérida, Pagés.
- LÓPEZ MOREDA, S. (1987): *Los grupos lexemáticos de 'facio' y 'ago'. Estudio estructural*, Universidad de León, Servicio de publicaciones.
- LORENZO, E. (1966): «La expresión de ruego y mandato en español», en ID. *El español de hoy, lengua en ebullición*, Madrid, Gredos.
- LUDI, G. (1978): «Die Alternanz zwischen Dativ und Akkusativ bei 'prier', 'supplier', 'requerir' im 15. und 16. Jahrhundert», *VR*, 37, 160-192.
- LYONS, J. (1980): *Semántica*, Barcelona, Teide.
- MALDONADO GONZÁLEZ, C. (1999): «Discurso indirecto y discurso directo», en I. BOSQUE & V. DEMONTE (eds.), 3549-3596.

- MARCO SIMÓN, F. (1996): *Flamen dialis. El sacerdote de Júpiter en la religión romana*, Madrid, Ed. Clásicas.
- MARCOS CASQUERO, M.-A. (1990): Varrón, *De Lingua Latina*, Madrid, Anthropos.
- MARCOS PÉREZ, P.J. (1973): *La expresión de ruego y de mandato en la lengua inglesa*, Tesis doctoral (extracto), *Revista Filología Moderna*, Facultad de Filosofía y Letras, U.C.M.
- MARINER BIGORRA, S. (1957): «Estructura de la categoría verbal ‘modo’ en latín clásico», *Emerita*, 25, 449-486.
- (1965): «Noción básica de los modos en el estilo indirecto latino», *Emerita*, 33, 47-59.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, A.M^a. (1987): «Semántica y sociología. Análisis lexemático del matrimonio romano», *EHum*, 9, 179-204.
- (1995): «*Aliquem aliqua re donare / aliquid alicui donare*. Cuestiones de sintaxis semántica y pragmática», M^a.E. TORREGO *et al.* (eds.), 75-92.
- (1996^a): «Le fonctionnement des ‘*uerba promittendi*’ dans le champ sémantique de ‘donner’», en H. ROSEN (ed.), *Aspects on Latin. Papers from the 7th Colloquium on Latin Linguistics*, Innsbruck.
- (1996^b): «*Dare*, auxiliaire lexical en latin», en M. FRUYT & C. MOUSSY (eds.), 49-64.
- (1999): *Los verbos de “dar” en latín arcaico y clásico. Análisis estructural de un campo semántico*, Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Servicio de Publicaciones.
- (2002): «*Debeo*, verbe de modalité», en M. FRUYT & C. MOUSSY (eds.), 149-161.
- MARTÍN ZORRAQUINO, M.A. & J. PORTOLÉS LÁZARO (1999): «Los marcadores del discurso», en I. BOSQUE & V. DEMONTE (eds.), 4051-4214.
- MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, M. (1997): *Semántica del griego antiguo*, Madrid, Ed. Clásicas.
- MAROUZEAU, J. (1949): *Quelques aspects de la formation du latin littéraire*, París, Klincksieck.
- MAUSS, M. (1968): «La prière et les rites oraux», en *ÍD. Oeuvres, I (Les fonctions sociales du sacré)*, París, Minuit, 357-548.
- MEILLET, A. (1922): «*Latin procitum*», *BSL*, 23, 81-83.
- MELENA, J.L. (1984): «Dos lecciones sobre el verbo griego», *Tabona*, 285-342.
- DE MEO, C. (1986²): *Lingue tecnica del latino*, Bolonia, Pàtron.

- MESA SANZ, J.F. (1998a): «*Di me perdant si...* análisis de los llamados optativos aseverativos», *CFC(ELat)*, 14, 9-26.
- (1998b): «Estudio pragmático de *utinam* + subjuntivo», en B. GARCÍA-HERNÁNDEZ (ed.), 541-554.
- (1998c): *El deseo y el subjuntivo. Análisis de los actos de habla y el valor optativo en lengua latina*, Alicante, Universidad de Alicante.
- MIGNOT, X. (1969): *Les verbes denominatifs latins*, París, Klincksieck.
- (1981): «*Salutare* en latin, *saluer* en français sont-ils bien des verbes délocutifs?» *BSL*, 76, 327-344.
- (1985): «Y a-t-il des verbes délocutifs en latin», en Ch. TOURATIER (ed.), 505-511.
- MOHRMANN, Ch. (1961-1977): *Études sur le latin des chrétiens* (I-IV), Roma, Edizioni di Storia e Letteratura.
- MONTEIL, P. (1992): *Elementos de fonética y morfología del latín*, Universidad de Sevilla, Secretariado de Publicaciones.
- MORALEJO ÁLVAREZ, J.L. (1986): «Sobre los casos latinos», *RSEL*, 16, 293-323.
- (1995): «El dativo regido como complemento único», en M. E. TORREGO *et al.* (eds.), 95-102.
- MORANI, M. (1981): «*Latino sacer* e il rapporto uomo-dio nel lessico religioso latino», *Aevum*, 55, 30-46.
- MORRIS, E.P. (1897): «The subjunctive in independent sentences in Plautus » (I-III), *AJPh*, 18, 133-167; 275-301; 283-401.
- MOUSSY, C. (1966): *Gratia et sa famille*, París, PUF.
- (1992^a): «A propos de Catulle (44, 18 et 92, 3): le sens du verbe *deprecor*», *REL*, 69, 70-85.
- (1992^b): «La polysémie du verbe *litare*», *BSL*, 87 (1), 121-146.
- MOUSSY, C. (ed.) (2001): *De lingua Latina novae quaestiones. Actes du X^e Colloque International de Linguistique Latine (Paris-Sèvres, 19-23 avril 1999)*, Lovaina-París-Sterling (Virginia), Peeters.
- MULDER, G. (1998): «Un estudio empírico de los actos de habla directivos en español», en H. HAVERKATE, G. MULDER & C. FRAILE MALDONADO (eds.), 237-314.
- MUÑOZ NÚÑEZ, M^a.D. (2000): «De la neutralización al sincretismo en la consideración de algunos hechos de polisemia», en *Cien años de investigación semántica: de Michel*

Bréal a la actualidad. Congreso Internacional de Semántica (Universidad de la Laguna, 1997), I, Madrid, Ed. Clásicas, 743-752.

NADJO, L. (1989): *L'argent et les affaires à Rome des origines au II^e siècle avant J.-C. Étude d'un vocabulaire technique*, Lovaina-París, Peeters.

NORDEN, E. (1939): *Aus altrömischen priesterbüchern*, Lund, Gleerup.

NÚÑEZ, S. (1991^a): *Semántica de la modalidad en latín*, Universidad de Granada, Servicio de Publicaciones.

——(1991^b): «Hacia una tipología de los actos de habla directivos en latín», *Florilib*, 2, 357-375.

ORLANDINI, A. (1986): «Sur la possibilité d'une construction predicative avec le tour *uerbum uoluntatis* + object + participe parfait passif», en G. CALBOLI (ed.), *Papers on grammar*, Bolonia, CLUEB.

D'ORS, J.A. (1969): «La ley romana, acto de magistrado», *Emerita*, 37, 137-148.

——(1986): *Derecho privado romano*, Ediciones Universidad de Navarra (EUNSA).

VAN OOTEGHEM, J. (1964): «Lectisterne et supplication», *LEC*, 32, 390-395.

PALMER, L.R. (1956): «The concept of social obligation in Indo-European. A study in structural Semantics», en *Hommages à Max Niedermann. Latomus*, 23, 258-269.

——(1984): *Introducción al latín*, Madrid, Ariel.

PANHUIS, D.G.J. (1982): *The communicative perspective in the sentence. A study of latin word order*, Amsterdam-Filadelfia, J. Benjamins.

PASCUCCI, G. (1968): «Aspetti del latino giuridico», *SIFC*, 40, 3-43.

PASETTI, L. (1999): «La morfologia della preghiera nelle *Metamorfosi* di Apuleio», *Eikasmos*, 10, 247-271.

PERROCHAT, P. (1932): *Recherches sur le valeur et l'emploi de l'infinitif subordonné en latin*, París, Les Belles Letres.

PHILIPS III, C.R. (1997): «Cato the elder», en M. KILEY *et al.* (eds.), 128-132.

PIGHI, G.B. (1958): *La poesia religiosa romana (Testi e frammenti per la prima volta raccolti e tradotti da...)*, Bolonia, Zanichelli.

- (1965²): *De Ludis Saecularibus populi Romani Quiritium libri sex*, Amsterdam, Verlag P. Schippers N.V.
- (1967^a): «La preghiera romana», en R. BOCCASSINO (ed.), *La preghiera*, Milán, Ancora-Coletti, 596-676.
- (1967^b): *La religione romana*, Turín, Bottega d'Erasmus [Lezioni «Augusto Rostagni» a cura dell'Istituto di Filologia Classica dell'Università di Torino, III].
- PINKSTER, H. (1985): «Latin cases and valency grammar. Some problems», en Ch. TOURATIER, (ed.), 163-189.
- (1995): *Sintaxis y semántica del latín*, (trad. a cargo de M^a.E. Torrego & J. de la Villa), Madrid, Ed. Clásicas.
- PLEKET, H.W. (1981): «Religious history as the history of mentality: the 'believer' as servant of the deity in the Greek world», en H.S. VERSNEL (ed.), 152-192.
- PORTOLÉS, J. (2001²): *Marcadores del discurso*, Barcelona, Ariel.
- POTTIER, B. (2000): «Innovaciones en las teorías semánticas», *Cien años de investigación semántica: de Michel Bréal a la actualidad. Congreso Internacional de Semántica (Universidad de la Laguna, 1997)*, I, Madrid, Ed. Clásicas, 83-97.
- PRIMMER, A. (1992): «Der 'Geizege' bei Menander und Plautus», *WS*, 105, 69-127.
- PULLEYN, S. (1997): *Prayer in Greek religion*, Oxford, Clarendon Press.
- RAMELLI, I. (2002): *Studi su Fides. Premessa alle traduzioni di E. Fraenkel, R. Heinze, P. Boyancé*, Madrid, Signifer Libros.
- RAMOS PASALODOS, J.J. (2001): «El nominativo de autoridad», *CFC(ELat)*, 20, 9-45.
- RASCÓN GARCÍA, C. & J.M^a. GARCÍA GONZÁLEZ (1993): *Ley de las XII Tablas*, Madrid, Tecnos.
- RESINA, P. (1998): «El crimen *ambitus* en Plauto», en A. POCIÑA & B. RABAZA (eds.), *Estudios sobre Plauto*, Madrid, Ed. Clásicas, 231-260.
- RISSELADA, R. (1989): «Latin illocutionary parentheticals», en M. LAVENCY & D. LONGRÉE (eds.), 367-378.
- (1990): «Illocutionary functions and functional illocution», *WPFG*, 34.
- (1993): *Imperatives and other directive expressions in latin. A study in the pragmatics of a dead language*, Amsterdam, J. C. Gieben.

- (1994): «*Modo and sane, or what to do with particles in Latin directives*», en H. HERMAN (ed.), 319-343.
- ROCCARO, C. (1973): «*Tecnicismi sacrali e legali nelle tragedie di Ennio*», *Pan*, 1, 59-68.
- ROSÉN, H. (1981): *Studies in the Syntax of the Verbal noun in Early Latin*, Múnich, Wilhelm Fink Verlag.
- ROSS, J.R. (1970): «*On declarative sentences*», en R.A. JACOBS & P.S. ROSENBAUM (eds.), *Readings in English Transformational Grammar*, Waltham (Mass.), Blaisdell, 222-272.
- RUBIO, L. (1968): «*Los modos verbales latinos*», *Emerita*, 36, 77-96.
- RUBIO, L. & T. FERNÁNDEZ ROLÁN (1990³): *Nueva gramática latina*, Madrid, Coloquio.
- SADOCK, J.M. (1974): *Toward a Linguistic Theory of Speech Acts*, Nueva York, Academic Press.
- SÁNCHEZ MANZANO, M^a.A. (1991): *Estudio estructural de los verbos de la muerte en el latín arcaico y clásico*, Universidad de León, Secretariado de publicaciones.
- (1996): «*Observaciones sobre la modalidad impresiva en latín*», *CFC(ELat)*, 10, 29-43.
- (2002): «*Définition de la modalité impressive en latin*», en M. FRUYT & C. MOUSSY (eds.), 111-120.
- (2005): «*Aspectos sintácticos, semánticos y pragmáticos de la deliberación-decisión en latín*», en G. CALBOLI (ed.), *Papers on Grammar IX, 2 (Proceedings of the Twelfth International Colloquium on Latin linguistics, Bologna, 9-14 june 2003)*, Roma, Herder, 695-708.
- SÁNCHEZ SALOR, E. (1982): «*La construcción pasiva en los verbos latinos de tres lugares*», *Estudios de Filología Clásica*, 2, 177-191.
- SANDOZ, C. (1988): «*Autour de la racine indo-européene *pet- “voler” (pour servir à l’histoire des faits latins)*», *TRANEL*, 13, 7-13.
- SCHEID, J. (1987-1989): «*La parole des dieux. L’originalité du dialogue des Romains avec leur dieux*», *Opus*, 6-8, 125-136.
- (1990): *Romulus et ses frères. Le college des frères Arvales, modèle du culte public dans la Rome de empereurs*, Roma, École française de Rome, Palais Farnèse.
- (1998^a): *La religion des Romains*, Paris, Armand Colin.

- (1998^b): *Recherches archéologiques à La Magliana. Comentarîi fratrum Arualium qui supersunt. Les copies épigraphiques des protocoles annuels de la confrérie Arvale (21 av. -304 ap. J.-C.)*, Roma, École Française de Rome-Soprintendenza Archeologica di Roma.
- (2001²): *Religion et piété à Rome*, Paris, Albin Michel.
- (2005): *Quand faire c'est croire. Les rites sacrificiels des romains*, Paris, Aubier.
- SCHILLING, R. (1938): «Les origines de la Vénus romaine», *Latomus*, 17, 3-26, en ID. (1979), 290-313.
- (1954): *La Religion romaine de Vénus : depuis les origines jusqu'au temps d'Auguste*, Paris, Boccard
- (1965): «Die Sinnbezogenheit des Wortes *Venus* zu seinem Stamm verwandtenformen», *Hermes*, 93, 233-243, traducido como «La famille semantique des mots aparentés à *Venus*», en ID. (1979), 323-333.
- (1971): «L'originalité du vocabulaire religieux latin», *RBPPh*, 49, 31-54, en ID. (1979), 30-53.
- (1979): *Rites, cultes, dieux de Rome*, Paris, Klicksieck.
- SCHLIEBEN-LANGE, B. (1987): *Pragmática lingüística*, Madrid, Gredos.
- SCHOWALTER, D. (1997): «Written in a stone: a prayer to Augustus», en M. KILEY *et al.* (eds.), 159-164.
- SEAGAL, E. (1987²): *Roman laughter. The comedy of Plautus*, Nueva York-Oxford, Oxford Universtity Press.
- SEARLE, J. (1979): *Expression and Meaning*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (1975^a): «Una taxonomía de los actos ilocucionarios», versión castellana de Luis M. Valdés Villanueva, *Teorema*, 6 (1), 1976, 43-77.
- (1975^b): «Actos de habla indirectos», versión castellana de Luis M. Valdés Villanueva, *Teorema*, 7 (1), 1977, 23-53.
- (1980): *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, Madrid, Cátedra.
- SELDESLACHTS, H. (1993): «Notes d'étymologie latine», en L. ISEBAERT (ed.), *Miscellanea Linguistica Graeco-Latina*, Namur, Société des Études Classiques, 209-217.
- SMITH, G. (1999): *Reflexions sur le subjonctif latin archaïque et preclassique*, Dreux.

- SOFFRITTI, O. (1963): «*Indicativus pro imperativo*», *USB* (Universtità degli Studi di Bologna, Facoltà de Lettere e Filosofia), 55-95.
- STRAWSON, P. (1964): «Intention and Convention in Speech Acts», *PhR*, 73, 439-460.
- SZANTYR, A. (1971): «Über einige Fälle der semantischen Attraktion im Lateinischen. Zu *orare, obsecrari, uenerare* und zum *gratus* Problem», *Gymnasium*, 78, 1-47.
- SZNAJDER, L. (1989): «Les verbes introducteurs de completives au subjunctive sans conjoncteur en latin: étude d'un champ semantico-syntaxique», en M. LAVENCY & D. LONGREE (eds.), 411-422.
- (1995): «*Dico eum ire / dico ut eat*. À propos des verbes tantôt constatifs tantôt prescriptifs», en *De usu. Études de syntaxe latine offertes à Marius Lavency*, *CILL*, 70, 279-294.
- TAMBIAH, S.J. (1985): *Culture, thought and social action. An anthropological perspective*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- ThLL* = *Thesaurus Linguae Latinae*, Leipzig, 1900ss.
- THOMAS, F. (1935): «Le subjonctif latin à l'époque républicaine», *REL*, 13, 73-78.
- THOMAS, J.-F. (2002): «Observations sur l'expression de la modalité d'obligation chez Plaute», en M. FRUYT & C. MOUSSY (eds.), 95-109.
- TIMPANARO, S. (1988): «Alcuni tipi di sinonimi in asindeto in latino arcaico e loro sopravvivenze in latino classico», *RFIC*, 116, 257-297; 385-428.
- TORREGO, M^a.E. et al. (eds.) (1995): *Sintaxis del dativo latino. (Trabajos y discusiones. I Encuentro de Sintaxis Latina. La Cristalera, Miraflores de la Sierra-Madrid, 10-11 de junio de 1994)*, Barcelona, Universidad Autónoma de Madrid-Universitat de Barcelona.
- TORRICELLI, P. (1978): «I verbi essecutivi e la tradizione orale nel vocabolario latino della religione e del diritto», *SSL*, 18, 211-253.
- TOURATIER, Ch. (1977-1982): «Valeurs et fonctionnement du subjonctif latin», *REL*, 55, 370-406; 60, 313-335.
- (1994): *Syntaxe Latine*, Louvaine-la-Neuve, Peeters.
- TOURATIER, Ch. (ed.) (1985): *Syntaxe et latin. Actes du 2^{ème} Congrès International de Linguistique Latine (Aix-en-Provence, 28-31 mars 1983)*, Aix-en-Provence, Université de Provence, 1985.

- TSOHATZIDIS, S.L. (ed.) (1994): *Foundations of Speech Act Theory. Philosophical and Linguistic Perspectives*, Londres-Nueva York, Routledge.
- TURCAN, R. (1988): *Iconography of Religions*, XVII, 1: *La religion romaine*, 2: *Le culte*, Leiden, E. J. Brill.
- (2001): *Los cultos orientales en el mundo romano*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- UNCETA GÓMEZ, L. (2002): «La evolución semasiológica de la raíz indoeuropea *pet- ('volar') y su rica polisemia en la lengua latina», *CFL(ELat)*, 22, 309-331.
- (en prensa): «Peticiones y preguntas: interferencias entre dos nociones comunicativas afines y su reflejo en el léxico latino», en *Actas del XI Congreso de la Sociedad Española de Estudios Clásicos (Santiago de Compostela, 15-20 de diciembre de 2003)*, Madrid, SEEC.
- URMSON, J.O. (1963): «Parenthetical verbs», en E. CATON (ed.), 220-240.
- VAIREL-CARRON, H. (1975): *Exclamation. Ordre et Defense. Analyse de deux systèmes syntaxiques en latin*, París, Les Belles Lettres.
- VALETTE-CAGNAC, E. (1997), *La lecture a Rome*, París, Belin.
- VANDERVEKEN, D. (1990): «On the unification of speech acts theory and formal semantics», en P.R COHEN, J. MORGAN & M.E. POLLACK (eds.), *Intentions in communication*, Cambridge (Mass.), MIT Press.
- (1990-1991): *Meaning and speech acts (I: Principles of language use; II: Formal semantics of success and satisfaction)*, Cambridge, Cambridge University Press.
- VÄÄNÄNEN, V. (1988³): *Introducción al latín vulgar*, Madrid, Gredos.
- VERSNEL, H.S. (1976): «The two types of Roman *deuotio*», *Mnemosyne*, 29 (4), 365-410.
- (1981^a): «Religious mentality in ancient prayer», en ID. (ed.), 1-64.
- (1981^b): «Self-sacrifice, compensation and the anonymous gods», en O. REVERDIN & B. GRANGE (eds.), *Le sacrifice dans l'antiquité (Entretiens préparés et présidés par J. Rudhardt & O. Reverdin, Vandœuvres, Genève, 25-30 août 1980)*, (Entretiens sur l'antiquité classique, XXVII), Ginebra, Fondation Hardt, 135-194.
- (1991): «Beyond cursing: the appeal to justice in judicial prayers», en C.A. FARAONE & D. OBBINK (eds.), 60-106.

- VERSNEL, H.S. (ed.) (1981): *Faith, hope and worship. Aspects of religious mentality in the ancient world*, Leiden, E.J. Brill.
- VEYNE, P. (2001): *La société romaine*, Paris, Editions du Seuil.
- *et al.* (2003): *Los misterios del gineceo*, Madrid, Akal [= Paris, Gallimard, 1998].
- VÍLCHEZ, M. (1995): «El enunciado interrogativo a la luz de la pragmática. (Ejemplificación sobre el griego clásico y el español)», *RSEL*, 25 (1), 67-85.
- WAGENVOORT, H. (1980): «*Orare, Precari*», en íd. *Pietas. Selected Studies in Roman Religion*, Leiden, E.J. Brill, 197-209.
- WALDE, A. & J.B. HOFMANN (1982): *Lateinisches Etymologisches Wörterbuch*, Heidelberg, Unveränderte Auflage.
- WALTERS, J. (1979): «Strategies for requesting in Spanish and English: structural similarities and pragmatic differences», *Language learning*, 29, 277-294.
- WIERZBICKA, A. (ed.) (1991): *Cross-cultural Pragmatics. The Semantics of human interaction*, *Trends in Linguistics, Studies and Monographs*, 53, Berlín-Nueva York, Mouton de Gruyter.
- WILSON, D. & D. SPERBER (1993): «Linguistic form and relevance», *Lingua*, 90, 1-25.
- WISSOWA, G. (1912²): *Religion und Kultus der Römer*, München, C.H. Beck.
- YAKOBSON, A. (1992): «*Petitio et largitio*: popular participation in the centuriate assembly of the late Republic», *JRS*, 82, 32-52.

Apul. (Apuleius Madaurensis Afer):

apol. (apologia): 11, 6 (427, 457); 20, 3 (37); 20, 8 (37, n. 42); 46, 3 (310); 54, 7 (327); 56, 4 (349); 74, 1 (395); 82, 7 (117); 92, 8 (289); 93, 3 (289); 101, 2 (351, 394, n.415).

flor. (florida): 6, 37 (337).

met. (metamorphoses [uulgo asinus aureus]): 6, 1 (335); 6, 3-4 (389); 9, 23 (399); 9, 25 (401); 11, 20 (388); 11, 25 (396).

Aug. (Aurelius Augustinus episcopus Hipponensis): *epist. (epistularum corpus)*: 149, 13 (396).

Bell. Hisp. (de bello Hispaniense): 1, 5 (305, n. 321).

Caes. (C. Iulius Caesar):

ciu. (commentarii belli ciuilis): 3, 83, 2 (303); 3, 93, 6 (248); 3, 102, 4 (334); 3, 110, 5 (286).

Gall. (commentarii belli Gallici): 1, 7, 4 (38); 4, 25, 3 (452, n. 501); 5, 20, 4 (18); 6, 35, 1 (257); 7, 40, 6 (397).

Caper (Flavius Caper grammaticus):

gramm. (libelli de ortographia et de uerbis dubiis [qui in codicibus perperam Capro tribuuntur, sed fortasse nonnulla e Capro hausta seruant]): VII 99, 19 (400).

Cato (M. Porcius Cato Censorius):

agr. (de agri cultura): 5, 1 (102); 5, 3 (16, 48); 132, 1 (435); 132, 2 (435); 134, 2 (442); 134, 3 (442); 139 (443); 141, 2-3 (445); 142, 1 (15).

Catull. (C. Valerius Catullus Veronensis, carmina):

8, 14-15 (325); 13, 13-14 (325); 23, 26-27 (379); 35, 7-10 (325); 42, 10-12 (314); 42, 18-20 (315); 44, 18-19 (397); 64, 188-191 (390); 68, 63-66; 92, 3-4 (398).

Cels. (*A. Cornelius Celsus, artes*): 5, 20, 4 (275).

Cic. (*M. Tullius Cicero*):

Arch. (*pro A. Licinio Archia poeta oratio*): 31 (253).

Att. (*epistulae ad Atticum*): 2, 3, 4 (323); 2, 25, 2 (174); 3, 11, 2 (116); 4, 1, 7 (42); 4, 19, 2 (124); 8, 10 (321); 16, 2, 2 (200); 16, 16B, 2 (344).

Balb. (*pro L. Cornelio Balbo oratio*): 36 (378).

Brut. (*Brutus* [sc. *de claris oratoribus*]): 90 (358).

ad Brut. (*epistulae ad M. Iunium Brutum*): 1, 16, 2 (368).

Caecin. (*pro A. Caecina oratio*): 26 (39); 96 (27, n. 27).

Cael. (*pro M. Caelio Rufo oratio*): 30 (395); 34 (265).

Catil. (*in Sergium Catilinam orationes*): 1, 2 (157).

Cluent. (*pro A. Cluentio Habito oratio*): 146 (151); 194 (376).

diu. (*de diuinatione*): 1, 17 (319).

fam. (*epistulae ad familiares*): 3, 8, 5 (160); 5, 2, 9 (156); 11, 9, 1 (157); 14, 1, 5 (191); 14, 4, 3 (124); 14, 10, 1 (62, 145); 14, 14, 2 (116); 15, 16, 1 (275).

fat. (*de fato quae exstant*): 4 (265).

fin. (*de finibus bonorum et malorum*): 5, 28 (372).

Flacc. (*pro L. Valerio Flacco oratio*): 22 (336).

har. resp. (*de haruspicum responso oratio*): 31 (297); 43 (261).

inu. (*rhethorici libri quae uocantur de inuentione*): 1, 21 (248); 1, 22 (375).

Lael. (*Laelius de amicitia*): 31 (216, n. 268).

leg. (*librorum de legibus quae exstant*): 2, 10 (422, n. 446).

leg. agr. (*de lege agraria orationum quae exstant*): 2, 100 (394).

Manil. (*pro lege Manilia* [de imperio Cn. Pompei] *oratio*): 48 (150).

Mil. (*pro T. Annio Milone oratio*): 72 (332); 92 (287).

Mur. (*pro L. Murena oratio*): 1 (27, 380, 381); 86 (243).

nat. deor. (*de natura deorum*): 1, 13 (444); 1, 15 (323); 1, 36 (429); 1, 104 (258); 1, 116 (412, n. 426); 2, 122 (258); 3, 84 (38); 3, 94 (136, n. 165).

off. (*de officiis*): 1, 33 (258, n. 187); 2, 62 (156); 3, 20 (55); 3, 94 (276); 3, 109 (393).

orat. (*orator*): 229 (311).

de orat. (*de oratore*): 2, 128 (43, 274); 3, 45 (199, n. 254).

Phil. (*in M. Antonium orationes Philippicae*): 2, 86 (252, 361); 3, 33 (286).

Pis. (*in L. Calpurnium Pisonem oratio*): 46 (384).

Planc. (pro Cn. Plancio oratio): 48 (310).

ad Q. fr. (epistulae ad Quintum fratrem): 1, 1, 41 (96); 1, 1, 46 (96); 1, 2, 11 (242); 2, 10, 1 (314); 3, 1, 24 (119).

Q. Rosc. (pro Q. Roscio Gallo comoedo oratio): 3 (311); 32 (274).

Quinct. (pro P. Quinctio oratio): 13 (310); 25 (302, 335); 56 (333); 86 (302).

Rab. perd. (pro C. Rabirio perduellionis reo orationis quae exstant): 5 (453, n. 503).

p. red. in sen. (post reditum in senatu [cum senatui gratias egit] oratio): 37 (393).

rep. (librorum de re publica quae exstant): 2, 68 (260); 4, 7 frg. 3 (209).

Sull. (pro P. Cornelio Sulla oratio): 72 (393).

Tull. (pro M. Tullio orationis quae exstant): 50 (353).

Tusc. (Tusculanae disputationes): 1, 93 (275); 2, 62 (260).

Verr. (in Verrem orationes sex): II 1, 63 (313); II 1, 157 (397); II 2, 150 (46); II 3, 78 (299); II 5, 56 (50).

CIL (CORPVS INSCRIPTIONVM LATINARVM consilio et auctoritate Academiae litterarum regiae Borussicae [Acad. Scientiarum rei p. democrati-

cae Germanicae] editum, 1863sqq.): III 79 (349); IV 3494 (135); VI 32323, 104-106 (380); VI 32323, 125-131 (439); XIII 7550 (209).

Colum. (L. Iunius Moderatus Columella ex Hispania Baetica Gaditanus, *res rustica*): 2, 10, 21 (286); 11, 2, 85 (263);

com. pall. inc. (comoediae palliatae poetarum incertorum fragmenta): 92 (339).

Curt. (Q. Curtius Rufus, *historiarum Alexandri Magni quae exstant*): 4, 1, 8 (299, 312).

Diff. ed. Beck (collectio, quam edidit Beck [inc.: 'Inter absconditum et absconsum']): p. 58, 25 (279).

Diff. Suet. (Differentiae ex libro Suetonii q. d. [uix ullo iure duae hae collectiones in codice cum Suetonio et Remmio Palaemone coniunctae sunt]): p. 287 (382).

Don. (Aelius Donatus grammaticus): *Ter.* (comentum Terentii certe non ita a Donato conscriptum): *Ad.* 472, 1 (188); *Andr.* 291, 1 (452); *Andr.* 422, 2 (281);

Andr. 598, 1 (124); *Andr.* 639, 5 (306);
Andr. 685, 1 (190); *Eun.* 685, 1 (184).

Enn. (Q. Ennius):

ann. (annalium fragmenta): 585 (381).
scaen. (fragmenta scaenica): 134 (397,
n. 417); 141-142 (397, n. 417).

**Fest. (Sex. Pompeius Festus, epitomae
operis de uerborum significatu Verri
Flacci [aet. Augusti et Tiberii] quae
exstant)**: p. 176 (132, n. 160); p. 206
(184); p. 218 (340, n. 344); p. 252
(209); p. 260 (353); p. 290 (208, n.
260); p. 326 (329, n. 331); p. 342 (217);
p. 356 (330, n. 335); p. 382 (171); p.
402 (358); p. 514 (312).

Flor. (L.[?] Annaeus Florus): epit.
(epitoma de Tito Liuiio q. d.): 2, 4, 1
(337).

**Gaius (iurisconsultus): inst. (institutio-
nes)**: 1, 99 (334); 2, 167 (302).

**Gell. (A. Gellius, noctes Atticae [opus
non integrum traditum])**: 2, 23, 12
(399); 2, 28, 2 (426); 7, 16, 3 (393); 7,
16, 5 (398); 7, 16, 9 (396); 9, 2, 8 (373);
13, 23, 13 (440); 14, 1, 2 (373).

**gramm. (opuscula quaedam gramma-
tica [fere fragmenta et excerpta])**: VII
523, 13 (333); VII 523, 14 (332).

Hor. (Q. Horatius Flaccus):

carm. (carmina): 2, 12, 26-27 (42); 4,
15, 28 (388).

carm. saec. (carmen saeculare): 3 (37).

epist. (epistulae): 2, 2, 100 (285).

Isid. (Isidorus episcopus Hispalensis):

diff. (differentiae): 1, 215 (395); 1, 216
(288); 1, 255 (307).

*orig. (origines [etymologiae; opus
imperfectum])*: 5, 26, 3 (310, n. 324).

**Iuu. (D. Iunius Iuuenalis, saturarum
libri V)**: 9, 114 (326).

**Lact. (C. Cae[cil]lius Firmianus Lac-
tantius rhetor Africanus): inst. (diui-
nae institutiones)**: 5, 1, 19 (288).

**lex XII tab. (lex uel leges XII tabu-
larum, fragmenta a scriptoribus ser-
uata)**: 1, 6-7 (340); 2, 1b (301); 2, 3
(312); 6, 1 (132); 6, 2 (133); 8, 2 (121);
8, 16 (348).

**Liu. (T. Liuius Patauinus, operis ma-
ximi historici ['ab urbe condita'] quae
exstant)**: 1, 10, 6 (432); 1, 12, 7 (20); 1,

18, 9 (430, n. 463); 1, 24, 4 (283); 1, 32, 6 (266); 1, 32, 9-10 (449); 2, 10, 11 (437, n. 477); 2, 55, 7 (56); 3, 50, 5 (345); 4, 6, 9 (52); 4, 19, 5 (264); 4, 45, 8 (258); 5, 21, 2-3 (459); 6, 12, 7 (348); 7, 31, 2 (380); 7, 40, 5 (288); 8, 9, 7-8 (457-458); 10, 19, 17 (431); 21, 4, 3 (101); 21, 10, 6 (286); 21, 17, 4 (348); 21, 44, 8 (159, 268); 22, 43, 3 (287); 24, 47, 3 (248); 29, 27, 2-4 (444); 32, 26, 11 (331); 35, 24, 5 (44, n. 50); 39, 32, 6 (264); 42, 43, 2 (38).

Lucan. (M. Annaeus Lucanus, *bellum ciuile* [*Pharsalia*; quod carmen epicum Lucanus imperfectum reliquit]): 6, 223-224 (267).

Lucr. (T. Lucretius Carus, *de rerum natura*): 3, 648 (261).

Macr. (Macrobius Ambrosius Theodosius uir clarissimus et inlustris): *Sat.* (*Saturnaliorum quae exstant*): 3, 2, 6 (431, n. 465); 3, 9, 7-8 (460); 3, 9, 10-11 (449-450).

Mart. (M. Valerius Martialis ex Hispania Tarraconensi Bilbilitanus): (*epigrammata*): 2, 14, 18 (201); 7, 24, 7-8 (401); 11, 108, 3 (280); 12, 79, 1 (37).

epigr. (*epigrammaton* [uel *spectaculorum*]): 17, 1 (349).

Naeu. (Cn. Naeuius): *trag.* (*tragoediarum fragmenta*): 11 (269).

Nep. (Cornelius Nepos): *Eum.* (*Eumenes*): 8, 2 (296).

Non. (Nonius Marcellus ex Africa Thubursicensis, *de compendiosa doctrina*): p. 423 (263); p. 424 (262).

Ou. (P. Ovidius Naso):

met. (*metamorphoses*): 10, 638-641 (391); 11, 199-201 (287); 13, 387 (25, n. 23); 14, 58 (427, n. 457); 14, 134-139 (6).

Pont. (*epistulae ex Ponto*): 1, 2, 57 (386); 2, 5, 73-74 (392); 2, 6, 17 (14); 3, 3, 53 (378, n. 400); 4, 9, 48 (254).

epist. (*epistulae: heroides*): 10, 141 (348).

Paul. (Iulius Paulus iuriconsultus): *dig.* (fragmenta in digestis aliisque collectionibus seruata): 27, 1, 31 (337); 28, 5, 93 (368, n. 390).

Paul. Fest. (Paulus Diaconus, excerpta ex libris Pompeii Festi de significatione uerborum): p. 15 (53, n. 65); p.

17 (347, n. 359); p. 22 (373); p. 67 (353); p. 72 (332, n. 338); p. 203 (336); p. 207 (183); p. 353 (440, n. 482); p. 517 (454).

Petron. (Petronius [Arbiter], *satyrice*): 24, 1 (194); 54, 3 (326); 67, 1 (201); 99, 2 (326); 133, 2 (396).

Plaut. (T. Maccius Plauto):

Amph. (Amphitruo): 20-25 (317); 24-25 (252); 35-36 (271); 39-40 (156); 92 (430, n. 461); 256-257 (344); 346 (154); 360-361 (292); 388 (185, n. 233); 435-437 (448); 499 (118); 540-541 (142); 543 (62); 543-544 (123); 585^a (170); 738-740 (390); 765 (185); 802-806 (174); 812 (186); 928 (124); 923-924 (189); 933-934 (192); 970-971 (165); 1031-1032 (372); 1093-1094 (427, n. 455); 1126-1127 (262).

Asin. (Asinaria): 29-31 (186); 39-41 (167); 56 (269); 168 (280); 196-197 (280); 246 (370); 417 (194); 431 (187); 467 (365); 474-476 (169); 477-478 (379); 662 (252); 684 (36); 686-692 (202) 707 (83, 197); 714-715 (172); 721 (149); 740 (187, 342); 828 (167); 828-829 (169); 917-919 (351).

Aul. (Aulularia): *arg.* I, 11 (185, n. 233); 31-32 (278); 40 (138); 43 (272); 95-96 (322); 117 (338); 160 (30); 193-

194 (44); 219 (279); 247-248 (251); 317-319 (303); 373 (338); 400 (27); 414 (272); 692 (58); 715-716 (32, 452); 742 (128); 763-764 (290).

Bacch. (Bacchides): 51 (259); 145-148 (137); 172-175 (455); 223 (276); 494 (29); 726-727 (105); 799 (115); 855 (167); 877-883 (321); 903 (276); 1142-1143 (155).

Capt. (Captivi): 241 (185, n. 233); 241-244 (374); 359-360 (16); 442-443 (360, n. 375); 456-457 (170); 505-506 (324); 727-728 (452); 859 (117); 900 (119); 937-942 (293); 941-942 (217); 942 (45); 942-943 (145); 1021 (181); 1143 (254).

Cas. (Casina): 24-25 (308); 27 (280); 68 (193, n. 246); 321-322 (33); 456-457 (154); 634-641 (197); 733-740^a (188); 758-758^a (189); 887 (24).

Cist. (Cistellaria): 30-32 (369); 58 (187); 104-105 (196); 107-110 (123); 215-216 (257); 573 (184); 739 (259); 787 (62, 116).

Curc. (Curculio): 63-65 (282); 67-68 (251); 148-149 (181, 253); 245-247 (140); 315 (193); 527 (364); 540-542 (254); 542 (27); 566-567 (129); 605 (185, n. 233); 670-674 (132); 683 (281); 728 (136, n. 165).

Epid. (Epidicus): 37 (268); 255 (260); 683 (368); 686-687 (394).

frg. inc. (incertarum fabularum fragmenta): XXXVIII (381, n. 403).

Men. (Menaechmi): 45-46 (308); 51-52 (120); 207-208 (143); 249-252 (103); 364-368 (143); 405 (196); 416 (134); 425 (196); 443-445 (101); 493 (129); 516 (134); 541-544 (137); 689-690 (289); 792-797 (293); 916-917 (335); 1015-1016 (185); 1056 (251); 1104-1105 (127); 1114 (436); 1154-1155 (324).

Merc. (Mercator): 104-105 (345); 170-171 (369); 176 (339); 178 (31); 182 (116); 234-235 (387); 429-430 (54); 439 (45); 438-443 (55); 441-442 (141); 456 (94, n. 109); 499-500 (323); 678 (29); 678-680 (441); 821-822 (273); 908 (29); 937 (260).

Mil. (Miles gloriosus): 214 (249); 393-394 (390); 399-401 (193, n. 246); 514-517 (305); 520-521 (161, n. 193); 540-543 (126); 696-697 (305); 709 (338); 810 (23, 279); 1038-1039 (128); 1084 (197); 1204-1205 (46); 1229 (260); 1239-1240 (361); 1253 (193, n. 246); 1386 (260).

Most. (Mostellaria): 261 (117); 229-230 (371); 308 (167); 312 (254); 324 (115); 341 (115); 420-421 (242); 522-523 (97); 546 (23, 295); 578-579 (120); 603-605 (309); 615-618 (309); 630 (155); 649-651 (257); 860-861 (259);

1091 (282); 1102-1103 (40); 1164 (120).

Persa: 16 (148); 229-231 (268); 273 (101); 318 (171); 423 (275); 425-426 (309, n. 323); 600-603 (145); 762 (213).

Poen. (Poenulus): 133-134 (155); 250-252 (195); 263 (196); 278 (455); 608 (193); 916 (62, 142); 950-953 (455); 1035-1037 (145); 1086-1091 (159); 1133-1134 (346); 1150-1151 (145); 1155-1156 (14); 1187-1188 (437); 1215 (386); 1292 (170); 1342-1343 (124); 1371 (295).

Pseud. (Pseudolus): 85-87 (140); 108 (269); 243-244 (162); 252 (163); 253-254 (163); 257 (33); 297 (265); 311 (369); 556 (307); 657 (345); 683-684 (34); 855-863 (106); 891 (134); 1070-1078 (130); 1077-1078 (62); 1313 (254).

Rud. (Rudens): 22-27 (359); 133-135 (30); 183-184 (143); 257 (455); 259-262 (376); 274-276 (361); 305 (455); 424-425 (141); 430-431 (316); 543-544 (293); 615-626 (357); 627-628 (361); 639-640 (384); 694-696 (362); 798-799 (172); 813-816 (120); 834 (124); 1007 (118); 1010 (118); 1119-1121 (304); 1338-1346 (448); 1375-1377 (280).

Stich. (Stichus): 71 (253); 68-74 (316); 284 (260); 419-424 (296); 488 (34); 725-727 (168); 726 (45).

Trin. (*Trinnumus*): 153-154 (354); 295-296 (120); 499 (279); 571 (25, 279); 757-758 (323); 996 (119); 1035 (255); 1048-1049 (332, n. 337); 1051-1054 (49); 1130-1131 (271); 1146 (270, n. 295).

Truc. (*Truculentus*): 125 (101); 358-359 (129); 374 (27); 476 (455); 725 (143); 797 (339).

Vid. (*Vidularia*): 19-21 (161); XV (372).

Plin. (**C. Plinius Secundus** [uulgo **Plinius maior**]): *nat. (naturalis historia)*: 2, 80 (262); 11, 250 (360); 28, 10 (415).

Plin. (**C. Plinius Caecilius Secundus** [uulgo **Plinius minor**]): *epist. (epistulae)*: 2, 9, 5 (52).

Pompon. (**L. Pomponius Bononien-sis**): *Atell. (fabularum Atellanarum fragmenta)*: 143 (448, n. 497).

Prec. herb. (Precatio omnium herbarum): 1 (396).

Prec. Terr. (Precatio Terrae matris): 20-21 (349).

Prisc. gramm. (**Priscianus grammaticus**): III 474, 8 (340).

Prop. (**Sex. Propertius, elegiae**): 1, 1, 16 (375).

Q. Cic. (**Q. Tullius Cicero Marci frater**): *pet. (commentariolum petitionis [siue de petitionem consulatus] ad M. fratrem)*: 2 (255); 4 (211, n. 264); 15 (158, 256); 21 (214); 42 (202, n. 255); 43 (53, n. 67); 45 (43).

Quint. (**M. Fabius Quintilianus**): *inst. (institutio oratoria)*: 6, 1, 25 (368, n. 390).

Rhet. Her. (**Ciceronis quae fertur rhetorica ad C. Herennium**): 4, 64 (306); 4, 68 (381).

Sen. (**L. Annaeus Seneca** [Seneca rhetor, philosophi pater]): *contr. (controuersiae)*: 1, 5, 3 (351); 7, 7, 15 (263).

Sen. (**L. Annaeus Seneca** [Seneca philosophus, rhetoris filius]): *benef. (de beneficiis)*: 2, 1, 4 (381); 2, 2, 1 (326).

epist. (epistulae morales ad Lucilium): 10, 5 (327); 99, 16 (392).

Seru. (**Seruius grammaticus**): *Aen. (Comentarius in Vergilii opera)*: 1, 519

(453); 2, 351 (441); 2, 707 (167); 3, 370 (350); 3, 607 (359, n. 373); 7, 120 (413); 8, 72 (429, n. 460); 9, 192 (281); 10, 19 (355); 11, 211 (353, n. 364).

Stat. (P. Papinius Statius): *Theb. (Thebais)*: 12, 156-157 (351).

Tac. ([P.] Cornelius Tacitus): *ann. (annalium [ab excessu diui Augusti] quae exstant)*: 2, 38, 2 (313); 3, 53, 1 (336).

Ter. (P. Terentius Afer):

Ad. (Adelphoe): 65-77 (103); 460-461 (119); 471-473 (344); 489-490 (355); 491 (192, n. 244); 538 (173); 699 (391); 703-705 (391); 776 (324); 941-945 (243).

Andr. (Andria): 189 (295); 190 (298); 232-233 (184); 351 (190); 401-402 (30); 550 (39); 592 (351); 639 (305); 751 (94); 893-895 (160).

Eun. (Eumuchus): 10-12 (27); 190-191 (147); 814 (147).

Haut. (Heautontimorumenos): 378 (43); 485-487 (42); 838 (285); 846 (147); 925-926 (281); 973 (169).

Hec. (Hecyra): 158-159 (208); 824-825 (190); 873-874 (161).

Phorm. (Phormio): 8 (354); 140-142 (342); 221-223 (158); 531-532 (15, n. 5); 703 (44).

Tert. (Q. Septimius Florens Tertullianus Carthaginiensis):

apol. (apologeticum): 3, 4 (463).

uxor. (ad uxorem): 1, 5, 3 (262).

Tib. (Albius Tibullus, elegiae): 2, 5, 4 (33); 3, 11, 17-20 (150).

trag. inc. (incertorum fragmenta tragica): 19 (135).

Val. Fl. (C. Valerius Flaccus Setinus Balbus, Argonautica [opus imperfectum]): 3, 412 (139).

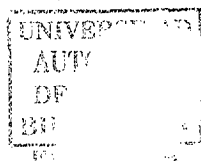
Varro (M. Terentius Varro Reatinus):

ling. (de lingua latina libri 5-10): 5, 148 (297); 6, 60 (132, n. 160); 6, 66 (329, n. 332); 6, 68 (57); 6, 76 (339); 7, 8 (414); 9, 101 (42).

rust. (res rusticae): 3, 7, 7 (250).

Verg. (P. Vergilius Maro):

Aen. (Aeneis): 1, 413-414 (284); 1, 666 (282); 3, 437 (349); 3, 456 (279); 4, 205 (346); 4, 519-521 (451); 4, 628-629 (400); 5, 58-60 (283); 8, 126-128 (379);



8, 495 (290); 9, 403 (14); 10, 523 (361);
10, 874-875 (128); 11, 796-798 (39);
12, 930-931 (397).

ecl. (eclogae siue bucolica): 7, 39 (264).

georg. (georgica): 3, 456 (283).

Vlp. (Domitius Vlpianus iurisconsultus): *dig. (fragmenta in digestis aliisque collectionibus seruata)*: 22, 1, 21 (331, n. 336); 43, 26, 1 (375, n. 395).

REUNIDO, EN EL DÍA DE LA FECHA, EL TRIBUNAL QUE SUSCRIBE, ACORDO CONCEDER
A LA PRESENTE TESIS DOCTORAL LA CALIFICACION DE Sobresaliente cum laude por unanimidad
MADRID, 29 de Septiembre de 2005

EL PRESIDENTE,

Vicente Picón

EL SECRETARIO,

Rosario López Gregoris

FDO.: VICENTE PICÓN

FDO.: ROSARIO LÓPEZ GREGORIS

PRIMER VOCAL,

SEGUNDO VOCAL,

TERCER VOCAL,

Thurillo

Alvarado

Dr. D. Manuel Cifra

FDO.: Teresa Jiménez - Cervera

FDO.: Antonio Martín Rodríguez

FDO.: MANUEL-ANTONIO MARCOS CASQUERO